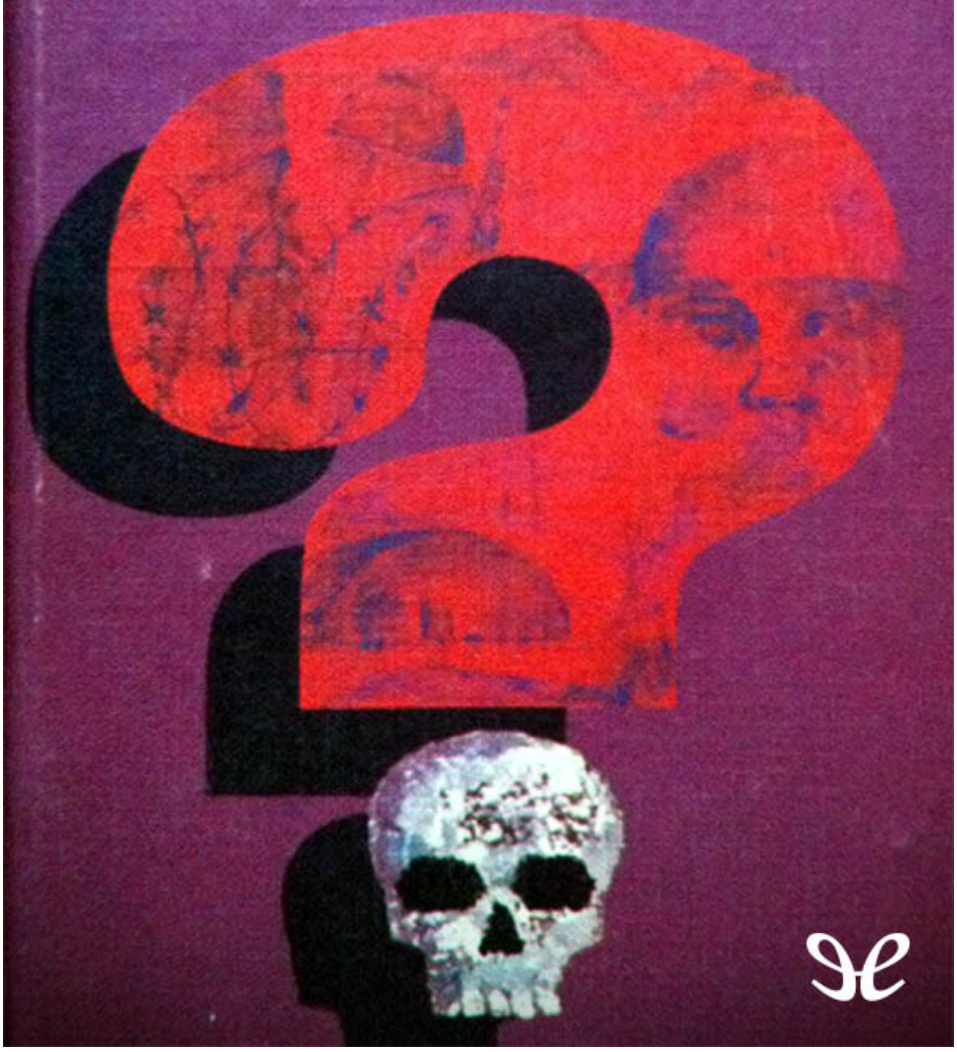
DOCE DEL PATIBULO

E.M. Nathanson



Doce del patíbulo es la historia de un puñado de hombres (diez blancos, un indio y un negro) rechazados por la sociedad de su país, Estados Unidos, y condenados a la última pena. A estos hombres, considerados la escoria de la humanidad, se les brinda la posibilidad de redimirse haciendo un esfuerzo terrible por su patria. Este planteamiento, enmarcado en una emocionante novela de guerra, convierte la obra en un documento humano extraordinario, que muestra las infinitas posibilidades del hombre para la depravación y, al mismo tiempo, para la redención.

epublibre

E. M. Nathanson

Doce del patíbulo

ePub r1.0
Titivillus 04.02.17

Título original: *The Dirty Dozen*
E. M. Nathanson, 1965
Traducción: Manuel Herrero Molina

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

EL PATÍBULO

1

Extracto de la hoja de servicios del soldado Enos Gardiner, 32149763, clasificado como confidencial y depositado en el servicio de archivos del ejército en St. Louis, Missouri…

CUARTEL GENERAL

SECCIÓN SUR. BASE DEL REINO UNIDO CAMPO DE OPERACIONES DE EUROPA.

EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

A. p. o. - 490[1]

20 de febrero de 1944

Tribunal Supremo de Justicia Militar. Ordenanza n.º UK 73

Ante el Tribunal Militar reunido en Champ Chiselden, Swindon, Inglaterra, el 30 de noviembre de 1943; en cumplimiento del párrafo I de la Orden Especial n.º 74, Cuartel General, Sección Sur, ETOUSA[2], 25-11-1943; comparece para ser juzgado el soldado Enos Gardiner, 32149763, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División.

a) Cargo: violación del Código de Guerra, artículos núms. 92, 96 y 69. Hechos:

(1). Por cuanto el soldado Enos Gardiner, 32149763, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División,

en Wiltshire Arms, Wootton Bassett, Inglaterra, en o hacia el 20 de noviembre de 1943, con dolo, intencionalidad, plena voluntad, deliberación, felonía, desprecio a las leyes y premeditación, causó la muerte del sargento mayor George Trainor, 15368492, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División, disparándole con una carabina.

(2). Por cuanto el soldado Enos Gardiner, 32149763, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División, en Wiltshire Arms, Wootton Bassett, Inglaterra, en o hacia el 20 de noviembre de 1943, con dolo, intencionalidad, plena voluntad, deliberación, felonía, desprecio a las leyes y premeditación, causó la muerte de la llamada Beatríce Elizabeth Rosamond Hawley, de nacionalidad inglesa, sexo: hembra, soltera, disparándole con una carabina.

(3). Por cuanto el soldado Enos Gardiner, 32149763, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División, cuando fue detenido vistiendo el uniforme, en estado de embriaguez y conducta desordenada, demostró grave desprecio hacia la vida humana y desconsideración ante la autoridad, resistiéndose a ser arrestado y apuntando con una carabina a los miembros del destacamento de policía de Wootton Bassett y a los miembros del batallón 322 de la Policía Militar.

(4). Por cuanto el soldado Enos Gardiner, 32149763, Compañía A, del 501 Batallón de Infantería, Cuarta División, con plena voluntad se disparó a sí mismo en la cabeza, con una carabina, inutilizándose para el pleno desarrollo de sus tareas militares.

b) Alegación del acusado a los hechos y cargos: no culpable.

c) Probado en todos los hechos y cargos: culpable.

d) Sentencia: el acusado será colgado del cuello hasta que muera.

e) La sentencia, habiendo sido aprobada por la autoridad competente y confirmada por el Cuartel General ETOUSA, cumplimentado el artículo 50 del Código de Guerra, será llevada a cabo el 25 de febrero de 1944, en la prisión n.º 1, en el Reino Unido, sita en Marston-Tyne, Somerset, Inglaterra. El acto de la ejecución será dirigido por el oficial del Batallón Disciplinario 51, de Marston-Tyne.

Por orden del Cuartel General ETOUSA F. S. Bryan, Mayor General usa Delegado Jefe Personal L. D. Partch, Brigadier General usa Ayudante General.

CUARTEL GENERAL. BATALLÓN DISCIPLINARIO 51 SECCIÓN BASE SUR, ETOUSA A.P.O. 490

26 febrero 1944

ASUNTO: Resumen del procedimiento seguido en la ejecución del reo común Enos Gardiner, anteriormente soldado, número 32149763, Compañía A, 501 Batallón de Infantería, Cuarta División.

Al Comandante General ETOUSA, a. p. o. 400 (por mediación del Comandante General, Sección Base Sur, Reino Unido, ETOUSA, a. p. o. 490).

En cumplimiento de su carta, Cuartel General, Sección Base Sur, ETOUSA, referencia n.º 171 —Gardiner, Enos—, fechada 20 de febrero de 1944; asunto: «ejecución sentencia de muerte», y párrafo noveno de las instrucciones de procedimiento n.º 54, Cuartel General, ETOUSA, del 5 de marzo de 1942, habiéndose realizado el acto de la ejecución se somete el siguiente informe:

1) El lugar de la ejecución fue el patíbulo de la prisión de Marston-Tyne, Somerset, ahora prisión n.º 1, del Reino Unido, bajo la jurisdicción del destacamento central, del Centro Disciplinario n.º 1. Es una habitación de techo alto, forma alargada; de, aproximadamente, cuarenta y cinco (45)

pies de larga por treinta y cinco (35) pies de ancha. Los muros y suelo son de piedra. De parte a parte del techo corre una viga de encina de, aproximadamente, doce (12) pulgadas por doce (12) pulgadas, de la cual fue suspendido el lazo. Directamente bajo el lazo hay una trampilla de seis (6) pies, por cinco (5) pies, que se abre sobre la habitación inferior.

2) La hora de la ejecución fue las 0300, elegida por el Comandante Jefe como la más apropiada para no trastornar a los habitantes de la ciudad, inquietar a los restantes prisioneros del edificio o a los condenados de las celdas inmediatas.

3) Debido a un largo período de tiempo lluvioso, el interior de la habitación donde está situado el patíbulo se encontraba absolutamente húmedo. A la hora de la ejecución soplaba un tempestuoso viento del Oeste y caía una pertinaz llovizna, audible y visible desde todo el edificio menos desde la cámara de ejecución.

4) A las 0240 horas del veinticinco de febrero de mil novecientos cuarenta y cuatro, el Comandante Jefe del 51 D.T. C… teniente coronel Simón R. Tarbell, 0-2473629, reunió en la cámara de ejecución veinte oficiales, testigos, militares autorizados, espectadores civiles y observadores. Les leyó la orden número UK73, del Tribunal Supremo de Justicia Militar, Cuartel General, Sección Base Sur, ETOUSA, fechada el 20 de febrero de 1944, y dio las instrucciones y prevenciones oportunas como corresponde a su cargo en estas circunstancias.

5) Los testigos y espectadores fueron a continuación situados en las posiciones pertinentes, es decir, los oficiales testigos alineados en una sola fila a cinco (5) pasos del borde superior de la trampilla, mientras los observadores militares y los civiles británicos fueron situados en dos filas a siete (7) pasos del borde oeste de la trampilla. Los oficiales médicos se encontraban a cuatro (4) pasos del borde norte de la trampilla.

6) A las 0250 horas, una escolta compuesta por el Comandante Jefe, el

Oficial Alguacil y dos miembros de la Policía Militar, penetró en la celda del condenado. Uno de ellos permaneció fuera, ante la puerta.

7) El cortejo encontró al prisionero en oración asistido por el capellán, primer teniente Themas C. Pines, 0-5375923, de la Iglesia Católica, Cuartel General, 4.ª División de Infantería. El Comandante **Jefe** les informó que había llegado el momento de proceder. La escolta abandonó la celda, a las 0252.5, encabezada por el coronel Tarbell, con el primer teniente Pines a su izquierda, rezando en voz baja, seguidos del reo con un guardia a cada lado y detrás el tercer guardia llevando el tablón.

8) A las 0252.75, la escolta fue detenida por una perturbación promovida por el recluso de una celda contigua. La escolta pudo reanudar su marcha en orden militar a las 0254.5.

9) A las 0254.75, la escolta penetró en la cámara de ejecución. El alguacil dio la orden de: «¡Atención!». El prisionero fue situado en el centro de la trampilla. Los guardianes ayudaron al verdugo a atar los pies del reo y anudar a su espalda el tablón.

10). El comandante jefe ocupó su posición al frente y a la derecha del reo. A continuación leyó al mismo la sentencia y la orden de ejecución dé la misma, dirigiéndole seguidamente las siguientes preguntas:

—Soldado Gardiner, ¿tiene usted algo que alegar ante mí, antes de que la orden de ejecución que pesa sobre usted sea llevada a cabo?

El reo no contestó.

El capellán dirigió al reo la siguiente pregunta:

—Soldado Gardiner, ¿tiene algo que manifestarme a mí como capellán?

El reo no contestó.

El capellán elevó una plegaria. El verdugo procedió a colocar el capuchón negro en la cabeza del reo y anudar la cuerda en torno a su cuello, situando el nudo bajo su oreja izquierda, según se prescribe en el Reglamento Militar n.º 633-15.

11). El verdugo empuñó la palanca de madera que pone en acción el muelle de la trampilla. El comandante jefe aprobó con una inclinación de cabeza y el verdugo accionó la palanca a las 0258.5. El mecanismo funcionó con toda perfección y el reo se precipitó sin impedimento alguno por el hueco de la trampilla, quedando suspendido sobre la habitación inferior. El alguacil dio la orden: «¡Descansen!».

12). El cuerpo suspendido no manifestó sonido alguno y sí, en cambio, ligeras contracciones musculares en las extremidades inferiores. Los testigos y observadores permanecieron en silencio, algunos con la cabeza inclinada. No se apreciaron signos visibles o audibles de reacción emocional en ninguno de los oficiales y observadores.

13)A las 0303, el oficial jefe ordenó: «Oficiales médicos, procedan al examen». A las 0309 horas, el oficial médico jefe, capitán Paul L. Gordon, 0-1954372, MC, del 51 D. T.C., manifestó al comandante jefe: «Señor, declaro a este hombre oficialmente muerto». La formación se deshizo a las 0309.5 horas.

14)El tiempo transcurrido entre la entrada del reo en la cámara de ejecución y la apertura de la trampilla fue de tres minutos y tres cuartos (3.75). Y el transcurrido desde la caída del reo a la certificación de la muerte fue de diez minutos y medio (10.5).

15)Cada uno de los oficiales asistentes desempeñó su

cometido con toda eficacia. El procedimiento fue llevado con dignidad, solemnidad y precisión militar.

Le Roy W. Strom primer teniente, DC, O-1638815

Aprobado por:
Simón R- Tarbell, 0-2473629 Teniente coronel, cmp Comandante
Western Union
departamento de guerra Washington, 0 c. 26 febrero 1944
Mrs. Aileen Gardiner Apartado 17, Route 3 Loveland, Tennessee
Lamentamos comunicarle que el 25 de febrero de 1944, Enos Gardiner
murió en acto de servicio.

ayudante general ejército de los estados unidos

2

Siempre ha habido un patíbulo en Marston Tyne.

Está situado en lo más recóndito de las entrañas de la antigua prisión, que en un tiempo sirviera de baluarte contra las oleadas sajonas y en la actualidad encierra los *detritus* del gran ejército americano llegado a Inglaterra desde el otro lado del mar. Más allá de los límites del viejo mercado de la ciudad, el edificio está envuelto en un halo de apacible encanto campesino. Pero el patíbulo es el vientre negro del lugar, celosamente cubierto por gruesos muros de piedra húmeda. Cuando se habla de él, es en un tono misterioso y secreto; Antiguamente sólo se entraba allí en ocasiones muy especiales. Entre los participantes en la rígida ceremonia que las costumbres y las ordenanzas militares han decretado para su uso, el desempeño de su función como testigos y observadores, originó un complejo de emociones que había de desembocar en una situación insostenible. Los sacerdotes, que conocen todas estas cosas, solían decir que era un lugar de tránsito, y hablaban de él en esta forma para acallar los temblores de los hombres conducidos allí para su ejecución. En la prisión hay otro cadalso, un modelo portátil, fabricado en servicial pino de Vermont, marcado con las siglas USQMC, trasportado por el errabundo ejército de los Estados Unidos desde el otro lado del océano. Algunos cerebros lógicos y clarividentes se habían preocupado de incluirlo en el inventario de utensilios y accesorios de guerra, seguros de que habría que utilizarlo. Pero se encontraba medio oculto en un rincón, aún sin desembalar y totalmente fuera de servicio, como por temor a ofender a la hospitalaria nación con la burda sugerencia de que América construía mejores patíbulos.

Precisamente de patíbulos estaban hablando Hump Edwards y Albie Salmón al capitán *yankee* en la posada The Butcher's Arms, situada en la oscura y húmeda ciudad que se extendía tras los

muros de la prisión.

—Había que ver las ejecuciones en los buenos tiempos —dijo Albie. A la nariz de John Reisman llegaba el peculiar olor dulzón de la sidra de Somerset, que había bebido el viejo cuyos mortecinos ojos azules se clavaban en él con insistencia—. Entonces se hacían al amanecer —continuó Albie—. Una hora apropiada. Nada de la función de tapadillo en plena noche, que según tengo entendido organizáis vosotros, los *yankees*.

El americano agarró con fuerza su vaso de whisky, chocándolo suavemente contra el jarro de Albie.

—Bebe, viejo mono —dijo procurando imitar el cerrado acento de Somerset del viejo—. Te pago el veneno.

Pidió un nuevo whisky; bebía fría y deliberadamente para ablandar el temor ante la tarea que le aguardaba aquella noche.

«Comparecerá usted en el 51 D. T. C., en Marston Tyne, el 24 de febrero de 1944, como testigo de una ejecución». Así, sin más, en marcha. Es fácil. Tú has hecho cosas peores. Por eso te consideran tanto. Lárgate a presenciar cómo el ejército cuelga a un hijo de puta vociferante, según las ordenanzas.

La citación le había llegado al acuartelamiento de Relevo en Lichfield, donde se hallaba eligiendo voluntarios calificados para una nueva misión especial llamada «Rosedale». Sin embargo, no acertaba a encontrar la relación entre el cumplimiento de una sentencia de muerte y sus servicios de espionaje tras las líneas enemigas. En realidad, Reisman ni siquiera sospechaba que el ejército hiciera estas cosas. El telegrama le provocó una especie de shock, que le atraía por sí mismo, ya que había llegado a confiar en el control irracional sobre su mente tanto como en los recursos de su cuerpo flexible y lleno de cicatrices. En principio pensó protestar; averiguar el porqué de aquella orden, pues en sus misiones el averiguar el porqué le libraba del mal olor del cómo, pero lo pensó mejor y desistió. Con harta frecuencia el razonamiento de las eminencias grises del Cuartel General de las OSS[3] de Londres era tan impenetrable como el del mismo ejército, y sus órdenes igualmente oscuras.

Con el quinto trago y el alcohol efectuando su tarea sedante en la corriente sanguínea, el sentimiento de cólera y temor que le habían empujado a la taberna se fueron debilitando mientras

recobraba su habitual aire desenfadado de curiosidad ante la vida y la muerte. La muerte no era nada nuevo para Reisman, tampoco la violencia. La suya no era una violencia ciega e incontrolada, sino astuta, escurridiza y firmemente gobernada por la inteligencia hacia un fin concreto. Durante años, Reisman se había consagrado a ella, era un profesional de la violencia, por ello le molestaba profundamente que se le hubiera ordenado asistir como testigo a una ejecución. Su terrible y agudo autocontrol le obsesionaba no dándole el menor reposo, en especial cuando se enfrentaba con una situación que le exigía una cualidad como el valor.

Alguien abrió la puerta de la posada, y Reisman sintió un contacto helado en el cuello, como si la malevolencia que había estado conjurando con sus pensamientos se hubiera materializado. El soplo frío invadió por un instante la habitación hasta que, poco a poco, fue cediendo al calor de la chimenea. Había entrado un soldado americano, llevando un voluminoso capote y una gorra de campaña. Avanzando con movimientos de una exagerada precisión, casi teatrales, se quitó ambas prendas colgándolas cerca del fuego. Era un tipo fornido, de irnos treinta y tantos años, de cara ancha y mofletuda y ojos claros que escudriñaron con rapidez a todos los presentes mientras se dirigía hacia una mesa, ante la que se sentó. La chaquetilla de su uniforme no era corta como en el modelo actual, sino de estilo antiguo, que caía en línea recta hasta medio muslo, en las mangas lucía los galones de sargento primero y en las solapas el emblema de la Policía Militar, dos pistolas cruzadas. El local estaba lleno de militares, pues era una de esas noches que si bien mantiene a los civiles aburridos en sus hogares, vacía cuarteles, campamentos y campos de aviación en el bajo Wessex. Reisman observó que algunos de ellos llevaban también el emblema de las pistolas cruzadas y pensó que pertenecían al Batallón de Prisiones. Pero ninguno de ellos saludó al sargento, y, sin embargo, sus mismas actitudes evasivas —ojos que se dirigen a otro lado, sillas que se corren, repentina inmersión en conversaciones en voz baja—, evidenciaban que habían advertido su presencia y le reconocían.

—Sí…, es él… Morgan; y fijaos en los galones, le han ascendido como prometieron.

Una muchacha, que hasta el momento Reisman no había

advertido, se dirigió a la mesa del soldado. El capitán la siguió con la vista en un intento de distraerse de sus pensamientos de muerte y violencia. La chica tenía un cuerpo de mujer pleno y claramente sexual, que destacaba aún más por su cara casi infantil. Una inesperada melancolía asaltó a Reisman mientras observaba cómo la muchacha se alzaba coquetamente la falda gris de tela basta por encima de las rodillas, dando un paso a la derecha, otro a la izquierda y una vuelta completa mientras el sargento miraba sus piernas. Reisman no pudo oír lo que se decían, pero la sonrisa de la muchacha era amplia, casi una carcajada. Observó también que las medias eran de seda color carne, lo que en aquella época significaba gran perspicacia y espíritu de sacrificio tanto por parte del que ofrecía el regalo como del que lo aceptaba.

El sargento parecía turbado; sin embargo, se inclinó hacia adelante y rozó levemente las corvas de la chica, que daba vueltas, retirando la mano inmediatamente. Acabada su pirueta, la muchacha se ahuecó el pelo color arena tostada sobre las orejas para mostrar sus pendientes baratos, pero muy brillantes, del PX[4], una enorme perla de imitación engarzada en una filigrana dorada.

—Supongo que viene a zamparse su *pudding* de tocino y su leche como todas las noches y a mirar a la chica —dijo Edwards—. Es asombroso que pueda hacerlo.

Hump dio una larga chupada a su pipa negra encajada en las encías sin dientes, esparciendo a su alrededor un fuerte olor a tabaco y espesas nubecillas de humo.

—A mí no me parece igual —dijo Albie—. Y además qué comportamiento, no honra los galones en ¡absoluto. Había que ver al verdugo real, Poindexter, tú sabes que yo lo conocí personalmente; parecía un doctor o un empresario. Flaco, con su traje negro y su bombín. Alegre como un entierro. ¡Diablos, ése sí que era un verdugo!

—¿Quién es? —preguntó Reisman.

Albie Salmón derrumbó la cabeza sobre su hombro izquierdo, sacó desmesuradamente la lengua y puso los ojos en blanco. Con la mano derecha sostuvo una imaginaria cuerda sobre él.

—El verdugo —respondió.

Enos Gardiner, un muchacho de diecinueve años, pelirrojo y pecoso, estaba algo nervioso, aunque no asustado. El oficial que lo

defendió ante el tribunal militar le dijo que no se preocupara por el veredicto.

—Muchos tipos sacan condenas a muerte, Gardiner, pero pocas se cumplen.

Y ésta fue la última vez que vio a su defensor, a quien destinaron a otra parte. Así es el ejército, ya se sabe, abogado un día, pistolero al siguiente, jefe indio al otro; expertos en todo. Gardiner pensaba que en su tierra, con un abogado de verdad, el juicio le hubiera ido de otra manera. En casa sólo cuelgan a negros de mierda por matar a un blanco o por mirar.

Más tarde, un coronel vino a comunicarle que la sentencia había sido confirmada, pero esto no significaba gran cosa. Él sabía lo que se proponían. Iban a tenerle cagándose hasta el último momento y después le meterían en prisión por veinte años.

—¿Desea usted un capellán? —preguntó el coronel—. ¿Alguno en particular?

Claro que quería un capellán. Quería a cualquiera que pudiera entrar en aquella piojosa celda y sentarse a charlar con él. En el corredor de abajo había un chalado que no hacía más que gritar que era primo de Al Capone y que su primo lo arreglaría todo y le sacaría de allí. Se llamaba Víctor Franko, y se hablaban por entre los barrotes, pero a los guardianes les molestaban sus gritos y siempre que pasaban por el corredor les mandaban callarse. La mitad de las veces no sabía de qué coño hablaba Franko. Había estado a punto de tomarle por yankee. Enos dijo al coronel que sólo conocía a un capellán, pero que él o cualquier otro, lo importante era que viniera lo antes posible. Cuando estaba en el hospital, solía visitarle el teniente Pines. Era una especie de loco católico o algo así, y en casa siempre habían hablado mal de los católicos, pero éste se expresaba como un americano de verdad y tan seguro como el infierno era un predicador convincente. Si no tenía más remedio que tragarse religión, éste sería el único capaz de suministrársela.

Pines estaba allí y Gardiner le escuchaba hablar sobre Dios, Cristo y la llegada del Reino de los Cielos, pero sabía que no iba a morir aquella noche. No iban a sacarle de allí, colocarle una soga al cuello y colgarle. Le hubieran dejado morir hace cuatro meses, cuando le dispararon. Dijeron que había intentado suicidarse, pero él no lo creía. Uno de los tipos de la Policía Militar debió arrearle el

tiro. Recordaba haberse emborrachado completamente y haberse largado del campamento sin permiso al decirle Trainor que estaba arrestado, añadiendo: «No te apures por tu chica, amiguito, yo me ocuparé de ella esta noche». Recordaba haber ido a buscar a Bea-Bea y que su patrona le dijo que el sargento había ido a por ella y se habían marchado. Pero Bea-Bea era suya. «Eres mi bola de fuego», había gemido ella, cojín de carne húmeda y blanca, bajo su cuerpo. «¡Bola de fuego! ¡Bola de fuego! ¡Bola de fuego…!», gritando, asfixiándose, en la agonía del placer que él le daba. Nunca había tenido una mujer como aquélla, nunca tuvo una mujer, pero Bea-Bea era ahora suya. La primera vez que la vio, en Wootton, llevaba a Trainor pegado a sus faldas como un toro en celo, pegajoso, fanfarroneando con sus puñeteros galones. Una noche, se fue a la letrina para mear aquella caliente y repugnante cerveza inglesa, y en el cobertizo, detrás de la taberna, encontró a Trainor allí sentado con la bragueta abierta y aquella cosa enorme en el regazo de la chica, también borracha, gimoteando: «Oh, oh, oh», intentando apartar a Trainor con su mano, y entonces él lo echó de allí, le sacudió y le quitó la chica al cerdo asqueroso. Pero a la noche siguiente, Trainor le puso en el parte de servicios, y le entró un miedo loco a lo que estaría sucediendo fuera, un miedo que le hizo beber, que le hizo escaparse y regresar y coger la carabina y municiones y correr, buscarlos, porque lo siguiente que recordaba era su entrada en aquel dormitorio en Wootton y la horrible desnudez blanca de los dos abrazados, los disparos y los horrorosos gritos de Bea-Bea, con el sargento muerto encima de ella, pero él no sabía que estaba muerto, había continuado apretando el gatillo, esparciendo sus tripas sobre ella, que, finalmente, también calló y quedó inmóvil. Entonces la había cogido en brazos, le había hablado en voz baja, diciéndole que no tuviera miedo de Trainor, porque ya no podía hacerle daño, y había llorado sobre ella, que estaba tan quieta con aquella mirada horrible, y después la furia roja que le volvió a invadir cuando llegó la Policía Militar e intentó llevárselo, y luego la oscuridad, el terrible dolor al despertar. Eso era todo lo que recordaba. Ahora, pensando en Bea-Bea y en su maravillosa carne suave y maternal, empezó a llorar.

—Llora, hijo mío —dijo el capellán—. Nuestro Señor también lloró por tus pecados y por los de los demás. Llora y vacía tu

corazón de la amargura y el odio que hay en él, llénalo tan sólo con el amor de Nuestro Señor Jesucristo y te salvarás.

—¿Verdad que no van a colgarme, teniente, verdad que no? —dije Gardiner—. Les juré que no quería matar a la chica. No van a colgarme. Me salvaron la vida. Debí apretar el gatillo sin darme cuenta, igual que con Bea-Bea, y los médicos dicen que estuve al borde de la muerte, pero el ejército me salvó. ¿Por qué iban a matarme ahora? Les dije que lo sentía, ¿verdad que sí, teniente?

—Llámame Pater —dijo el teniente Pines con amabilidad— o Padre[5] si lo prefieres. Así me llaman los muchachos en la compañía. ¿Te gustaría rezar conmigo?

—Sí, Padre, me gustaría rezar, rezar por Bea-Bea. Yo la quería.

En el recinto de la prisión, dentro del barracón de la enfermería, el capitán Gordon y el teniente Strom aguardaban. La panzuda estufa de hierro daba un confortable calor, y ellos permanecían sentados, tensos en sus sillas, con los pies en la mesa de despacho de Gordon, intentando parecer despreocupados y bebiendo el brandy del botiquín.

—Me gustaría saber qué harán si no se presenta ninguno —dijo Gordon. Era el de más edad, un hombre alto, sombrío, de cabello canoso y gafas con montura de acero que ocultaban sus ojos cuando la luz de la mesa hería directamente sobre los cristales.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó Strom.

Las preguntas no significaban nada en realidad. Para Gordon era una de esas noches en que su mente imaginaba los más caóticos pensamientos para distraerse o tal vez conservar la serenidad. En la prisión se habían realizado otras ejecuciones de blancos y negros, pero la de esta noche, la muerte de este crío estúpido e ignorante, le parecía la más criminal de todas, más criminal que el acto de violencia que la había motivado. En el hospital de Taunton hicieron una bonita faena salvándole la vida. Gordon fijó sus ojos en el dentista, rubio, de cara juvenil.

—¿Qué quiénes son ellos? —repitió—. Menuda pregunta, el inefable…, el evasivo «ellos»: Tarbell, tú, yo, el sargento Morgan, todos, hasta el comandante jefe si te parece bien. ¿Y si el tiempo fuera tan malo que las malditas carreteras estuvieran cortadas? ¿O los alemanes nos bombardearan? Ojalá le hicieran. Una bombita en la celda de Gardiner y su madre recibiría un telegrama diferente y

todo el mundo se sentiría mejor.

Gordon oyó el frenazo de un coche ante el barracón y comprendió que su buen deseo no se iba a realizar. Los acontecimientos que se pusieron en marcha en las semanas anteriores, o tal vez en siglos atrás, avanzaban inexorablemente hacia su final.

Strom bajó los pies de la mesa y fue hacia la ventana, mirando a través de la lluvia.

—Son ellos —dijo—. Por cierto, tengo que acordarme de añadir una pequeña dosis de adornos literarios al informe que tengo que presentar sobre el ritual mundano al que vamos a asistir. Tal vez algunos toques líricos sobre el tiempo.

—Sí, amigo, y luego intenta mandarlo al Diario Odontológico —dijo Gordon— como un curioso espécimen, subproducto de la guerra. Les puede ser muy útil para un cursillo sobre ejecuciones sumarias en las escuelas de odontología del futuro, o al menos para sus archivos en el apartado *muertes violentas*. Podrías redactarlo en latín, como una receta.

Strom abrió la puerta y penetraron cinco hombres en el barracón. Encabezaba el grupo el capitán Keller, del hospital general de Taunton.

—Buenas noches, doctores —dijo, avanzando hacia la estufa a grandes zancadas.

—Buenas noches, doctor —respondió Gordon—. Hermosa noche para una ejecución.

Keller, sin humor alguno, le lanzó una mirada furiosa.

—No tiene gracia, Paul —dijo, mientras sacudía su abrigo y su sombrero completamente empapados—. Nunca creí que fueran tan lejos con este muchacho. Si por mí hubiera sido, le habría dejado morir en el quirófano.

—¿Violando su juramento?

—¡A la mierda mi juramento! —respondió Keller, extendiendo sus manos hacia la estufa. En los círculos médicos se decía que aquellas manos tenían un cerebro en cada articulación. Keller era un gran cirujano, que ingresó como voluntario al día siguiente de Pearl Harbor y detestaba al ejército con la misma vehemencia que amaba a su país—. He prestado en mi vida muchos juramentos, y la mayoría de ellos los violo esta noche —concluyó.

El teniente Strom hacía su presentación y la de Gordon a los restantes oficiales llegados con Keller. Había dos capitanes de la Policía Militar, un delegado judicial de Camp Chiselden y un primer teniente de Infantería del batallón al que habían pertenecido Gardiner y Trainor. Los restantes testigos se reunirían más tarde en el despacho del comandante.

—Caballeros —dijo uno de los policías militares— no deben dejarse impresionar. Pronto todo habrá terminado y Gardiner recibirá su merecido. No desperdicien con él su simpatía. Ustedes no vieron la que armó en Wootton. Una matanza. Y después, el hijo de puta, me suelta un tiro en la cabeza cuando me presenté para arrestarle. Pudo haberme matado o liquidar a cualquiera de mis muchachos igual que a Trainor y la chica. Si están dispuestos a derrochar su simpatía, guarden una poca para ellos.

—No sea tan duro con el doctor, capitán —dijo Gordon—. Si ahora Gardiner está vivo y puede moverse es gracias a la habilidad del doctor y sus ayudantes. El muchacho debería haber muerto hace cuatro meses en realidad. Ya se sabe que a ningún artista le gusta ver destruida su mejor obra.

Keller se dirigió a la mesa de Gordon, sentándose en el borde. Era un hombre pequeño, de cara redonda y amable, con unos ojos castaño claro en los que brillaba la inteligencia.

—No discuto el veredicto, capitán —dijo al oficial de la Policía Militar— y comprendo perfectamente su posición en el asunto, pero creo que con todo lo que ha sufrido el muchacho ya ha pagado suficientemente lo que hizo. Pienso que hay razones serias para una conmutación. No es que esperara el perdón y que lo dejaran libre por las buenas…, pero tampoco esto.

Se volvió hacia el teniente de la compañía de Gardiner.

—Teniente, usted que lo conocía, ¿cómo era?

—No era mal chico —respondió el teniente—. Un poco lento y algo torpe, pero antes de liarse con esa chica jamás se metió en jaleos. Algunas escapadas sin permiso, eso es todo.

—¿Cree usted que merece que lo ahorquen? —preguntó Keller. El teniente era un hombre cauto que se sabía su trabajo y se atenía a él estrictamente; por nada del mundo se comprometía.

—Pues, en realidad, no sé —respondió—, es difícil hacer una afirmación rotunda. Odio perder a mis hombres, pero yo no sé

mucho de estas cosas. Se formularon contra él varios cargos, y si han sido probados, supongo que éste es el desenlace lógico.

—¿Y Trainor? —insistió el capitán Keller—, ¿cómo era?

—Un buen tipo —dijo el teniente—, duro con los muchachos, los sabía mantener a raya. —Hizo una pausa momentánea y Casi sonrió —. Tiene gracia cómo se metía con Gardiner. Me imagino que se dedicaba a sacarle de sus casillas por sistema. Nunca pensé que el muchacho se lo tomara tan en serio.

—¿Usted conoce la Biblia, no es cierto, doctor? —dijo el capitán de la Policía Militar—. Ojo por ojo y diente por diente. Al fin y al cabo, Gardiner es afortunado, se cargó a dos personas y a él sólo le cuelgan una vez.

—A propósito de la Biblia —dijo Gordon con un fuerte acento sarcástico—, sugiero que ninguno de los presentes sabemos de qué demonios estamos hablando. Tal vez al pobre chico le aguarda el estar colgado, y colgado para toda la eternidad, a menos que el reverendo que ha estado con él durante dos días pueda conseguirle un pase especial.

El teniente Strom se percató de que había llegado el momento de cambiar de conversación. Era el oficial de más baja graduación, pero los galones no le intimidaban en absoluto. Con el mismo aire de despreocupación con el que hubiera sacado una muela, dijo:

—Caballeros, a acostarse. Seguramente les apetecerá echar un sueñecito hasta que sea hora de reunirse para la oración —dijo, señalando los catres de tijera libres de pacientes—. Para los que sientan un incipiente resfriado, estoy seguro de que el capitán me permitirá ofrecerles un poco de esta panacea que hemos estado bebiendo.

Mientras los demás se dirigían hacia los catres, el capitán Keller se acercó a Gordon.

—Paul, ¿cómo está el muchacho? —preguntó.

—No sé qué decirte —respondió Gordon—, no cree que realmente le vayan a ahorcar esta noche. Puede ser que se encuentre todavía bajo los efectos de una especie de shock profundo. Tal vez sea mejor así. Ahora tengo que subir para hacerle un último reconocimiento. ¿Me acompañas?

—No —dijo Keller—, no podría soportarlo.

Gordon, levantándose, cogió del suelo una balanza portátil.

—Ponte cómodo, Fred. Hasta luego.

—¿Para qué es eso? —preguntó Keller, señalando la balanza. Gordon había tratado de dar a su gesto un aire de absoluta casualidad, casi ajeno a su misión; pero Keller lo había estropeado todo, y Gordon ahora se dirigió a él empleando un tono de amargura que nunca había usado con el doctor, a quien admiraba profundamente.

—Tengo que volver a pesarle —dijo—, para que el sargento Morgan calcule bien la caída. No quieren estrangularle lentamente o arrancarle la cabeza de cuajo. Sólo un tirón rápido y efectivo…, y el olvido.

«El que de vosotros esté sin pecado, arroje la primera piedra».

Estas palabras acosaban a Reisman tan palpablemente como si se hubieran materializado. Había permanecido mirando al sargento durante unos minutos, inseguro de la conducta que debería seguir con él e incluso de sus sentimientos. Con el aliento frío del exterior, el hombre había introducido la gravedad y con ella tenía que enfrentarse aunque negase la repugnancia y la cólera que empezaba a sentir, forzando a su imaginación a especulaciones abstractas.

La chica pasó junto a Reisman con una bandeja en la mano, y él la detuvo.-

—Dile a tu novio que le invito a una copa.

Tan de cerca, era una belleza perturbadora. Su piel tenía una maravillosa claridad que recordaba la textura de la porcelana. El trabajo, sin embargo, había quitado a sus manos la suavidad, enrojeciéndolas ligeramente. Los ojos, de un azul muy suave, tenían una mirada acariciadora.

—No tengo novio, señor —dijo sonriendo—, ¿a quién se refiere?

A Reisman le pareció advertir en su tono una ligera ironía e incluso cierta coquetería que le produjo un inexplicable alivio. El tono de su voz era muy suave y no tenía acento de Somerset.

—Aquel sargento —siguió Reisman—, dile que quiero invitarle celebrar su ascenso y darle ánimos para su tarea nocturna.

La muchacha volvió inmediatamente:

—El sargento dice que sólo bebe leche, pero que agradece al capitán su amabilidad.

—Sírvele leche, entonces.

—Me temo, señor, que no están ustedes de suerte —respondió la

chica—. Un «crazy Jerry»[6] alcanzó anoche la lechería, no tenemos ni una gota.

Reisman se levantó de su taburete y se dirigió hacia la mesa haciendo una señal a la chica para que le siguiera.

—No hay leche, sargento —dijo en un tono de voz más alto del que había pensado—. ¿Qué quiere beber? ¿Prefiere whisky, sidra o una pinta de cerveza?

Cari Morgan, inclinado sobre su cena, masticaba despacio y deliberadamente. Cuando tragó el bocado, levantó los ojos hacia el oficial y habló:

—Capitán, ¿podría preguntarle a qué compañía pertenece?

—A ninguna, estoy de turista, de paso, sargento. ¿Se decide a tomar una copa conmigo, sí o no?

Reisman intentó encontrar una cierta intención mordaz en las palabras del sargento, pero, honradamente, no pudo conseguirlo.

—Se lo pregunto —dijo Morgan— porque la confraternización entre oficiales y soldados ha sido expresamente prohibida. Aunque se lo agradezco, capitán, no puedo aceptar su orden.

—No es una orden, sargento…, bueno, demonios, déjelo —concluyó Reisman. Sacó unos cuantos chelines del bolsillo y se los entregó a la muchacha, que permanecía al lado de la mesa—. Sírvale otro *pudding* y guárdese la vuelta —dijo, volviéndose a la barra, desde donde le observaban los dos viejos granjeros con curiosidad—. Esta noche va a necesitar fuerzas.

Reisman sabía que se había comportado infantilmente, pero por un instante tuvo un pequeño sentimiento de triunfo.

—Puedes quedarte el dinero —dijo Morgan a la muchacha, mientras observaba la retirada del oficial—. No quiero más *pudding*.

Sabía lo que pensaban todos y cada uno de los individuos de la habitación, pero no le importaba. Había quienes le envidiaban por sus galones y quienes le temían y, en consecuencia, le odiaban. Pero ya no era ningún maldito soldado pelón para que el primer capitancillo con galones que se le ponía por delante le dijera lo que tenía que hacer. Ahora era «alguien», se destacaba de la masa informe del ejército. Era especial y no había nadie como él. No necesitaba beber nada. Le gustaba el *pudding*. También le gustaba la muchacha que servía las mesas, Bess o Tess, nunca recordaba el nombre. A ella tampoco le impresionaban los galones. Había sido

amable con él desde que se alistó en el 51 Batallón como ayudante de Poidexter, aquel judío huraño inglés que no le había enseñado absolutamente nada. Desde*el primer momento pudo haberse hecho cargo del trabajo sin necesidad de haber perdido el tiempo contemplándolo. Esta era su noche. Iba a enseñarles algo bueno. Al principio, los hombres habían sido más amistosos, tomándole por un guardián más, encargado de alguna sucia misión, pero después se enteraron de lo contrario, ¡sucios hipócritas! La chica siempre había tenido una palabra y una sonrisa amable para él, por eso le había comprado las medias y los pendientes, le agradaba que ello la hiciera feliz y no esperaba nada a cambio.

En la barra, Reisman pidió otro whisky y lo bebió lentamente, aislándose en sí mismo, según una técnica que él dominaba a la perfección; lejos de los campesinos, del sargento Morgan, lejos de la chica. Pensó en los alemanes que yacían sobre la nieve del Mattarone, en el lago Orta. La muerte de los alemanes le resultaba particularmente excitante, era una de las fuerzas rectoras de su vida. Precisamente a causa de su entusiasmo por el cuerpo a cuerpo con los nazis, su última misión en las montañas estuvo a punto de costarle un disgusto. Sospechaba que era una de las razones que habían motivado su traslado desde el Servicio Secreto al Departamento de Misiones Especiales.

La muerte de los italianos no le resultaba tan agradable, porque le recordaban a su madre italiana y a su interminable familia que habían emigrado hasta Chicago, y que, excepto ella, no habían sido capaces de hacerse a la ciudad, abandonar sus viejas costumbres e integrarse en el nuevo ambiente.

La muerte de los rusos, polacos, rumanos y húngaros le dejaba frío, franceses, belgas, holandeses, escandinavos y de otras nacionalidades de la vieja Europa que luchaban contra el nazismo.

La muerte de los rusos, polacos, rumanos y húngaros, le dejaba frío. Tenían sus propios defectos sin ayuda de los alemanes, según había aprendido de los labios de Aaron Reisman, su padre, confirmado por todo el círculo étnico de amigos y parientes paternos y asegurado por su propia experiencia.

La muerte de sus compatriotas en la guerra era un hecho irreparable, sobre el cual, sin embargo, se derramaban sólo unas pocas lágrimas. También cuando le llegara su turno caerían unas

pocas lágrimas sobre su tumba. Eran ya muchos años de guerra, se sentía maduro para la muerte. Muchas guerras: absurdas guerras latinas de sus años mozos; después, al sur del Río Grande, su primera intervención; y el Caribe. Luchas más o menos discutibles, pero que en último caso para él habían representado una diversión, una especie de juego. A continuación la guerra de España, en la que creyó encontrar una causa, pero los comunistas se encargaron de echarlo todo por tierra. Y China, extraña, misteriosa, exótica y brutal y completamente sin esperanza; mejor salir de allí. Jamás llegó a comprender por qué luchaba. Por último Palestina, en la que la guerra volvió a recobrar cierto sentido.

Una parte de él se consideraba *Landsmann*[7], pero hasta entonces no lo había sentido tan íntimamente, con alegría tan plena, de una forma tribal y casi religiosa. Hombres que jamás habían lanzado un grito de rebelión habían aprendido de él a disparar, a apuñalar, a estrangular. A algunos de ellos, dotados de gran talento natural, Reisman les había enseñado a saborear la lucha por ella misma, como hacía él, y estaba seguro que algún día serían tipos formidables. Destacado en misión especial junto a sus combativos jefes y sus incipientes pero tenaces organizaciones de resistencia, había chapoteado en el cieno de toda la Europa Central buscando a sus hermanos, intentando salvarles, sorteando todas las fronteras, sobornando a todos los guardianes. Habían sido unos años magníficos y estaba seguro de que algún día volvería.

En momentos como éste, Reisman evocaba sus años de guerra para autoconvencerse de quién era y de que lo que había hecho, en cierto modo, no era más que un trabajo de vendedor de una mercancía peculiar que se abastecía en sí mismo, recuperando con esta evocación su estabilidad emocional, ya que no su integridad.

La chica llegó por detrás de Reisman, que olió su perfume fresco al rozarle.

—No tiene por qué darme este dinero —dijo alargando su mano con los chelines—, el sargento no deseaba nada más, y le da las gracias.

Su otra mano permanecía suavemente apoyada en el brazo de Reisman. O lo hacía por ingenuidad inconsciente, o su misma ingenuidad lo deseaba de esa forma.

—Entonces, quédeselo.

—No puedo, señor.

—Bien, permítame que le invite a una copa.

—No puedo, señor, aunque me gustaría tomar una cerveza y charlar un rato con usted. Pero a mi tío, que es el propietario, no le gusta que interrumpa el trabajo.

—De acuerdo, déselo a su tío y dígale que necesito un sitio para pasar la noche.

Hizo ademán de marcharse, pero él la retuvo preguntándole:

—¿Cómo se llama?

—Tessie Simmons, señor —dijo, sin ocultar el agrado que la pregunta le producía. Era consciente de su atrevimiento, pero al menos era sincera y no hacía mal a nadie, incluso hacía bien. Deseaba que la vida fuese amable con ella y con los demás, y si en su mano estaba contribuir a lograrlo, mucho mejor. Un don doblemente bendito del que va quedando poco en el mundo.

—Ahora mismo le lo digo. Tenemos cinco habitaciones libres; seguro que le encantará tenerle.

—¿Y a usted, Tessie?

—Por supuesto, señor, a mí también me encantará tenerle —contestó con toda seriedad.

La muchacha ya había observado al capitán en la barra anteriormente, cuando hablaba con *mister* Salmón y *mister* Edwards. Había tantas clases de americanos que jamás podían catalogarlos a primera vista. El capitán le pareció guapo, como cualquiera de los otros hombres de uniforme que acudían a beber, excepto aquel curioso sargento al que acababan de ascender y que le compraba regalos sin parecer exigir nada a cambio, y no es que ella se sintiera obligada a darlo. La gente de la taberna decía que era el verdugo de la prisión, pero ella no lo creía. Seguro que le tomaban el pelo, lo mismo que las historias de duendes y fantasmas que se cuentan a los niños para meterles miedo y que se porten bien. Y ella ya no era una niña.

Le gustaba el aspecto del capitán. Sin ser demasiado moreno, parecía español o italiano. Tenía una cara joven, aunque madura en todos sus rasgos y con pequeñas arruguitas en los ojos, en la frente y en las comisuras de la boca, que le avejentaban. Cuando habló con el sargento en tono seco, sus ojos eran de un gris frío, pero después, en la barra, junto a ella, parecían castaños. A lo mejor

cambiaba el color de los ojos a voluntad como un camaleón o cambiaban por sí mismos, según su estado de ánimo.

Su tío estaba en la habitación junto al aparato de radio, bregando con las interferencias. Era un londinense que llegó a Somerset varios años atrás impulsado por un irrefrenable deseo de vacaciones; el lugar le gusto tanto que se estableció allí comprando la hostería. Un hombre viudo, sencillo, agradable y satisfecho, que estaba siempre en las nubes. Supervisaba la marcha del negocio con una minuciosidad amistosa e impersonal, pero la mayor parte del tiempo no salía de su habitación; cuando hacía sol le gustaba pasearse por los caminos. Siempre tenía un ojo en la contabilidad, pero el resto de las atenciones del establecimiento corrían a cargo de un cocinero, un camarero y una doncella. Dio refugio a Tessie durante el horrible invierno londinense de hacía cuatro años, pero ahora que la muchacha había crecido, era ella la que le cuidaba.

Tessie le informó de que iban a tener un huésped aquella noche. Él asintió con la cabeza, señalando el tablero del que colgaban las llaves de las habitaciones. La muchacha escogió la más bonita y confortable, con chimenea y un magnífico colchón, sintiendo un excitante calor recorrerle el cuerpo con un matiz de culpabilidad.

El capitán aguardaba al final de la escalera, apoyado en la barandilla.

—Me debe usted cuatro con seis de la habitación —le dijo Tessie.

—¿No me fía? —le preguntó, volviéndose y sonriendo.

—Claro que sí, pero la costumbre es pagar por adelantado. Me dio usted cuatro chelines, y la habitación son ocho con seis.

Tessie cogió el dinero observando cómo firmaba en el registro y subió las escaleras tras él. Reisman le sacaba media cabeza, aunque para hombre no era muy alto. Tenía el pelo oscuro y ondulado y a ella le hubiera gustado acariciarlo…

—¿No tiene equipaje? —preguntó.

—Sí, pero lo dejé en otro sitio. No sabía que iba a quedarme aquí. Lo traeré cuando vuelva.

—¿Va usted a salir? —dijo, intentando ocultar su decepción.

—Ahora no —dijo Reisman—, saldré más tarde, tengo que ir a un sitio.

—Trabajo del diablo, sin duda, en una noche como ésta —

respondió Tessie.

—Sí, trabajo del diablo —afirmó Reisman, secamente. Lo había dicho en broma, pero algo en la mirada de Reisman hizo que se arrepintiera de su (rase. Reisman se sintió de nuevo en tensión. Una mezcla en plena ignición, compuesto inestable del que brotaba la energía que él necesitaba para romper su coraza protectora; como una bomba a punto de explotar; la muchacha percibió el horror de todo aquello: Al abrir la puerta de la habitación se sintió flaquear. Si él se aproximaba demasiado, si llegaba a tocarla, comenzaría a temblar por él.

Reisman observó cómo mullía las almohadas de la cama y se afanaba ante la chimenea para encender el fuego. Sin intentar remover nada en su interior, admiró de nuevo la plenitud de su cuerpo de mujer y la gracia sensual de sus movimientos: En la cara de la chica había un cierto anhelo y una especie de miedo blando y tembloroso en sus ojos.

—Quiero dormir unas horas —dijo Reisman—. ¿Hay alguien que se levante hacia la una y media? Tengo que levantarme forzosamente a esa hora, es muy importante!

—En mi habitación hay un despertador —respondió ella rápidamente—, yo le avisaré.

—No, préstemelo —dijo Reisman—, no quiero molestarla.

—No es molestia —contestó la chica—. Puede que usted no oiga el despertador, a lo mejor se vuelve a dormir y falta a su cita. Yo estoy acostumbrada. Necesita usted alguien que le obligue a levantarse.

—Muy bien —dijo Reisman—, de acuerdo.

Se levantó de la cama en la que se había sentado, dirigiéndose hacia la puerta. Tessie pasó rozándole, con una leve mirada de decepción en sus ojos. Él la detuvo, tomándola ligeramente del hombro. Cuando ella volvió la cara, él se inclinó y la besó en la mejilla.

—Sigue siempre tan dulce —murmuró, y fue notable con qué facilidad le brotaron las palabras. Luego cerró la puerta tras ella.

El fuego comenzaba a caldear la habitación. Reisman se quitó los zapatos sin desatarlos y totalmente vestido se tumbó en la cama. Estaba agotado por el largo viaje y con los sentidos totalmente embotados por el whisky, pero tardó unos momentos en dormirse.

¿A quién iban a colgar en la madrugada?

¿A Danny Deever? Sí, eso es. Danny Deever, el buen soldado.

Van a colgar a Danny Deever, hay que darle lo que se merece.

Porque ha matado a un camarada dormido, debes mirarle a la cara…

¿Hay que llorar por Danny Deever? ¿Llorará él mismo? ¿Estará asustado?

¿El miedo, por qué pensaba en él ahora, qué sentido tenía? Por supuesto no pensaba en su seguridad personal, ya hacía tiempo que había superado esta fase. En el tumulto emocional de una acción no hay sitio para el miedo individual; esto es lo que estúpidamente llamamos valor. Pero en este caso, ¿dónde estaba la acción?, ¿la atracción irresistible?, ¿el canto de la sangre? Hay que contemplar a pie firme la muerte espantosa de un hombre, mostrar despreocupación, no intervenir ni a favor ni en contra, no comprometerse emocionalmente; ése era su horror. Y los viejos recuerdos. El violento malestar que le ascendía desde el vientre, el involuntario vacío de las entrañas. Desde luego, no todo fueron juegos y diversiones, logró vencer al miedo innato, producto de generaciones de vida salvaje y terrores incontrolados, pero en cualquier momento, inesperadamente, podía llegar la derrota.

Víctor Franko, desde su petate, oyó a los «perros»[8] que venían a por Gardiner. Había luchado contra el sueño, tratando de mantenerse despierto cuando llegara el momento, y ya había llegado; los oía avanzar corredor abajo. Se lanzó como un rayo contra la puerta de su celda. Diferente uniforme, diferentes métodos, diferentes castigos, incluso diferentes reglamentos. Pero para Víctor Franko eran «perros», exactamente iguales a los guardianes y celadores que había conocido en Sing Sing, Leavenworth y Dannemora.

Antes de que llegaran había escuchado la monótona letanía del cura, consuelo de circunstancias para Gardiner. Franko no podía verlos ni oírlos bien, y al principio le pareció que Gardiner flaqueaba, aunque luego tuvo la impresión de que estaba muy entero y marcharía sin vacilar.

Pero lo que Franko quería es que no marchara de ninguna

forma. Si a Gardiner no lo colgaban, podía estar seguro de que a Franko no lo colgaban, y entonces podía dedicar sus pensamientos a cosas más útiles que los quiméricos planes de evasión que estaba maquinando.

El diablo le había conducido allí, y como fuera, en la forma que fuera, el diablo le salvaría. Seguro. Víctor Franko hace ya mucho tiempo realizó un pacto con Satanás en aquel maldito rincón de Nueva York llamado «La Cocina del Infierno». Aunque era un niño, comprendió perfectamente…

«El bien me destruirá como ha destruido a otros. Me pudrirá como ha permitido a mi madre pudrirse, a mi padre pudrirse, a mis hermanos y hermanas y amigos y enemigos pudrirse. Así, pues, seré el mal, reconoceré el mal donde quiera que lo vea, lo cortejaré, lo reverenciaré, le haré engrandecerse y trabajar para mí».

Este había sido su voto, y aunque tuvo inteligencia suficiente para sacar fuerzas del mal, no supo sacarle provecho. Diez años de reclusión mayor: ésa era la prueba, aunque él se negara a admitirlo.

Y, efectivamente, el mal le había servido aquel día en Leavenworth cuando llegaron y le ofrecieron libertad condicional si se alistaba en el ejército. Claro que sería buen chico. Que le dejaran salir de allí e ir a un sitio donde pudiera encontrar una mujer y respirar aire puro y comer y beber lo que le diera la gana —¡y ser libre!—. Libertad, ¡menudo bromazo! ¿Qué mierda de libertad le ofrecía el ejército? Había llegado a Inglaterra en un barco con otros cinco mil convictos, buenos chicos que a cambio del privilegio de ser carne de cañón, habían prometido portarse bien en lo sucesivo y cumplir su tarea por Dios y el país. ¡Dios!, poder mandar esos cinco mil hombres, un regimiento de discípulos del infierno gobernados por el mal. Atravesar los mares, robar, saltar, libres, sin aliados, sin obligaciones, invencibles.

¿Pero dónde estaban ahora? Diseminados en destacamentos por todo el país, y Franko, que había intentado cultivar su pequeña parte de mal, había caído. Le pillaron tan por las buenas, que andaban diciendo que esta vez lo colgaban. Pero eso había que verlo. Su caso estaba en apelación. Y si no daba resultado, había otros caminos. Se sabía el libro, su libro. Su «Código de Justicia Militar» y sus «Reglamentos de Guerra», y siempre había formas de salir del paso que a ellos ni siquiera se les habían pasado por la

cabeza. Y si también esto fallaba, quedaban otros recursos. Se pondría enfermo. Se mutilaría. Para que te cuelguen tienes que estar sano, sus mismos libros lo dicen. Se rompería todos los dedos uno por uno. Se machacaría el brazo. Se partiría la pierna. Se rompería la cabeza si era necesario. Se serviría de toda su carne y huesos y músculos, pero no iba a permitir que le hicieran como a Gardiner.

¡Dios, qué rápido andaban! Ya salían de la celda. El cabrito del coronel en cabeza, con aire severo. Le gustaría saber dónde andaba el verdugo, aquel hijo de puta esmirriado, que días atrás anduvo rondando por la galería; soldado raso cargado repentinamente de galones, preguntando a los guardianes, espiando por las mirillas de las celdas como un buitre.

El cortejo se alejaba.

—¡Coronel! —gritó—. ¡Coronel! Déjeme decirle adiós, por favor, déjeme decirle adiós.

Gritó sin saber lo que iba a pedir, pero después se sintió arrastrado por su propia voz.

Sorprendido por la interrupción, el coronel detuvo la escolta.

—¡Haced callar a ese hombre! —ordenó.

—¡Darle la mano, solamente darle la mano, nada más! —suplicó Franko-Padre, haga que me permita decir adiós a Gardiner! ¡No hay ninguna ley que lo impida! ¡Dios sabe que el muchacho necesita un amigo!

Él coronel lanzó una rápida mirada a Gardiner. Por un momento le pareció que iba a salir de su sopor, de su increíble aturdimiento. No había habido cena especial ni últimos deseos.

«¡Cristo! —pensó Tarbell—, acabemos de una vez antes de que vomite». Miró al teniente Pines en busca de consejo, y el sacerdote asintió con la cabeza.

—Llevadle allí un segundo —dijo Tarbell.

Franko sacó una mano a través de las barras del ventanuco buscando la de Gardiner, pero vio que se las habían atado a la espalda. Le agarró violentamente del hombro, pero ahora que estaba allí, ¿qué demonios le iba a decir?, ¿qué demonios le iba a decir? ¡Sé valiente, muchacho! ¡Ten entereza! ¡No te dejes apabullar! ¡Sé duro, sé fuerte, muchacho! ¿Por qué no te lanzas contra ellos? ¡Patéalos! ¡Aráñalos! ¡Muérdelos! ¡Grita! ¡Pero no les

dejes que te hagan eso, imbécil!

Sin embargo, no di jo nada. Apretó cada vez con más fuerza el hombro de Gardiner, que le miraba fijamente, sin comprender. Apretó aún más, empezó a retorcerlo. Si lo retorcía bastante, a lo mejor lograba rompérselo y entonces no podrían colgar a Gardiner. Tendrían que volverlo a la celda y llevarle al hospital hasta que estuviera mejor.

—¡Ya está bien, Franko, termina de una vez! —dijo el coronel—, ésta no es tu fiesta, pronto te tocará el turno.

—¡Hipócritas! —aulló Franko en un arrebato de furia—. ¡Malditos y piojosos hipócritas!

—¡Hacedle callar! —estalló Tarbell—. ¡Condenado, cerradle el pico!

Franko clavó su mirada fanática en el sorprendido sacerdote.

—¡Tú, tú, hijo, de puta sermoneador, tú eres el peor de todos! ¡Hablas de Dios, hablas de Cristo, hablas de la salvación, de la verdad y de los pecados, y les vas a ayudar a crucificar a un crío!

Los policías militares intentaron separar a Gardiner de la puerta, atacando a Franko, que les lanzaba una sarta de insultos. Le dieron en la mano para hacerle soltar, y en medio de la refriega Gardiner permaneció embotado, ajeno a b que decían, insensible al dolor del brutal apretón de Franko.

De repente Tarbell, al ver su mirada vidriosa, su entumecimiento la manera mecánica de aceptar las órdenes, comprendió. No era ninguna especie de shock benéfico. El médico, contra todas las órdenes, reglamentos y ordenanzas, le había dado un insensibilizante.

—Bien, ¡al infierno con él y con todos! ¡Que se vaya al diablo el ejército por la cochina tarea que me ha encomendado!

Con el borde de su recia mano golpeó la muñeca de Franko, que soltó la presa. Uno de los policías militares abrió la puerta de la celda y la volvió a cerrar de golpe con un crujido de huesos. El policía militar había sacudido fuertemente alcanzando en la mandíbula a Franko, que cayó en su petate y permaneció allí respirando sofocadamente sin lograr articular palabra. Oyó cómo encajaban la puerta, el ruido de la llave en la cerradura y la escolta que reanudaba rápidamente la marcha corredor abajo, pero siguió callado. No tenía nada más que decir. Se sentía muy excitado.

¡Había hecho lo imposible! Lo que ni el mismo Dios, si es que existía, podía hacer. Había dado a Gardiner dos minutos más de vida de los que tenía cuando llegó allí. Había creado una vida.

Pero ahora estaba en manos de los otros, lo habían metido en aquel cuarto. Ovó las voces lejanas, los rezos, y al final el irremediable ruido de la trampilla de madera… y se encogió. Se encogió en su petate, despidiendo el sudor nauseabundo del miedo.

Reisman salió como una exhalación de la cámara de ejecuciones en cuanto se dio la orden de romper filas, deteniéndose un instante en la Comandancia para recoger su maleta. Una vez fuera de la prisión, se quitó la gorra alzando la cara hacia la lluvia, bebiéndola, absorbiéndola ávidamente por todos sus poros, sintiéndola hundirse en su carne agradecida, inundándole con su limpieza. ¡Qué hermoso seguir vivo!

Alcanzó la carretera que conducía a la posada y corrió por ella, molesto por la maleta que le golpeaba las piernas/Cruzó las calles, las callejuelas, saltó las vallas, los jardines negros en la noche, la encrucijada de muros de piedra oscura que cobijaban a los habitantes del viejo pueblo que ahora dormían, decentes, honrados, aquí y allá y en todas partes, por quienes se había hecho justicia aquella noche.

Le empujaba un deseo, un apetito, que le había asaltado aquella tarde, una imperiosa necesidad de ternura que expulsara de su cuerpo y de su mente a la muerte. ¿Por qué había tardado tanto en morir el muchacho? En los últimos instantes había estado a punto de lanzarse al agujero donde colgaba el cuerpo para rematarlo él mismo.

La posada estaba a oscuras, intentó abrir la puerta. Estaba cerrada y se apartó para volver inmediatamente a tratar de abrir como un hombre incomprensiblemente rechazado, preguntándose si existía otra entrada, o si tenía derecho, ya que había pagado la habitación, a despertarles.

Tess abrió.

—Me olvidé de darle una llave —dijo en voz baja—, he estado todo el rato preocupada.

Al verla, Reisman comprendió lo aliviado que se sentía, cuánto agradecía el verla, la gran necesidad que tenía de que alguien hubiera estado esperándole allí para darle abrigo y socorro.

Adelantándose a ella, penetró en el oscuro *hall*, advirtiendo que ella esperaba algo más que aquel lacónico «siento haberla despertado», aunque se preguntaba si intuía el deseo de la chica o simplemente el suyo propio. Tal vez fuera su obligación esperar a todos los perros perdidos en la tormenta.

En la oscuridad de la desierta posada ardía un magnífico fuego, lanzando fantasmagóricas sombras al rellano de la escalera y a sus rostros.

—Pero mírese usted —exclamó Tess de repente, conforme se acercaban a la chimenea.

El agua corría por sus ropas, formando charcos en el suelo a su alrededor. La gorra estaba completamente chorreando, y al quitársela advirtió que tenía el pelo húmedo y aplastado en mechones desiguales. Permaneció de pie junto a la escalera pensando si debía subir directamente a su habitación; no le apetecía en absoluto. Después de lo que acababa de ver, la noche no podía concluir así. Estaba convencido de que si hubiera durado unos minutos más, muchos de los que estaban en la cámara de ejecución se habrían desmayado como consecuencia del esfuerzo por mantener la serenidad. Vio sus caras, la palidez enfermiza y el sudor frío y comprobó que él era fuerte.

Tess le ordenó imperiosa:

—¡Más vale que se quite sus ropas, capitán! Está hecho una lástima, acérquese al fuego y le traeré algo caliente.

—Gracias —dijo Reisman—, me encantaría beber algo. El fuego está estupendo.

No podía permanecer allí como un imbécil, mostrando su necesidad de ella. Tenía que hacer algo, aparte de pensar que ella era la que estaba bien, magníficamente bien, con su ridícula bata de lana gruesa abotonada hasta el cuello para ocultarse castamente o abrigarse —qué más da— y su absurdo camisón de franela flotando alrededor de sus zapatillas, el pelo en desorden, del color de la arena de las playas desiertas, su rostro joven y bonito, su magnífico cuerpo de mujer… ¡da gusto verla!

Al tumbarse en el suelo junto al fuego, encontró unos libros sobre la almohada. No se había dormido, sino que había estado leyendo —historias románticas junto al fuego— dos novelas, una americana y otra que transcurría en una especie de mágica isla

lejana, una colección de artículos de viaje por los Estados Unidos y un tomito de poesías: «A Shropshire Lady», de A. E. Housman.

Tess llegó de la cocina con dos tazas humeantes, e inclinándose te ofreció una de ellas.

—Esto le sentará bien —dijo.

Él se llevó la taza a los labios y la apartó rápidamente al sentir la quemadura.

—¿Qué es? —preguntó alzando su rostro envuelto por el humeante y espirituoso vapor.

—Puro fuego —dijo ella—, fuego de ron, sidra y ramitas de canela. Un americano me dijo: te cura o te mata. Hablaba de manera extraña, incluso para un americano.

—¿Conoces a muchos?

—¡Oh…! —dijo, riendo—, cientos. A veces me parece que ha desfilado por aquí todo el ejército americano.

—¿Y cuántos gozan del privilegio de este servicio nocturno? —preguntó, arrepintiéndose de sus palabras cuando vio su mirada ofendida. No había querido decirlo así.

—Muy pocos —dijo mirándole a la cara, reflejando en sus pupilas chispitas de luz de la chimenea.

—Lo siento.

—No tiene importancia, ya sé que no lo dijo con segundas.

Por unos instantes permanecieron en silencio, mirando a las llamas y bebiendo la humeante mezcla a pequeños sorbos. Reisman se preguntó si aquél iba a ser su mutis definitivo. ¿No habría tiempo para holas y adioses, y nuevos adioses, y en cada encuentro un acercamiento mutuo que reafirmara lo anterior y planteara entre los dos algo nuevo?

Reisman tomó el libro de poesías.

—Pensé que solamente los jovencitos sentimentales americanos leían a Housman.

—¿Era usted un jovencito sentimental cuando lo leyó?

—Sí… con mucha frecuencia, por desgracia, pero logré sobrevivir y ahora ya estoy curado.

—No lo creo.

—¿El qué?

—Que no sienta dolor, sería terrible no sentir dolor, porque entonces no sentiría nada.

Hizo una pausa y bebió de su copa, volviéndola a dejar ante el hogar de la chimenea. Después continuó:

—Sin bondad no hay amor.

Reisman pensó que era muy madura para su edad.

—¿Le importó que la besara antes?

Una vez, tenía catorce años, le hizo la misma pregunta a una chica y recibió la más extraña mirada. Nunca lo había vuelto a preguntar y le había ido muy bien. Pero ahora tenía treinta años y Tess dieciocho escasos y por un instante se volvió a sentir como si tuviera catorce.

Tess volvió la cabeza, mirándole directamente.

—Pensé que lo había olvidado —dijo—, había usted bebido bastante y no significaba nada.

Reisman se inclinó, atrayéndola hacia él, percibiendo su respiración conforme la acercaba, y sintiendo también su propia alegría, ¿pero estaban gozando de la vida, o celebrando la muerte?

Tess se apartó, mientras él había empezado a desabrocharle la bata. Incluso a través de la tela, ¡qué placer haberla abrazado!, sentir el dulce calor de su carne. ¡Qué increíble, qué fabulosa construcción era una mujer!

—Aquí no —dijo en voz baja—. ¿Se ha secado usted ya?

—Sí.

—Pues coja su ropa y suba…

Reisman de repente se sintió perplejo, desesperadamente perplejo, y quiso gritar ¡no!

—… en seguida estaré con usted —concluyó ella.

El dormitorio estaba caldeado, la muchacha había mantenido también allí él fuego. Reisman se despojó de su uniforme húmedo colgándolo de una silla cercana de la chimenea, y advirtiendo el latir presuroso de su corazón; pero bajo el cobertor grueso y suave se sintió desamparado, solo. Su mente divagaba y el fantasma se apoderó de nuevo de sus sentidos. ¿Por qué no le habían pegado un tiro en vez de dejarle colgado allí una eternidad?

Tess entró en el dormitorio, despacio, permaneciendo de pie junto a la cama sin que él lo advirtiera. Reisman se incorporó, la tomó de la mano y ella cayó junto a él y le besó. Sabía al brebaje ardiente que estuvieron bebiendo. Ella no se entregó completamente. Él comenzó otra vez a desabrocharle la gruesa bata.

—¿No te acuestas con esto, verdad?

—No —dijo ella, sonriendo—. Espera que me lo quite.

Cuando regresó, su camisón la ocultaba todavía.

—¿Hay luz suficiente? —preguntó. En la habitación no había más luz que la de la chimenea.

—¿Te da vergüenza?

—No, no es eso. ¿Me lees algo? —dijo alargándole los poemas de Housman que había traído consigo.

—De eso no —dijo Reisman viendo de lo que se trataba.

—¿Por qué no?

—Porque en este libro, además de jovencitos sentimentales de cara de luna y muchachas complacientes, hay otras cosas. Hay demasiada muerte y demasiada horca.

La barbarie no estribaba en la muerte del joven, vivo hasta hace minutos —¡por Dios, estaban en plena guerra y había muerte en todas partes!— sino en el absurdo ritual que la había acompañado. Ella se apretó junto a él, esta vez temblorosa.

—Entonces, es verdad que han colgado a un hombre esta noche —dijo—, el sargento lo hizo, y tú lo presenciaste.

—Sí, estuve allí —susurró—. Es verdad, puedes llorar, llorar por el muchacho, por el sargento, llorar por todos.

La besó de nuevo, contemplándola unos instantes como con temor, agradecido y absorto en su maravilla, y cuando la apretó contra él, cuando la amó, cuando la hizo gemir, reír, retorcerse y gritar, era como si estuviera cumpliendo un rito instintivo y privado en memoria del muerto.

II

«LES ENFANTS PERDUS».

3

En la apacible dignidad del palacete londinense, en la actualidad Cuartel General del OSS, el mayor Max Armbruster, sentado ante su escritorio, se inclinaba entre una profusión ordenada de papeles, mapas y libros. Era un cuarentón de aspecto profesoral, espesa cabellera peinada hacia atrás, y un impresionante bigote que se había dejado crecer libremente, desde que desembarcó en Inglaterra, al estilo viril adoptado por los valientes de las fuerzas locales, y que se había convertido en su más secreto orgullo.

Era la mañana del sábado 26 de febrero de 1944. En los claustros académicos, en los que antes de la guerra el mayor Armbruster había enseñado Ciencias Políticas e Historia, siempre se hacía una notoria pausa en las tareas universitarias el sábado por la mañana. Sin embargo, las normas bélicas establecidas por las personas civilizadas en Ginebra unos años atrás no indicaban la semana académica de cinco días. El profesor Armbruster seguía siendo el hombre medio imprescindible, un clasificador de información, proveedor de hechos, mentor de los demás; pero ahora las vidas de muchos hombres, y el curso de la guerra además, dependían de su espíritu estudioso.

Su presencia en el trabajo y su claridad de ideas, con harta frecuencia eran requeridas los siete días de la semana y las veinticuatro horas del día.

En la actualidad preparaba el llamado en principio Proyecto Amnistía; una operación de esas que se maquinan en las altas esferas, aunque él jamás se hubiera imaginado que el SHAEF[9], interviniera en ello, pues se trataba de un plan completamente heterodoxo: seleccionar doce presos, convictos en juicio militar, y condenados a muerte o a trabajos forzados por asesinato, asalto y hechos violentos en general, entrenarlos y calificarlos lo más pronto posible para la más sucia de las misiones tras las líneas enemigas.

Todo ello habría de realizarse en un breve y no especificado período de tiempo para lanzarlos secretamente sobre el continente antes de la invasión, en un intento por desconectar los enlaces y el personal de la máquina de guerra alemana. En resumen éste era el Proyecto Amnistía.

No se había seguido directriz alguna, en el sentido de que no se utilizarían las tácticas de operaciones normales en este tipo de misiones. En realidad no era más que el esbozo de un posible plan, y ni siquiera iba firmado. No era por orden de nadie, se lo había traído el joven teniente del Departamento Psicológico que, también sin precedentes, había sido agregado por el SHAEF como enlace y auxiliar de proyectos especiales con plenos poderes y aprobación del OSS, con base y Cuartel General en Grosvenor Square. Era normal que aquel proyecto fuera enviado al departamento del mayor Armbruster para su puesta a punto, pues allí estaba a la orden del día todo lo heterodoxo, lo increíble y aun lo simplemente anodino de los restantes departamentos. Pero se preguntaba si llegaría a saber alguna vez quién era el autor del proyecto. Tenía que ir a ver al teniente Kinder, el enlace, y trataría de sonsacarle. Sería una magnífica prueba de la habilidad de Armbruster para enterarse de cosas.

El capitán John Reisman sacó un billete de tercera en la estación de Marstón Tyne. Normalmente, prefería el probable confort de la primera, no tan llena, pero en este momento lo que buscaba en realidad era una posible camaradería humana.

La sensación de aislamiento respectó a los demás, la repulsión que su vida, su tacto y su olor le provocaban, había ya pasado. Sus sentidos volvían a abrirse. Sus nervios, a flor de piel, volvían a pedir actividad. La chica te había purificado, le había devuelto su entereza. Le compraría algo en Londres y se lo enviaría a la posada. Para ella significaría algo, y en consecuencia, sería importante. Para él no pasaría de una gentileza y una forma de decirle: ahora que te conozco te valoro más. Lo que hicimos supone más de lo que tú crees, aunque por ser como soy debe quedar ahí. Así vería ella que era reconocida y aceptada por sí misma, un símbolo que le permitiría evocar a voluntad esa aceptación, libre de toda tristeza, alegremente. No hubo lágrimas ni reproches cuando a la mañana siguiente le dijo que se marchaba y no sabía si volvería, pero la cara

de la chica se había nublado con una leve melancolía.

—*C'est la guerre* —le dijo él afectando trivialidad. ¿Era la centésima o la milésima vez que decía esto a una muchacha?

En la sala de espera de la pequeña estación de ferrocarril del Oeste, Reisman contempló la llegada de otro tren de Down y la bajada de los pasajeros. Al igual que en todo el país, aquella estación no tenía cartel indicador alguno: se quitaron para confundir al enemigo. Reisman pensó en todos los pasajeros que en estos últimos años, al no oír la voz del revisor anunciando el nombre de la próxima parada, se habían pasado de estación, encontrándose de pronto perdidos en un mundo totalmente anónimo. Algún día se volverían a colocar los nombres de los pueblos para que los supervivientes pudieran identificar sus hogares, sus raíces.

Hasta entonces jamás le había preocupado la interminable cadena, casi un rito, de viajes, excitación y aventura de la que era víctima. En realidad, era la primera vez que repasando su vida anterior se aplicaba el término de víctima. Pero en las últimas semanas, desde que salió de Italia, había sentido el ligero y casi imperceptible crac de su coraza antes impenetrable. En Berna, aguardando el avión correo, después de haber cruzado a pie la frontera suiza, había celebrado su treinta aniversario. Tal vez no fuera más que eso: la vejez; en toda rutina hay una especie de pesadez que acaba con todas las energías, con la emoción incluso, y que sólo nos trae cansancio y hastío. Ya no era ningún muchacho alocado. Y desde luego, aunque quisiera, no podría dar marcha atrás. Se hallaba metido en ello para siempre, hasta el final del conflicto, y además, su modo de vida recibía el consenso oficial y estaba altamente valorado. Pero ¿y después, si es que había un después?

Al pensar en las ciudades sin nombre, recordó vivamente uno de los terrores de su infancia, sin saber en realidad si se trataba de una pesadilla nocturna, un producto de su imaginación, soñando despierto o hechos auténticos. No obstante, lo recordaba y había sido así: un chico, «él mismo», viajando en el tren camino de una estación que no tiene parada, pero a la que se puede llegar desde determinado punto del recorrido, presa de un terrible pánico pensando cómo saber cuándo hay que bajarse, y las estaciones se

sucedían unas tras otras, los paisajes, las luces, borrosas al paso rapidísimo del tren, la gente que se apretujaba a su alrededor, subiendo y bajando, sabiendo exactamente de dónde venían y adónde iban. Hoy, contemplar una vida así ya no le daba miedo, pero el paralelismo de las situaciones avivaba su recuerdo.

El tren llegó a Londres a primera hora de la tarde. Desde ja ausencia de Reisman, una bomba había alcanzado la gran cúpula traslúcida de la estación de Paddington, dejando a las gigantescas vigas sin otra misión que enmarcar el cielo abierto. Aún quedaban pequeños montones de escombros y trozos de vidrio reflejando los penetrantes rayos de luz que desde la cúpula caían sobre los andenes. Cogió un taxi en el túnel y dio la dirección de la casa de Baker Street.

El tiempo era asombrosamente claro y cálido para un febrero londinense. El cielo estaba casi azul, el sol intentaba ser amarillo, y los grises desvaídos que habían dormitado durante semanas daban paso de repente a los luminosos colores de las texturas, las caras, las ropas de la bulliciosa multitud, de las calles y de los edificios.

Mirando hacia arriba indolentemente, según el taxi avanzaba por entre las calles repletas de gente, Reisman jugaba con la idea de que la ciudad seguía en su sitio gracias a los cientos de barreras de globos que se erguían al final de los cables, un país fantástico flotando en el espacio, la *piéce de résistance* de una cósmica fiesta infantil, que si no Juera porque estaba sólidamente amarrada por aquellos cables, se perdería en el patio.

Todo y todos parecían haberse embebido del brillante aspecto del tiempo, más rápidos, más seguros e infinitamente más alegres.

En Baker Street, Reisman dio al chófer una generosa propina, costumbre que se había prometido a sí mismo suprimir. Los americanos estaban maleando a los taxistas y a la economía británica con su abierta generosidad y él se comportaba igual que cualquier otro. Tras mostrar su pase al policía militar de la entrada, penetró en el *hall* del edificio, lujosamente amueblado.

Era el palacete de lord «no sé cuántos», en este momento destinado a las fuerzas de Su Majestad en la India, y al que, mientras durara el conflicto, el Gobierno había requisado su magnífica vivienda. El lord en cuestión era hombre de fortuna y bastante buen gusto, reflejado en el escogido mobiliario y la selecta

decoración de las numerosas habitaciones del edificio de cinco plantas y frontón de estuco. Uno de los placeres sensuales y refinados de la vida de Reisman era repantigarse en la humeante bañera del cuarto de baño de mármol negro anexo a la oficina del mayor Armbruster Empezó a aficionarse a ello al regreso de su primera misión, y ahora se sentía incapaz de dejarlo. Le hubiera encantado que la hermosa secretaria de Max le frotara la espalda y le secara, pero no se había atrevido a sugerirlo por miedo a echarlo todo a rodar.

—¡Hola, Max! —dijo Reisman, entrando en la oficina recubierta de paneles oscuros y alfombras—. ¿Está dispuesta esa bañera?

El mayor se quitó sus gruesas gafas incorporándose para estrechar la mano de Reisman.

—Déjate de baños —dijo—. ¡Cuánta pulcritud!

Olió el aire varías veces frunciendo la nariz.

—Yo diría que no hay ni rastro de olores corporales… Incluso pareces sorprendentemente animado.

Reisman intentó permanecer imperturbable.

—¿Por qué no iba a estarlo? No hay nada más estimulante que asistir a una ejecución. Tengo entendido que en la antigua e idílica Inglaterra era una especie de diversión popular.

Pero de repente el recuerdo terrible le volvió a invadir y comprendió que jamás le abandonaría, y eso le preocupaba, le preocupaba más que pensar en sí mismo como un proveedor de la muerte.

—No me había parado a considerar —continuó— que se trataba de una diversión pública. Bueno, ¿qué hay?

Su desenfado no le daba el resultado apetecido y el mayor lo advirtió. Percibió en su tono una incertidumbre, una cierta angustia, y de ser así, lo que había contemplado había surtido el resultado que se esperaba. Si cierto estrato profundo y desvalido de Reisman había sido tocado, cauterizado tal vez, entonces los cálculos de Armbruster habían sido correctos. El teniente Cinder decía que el hombre clave para la nueva misión tenía que ser un compuesto homogéneo de brutalidad y compasión. El mayor Armbruster estaba al corriente de la ciega eficacia de Reisman en materia de guerra y espionaje y sentía un gran respeto por su inteligencia. Además, sospechaba desde hacía tiempo que bajo la

apariencia tranquila de su amigo, quizá a gran profundidad, se encontraban la ternura y la compasión.

—Es algo nuevo —dijo el mayor—. Novísimo. —Se sentó indicando a Reisman un sillón de cuero.

—¿Qué pasa con las misiones Rosedale?

—Prescinde de ello, olvida todo lo que hayas oído sobre Rosedale. No estabas tan metido en el asunto como para comprometerlo.

Armbruster hizo una pausa, abrió un cajón de su escritorio revolviendo en su interior.

—Por cierto, antes de que se me olvide…, en tu ausencia ha llegado una carta para ti.

—Seguramente el oficio preguntando por qué no he mandado el informe —dijo Reisman, pero en realidad estaba intrigado, pues no solía recibir cartas. Cuando leyó el remite: Aaron Reisman. Chicago. Illinois, USA, se sintió más extrañado que sorprendido. No lograba recordar la fecha de la última carta de su padre. Se la guardó en el bolsillo para leerla cuando estuviera solo.

—El asunto Marston Tyne forma parte de algo nuevo —repitió Armbruster—. Incluso para nosotros no tiene precedentes.

Reisman cedió al interés profesional inclinándose en el sillón, todos sus sentidos alerta. Armbruster le resumió el Proyecto Amnistía.

—Quiero que te encargues de dirigir la función, John —concluyó—. Elige los presos que quieras y plantéales las cosas. O cumplimiento de la sentencia, o entrenamiento para la misión.

—Me parece que no hay demasiada alternativa —dijo Reisman encendiendo un cigarrillo—, en especial para los condenados a muerte es un regalo. ¿Cuál es el truco? —dijo soltando una bocanada de humo hacia el techo y afectando una expresión vacía para ocultar la agitación interior que comenzaba a sentir.

—En realidad, no sé si lo tiene —dijo Armbruster.

—Y si hacen el trabajo y consiguen regresar, ¿cuál es la recompensa, se les pondrá en libertad?

—No han prometido recompensa. Más tarde, el comité de apelaciones, el general en jefe, o incluso el Presidente, considerarán sus expedientes a la luz del nuevo servicio prestado. Por ahora, no es más que un negocio a «partes iguales, una amnistía temporal por

el bien del servicio, como diría el teniente Kinder… ¡Oh!, por cierto. Vas a trabajar con Kinder. Te reunirás con él inmediatamente. De acuerdo, ya sé que tienes mayor graduación que él, pero de vez en cuando recibirás instrucciones por su conducto. Es nuestro enlace con las altas esferas. No tengo ni que decirte que me parece que es el tipo que en un asunto como éste se pasa de la raya.

—Tendrás que derrochar con frecuencia tu deficiente tacto diplomático para manteneros coordinados si queréis trabajar juntos.

Armbruster alcanzó una pipa y la tabaquera de su mesa y se recostó cómodamente en el sillón de alto respaldo, mientras con gran habilidad cargaba la cazoleta de la pipa. Continuó mirando fijamente a Reisman.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó.

—Me huele muy mal —dijo Reisman con disgusto—. ¿Por qué no vamos a las tropas y pedimos voluntarios de verdad, como hicimos con los equipos Jedburgh, y como estaba yo haciendo con Rosedale en lugar de recurrir a semejante escoria?

—Ya sabes la dificultad con que cubrimos la cuota de Jedburgh, John —respondió el mayor—. Y en lo de Rosedale, no habías hecho más que empezar. Se nos han dado unas órdenes respecto al personal que hemos de utilizar y no podemos cambiarlas.

—No me gusta entrenar a nadie, Max, tú lo sabes. Quiero ir a alguna parte de nuevo. Adonde sea.

—Eso está descartado. No vas a salir en misión por una buena temporada.

—¿Por qué?

—No quería verme obligado a hablar de ello.

—Ya. Tengo algunas ideas sobre ello, pero nadie me había hecho la menor observación.

—Bien —dijo Armbruster—, parece ser que en la Base estaban muy inquietos por lo que sucedió durante los últimos lanzamientos de tropas en el Mattarone, antes de que tú llegaras. Te dieron órdenes de evitar a toda costa contactos con el enemigo, debías limitarte a recoger el equipo y vigilar que fuera entregado a sus destinatarios. Atraer al ejército alemán a una especie de batalla campal que causara bajas entre nuestros partisanos, no estaba previsto. La Base creyó que había llegado el momento de concederte un descanso.

—¿Y cómo es que ahora me confían esto?

—Fue idea mía.

Reisman inclinó la cabeza hacia el mayor y remedó burlón:

—Entonces, ante usted, ¿no he quedado mal también?

—No.

—Mis felicitaciones —añadió, sonriendo—. ¿Qué te hace creer que soy el hombre apropiado? ¿Por qué no recurrir a la Policía Militar o a la gente del Batallón Disciplinario?

—Esto es una misión de espionaje —dijo el mayor. Su pipa se había apagado. Encendió una cerilla que arrimó a la cazoleta expidiendo a continuación una gran bocanada de humo que sofocó la llama—. Tú mismo redactaste el texto de lo que tienen que hacer estos hombres y lo has llevado a la práctica muchas veces.

Aguantó las protestas de Reisman. Más que meras excusas, eran un desahogo en tropel de todas sus dudas.

—No me veo en el papel de cancerbero. Max, no sabré cómo actuar con hombres de este tipo; siempre he trabajado con otra clase de elementos, tipos con cerebro, agudos, conscientes, terriblemente patriotas, auténticos voluntarios, *boy-scouts* típicos. ¿Si vienen mal dadas, cómo podremos fiarnos de una banda de golfos?

—A ti corresponde la última decisión. Si juzgas que no están preparados, no les enviaremos. Tú puedes conseguirlo; si no, no hubiera interrumpido tu trabajo en Rosedale. Sea cual fuere lo que las altas esferas están maquinando, tendrá una enorme importancia para la invasión…

—¿Y a los condenados que yo no escoja, qué les ocurrirá? ¿Pronto *Kaput*?

—Tengo entendido que se suspenderán todas las ejecuciones hasta que desembarquemos, salvo casos excepcionales. Dependerá exclusivamente de las circunstancias de cada uno.

—De acuerdo —dijo Reisman sin convicción. Sabía que si se negaba no importaba nada, pero hasta ahora, jamás había rechazado una misión, y siempre quedaba la esperanza de que si cumplía bien ésta le dejarían en paz de nuevo.

El oficial que irrumpió en la oficina del mayor Armbruster llevaba un traje confeccionado en Savile Row y una cartera encadenada a su muñeca izquierda. Era un hombre bajo y delgado,

de cara joven y alegre, aunque con expresión estereotipada. Reisman estaba seguro que en aquella cara podría reflejarse la severidad en cualquier momento. El oficial se acercó hacia el escritorio de Armbruster y saludó:

—Primer teniente Stuart Kinder, a sus órdenes, señor —dijo con voz estentórea.

Reisman observó que Max parecía incómodo.

—Aquí puede usted prescindir de los formulismos, teniente —dijo el mayor—. Quiero presentarle a John Reisman. Le he puesto al corriente de la Operación Amnistía.

—Encantado de conocerle, señor —dijo Kinder, dirigiendo una sonrisa a Reisman.

—Puede usted ahorrarse lo de señor conmigo también —dijo Reisman—. En esta lucha todos somos hermanos de sangre. Además, según marchan las cosas en este ejército, no tardará usted mucho en ganarme en graduación, y no quiero que me la guarde.

—De acuerdo, capitán —dijo Kinder, sonriendo aún. Después se volvió hacia Armbruster—. Mayor, el general y los demás están dispuestos y esperan que nos reunamos con ellos para conferenciar.

Descendieron las escaleras hacia el salón que se utilizaba para las reuniones. Reisman había estado allí a menudo y sus ojos se pasearon por la ordenada suntuosidad de la habitación: paredes recubiertas de un tejido suave, probablemente seda, gruesa alfombra, exquisitas lámparas, mármol. Le gustaba el estilo del salón, tan lejano a su educación. Para completar su función actual, se había añadido cierto número de grandes mesas, sillones, armarios y cajas de planos. En la mesa central había tres oficiales. Reisman no había estado jamás tan cerca de un general, y por algún oculto motivo sintió un incierto antagonismo hacia él. «Muy bien, demuestre usted que es un general», pensó.

—Ya conoce usted al mayor Armbruster, señor —dijo el teniente Kinder entrando rápidamente en sus funciones de enlace—. Permítame presentarle ahora al capitán Reisman.

Reisman no sabía si hacer el saludo militar o dar la mano. En realidad, jamás sabía cuándo demonios saludar.

—El general Worden, del Cuerpo Jurídico Militar —dijo Kinder, y el canoso caballero se llevó un fino habano a la boca y extendió la mano con que anteriormente lo cogía, acabando con la indecisión

de Reisman.

—El coronel Gould, de la Policía Militar —continuó Kinder—, y creo que ya conoce al coronel Dentón.

—Sí, ¿cómo está, señor? —dijo Reisman dando la mano a todos.

Dentón pertenecía al Cuartel General con base en Grosvenor Square, como delegado en las reuniones de alto nivel del OSS.

El general Worden entró en materia inmediatamente.

—Dada la naturaleza poco corriente de esta misión —dijo dirigiéndose a Reisman— le creemos con derecho a una explicación concreta y vamos a dársela inmediatamente. Le ruego que prescinda, capitán, al igual que todos ustedes, caballeros, de los formulismos militares y se sienta completamente libre para expresar sus ideas —hizo un amplio gesto con su habano a modo de báculo papal—, interrumpan o hagan objeciones cuando lo estimen oportuno.

»Antes que nada —continuó—, creo imprescindible decirles que no seguiremos adelante en un proyecto como el que nos ocupa, sin la correspondiente autorización del alto mando. Mi criterio respecto a la Operación Amnistía es de enfocarla como un simple problema de logística humana. Los hombres pueden haber tenido tropiezos en la vida civil, pero, por otra parte, podemos considerarlos bajas de guerra. No se me oculta que esta idea tiene una cierta dosis de filosofía practicista. Mejor utilizarlos que perderlos. Como ejemplo, y a título rigurosamente confidencial —hizo una pausa para dar énfasis a lo que venía a continuación— les diré que muy pocas personas, incluidos ustedes, caballeros, tienen noticia de que hace unos meses se incorporaron al Ejército, y desembarcaron en el Reino Unido, a bordo del «Empress of Scotland», cinco mil penados de las prisiones federales. Se les hizo prestar un juramento de fidelidad que muy pocos de ellos han quebrantado, y ahora constituyen parte efectiva de nuestro ejército.

Se miraron los unos a los otros para sorprender en alguno el aire presuntuoso del que está al corriente de todo, pero nadie acusó las palabras del general. Reisman estaba perplejo, como los restantes oficiales, incluyendo a Kinder, que parecía enojado.

—Aunque les parezca una interpretación en cierto modo abusiva —continuó el general— en las ordenanzas militares existen normas que suministran una base legal para el proyecto que aquí nos ha

reunido.

El general extendió su mano hacia el teniente Kinder, chasqueando por dos veces los dedos.

—¿Tiene eso, Kinder?

Kinder abrió un manual por una página previamente marcada.

—Sí, señor, aquí está. Ordenanza militar número 600-375, párrafo 17: «Los oficiales con mando-y que posean atribuciones expresas de jueces militares, podrán tomar en consideración las solicitudes de libertad temporal bajo juramento, suspensión o remisión de penas parcialmente cumplidas, siempre que el superior interés del servicio así lo aconseje». —Cogió una hoja mecanografiada y la colocó encima del manual—. A continuación el extracto de una ordenanza que alude expresamente a la recuperación del potencial humano y revisión de apelaciones por el bien del servicio. Dice así: «… otros de tipo criminal, pero que sean inteligentes, con capacidad para la lucha, serán organizados en equipos de combate especiales o grupos de construcción para el trabajo en o cerca del frente. Esto se efectuará siguiendo el esquema de la Legión extranjera francesa».

—Gracias, teniente —dijo el general Worden—, queda por resolver si seremos capaces de encontrar hombres inteligentes y con capacidad para la lucha entre los convictos de delitos que supongan alto grado de torpeza moral. Mi labor en el proyecto se limita a los aspectos jurídicos. El ejército extremará su imparcialidad con estos hombres. Para los arrepentidos hay una posibilidad de revisión; para los que tengan ante sí muchos años de prisión, supondrá una especie de remisión temporal, como ellos dicen. Para los condenados a muerte será una manera honrosa de morir si tal es su destino.

El general había hablado a todo el grupo y ahora se dirigió especialmente a Reisman.

—Contrae usted una gran responsabilidad, capitán; y creo mi deber insistirle sobre la necesidad de tacto y riguroso secreto con que estoy seguro que usted y su organización acostumbran a trabajar. El coronel Gould, de la Policía Militar, que también es un experto jurista, le asesorará a usted en la elección de personal. El teniente Kinder será su enlace directo con los diversos departamentos del ejército implicados en la Operación Amnistía,

incluido el SHAEF, el Servicio Psicológico al que él pertenece, y el Estado Mayor de Operaciones del coronel Dentón. Continúe, por favor, teniente Kinder.

Stuart Kinder liberó su cartera de la muñeca, la abrió y extrajo un montón de carpetas, exponiendo el asunto.

—Estas —dijo mirando a Reisman— son las hojas de servicio, incluyendo transcripciones del juicio militar, de una especie de muestra-tipo de los hombres que está usted autorizado para utilizar en la misión. Si no le bastan, el Servicio Jurídico General pondrá a su disposición todos los archivos, quedando autorizado a escoger el grupo de reclusos que desee. Tengo también comunicaciones del Servicio Jurídico General y esquemas de juicios militares, desglosados según los delitos y relacionados con el pasado, educación, raza, religión y edad, y cuantos aspectos le puedan interesar sobre nuestro censo de encausados por simple ausencia sin pase hasta asesinatos. Claro que nuestro interés se centra en los tipos más duros, como a continuación explicaré.

Kinder había monopolizado la atención de todos los asistentes, incluido el general, manteniendo un sabio control de sus palabras, el material que estaba glosando y el público al que se dirigía.

—Tengo también —continuó el teniente— un esquema de los entrenamientos necesarios para calificar a estos hombres en las misiones que se les encomendarán.

—Ya comprendo —interrumpió el mayor Armbruster—, no van a ser un grupo de comandos, sino una serie de misiones individuales.

El coronel Dentón intervino:

—Por ahora, Max, así se ha previsto, pero no ignoran la multitud de factores diversos que pueden alterar el plan inicial y la ejecución de un proyecto de este tipo. Las misiones en sí, actualmente están en estudio; lo único que podemos anticipar es que va a ser un trabajo bastante sucio, de vital importancia para la invasión, y que éstos serán los tipos encargados de realizarlo. La naturaleza de las misiones concretas no será revelada a nadie hasta que el grupo del capitán Reisman pase de la fase de entrenamiento a la operacional, y esto será probablemente muy poco antes de que comience todo, si es que alguna vez se llega a realizar, desde luego.

Esta clase de reuniones imprecisas indicaban a Reisman que el

proyecto aún no era más que una idea y no se habían concretado las misiones.

El teniente Kinder volvió a tomar la palabra como si nunca le hubieran interrumpido.

—A continuación, desearía referirme al papel que mi departamento de sicología de guerra desempeña en el proyecto Amnistía. —Tomó una carpeta con varias notas manuscritas—. El que mi departamento se viera implicado en esta operación se sale un poco de lo corriente, si Bifen nos ofrece una oportunidad única para probar experimentalmente nuestras ideas y métodos en dos facetas del mismo. La guerra sicológica, como ustedes saben perfectamente, caballeros, pretende debilitar a} enemigo por medio de la propaganda, atacando, confundiendo y subvertiéndole mentalmente, pero al mismo tiempo, en un campo más sutil y menos conocido, estimulando a nuestras propias fuerzas a que combatan mejor. Manteniendo bajo control efectivo un pequeño grupo de hombres de nivel sociológico inferior como el que nos hemos propuesto organizar, podremos llevar a la práctica ciertas teorías, descartar las que resulten impracticables e incorporar otras a los programas de formación y enseñanza del ejército. Las técnicas que den buenos resultados con este grupo, las darán aún mejores con individuos que jamás hayan tenido problemas disciplinarios. Por lo que se refiere a la segunda faceta del proyecto, el impacto en el blanco, por así decirlo, estos hombres cumplirán frente al enemigo misiones de naturaleza física y sicológica al mismo tiempo, cuya eficacia esperamos también poder evaluar.

El teniente Kinder alcanzó su cartera y empezó a guardar en ella los papeles, indicando que su intervención en la conferencia había concluido.

—¿Me permite hacer una pregunta, señor? —dijo Reisman dirigiéndose al general.

—Por supuesto, capitán.

—De la conversación que he tenido anteriormente con el mayor Armbruster, las observaciones que usted ha formulado y la exposición del teniente Kinder, deduzco que no estoy autorizado a utilizar simples delincuentes, sino asesinos condenados a muerte.

—Coronel Dentón —dijo el general.

—Exactamente, capitán —respondió el coronel—. Hay una serie

de factores que encajan a la perfección. Desde nuestro punto de vista, el operacional, dada la naturaleza de las misiones en estudio, es precisamente éste el tipo de individuo que nos interesa.

Reisman ya se había confiado, más o menos completamente, a Armbruster, pero no a los otros. Si quería salir con éxito de la misión, tenía que estudiar el plan en todos sus aspectos y sacar de aquella reunión hasta la última gota de información posible: todo le servía, hechos, afirmaciones científicas o meras divagaciones. Quería convencerse y por ahora no lo estaba.

—Siempre he creído que el criminal es un tipo básicamente cobarde —dijo Reisman—. ¿Cómo vamos a estar seguros de su lealtad?

—Eso, capitán —respondió el coronel—, dependerá por completo del hombre que los entrene. Si no se siente usted a la altura de esta misión, sugiero al mayor Armbruster que designe a otro.

—Está bien, coronel —interrumpió el general Worden—, creo que el capitán tiene derecho a hacer esa pregunta —se volvió hacia ReisináWw y, La respuesta del coronel Dentón, no obstante, resume la situación sucinta y agudamente. Todo depende del hombre que entrene al grupo. Seguramente se encontrará usted con que los candidatos que le parezcan interesantes tendrán su expediente ante el tribunal de apelación. Algunos de ellos querrán apurar el procedimiento hasta el fin, esperar el resultado de la apelación, buscando que el tribunal les sobresea por falta de pruebas, pero usted no mencione esa posibilidad. Los que no tengan pena de muerte, pueden incluso preferir el relativo confort de una prisión federal al peligro de su participación en el proyecto. Deberá utilizar su propio ingenio para captar al hombre que considere útil para el grupo. Cuenta usted con la ayuda del teniente Kinder, que es un experto en la materia.

—¿Puedo puntualizar algo importante, señor? —preguntó el teniente Kinder.

—Adelante.

Kinder se volvió hacia Reisman con la expresión severa que éste había previsto en el despacho de Armbruster.

—Debe usted elegir hombres —dijo— para quienes la posibilidad de morir constituya realmente una salvación. Seres

completamente desesperados, a quienes la misión dará una esperanza. Por ello, decidimos que lo mejor era enviarle a usted personalmente a Marston Tyne como testigo en una ejecución, para que comprendiera usted esto y pudiera transmitírselo luego a sus hombres.

—¿Cuánto tiempo me conceden? —preguntó Reisman, que en realidad hubiera querido decir que, como el resto de sus misiones, aquélla era una jugarreta asquerosa. Pero se contuvo, empezando a utilizar lo que Max muy justamente había denominado su inhabitual tacto diplomático. Además, pese a su indignación, había una cierta heterodoxia en el proyecto que le confería un atractivo del que habían carecido sus misiones anteriores.

Salió de la conferencia comprendiendo que tendría tres meses como máximo, dos en el peor de los casos. Si la invasión era inminente, se realizaría en mayo o junio; desde luego, nadie conocía la fecha, probablemente ni siquiera el mando supremo, pero eso estaba entonces de moda, y al mismo tiempo cumplía uno de los propósitos del pian.

En pocas semanas tendría que convertir en soldados a hombres que habían perdido sus derechos humanos. Inculcarles espíritu de lucha y enseñarles y adiestrarlos para ella. Enseñarles a lanzarse en paracaídas desde un avión sobre una oscuridad completa y terrible. El curso de entrenamiento, el método y el sitio dependían más o menos de su criterio. El teniente Kinder permanecería en Londres y sólo se acercaría al campo de entrenamiento en caso de absoluta necesidad o para completar o dar informes sobre algunos de los esquemas motivacionales que pudieran producirse.

Kinder prestó a Reisman la cartera con la documentación.

—Por supuesto tengo copia de todo ello en la caja fuerte de mi oficina —dijo al entregarle la llave de la cartera.

Una vez solo con Armbruster, cuando subían las escaleras del despacho, Reisman formuló un pensamiento que le había estado rondando en el transcurso de la reunión.

—¿Crees tú posible que un joven tan brillante haya planeado esto él solito?

—No me sorprendería en absoluto —respondió el mayor.

—Estuve esperando a ver si le sorprendía en el clásico razonamiento de «no hay malos chicos».

Armbruster le sonrió:

—Y, por supuesto, te hubieras citado como ejemplo inmediatamente.

Reisman pensó si Max era consciente de lo cerca que estaba de la verdad. Ni él mismo era capaz de saberlo con exactitud; Chicago, su juventud agitada, la policía, una muerte violenta… Estaba todo muy lejano.

4

En una habitación del palacio de lord «no sé cuántos», en la asediada Londres, a muchas millas y años de lo que sin añoranza ni alegría podía recordar como su hogar, Reisman comenzó a leer la carta de su padre, sonriendo con nostalgia.

4 de febrero de 1944

Querido hijo Jacob:

Esta es una sorpresa que espero no sea un *shock*. Sí, es una carta de tu padre.

¿Cómo es que no me escribes más a menudo como hacen los otros chicos del barrio que están en el ejército? Sus madres y sus padres me enseñan cartas y fotos (el hijo de la señora Ellenstein, mi patrona, que me alquila su dormitorio hasta que el muchacho regrese de la guerra, está en la aviación en China, que me parece bastante más lejos de Chicago que tú y le escribe dos veces al mes). Todos me preguntan por qué no me escribe mi hijo y yo les digo que anda muy ocupado en el ejército, pero que está bien, porque si no el ejército me lo comunicaría. Todavía tengo tu carta de hace un año desde Inglaterra y a menudo la cojo y la leo. ¿Cuándo van a dejarte venir a casa con permiso como a los demás? Hace cinco años que no te veo. Espero que estés aún en el mismo lugar y que te llegue ésta. Ya sé que no te he escrito a menudo, puede que incluso sea la primera vez y tal vez pienses regañarme. Pero escribir me cuesta trabajo (perdóname las faltas y la mala letra). Pero yo no te escribo para regañarte, debes sólo recordar a tu viejo padre de vez en cuando como haces algunas veces. Recibí tu felicitación

por mi cumpleaños y la del Año Nuevo judío. Gracias. Pero la próxima vez escribe algo más. Hazte una foto pata que pueda enseñársela a la señora Ellenstein y vea lo guapo que eres, no como el vejestorio de tu padre. ¿Sabes qué es hoy? Estuve en la sinagoga para cumplir el *yahrzeit*[10] por tu madre que en paz descanse. Ya sabes lo que es el *yahrzeit*. Tú, *shagetz*[11]. Estoy bromeando nada más. Es una plegaría que decimos por los muertos en el día que fallecieron para que Dios los recuerde y se apiade de ellos. Seguramente que la habrás olvidado, pero sí puedes ir a una sinagoga y pedirle al rabino que te ayude a decir una plegaria.

Tienes que recordar a tu madre, Jacob, y honrarla. Nunca he amado a una mujer tanto como a ella desde el momento en que la conocí. Para mí era como una mujer judía. No fue ella quien se emperró con los curas y la Iglesia y tu crianza, fueron esos *gangsters*. Ella sabía la historia bíblica de Ruth. Ruth también era una *shiksah*[12], aunque perdóname esa palabra, no me gusta usarla. La gente la utiliza como un insulto, pero yo no la uso así con tu madre. Ruth dijo a Noemí, su suegra judía: «Donde tú vayas yo iré; dónde tú te alojes yo me alojaré; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios». ¿Quién sabe?, tal vez yo no fuera lo bastante fuerte en mi Dios entonces. Ahora que ha pasado el tiempo y ya soy más viejo y todos van muriendo y estoy tan solo, voy con frecuencia a la sinagoga.

Hace dos días fui a un funeral. Diamond. ¿Le recuerdas? El del *delicatessen* donde algunas veces te llevaba yo a comer. Murió. Fui al funeral porque pertenecemos a la misma sinagoga. Ahora asisto a todos los funerales. Sólo faltaré al mío (ja, ja). Ya no soy ningún mozo, Jacob, y quiero que no lo olvides. Estoy bien, sano, con la barriga tan lisa como cuándo tú te amagabas para pegarme cuando íbamos a la playa de Oak Park, y aparte de los dolores, molestias y achaques de perro viejo, estoy bien. Pero ya tengo sesenta y un años y quiero que lo recuerdes por si sucede algo. Hay tantas cosas que nunca te dije como debiera. Eres mi hijo, y quiero que sepas que te tengo mucho afecto. No sé por qué nunca echaste raíces y cogiste un empleo y te casaste y

creaste una familia. Pero quién fue a hablar. Yo pasaba de los treinta cuando me casé con tu madre y ella era un poco mayor, así es que tal vez todavía hay esperanza para ti, ¿no, muchacho?

No sé por qué estás siempre de un lado para otro, tal vez tenga yo la culpa porque nunca volví a casarme y te di una madre que mantuviera el hogar; ni siquiera sé cómo te ganas la vida, si es honradamente, aunque supongo que ahora en el ejército sí, o cómo es que siempre estás de viaje en lugares que no te incumben y en guerras. Me recuerda a las películas de Errol Flynn, y si quieres ser como Errol Flynn, es cosa tuya. Ahora está bien porque comprendo lo que estáis haciendo. Es una guerra contra Hitler y los nazis y todo lo que han hecho a los judíos, y si el ejército me aceptara, yo también iría.

Pienso mucho en los buenos ratos que hemos pasado juntos, visitando a los amigos, en el parque, en la playa o en el cine, incluso en la sinagoga era divertido ir con mi hijo cuando fuimos a veces. Tal vez deberíamos haber ido más a menudo. Eras un buen muchacho, John, un buen hijo y te quiero. Lo que pudo ocurrir para que pasara lo del «accidente» no lo sé, tal vez tuviera yo la culpa, y después tú te fuiste. Que un padre no sea capaz de conocer a un hijo de dieciséis años es una cosa terrible. Lo siento.

Lo cual me recuerda que tengo que darte una noticia. ¿Te acuerdas de Osterman, el policía que te ayudó? Pues fíjate, el viejo «chucho», está en el ejército. Solía verle a veces en el barrio y siempre me preguntaba por ti. Vino a verme especialmente y me dijo que se iba a Europa y quería tus señas para buscarte. Se las di hace un par de semanas, así que no te extrañe verle si va por Inglaterra. Si fue o no, no lo sé, porque el presidente Roosevelt, Dios le bendiga, no me dice nada de los asuntos internos de dónde manda a los muchachos. Me gustaría que me informara solamente de ti, me haría feliz.

Bueno, éste es el final de mi cuento por ahora. En mi vida escribí una carta así, tan larga. Espero que no demasiado para que la leas. El barrio está cada vez peor, ya no es lo que

era con los *shwartzes*[13] trasladándose a él. Pero debes saber que siempre que quieras tienes aquí una casa, muchacho.

Escríbeme y mándame una foto.

Todo el cariño de tu padre,

Aaron.

Reisman se recostó en el profundo sillón de cuero, entornando los ojos nostálgicamente. Sobre sus piernas quedaba la carta escrita en papel escolar rayado, lleno de una escritura dificultosa, ancha y legible. Su ansia, mayor de lo que podría haber esperado, por leer el contenido de la carta, seguía sin apaciguar.

Qué familiares le resultaban aquellas frases y aquella caligrafía. Su padre, nacido en Chicago, en cuyas escuelas pasó su infancia, cuanto más viejo se hacía más parecía haber nacido en la aldea germano-polaca de la que su abuelo emigró a fin de siglo. No era una cuestión de acento, sino de perspectiva y punto de vista étnico de la vieja y apiñada vecindad de Roosevelt Road, donde siempre había vivido.

Allí transcurrió media vida de Reisman; ahora sin importancia, ya desligado de ella y arrojado al vecindario del mundo. Lo que actualmente le definía, ejerciendo sobre él una decisiva influencia, eran otros momentos vividos en miles de lugares, entre otras gentes. A pesar de todo, su padre le escribía como si el mundo no hubiese cambiado, centrándolo aún en Roosevelt Road, como si él viviera aún allí y no hubiera abandonado el barrio para ir a la guerra.

Quizá fuera así. Tal vez su padre viera en él más profundamente, comprendiendo que permanecía aún en aquel mundo estrecho. A Reisman nunca se le hubiera ocurrido pensarlo así.

4 de febrero. Una fecha perturbadora y familiar. No la había recordado hasta mediada la lectura de la carta. Se admiró de que su padre siguiera santificando el día de la muerte de su esposa, tantos años después, llorando su muerte en un lugar sagrado para él, que sin embargo no lo había sido para su esposa.

Invierno en Chicago, vientos helados procedentes del norte del Canadá que soplan cruzando el lago Michigan, azotando las calles abarrotadas de gente. La epidemia de gripe se extiende por todo el país; su madre, silenciosa y oscura en las tareas caseras, a veces

consoladora, está postrada en cama, incomprensiblemente enferma. ¿Qué podía ser sino aquel catarro que ella le había cuidado con medicinas y caldos? El silencio y la frialdad del apartamento sin comodidades, su padre rezando en un rincón con lágrimas en los ojos, el doctor que sale del dormitorio con una expresión irremediable, los Donato que invaden de repente el piso; y el cura, latines y Santos Oleos inexorables, mientras un niño de siete años contempla con espantosa curiosidad el viejo rito de la extremaunción y escucha los alaridos de su abuela:

—*Pavera disgraziata tomata ad Dio!* —sollozando que no había traído al mundo sólo vida sino también muerte.

Los recuerdos, un inmenso vacío, le invaden de repente. Buscaba algún recuerdo dulce, algún rastro de la imagen de Mary Donato que le librara de aquella insoportable tensión de «érase una vez».

La muerte no suavizó las relaciones entre su padre y los Donato. Ajenos a su manera de expresarse y a su religión, jamás le perdonaron que se casara con ella, considerándole instrumento y cómplice de lo que siempre tuvieron por el pecado de Mary Donato, responsabilizándole en cierto modo de su muerte. Pero el niño era de su carne, bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y a pesar de que estaba viciado por contaminación exterior que ellos no podían entender ni aceptar, John fue a su iglesia y había comenzado a instruirse para la primera comunión.

Con rápida maestría infantil aprendió su incipiente charla en italiano. Pero ellos agravaron la aflicción de Aaron con exigencias más allá de los compromisos que él había contraído con su enamorada mujer. Insistían en que muerta la madre, no podía ya vigilar la parte de crianza y educación católica del niño.

Reisman releyó el comienzo de la carta: «querido hijo Jacob», y recordó…

—¡Este es mi hijo, Jacob.

—Por favor, papi, John.

—John o Jacob, ¿qué diferencia hay? ¿Qué clase de nombre es John para un buen muchacho judío?

—También soy ca…

(No, déjalo, no le hieras. Suavemente).

—Lo pone mi partida de nacimiento.

—Me sorprendo de que a «ellos» no se les ocurriera llamarte

Jesús.

Testarudez, rectitud, intransigencia, siempre haciendo frente a la inflexible realidad. Eran algunos de los rasgos que había heredado de su padre. Para Aaron los Donato siempre fueron «ellos» o «ésos», y algunas veces «esos *gangsters*», porque tío Pete usaba pistola y se suponía que era chófer de Al Capone. Tío Pete había sido un buen tipo, le llamaba «Johnny el Niño» y le contaba historias y aventuras de policías y ladrones, y era su pariente favorito, a pesar de que los Donato consideraban a Pete tan oveja negra como la hija casada fuera de su círculo social.

A Reisman, de niño no le había importado que se lo repartieran: una parte de él al mundo judío de su padre, otra al catolicismo italiano de ta dominante familia materna y las normas externas impuestas por el ambiente americano a las cuales todos rendían tributo mientras intentaban incorporarse al sistema. Bautizado como John, circuncidado como Jacob, sintió el regocijo infantil de ser especial, de participar de tantas cosas. Pero tenía que evitar los conflictos entre sus dos mundos. Jamás se convertiría en campo de batalla.

Debía tener once o doce años; un domingo fue con su padre a visitar a los Donato, al sitio donde el numeroso clan siempre a la deriva, dependiendo de la misa a la que querían ir, se reunía. Una prima, sin advertir la presencia de Aaron y su hijo, o tal vez precisamente por ello, hablaba sobre los judíos que tenían todo el dinero, que eran unos ladrones: «Nunca dan ninguna oportunidad en los negocios, y cuando te descuidas te roban por las buenas». El muchacho se levantó gritando: «¡Imbécil! ¡Imbécil, mi padre es judío, yo soy judío! ¿Tenemos pinta de tener todo el dinero del mundo?». La rabia le inundaba de lágrimas los ojos, temblaba de ira. Un gélido silencio llenó la habitación. Él se sorprendió al advertir que un niño tenía dominio sobre todas las personas mayores allí reunidas. Echó a correr saliendo de la casa, captando de pasada la sonrisa de tío Pete y so guiño de complicidad, que le hicieron sentirse mejor. Su padre se le unió tomándole de la mano y anduvieron silenciosos uno al lado del otro por unos momentos.

—No deberías haber hablado así, John —le dijo.

Aaron tampoco puso mucho de su parte por zanjar la rivalidad familiar. Jamás comió en casa de un Donato. «No, gracias, acabo de

comer». No es que siguiera al pie de la letra las antiguas leyes hebreas sobre los alimentos, pero ¡demonio!, si siempre pensaban de él con sospecha, considerándole un extranjero, él les iba a enseñar lo testarudo, inflexible y diferente que podía ser. Comería con ellos el día en que sirvieran pescado relleno, sopa *matzoball* y carnes de un establecimiento autorizado por las leyes hebreas, en platos debidamente purificados y aparte. Reisman recordaba con humor a su matriarcal abuela enfadándose con su padre:

—¿Qué pasa, crees que te enveneno? ¿No es lo suficientemente bueno para ti?

Finalmente Aaron decidió limitar sus visitas a los Donato a una al año, pero permitió a John que hiera cuando quisiera. Después remedaba los tópicos de su conversación dominguera que le enloquecían: «¿Has ido a misa?, ¿te has confesado?, ¿vas a comulgar?, me suena a chino. Parecen parientes del cardenal Mundelein o del Papa. Por la forma que hablaban, uno los creería los mayores santos de la tierra. Quieren que vaya a la iglesia, ¿por qué no vienen conmigo a la sinagoga? Incluso tu madre, que en gloria esté, no venía con nosotros. Decía "que era contrario a su religión"».

Entonces, ¿cómo se conocieron? Tan distintos en sus orígenes y tan semejantes en su soledad. Cuántas veces oyó Reisman a su padre la romántica historia. Incluso se acordaba de las correcciones que hacía su madre riendo y los detalles que añadía de su propia versión. La última vez que la oyó fue el verano antes de la guerra, cuando se embarcó desde Europa hacia los Estados Unidos, pensando que la feria de Nueva York valía la pena, y pasó en Chicago unos días, sintiéndose un extranjero.

Encontró a su padre en una habitación alquilada. Más bajo y flaco que él, el pelo encaneciendo y raleando, y unas gafas de montura marrón (sólo para leer, le dijo), aunque Reisman no pudo encontrar prueba alguna de ello, si exceptuamos los periódicos que había en la habitación.

Hacía tiempo que dejó el viejo piso. «¿Para qué quiero yo un sitio tan grande para mí solo?». No era grande, en absoluto. Era solitario. Prefería, antes que tener un lugar propio, meterse y complicarse como parte menor en la vida de los demás.

—¿Por qué no te casas de nuevo, papá? —le preguntó Reisman

como por casualidad.

—¿Casarme? —murmuró—. ¿Tú también? Toda la familia me lo dice, ¿por qué no te casas de nuevo, Aaron? Incluso en sueños veo a los muertos, como tu tío Bernie y tu tía Rosa y otros tíos y tías e incluso primos que murieron hace diez años, diciéndome: «¿Cuándo te casas? ¿Tienes novia, Aaron?». «La bizca Jennie», les contesto. Que se metan en sus asuntos. No quiero volver a casarme. Lo haré cuando se case mi hijo.

Le contó de nuevo la historia. Un cuatro de julio que había ido a dar un paseo en barca por el Benton Harbor y vio a una mujer, apoyada contra la barandilla, que parecía a punto de llorar.

—La creí judía, por su piel morena y el pelo negro y espeso peinado en un moño. Muchas veces metes en el mismo grupo a judíos e italianos y ni Dios mismo los puede diferenciar.

Le dijo que se llamaba Mary y que estaba a punto de llorar de despecho porque se había mareado. Nunca hacía nada emocionante y había estado tanto tiempo esperando aquel paseo en barco. Todos habían venido en grupos, grupos religiosos, políticos, el círculo de los trabajadores al que yo pertenecía; lodos reunidos amistosamente para celebrar la fiesta americana. Matrimonios con sus hijos, parejas de novios, y algunos solos, como Aaron Reisman y Mary Donato, esperando encontrar a alguien. Ella le dijo que había venido con un grupo religioso. Él, en un momento de increíble e inspirado *braggadocio*, le dijo que se llamaba Tony.

Pasaron la tarde juntos, él le compró una limonada, hablaron y se le pasó el mareo. Paseando juntos por el Benton Harbor, se divirtieron mucho y en seguida se tomaron de las manos.

—Entonces comprendí que debía decirle que no me llamaba Tony, porque me estaba preguntando dónde vivía, a qué iglesia iba, en qué trabajaba, cuál era mi apellido y tenía que ir inventando una historia muy complicada. Pero parecía tan contenta, que a lo mejor, si le decía que yo no me llamaba Tony, tal vez se enfadara o llorara, estropeándole el día; así es que por el resto de la tarde me decidí a ser un gran *shagetz* llamado Tony, ¿y quién iba a notar la diferencia?

»Aquella noche, regresando en el barco… ya eres mayor para saber lo que pasa cuando vas en un barco a la luz de la luna con una chica que te gusta, comprendí que era demasiado. Tu madre me

hablaba como si me conociera de toda la vida, contándome todo lo que había en su corazón y en su alma, y yo sentía la necesidad de coger a esa pobre muchacha en mis brazos para reconfortarla.

Le preguntó cómo era posible que una chica tan guapa no estuviera casada y ni siquiera tuviera novio, y ella le dijo que tenía uno en Italia.

—Y ¿sabes una cosa? No lo había vuelto a ver desde que era una niña, solamente se escribían en italiano. Había nacido en aquel viejo país y la trajeron aquí siendo una niña, y ya sabes lo que son las cosas por allí: los padres dicen al vecino o al amigo que sus hijos se casarán y es un compromiso formal. De cualquier forma, eso es lo que le sucedió, y durante años estuvo esperando a que el muchacho viniera y se casara con ella. Pero no apareció y, sin embargo, sus padres le decían que aguardara. Les temía tanto como una niña chic a. Por fin se enteró de que el muchacho se había casado allá en Italia y que nunca vendría, y fue como si hubiera sabido que su marido había muerto, sólo que murió antes de que ella pudiera conocer qué era tener un marido. Entonces dijo que se iba a meter a monja y su madre se puso a gritar como si la estuviera matando, y su padre dijo que no lo consentiría. Teñía que quedarse en casa para cuidarlos: ése era el destino que Dios le había deparado. Ella deseaba casarse, pero todos los hombres que conocía estaban ya casados. Bromeé un poco, le dije que me casaría con ella si me daba una oportunidad.

Reisman evocó la seriedad de su padre al continuar hablando. Estaban en la habitación de Aaron, el viejo sentado en la cama, fumando, inclinado hacia delante, totalmente entregado a sus recuerdos; Reisman, en un cómodo sillón con el «Tribune» en las rodillas comentando las últimas exigencias nazis y la posibilidad de una guerra en Europa.

—Te lo digo de verdad, Jacob —dijo—, no lo tomes a broma. Aunque nunca te haya hablado de ello, son cosas muy importantes. Me preguntó si lo decía en serio, lo del matrimonio. Nunca vi tanto amor y esperanza en los ojos de una mujer, y también lágrimas. Pensé que debía estar loco, pues ni siquiera conocía a aquella chica italiana, una *shiksah*. Dios la bendiga, y le pedí que se casara conmigo y me dijo que sí. Anteriormente, siempre que propuse matrimonio a alguna muchacha me rechazó, porque pensaban en la

posición, el trabajo, el porvenir; conmigo sabían en seguida que no había perspectivas ni ambiciones, y ni siquiera era un tipo grandote y guapo capaz de hacerlas felices. Mary Donato, que en gloria esté, en un solo día era feliz, estaba enamorada de un *shlump* como yo y quería casarse conmigo. Pero seguía llamándome Tony y no había más remedio que decirle la verdad, que me llamaba Aaron Reisman y que pertenecía a una raza y a una religión diferentes. Ella se quedó confusa, incluso un poco asustada, pero dijo: «¿Sabes una cosa?, me di cuenta en seguida que no eras italiano». Entonces le contesté: «Ahora tal vez quieras volverte atrás». Y ella, mirándome a los ojos, me replicó: «No, lo dije en serio. Jamás me divertí tanto con nadie, Aaron. Nunca conté las cosas que a ti te he dicho, es como si te conociera hace mucho y estuviéramos ya casados». Repentinamente sentí con toda serenidad lo que antes le había dicho medio en broma. Me daba tanta pena. Me sentía verdaderamente bueno, grande. Un hombre por primera vez. ¿Sabes una cosa, Johnny? —raramente le llamaba así, en sus labios sonaba extraño—: Es lo mismo que cuando tú hablas de aventuras, de escapar y hacer cosas, porque el mundo no es sólo el lugar donde has nacido y vivido y el grupo de gente que te rodea. Tal vez mi aventura fuera casarme con tu madre.

Mary Donato no regresó a su casa aquella noche. Tenía miedo de cambiar de idea, que sus padres no la dejaran salir o Aaron se arrepintiera. A la mañana siguiente, fueron los primeros clientes ante el ayuntamiento para casarse.

—Las dos familias podían, si les daba la gana, Roner en el grito en el cielo. Pero ya estábamos casados y felices, y no había nada que hacer. Por entonces trabajaba para mi hermano Bennie en el almacén de Maxwell, y se pasó todo el tiempo sermoneándome que si le apuñalaba por la espalda, que si era un insulto a mamá y a papá. Tenía que darme un aumento de sueldo, Pero no le dio la gana, así es que me fui del almacén. Tú no lo recuerdas, eras demasiado pequeño, pero anduve de un trabajo a otro y no ganaba el dinero suficiente para vivir como yo había supuesto, aunque por lo menos comíamos todos los días y teníamos un techo. Y esos *gangsters* entristecían a tu madre diciéndole que no estaba casada de verdad hasta que no fuéramos a un cura. Me odiaban como si se la hubiese robado; una mujer de más de treinta años, siempre en casa,

azacanada de un lado para otro, cuidando a sus padres y hermanos y hermanas. Ya sabes que no soy ningún ortodoxo, pero ni aun por amor a tu madre estaba dispuesto a ir a la iglesia.

Fue divertido oírle en el verano de 1939 hablar de «esos *gangsters*»; los Donato ya estaban en su gloria, e incluso tío Pete había muerto, herido en un ajuste de cuentas entre *gangs*. Reisman sintió su muerte más que ninguna, pues le hubiera gustado verle y contarle ahora sus propias historias emocionantes, y tal vez hacer que se sintiera orgulloso de su sobrino.

Pero su padre eludió el asunto y Reisman pensó que algunos hombres se ablandan con la vejez, mientras que otros se hacen más amargos.

—Ya sé que solías ir a la iglesia con ella cuando eras niño y no me parecía mal. Le dije que estaba dispuesto a permitirlo. Si querían podían llevarte a la iglesia, pero también ibas a la sinagoga, ¿te acuerdas? Tienes que saber el jaleo que armaron al enterarse que había hecho de ti un *bris*[14], allí, en nuestra propia casa, con mis familiares judíos, y lo que tuvo que aguantar tu madre por haber dicho que le parecía bien, aunque el mismo doctor aseguró que era cosa muy saludable. ¿Organicé yo algún follón cuando te llevaron a bautizar? Lo único, que no debían haberte metido en aquella pila de agua bendita. De todas formas, me figuro que no es mala cosa estar sacramentado dos veces.

Al principio fue así. Reisman, en su alegría juvenil y su asombro ante las bellezas y misterios de sus dos mundos compartidos, también había pensado que era bueno estar sacramentado por partida doble. Pero con el tiempo, llegaron a disgustarle por igual los ritos de la iglesia y la sinagoga, no sólo con la frustración del niño que descubre cosas más interesantes y se agita por tener que estarse sentado en silencio y recién lavado, sino también con el repentino despertar a los conflictos y contradicciones de las grandes lagunas de los razonamientos y la hipocresía que constituyen los dogmas.

Cuando llegó el momento de su confirmación en la iglesia y del *bar mitzvah* en la sinagoga, se negó, pues se sentía incapaz de entregarse por completo a ninguna de las dos ceremonias con el corazón puro. Cuando pasó aquel período se sintió más fuerte en sus convicciones internas, pues todavía conservaba algo de su terror

infantil ante la ira de Dios omnipotente y admitía la posibilidad de verse inmediatamente castigado por sus pecados de omisión.

Más tarde, cuando le obligaron a que se definiera, no su padre ni los Donato, sino determinados prejuicios incomprensibles para él, se dio cuenta de la imposibilidad de ser íntegramente honesto en sus dos mundos simultáneos y que tenía que decidirse por uno u otro, o incluso por algo totalmente diferente. Empezó a perder su fe en Dios cuando le atacaron por no ser una cosa u otra, y desde entonces había ido forjándose sus propias creencias.

Aprisionado en los recuerdos que la carta había despertado, Reisman trató de imaginarse a su padre en el momento de escribirla. Seguramente, estaría sentado ante el pequeño escritorio de su cuarto alquilado, con una lámpara de porcelana o de madera colonial que daba una luz insuficiente. Probablemente llevaría su muda de felpa. «Paso mucho frío, arreando a ese penco por las calles, aunque el coche lleve calefacción interior», sus pantalones, calcetines y zapatillas y un batín bien ceñido a su flaco pecho. Seguramente habría en la habitación una especie de calor húmedo, un pequeño aparato de radio sonando suavemente y el gorgoteo de las tuberías del radiador distrayéndole en su trabajo.

«¡Papá! —pensó—, qué viejo tan maravilloso. Me alegro de que Mary Donato no se casara con un católico, pues aunque he conocido a muchos, amado a algunos y odiado a otros, no te hubiera tenido entonces por padre y hubiera sido una pérdida. Tú ordenaste en tu interior todo el tesón inerme de las tribus dispersas de Judá e Israel, y dijiste ¡creo! Tienes razón: no fue un «accidente», tú sabes que no fue un accidente, por eso lo subrayas, como haces con tus maravillosas palabras *yiddish*, indicándome en secreto que son especiales, con un valor y un sentimiento extraordinario. Con ciega y justa furia maté a un hombre, impulsado por el recuerdo de mi cobardía anterior, porque la primera vez que me provocaron, como le ha sucedido alguna vez en su vida a todo hombre o muchacho, volví la espalda y eché a correr; pero juré que nunca volvería a correr. Y lo he cumplido».

5

El teniente coronel Simón R. Tarbell alzó los ojos de la orden de embarque que estaba leyendo, murmurando para su interior: «¡Gracias a Dios!». Cesó el involuntario temblor de sus manos y pudo sosegar la inquietud de su alma. No era la orden en sí lo que agradecía a sus dioses particulares, sino la cuidadosa nota añadida por un amigo del Cuartel General, Base Sur de Salisbury, que sospechaba, aunque nunca se lo hubiera confirmado personalmente, la profundidad del sufrimiento de Tarbell en su destino de director de la prisión, encargado de dirigir las ejecuciones.

—Entre los presos que llegaban a Marston Tyne aquel miércoles primero de marzo de 1944, había varios clasificados «máxima seguridad» en espera de la revisión de sus sentencias de muerte, por lo general, esto significaba que el sargento Morgan estaría muy atareado dentro de pocas semanas, y Tarbell arrastraría consigo nuevas pesadillas para toda la eternidad. Se daba perfecta cuenta de que como consecuencia de su trabajo de aquel último año, nunca volvería a ser el mismo. Pero la nota personal adjunta al oficio decía: «No te apresures a sacar conclusiones de esta lista, porque sé de buena tinta que las ejecuciones van a aplazarse hasta después de la invasión…».

En el aeropuerto de Belfast, Irlanda, azotado por los vientos, Samson Posey escapa de sus guardianes armados y echa a correr. ¡Ahora dispararían sobre él y se acabó!

Corría de prisa, pero con cierta torpeza, la cabeza hundida en los hombros, los músculos de la espalda tensos, en espera de la ráfaga que acabaría con él. No temía a la muerte, temía a la horca. Si moría estrangulado como un perro, colgando en el extremo de una soga, ¿cómo podría su alma volar libre hacia arriba, cuando exhalara el último suspiro?

Pero el brutal dolor que esperaba no llegó.

¿Habían fallado?

Era muy corpulento, un blanco fácil. Aminoró la marcha. No oyó disparo alguno. Y en aquellos segundos de carrera desesperada, dispuesto y aguardando la muerte, pensó en Billy «Tres Piernas», cuyo poder era enorme, y en su abuelo el viejo Charlie, en Yucca su padre, en Anna su madre, en Eva su mujer, en el pequeño Charlie su hijo, y en El Pueblo…, y tuvo vergüenza.

Aquello también era un error. Huía, estaba volviendo la espalda, como lo hizo El Pueblo hasta que el terreno por el que escapaban se hizo cada vez más pequeño y tan desierto como el vacío de sus vidas. Se detuvo ante una porción de yerba verde y jugosa, jadeando en aquella dulce humedad y preguntándose si sería cierto, como afirmaba Billy «Tres Piernas», que en ella residía el secreto de la fuerza del hombre blanco. La maravilla de su humedad y su color. Si en su tierra hubiera habido yerba como ésta para alimentar a las escuálidas vacas y a las ovejas, para alimentarse ellos mismos, es posible que no hubiera tenido que largarse.

Se enderezó, irguiendo la cabeza con los hombros derechos como dicen en el ejército: un pecho enorme para recibir las balas, así hacía frente a sus enemigos, así moriría y en su casa sabrían que no había caído como un cobarde. El poder de Billy «Tres Piernas» era superior al suyo, nunca lo dudó. Pero ahora estaba seguro. Debía morir allí sobre la yerba verde aspirando su humedad, mezclando su sangre con su lozanía y dejándose en herencia a El Pueblo.

Pero no dispararon. Cayeron sobre él los tres guardianes que le habían traído de la cárcel de la Base y otros que acudieron a sus ladridos de coyote, sus gritos de alarma. El preso luchó con la fuerza del oso, pero le vencieron, le encadenaron y como un camero trabado que va al matadero, le metieron en el vientre tenebroso del avión. Despegó como un águila entre fuego y trueno, ante su asombro de que estaba volando… volando de verdad. Nunca hizo nada parecido. De repente, su tensión anterior cedió, abandonó el forcejeo para romper las cadenas y se quedó sosegado… recordando cuando aún le llamaban Suh-gatz…

El grito del águila llenó a Suh-gatz de estupor. Estaba solo con las ovejas de Yucca, en el cañón desértico de las montañas Ute. No esperaba ningún sonido, ni ninguna visita, menos aún la del águila,

pues en los diez veranos de su vida jamás vio en el cañón a las águilas, aunque sabía algo de ellas. Las ovejas balaron con miedo y las pequeñas corrieron hacia sus madres. Suh-gatz era un muchacho, aunque grande y fuerte para su edad, y se asustaba ante lo inesperado. Agarró con más fuerza el bastón y recorrió rápidamente con la vista el borde superior del cañón, escudriñando en el cielo claro, las grietas y los manchones de pinos y enebros. Allí, allí estaba águila; su descubrimiento llenó a Suh-gatz de alegría y de un nuevo temor por las ovejas. Yucca no podía permitirse perder ninguna, ni la más insignificante cría. Suh-gatz corrió hacia su choza y cogió el viejo fusil que Charlie le había enseñado a manejar. Él no quería disparar a águila, a menos que águila quiera coger oveja de Yucca. Pero qué gran historia para contar a su regreso al poblado, lo grande que era águila, el ruido que hizo, el viento que levantaba el batir de sus alas arribas y abajo, arriba y abajo en la cresta del cañón, como llamando a alguien, como gritando: ¡Vuela, muchacho! ¡Sígueme por el cielo!

Entonces vio algo que le hizo reír, tanto por el placer de contemplar un acontecimiento excepcional, como por la noción del grave error que cometía. Era una hembra. A través de la mira de su rifle divisó algo que se movía en lo alto de la montaña. Eran unas cabecitas, y unas alitas intentando volar, oyó débiles graznidos y comprendió que águila en realidad estaba diciendo: ¡Venid a volar, seguidme por el cielo!

De repente el pájaro descendió al nido donde estaban sus crías. Y como si una visita no fuera suficiente aquel día, otro sonido llegó hasta ellos —ellos, pues Suh-gatz y águila estaban juntos en aquel terrible momento— precedido por un ruido, un aeroplano sobrevoló la cresta del cañón. Águila no sabía lo que era, y cubrió a los pequeños con sus alas, pero Suh-gatz, después del primer shock ante la aparición, recordó haber oído hablar de los pájaros de madera, tela y acero de los blancos, aunque nunca había visto ninguno. Durante semanas habló a todo el mundo de águila y aeroplano, pero a nadie le pareció tan emocionante ni dijo nada de tanto interés sobre ello como Billy «Tres Piernas» cuando le encontró en el almacén de Towaoc.

Era antes de que Billy hubiera recuperado su extraordinario poder y empezara a andar de nuevo con un bastón, cuando aún le

llamaban Billy «Sin Piernas». Pero era más listo que ninguno de por allí, e incluso entonces tenía bastante fuerza, aunque solamente era seis o siete años mayor que Samson, aunque no tan viejo como para ser respetado igual que el anciano hombre-medicina.

No era el avión lo que interesaba tanto a Billy, había visto muchos cuando fue lejos, al hospital blanco a que le arreglaran las piernas, pero quería saber más sobre el águila y sus crías. Hablaban en Ute. Billy sabía inglés muy bien, pero en aquella parte de la reserva eran pocos los que lo hablaban. Samson, no. Conocía la lengua de El Pueblo y unas pocas palabras de inglés y en español aprendidas de pastores y tramperos.

—Si me enseñas dónde está ese águila te enseñaré a jugar al póker —dijo Billy.

Billy era muy bueno a las cartas. Como la mayoría de los Ute de las cercanías de Towaoc, pasaba mucho tiempo jugando al póker y al monte español.

Incluso Yucca, que sabía de ovejas y vacas, y el anciano Charlie, que sabía más que nadie sobre los viejos tiempos, ni siquiera ellos podían enseñar a Samson a jugar al póker mejor que Billy «Tres Piernas».

Hicieron un trato, y unos días más tarde, subiendo al Ute juntos en el caballo de Billy, éste dijo a Suh-gatz que lo que pretendía era capturar a uno de los aguiluchos y amaestrarlo. Le contó que en los tiempos antiguos, El Pueblo domesticaba águilas. Les limaban el pico y los espolones con una piedra y les recortaban las alas. Las águilas permanecían en los alrededores del poblado, alimentándose con desperdicios y saltamontes.

—Hay mucho poder en un águila —dijo Billy—, tú no sabes aún de esas cosas, pero yo sí. Sabes que soy fuerte, pero si tengo águila me haré más fuerte. Quizá pueda andar.

Cabalgaron unos instantes en silencio, ascendiendo entre las matas de salvia de las tierras estériles hacia las zonas altas, un poco más verdes. Para no cansar a caballo seguían un sendero fácil. Samson llevaba las riendas y estaba tan crecido que podía ver por encima de Billy sentado delante de él.

—¿Cerca? —preguntó Billy con ansiedad.

—Todavía no. Camino largo.

Entonces Billy empezó a hablar de lo que Suh-gatz había visto

en la montaña.

—Si tuvieras poder habrías comprendido —le dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Primero águila llama a las crías: seguidme. Después avión vuela sobre ti y dice lo mismo para ti solo. Ese avión era probablemente del ejército. Si tuvieras poder como yo, es fácil decir lo que significa.

—¿Qué significa?

—¿Me ayudarás a capturar águila? Seguramente tendrás que escalar las rocas y trepar por el farallón para alcanzar el nido. ¿Lo harás?

—Claro —contestó inmediatamente.

Entonces Billy le interpretó los signos. El gran águila era el Gobierno que había quitado las tierras a las tribus, dejándolas en la pobreza; el avión pertenecía al ejército contra el que sus padres y abuelos habían combatido; juntos significaban que llegaría un tiempo en que Suh-gatz se uniría a los soldados del águila para luchar a su lado y dar honor a su pueblo.

Aquello estaba tan lejos de su comprensión que Suh-gatz no supo qué responder. Finalmente con los ojos muy abiertos preguntó:

—¿Cómo consigues poder, Billy? ¿La danza del sol? ¿Comiendo peyote?

—Aún es pronto, te lo diré algún día. Uno no debe apresurarse en estas cosas, pues pueden matarte —dijo Billy golpeando sobre sus dos piernas rotas cubiertas por unos *blue-jeans*, y las dos muletas colgadas de la silla—. Lo saco de aquí, de las balas del hombre blanco cuando me dispararon siendo niño, sólo que entonces no lo sabía. Los hombres blancos me lo metieron adentro con su plomo. Si lo llevas en ti y sobrevives, entonces eres fuerte de verdad.

Suh-gatz conocía la historia. Todo El Pueblo sabía que cuando Billy era pequeño, el campamento fue atacado en Utah por un grupo de hombres blancos que querían arrestar a un Ute porque decían que había matado a un mexicano. Fue justamente cinco inviernos antes de que Suh-gatz naciera y aquélla fue la última vez que El Pueblo mantuvo una batalla de verdad contra los blancos.

Alcanzaron el erizado cañón donde Suh-gatz había estado con el rebaño de ovejas de Yucca.

—¡Allí! —dijo señalando—. ¡Allí es donde vi águila!

Billy se irguió clavando sus ojos en donde él le señalaba. Sólo vieron las paredes rocosas del cañón, el cielo límpido, las grietas, los manchones de pinos y salvias. En el valle reinaba un profundo silencio. Billy se volvió en la silla, mirando a los ojos de Suh-gatz.

—Te digo la verdad —dijo Suh-gatz.

Espoleó el sobrecargado caballo. Un trecho después, echó pie a tierra conduciéndolo cuidadosamente a través de las traicioneras zanjas y de las rocas hasta que arena y piedra empezaron a rodar bajo sus cascos y el caballo se negó a andar.

—Ayúdame a bajar —dijo Billy—, me quedaré aquí.

Apoyado en sus muletas miraba ansiosamente hacia la cumbre. Se podía leer la decepción en su cara y Suh-gatz sintió compasión por él.

—A lo mejor se han marchado —dijo en voz baja. Aunque parecía estar en lo cierto, se arrepintió de haberlo dicho. Ató el caballo a una gran roca y cogiendo el rifle empezó a trepar. No tenía intención de herir al águila, ni deseaba verdaderamente apoderarse de ninguna de sus crías para que Billy hiciera con ella lo que le acababa de contar que El Pueblo solía hacer, pero si aquello podía ayudar a Billy de alguna forma, adelante.

La ascensión era peligrosa y a cada segundo esperaba oír el chillido del águila, y tal vez ser atacado. Pero no fue así. Se acercó tanto como pudo a donde creyó que estaba el nido, viéndose obligado a detenerse por un profundo corte del farallón. No podía seguir avanzando. Tiró piedras y gritó varias veces: ¡águila!, ¡águila!, ¡águila!, con la esperanza de asustarla si estaba todavía por allí, pero no advirtió movimiento alguno.

Cuando descendió con las manos vacías a donde Billy le esperaba, y vio la desilusión con que éste le recibía, se arrepintió de haber hecho aquel trato.

—No tienes que enseñarme a jugar al poker —dijo.

Billy le sonrió, y para Suh-gatz, que no recordaba haberle visto sonreír antes, fue maravilloso.

—Te enseñaré a jugar al póker —dijo Billy extendiendo la mano y apretando el hombro de Suh-gatz—. ¿Volverás a buscar águila conmigo otra vez?

—Claro —contestó.

Pero nunca encontraron a águila y Suh-gatz se sentía

íntimamente contento.

Por lo tanto, aquel avión no asustó a Samson, le recordaba su niñez. Era águila hablándole por medio del poder de Billy «Tres Piernas», que le había leído los signos diciéndole que no desesperara, que ésta era su verdadera senda y no había sido abandonado. Ocurrieron cosas que le preocuparon, haciéndole pensar que los signos de su niñez habían sido falsos o mal interpretados.

Se daba cuenta con gran pesar suyo de que era ignorante. Le llevaron al ejército, pero no le habían enseñado mucho de las habilidades de un soldado. Le aislaron como si estuviera loco, poniéndole a trabajar como un navajo, transportando fardos, cavando y apilando. Y además, tan alejado, tan lejos de los suyos, de Eva. Impulsado por su gran soledad, había salido a buscar una mujer, se había arriesgado a coger alguna de las enfermedades venéreas a que logró escapar entre los suyos casándose sólo con Eva, pero se vio poseído por una ira asesina.

Si al menos el chulo no hubiera sacado el cuchillo. Estaba acostumbrado a que le insultaran. Pero acobardarse ante un cuchillo era muy diferente. Le golpeó con las manos desnudas y antes de que Samson pudiera darse cuenta estaba muerto.

En el juicio militar, cuando el oficial que hablaba en su favor pidió clemencia, el oficial que hablaba contra él contó a los jueces lo de la otra vez… Cuando por poco mató a dos soldados que le hacían trampa al póker. Así es que las cosas se pusieron aún más en su contra. Tal vez peor que si no hubiera herido a aquellos hombres. Y en cierto sentido comprendió que había algo de justicia en el hecho de que las cosas se le pusieran tan mal, ya que pocos hombres conocían las trampas que Billy «Tres Piernas» le había enseñado para el póker. Pequeños manejos, trampas que usaba con gran placer solamente contra los blancos y que nunca lograron descubrirle. Así que el tribunal militar dijo que le colgaran. No comprendió por qué no cumplían la sentencia allí mismo. Era una de las muchas cosas que Samson Posey no lograba entender de aquel extraño mundo en que se había metido para que le cazaran y le aniquilaran. Ahora sólo le quedaba su herencia: la amargura, el odio innato contra ellos, los belagana, los rostros pálidos fabricantes de hierro del Este con barbas y orejas salientes. Y al saber la forma

en que los jueces militares dijeron que tenía que morir, deseó que el aeroplano en que ahora volaba cayera en el mar para perecer de esta forma y que no lo colgaran.

También era en vano. Aterrizaron. Y al sentir cómo el avión descendía del cielo, no pudo evitar una gran excitación.

En el camión dormitó sobresaltado, pensando en los suyos, preguntándose adónde le conducían aquellos policías-soldados. Al aminorar en las curvas, su corpachón se agarró a las cadenas que le mantenían sujeto a la barra. El camión se detuvo y Samson oyó el ruido de las botas sobre la piedra, el ladrido de coyote de las preguntas y respuestas, el golpear de madera contra madera, de madera contra metal. Un guardián despertó sobresaltado y le apuntó con el rifle. El otro levantó la lona y miró hacia afuera, a la gris humedad del día, donde los restantes policías-soldados se agrupaban. Estaban en un sitio cerrado pues el viento había desaparecido. Samson mantenía todos sus sentidos alerta. En el pasado llegó a desear saber más del lenguaje de aquellos hombres y lo había intentado con tesón. Ahora no le importaba; sus oídos captaban y comprendían el sentido de todo sin conocer las palabras. El silencio de la lluvia le hablaba; el viento soplaba hacia otra parte, no contra el camión, pues se lo impedían las tapias; su olfato se llenó de olor a lona húmeda, que le producía un malestar en el estómago vacío; echaba de menos el olor denso de la lona casi quemada por el sol que le era tan familiar, aunque había conocido muchos inviernos húmedos, con nieve y frío.

No estaba seguro si aquél era el lugar y la hora, y haría cualquier cosa para que dispararan. No tenía miedo a morir, pero no quería morir ahorcado. Estrangulado como un perro, colgando en el extremo de una soga, ¿cómo podría su alma volar libre y lejos cuando exhalara el último suspiro?

Los guardianes se incorporaron dirigiéndose hacia él, uno por cada lado de los banquillos del camión, marchando inclinados. La lona levantada y la trampilla baja, dejaban ver un montón de soldados curiosos reunidos en torno al camión.

—¿Qué demonios traéis ahí, muchachos? —preguntó el sargento D'Alessio.

—Envío especial desde Belfast, Irlanda —dijo uno de los que habían venido custodiándole en el camión—. Y no precisamente

whisky irlandés.

—¿Cuántos traéis? —preguntó D'Alessio, cogiendo la relación de personal—. ¡Bowren! ¡Que forme la maldita guardia inmediatamente! —gritó al cabo.

El cabo Bowren dio rápidamente las órdenes: ¡Atentos! ¡A formar! ¡Descansen! Y dejando a los soldados en esta posición, se volvió a ver lo que hacía el sargento junto a la trampilla.

—¿Uno solo? —bramó D'Alessio—. ¡Pero leche! ¿Y para eso tanta artillería?

Bowren dirigió su atención hacia el interior del vehículo, oyó la orden de uno de los guardianes.

—Bueno, ¡maestro!, levanta el culo y fuera. Pórtate bien y nadie te hará nada.

Después oyó el ruido de las cadenas y sin poder evitarlo, porque D'Alessio siempre hacía la misma maldita operación, resopló e involuntariamente se apartó del camión.

—¡La madre de Dios! —silbó el sargento—. ¿Qué es eso?

—¿Qué pasa, no has visto nunca un indio? —dijo riendo uno de los guardianes—. Este no habla inglés. Así que tenéis un buen elemento. Debe ser cosa especial. Hasta nos dieron un avión para traerle a través del mar de Irlanda; estoy muy contento de quitarme a este hijo de puta de encima. En el aeropuerto quiso damos esquinazo.

—¡Quitadle inmediatamente esas cosas infernales! —dijo D'Alessio, señalando las cadenas.

El guardián le dio las llaves y se retiró. Su expresión parecía decir: Adelante, listo, es tu funeral. En el patio de la prisión se hizo un silencio espectacular cuando D'Alessio se inclinó sobre los grilletes. Miró con una ojeada rápida a la ancha y oscura cara del hombre que sobresalía asombrosamente por encima de él, y cualquier confianza que en aquel momento pudiera haberse establecido entre ellos fue muda.

—¡Cabo, forme la guardia en dos filas! —dijo D'Alessio— y escóltenlo hasta el dispensario con los otros.

En espera de la revisión médica que iba a efectuar en el servicio sanitario, Kendall B. Sawyer lo que más deseaba era una buena ducha y un afeitado. Se sentía sucio, y más aún allí, en medio de aquellos tipos a quienes la limpieza importaba muy poco. Si algo

había aprendido en su estancia en el ejército, había sido el hábito cotidiano de la higiene, de tal manera que se le había hecho absolutamente imprescindible. La cara afeitada a la perfección, rosada y brillante, el pelo nunca más de una cuarta de pulgada de largo, el uniforme oliva impecablemente planchado, el de faena tan pulcro que desmentía su nombre, o el de verano almidonado hasta adquirir la rigidez del vidrio, botas de un brillo tan fulgurante que los oficiales en la revista siempre bromeaban diciendo que podían mirarse en ellas, las insignias limpias y en su sitio, y dos magníficos galones en su manga, a una altura correcta para no caer en la presunción ni contravenir las ordenanzas.

Esta había sido su imagen durante tres años, salvo los meses de combate en Afrecha, Sicilia o la península italiana, e incluso entonces un artillero de tanques tiene a su alcance las comodidades caseras imprescindibles para conservar la pulcritud. Ahora los galones, igual que la ejemplaridad del soldado Kendall B. Swayer, habían desaparecido y él era el único culpable, pero la verdad es que se arrepentía. Con su uniforme empapado por la lluvia, arrugado y sucio por el viaje, añoraba al soldado modelo que había sido.

—Sargento, pase lista —indicó el capitán Gordon. Había ocho nuevos reos en la habitación. Hombres que habían llegado a Marston Tyne solos o en parejas desde todas las partes de Inglaterra. Habían estado llegando durante toda la mañana y en este momento esperaban el certificado que atestiguara que estaban vivos y sanos. Se preguntó de cuántos de ellos tendría que extender también certificado de muerte en el extremo de una cuerda en el transcurso de las próximas semanas. Más tarde, cuando tuviera tiempo, daría una ojeada a sus hojas de servicio y a los extractos del juicio. Le resultaba fascinante, y en muchas ocasiones esclarecedor. El grupo, en esta ocasión, tenía algo de extraño y abigarrado. Miró al gigante que le recordó a Queequeg, el arponero salvaje de «Mobby Dick».

—Cuando les nombre, den un paso al frente y contesten presente —ordenó el sargento D'Alessio.

—Jiménez, Luis.

—Presente.

Un muchacho entre los diecinueve y los veinte años. Moreno,

bajo y delgado.

—Lever, Roscoe K.

Presente.

Algo más mayor y también más corpulento, pelo castaño, crespo en las sienes, labios finos que humedecía continuamente con la lengua. Ojos que miraban con timidez, y de repente dijo:

—¡Que le jodan!

—Maggot, Archer.

—Presente.

Una respuesta más suave. Parecía querer decir que estaba y no estaba allí, y que aunque estuviera, aquél no era su sitio. Era un tipo rubio, de cuello enrojecido y ojos acuosos, de unos veintitantos años. Gordon estaba seguro de que se trataba de un maricón.

—Odell, Myron.

—Aquí, señor.

También rubio, peinado hacia un lado con una raya que parecía trazada con regla. Se trataba de un hombre delgado, nervioso y asustadizo, que miraba en torno suyo inquieto, a través de una de esas típicas gafas de soldado con montura de acero. Debía tener unos veintitantos años, pero era de los que parecen y se comportan como más jóvenes.

—Les dije que contestaran presente —dijo D'Alessio—. Y tú, amiguito, puedes guardarte el *señoit* ¿No ves que no llevo chatarra en el brazo?

—Lo siento —dijo Odell, confuso.

—Posey, Samson.

Dio con lentitud un paso al frente sin decir palabra, mirando hacia delante como viendo otras cosas y otra gente. D'Alessio levantó la cabeza esperando. En la habitación todos los ojos estaban clavados en el indio, reflejando temor, respeto o curiosidad.

—Sawyer, Kendall B.

—Presente.

Avanzó con marcialidad, aunque en su cara sin afeitar, de recios maxilares, se reflejaba la vergüenza de encontrarse allí y tener que contestar. Miraba al suelo rehuyendo los ojos de los otros.

—Smíth, Calvin Ezrk.

—Presente.

Tenía que haber un Smith, por supuesto. La sal de la tierra. Todo

el mundo y nadie. Era alto, de hombros redondeados, pómulos salientes y ojos llenos de arrugas en los bordes, con la piel curtida por el tiempo, parecía el mayor del grupo.

—White, Napoleón.

Sólo quedaba uno: el negro. El simple hecho de dar un paso al frente e identificarse constituía para él una indignidad.

—Presente —dijo en tono bajo.

En la formación había un gracioso, e incluso el doctor Gordon mostró una sonrisa involuntaria. Era un hombre poco frecuente.

—Pero, hombre —murmuró Maggot, atrayendo la atención de todos—. ¿Tu padre era ciego a los colores?

Napoleón lo oyó. Todo el mundo en la habitación lo oyó. El negro se volvió hacia el que le había insultado mirándole fijamente, y antes de que nadie pudiera impedirlo, se había lanzado sobre él y luchaban en el suelo.

D'Alessio y una pareja de guardianes los separaron. Maggot llevaba las de perder, y tratar de hacer que el negro lo soltara era como pretender aflojar un tornillo de acero con los dedos. D’Alessio le sacudió dos fuertes golpes en el cuello y entonces consiguieron separarlos, jadeantes, los ojos del negro ardiendo de ira. De los labios de Maggot brotaba un hilo de sangre, y en su mejilla se veía una contusión rojiza; sin embargo, también él quería continuar la pelea e intentaba zafarse de los que le sujetaban.

—¡Tú, bocazas! —bramó D’Alessio sobre Maggot—, cierra el pico mientras no te pregunten —se dirigió al negro sin bajar el tono de voz, aunque hubiera querido hacerlo—. Y tú, White, más vale que te contengas. Seguro que estás aquí por culpa de tu temperamento.

Napoleón avanzó su cara centelleante hacia D’Alessio y el resto de su iracunda bilis le brotó entre resuellos de furia.

—¡Exacto, hombre blanco! —dijo jadeando y con tono de triunfo —. Maté a un hombre color nata. Hinqué un cuchillo en el vientre de un odia-negros. Así es que mantén a ese hijo de puta a distancia o le mato. No podéis colgarme más de una vez.

D'Alessio sintió cómo le salpicaba la saliva del negro, y aunque él también estaba furioso, se calló, conduciendo al prisionero de un brazo hasta la fila. Nada sabía del pasado o el futuro de estos hombres, estaban solamente a su cargo para que los tratase con su

habitual tono de desprecio, mezcla de cortesía y autoritarismo militar. Pero ahora que había oído la confesión del crimen y apreció palpablemente los motivos de rencor del condenado, sintió por él idéntica compasión que tuvo en el coche al contemplar al indio cargado de grilletes. Sus destinos ya estaban marcados.

Maggot hizo un amago de avanzar hacia el negro, en contestación a su estallido de furia, pero los guardianes le sujetaron.

—¡Ya vas apañado, negro! —dijo fanfarronamente—. ¡Vuelve cuando quieras!

D'Alessio le miró con disgusto, volviéndose hacia el oficial médico, contento de que hubiera permanecido al margen.

—Lo siento, capitán, ¿quiere que imponga disciplina?

—No, no será preciso, sargento. Manténgalos separados y vigílelos.

Myron Odell, acobardado, se apartó desde que comenzó la pelea. El corazón le latía violentamente. La ira y la crueldad desencadenadas en la habitación le hacían sentirse mal. Un guardián le obligó a volver a la fila, y él sonrió esperanzado a los prisioneros que tenía a cada lado: Jiménez, el muchacho mexicano, y Sawyer. Se había empeñado en recordar todos los nombres.

Jiménez se encogió de hombros, prestando atención a lo que les decían, Sawyer, que captó la sonrisa, miró hacia otro lado inquieto. Odell pensó si los pondrían juntos o les asignarían celdas individuales. Necesitaba un amigo. Un amigo desesperadamente, alguien a quien poder contar su historia. El indio gigantesco le había aterrorizado y la pelea le hizo echarse a temblar.

El sargento ordenó:

—¡Venga, a desnudarse todos, culo al aire para la inyección! Si alguno tiene algo de valor, es el momento de entregarlo para que lo guardemos en sitio seguro. Aquí no se sabe nunca quiénes son amigos.

D'Alessio estaba esperando algún gracioso, pero no surgió ninguno.

Al quitarse la ropa más despacio que los demás, Odell sintió el mismo temor y deleite que siempre experimentaba. Toda su vida no parecía ser más que una interminable fila de cuerpos desnudos y órganos viriles. Hospitales, duchas, dormitorios, siempre la misma fila de muchachos desnudos; eso fue al principio, cuando era

pequeño, juguetón e inconsciente. Después, cuerpos adolescentes de otro tamaño con músculos y tono, crecimiento, vello incipiente, confusión y vergüenza y la terrible curiosidad en que todo se desenvolvía, y la maravilla y el misterio de lo que oía decir sobre la mujer. Dormitorios y duchas, cuerpos plenamente formados, desafiantes, en demanda, y luego filas de gimnasia y barracas y letrinas. Un tipo como él, destinado a un dispensario deportivo de Glasgow como practicante, escuchando continuamente sus historias de conquistas. ¿Cómo podían haber creído capaz a alguien como él de matar, matar con lujuria, matar aquello que había temido conocer, ver, tocar…?

Iban pasando por todos los trámites, el examen médico, las huellas dactilares, la entrega de los uniformes de recluso, la fotografía. Seguía buscando la cara del hombre que fuera amable con él, que le ayudara, y la encontró en el doctor. Claro, el doctor era un hombre compasivo, él comprendería, él sabría ayudarle. Era un hombre mayor, tal vez padre de familia, con hijos seguramente a quienes amaría, que acudirían a él para que los guiara amoroso y fuerte, y por eso comprendería lo que es no haber tenido padre ni madre…

Gordon estaba terminando la pequeña charla de aleccionamiento que siempre daba a los reclusos:

—Estoy aquí para ayudarles, muchachos, para cuidar de ustedes, para ayudarles cuando me necesiten…

Adoptó la necesaria firmeza en su voz.

—Pero hay una sola cosa que no tolero: el «cuento». El que se apunte en la lista de enfermos más vale que lo esté…

Concluyó de hablar y se los entregó al sargento para que los sacara del barracón médico. La posible individualidad que tuvieran al entrar allí había quedado diluida en aquella masa amorfa de trajes de faena color verde con la letra P blanca y marcada en piernas y espalda. Uno de los presos salió de la fila dirigiéndose al doctor. El muchacho delgado y pálido de las gafas. Gordon estuvo a punto de decir: «¿Qué pasa, soldado?», pero recordó que ya no lo eran y no podía llamarles así. Parecía nervioso y agitado, y se inclinó hacia él, murmurando en tono de conspiración:

—Doctor, necesito hablarle —suplicó Odell—. ¡Por favor, tiene que ayudarme! ¡Soy inocente! Nadie me cree, pero soy inocente.

—Tú —chilló D'Alessio desde la puerta—. ¿Ya estamos con tu cuento? Venga, ¡largo de aquí!

Gordon, consternado, le vio salir huyendo como una sabandija asustada tras los demás. Le recordó a un animal que siempre había ejercido sobre él una terrible fascinación, el «bronze locust», que sangraba a voluntad cuando se sentía amenazado, segregando goterones de sangre como para provocar la compasión. Disgustado, inclinó la cabeza, sentándose para leer las hojas de servicio de los nuevos prisioneros.

6

Reisman enseñó su pase a la Policía Militar de la entrada, y tras devolver el saludo, atravesó en su *jeep* los muros de Marston Tyne. En el patio de la prisión, los lentos pelotones de presos marcaban el paso, algunos arrastrando los pies, otros cantando con algo parecido a brío militar.

Muchos le miraron con envidia y desconfianza, mientras conducía el coche despacio, buscando un lugar para aparcar junto a la Administración.

Caía una fría llovizna, pero ninguno llevaba capote. La única nota chillona eran las «pes» blancas del uniforme, que bailaban una danza desarticulada en piernas y espaldas. Sobre el terreno, y llegado el momento, le asqueaba la naturaleza del trabajo que le había conducido allí. Seguía teniendo sus dudas respecto al proyecto, pero después de varios días de consultas de archivos en Londres y Salisbury, conseguir permisos, presionar en todas partes, había logrado reunir doce posibilidades que mentalmente denominaba su legión personal de condenados.

Los franceses tienen una palabra. Siempre tienen la palabra apropiada. *Ah! Le petit enfant!*, cloquean ante los balbuceos de un bebé. Y cuando el *enfant* es mayor y tiene huevos y músculos, le dan un uniforme y un fusil, le envían a ejecutar un trabajo remoto e imposible, y entonces le llaman *Lenfant perdu*. ¡Y qué verdad fue eso! en los primeros días de aquella especie de guerra de opereta, cuando él les había ayudado en su lucha perdida de antemano, frente al *juggernaut*[15] nazi en su brutal empuje hacia París. Niños perdidos, soldados perdidos, causa perdida. *Les enfants perdus!*

Volvería a luchar. Cuatro de los presos que había elegido estaban ya en Marston Tyne desde hacía tiempo, uno de ellos esperando la confirmación de su pena de muerte. Los otros tres cumpliendo largas condenas que habrían acabado en Leavenworth o

cualquier otra penitenciaría de los Estados Unidos. Los demás eran presos recientes o que languidecían en diversas prisiones del Reino Unido en espera de su destino. Intentó extender sus pesquisas a otros teatros de operación, incluso a la zona interior oculta y segura al otro lado del Atlántico, pero el teniente Kinder había recibido órdenes misteriosas de «arriba», indicando que aquello no formaba parte del plan.

Excedido por los cargos, su pasado y sus crímenes, Reisman no sentía más que desprecio hacia la mayoría de los presos que había escogido. Había, sin embargo, dos o tres en cuya hoja de servicios había visto que fueron personas muy distintas a lo que ahora eran. Hombres que en circunstancias normales habría tenido en cuenta para tal misión.

Sintiendo en él una especie de omnipotencia, escogió en primer lugar, sin vacilación alguna, a los condenados a muerte. Les daría una última oportunidad, y ellos tendrían que aprovecharla o, en caso contrario, serían devueltos al verdugo.

El teniente Kinder le había aleccionado en el sentido de que lo que había que canalizar en estos hombres era precisamente su capacidad para el crimen, controlarla, embotellarla —por así decirlo— para que cuando se diera la orden, el ejército se sirviera de ella. Ambos no pudieron por menos de admitir que en este planteamiento había una cierta dosis de absurdo, ya que un hombre impulsado al crimen en una ocasión no presuponía que en circunstancias diferentes se le pudiera volver a empujar a él simplemente con poner en marcha un dispositivo previamente acondicionado. Kinder quería probar una serie de Rorschachs y tests motivacionales, en cuanto el grupo estuviera organizado, pues tenía la hipótesis que en este tipo de hombres existía una predisposición a lo que denominaba una «especie de exutorio emocional» y quería verificarla.

A punto de entrar en el edificio, Reisman volvió al *jeep*. Quitó el rotor del distribuidor guardándoselo en el bolsillo de la guerrera, encaminándose nuevamente hacia la Comandancia.

—¡Lástima que no llegaran antes de su primera visita! —dijo el coronel Tarbell, señalando las órdenes que Reisman acababa de entregarle.

—Lo dice por el pelirrojo… Gardiner.

—Sí.

Tarbell dejó que el silencio llenara la habitación y continuó:

—Supongo que no estará autorizado a decirme de qué se trata… No…, déjelo. No trate de darme explicaciones. Aquí dice que puede disponer de los hombres y yo estoy para ayudarle en lo que necesite. Con eso basta.

—Gracias, coronel —dijo Reisman, compartiendo el alivio de Tarbell y esperando que éste le comprendiera—. En realidad, no son aún mis hombres. Sólo estoy autorizado a lanzarles la pelota, como se me ha ordenado, a ver si la recogen. Es una especie de lo toma o…

—¿Quiere usted decir que o aceptan o se cumple la sentencia?

—Sí.

—Es absurdo —dijo pausadamente Tarbell. Se levantó y fue hacia la ventana, mirando fijamente al exterior.

Los presos estaban haciendo instrucción y hasta ellos llegaba el ruido de sus pasos.

—Para muchos de ellos —continuó— es más de lo que se merecen. No le envidio. Le han encomendado una buena tarea, sea cual fuere. En el grupo que llegó esta misma mañana ya ha habido una pelea. Un muchacho de color sacudió en la boca a un gracioso que se burló de él.

Reisman pensó que debía tratarse de Napoleón White. No le sorprendía. En realidad, le complacía. Era preferible que las tensiones internas estallaran en el primer momento; así podrían ponerse manos a la obra.

—¿Y ese indio que estaba recluido en Belfast, ha llegado ya?

—Todos los hombres de su lista están ya aquí, capitán —dijo Tarbell apartándose de la ventana y volviendo a la mesa—. Todos le tienen un poco de miedo, incluso mis hombres.

—¿Cómo es?

—¿El nooble salvaaje? —Tarbell arrastró la frase para hacerla más ridícula—. Se niega a hablar o no habla porque no sabe inglés. El caso es que hasta ahora obedece órdenes. Algo debe saber cuando ha llegado tan lejos en el ejército.

El coronel se recostó, cansado, en su sillón giratorio.

—¿Qué ayuda necesita de mí, capitán?

—Mucha —dijo Reisman—. Para empezar: una docena de

policías militares y un sargento con experiencia para mantenerlos a raya. Uno o dos cabos, si tiene usted de sobra, coronel; a mí me es igual. Sólo quiero un guardián por preso. Tendrán que estar a mis órdenes donde los necesite. En cuanto se me unan, deberán permanecer conmigo hasta el fin.

Tarbell lanzó un silbido.

—No hay duda que sabe usted lo que quiere, capitán, pero son muchos hombres.

—¡Vamos, no regatee! —sonrió Reisman, intentando resistir—. A usted no le tiene que ser difícil conseguirlos. Necesito cuanto antes hombres que hayan trabajado con presos y que conozcan bien su trabajo.

Regatearon y Reisman rebajó a seis policías, un cabo y un sargento.

—¿Cuál es su mejor sargento? —preguntó.

—El sargento D'Alessio…, pero por ahí no paso —dijo Tarbell, sonriendo—, no puede usted quitármelo, capitán, es mi mano derecha. Hay otro sargento que ahora está libre y seguirá estándolo por algún tiempo», me imagino.

—Me lo quedo.

—¿Cari Morgan?

—¿El verdugo?

—Sí.

—Me lo quedo.

No se le había ocurrido antes, pero la idea tenía una cierta y extraña lógica. Reisman pensó que si no era capaz de captarse a los presos con sus dotes de mando, la presencia bestial de aquel tipo les aterrorizaría, sirviendo de acicate.

—Si es posible —continuó—, los quiero en celdas separadas para que no puedan comunicarse. En cuanto haya dado un vistazo general al grupo, me entrevistaré con ellos uno por uno.

Tarbell le explicó el horario de la cárcel: se alternaba la cultura física, los trabajos manuales y la instrucción.

—Excepto a los condenados a muerte, al resto del personal lo sacamos todos los días un rato para que haga ejercicio. A esto se limita el programa.

—¿Podría usted alterarlo hoy? —preguntó Reisman—. Quisiera formar un pelotón con mis doce presos, incluidos los condenados a

muerte, para ver cómo responden a las voces de mando.

—Va a tener complicaciones si hace eso —dijo Tarbell—. ¿Por qué no les plantea primero la papeleta?

—De ahora en adelante, coronel, no voy a tener más que complicaciones, pero por algo hay que empezar. Creo que esto es lo mejor: Ni promesas, ni esperanzas, ni falsas ilusiones para ablandarlos. Voy a partir de cero y veremos qué ocurre.

Víctor Franko estaba excitado sin abandonar por ello su suspicacia. Un cambio en la rutina de la prisión, un cambio inexplicable, pero en cualquier caso beneficioso, pues, momentáneamente, se libraba de su terrible soledad de reo incomunicado. En otras ocasiones le habían sacado de la celda, llevándole a pasear como un perro atado a su cadena, siempre el mismo recorrido: un pequeño patio aislado donde era imposible comunicarse con nadie. Incluso las dos repugnantes comidas diarias las hacía en la soledad de su calabozo. Por ello era tan excitante sentirse rodeado de personas, ver caras nuevas. Ignoraba qué podría suceder después, pero aguardaba con impaciencia el próximo acontecimiento, la próxima emoción.

Tras la lluvia el aire era fresco y limpio. El cabo Bowren formó a los hombres en posición de descanso en cuatro filas de a tres, rodeados por lo que a Franko le pareció inusitado número de vigilantes. Paseó los ojos por todos los congregados en el patio, valorando la fuerza y capacidad de cada uno de ellos por sus actitudes y expresiones. A algunos de los presos los había visto de lejos anteriormente. Pero no conocía a ninguno de los de su fila. Ante aquellos rostros, Franko reflexionó; había en algunos de ellos fuerza ciega e indomable, como en aquel gigante que miraba al frente en actitud impasible; en otros sólo quedaban cenizas de lo que debió ser verdadera y auténtica fuerza; también astucia, pero ninguno podía ser tan astuto como él; y mediocridad de cuerpo y espíritu, aquella repugnante emanación de los pacientes rebaños de presos de todas las cárceles que había conocido; y debilidad y el hedor de la cobardía. Vio todas estas cosas. Quizá porque las reconocía en sí mismo.

Los guardianes permanecían alerta, con los fusiles montados, Franko reconoció a alguno. El cabo Bowren, que a veces le custodiaba, con un pesado «45» en la cadera: se le hizo la boca agua

de envidia. De repente se llenó de terror: allí estaba, rechoncho, paseando de arriba abajo con su mirada triste y enfermiza. En una fracción de segundo el odio sustituyó al miedo; miraba al sargento primero. «¡No me pillarás, hijo de puta!», gritó en su interior.

Se concentró en el preso que tenía al lado, sin que en realidad llegara a mirarle. Había en su actitud un no sé qué asustadizo, una ansiedad en los ojos como si buscara establecer contacto con Franko.

—¿A qué viene todo este jaleo? —musitó Franko, sin volver la cara, pues les estaba prohibido hablar.

—No lo sé —respondió Odell en un susurro alborozado. ¡Qué estupendo que alguien buscara su amistad!—. Creí que tú lo sabías. Yo he llegado esta misma mañana. Supongo que vamos a hacer instrucción.

—¡Una mierda! A mí nadie me hace jugar a los soldaditos.

—¿Qué quieres decir?

Franko ignoraba lo que había querido decir, pero sabía que, en efecto, iba a decir algo. Era perro viejo y les iba a demostrar que conocía al dedillo las ordenanzas y reglamentos.

Todo estaba infectado de negros de mierda. En la otra punta de la formación, Maggot distinguió al que peleó con él aquella mañana. Se habían propuesto mantenerlos apartados, pero ponerle al lado del indio era lo mismo, peor aún, pues sabía que no iba a decir o hacer nada que pudiera provocar a aquel gigante. Le llegó su olor, haciéndole fruncir la nariz. ¿Qué huele peor que un negro? Ahora ya conocía la respuesta a aquel estribillo de sus paisanos.

Lo que más le fastidiaba a Maggot de cuanto hasta ahora le sucediera, era andar mezclado con indios, mexicanos y tipos extranjeros. Y si allí no había judíos era porque no tenían huevos para meterse en jaleos. Por supuesto, la sentencia de muerte le inquietó, pero aquel ladino abogado judío le dijo que tenía muchas posibilidades de que le fuera conmutada, y si las cosas se ponían mal, había tiempo para preocuparse. ¡Vete a una cárcel y tan seguro como el infierno que encontrarás un piojoso negro! También oyó hablar de lugares, lejos de su tierra, donde se ponían juntos a blancos y negros. Pensar en ello le producía siempre miedo y repulsión.

Cuando les asignaron celdas, Maggot prestó atención al habla de

los celadores y captó en uno de ellos el suave acento que esperaba. Habló aparte con aquel guardián.

—¿Eres de Georgia, muchacho? —le preguntó.

—De Shaw, Savannah. ¿Qué pasa?

—Oye, que no me pongan con ningún negro, ¿comprendes?

—¿Qué coño crees que es esto, el Peachtree de Savannah? —respondió burlón el guardián—. Iréis adónde os digamos.

Pero le dieron una celda para él solo en la tercera galería. Ya era algo.

Frente a aquel pelotón, Reisman se sentía como un pobre entrenador ante un puñado de jugadores novatos. El cabo Bowren le dio la novedad, mientras el sargento Morgan, inseguro de su papel allí/permanecía a un lado observando.

—Muy bien, muchachos. Vamos a hacer un poco de marcha. Le miraron fríamente, con curiosidad.

—Rehagan las filas por estaturas, de izquierda a derecha. ¡Rápido! El capitán advirtió que Morgan te había reconocido de la noche en la posada, y que estaba incómodo por no saber a ciencia cierta qué es lo que Reisman se traía entre manos, ni por qué razón le pusieron bajo sus órdenes. Además, resultaba evidente que el coronel Tarbell, al comunicarle su nuevo destino, le informó de que sus servicios técnicos iban a ser innecesarios por una temporada. En consecuencia, Morgan presentaba el lamentable aspecto del niño perverso al que han arrebatado una rana que estaba a punto de destripar.

Al verle, Reisman recordó a Tess. ¿Cómo pudo haberla olvidado tan completamente como si jamás la hubiera conocido? Se prometió ir a verla más tarde.

Tras una cierta confusión, los hombres quedaron formados por estatura tal y como ordenó. En la fila de delante, dominados por la mole de Samson Posey, estaban sus doce. Era la primera vez que los veía. Le produjo un extraño sentimiento pensar que conocía, sin que aquellos hombres lo supieran, todos los detalles de sus vidas. En apariencia, nada les diferenciaba de los restantes presos, y, sin embargo, se sorprendió a sí mismo mirándoles casi con desafío.

La voz de Reisman, profunda y articulada, resonó en el patio:

—A la voz de mando, numérense de izquierda a derecha y de adelante atrás.

Gozaba con la sensación de mandar.

—Me dirigiré a ustedes por el número. Si tienen que decirme alguna cosa, llámenme capitán o señor. ¿Enterados? ¡Numérense!

Las voces sonaban desganadas. Al saltar de una fila a otra surgían las confusiones de costumbre, pero Reisman jamás vio un pelotón recién formado que fuera capaz de numerarse a la primera. Cuando terminaron, Reisman se volvió hacia Morgan.

—Sargento, tome el mando para la instrucción.

Morgan se cuadró ame él:

—¿Puedo hablarle, capitán?

—Naturalmente.

Se separaron del pelotón. Morgan se acercó tanto a Reisman que éste percibió su respiración y apartó la cara con disgusto.

—¿Qué ocurre sargento?

Avergonzado, Morgan susurró algunas palabras. Reisman, que en principio estuvo a punto de estallar en carcajadas, comprendió que se enfrentaba con un nuevo problema.

—Bueno, entonces más vale que observe atentamente y aprenda pronto —dijo severo—, pues de ahora en adelante formará parte de su trabajo.

Volvieron. El sargento iba tras él en actitud abatida: nunca había mandado un pelotón.

—Cabo Bowren —dijo Reisman. Bowren se cuadró ante él.

—¡A la orden, señor!

—¿Qué tal se le da mandar la instrucción?

—¡A la orden, señor!

—Entonces, tome el mando y a ver si se lucen.

Surgieron problemas desde el primer ¡de frente!, ¡marchen! Las filas, de atrás iban bien, pero uno de los de la fila de delante no se movió del sitio, deshaciendo la formación.

—¡Pelotón! ¡Alto! —ordenó Bowren, mirando, burlón, a Reisman.

—Fórmelos e inténtelo de nuevo, cabo.

Volvió a suceder lo mismo, y esta vez hubo un conato de pelea. Bowren se acercó para separar a los hombres.

—Este hijo de puta no anda —dijo Sawyer.

Reisman se encaró con el hombre de piel atezada que había permanecido inmóvil en su sitio mirando despectivamente.

—¿Pasa algo contigo, número siete? —preguntó Reisman.

—Sí que pasa —contestó Franko, arrogante.

—Sí que pasa, ¿«qué»?…

—Sí que pasa.

—Sí que pasa, «señor» —puntualizó Reisman.

—No tengo por qué llamar señor ni a usted ni a nadie. No tengo por qué hacer instrucción si no me da la gana. Usted sabe lo que dice el Reglamento.

—¿Por qué no tienes que desfilar, número siete? El resto del pelotón les contemplaba, pasmados ante la disputa. En los labios de Morgan empezó a dibujarse una sonrisa de suficiencia. El cabo Bowren parecía querer dar una patada en los dientes amarillos de Franko. Sabía de sobra que aquel tipo era un camorrista, pero ahora daba la sensación de que el capitán le estaba provocando.

—Los condenados no estamos obligados a hacer instrucción —dijo Franko.

Muchos de la primera fila que lo oyeron se quedaron pensativos. Reisman advirtió cómo la conmoción se extendía silenciosamente a todos los hombres del grupo. Acababa de abrirse una brecha de protesta y si se convencían, de que era verdad que aún tenían derechos, se solidarizarían en el acto.

—¿Tú por qué estás aquí, por atropellar al perro del coronel? —preguntó Reisman en tono mordaz.

Franko quiso gritar, escupirle a la cara su crimen. La ira le hizo imaginar que hundía sus dedos temblorosos en la garganta del capitán que tenía enfrente. Pero gritar que había cometido un asesinato era una confesión y una forma de aceptar el castigo, y eso no lo haría jamás.

—Eso es, capitán —contestó.

—¿Te niegas a hacer instrucción?

—Exactamente.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Reisman.

—Número siete.

—Se llama Franko, capitán —intervino Bowren.

—Ven acá un momento. Franko, quiero hablar contigo —la voz de Reisman sonó conciliadora.

El preso hizo un gesto de indiferencia y salió de la fila, dirigiéndose hacia Reisman. El capitán, sonriendo, le pasó la mano

por el hombro y empezaron a andar. Eran de la misma estatura y corpulencia. Se inclinó al oído de Franko:

—Mira, «spaghetti»[16] cabrón, si te niegas a desfilar te voy a romper la cara —le dijo con tono tajante. Después bajó el brazo y dio media vuelta dirigiéndose hacia las filas.

A sus espaldas percibió como un remolino de aire: Franko se le echaba encima. Encogiendo la cabeza, se dejó caer sobre una rodilla incorporándose a continuación rápidamente. El hombre cayó sobre el duro suelo de cemento con la cabeza junto a los pies de Reisman. Alargando la mano como para ayudarle, el capitán le golpeó en la mandíbula con saña. Lo dejó inconsciente. El cabo Bowren se inclinó sobre él; los celadores habían apretado su círculo envolviendo al pelotón.

—¿Qué ha visto usted, cabo? —preguntó Reisman.

—He visto al capitán obligado a defenderse ante el ataque de un preso —respondió Bowren.

—Gracias, cabo —dijo Reisman. Llamó a Morgan—: Devuelva a este hombre a su celda, sargento. Que le acompañe un guardián.

Si esperaba aquiescencia de los restantes presos, se equivocó. En las filas se oían murmullos de desaprobación.

—Si alguien quiere decir algo, adelante, le escucho —dijo.

—Si lo que ha dicho éste es cierto, yo tampoco hago instrucción —aventuró Maggot con audacia— ¿por qué demonios iba a hacerla? De todos modos, dicen que me van a colgar.

—Muy bien, «Johnny El Rebelde»[17]. Sal de la formación —ordenó Reisman.

Maggot avanzó desconfiado.

—Conmigo no intente nada, capitán —dijo, señalando a Franko, que se alejaba tambaleándose entre dos guardianes—. Si nos busca las pulgas, se verá usted en un aprieto. Se expone a un juicio militar.

Desde el primer momento percibió Reisman el sentimiento de solidaridad entre los presos. Aunque estuviera quedando en evidencia, en cierta forma lo prefería así.

—A ver. Si queda algún otro leguleyo que piense que no hay que hacer instrucción que dé un paso al frente —dijo, desafiante.

Odell vacilaba: ¿si era cierto lo del reglamento, por qué no atreverse? Tal vez debiera secundar a Franko, que le había hablado

y parecía simpático. Sawyer se mantuvo a la expectativa: deseaba hacer instrucción. Volver a ponerse un uniforme flamante y desfilar, desfilar, desfilar. Napoleón White dio un paso al frente: no era una protesta, pero no quería tener nada que agradecerles. Jiménez dio un paso al frente; sólo marcharía al patíbulo, nada más. Odell se decidió sintiendo una nueva emoción, dio un paso al frente.

De la primera fila habían salido seis hombres, los restantes siguieron en sus puestos. Reisman, que conocía el historial de aquellos seis condenados, pensó que la formación se había dividido en dos grupos, el de la vida y el de la muerte.

—Cabo Bowren —ordenó—. Designe un guardián para que conduzca a estos hombres a sus celdas y luego me da usted treinta minutos de instrucción a los restantes.

A las tres, quejándose de la monotonía de la col, los presos concluyeron la última comida del día. Reisman comenzó su ronda por la tercera galería; le escoltaban el cabo Bowren y un policía militar, con órdenes de mantenerse a diez pasos y no intervenir a menos que él les llamase. Morgan se ejercitaba en las órdenes de mando con D'Alessio.

Cuando Víctor Franko, tendido en su catre, vio quién entraba, se incorporó, tenso, dispuesto a saltar.

—¡Hola, Franko! —dijo Reisman, recorriendo con la mirada la celda buscando un sitio para sentarse. Al no encontrarlo permaneció de pie, paseando distraídamente la vista por todos los objetos de la habitación—. Quiero hablarte de algo muy importante.

—Yo sí que voy a hablar con el coronel —replicó Franko, rabioso.

Ya lo creo que lo haría, no tenía nada que perder, se iban a enterar. Si la apelación le era desfavorable, alegaría malos tratos e intentaría un juicio militar contra el capitán. Un oficial no puede pegar a un soldado y quedarse tan fresco, ni el general Patton podría. El mismo Ike le daría a la lengua para obligarle a pedir excusas. Al formularse los cargos contra el capitán le necesitarían como testigo. Un ahorcado no puede declarar. Ganaría tiempo, tiempo para vivir y encontrar una nueva escapatoria.

—Está bien, olvidemos por ahora lo de esta mañana —dijo Reisman—. ¿Te gustaría salir de aquí?

—¿Quiere usted dejar de tomarme el pelo?

—Al me dijo que aras un tipo duro.

—Al ¿qué? —preguntó Franko con actitud perpleja.

—Tu primo Al Capone, tu primo Al. ¿No dijiste a los guardianes que eras primo de Al Capone?

—¡Ah! ¿Es eso? Son unos palurdos, ¡qué pueden entender!

—¿Qué harías si te digo que Al arregló las cosas para que pudieras largarte de aquí?

—Le diría que es usted un gilipollas.

El capitán conocía la soberbia, sabía cómo encarar el orgullo, pero Franko era insolente como una comadreja. Estaba acostumbrado a los Frankos de este mundo. Hubo un tiempo, muy lejano, en que las fanfarronadas de Franko le habrían asustado. Entonces era muy joven, y a pesar de ello supo aprender, se endureció, se hizo el más fuerte. Sí, los conocía muy bien: sudaban, gritaban, se acobardaban y morían. Con éste iba a ser divertido, podría disfrutar como por la mañana de su superioridad física y mental. Estaba deseando agarrarle por el cuello y darle contra la pared hasta que destrozado y lloriqueante le pidiera perdón, pero era una actitud infantil y completamente inútil.

—Como soldado eres una mierda, Franko —dijo marcando las palabras—. Lo he leído en tu hoja de servicios y me lo has demostrado esta mañana. Debiste quedarte en Leavenworth. ¿Por qué te alistaste? Cuando elegiste el ejército no pensabas lo que hacías.

—Oiga, ¿a qué viene toda esa historia? —dijo Franko receloso—. ¿Se cree usted abogado o qué? —Inesperadamente suavizó la voz—. ¿No se habrá recibido el veredicto del tribunal de casación, eh, capitán? ¡Van a soltarme!

—No soy abogado, ni he recibido veredicto alguno —afirmó Réisman, tajante.

¿Cómo se dice? ¿Cómo demonios se le dice a un hombre, aunque sea un tipejo como éste, que le traes una oportunidad de vivir? ¿Se le dice sin rodeos, a quemarropa, o lo saborea uno un rato interiormente buscando un efecto teatral?

—¿Qué dirías —continuó— si el ejército te ofreciera otra oportunidad?

—¡Por Cristo bendito! ¡Expliqúese, capitán, por favor! —exclamó Franko.

«Explícate, capitán cabrón, el más débil rayo de esperanza. Pero ¡mírale, Dios! ¡Mírale! ¡Es un liante! ¡Vamos, suelta lo que tengas que decir!».

—Sí, ¡dígalo, por Dios, capitán!

Fue un grito desmayado, incrédulo.

—Pero esta vez es algo especial. Sales de aquí como si ya hubieras muerto para el mundo, e inmediatamente a trabajar. A trabajar como en tu vida: marchas, cuerpo a cuerpo, tiro, dinamita, saltos en paracaídas… Luego vas a donde te diga el ejército y a lo mejor duras menos que si te hubieras quedando esperando la soga y tal vez te meten más suciamente. Si sales bien, no ganas nada… sólo una promesa. La cuerda continúa esperando.

—Acepto, señor.

«Señor —repitió Reisman—. Ya me imagino que sí, por ahora, hasta que veas de dónde sopla el viento. Pero lo dices igual que en Leavenworth».

—Esto no tiene nada que ver con tu revisión, Franko. Haz este trabajo y la revisión se aplaza.

—Sí, sí, sí, señor capitán, señor. ¿Qué quiere usted? ¿Que diga que no? Lo haré, señor, deme la oportunidad.

—Muy bien, Franko —dijo Reisman, pausadamente—, ya está todo dicho. —Y sacando un paquete de cigarrillos de la guerrera le ofreció—: ¿Fumas?

—Va contra el reglamento.

—Bueno, cógelo, te hace falta. De ahora en adelante vamos a burlar el reglamento más de una vez, pero sólo en lo que yo te diga. Anda con cuidado, no te metas en líos y todo irá bien.

Oyéndose a sí mismo, Reisman advirtió lo pronto que había empezado a emplear un lenguaje convencional y detestable. Pero ¿había otra forma de plantear las cosas? «Son gajes del oficio, y esto no es nada, no he hecho más que empezar», se dijo.

Franko, con el cigarrillo en los labios, se acercó al encendedor que Reisman le ofrecía.

«¡Por Cristo! Lo voy a hacer, voy a entrar en faena de nuevo. Pero te conozco bien, cabrón, tú quieres algo de mí. No vendrías a buscar a Víctor Franko a menos que lo necesitaseis, y sea por lo que sea, tú me necesitas a «mí». Señor capitán, a partir de ahora estamos en paz».

Reisman salió de la celda. Se comprendieron sin necesidad de palabras. Cada uno de ellos había estudiado al otro, calibrado al contrario, con el que bien pronto iba a enfrentarse.

7

—Teniente, reflexione, tiene usted un atasco en el culo que se le ha subido al cerebro y no le deja pensar como es debido —dijo Reisman. Por ese camino se daba cuenta de que no iba a conseguir nada de Napoleón, pero no podía evitarlo. Aquel hombre se estaba encerrando cada vez más en sí mismo.

Napoleón, tendido en su petate, con las manos en la nuca, miraba impasible al techo.

—Voy a decirle algo, capitán —dijo, sin cambiar de posición—. Voy a decirle lo que Flavio Honorio, el último emperador romano de Occidente, dijo a sus súbditos cuando huía: «Ocupaos de vuestra propia defensa».

Levantó un codo y miró a Reisman, furioso.

—Y no se burle de mí llamándome teniente, no soy teniente. Soy un preso común —volvió a mirar al techo.

—No le comprendo, White —arguyo Reisman. De todos los hombres que había escogido, era uno de los pocos a quien deseaba realmente ayudar, de los pocos con quienes pensó trabajar de hombre a hombre, de soldado a soldado—. ¿Por qué entró en el ejército? ¿Por qué se alistó como voluntario en el OCS[18]? ¿Por qué se metió en todo esto, si no significaba nada para usted?

Bajó los pies hasta el frío suelo de piedra, quedando sentado.

—Me alisté en el ejército por la misma razón que usted, y permítame decirle que esto supone mucho para un hombre de color. Había una guerra y me dijeron que estaba de su lado.

—Me imagino que no estará ahora en el otro.

—En ninguno, no es mi guerra. Si un ejército de negros marchara sobre Washington, yo me uniría. Entre voluntario en el OCS porque tenía cuatro años de universidad y pensé que también algunos conocimientos. Me dijeron que sería un oficial y un caballero. Y míreme, capitán —dijo, levantando un brazo—: soy un

negro, lo seré incluso después de ahorcado, lo seré aunque no me ahorquen. Y, ¿sabe una cosa?, estoy orgulloso de ello. Mi vida no vale tanto como para que a cambio de ella venda lo único que me han dejado. Déme usted la oportunidad de matar a un hombre como el que maté y volvería a hacerlo. —Miró a Reisman de arriba abajo desdeñosamente—. Podría matarle a usted, capitán.

Reisman sonrió:

—No podría hacerlo, estoy más preparado que usted, White. Sé luchar y conozco técnicas de asesinato que usted ni siquiera imagina. No le estoy ofreciendo la vida, no puedo prometerle eso. Pero le enseñaré todo lo que sé y le daré la oportunidad de satisfacer su deseo de sangre. Ahora no es usted más que un hombre que se compadece a sí mismo.

Napoleón volvió a tumbarse mirando al techo sin replicar. La ira le había agotado, estaba cansado de luchar.

—Volveré más tarde, teniente —concluyó Reisman—. Será su última oportunidad. Lo toma o lo deja. Si se decide a dejarlo, obrará como un estúpido.

En la galería hizo una seña a su escolta encaminándose a la próxima celda. Si White no aceptaba, perdería muchísimo tiempo buscándole sustituto, no podía permitirse ese lujo. Aunque existía una probabilidad de conflicto racial, el grupo sería más homogéneo tal y como él lo había planeado. White tenía cerebro, era un jefe nato, y aún quedaba dentro de él un rescoldo de convicciones y justicia que podría reavivarse. Necesitaba a aquel hombre para contrarrestar el clima de podredumbre que crearían Franko y otros como él. Si llegaban a aprender a respetarle y obedecerle como jefe directo —no porque fuera negro, sino porque era, y lo demostraba, superior a ellos—, significaría que habían superado sus mezquindades y que responderían.

Napoleón tardó en recobrar la serenidad. Ahora le costaba mucho; había vivido alejado, confinado en su mundo luminoso e inexpugnable, luchando tenazmente para mantenerse en su torre de marfil. Pero aquella torre se había derrumbado hasta los cimientos cruelmente. La conversación estimulante y aguda del capitán le había ayudado. Napoleón jamás se detuvo a meditar sobre quién era o qué lugar ocupaba en el mundo; todo fue maravilloso y él lo aceptó como justo.

¿Su culminación fue, entonces, aquel día de Acción de Gracias mágico e incomparable? O tal vez sólo fuera mágico ahora, contemplado desde las profundidades de su miseria. Pero no, había sido realmente mágico…

Inesperadamente cálido, el sol de noviembre llenaba de promesas la mañana del estadio. El cielo azul sin una nube, la brisa sobre el campo de rugby, trayendo desde los ríos de Nueva York una nostalgia de otoño campesino.

Y él estaba allí, en pie, entre los campeones. Camisetas marrón y oro, violeta y blanco, enfrentándose alegres y orgullosos, con una punzada de temor excitante. La yerba espesa, con algunas calvas de arena oscura, olía a recién cortada. Sabor de hojas quemadas que traía el viento, evocación de Su niñez en Washington y sus días de instituto: cuando jugadores y público era un mar ininterrumpido de rostros negros. Había sido estupendo entonces, también entonces, ser jaleado, ser el número uno.

Pero en este enorme estadio él era el único negro, sensación a la vez emocionante y terrible. En aquella inmensidad —como la vida más vasta y compleja que Napoleón había escogido y llegado a dominar—, los rostros negros de sus familiares y amigos se perdían en un mar blanco y rugiente. Era, sin embargo, su mayor preocupación: aquella multitud blanca jaleaba a Napoleón, e incluso los hinchas del equipo contrario no eran sus enemigos, sino sólo eso, defensores del equipo marrón y oro.

¡Na-po-león! ¡Na-po-león! ¡Na-po-león! ¡Cómo cantaban aquel día! Y ¡cómo jugó aquel día!

¡Tiempo! Spoletti, caído en la banda, sacudía las piernas convulsamente. Desde el campo de juego y el foso de los entrenadores, todo el mundo corrió hacia él. A la vista de la sangre que brotaba del ojo de su suplente, se sintió enfermo por dentro. Napoleón era rápido, astuto y escurridizo en el *open*[19]. Spoletti, en cambio, más pesado, avanzaba con mayor eficacia por entre las barreras de huesos y músculos. Era precisamente lo que habían necesitado cuando el entrenador lo puso para reemplazar a Napoleón en el ala izquierda. El tiempo pasaba y el equipo violeta y blanco llevaba un *touch down*[20] de atraso.

Alguien dijo: «¡Oh, Dios, miradle!» y se inclinó para tratar de contener aquel torrente de sangre.

—¡Dejadle! —gritó el entrenador corriendo hacia Spoletti. Los vio atenazados a la vista de la sangre, los movimientos convulsos de brazos y piernas y los gemidos de dolor—. ¡Largo de aquí, muchachos, a vuestros puestos! ¡Napoleón!

Napoleón llegó a todo correr y el entrenador le dijo al oído:

—Nappy, sal de ahí y organízame algo.

Sacaron a Spoletti del terreno de juego, procurando mantener el párpado roto en su sitio. El partido iba a continuar.

En el *huddle*[21], Napoleón les dijo:

—El entrenador dice que el diecisiete.

—Es demasiado tarde para trucos. Tenemos que romper la línea completamente —dijo el capitán, mirándole con soma.

—No, dice que el diecisiete.

—¿Quieres convertirte en un héroe del rugby?

—A lo mejor.

—*Okay*, Nappy. Vamos con el diecisiete. —El capitán le palmeó en la espalda al romper el *huddle*—. ¡A por ello!

Se trataba de una táctica de engaño con diversas variantes. La habían ensayado mucho, pero solamente llegaron a utilizarla una o dos veces en partidos claves, y las variaciones no estaban aún puestas a punto. Una jugada que usada con demasiada frecuencia resulta inútil, porque todo el mundo la domina.

El capitán, en cuarta, se apoderó del balón y girando rápidamente hizo el pase a Napoleón conforme cruzaba la mitad derecha, pero él no lo retuvo, se internó a grandes zancadas simulando una colada rápida hacia la línea y pasó el balón, bajo el sobaco, al extremo derecha, que llegó por detrás haciendo el cruce hacia el lado contrario. Napoleón siguió avanzando, ya sin la pelota, creyendo que había logrado engañar a los contrarios para que le siguieran, dejando el camino libre por el otro lado. Pero los contrarío, fijos en la línea, llegaron muy rápido, demasiado rápido, deteniendo al extremo derecha con el balón siete yardas más allá de la línea de *scrimmage*[22].

—¡Cuarto abajo, once yardas por un primero, diecinueve por un *touch down*!

Al formar el *huddle* estaban todos desanimados.

—¿Qué más dijo el entrenador, Nappy? —preguntó el capitán.

—Manteneos en el diecisiete.

—¿Estás de guasa?

—No, eso es lo que dijo. Esta vez vamos a intentar la variante del pase. Están replegados esperando una ruptura de línea. Si lo fallo, al menos descuentan tiempo.

—De nuevo el diecisiete —dijo el capitán—. Haced el pase, y esta vez tiene que salir, ¡tiene que salir!

Napoleón lanzó una ojeada al reloj al ponerse en posición de *hike*[23]. Treinta y tres segundos y todo el estadio estaba en pie. La defensa contraría resistía cada intento de ruptura o desborde. Los adversarios aguantaban. Napoleón recibió el pase del capitán a toda carrera y centró al extremo derecha al dar la vuelta. Sólo que esta vez no simuló un giro abierto, sino que cortó rápidamente entre el centro y la defensa, dirigiéndose a toda velocidad hacia la línea de gol. De los graderíos brotó un rugido mitad esperanza, mitad angustia. Estaba desmarcado, el balón en el aire delante de él, describiendo una leve curva, lejos de los defensas, que habían caído en la trampa. Se lanzó como una flecha, estrechó el balón contra su pecho y cayó al suelo contrayendo los músculos de la espalda a la espera del alud humano.

¡Rugidos, estentóreos rugidos de alegría llenaron el estadio! Le golpeaban, le abrazaban, le besaban y los árbitros tuvieron que llamar a los guardias para que despejaran el campo de espectadores y permitirles tirar el tanto extra. Y lo transformaron también. Enardecidos con la victoria, lo transformaron. Y de nuevo volvieron a él, le levantaron en hombros, paseándole alrededor del campo. Caras jóvenes, llenas de gozo, agitándose bajo su rostro moreno, centelleante de sudor y lágrimas. Los palos de la portería cayeron arrollados por la multitud. Estaba en medio de una masa que seguía repitiendo: ¡Na-po-león! ¡Na-po-león! ¡Na-po-león!…».

¡Dios mío, fue tan magnífico! Tan magnífico. Sobre el duro petate de su celda de Marston Tyne, debatiéndose con sus recuerdos, evocando su gloria, Napoleón lloró…

Después nadie quería dejarle marchar. Todos le invitaban a su casa para la cena del día de Acción de Gracias.

—No, mis viejos han venido de Washington —dijo—. Tal vez otro día.

Su familia se marchaba en el primer tren y les acompañó a la

estación.

Esperaban que se hubiera ido a pasar el fin de semana con ellos, pero les dijo que quería quedarse en Nueva York para estudiar, y comprendieron. Se preparaba para los exámenes y quería hacerlo a fondo. Su familia se sacrificaba, pero lo que le permitió ingresar en la universidad fue una beca. El título era para él tan importante como el rugby.

Se marcharon, estaba libre.

En la penumbra del Tropicana, Zelda le aguardaba fumando un cigarrillo y tomando un café. Era curioso cómo el Tropicana se había convertido en su lugar de reunión; comidas a base de «chili» y pollo en cesta con cerveza fría; el café después de la clase, antes de ir al Bronx para el entrenamiento; cerveza y baile ante el tocadiscos del local, las tardes que ella se quedaba en el centro de la ciudad esperándole. Tácitamente acordaron que aquél era su lugar de reunión, allí todos eran del mismo color, se fundían en el decorado del bar. Acostumbraban a ir en grupo con otros estudiantes blancos y negros; cuando iban solos, los amables camareros y el *barman* transigían como aguardando la llegada de los otros. En ocasiones, efectivamente, venían, pero a menudo estaban solos y tranquilos.

Las luces, espaciadas y mortecinas, que a la vez iluminaban y ocultaban el absurdo decorado tropical, centellearon en el vaso de Zelda cuando levantó la vista hacia él. ¿Por qué no eligieron un lugar más iluminado donde todo el mundo pudiera verles? Simplemente porque no. El Tropicana era un bar de estudiantes. ¿Qué podía importar? Él paseaba con la chica, ¿no? Al cruzar la calle se cogían del brazo. A veces se agarraban furtivamente la mano.

—No. Aquí a mi lado —dijo Zelda cuando Napoleón intentó sentarse enfrente. Le tomó por la muñeca, acariciándole con gesto posesivo a lo largo del brazo bajo la manga de la chaqueta; palpaba sus músculos, su fuerza.

—¡Oh! Nappy, Nappy, ¡qué bien estuviste! Me sentí tan orgullosa de conocerte…

Un hormigueo sensual e inesperado le recorrió la espina dorsal hasta los riñones.

Aquel gesto inocente, su mano recorriéndole el brazo, tuvo una inusitada sensualidad; otras veces se habían agarrado las manos,

incluso se habían besado en la mejilla.

—No es por el partido —continuó ella—. Ya sabes que me parece idiota, una pérdida de tiempo, sino porque los venciste a todos. Fuiste el mejor, el primero. ¡Qué orgullo para tu gente!

Napoleón odiaba que Zelda hablara de «su gente», como si él hiera un profeta o un personaje de «Las Verdes Praderas». Pero sabía que no lo decía con malicia. Era joven y se preocupaba por las injusticias de la vida, mientras que él no prestaba atención a tales problemas, absorbido por sus metas y objetivos personales.

—¿Cuánto tiempo puedes quedarte? —preguntó a Zelda—. ¿Te esperan tus padres para cenar?

Si le invitaba a su casa a cenar iría. Deseaba conocer a sus padres, pues pese a su popularidad en la universidad, su vida social se limitaba a los estudiantes y a sus actividades como tal. Relacionarse con un grupo de gente de más edad, no universitarios, le parecía una experiencia interesante.

—No me esperan —dijo Zelda—. Se han ido a Lake Wood a pasar el fin de semana. ¿No es genial? Tengo el piso a mi disposición.

Sintió una repentina palpitación de miedo.

—¿Quieres que vayamos? —preguntó ella. Y añadió para hacerlo sonar más inocente—: Si no tienes plan, sabes, podemos pasar allí el día. Después de todo no se puede ir a ningún sitio: es el día de Acción de Gracias.

Napoleón sabía que este momento tenía que llegar. ¡Pero qué inocente sonaba en boca de la muchacha!

—No, no creo que deba subir —dijo despacio—. No estaría nada bien, tú sola conmigo. La gente habla. Sé cómo son cuando ven a alguien como yo en una casa elegante de blancos.

Él era negro y ella blanca. Finalmente se había hecho imprescindible abordar el tema; al margen de su temor a un incidente, lo consideraba necesario para la reputación de Zelda. El padre de la chica, un industrial importante, ganaba mucho dinero. Probablemente residirían en algún lujoso edificio de Central Park, con portero y ascensorista, que se fijarían y harían comentarios.

—¿Cómo dices eso? —insistió Zelda—. Es mi casa, puedo llevar a quien quiera.

No iría. Era imposible. El miedo lo echaría todo a perder. Por

otra parte, tampoco era posible llevarla a su casa. Sólo tenía una habitación barata alquilada a una familia de Harlem. Si la llevaba allí también habría comentarios asquerosos. Y si al anochecer tropezaban con alguno de esos *gangs* de golfos, habría lío. No era la primera vez. Harlem, como cualquier otro, suburbio, era un foco de inmoralidad y violencia.

Napoleón no era un conquistador empedernido; sin embargo, aquel día se sentía menos inocente que de costumbre.

—¿Y si fuéramos a casa de Rex? —sugirió—. Está fuera y me dejó las llaves. Me dijo que podía ir cuando quisiera.

Este tipo de cosas se aceptan con naturalidad en el Village[24].

—De acuerdo —contestó ella—. Andando.

University Place estaba vacía. Por Washington Square cruzaron el parque, pardo y sin hojas, dirigiéndose en diagonal hacia el laberinto de apartamentos de medio lujo que se extienden al sudoeste. Pasada la sucia calle y el hedor de los cubos de basura en los portales, el apartamento que Rexford Mace se había instalado en un piso sin agua caliente era tan bueno como cualquiera de Park Avenue. El edificio estaba habitado principalmente por bohemios cordiales y libres de prejuicios, bisexuales, estudiantes e intelectuales. Rex, hijo de una acaudalada familia de las Indias orientales y poseedor del más refinado acento de Oxford, era el negro más negro de todo Nueva York, y, sin embargo, su presencia en el edificio jamás originó problema alguno.

Si Napoleón envidiaba y respetaba a alguien, ese alguien era Rexford Mace. Incluso intentó imitar el modo preciso y oxfordiano de hablar de su amigo para liberarse del perezoso acento sureño, como complemento de su propio plan educativo.

—Napoleón White, ¿de dónde has sacado ese nombre? —bromeó Rex cuando les presentaron—. Ciertamente es pretencioso o precoz, preciosista si me apuras, depende de la perspectiva. Sin duda, tu padre, cuando naciste, tenía hechos grandes planes sobre tu futuro.

En aquella ocasión, Napoleón rió con desenfado, con más naturalidad de la que acostumbraba cuando se aludía a su origen.

—Me imagino que hace cien años debió rondar por la plantación un francés. —Intentó hablar con seriedad, pero le fue difícil ante la risa contagiosa de Rex—. Mi gente es de Louisiana, no lejos de

Nueva Orleáns. En resumen, aquel francés debió ser mi abuelito.

—Bueno, hemos esclarecido la procedencia de los White, pero yo me pregunto si era imprescindible ser tan endemoniadamente poco americanos —continuó Rexford, bromeando—. Aquí me tienes a mí, absolutamente negro, eso sí, pero selecto.

—Es una especie de tradición familiar —explicó Napoleón, paciente— Supongo que en aquellos días todos los franceses eran Napoleones. Desde entonces ha habido uno en cada generación.

Por la manera de actuar, pensar y vivir, no parecía que Rexford tuviera conciencia en absoluto de ser negro. No daba la impresión de que hubiera sufrido limitación alguna por el color de su piel, si acaso pequeños inconvenientes ocasionales que superaba con humor y altivez. Sabía lo que quería de la vida y contaba con todos los medios para lograrlo y disfrutarlo. Destacado estudiante de Medicina, no se tomó la molestia de solicitar el ingreso en cualquiera de las escuelas norteamericanas, que consideraba de escasa categoría para él, habiendo sido admitido en la de Edimburgo. Tal vez hubiera preferido Heidelberg o cualquier otra Universidad alemana, pero tuvo que descartarlo a causa de la política racial de Hitler.

—De todas formas, es muy posible que ya no puedan seguir siendo buenas escuelas.

Rexford era un conquistador, y las mujeres constituían un capítulo muy importante en su vida. No le importaba el color, lo consideraba un mero adorno sensual, como la turgencia de un seno, la línea de una nalga o el contorno limpio y estilizado de una pierna.

—En realidad prefiero las orientales —dijo en cierta ocasión tumbado indolentemente en su diván, fumando un «Sobranie» en una boquilla de ónice negro—. Deliciosamente sumisas, dispuestas a agradar, ¡qué placeres tan maravillosos!

Respecto a las muchachas blancas, admitía sentirse en el papel de vampiro. Le gustasen o no sexualmente, las necesitaba para fortificar y sostener algo en su interior.

Napoleón, sin sentir tal necesidad, quería probarlo.

—Rexford tiene tan buen gusto —dijo Zelda.

—Y dinero —respondió Napoleón.

La muchacha penetró en la pequeña cocina donde él preparaba

los martinis. Traía al brazo una transparente *negligée* negra que mostraba a Napoleón.

—Jamás fisgué esta casa a conciencia —dijo maliciosa—. Mira, estaba en un armario del dormitorio.

—Zelda, no debieras hacer eso.

Removió los cubitos de hielo, y su tintineo en la coctelera le produjo una alegría como de vacaciones; no le importó realmente que la chica hurgara en el piso. A Rexford le tendría también sin cuidado.

—Supongo que no se la pondrá en algún momento alocado de su intimidad —dijo sonriendo nerviosamente.

—No, señorita Inocencia —le sonrió sintiéndose débil—. Es para huéspedes nocturnos. Rexford es muy considerado y atento.

—Me encantaría probármela. Si me compro algo semejante, mi madre me mata.

Napoleón, que servía los martinis, alzó la cabeza.

—Adelante —dijo con un leve tono de reproche en la voz—. Probablemente te parecerás a Hedy Laman.

—Me gusta Josephine Baker. París… ¡Quién estuviera en París ahora! Allí todo es diferente.

—*Vive la différence!*[25] —exclamó Napoleón, entrechocando los vasos y alargando uno a la muchacha.

—¿De verdad quieres que me lo ponga?

Los ojos de ambos se encontraron. Se mantuvieron la mirada como tratando de penetrarse más profundamente para averiguar lo que uno y otro pensaban. Le gustaba mucho Zelda, pero por desinteresado que pueda llegar a ser el amor hacia una mujer, dudaba de sus verdaderos sentimientos. En realidad, no era más que un desafío, un halago a su yo. No se sentía capaz de decir si la encontraba bonita. Para él era una chica blanca más. ¿Bonitas o simplemente mujeres de otra raza?

—Naturalmente que quiero —dijo Napoleón con suavidad.

—De acuerdo —contestó, alegre, Zelda—. En seguida vuelvo.

Salió de la cocina llevándose su martini, y Napoleón pensó si sería para darse ánimos.

—¡Zel! —llamó.

Ella se detuvo a la entrada del *living*; sus pies no llevaban zapatos, acariciaba la alfombra. El apartamento estaba lleno de

objetos, objetos excitantes, nuevos, modernos; objetos duros o mullidos, de líneas y colores netos. Agradaban a Zelda por la diferencia que suponían respecto a la rígida, anticuada y formal elegancia del piso de sus padres.

—Ven, he de hacerte una confesión —dijo Napoleón, abriendo la puerta de la nevera—. Pavo, trufas, relleno, todos los ingredientes. Tenía cierta esperanza de que pudiéramos hacerlo, guisar nuestra propia cena del día de Acción de Gracias. ¿Sabes guisar?

—¡Ya lo creo!

Le besó en la mejilla y se fue corriendo hacia el dormitorio.

Napoleón, sentado en el diván, bebía el martini a sorbos cortos e impacientes, cuando oyó la voz de Zelda.

—Bien, ¿qué te parece?

Estaba ante la puerta del dormitorio y Napoleón, al verla, lanzó un silbido, igual que el espectador más común ante una imagen en la pantalla. Sólo en el cine se ven cosas así.

Ella, *negligée* transparente y tacones altos, adoptó una «pose».

—*Sexy*, ¿verdad? ¿Parezco una vampiresa?

Advirtió que la actitud provocativa de Zelda trataba de encubrir un auténtico nerviosismo. Le hubiera gustado saber si era la primera vez que hacia una cosa así, si se daba realmente cuenta, si había hecho el amor otras veces, si era virgen.

La chica no llevaba sus gafas y el pelo negro y fuerte le caía suelto sobre los hombros. La luz del dormitorio, en cuya puerta se encontraba, permitía a Napoleón distinguir, a pesar de la *negligée*, sus pechos llenos y firmes. Él había advertido en otras ocasiones su femineidad, pero ahora le excitaba realmente. Evocó la forma en que algunos muchachos en la Universidad hablaban del tamaño de las tetas: «¡y mira ese culo!» y «¡chico, cómo me gustaría ahorcarme con esas piernas!». Se había dejado puesta la faja o las bragas a juzgar por la línea que se adivinaba a través de la *negligée*.

—No veo nada —dijo Zelda, entornando los ojos—. Di algo, hombre, no te estés ahí sentado con la boca abierta.

—Estás maravillosa —respondió Napoleón—, muy excitante, muy sexy…, muy…

—No sigas —dijo, dirigiéndose hacia él—. Espera, voy a coger mi copa.

Volvió hacia el dormitorio regresando al instante y se dejó caer

en un sillón frente a él. Cruzó las piernas con un balanceo indolente, observándose los tobillos y las chinelas. Dio un sorbo al martini.

—¡Mmm! ¡Qué bueno! ¡Qué bien! ¡Qué agradable! Es como si hubiéramos estado así toda la vida.

Bruscamente, una idea insoportable asaltó a Napoleón. ¿Por qué no se había sentado a su lado, en el sofá? Había mullido el sitio contiguo con la mano, indicándole que se pusiera allí. Estaba tomándole el pelo, ¿no pensaba seguir adelante? Si no era más que eso, no tenía importancia; al fin y al cabo no necesitaba tanto a Zelda. Pero le habían hablado de chicas, chicas blancas que provocaban a los muchachos negros para después echarse atrás y gritar que habían tratado de violarlas. ¡Cristo! ¡No! ¡Zelda!, no, ella no era así! Deseó que se vistiera inmediatamente. Podían pasar una tarde magnífica escuchando los discos de calipso de Rex y después regresar a casa. Sería una velada estupenda.

—¿Empezamos a hacer la cena? —preguntó Napoleón incorporándose—. Si me dices qué tengo qué hacer te ayudo.

—¡Los hombres siempre estáis pensando en comer! —dijo Zelda, mirándole desdeñosa. Le mostró su copa vacía—. ¿Bebemos otra?

Volvieron a beber, mientras hablaban de los amigos, de la Universidad, del rugby, de sus familias. En realidad, era una charla de tanteo, sintiéndose alternativamente próximos y distantes, buscando la intimidad que tenían cuando estaban con los demás. Cuando ninguna intención oculta se interponía entre ellos. La conversación de Zelda aparentaba firmeza de convicciones. Napoleón estaba indeciso.

Hasta entonces, las mujeres no se le habían dado mal. Era guapo y atento. Los genes de su antepasado francés clarearon su tez, alterando en alguna medida sus rasgos negroides. Su fino bigote, que se dejó crecer desde que comenzó a apuntarle, le daba un aspecto suave y sofisticado. Con sus trabajos de verano consiguió comprarse ropas de cierta calidad que le permitían ir bien arreglado. A pesar de la disciplina familiar y las creencias religiosas, despertó muy pronto a las cuestiones sexuales. En la Universidad tuvo ciertos contactos esporádicos y solamente para desahogarse con algunas muchachas orientales que le rondaban, sin llegar jamás a comprometerse seriamente. En Harlem, su barrio, había multitud

de chicas muy apetitosas para pasar el rato, de tal forma que sus impulsos sexuales nunca habían estado reprimidos. Pero ésta era la primera blanca.

—Nappy, querido, ¡me siento tan bien! —dijo finalmente Zelda, incorporándose y avanzando vacilante hacia él—. ¡Oh, he bebido demasiado!

Se le sentó encima. Napoleón se estremeció al sentir, a través de la *negligée*, la suavidad de aquella piel. La cabeza de Zelda reposaba en su hombro y el fuerte perfume le turbaba.

—¡Oh, Nappy! —dijo—. ¡Bésame! ¿No te gusto?

La besó en las mejillas, en el cuello y, por fin, encontró sus húmedos labios. La lengua de Zelda se movió frenética dentro de la boca de Napoleón. La muchacha gemía, hincándole las uñas en los hombros. Era una locura. «Tal vez, pensó, el juego ha acabado por envolverla».

—¡Oh, qué bien, qué bien! —suspiró—. ¡Cómo me gusta!

—Sí, Zel —dijo él, dulcemente, acariciándole el pelo. Quería tocar su carne blanca bajo la tela, pero no se atrevía—. ¡Cuánto pesas! —dijo levantándola en vilo.

—Un poco rellenita —respondió Zelda, besándole fugazmente y son— riéndole—. Pero para ti no, Nappy. Tú eres fuerte, eres un campeón. Esta mañana lo vi.

Sus manos recorrieron de nuevo los brazos de Napoleón, oprimiéndole, comprobando la fuerza de sus músculos.

—Apuesto a que puedes conmigo. ¡Anda, llévame, Nappy!

La levantó, y ella, sumisa, se apretó contra él.

—Llévame allí —dijo señalando el dormitorio—. Estoy un poco mareada. Si no me tumbo un rato, me desvaneceré.

Napoleón la llevó al dormitorio. En brazos resultaba pesada. No podía soportar que las chicas se emborrachasen, aunque no estaba seguro si la borrachera de Zelda era auténtica. Tal vez fingía. Las cosas parecían desarrollarse conforme a un plan preconcebido, que él no era capaz de detener, aunque quisiera.

—Mejor será que empecemos con la cena —dijo Napoleón— Eso te despejará. Asar un pavo lleva mucho tiempo, ¿no?

—Sólo un minuto, Nappy —le susurró Zelda al oído—. Por favor, déjame descansar un minuto, ¡por favor!

La depositó cuidadosamente en la cama, procurando mantenerla

cubierta con la *negligée*.

—Anda, vete a sacar el pajarito de la nevera… ¡Oh qué divertido!… El pájaro fuera de su jaula… Tiene que calentarse, ¿sabes? Anda…, estoy aquí un minuto.

Napoleón, momentáneamente confuso, se dirigió a la cocina. ¿Por qué diablos se buscaba enredos con una chica blanca? ¿Porque era un desafío peligroso y excitante? Quizá sólo lo fuera al principio, después nada. Con Zelda era demasiado fácil, nunca había llegado a hacerle insinuaciones atrevidas. Napoleón aguardó a que estuviera hecho el café y llevó dos tazas humeantes al cuarto de estar.

—¡Zel! —exclamó—. Tengo café para reanimarte. Ven.

La oyó sollozar, dejó el café y se acercó despacio adonde estaba la muchacha.

—¿Qué pasa, nena?

Al verla todo se esfumó dentro de él, excepto el deseo, un deseo agudísimo.

Estaba tumbada boca abajo en la cama de matrimonio. A un lado, hecha un ovillo, la *negligée*. Sólo llevaba puesto un liguero rosado; entre los muslos caían las pequeñas cintas para sujetar las medias. Recorrió con la mirada la tibieza de aquel cuerpo desnudo, la prominencia de las nalgas medio cubiertas, los blancos muslos separados, las piernas y los senos que se apretaban contra la colcha. Las pesadas cortinas corridas ocultaban el mundo exterior. Ya no importaba lo más mínimo que fuera de noche o de día.

—Nappy, Nappy…, ¿por qué eres así? —sollozaba con la cara vuelta—. ¿No te das cuenta? —Se irguió sobre los codos, volviendo el rostro húmedo y suplicante hacia él—. Te deseo… Te deseo tanto. Tu cuerpo…, sentir tu fuerza contra mí, ¿tú no me deseas?

—Zelda —murmuró Napoleón inclinándose—, estoy aquí.

Dentro de él, la aceleración del deseo era de tal intensidad que creyó que se iba a desmayar. Le acarició la pequeña espalda, con suaves movimientos circulares, y Zelda lanzó un gemido profundo, como si todo el aire escapara de ella. Se dejó caer en la cama, restregando su espalda contra la mano que la recorría. Los dedos de Napoleón alzaron el borde del liguero y su mano ansiosa se deslizó hacia abajo en la suave plenitud de la carne. Ambas manos. La besó en la espalda. Deslizó el liguero por los muslos, por las rodillas, por

los tobillos, tirándolo finalmente al suelo. Ahora ya no existían colores, ni reservas, ni inhibiciones. Sólo una mujer que le había excitado, que le deseaba por la razón que fuera.

Él tuvo un momento de vacilación y después una seguridad absoluta: increíblemente, era su primer hombre.

—¡Nappy!… ¡Ponte algo, por favor, yo no sé nada! ¡Tú sabes lo que hay que hacer! —gritaba Zelda—. ¡Tú, sí! ¡Oh, Dios mío!…

A Napoleón, al recordarlo, le dolía todo el cuerpo, y se frotó los ojos con los puños, sintiendo con sus recuerdos un dolor que no volvería a experimentar. Ella también fue parte de aquel día mágico, de aquellos años maravillosos. Y, sin embargo, si pensó, como hubiera hecho Rexford en aquella época, que el amor a Zelda le iba a dar un grado nuevo e invencible de conciencia de su ser, se equivocó totalmente. Aquel día no satisfizo ningún apetito incontrolable, sencillamente porque no lo experimentaba. Vivía en una especie de sueño que nada tenía que ver con el resto del mundo. El ansia llegó después, y no relacionada con las mujeres.

¡Pobre Zelda! Aquel día estalló su hermosa pompa de jabón. Aquél y los siguientes: ella le suplicaba que lo volviera a intentar. Y él accedió, tratando de hacerla gozar al máximo para ayudarla a alcanzar aquellas cimas de voluptuosidad que inútilmente buscaba. Poco a poco se dejaron de ver, incluso en el Tropicana. A él aún le gustaba y conservaba un grato recuerdo, pero aceptó la separación porque sus encuentros se habían convertido en un exhaustivo esfuerzo físico y mental. Para él eran un peligro, y Zelda no obtenía satisfacción alguna. Más adelante, fue capaz de comprender a Zelda totalmente. Napoleón se graduó y siguieron unos meses a la búsqueda infructuosa de un empleo medianamente bueno. Llegó Pearl Harbor, y se alistó creyendo encontrar en la guerra un camino para su vida. En un permiso en Nueva York sintió repentinos deseos de ir a ver a Rexford.

Zelda estaba en el apartamento y ambos se comportaban con la torpeza de quien ha sido sorprendido *in fraganti*. Probablemente había sido así.

—Nappy, ¡qué estupendo verte! —dijo violenta—. Háblame de ti. Tienes un aspecto, hmmm, magnífico.

Se empinó sobre sus pies descalzos besándole en la mejilla. Su presencia turbaba a Napoleón, pero era demasiado orgulloso para

demostrarlo.

—Bien —dijo indiferente—, hice cursillos y acabo de ser aceptado en el OCS.

Ella dio a la conversación un giro espinoso y complicado.

—¿Cómo es?… Quiero decir… el entrenamiento en el Sur y todo eso…

—Magnífico —respondió él.

Pero comprendió lo que había querido decir. Unidades de entrenamiento segregadas, oficiales y suboficiales blancos, a algunos de los cuales, bajo la consigna de convivencia militar y respeto, había que aguantar muchas cosas, y en las ciudades, pese al uniforme, o tal vez por su causa.

Al cabo de un minuto, Zelda los dejó, musitando un inocuo «Gracias por el libro», a Rex y: «Si tienes tiempo, llámame, Nappy», a Napoleón.

Era estúpido, porque incluso cuando salían juntos, jamás le telefoneaba a su casa.

—¿No estás enfadado, verdad? —preguntó Rexford, avergonzado, al volver de la puerta—, ¿…con ella?

—¡No, hombre! Hace tiempo que acabamos.

Bebieron y charlaron. La guerra había interrumpido el viaje de Rexford a Edimburgo y tuvo que matricularse en la escuela de Medicina de la Universidad.

—Tal vez cuando esté calificado para extraer balas y vendar cuerpos heridos, las razas civilizadas habrán cesado de tirotearse y bombardearse unas a otras —dijo—. Eso si tengo suerte y el Gobierno de Su Majestad o el Gran Padre Blanco de Washington no deciden que mis servicios serán más útiles como carne de cañón que como médico.

Como ambos esperaban, la charla volvió a Zelda.

—Si prefieres que no hable de ella, no lo haré —dijo Rexford.

—No, adelante. Háblame —contestó Napoleón—. Quiero saber; tal vez tenga un cierto sentido de culpabilidad. Quién sabe.

Zelda se había ganado en todo el Village reputación de chica fácil; siempre con un hombre nuevo en su vida.

—Yo no sé lo que busca, pero te vuelve loco intentando encontrarlo. Incluso yo he fracasado —admitió Rexford—. ¡Pese a mi fama! De vez en cuando viene por aquí para que la consuele y

por si he pensado algo nuevo. ¡Es una lástima! De verdad. Lamento mucho verla por ese camino.

Súbitamente, a Napoleón se le hizo transparente toda su relación con Zelda. Le había buscado sólo como un potente y maravilloso *chef de cuisne*[26] del sexo, como un maldito semental que iba a utilizar porque estaba dispuesta, necesitada y hambrienta y que, por descontado, la iniciaría habilidosamente. No le guardaba rencor, sólo cierta melancolía punzante y un leve humor, aunque de naturaleza más patética. En realidad, la compadecía.

Los buenos recuerdos. Aquel día de Acción de Gracias, aquellos años, aquellas gentes, aquella chica… Pero ya habían pasado, dejando en él tan sólo un residuo agridulce, hundiéndole cada vez más en el odio y la venganza…

8

Reisman detestaba la odiosa tarea de ir de celda en celda por aquella lóbrega y vieja prisión, empleando toda su agudeza en las conversaciones con los presos, ofreciendo su irrisoria oportunidad de esperanza. Hubiera querido que otro interpretara las escenas que él se veía obligado a hacer y le presentaran los doce hombres listos para la faena.

Aquella mañana, en el campo de instrucción, cuando aún no los conocía personalmente, se entretuvo en un juego: acoplar mentalmente a cada individuo con su delito. Estudiando los expedientes, fue conociendo sus crímenes y algo del historial sociológico, sicológico, militar y médico, pero aún no podía identificar a cada uno de aquellos hombres. Posey, por su estatura de gigante, y Napoleón White, por su color, eran fácilmente reconocibles. Bien pronto supo quién era Franko. Pero respecto a los otros no había más forma de localizarlos que su intuición.

Conforme entraban en la celda, el cabo le decía el nombre del preso. En principio no fueron más que eso, una lista de nombres y delitos; ahora podía encajar a cada fisonomía en su crimen. Sin embargo, una vez dentro de las celdas, aquellos rostros y cuerpos reposados nada mostraban que pudiera delatarlos como asesinos, violadores, ladrones. Reisman lo encontraba asombrosamente extraño, como si hubiese esperado que se descubrieran por un reflejo diabólico en la mirada, una huella de vicio en el semblante, una actitud o al igual que los leprosos de la antigüedad que pasaban haciendo sonar la campanilla de su cuello para advertir: «¡Estoy inmundo! ¡Estoy inmundo!». Pero no era así, lo mismo que él tampoco llevaba signo externo de culpabilidad alguno, pese a los hombres que había matado. Más aún, en Reisman, al igual que en los presos, no era la simple conjetura: «Tal vez he matado con mi fusil a doscientas yardas, o tal vez he matado con la bomba que dejé

caer»; sino que había visto cómo la vida daba paso a la muerte entre sus propias manos. Lo recordaba sin tormento. ¿Por qué iba a notársele a aquellos hombres en la cara? ¿Por qué iban a estar atormentados si él no lo estaba?

Desde el punto de vista de Reisman, Luis Jiménez fue el que mejor lo encaró: limpiamente, sin complicaciones.

—De acuerdo, capitán. ¿Por qué no? —dijo—. No tengo nada que perder.

Era un muchacho guapo, de dentadura brillante y homogénea que contrastaba con el matiz aceitunado de su piel. Parecía siempre a punto de sonreír, pero casi nunca lo hacía. Poco comunicativo y emocional, mostró escaso interés por su vida. Sin embargo, a Reisman no le pareció un tipo pasivo.

Jiménez estaba convicto de la muerte de un teniente que por protestar le arrestó a unas horas suplementarias de guardia. Era un muchacho simpático, que trabajaba en California en la recolección y jamás se había metido con nadie ni armado jaleo hasta aquella noche en que apuntó fríamente al corazón de un hombre y lo mató. ¿Por qué? *¿Quién sabe?*[27] Tal vez por tener —era su obligación— un fusil cargado en las manos; tal vez porque aquel estúpido teniente no le dejaba en paz, como declaró Jiménez más tarde.

Era precisamente este factor desconocido de Jiménez el que le hacía peligroso. Pertenecía a esa clase de personas al acecho, en apariencia dormidas y ajenas. Reisman se daba cuenta que no debía olvidar esto ni un solo minuto.

Kendall B. Sawyer era el único del grupo con experiencia de combate, y era lo que interesaba a Reisman primordialmente. Parecía haberse comportado como un buen soldado, aunque su C. I.[28] no era muy alto. Destinado al 5.º Grupo de Tanques en el frente italiano, que pasó a Inglaterra a engrosar el contingente de fuerzas para la invasión, Sawyer y Claude Bonner, un tanquista, salieron a dar una vuelta por Plymouth. El cambio fue demasiado brusco para sus mentes aún condicionadas por la tensión nerviosa del combate. Todavía acusaban el ronquido de los motores, el rugido del cañón, el zumbido de los obuses del «88», la claustrofobia de los atronadores hornos de muerte que conducían, el olor a cordita, a terror y a cadáveres. No pasaron por la readaptación sicológica ni sociológica necesaria después de una vida de rapiña en la que uno

coge lo que quiere y cuando quiere, y está perfectamente bien mientras se trate de un alemán o un italiano y no haya perros guardianes al acecho. Pusieron el pie en Plymouth con el mismo espíritu que traían del frente y alguien olvidó decirles que los ingleses eran aliados.

Así habló Sawyer durante el juicio y no hubo forma de comprobarlo. Merodearon por las calles arrasadas por los bombardeos cerca del gran reloj del centro de la ciudad; se quedaron sin dinero.

—¡Vamos! quitárselo a uno de estos estúpidos ingleses! —dijo Bonner, y Sawyer, entre los vapores del alcohol, se encogió de hombros en señal de asentimiento. Subieron a un taxi con intención de robar al conductor.

Según la declaración de Sawyer ante el tribunal militar:

—Paré el taxi y me alejé unas veinte yardas para orinar. Cuando regresé el conductor estaba muerto. Bonner me dijo: «¡Larguémonos de aquí!». Él no quería matar al tipo. No comprendí cómo pudo suceder. Bonner debió haberle agarrado por detrás apretando demasiado.

Pero cuando se vio la causa contra Sawyer, Bonner estaba muerto. Aquella noche no regresaron al acuartelamiento y más tarde, perseguidos de cerca por la policía, se separaron. Bonner, no se sabe de dónde, cogió una pistola, y al hacer frente a la policía recibió un balazo. Desde la cárcel Sawyer lo maldijo por morir dejándole a él cargar con todo.

—Le haré un buen trabajo, capitán —juró Sawyer a Reisman—. ¡Ayúdeme! Yo tenía una buena hoja de servicios. No me importa morir… pero no colgado. De me una oportunidad y haré lo que me pida.

Chillaba y Reisman volvió la cara con disgusto. Durante toda la entrevista el preso no le miró a los ojos ni un segundo, pero Reisman pensó que de los doce era el único a quien podía dar la espalda sin peligro.

Archer Maggot no se decidía con facilidad. Pidió detalles. Todos los peros y los porqués, los pormenores del asunto.

—No creo que mantengan los cargos contra mí, capitán, la chica que dijo que la violé mentía. ¡Qué cuernos! En mi vida he violado a nadie.

Aquella risita burlona era de un descaro y una petulancia insoportables.

—Pregunte usted por Archer Maggot en Russel County y verá.

¿Por qué iba a aceptar la propuesta sin más ni más? En silencio Reisman fue hacia la puerta. Maggot, ansioso, se levantó del petate.

—Un momento, capitán —dijo—, no se irrite, aún no he dicho que no.

—Tampoco has dicho que sí, Maggot. Dilo de una vez y cierra el pico. No puedo perder el tiempo contigo.

Maggot era un tahúr de poca monta. Tenía veintisiete años. En el mundillo de hampones que abarca desde Fort Benning en Georgia hasta Phoenix City en Alabama era un conocido matón. Pero sus aventuras fueron siempre de escasa importancia: unos cuantos troles de peniques, el whisky ilegal, escarceos sexuales en los graneros, dinero fácil; ahora, sin embargo, se creía un tahúr de altos vuelos enfrentándose con un forastero de paso hacia Phoenix City. Pero con Reisman las apuestas eran demasiado altas. Hubiera querido —no sabía cómo— regresar a las orillas del río Chattahoochee para ajustar las cuentas a los amigos y vecinos impulsaron a alistarse en el ejército. Fue un estúpido más como los que él mismo había desplumado en los primeros y lucrativos años de la guerra.

Maggot miró a Reisman a la cara y sonrió.

—Bueno, entonces mejor será que cuente conmigo, señor.

Reisman tenía dudas de que le comprendiera. Samson Posey estaba sentado en cuclillas sobre una manta sucia, con los ojos entornados, como adormecido. El capitán, de pie ante él, inclinado después, acabó por sentarse. Elegía cuidadosamente las palabras y clavaba los ojos en el indio esperando un signo de comprensión y asentimiento.

Posey finalmente interrogó incrédulo:

—¿No colgar?

—No. No te colgarán —continuó Reisman despacio, mirando sin pestañear aquella tez oscura. En esta ocasión se alegró de ser portador de una verdadera esperanza—, pero debes comprender que no puedo prometerte nada después de que hayas cumplido la misión. No está en mis manos. En cierto modo depende de ti.

Reisman volvió a dudar de si le entendía realmente. Hablaba un

inglés vacilante, pero ¿comprendía a fondo?

Una expresión de alivio se reflejó en el rostro de Posey ablandando sus facciones.

—Lucharé… Moriré tal vez como usted dice… —dijo poniéndose en pie. Por una fracción de segundo, Reisman no pudo evitar el temor hacia aquel gigante erguido ante él. Posey le tendió la mano.

—Gracias —dijo—. Le seguiré.

Reisman se la estrechó, y aunque habitualmente rechazaba cualquier sentimiento de orgullo, no pudo eludir la satisfacción por lo que acababa de hacer.

Roscoe K. Lever se pasó la lengua por los labios y apartó sus ojos de los de Reisman. Aparentaba tranquilidad, forzando incluso cómicamente la tensión interna que le dominaba.

La decisión a tomar era en el caso de Lever mucho más difícil. El delito del que estaba convicto no le condenaba a la horca. No obstante, Reisman lo encontró, tanto a él como a sus hazañas, más despreciable si cabe que a los restantes.

—Nadie me hizo favores y el ejército no va a ser el primero. Y menos después del paquete que me han metido —dijo.

—Eras culpable, ¿no? ¿De qué te quejas?

No contestó. Era culpable… de dejarse cazar estúpidamente, de cometer un error y no quería cometer ninguno más. Su boca estaba tan seca que le pareció tener la lengua de corcho. Una botella de cerveza fría… Ahora, tenía un deseo continuo de beber cosas frías. El capitán esperaba su respuesta y Lever se sintió acorralado, acorralado como aquel día en Birmingham…

Era un soldado de primera clase, destinado al 37 Batallón de Suministros, y trabajaba en un parque de automóviles. Un día descubrió aquella joyería. Un objetivo fácil. No era su primer golpe —nadie conocía los otros— y no sería el último. Pero sólo robaba a paisanos, nadie del servicio. Pensó que algún tipo que no estaba alistado en el ejército andaba quitándole las oportunidades, el dinero que él podía ganar. Su técnica estaba ya muy experimentada: robo a mano armada. Se escoge un lugar discreto, una gasolinera o una tienda —los robos pequeños son más rentables y menos expuestos—, se roba un coche, o si no a pie, con ropa de paisano, máscara o disfraz. En un punto de la ruta de huida se deja escondido el uniforme y cerca, un vehículo militar en servicio

oficial. Las oportunidades eran limitadas, el tiempo justo, pero precisamente tales limitaciones constituían su mejor garantía. «Trabajó» todos los Estados Unidos…

—Eres culpable, ¿sí o no? —pinchó Reisman.

—No para un encierro de treinta años.

—Y tuviste suerte —añadió, cáustico, Reisman—. Los ingleses te habrían colgado. Aquí, si utilizas una pistola en un robo, te la juegas. Debiste estudiar las costumbres locales antes de meterte en líos…

Merodeó unas cuantas veces por la joyería. Tras el mostrador siempre había un hombre mayor o una chica. Nunca los dos a la vez. Poca clientela. Eligió un momento en que estuviera el viejo, calculando que sería más fácil de «trabajar», y entró en la tienda con el rostro y las manos ennegrecidas, ropas usadas de obrero, una gorra y un pañuelo cubriéndole la cara. La enorme «Luger» aterrorizó al viejo; siempre ocurría lo mismo y resultaba extraño, pero a Lever aquel miedo le excitaba tanto como el propio dinero que iba a robar. El dependiente temblaba con los ojos desorbitados, las manos sobre el mostrador tal como Lever le había ordenado, tratando de imitar el acento *cockney*.

—Tengo poco dinero. Es una tienda de nada —balbució el anciano.

Lever golpeó con la pistola las manos y el rostro del hombre, tirándole las gafas. Aumentó su terror visiblemente, se desmayó intentando un grito que sólo fue un lloriqueo inaudible…

—Bueno, Lever ¿qué dices? ¿Sí o no? —preguntó Reisman.

La voz del capitán había interrumpido los recuerdos de Lever justo en el momento en que las cosas se le empezaron a poner mal. Contestó rápida e impremeditadamente, sólo para dejar a Reisman ocupado mientras él seguía con sus recuerdos.

—Si voy con usted, capitán, tengo grandes posibilidades de que me maten, ¿no?

—Tal vez —contestó Reisman, impaciente—. Si prefieres treinta años de cárcel es cosa tuya.

—¡Vamos! —replicó Lever, burlón—. Nadie está treinta años en la cárcel. El Comité de Revisión disminuirá la condena, y cuando acabe la guerra y se amainen los ánimos, habrá más reducciones. Yo estaré cómodamente sentado y los héroes habrán muerto…

Cómodamente sentado porque hasta Birmingham las cosas le fueron bien. Fue lo suficientemente astuto como para no hacer ostentación más allá de sus posibilidades de soldado de primera cuando salía con pase, porque jamás le faltó dinero para una copa, una buena cena, invitar a alguna chica o pagarse una prostituta. No como los otros soldados, imbéciles, siempre a la cuarta pregunta. La mayor parte de su botín le estaba esperando en cuentas bancarias y valores en depósito bajo diversas identidades civiles. No encontró razón alguna para suspender sus fructíferas actividades cuando le trasladaron a Inglaterra. En su opinión, lo que estaba ocurriendo en el mundo —y la gente lo aprobaba porque se hacía según «sus» normas— le parecía un crimen. Sin embargo, le era útil creer en el ejército y la patria porque mientras tanto se estaba asegurando sus buenas ganancias. El mundo entero se hallaba envuelto en el mayor crimen de la Historia…

—Entonces tu respuesta es no —insistió Reisman.

—Yo no dije tal cosa, capitán —replicó grosero.

Tiempo, necesitaba tiempo para pensar, para acabar con las vacilaciones… las vacilaciones que en Birmingham le costaron tan caras. Fue su error. Había vacilado…

Rápidamente se dirigió a la vieja caja de seguridad de hierro. Cerrada. Se volvió al anciano semiinconsciente, intentando que la abriera. Estaba perdiendo mucho tiempo, demasiado. Tenía que marcharse. Vació el cajón de la registradora y empezó a llenar un saco con puñados de joyas. Entró la muchacha. Al verle, quiso gritar, pero el miedo no le permitió más que un chillido sofocado. Antes de que volviera a hacerlo, se echó encima de ella, tapándole la boca, arrastrándola tras el mostrador junto al maldito viejo. Al descubrirlo tendido, la muchacha empezó a mover los labios sin emitir sonido alguno, boqueando como un pez. Tenía que largarse, pero la chica… No podía apartar los ojos de ella… El terror suplicante de aquel rostro al ver al viejo inconsciente que tal vez creyó muerto… Una especie de desesperación total… Su perfume… No tenía intención… él jamás… Le rasgó el vestido, dominado por un deseo compulsivo de poseerla allí mismo, en aquel preciso instante, ¡en aquel increíble momento de poderío absoluto que él había creado! Y entonces fue cuando la muchacha empezó a gritar, a gritar… a gritar… a gritar… Él se apartó y echó a correr…

cayendo en brazos de los transeúntes, los comerciantes vecinos, la policía, la vigilancia militar, el juicio». Cargos: robo a mano armada, homicidio frustrado, violación frustrada. Veredicto: culpable de todos los cargos…

—Debí suponer que no tenías arrestos para una misión como ésta —dijo Reisman con desprecio—. Tú sólo tienes arrestos para asustar con una pistola a un pobre viejo o a una muchacha, pero no para realizar una misión militar honesta como Juraste al alistarte. Dicen que los hombres se hacen cobardes en la cárcel. Lever, la piel se les va poniendo amarillenta en el encierro. A ti no se te notará la diferencia; eres un cobarde despreciable.

Reisman no quería encolerizarse. Era poco útil complicarse emotivamente en lo que sólo debía ser una labor fría, de serenidad. Lo estaba estropeando, no tenía por qué recurrir a insultos.

Lever oyó la voz del capitán gritándole con absoluto desprecio: «¡Cobarde!». El abuso de autoridad completamente inesperado y extemporáneo del capitán le sorprendió. Concretamente aquella palabra, «cobarde», hizo impacto en él. «Tienes más graduación que yo —pensó—, por eso me callo. No soy un cobarde. Un ratero es cobarde, un descuidero es cobarde, pero Roscoe K. Lever, no». Él planificaba su trabajo, un trabajo cara a cara, un enfrentamiento real con un elemento básico de riesgo que hacía más atractivos sus logros. Apuesta contra el destino, llámese como se quiera. Claro que utilizaba pistola y escogía las víctimas y el momento favorable, pero la gente siempre está dispuesta a impedir como sea que se apoderen de lo que les pertenece. En realidad no hacía más que equilibrar la balanza.

—¿Por qué demonios pierde usted los estribos? —soltó Lever sin reflexionar—. Estaba pensando, nada más.

Hizo una pausa, vacilando, pero ya no podía dudar.

—Acepto, ¡qué diablos!

La tensión interior de Reisman cedió. Sin embargo, aumentó la apuesta:

—Entonces, ¡empieza ahora mismo! —ordenó—. ¿Cómo te diriges a un oficial?

Lever se cuadró grotescamente.

—¡Señor —dijo—, me ofrezco voluntario para su misión!

Tanto el «voluntario» como el «señor» tenían un soniquete

burlesco que no escapó a Reisman.

Al abandonar la celda de Myron Odell, experimentó una sensación extraña en todo el cuerpo como si tuviera la ropa infectada de piojos. Odell se le arrodilló abrazándole las piernas, balbuciendo, en una mezcla de agradecimiento y súplica cuando comprendió lo que había ido a ofrecerle. Sin embargo, sus primeras palabras fueron sorprendentes: «¡Soy inocente!». Ningún otro había dicho semejante cosa a Reisman, aunque todos ellos en los juicios militares alegaron no culpabilidad. A juzgar por su expediente, se trataba de un hombre extraño. La única muchacha con la que se pudo probar que Odell había tenido cierta amistad —una retrasada mental— fue encontrada muerta, violada y mutilada en la enfermería que Odell tenía a su cargo en Glasgow.

Su inocencia o culpabilidad no concernían a Reisman y desechó cualquier averiguación en este sentido. Pero ¿cómo convertir a semejante desdichado, no ya en hombre, sino en militar? Lo seleccionó sobre el papel, en la impersonalidad de los ficheros, como a los restantes, pero ahora se preguntaba si de haberlo conocido *a priori* hubiera hecho lo mismo. Quizá; aunque sólo fuera para salvar a aquel infeliz de su suerte. Al concederle aquel poder de vida y muerte para escoger a un condenado desechando a otros, le cargaron con un insoportable sentimiento de culpabilidad. Odell tenía tanto derecho como los demás, tal vez mayor, y desde luego era un *enfant perdu*[29].

Calvin Ezra Smith. Vernon Pinkley, Joseph Wladislaw, Glenn Gilpin… Para ellos el dilema era tan agudo como para Roscoe K. Lever. Convictas según el artículo 96 del Código de Justicia Militar de diversos delitos de violencia, no les esperaba la horca como a los otros siete. De sus vidas poco conocía Reisman, casi exclusivamente el crimen por el que fueron juzgados y condenados; nada de lo que habían hecho o habían sido anteriormente.

De todas maneras, aquellos hombres le eran familiares. Uno se puede encontrar con ellos en los moteles, los cafés de los pueblos o las tabernas de todo el país. Habitan las ciudades puritanas en las que se rechaza el National Repeal, y el consumo de licores es tan perseguido que tienen que llevarse al bar sus propias bebidas y siempre hay una atmósfera tensa. Habitan en las estrechas y arboladas carreteras de Nueva Inglaterra, criándose perpetuamente

coléricos en ciudades en las que no hay nada que hacer el sábado por la tarde, salvo recorrer con los viejos automóviles las granjas, buscando chicas y atemorizando a los turistas. O viven en los arrabales de Chicago, donde cruzar la calle es marchar a otro país, y los *juke-box* y el habla son diferentes y Dios te guarde de entrar en un local cuando los asiduos están de mal genio. O en las vastas praderas del sudoeste que alimentan y dan combustible a un imperio que les sobrepasa, donde no hay con quien compartir la soledad y la frustración y sólo queda marcharse, ir de un lado para otro.

De allí venían Smith, Pinkley, Wladislaw, Gilpin. Y allí se hubieran quedado a no ser por la guerra. Todos aceptaron la oferta de Reisman, porque se había metido en buenos líos y tal vez aquello fuera una escapatoria, la más fácil, o quizá el tan ansiado sendero hacia la fama.

Smith esgrime su Biblia: «Capitán, he orado al Señor para que me mostrara su camino y Él me ha escuchado».

Pinkley: «¿Podremos salir alguna vez? Ya sabe usted… ir a la ciudad o alguna cosa parecida».

Wladislaw, al mencionar Reisman su lugar de nacimiento: «¡Es usted de Chicago! Oiga, ¿conoce a…?».

Como si no hubiera más de un millón de personas en la ciudad.

Gilpin: «No hay mucha diferencia entre un cuerpo del ejército y el otro, ¡qué demonio!». Aún no había comprendido que no estaba en el ejército sino en la cárcel.

A Reisman le hubiera sido difícil precisar por qué escogió a estos hombres y no a otros. Una intuición, una palabra, una frase en sus expedientes… Su viejo instinto que le indicaba que eran los mejores dentro de lo malo. Hombres que forman ese gran interrogante que llamamos América. Siempre a la busca de algo que no encontrarán. Siempre dispuestos a discutir y pelear o inventar un truco para ganar dinero fácilmente. Podemos encontrarlos a todas horas, de día y de noche, mano sobre mano, en los bares, charlando, fanfarroneando, buscando pelea. No son borrachos, sino hombres que parecen habitar los bares indefinidamente, y sin embargo, han de tener algún empleo fijo, algún medio que les permita mantenerse, pagarse la bebida y las horas que consumen sin hacer nada.

Leñadores, barrenderos, hombres pequeños de ciudades pequeñas a los que el demonio de los tiempos modernos —los medios de comunicación de masas—, tirano de nuestra época, ha incrustado en los poros de la piel el ansia de riqueza, fama y emociones. Detestan su trabajo e inesperadamente sufren un estallido de salvajismo que es sólo una protesta por el papel que les ha tocado jugar en la vida. Tienen novias o viudas, mujeres buenas que llorarán por ellos o mujerzuelas que les sacan hasta el último céntimo. Niños a quienes acarician o golpean según su temperamento. Sin embargo, ésta es una auténtica vida: estar sentados, aguardando algo excitante, algo que entusiasme, alguien más fuerte que ellos que les llame para la próxima pelea.

Terminada la ronda por las celdas, Reisman comprendió la insistencia del teniente Kinder en que ofreciera personalmente a cada preso la oportunidad de participar en la operación. En el momento de hacer la propuesta se había forjado con cada uno de ellos un inesperado lazo emocional. Odell y Posey —según distintas medidas de competencia y hombría— le habían convencido de la ventaja sicológica de efectuar personalmente la tarea. Tal vez con los otros hubiera ocurrido igual, aunque no lo manifestaran en forma alguna y llegado el caso lo negarían rotundamente. Su lealtad iba a ser como su odio. Sólo un enigma: White, a quien iba a visitar ahora en busca de una respuesta definitiva.

Recordó las palabras de Kinder: «En cierto modo son como niños recién nacidos y usted tendrá que ser para ellos padre y madre, darles la vida, alimentarles, guiarles en sus primeros pasos». Era una tremenda responsabilidad. Al margen de su posible complicación emocional, ¿qué clase de fuerza podría tejer con hilos tan frágiles?

9

El sargento Morgan, solo ante su mesa del Butcher's Arms, se atiborraba de comida y leche cremosa. Los clientes estaban al tanto de lo ocurrido. Se rumoreaba que habían sido suspendidas las ejecuciones por tiempo indefinido y todos se alegraban secreta o abiertamente de ello. El sargento Morgan había quedado sin empleo en la lista del personal del 51 Batallón Disciplinario. Fue visto aquella tarde en el campo de instrucción mandando torpemente una compañía de presos. Los hombres, irritados en principio por el ejercicio extra que se les imponía, cuando apreciaron la inexperiencia del sargento se dedicaron a boicotear los ejercicios premeditadamente, obedeciendo con desgana las órdenes y simulando ignorancia. Todos, soldados y presos, a quienes anteriormente su presencia aterrorizaba, ahora se reían de él. Morgan culpaba a Reisman, centrando su odio sobre el capitán.

Tess le trajo un nuevo vaso de leche y él la retuvo por la muñeca cuando intentaba marcharse. Tampoco era ya tan amable. Después de todo le estaba resultando como las demás. Le hacía daño. Tess trató de soltarse.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Qué ocurre, ya no te gusto? —dijo Morgan. La chica ya no llevaba puestas las medias ni los pendientes. No se los había vuelto a poner desde aquella noche, la noche con Reisman, la noche de la ejecución. La cólera era totalmente desconocida para Tess; sin embargo, enrojeció repentinamente y con un tirón se zafó del sargento. Era la primera vez que Morgan la tocaba. Ella no había visto mal alguno en ser amable con él, coquetear incluso para darle ánimos, pero ahora se sentía sucia a su contacto.

—Mis gustos y aversiones son cosa mía —contestó altanera.

—Tu buen amigo ha vuelto —dijo Morgan, burlón—, aunque supongo que ya estás enterada.

Ella le miró con sorpresa, repentinamente interesada.

—¡Ah!, ¿no lo sabías? —continuó Morgan, provocador—. Te conozco y a él también. Hay otras posadas en el pueblo, ¿sabes?, y otras chicas.

Ella enrojeció aún más. El sargento mentía. Lo decía sin saber. A menos que el capitán fuera de ésos, pero no lo creía.

—¿Qué amigo? —preguntó intentando ocultar su curiosidad.

—El capitán que estuvo aquí la semana pasada. El bocazas aquél con su narizota. La otra vez le dije lo suyo y lo volveré a hacer si insiste en buscarme las pulgas; puedes contárselo cuando lo veas.

Morgan enmudeció de repente, al darse cuenta de lo estúpido de su cólera. ¡Qué sabía la chica del capitán.' ¡Qué sabía ella de nada! Si se enfrentaba a su superior y le cantaba unas cuantas verdades podría hacerle un juicio militar que le hundiera. ¿Cuánto tiempo podría soportar estando a sus órdenes? ¿Cuánto le durarían los galones? Pensó que el capitán debía ser judío o algo así, aunque jamás vio a un judío en trabajo semejante.

Tess se alejó de la mesa sin contestarle, en su rostro se reflejaban a un tiempo el miedo y la alegría. El capitán había regresado y el recuerdo de su noche de amor la envolvía deliciosamente.

En la oscuridad de la celda. Napoleón no percibió la llegada de la noche. Desde que el capitán se marchó los recuerdos se habían sucedido uno tras otro y ahora llegaba al final, comenzaba el capítulo terrible, la ofensa que le había llevado allí y que le daba pánico evocar. Sin embargo, forzó su mente hasta el fin, los recuerdos maravillosos le habían impedido pensar en la oferta del capitán. Los recuerdos terribles le darían fuerzas para tomar una decisión.

¡Qué orgulloso estaba de los galones! Era oficial de la mejor unidad negra de Fort Huachuca, Arizona, y esto les hacía superarse impacientes por ir a la guerra, para demostrar de lo que eran capaces.

Los llevaron al inmenso polígono de maniobras al este de Louisiana, donde el ejército, recién organizado, realizaba maniobras tácticas entrenándose para el futuro combate. Tanques, camiones, formaciones de asalto surcaban, giraban, atronando la llanura, los pantanos y las carreteras. Disparaban con una aplicación infantil

que soñaban poner en práctica cuando les enviaran al frente. Era el momento de trabajar seriamente, dejándose de tonterías, pues luego sería tarde.

Todo marchaba a la perfección. Era magnífico colaborar con los muchachos blancos, mostrándoles con orgullo su lealtad a la misma bandera, su eficacia en el entrenamiento. Napoleón respondía al saludo militar con toda su alma, correcta y marcialmente, y a muchos blancos a los que saludaba parecía decirles: «lo leo en tus ojos, me doy perfecta cuenta. Estoy contigo y tú conmigo. Ahora no saludas más que a mis galones porque es reglamentario, pero tal vez un día, si tengo suerte, saludarás al hombre».

Y una noche en Davisville, en efecto, saludaron al hombre…

Las maniobras concluyeron. Los ejércitos descansaban bullendo por la ciudad. Napoleón, incapaz de penetrar en él, merodeó por los alrededores del barrió negro. Ni calles, ni luces, y a juzgar por el mal olor, tampoco alcantarillas. Sombras oscuras irguiéndose amenazadoras y afiladas parecían mirarle fijamente con una curiosidad envidiosa. Los ruidos asaltaban el aire de la tranquila noche de verano; ruidos de cólera, de pesadumbre, de sufrimiento. Cerca de él resonó una carcajada falsamente alegre. Si buscaba algo que aliviara el cansancio de las maniobras, o satisficiera su deseo de cambio o le relajara o sirviera de estímulo, no lo encontraría allí. Callejeó por los burdeles blancos para convencerse de que aquél tampoco era su lugar; aunque en realidad lo hizo para asegurarse —sintiendo un estremecimiento por su osadía— y como queriendo testimoniar con su presencia cierta protesta.

Pensó que su interés desapasionado tenía algo de clínico. Caminando por las calles esmaltadas de luces de neón y repletas de uniformes se afirmó a sí mismo, una vez más, que tampoco aquél era su sitio. Contempló, espectador o forastero benévolo, aquellas mujeres ebrias y excitadas, marcadas por el vicio y la avaricia, y se dio cuenta de que allí no había en realidad sitio para blancos ni negros.

Los soldados al pasar le empujaban, algunos le saludaron con desgana, confusos al verle fuera de su marco. Pasaba ante la puerta de un café en el mismo instante en que un grupo salía en tromba. Junto a él una mujer dio un traspié y Napoleón la sostuvo con la mano. Ella volvió su rostro ajado con una sonrisa estereotipada y

comenzó a decir: «Perdone, soldado, yo…», pero continuó con un insultante «¡Oh!» y gritó para que todo el mundo la oyera: «¡Fijaos en esto!».

—¡Quita tu sucia mano de esa mujer! —gritó uno de los soldados. En el grupo había cinco personas: dos mujeres, dos militares y un paisano grueso. Hablaba uno de los militares. Tenía el labio leporino y una enorme nariz ganchuda; en la hombrera, las insignias de tanquista.

—¿Qué haces aquí, negro? —preguntó el paisano.

Napoleón vio que estaban borrachos y se enfureció. Sabía que al hombre que está a puntó de irse a la cama con una mujer o de hacer un negocio no le gusta que le interrumpan. Sin hacer caso del paisano se dirigió a los militares:

—Lo siento, soldado —dijo con naturalidad sin saber de qué se estaba excusando y avergonzado. Dio un paso dispuesto a marcharse. El cabo le cortó el camino.

—Te vas a excusar ante esa chica, ¿me oyes? —le ordenó.

El otro soldado se le quedó mirando y exclamó sacudiendo la cabeza:

—¡Cristo, pero si es uno de esos tenientes *negros*!

—¡Bueno, muchacho, presenta excusas a la señorita y lárgate! —dijo el paisano, divertido—. ¿O es que te da vergüenza?

—Caballero, temo que no viera usted lo que ha pasado —dijo Napoleón sintiendo crecer su indignación—. Su amiga iba a caer y yo la sostuve.

Se volvió hacia los soldados. Ahora ya no estaba dispuesto a dejar las cosas así.

—Vosotros dos, más vale que reviséis vuestros modales militares —dijo con voz ronca—. A un oficial se le dice señor y se le saluda al pasar. A ver cómo lo hacéis.

No había en su voz júbilo ni triunfo, sólo un malestar que le revolvía el estómago y un temor que trataba de rechazar. Ahora estaba dispuesto para el combate, perú no para esto, ¡por favor!, no para esto.

—De todos los estúpidos negros que… —balbució la mujer, atónita.

En la sucia acera se empezó a formar un corrillo de gente, soldados y transeúntes. Napoleón percibió la fealdad siniestra de

aquella muchedumbre y dentro de él la cólera pugnó con el miedo, miedo más ante lo inesperado y estúpido del incidente que por su seguridad personal. Un coche patrulla se detuvo en la esquina y saltó a la acera un sargento, con su porra colgando de la muñeca, seguido de dos soldados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó encarándose con el cabo.

—Este negro, que insultó a mi chica —dijo el cabo alargando el brazo y apretando contra él a la mujer con signo protector.

La chica sonreía estúpidamente con la boca abierta, asintiendo con la cabeza en un gesto de complicidad.

El sargento de la vigilancia se volvió a Napoleón, advirtiendo en aquel momento los galones dorados. Se cuadró y Napoleón le devolvió el saludo.

—¡Jesús! —exclamó el paisano que contemplaba la escena.

—¿Podría ver su pase, mi teniente? —preguntó. Cogió el pase y la tarjeta de identidad de Napoleón y tras examinarlos dio unos pasos hacia el coche patrulla—. Señor, creo que será mejor dejarlo —dijo.

Un primer teniente de la Policía Militar abrió la puerta del coche, visiblemente fastidiado por tener que molestarse. Cuando vio que el negro era un oficial comprendió que había que zanjar el incidente al momento y sin armar revuelo.

—Hablemos aquí, teniente —dijo, indicándole el asiento delantero.

Napoleón entró en el coche sin rechistar, pues comprendió que el hombre intentaba actuar con tacto.

—¡Toma, están arrestando al hijo de puta! —gritó una voz entre la muchedumbre.

—¡Vamos, circulen, circulen! —ordenó el sargento—. Vosotros dos quedaos aquí —dijo a los soldados.

El paisano obeso protestó:

—¡Muchacho, tú no eres aquí la policía!

—Diga a sus amigos que circulen, cabo, o se va a ver en un lío —dijo el sargento.

—Sí, espéranos en ese café con las chicas —respondió el cabo, inquieto—. En seguida vamos.

El grupo comenzó a disolverse; la tensión disminuyó. Los transeúntes que ahora circulaban no prestaban atención especial al

coche patrulla, no era más que uno de tantos entrometidos vehículos de la Policía Militar de los muchos que infestaban la ciudad. En el coche, Napoleón contó el incidente, pero se sintió humillado al tener que detallar minuciosamente sus intenciones como si fuera un niño pequeño sorprendido con las manos en el tarro de miel. Después escuchó furioso a los dos soldados que trataban de dejarle por mentiroso. Estaban borrachos; de haber estado completamente sobrios su declaración hubiera sido más convincente.

—¿Aceptaría usted sus excusas, teniente —preguntó el oficial de la vigilancia—, y dejamos el asunto? Creo que ha sido un malentendido.

Los dos soldados permanecían de pie ante la puerta del coche, separados de los transeúntes por los policías militares. El paisano y las dos mujeres aguardaban en la puerta del café. Algunos soldados que pasaban dedicaban a la mujer miradas que ésta devolvía con sonrisa hipócrita.

—Estoy dispuesto a aceptar sus excusas —dijo Napoleón, resignado.

—Muy bien. ¡Vosotros, ya habéis oído! ¡Disculpaos ante el teniente!

El cabo y su compañero se miraron entre sí, miraron a Napoleón y a los policías militares, vacilando quién se excusaría primero. Lanzaron una ojeada nerviosa a la puerta del café.

El cabo se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Sí, lo sentimos —murmuró.

—Sentís ¿qué? —replicó el oficial.

—Lo sentimos, teniente —concluyó el cabo, pero miraba al teniente de la patrulla, no a Napoleón.

—¡Circulando! —dijo el oficial.

—Sí, señor.

Saludaron y se alejaron rápidos hacia el café.

—No voy a dar parte de esto, teniente —dijo el jefe de patrulla —, y espero que usted lo pase también por alto.

—Desde luego, y gracias por su ayuda —dijo Napoleón—. La cosa se estaba poniendo fea.

Hizo ademán de salir del coche, pero el oficial le retuvo por el brazo.

—¿Podemos dejarle en alguna parte? —preguntó intencionadamente.

—No, muchas gracias —replicó Napoleón—. Regresaré andando.

Saludó al oficial y se alejó en dirección contraría.

Al principio caminaba de prisa. Después, viendo que nadie parecía fijarse en él, aminoró el paso. Trataba de relajarse contemplando las calles y a la gente que pasaba. Ponía especial cuidado en no tropezar ni ser tropezado por nadie. Su sentido del tacto estaba tan aguzado que le dañaban las luces y el ruido. Pensó que si se rozaba con alguna persona, con algún blanco, se quemaría.

Decreció el tránsito y el brillo de los burdeles, el estruendo fue quedando atrás. Avanzaba por la calle desierta de un barrio residencial. No advirtió que aquel coche le seguía hasta que oyó la voz.

—¿Le llevo a algún sitio, teniente?

Se acercó al coche con intención de ver la cara del buen samaritano y decirle: «Muchas gracias, no», cuando advirtió al volante al paisano gordo que estaba con los dos soldados. De repente, se abrió la portezuela de atrás y saltaron a la acera con el rostro contraído de ira. Eran ellos. El cabo de labio leporino y nariz ganchuda levantó el brazo trazando en el aire un arco gigantesco. Napoleón no tuvo tiempo de esquivarlo y recibió el impacto de la llave inglesa en el hombro. Sintió el crujido del hueso y quiso gritar de dolor, pero el sonido y la respiración quedaron estrangulados en su garganta por un brazo que le atenazó el cuello por detrás.

El hierro rebotó contra el pavimento con un sonido agudo en el silencio de la noche. El cabo dio un puñetazo en la boca a Napoleón.

«—¡Negro! ¡Hijo de puta! —escupió. Las palabras eran como una vomitona que le hubiera estado corroyendo las entrañas y que sólo pudiera aliviarse lanzándola sobre Napoleón—. ¡Vas a dejar en paz a nuestras chicas! ¡Son para nosotros!

Insulto tras insulto, mientras le golpeaban, le tiraban al suelo, pateaban su cuerpo.

Napoleón, debilitado y con los sentidos vacilantes por lo inusitado y violento del ataque, sacudió los brazos y las piernas tratando de zafarse, pero ellos le sujetaron fuertemente arrastrándole hacia el coche.

El otro soldado, conforme golpeaba a Napoleón, gritaba como un obseso: «¡Teniente!, ¡teniente!, ¡teniente!, ¡teniente!, ¡teniente!, ¡teniente!».

—Le tenéis? —preguntó el del volante. Soltó el freno del coche, que arrancó inmediatamente—. ¡Quitadle el cuchillo!, ¡quitadle el cuchillo!, ¡todos los negros lo llevan! —previno.

Napoleón, tirado en el suelo del coche en marcha, reunió todas sus fuerzas tratando de levantarse para pedir socorro. Una pesada bota le aplastaba la cabeza, otra el bajo vientre. Perdió el conocimiento mientras escuchaba aquel sarcástico «¡teniente!, ¡teniente!, ¡teniente!», zumbando en sus oídos.

Lo encontraron al amanecer, quejándose semiinconsciente, en la zanja de una alcantarilla del barrio negro de Davisville, cubierto de fango y excremento humano. Estaba desnudo, moribundo y su cuerpo era una masa de moratones sanguinolentos. Alrededor, los jirones de su uniforme con los galones arrancados de las hombreras. Sentía como una terrible mordedura en el bajo vientre.

En el hospital, el médico le explicó aquel dolor. Le habían rasgado deliberadamente el escroto con una cuchilla o una navaja muy afilada. Se repondría, le aseguró el médico, pues habían fallado si es que intentaron algo más grave. Aquel acto inconcebible y humillante explotó en el cerebro de Napoleón. En el complejo mecanismo de sus instintos, la venganza comenzó a erigir una única imagen turbia y obsesionante.

Todo lo que declaró a la Policía Militar fue que un coche que surgió de repente le atropello en la carretera. No recordaba más. Durante las semanas de dolor insoportable, de convalecencia, mientras cicatrizaban huesos y tejidos, su mente se entregó a una idea, a un propósito inquebrantable. No le importaba el tipo gordo de paisano, ni el soldado cuya cara era incapaz de recordar; su venganza se centraría en el cabo alto de labio leporino y nariz ganchuda; el número de la división acorazada a que pertenecía no se había borrado de su pensamiento.

Al recordarlo ahora, Napoleón sintió deseos de gritar, pero ¿quién iba a oírle? Se revolvió violentamente en su petate, veloz, desesperado, como si así pudiera escapar a aquella imagen, como si el recuerdo le atenazara solamente el costado. Un profundo sollozo. El frío húmedo del invierno inglés le dejó como desnudo bajo la

manta. ¿No había exorcizado aquel rostro? ¿No lo había borrado para siempre con sangre y acero? Todavía no, aún le veía… acosándole… burlón, igual que aquella noche. Le obsesionaba… no habría cura… nunca podría curarse…

A nadie, ni policías, ni superiores, ni amigos, contó lo sucedido aquella noche en Davisville. Le dieron de alta reintegrándole al servicio. Era un asunto personal, sólo a él le incumbía la venganza. Su orgullo se veía incapaz de sobrevivir el escándalo y la publicidad de una investigación policíaca y un proceso público. Volvió a su trabajo, desempeñándolo con la misma eficacia, pero sin el calor y la alegría que antes experimentara y transmitiera a los demás. Llevaba una sombra a la espalda y se volvía continuamente tratando de sorprenderla. Inquieto, empapado de sudor, tembloroso, las terribles pesadillas le despertaban a veces, inesperadamente, punzadas dolorosas. Se convirtió en un resumen de la angustia de su gente. Ahora eran los suyos. Estaba con ellos. Repasaba los periódicos y revistas recortando las noticias relativas a las persecuciones contra los negros. Ante cualquier conversación de abuso racial, su mente, sus ojos, sus oídos, se dilataban. Ahora estaba atento al *patois* inculto de los suyos cuando rezongaban o contaban sus historias de Jim Crow[30]. Napoleón recordó, se vio a sí mismo asentir con la cabeza, ceñudo y atento.

Harlem, los absurdos y ridículos *führers* negros en las esquinas de Lenox Avenue…

«Heil Hitler…! Me gusta Hitler… sí… Me gusta Hitler por lo que está haciendo. Hace muy bien. Dejad que el hombre blanco mate a su hermano blanco. Así tendremos menos blancos de que ocuparnos más adelante, cuando llegue el momento en que el negro haga su propia Justicia». Nacionalistas negros. Increíbles en aquella época… Le avergonzaban porque entonces era estudiante, un Joven culto, bien hablado, bien vestido, que se movía en un mundo abierto y amistoso. Era accidental que fuera negro. Había ciertamente algunas limitaciones, lo sabía por propia experiencia. Pero todo el mundo sufre limitaciones: los Judíos, los católicos, los irlandeses, los italianos, los polacos, los alemanes nacidos en América y fuera de ella. Todos, negros y blancos. Era un país de ilimitadas limitaciones. Escuchó una arenga callejera:

«Todos los judíos son comunistas y el comunismo quiere explotar al negro igual que al blanco. Yo no levantaré un dedo para salvar a un Judío…».

«¡No, no es así! —quiso gritar—, algunos de mis mejores amigos son judíos». Pero se calló atemorizado ante la concurrencia… El miedo a las represalias de los agitadores que vigilaban. El orador continuó frase a frase, destilando su odio irracional.

En cierta ocasión asistió a un *meeting* en un sótano y estuvo toda la noche pensando en cómo se extendería la sedición cuando salieran a la calle y regresaran a sus chabolas. Le pareció que el orador se dirigía a él directamente cuando dijo:

«… Cuanto más negro es el negro, mejor es. Cuanto más negro, más acredita a su raza. Los mulatos son bastardos. Se unirán a los blancos. Son enemigos del negro auténtico. Queremos un imperio negro en África. Propugnamos un nacionalismo exclusivamente apoyado en hombres negros. La salvación de la raza es nuestra única religión. Lo que Hitler dice sobre la nobleza de los arios se aplica igualmente a la nobleza del negro…».

En su interior su antepasado francés se agitaba tratando de ocultarse. Napoleón salió del local sintiéndose manchado, excluido…

Tal vez tuvieran razón, tal vez tuvieran razón aquellos ridículos e incultos *führers* negros. ¡Que miren si no lo que le ha sucedido a él por jugar su juego con sus reglas…!

En los meses que sucedieron a Davisville su vida estuvo gobernada por una obsesión. Estudió los movimientos de tropas en los partes oficiales, sabiendo a cada instante el lugar de destino de su presa, experimentando la alegría enfermiza de pensar que sus caminos podían llegar a cruzarse, sintiendo cómo se le enconaba la herida con sólo pensar que tal vez esto no sucediera nunca.

Incluso llegó a estudiar la posibilidad de pedir permiso o escaparse para ir tras el cabo y acabar de una vez. Temía que fuera destinado a otro sitió, que muriera, que lo mataran en la guerra, que de cualquier otro modo lo perdiera para siempre, quedándose él así incompleto, un hombre a medias.

Pero esperaba. Aun a sabiendas de que lo que saboreaba era el tormento en sí, no su desenlace, esperaba. Estaba convencido de

que llegaría el instante propicio por el sólo hecho de que él lo conjuraba con su voluntad, con el irresistible poder de su odio.

A fines de otoño le ofrecieron un nuevo destino: Inglaterra. Se estaban integrando pequeñas unidades negras en comandos más grandes con vistas a la invasión. No se decidió hasta que no estuvo seguro: ¿dónde estaba el cabo? ¿Qué hacía? ¿Dónde iba su división? Hizo averiguaciones. Su vida había quedado irrevocablemente ligada a la del otro, como su muerte, si fuera necesario.

El tren le llevó hacia el noroeste, a través de Nueva Jersey, hacia el puerto de embarque: Nueva York. Tras la ventanilla se extendía el blanco paisaje invernal, de una blancura detestable. Le hacía sentirse más extraño aún. ¿Por qué no nevaba negro? ¿Por qué tenía que ser blanca la nieve como todas las cosas del mundo en que había nacido? Si un día nevaba negro, entonces el mundo estaría bien y podría renunciar a su *vendetta*. Odiaba la fealdad de lo blanco: invierno frío, nieve blanca que se ensucia rápidamente. Lo negro jamás se ensucia, es sencillamente negro, una especie de cualidad innata. Tal vez su odio al paisaje nevado fuera una simple reacción sicológica ante temperaturas extrañas e incómodas, alimentada generación tras generación por hombres negros que habitaban desnudos en las selvas lejanas de las que él procedía.

Pudo haber ido a Washington, pero no quiso. Pudo haber llamado a Rexford en Nueva York, a sus amigos de la Universidad, a sus profesores, pero no lo hizo. Estaba manchado… Excluido… No quería ver a nadie…

El *Ile de France* zarpó rumbo al Atlántico norte. Napoleón recorrió la cubierta y los puentes del barco abarrotados de soldados y máquinas de guerra. Escudriñó, calculó y recorrió hasta los lugares en donde no podía entrar. Avanzó contemplando rostros de soldados con las insignias de la división acorazada en las hombreras. En pleno día distinguió al cabo de labio leporino y nariz ganchuda.

Habían formado una timba y alguien al ver un oficial dio la alarma. El cabo apartó los ojos de las cartas, pero volvió a ellas inmediatamente cuando vio que no era nadie importante.

Napoleón le agarró por el cabello, torciéndole la cabeza hacia arriba para asegurarse: el labio deforme, la nariz, aquel rostro que tan bien recordaba. Los demás permanecían sentados, mudos, las

cartas en la mano, el dinero en el suelo, sin saber lo que sucedía.

—¿Me recuerdas? —preguntó Napoleón.

Actuó rápido, antes de que nadie pudiese reaccionar. Con la mano derecha cruzó una y otra vez la cara lívida del cabo.

El hombre trató de levantarse, arañando la garra que le atenazaba el cabello dolorosamente.

—¿Qué demonios haces, negro? —gritó.

—Davisville, el verano pasado —dijo Napoleón. Su pulso no temblaba y la voz era extremadamente tranquila. Introdujo una mano en el bolsillo. Al oír el clic y ver la reluciente hoja, los ojos del cabo se desorbitaron por el terror. Y recordó.

—Aquí está el cuchillo que buscabas —era la voz triunfante de Napoleón—, lo compré para ti, sabía que te gustaría. —Se lo hundió dos veces en la garganta. Antes de que los otros pudieran reaccionar, lo clavó con todas sus fuerzas en el pecho del cabo…

… Oyendo su propio grito y el del cabo, ahora en su celda de Marston Tyne, el calor pegajoso de la sangre a borbotones sobre sus manos, su uniforme, su vida.

Reisman entró, encontrando a Napoleón sacudido por sus recuerdos, inundado de sudor y débil bajo la manta. Sin embargo, sus facciones le parecieron más serenas, no tenía el ceño fruncido, aquel gesto de airada certeza. Tal vez sólo fuera un efecto de la débil luz de la bombilla que colgaba del techo.

—Vuelvo a cobrar conciencia —dijo Napoleón al reconocerle—. Estaba empezando a mezclarle con mis malos sueños.

—No. Soy real —dijo Reisman. Él también estaba agotado—. ¿Puedo sentarme?

Napoleón apartó las piernas y Reisman se sentó. Había mandado a su escolta que se retirase y leído una vez más el expediente de White antes de volver a la celda. Buscaba el resorte que hiciera saltar a Napoleón, obligándole a la respuesta que esperaba. Encontró que la característica más notable de aquel hombre, antes del incidente que le llevara a la prisión, había sido su amor a la vida.

—¿Por qué no se defendió en el juicio militar? —preguntó. Napoleón, asombrado, se sentó en la cama.

—¿Lo presenció usted?

—No. Pero he leído una transcripción completa.

—Les dije lo que tenía que decirles. Nada más. De todas formas, cuando me sacaron encadenado del barco, tenía tres cuchilladas en contra mía. Era culpable hasta que se probara que lo era aún más. Con una docena de testigos que me vieron matarle: a sangre fría, declararon.

—¿Fue a sangre fría?

—La temperatura de mi sangre por aquel entonces no estaba muy lejos de lo normal, créame, pero no era fría. Alimenté durante tanto tiempo el deseo de venganza contra aquel hombre que de no apuñalarlo me habría muerto. De todas formas, yo no valía nada como soldado… y mucho menos como oficial, naturalmente.

—Pero sus respuestas en el juicio fueron tan indiferentes como si no fuera con usted. ¿Por qué no se defendió?

—Me limité a contar lo sucedido. Si aquello no me sirvió de defensa, ¿qué otra hubiera podido alegar?

—Sí, leí su declaración ante el CID en Greenock, cuando le desembarcaron. Su abogado debió haber hecho comparecer en el juicio al paisano de Davisville y al otro soldado.

—Lo intentó. El paisano declaró que no recordaba nada de lo sucedido.

—¿Y el otro?

—No pudieron encontrarle. Podía ser cualquiera y estar en cualquier parte. No sabía su nombre ni recordaba su aspecto ni nada. Incluso de encontrarle, hubiera negado.

El oficial que defendió a Napoleón tuvo la suficiente inteligencia para presentar los informes del hospital y una declaración del doctor especificando el grado y naturaleza de las heridas. Por lo que se refiere al tribunal militar, aquello era otra historia y no constituía base legal para una defensa. La alegación de inocencia por trastorno mental pasajero resultó inútil, pues el fiscal demostró que Napoleón había cumplido sus deberes militares con toda competencia en los meses posteriores a su salida del hospital y que el asesinato del cabo a bordo del *Ile de France* había sido deliberado.

—¡Entonces, se rajó! —dijo Reisman lleno de reproche—. ¿Y ahora su vida no le importa en absoluto?

—Sólo quiero que me permitan seguir odiando —dijo Napoleón —. Odiarle a usted porque es caucásico. Es la palabra más absurda

que he oído en mi vida para describir a una persona, a usted por ejemplo. ¿Qué cono tiene que ver una provincia rusa con el color de la piel de un hombre? El odio me hará la muerte más dulce. Si fuera libre, si pudiera actuar de nuevo, sólo lo haría para mí. Para los hombres de mi color. Contra la raza de amos blancos.

—¡Mierda! ¿Y los amarillos y los pieles rojas? —preguntó Reisman—. Ahí abajo hay un indio, sentado en su manta, tan solitario y desgraciado como usted. ¿Va a odiarle también? Desde luego no acabará ahí. ¿Por qué no prevenimos a los negros, amarillos y cobrizos para que no luchen entre sí y puedan repartirse, si llega el caso, los despojos del mundo blanco?

El capitán se había puesto en pie y paseaba nervioso de un lado a otro de la estrecha celda, cuando se sentía repleto hasta estallar de ideas y réplicas, era incapaz de permanecer sentado. Napoleón, alerta, le observaba siguiéndole ansiosamente con los ojos.

—¿Y qué quiere decir actuar para sí? —continuó Reisman—. ¿Qué demonios cree que ha hecho toda su vida? Todos k» hacemos. Yo también…

Usted no es diferente. No creo en su odio inmenso y omnipotente y me parece que usted tampoco cree en él. Lo único que pienso es que tuvo un shock enorme y aún no se ha recuperado. No sé, tal vez le atacara demasiado al cerebro. Esa historia que me cuenta es un truco útil y cómodo, nada más. ¿Quiere odiar? ¿Quiere luchar? ¿Quiere matar? Muy bien. Yo le ofrezco esa posibilidad; le doy la oportunidad de luchar contra los alemanes. Matar nazis: lo más despreciable de la raza de amos blancos.

El airado monólogo del capitán arrastró a Napoleón. Trataba de reflexionar. Era una locura. El capitán asumía ahora la defensa, diciéndole por qué y cómo tenía que vivir. Napoleón era a un mismo tiempo juez impasible y severo fiscal. Es cierto, se rajó durante el juicio, sólo hacía unas semanas, pero parecía tan lejano.

—¿Tiene familia, no? —continuó Reisman.

Napoleón asintió. Una magnífica familia, trabajadora, respetada y respetuosa. Durante aquellas semanas había intentado no pensar en ella. ¿Egoísta? Tal vez. Ni siquiera les había escrito, salvo una breve nota antes de embarcar diciendo que cruzaba el Atlántico y durante algún tiempo no tendrían noticias suyas. Siempre se portaron bien con él. Su asunto no les incumbía, y sin embargo,

¿cómo evitar que les afectara? ¿Que les hiriera profundamente? Un buen día recibirían una notificación de que había muerto y querrían saber más. ¿Les dirían la verdad? ¿Qué formulismo empleaba el ejército en esos casos? Al saberlo, ¿cómo podrían evitar el deshonor y la desgracia de ver a su hijo condenado, en el momento en que todos los hijos reciben condecoraciones por matar?; su hijo ejecutado ignominiosamente en momentos en que los hijos mueren rodeados de gloria…

—¿Cree que no me gustaría salir de aquí? —estalló Napoleón apasionadamente—. Pero no como usted me propone. No gracias al ejército. Quisiera salir de aquí como un hombre, salir… para liberarme de esta vida de hipocresía. Llegaría hasta el mismo Hitler… o tal vez regresara a África y me desnudara y desapareciera en las selvas entre los espíritus de mis antepasados…

En aquel momento Reisman percibió los sonidos desacordes de la banda de la prisión tocando en el patio, y recordó que Bowren le había indicado que era la noche de recreo semanal para los presos. Era estúpido e irritante. ¿Qué tenía que ver todo aquello con la guerra? ¿La música, la diversión, las concesiones a medias al humanitarismo, la salud, la bondad y la paz en una cárcel llena de desechos de la sociedad? ¿Qué tenía que ver con los siete hombres destinados a la horca y sus cinco compañeros? Sí, señor coronel, mi último deseo en mi última noche en este mundo: nada como oír a míster Rudy Staritus y sus «Estrellas deslumbrantes» tocando para mí; y ¿no podría usted aplazar este enojoso asunto una o dos semanas? Va a haber luces y sonrisas con Hank Ladd en un *show* para la radio de Phil Baker; hasta puede que traigan una de esas rubias de buenas caderas y busto generoso que toda América adora. No hay nada más delicioso que oírle cantar «A cada uno lo suyo» en el momento en que ceda la negra trampilla.

Napoleón también escuchaba. Glenn Miller… Tommy Dorsey… Jimmy Dorsey… Harry James… Una mezcolanza de música de baile… Evocaba dolorosamente el pasado… bailes en el colegio y la Universidad… De reuniones en el Village de Cab Calloway, un *night-club* lleno de humo en la calle 125: buenos tiempos, buena gente, buenas cosas. Se estaba ablandando y lo deseaba, pues ¿quién no prefería vivir o incluso morir en cualquier forma menos balanceándose en el extremo de una soga?

—Indíqueme la forma de salir de aquí dignamente, y voy con usted, pero no para llevar una vida más vil que la de antes. La muerte al menos será limpia y definitiva; una vez dado el primer paso no hay problema, incluso en la horca; tengo entendido que tienen a un sujeto muy hábil que maneja la soga con tanta destreza que el viaje termina en un abrir y cerrar de ojos.

Reisman no quería seguir discutiendo. Había ido más lejos de lo que deseaba y tenía autorizado. Su deber era evitar a todo costa implicarse emocionalmente. Tuyo una última idea, como un destello, una sentencia que leyó en cierta ocasión.

Habló con impaciencia.

—White, es usted muy inteligente. Tiene cultura. La cita de esta tarde: «Ocupaos de vuestra propia defensa», era muy buena. Pero conozco una mejor: «El hombre debe participar en el movimiento de su época so pena de que se le juzgue por no haber vivido». Lo dijo Oliver Wendell Holmes, presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Si no le dice nada, puede quedarse en el pozo de su autocompasión.

¿Sí o no? Sí o no. En realidad no era tan sencillo. Napoleón se agitó unos segundos buscando una respuesta. Su yo más profundo se debatía entre aquellas dos palabras. ¿Cuál era la elección del cobarde y cuál la del héroe? No, la del héroe no importa. Sólo cuenta la verdadera aunque sea la del cobarde.

Abrió la boca sin saber lo que iba a decir. En su rostro extenuado se destacaban los ojos blancos y brillantes.

—Sí.

Reisman ocultó cualquier signo de alegría. Se puso en pie estrechándole la mano, una mano sudorosa y escurridiza que apenas se aferró a la suya.

—Empezaremos por la mañana —dijo Reisman.

Salió de la celda. Avanzando por el corredor se sentía molido como si hubiera librado un terrible combate cuerpo a cuerpo.

10

Anochecía cuando Reisman, en la comandancia, daba cuenta al teniente coronel Tarbell de las entrevistas que acababa de efectuar. Sonó el teléfono interrumpiendo su relato de los planes para el día siguiente.

Tarbell lo descolgó y tras escuchar un instante, dijo a Reisman:

—En el puesto de guardia de la puerta principal hay una muchacha que pregunta por usted.

—Voy en seguida —dijo Reisman, levantándose—. Ya sabe, los uniformes y el equipo necesario para mañana.

Tarbell miró a Reisman como si fuera a replicar, pero se contuvo lanzando solamente un suspiro.

—Tenemos un buen stock —añadió—. Hemos estado reintegrando hombres al servicio activo continuamente.

Lleno de tacto, hizo una pausa para meditar sus palabras y continuó en tono de broma:

—¿Sabe una cosa, capitán? Debieran darle un ascenso por este trabajo. Si cuando yo tenía su graduación hubiera zarandeado de esa forma a los coroneles, a estas horas tendría estrellas o sería soldado raso, una de dos.

—No quise ofenderle, coronel —replicó Reisman—. Pronto dejaré de molestarle.

Tarbell se levantó acompañándole hasta la puerta.

—¡Oh, no me ofende usted, hijo! Pero hay segundos tenientes… no digamos mayores, coroneles y generales que estarían… ¿Cuándo piensa salir con su grupo?

—El domingo a más tardar… Aunque tengamos que dormir en tiendas en medio del campo.

—Bien. Buenas noches —dijo Tarbell estrechando la mano de Reisman—. Buena suerte, capitán.

Tessie Simmons aplastaba impaciente su nariz contra el vidrio de la ventana del pequeño puesto de guardia de la entrada principal. Casi chocó con Reisman cuando éste abrió la puerta, pues al verle llegar desde la ventana se había lanzado hacia la entrada. Radiante, el rostro inundado de demostraciones de afecto, ligeramente ruboroso —el frío de la noche, el calor del cuarto o la vergüenza del segundo encuentro que le recordaba la intimidad del primero—. Reisman no supo a qué achacarlo. Los soldados de guardia les miraban a ambos, atentos a descubrir por sus palabras la relación que les unía.

—¡Hola! —saludó Reisman. Al comprender que en la habitación estaban con los oídos atentos, la cogió del brazo llevándola afuera. Al salir cerró la puerta. Tess, alzándose de puntillas, le besó tiernamente en la cara y en los labios, tibia, apretándose contra él, rompiendo su natural reserva e incluso su timidez. Reisman la atrajo besándola con la ansiedad de un Joven amante.

—Tus besos, ¡los he echado tanto de menos! —dijo Tess mientras se alejaban. Reisman quiso añadir algo que expresara el calor que la presencia de la muchacha le había traído, pero sólo se le ocurrió:

—¿Qué haces tú aquí?

—Oí que habías vuelto y temía que no volvieras a verme. Paseaban enlazados por la cintura.

—Sí, iba a ir. Hasta ahora he estado de servicio. ¿Quién te dijo que estaba aquí?

Tess pensó en Morgan, pero decidió no mencionarlo.

—¡Oh!, oí a los soldados hablar en la posada.

Se charlaba demasiado en Marston Tyne, pensó Reisman irritado. Charla intrascendente. Nunca podía preverse a qué oídos irían a parar las noticias, ni la agudeza de alguien para relacionar hechos en apariencia aislados. Tendría que decírselo a Tarbell para que en bien de la seguridad de todos hiciera una amonestación a la tropa.

—¿Enfadado? —preguntó Tess.

—No. Claro que no. Me alegra que hayas venido. Podemos dar una vuelta por un sitio pintoresco y después te llevaré a casa.

Estrechamente enlazados, se encaminaron al pueblo por la carretera, alejándose de la prisión. El viento sacudía las ramas de

los tejos al borde del camino; la luna, en los claros, hacía refulgir la noche iluminando las nubes invernales que surcaban veloces el cielo.

—¿Te quedarás esta noche? —preguntó Tess suavemente—. Tu cuarto está dispuesto. Reisman la miró.

—Así que ahora ya es mi cuarto, ¿no?

Ella lo dijo de una forma tan acogedora que le hacía sentirse como de vuelta al hogar.

—Sí —dijo Tess—, y mío también. Desde que te fuiste he dormido allí. Se inclinó besándola fugazmente en los labios.

—John. ¿John o Johnny? ¿Cómo te llamas además de capitán? Tiene gracia, aún no lo sé.

—¿Cómo prefieres?

—John. Creo que eres un poquito olvidadizo, no te mereces el Johnny.

—No me gusta —dijo él.

La besó de nuevo.

—Gracias por el vestido. Lo recibí ayer y desde entonces casi no me lo he quitado. Me lo habría puesto ahora, pero como dice la señora Culver, nuestra cocinera, no estaría «bien».

—¿Te sienta bien? —preguntó—. No tengo costumbre de comprar prendas femeninas.

—Ni yo de recibir regalos de Londres; ¡y de Selfridge, nada menos! ¡Me encanta! Ya me lo verás puesto.

—No estaría «bien» —remedó.

—Te quiero —dijo la muchacha con sencillez.

Reisman la volvió a atraer hacia sí, besándola en el cuello. Su inocente coqueteo le inundaba de paz.

—¿Y si quisiera volverte a ver, pero sin él puesto? —murmuró.

—Sería magnífico —contestó ella—. ¿Crees que soy licenciosa?

—Sí —contestó él rápido. Pero su gesto de reproche fue tan poco severo que ambos rompieron a reír. Habían llegado a la calleja de la posada y Reisman pensó en volver a la prisión a recoger el *jeep* con sus cosas. Desistió finalmente: ¡al diablo!

—La señora Culver dice lo mismo —dijo Tess—. Pero ni siquiera sé lo que significa esa palabra.

De repente dejó de andar balanceando el brazo y le llevó tras un árbol. Hablándole al oído, hizo que la espina dorsal de Reisman se

estremeciera con leves cosquilleos.

—Me iniciaste en algo nuevo y maravilloso, ¿sabes?

—¿Te inicié?

—Sí… Si supieras cuánto te he echado de menos… Cinco días y cuatro noches… pensando si volverías. Sé que soy licenciosa, pero no hubo nadie antes que tú…

Le besó sensual y quiso apartarse, pero Reisman la retuvo en sus brazos y quedaron los dos allí abrazados bajo la intimidad de la copa del árbol.

—Entonces… puesto que te inicié, tengo cierta responsabilidad hacia ti —dijo Reisman.

Echaron a andar hacia la casa, enlazados, jugando como dos adolescentes. La presencia de Tess, su calor, le habían liberado de la tristeza de sus pensamientos.

Estaban tumbados en la ancha cama, el edredón en el suelo, envueltos por la cordial luz del fuego que bailaba en la chimenea. Tess exploraba con los dedos el cuerpo de Reisman. Llegó a un punto, en el muslo derecho, donde había una cicatriz cruzando el suave vello. El corte desde la rodilla derecha describía una curva hasta el glúteo.

—Te hirieron —dijo tierna, rozando la cicatriz con sus labios.

—Sí —contestó él—. A veces lo olvido, fue hace tanto tiempo. No me gusta nada esa cicatriz. Da la impresión de que me la hicieron cuando huía. Me gustaría que hubieran apuntado mejor y me hubieran alcanzado un poquito más adelante.

—¡Dios mío, no! —dijo Tess, estremeciéndose—. ¡No digas eso! —rio señalando con el dedo—. Te habrían dado aquí y habría sido horrible.

Reisman levantó la cabeza y miró hacia donde ella indicaba.

—Sí, supongo que habría sido peor. Aunque puede decirse que ahí también me hirieron intencionadamente. Es la herida de la fe. El símbolo del compromiso entre el patriarca Abraham y su Dios.

—¿Eso quiere decir que eres judío? —preguntó Tess.

—No —dijo Reisman—. Hoy día se hace en las mejores familias. Sólo soy judío a medias. Mi padre intentó educarme en su fe, pero no pudo ser. Mi madre, que era una buena cristiana, tampoco lo logró.

Se inclinó sobre ella pasándole la mano por el cuello.

—¿Cómo sabes esas cosas sobre los hombres? ¿O me has contado un cuento sobre tu inocencia?

—¡Oh, no! —gritó—. Lo que te dije es cierto, pero no soy una niña y he oído decir cosas —la mano de Tess corrió a lo largo del muslo hasta las ingles—. ¿Cómo sucedió? —preguntó acariciando la cicatriz una y otra vez.

—Una granada de metralla, en España —dijo Reisman recordando, medio adormilado.

—¿No te importa hablar de ello? —preguntó Tess, vacilante—. Quieto decir que a veces cuando a una persona le sucede algo horrible no le gusta hablar sobre ello… Yo misma… Aunque mi vida no es muy interesante, tengo cosas que no querría recordar y menos aún hablar de ellas.

—Te lo cuento si tú me dices las tuyas —dijo hablándole como si fuera una niña.

—Muy bien —respondió ella.

Reisman se despertó completamente.

—Fue en las brigadas internacionales en el 36… Franco intentaba avanzar hacia Madrid, en donde algunos, hartos de replegarse siempre, deseaban hacer frente al enemigo de una vez. Era un disparate, pues no tenían apoyo ni prácticamente artillería, y sus escasos tanques no podían competir con los alemanes e italianos que avanzaban. Era una desorganización. Nunca se sabía quién mandaba, ni qué hacer ni cómo. A veces todos eran comandantes, otras no lo era nadie; siempre los políticos por allí haciendo más daño que el enemigo… Avancé con un grupo a campo abierto hacia una formación de tanques fascistas…

Jamás olvidaría la imagen de los cañones de los fusiles apuntando como si no fuesen tanques; les habían perdido el respeto, cualquier valiente podía causar a una de esas moles con una botella de gasolina tanto daño cómo un obús.

—Recuerdo que corría y que las granadas explotaban por todas partes y nada más. Desperté en la capital en un puesto de socorro. Me había llevado allí un amigo que me recogió en un camión.

—¿No tuviste miedo?

—Cuando avanzaba no. Sólo después, cuando vi la carnicería de mi pierna. Tuve miedo de que la cortaran. Entonces la Medicina era muy rudimentaria. Pero en realidad lo peor de la herida era su

aspecto. No tenía fracturas, aunque sí grandes dolores. Sólo un trozo de carne arrancada y mucha pérdida de sangre. Cicatrizó pronto, al cabo de pocas semanas me largué de allí… de España.

Tess se apretó contra él temblorosa.

—¡Es terrible! —susurró.

—No tanto, me han sucedido cosas peores. Tengo otros recuerdos si te interesan.

Se sintió en el papel de veterano —el viejo guerrero que se acusa a sí mismo—, pero no le importó. Raras veces hablaba de esas cosas ni tenía oportunidad de exhibir sus heridas en circunstancias tan propicias para el caballero andante.

Le mostró el dedo que desde que le fracturaron el hueso y cortaron el tendón no funcionaba bien. El encaje producido en la piel de su antebrazo por la metralla de una granada; el túnel de su hombro, por donde entró y salió una bala de pistola. Y los otros sitios donde su cuerpo sufrió los ataques y donde, más que el dolor, experimentaba el deleite de las heridas; honrosas heridas de guerra, memorables restos de sus peleas en bares, muelles y callejones de todas las ciudades del mundo por donde había vagado, a veces buscando pelea, a veces no, pero siempre dispuesto y reaccionando ante las acometidas con una violencia que sobrecogía a sus enemigos y una sangre fría que siempre le daba la victoria.

—¿Y ésta? —dijo Tess tocándole el ombligo.

—La peor… la herida de la vida.

—¿No estás contento de haber nacido?

Él reflexionó unos instantes.

—Creo que sí. No conozco otra cosa.

—No pareces muy convencido.

—No tengo propósitos… objetivos… ideales…

—Eso no es cierto —contestó ella, indignada—. ¡Claro que tienes un propósito!: ganar la guerra, ¿no? Y volver a América y crear un hogar, una familia y… —vaciló, dándose cuenta de lo que había dicho—… estuviste en la guerra desde el principio… desde siempre. Tienes grandes ideales, luchaste en Francia contra los alemanes antes de que tu país entrara en guerra. Y en España. Un hombre sin propósitos ni ideales no hace eso.

—Sí que lo hace —dijo Reisman.

La besó en la mejilla y ella se acurrucó junto a él, para sentirle

auténticamente en aquellos momentos de calma en que no intervienen la pasión ni los deseos personales… Piel contra piel… Su blanca suavidad; el calor de la muchacha que le envolvía; la sumisa desnudez de aquella carne que parecía acoplarse punto por punto a su cuerpo flexible y musculoso. Y en aquel instante volvió a experimentar la antigua culpabilidad —la culpabilidad de los sentidos saciados— tal y como la experimentara estos últimos años en los momentos de placer. ¿Qué derecho tiene un hombre a beber, jugar, respirar aire puro, hacer el amor hasta quedar exhausto, mientras otros padecen hambre, sed, frío, dolor, reciben una bala en el vientre o yacen en su camastro en una húmeda prisión de Inglaterra, temblorosos, pensando en la soga? Pero era una compasión fanática y absurda.

Cuando se entregaba a tales reflexiones acababa preguntándose si hubiera sido un buen sacerdote capaz de salvar almas y trazar conductas. En todo caso, nunca hubiera sido un rutinario cura católico, sino un inflamado predicador, invocando el infierno y la condenación para poder gritar al mundo y dar suelta a sus pasiones y a sus compasiones. Por naturaleza, carecía de la dulzura necesaria para ser rabino, pues sabía que todos los rabinos tienen que ser dulces, educados y pacientes.

—No fui a España como un idealista, sino como un aventurero. Navegué durante años mezclándome en guerras de las que tú ni siquiera has oído hablar. Estalló la de España. Era una cosa más que hacer.

—Pero estabas en el lado de la justicia, ¿no?

—Supongo —contestó. Después rió ahogadamente, recordando algo—. Sabes, una vez, en México… fue mi primera salida… En realidad estaba al lado de la injusticia.

—¿Qué hacías allí? —preguntó Tess—. ¿Tuvieron una guerra los americanos?

—No. Entonces no… Antes, en 1846 y todo aquel lío con Pancho Villa… Pero esto fue diferente. Era un muchacho y llevaba un año embarcado. En Nueva Orleáns cargamos herramientas agrícolas con destino a Veracruz. Sólo que al desembarcarlas, no resultaron herramientas agrícolas sino ametralladoras, fusiles, algunos morteros y muchas municiones que descargamos en un absurdo lugar llamado Tabasco… Como la salsa picante que se le echa al

chili, ¿sabes…?

Tess le miró, burlona.

—Chile, eso está en América del Sur, ¿no?

—El chili que se come —respondió Reisman—. Creo que en Inglaterra no hay. Son judías con carne y salsa de tomate y especias picantes…

—¡Qué horror!

—Y aquella especie de Mussolini, llamado Cannibal o Cannabal o algo así. Ya sabes cómo iban las cosas en México en aquel tiempo. Un general se apoderaba de un estado o una ciudad y la gobernaba como dueño absoluto, como si todo y todos fueran propiedad suya. Cannibal le venía que ni pintado. Tenía dos hijos a quienes llamaba Lucifer y Lenin. Figúrate qué caso puede hacerse de un tipo así. Era muy malo y quería que todos lo supieran. Ni siquiera fingía la pose grotesca de un Hitler o un Mussolini creyendo en la bondad del pueblo. Todo lo que ocurría allí era don gracioso de Cannibal. Tenía su ejército privado a quien denominaba los Camisas Rojas y por eso compró todas aquellas armas y a un precio nada bajo, incluido el contrabando. Trabajaban para él algunos americanos e ingleses y un alemán. Todos los extranjeros a sus órdenes eran oficiales con una buena paga y vistosos uniformes. Mientras descargábamos me enteré de que buscaba gente y decidí alistarme a ver qué pasaba. Se arreglaron con el capitán y yo abandoné el barco.

Reisman hablaba con voz indiferente, dándole un matiz muy distinto del que tuvo para él en aquellos momentos, cuando era un muchacho dispuesto a probarse a sí mismo hasta dónde alcanzaban su miedo o su coraje. No le importaban las cuestiones internas de Tabasco, y ni mental, física o emocionalmente se encontraba comprometido con lo que estaba sucediendo. Pero se encontraba allí y se le había presentado la oportunidad. No se hubiera perdonado el haberla desperdiciado regresando al barco. Fue un paso decisivo en todo su esquema espiritual que estaba en marcha y que una vez iniciado hay que llevar hasta el fin.

—¿Quieres decir que te alistaste para luchar junto a un tipo así?

Su voz resonó en el pecho de Reisman, donde estaba apoyada, con un cierto tono de reproche. Él se esforzaba por dar a su relato un matiz de travesura, como lo fue en realidad al principio. Buena comida, buena bebida y muchas chicas indias y mestizas a su

servicio. Lamentaba haberse «embarcado» en aquella aventura.

—No luchaba por nadie, por ninguna causa —contestó dolido—. Fue sólo un trabajo.

—¿Qué pasó? ¿Qué hiciste?

—Estuve un par de meses entrenando tropas y adiestrándolas en el manejo de las nuevas armas.

Y aprendiendo él mismo, fanfarroneando, «cogiendo» cosas según las enseñaba, descubriéndose un decidido talento para aquella clase de trabajo. De hecho, al principio, no supo de qué iba aquello, políticamente hablando. Tardó bastante en comprender que Cannibal esperaba el levantamiento de una población oprimida y desilusionada. La realidad destrozó sus sueños románticos de piratas y soldados de fortuna que se habían apoderado de un pequeño país o de una islita habitada por salvajes, conquistando gloria y oro.

—¿Había guerra?

—No exactamente guerra. Sólo algunas luchas.

No quería contar lo que en realidad sucedió… Que el ejército al que finalmente se enfrentaron no era una fuerza organizada, sino una tropa heterogénea de partidarios políticos, peones y estudiantes con más coraje que armas. Contar cómo al verlos avanzar hacia su trinchera había sentido miedo, acrecentado aún más por el temor a morir en aquel ridículo lugar donde nadie le conocía ni se preocupaba por él, temor a ser herido y mutilado, o a huir y esconderse, que sería una mutilación aún mayor… Sintió deseos de salir y razonar con el enemigo, decirles que volvieran atrás, pero captó en forma casi palpable el odio que les impulsaba y su miedo aumentó.

—¿Hubo muertos? —preguntó ella, triste.

—No sé… —empezó diciendo— creo que sí…

¿Por qué ese repentino deseo de ocultar la realidad, una realidad que es sí o no, blanca o negra, buena o mala, y con infinitas posibilidades de combinación?

—… Sí —concluyó—, algunos, en los dos bandos.

El cuerpo de Tess temblaba Junto al suyo.

—¿Por qué hay guerras? —murmuró.

—Temo que sea tan viejo como el mundo y que seguirá habiéndolas mientras el mundo sea mundo. Ya lo sé: no es un pensamiento nuevo ni inteligente.

No podía confesar su culpabilidad en aquel esquema tan simple, ni decirle cómo se reafirmó en el momento en que las explosiones y los disparos comenzaron y supo que la muerte le estaba apuntando, las balas silbando en torno suyo; olió la pólvora quemada, advirtió en su boca el sabor de la cordita, los hombres gritando con odio, miedo y dolor, mientras caían como asombrados, chorreando sangre. Sí, entonces se reafirmó en que el *enemigo* era cualquiera que viniese a por él, para probárselo a sí mismo tuvo siempre que infligir terribles castigos a los demás.

—Pareces tan insensible… tan despreocupado ante la vida y la gente, pero no creo que seas así en realidad, si lo fueras no podría quererte. Odio la violencia.

—Yo también —dijo Reisman—. Contra los hombres y contra los animales.

—¿Qué quieres decir?

—Las corridas, las riñas de gallos, las carreras, la caza, y, naturalmente, los mataderos.

—Te burlas de mí —dijo Tess.

—No, de verdad. Mira, ¿sabes que en la India hay jainos[31] que barren el camino antes de pasar para no pisar los lindos bichitos que ven? Es una suprema reverencia hacia la santidad de la vida. Aunque la gente se ríe de ellos. Yo también me río, pero los respeto y los envidio.

Ella estiró los brazos sentándose en la cama.

—¡Mira, qué maravilla! —gritó.

La luna caía directamente sobre el largo ventanal y su luz brillante y fría que atravesaba el vidrio envolvía el amarillento fuego de la chimenea. Se puso el vestido nuevo yendo hacia la ventana.

Reisman la contempló fascinado al verla extender los brazos en un gesto tal vez de homenaje o devoción. Tess se puso a recitar:

y qué es lo que hace todos los meses del año.
Te ruego ¡una nueva me reveles
dónde estará mi amor en esta noche,
quién es y cómo viste,
Salud, luna nueva, salud a ti

—¡Qué hermoso! —dijo Reisman.

Ella volvió corriendo hacia él y saltó suavemente sobre la cama, abriéndose el vestido y apretando sus senos contra él.

—¿Me quieres de verdad? —susurró.

—Sí.

—Entonces, cuénteme usted, señor, quién es y qué hace todos los meses del año.

—No. Ahora te toca a ti contarme —dijo.

—¿El qué?

—Las terribles cosas que te han sucedido —siguió riendo, pues no creía que le hubiera sucedido ninguna—. Recuerda que hicimos un trato: «te lo cuento si me lo cuentas». Yo he cumplido mi promesa, te he hablado de España y de más cosas.

—¿Quieres que te cuente? —preguntó con una vocecita de niña sorprendida y atemorizada.

—Sí —dijo él sin reflexionar, e inmediatamente se arrepintió. Tess dio un suspiro hondo:

—Los bombardeos de Londres… papá y mamá murieron.

—No tienes por qué contármelo si no lo deseas —interrumpió Reisman demasiado tarde.

—Sí, creo que lo deseo —murmuró Tess. Lo había contado pocas veces: una a su tío, cuando se vino a vivir con él después de lo sucedido, y después a la señora Culver una vez que la cocinera la encontró bañada en lágrimas en un momento repentino y terrible de soledad.

Le contó el *blitz*, los bombardeos nazis en agosto de 1940. Ellos vivían en la aglomeración del East End. Apenas empezado el relato, Reisman podía imaginar su conclusión. Había visto la destrucción increíble y absurda de aquel barrio londinense. Era como si los nazis hubieran llevado a cabo una *vendetta* personal contra los pobres, los trabajadores, la gente que habitaba aquella parte de la ciudad. En el primer *blitz*, los refugios eran insuficientes y muchos miles de personas no se habían acostumbrado aún a correr en medio de la noche para ponerse a cubierto. Preferían quedarse en casa tentando a la suerte, o confiando en que no siendo objetivos militares, ellos y sus casas serían respetados. Tess continuaba implacable detallando sus terrores nocturnos… El aullido de las sirenas desde el South End por donde se acercaban los

bombarderos… La melodía del pánico, ondulante, arriba y abajo, arriba y abajo… extendiéndose por Londres ante los bombarderos… Las sirenas de Stepney y Wapping transmitiendo la alarma a las ciudades próximas, acalladas de repente por el bramido de las bombas a lo lejos y el distante tronar de los antiaéreos… Y luego, el *tempo* de las explosiones y los incendios voraces, el *crescendo* de ruido y terror que se aproximaba, punteado por el silbido sordo de las granadas que estallaban en el cielo ardiente cayendo como una lluvia sobre la ciudad y los artilleros que los disparaban… Por último los bombarderos… oleadas chirriantes, taladrando los tímpanos hasta el estallido… suscitando visiones increíbles de aviadores monstruosos que llegaban desde Berlín aquella noche con órdenes de llevársela a ella, sólo a ella, a Tessie Simmons. Se había levantado de la cama asustada y temblando porque la casa trepidaba… Llamó a su madre yendo hacia su habitación. Lo horroroso era estar sola. Y oyó la voz de su padre en el dormitorio… Un estrépito horrísono, el ruido más espantoso de su vida, que la derribó al suelo mientras en torno suyo el cuarto se derrumbaba… Horas más tarde, los obreros la rescataron de los escombros, presa entre los restos de la mampostería de su cuarto, en un tercer piso, donde se había acurrucado llamando a sus padres, pidiendo auxilio, llorando convulsa y paralizada ante aquello tan monstruoso que acababa de sucederle…

Una bomba, imprevisible, inexplicable, había caído justo en el patio interior del bloque de casas. Tess salió con ligeras contusiones y rasguños, pero con una cicatriz indeleble en su mente; sus padres perecieron, aplastados bajo toneladas de escombros.

—Eran muy buenos —dijo Tess—. Mi padre… trabajador y honrado— Mi madre, encantadora, feliz con su marido y conmigo, aunque no tuviera una vida de comodidades…

Un sollozo estremeció el cuerpo de Tess y Reisman la consoló:

—Lo siento. No debí pedírtelo.

—Quise que lo supieras —dijo—. ¿Crees en Dios?

—No —contestó él, demasiado rápido.

—Yo tampoco —dijo Tess, sería—. Si existiera no habría permitido que sucediera todo esto. Mis padres eran muy creyentes. Dios no permitiría guerras ni sufrimientos… Ningún mal. Pero respeto a los que creen en Dios, y creo en la bondad y la belleza y

en el mal.

—Entonces yo creo en ti… mucho —dijo Reisman besándola.

—Ahora cuéntame tú —dijo ella sentándose en la cama como los indios, a la expectativa de un largo y serio discurso—. ¿Qué haces?

Él permaneció un instante en silencio, deseando decírselo, compartirlo con ella, pero le estaba prohibido.

—No puedo decírtelo, salvo que creo que tiene que ver con el bien… y el mal y con los relativos méritos y empleos de ambos. Comprendió que con ayuda de ella había logrado formular una idea, algo concreto respecto a aquel caos de la guerra.

11

A las 05,00 Víctor Franko oyó a los «perros» acercarse por el corredor. Un ejército, como cuando vinieron a por Gardiner, sólo que ya no tenía miedo. Admitía que otras veces lo tuvo, pero ahora no.

El cabo Bowren se extrañó de encontrarle despierto y alerta, junto a la puerta cuando la abrió.

—Coge tu bolsa de aseo y únete a los demás.

Franko se alineó con los otros presos a la luz mortecina del corredor. Los reconoció: eran los mismos que habían estado en el campo de instrucción la otra mañana, el negro, el indio, ese individuo con cara de comadreja que parecía el lacayo de alguien, los sureños y los granjeros. Por lo visto no había sido el único que tuvo una charla con el capitán; los otros también estaban al corriente de lo que fuera. Descubrió a Morgan, cauteloso, cerrando la formación. Tuvo miedo al verle, una fracción de segundo, luego desapareció; no sabía lo que el verdugo pintaba allí, pero estaba seguro de que sus funciones como tal habían acabado.

En la sala de duchas, Bowren les entregó una hoja de afeitar a cada uno. El agua brotó humeante de los grifos de los lavabos.

Kendall B. Sawyer probaba el suyo —no estaba tan mal, aunque no era como antes, pese a la oferta de redención del capitán— y lanzó una mirada a las duchas.

—¿Nos da tiempo a una ducha rápida? —preguntó.

—Claro, muchacho —dijo Bowren, y dirigiéndose a los demás—: ¡Orden del capitán: darse una ducha caliente, afeitarse y ponerse el uniforme clase A! Quiere que quedéis todos frescos como rosas.

Franko escupió un buche de agua en el lavabo.

—¿De dónde sacamos el uniforme A, general? —preguntó.

—Las bolsas llegarán dentro de un minuto, listo —dijo Bowren. Aún no conocía a los otros ni las razones por las que se les había

agrupado, pero de ahora en adelante iban a **ser** sus niños. A Franko lo conocía muy bies. Le vigilaría más que a ninguno.

Franko vio por el espejo a Morgan merodear como una jodida cucaracha, metiendo la nariz en todo sin pronunciar palabra, sólo mirando. Le sacaban de quicio aquellos malditos ojos que no miran de frente, que no te ven. Era como si a través de la carne le estuviera viendo los huesos; le hacía sentirse como un esqueleto, insignificante. Franko aproximó la mejilla llena de espuma al espejo y comenzó a deslizar la hoja desde la patilla. La crema salía, pero la negra barba no. Lo intentó una vez más inútilmente.

—¡Esta cuchilla de mierda no corta! —se quejó a Bowren.

—¿Cómo que no corta? —preguntó el cabo suspicaz—. ¡Es una cuchilla nueva, recién sacada del paquete!

—¡Pruébala tú mismo si no me crees! Si quieres que me afeite tendrás que darme otra.

No protestaba contra Bowren ni contra la hoja de afeitar, sino contra la presencia de Morgan. Sólo consiguió atraer la atención del sargento hacia él. Morgan cesó en su examen lento y minucioso de la sala, fijándose en Franko, a quien Bowren entregaba ahora una nueva cuchilla. Franko la tomó volviéndose hacia el lavabo.

—¡Un momento! —ordenó Bowren—. Entrégame la otra.

Franko se la dio. Le hubiera gustado quedársela, no era nada, pero le hubiera ayudado a sentirse más fuerte.

Samson Posey se acercó al espejo observando su rostro color avellana en busca de posible señal de barba. No la había. Y depositó la hojilla en su funda sobre el estante que corría de un extremo a otro de los lavabos. Era una ventaja ser indio, los blancos con sus rostros y bocas peludas tienen que afeitarse a diario.

Roscoe K. Lever le vio depositar la cuchilla; con el rabillo del ojo observó al indio, inclinado sobre el lavabo llenando sus manos en cuenco con agua fría y restregándose la cara gruñendo de placer como un oso. Lever miró rápido a un lado y a otro y se apoderó de la cuchilla, guardándola en su bolsa de aseo.

Franko, acabado de afeitar, esperaba ante la cabina de una ducha ocupada. Alguien le agarró del brazo, empujándole hacia otra cabina.

—Eh, muchacho —dijo Archer Maggot—, ponte en ésta. Yo

esperaré a que quede libre.

Franko se zafó de Maggott.

—¡Quítame tu sucia mano de encima, maldito sureño! —escupió. Entonces distinguió el cuerpo oscuro que salía de la otra ducha y comprendió. Cuando Bowren llegó desde el otro extremo de la sala, estaba en tensión.

—¿Qué coño pasa esta vez, Franko? —preguntó el cabo.

—Nada, sólo que no me gustó lo que dijo de los de color —exclamó Franko dando una rápida ojeada a Napoleón, que permanecía en pie con la toalla en la mano como dispuesto a saltar—. En mi tierra no nos van esas cosas.

Maggott tenía una mirada turbia de odio en su cara mofletuda. Napoleón se acercó más, escuchando inseguro.

Bowren se encaró con Maggott:

—¡A ver si acabamos de una vez con esa historia de los colores, amiguito! —y sacudiendo la cabeza con disgusto—. ¡Ni siquiera en la ducha podéis dejar de armar jaleo! ¡Venga, moverse!

Franko, tras hacer un signo amistoso y una inclinación de cabeza a Napoleón, entró en la ducha. Ahora el negro estaría de su parte. En todas las prisiones que había recorrido, siempre advirtió que existían dirigentes y dirigidos, y esta vez estaba dispuesto a ganarse el puesto. Sería el número uno y le ajustaría las cuentas a Morgan, como hizo cuando Gardiner. Los otros no sabían nada, ahora lo comprobaba. Llevaban poco tiempo.

Napoleón echó a andar, mientras se relajaba su tensión interna. En otro momento le hubiera hecho gracia la actitud protectora de Franko, pero ahora era más desconfiado. Aquel tipo no le pareció nada noble cuando atacó al capitán en el campo de instrucción.

Maggot, ante la ducha, dudaba. Cogió a un tipo que iba tras él por el brazo —un brazo blanco y fofo como jalea— haciéndole pasar delante.

—Pasa, muchacho, yo espero.

—Gracias —dijo Myron Odell, sorprendido. Mantuvo la toalla arrollada a la cintura hasta que entró en la ducha, y como no encontró dónde colgarla tuvo que inclinarse dejándola en el suelo.

Cuando llegaron las bolsas con el equipo, hubo un cierto alboroto. Muchos de ellos habían pensado que jamás las volverían a

ver. Bowren dio lectura a la lista de prendas y enseres que se les autorizaba a llevar. Lo que faltaba lo trajeron del almacén. Los objetos personales que sobrevivieron a las inspecciones, al robo y a las ordenanzas, había que dejarlos allí.

Calvin Ezra Smith envolvía dubitativo el voluminoso libro negro en un jersey con intención de guardarlo en la bolsa. Se dirigió en tono tristón al cabo:

—Tengo que llevarme esto, señor Bowren. No sabe cuánto me ha reconfortado estas semanas.

—Déjame ver —dijo el cabo, pues sabía que dentro de la Biblia podía ocultarse perfectamente una navaja automática. Las páginas que sus dedos pasaron rápidamente produjeron como un silbido. Cayó un papel que ambos se inclinaron a recoger. Bowren lo tomó.

—Señor Bowren, me ha quitado usted la señal —acusó Smith.

—¡Ni señal ni mierda! —dijo Bowren—. Apuesto a que no sabes ni leer. Y deja de llamarme señor; soy cabo.

—Bien, cabo. Naturalmente que sé leer —dijo Smith con indignación—. Y tengo una magnifica memoria, además.

Todos les miraban, escuchando atentamente.

—Mira, Smith —dijo Bowren—, si eres capaz de decirme algo que sepas de memoria de este libro, te lo dejo llevar.

Smith se concentró, las manos a lo largo del cuerpo, la barbilla levantada, los ojos en el techo de la sala como si viera algo magnifico: «El Señor está junto a los que le llaman, junto a todos…».

Bowren quiso reír, pero se sintió incapaz e involuntariamente asumió una actitud reposada en aquel inconcebible y ridículo lugar de oración.

—«… los que le llaman de corazón. Cumplirá los deseos de los que vivan en su santo temor; escuchará su gemido y los salvará».

El cabo Bowren le entregó la Biblia en silencio. Smith la envolvió en el jersey, sepultándola en su bolsa.

Concluido el aseo los presos formaron en la sitia vestidos con los nuevos uniformes, los capotes doblados al brazo y las bolsas a los pies. Bowren fue recogiendo las cuchillas de afeitar; cuando llegó a Samson el indio le miró perplejo.

—Tu cuchilla, gran jefe —dijo Bowren—. Tienes que devolver la cuchilla. Nadie puede quedársela. Samson asintió con la cabeza.

—¿Te afeitaste, no? —dijo Bowren exasperado.

—No —dijo Samson.

Joseph Wladislaw olvidó de repente dónde se encontraba, creyéndose en una tarde asfixiante del bullicioso Chicago, en el cine Independence.

—¡Eh, cabo! ¿No ha visto nunca una película de indios? —dijo burlón—. Los indios no tienen barba. Algunos empezaron a reírse.

El sargento Morgan, que había permanecido a la expectativa hasta este momento, recurrió súbitamente a su autoridad y señalando a Samson con el dedo preguntó:

—¿Qué has hecho con la hoja de afeitar?

Samson, indicando el estante, se dirigió hacia él, perplejo. Bowren le secundó, tratando de ayudarle, y después volviéndose a los otros interrogó:

—¿Quién ha cogido esa cuchilla de afeitar? Silencio.

La irritación de Morgan crecía.

—¡Vacía tu bolsa y desnúdate, gran jefe! —ordenó, y volviéndose a los otros—: ¡Quiero esa hoja o nadie sale de aquí!

Samson permaneció en el centro, desnudo, mientras los guardianes escudriñaban sus ropas, su bolsa de aseo y el saco de viaje minuciosamente.

—Muy bien, agáchate y abre la boca —dijo Morgan con voz ronca difícilmente audible.

Samson obedeció sin rencor. £1 capitán le había dicho que no le colgarían y el resto, aunque le insultaran, aunque se rieran de él, carecía de importancia. Cuando acabaron volvió a vestirse en silencio. Morgan recorrió la fila mirando a los presos cara a cara en un intento de adivinar algo por sus expresiones.

—Quiero que el que haya cogido la cuchilla la devuelva inmediatamente, ¡y sin rechistar!

Nadie se movió, permanecieron mudos.

Lever comprendió que iba a serle imposible quedarse con la cuchilla. En cuanto empezaron con el indio se dio cuenta de que había cometido un error y que estaban dispuestos a llegar hasta el final para encontrarla. Si seguían así se la encontrarían. Tenía que deshacerse de ella.

Franko, en posición de firmes, sintió más que vio la presencia monstruosa de Morgan penetrando en su campo visual.

—¡Tú! —dijo Morgan.

Tú. «Como un cualquiera sin nombre —pensó Franko—. ¿Pero es que no sabe cómo me llamo?». Pero la ola de terror que le envolvía le hizo rectificar: «No, es mejor que no sepa mi nombre».

—Ahora te toca a ti —dijo el sargento marcando las palabras—. Vacía tu bolsa y desnúdate.

Si hubiera sido Bowren, habría protestado: «¿Por qué demonios tengo que ser yo? No he cogido la maldita cuchilla. Ya devolví la mía». Pero ante el verdugo se desvistió calladamente, aguardando desnudo y tembloroso mientras le registraban.

El cabo Bowren se preguntó cuánto duraría aquel inútil alarde de autoridad del sargento. Había infinidad de formas mejores de resolver una situación como aquélla, pero oficialmente el asunto competía a Morgan y aunque hasta ahora le había dejado llevar el mando, creyó que lo mejor era abstenerse de cualquier observación en este sentido y menos ante los presos.

Cuando acabó con Franko, Morgan, repentinamente cansado y derrotado, murmuró a Bowren:

—Tome el mando, cabo, y encuéntreme esa maldita cuchilla o los machaco…

—Dejando en el aire sus últimas palabras, salió del cuarto de aseo, cerrando tras de sí la puerta, calmosamente, como si se sintiera orgullosísimo de su intervención.

Una vez solo, Bowren reflexionó sobre la conducta a seguir. Si como decía el capitán iban a convivir y entrenarse juntos, había que zanjar de una vez para siempre incidentes como aquél.

—¡Muchachos! —dijo—. Sabéis la oferta que os han hecho. Estas cosas lo van a estropear todo y os vais a volver a encontrar en apuros. Os dejo cinco minutos solos y me encontráis la cuchilla.

En cuanto la puerta se cerró tras el cabo, Franko salió de la fila, dirigiéndose a todos.

—¿Quién es el cabrón que la ha cogido? Que la devuelva ahora mismo —exigió—. Ya habéis visto que me han registrado y yo no la tengo.

Una sonrisa maligna curvó la boca de Maggot. Tenía una cuentecita que saldar con aquel protector de negros, pero ya le llegaría el turno, aún no era el momento.

—¿Quién demonios te ha dado el mando, muchacho? —dijo con

sorna—. Yo no acato órdenes tuyas. —¿Tienes la hoja, sureño?

—¡Mierda! ¡Qué voy a tener yo! —dijo Maggot, avanzando hacia él lentamente.

Sawyer salió rápidamente de la fila. Su ancho tórax y su rotunda mandíbula se interpusieron entre los dos hombres. Volvía a experimentar el ardor excitante de la obediencia.

—No nos precipitemos —dijo calmosamente—. ¿Por qué no nos ponemos a buscarla todos? A lo mejor la encontramos.

Era la oportunidad que Lever esperaba. En un instante vació su bolsa, escamoteando la cuchilla en el hueco de la mano.

—Aquí están mis cosas —dijo en voz alta—. Se invita a los señores a registrar.

Los demás hicieron lo mismo mientras que Samson y Franko, de cuya inocencia no cabía duda, los inspeccionaban. No habían recorrido la mitad del grupo, cuando un sonido —el ruidito apenas perceptible de un objeto minúsculo que cae al suelo— atrajo la atención del indio.

—¡Aquí! —gritó triunfante. La hoja con su funda estaba en el suelo junto a los lavabos. Samson no tenía duda alguna de que antes no estaba allí. No podía decir de dónde había salido pero se sintió contento de haberla encontrado.

Maggot se lanzó sobre la cuchilla. Cuando se inclinaba para apoderarse de ella, el pie de Napoleón golpeó fuertemente el suelo a unos milímetros de sus dedos. Maggot levantó la cabeza.

—¿Amo Maggot está enfadado? —inquirió Napoleón, imitando exageradamente el acento de los criados negros.

Maggot le miró repentinamente perplejo, tanto porque le conociera por su nombre como por la manera en que hablaba. Pero se repuso y asintió con la cabeza.

—¡Ah! Señó Archer enfadado —remedó Napoleón—. Quiere su desayuno y yo quiero tené la fiesta en pá. Sugiero que la dejemo donde eztá y que los caballero la encuentren cuando vuelvan.

A su regreso a la cárcel, Reisman encontró a Stuart Kinder aguardándole en las desiertas oficinas de la comandancia. En su hombro lucía dos barras plateadas.

—¡No se lo dije! —exclamó sonriente—. ¡Mi enhorabuena, capitán!

—Gracias; capitán —dijo Kinder—. Es algo que llevaba

esperando bastante tiempo.

Hizo una pausa para dar oportunidad a Reisman de hacer cualquier comentario de circunstancias, y en vista de su silencio, continuó:

—Estoy deseando escucharle. ¿Cómo van las cosas? Llevo esperándole desde las seis.

—¿Es que no duerme usted? —preguntó Reisman.

—No pude. Tomé el tren ayer demasiado tarde por la noche o demasiado pronto por la mañana… según se mire —dijo Kinder con una risita—. Vi su *jeep* al llegar, pero no sabía dónde estaba usted. El comandante me dijo que creía que no pasó usted aquí la noche.

La sutil ironía de Kinder fue inmediatamente captada por Reisman, quien más que irritarse lo tomó a broma.

—Me las arreglé para encontrar un alojamiento más acogedor —dijo con un guiño travieso.

Inmediatamente se arrepintió de lo que acababa de decir, al darse cuenta que menospreciaba a Tess.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué tal van las cosas? —añadió rápidamente.

—Quiero hacer un test cuanto antes, tengo grandes esperanzas en sus resultados, y me gustaría también ver a los hombres que ha seleccionado… —Hizo una pausa eligiendo con tacto las palabras—. A propósito, John…, el incidente de ayer durante la instrucción… ¿no habrá estropeado nada, verdad?

La pregunta dejó confuso a Reisman por unos instantes hasta que comprendió su significado y repuso tajante:

—No. En absoluto.

Sacó un paquete de cigarrillos y se puso uno en la boca. Era el segundo reproche velado de Kinder, y Reisman se preguntaba adonde quería ir a parar. Por supuesto, el sicólogo no tenía autoridad alguna sobre él y Reisman lo consideraba tan sólo como un enlace calificado y —llegado el caso— un colaborador.

—En cierto sentido fue una ayuda —añadió—: ¿Quién se lo contó? —preguntó cerrando con un gesto irritado la tapa de su encendedor.

—Ese muchacho… Morgan, el sargento —dijo Kinder tomando una hoja de la mesa de Tarbell ante la que se había acomodado—. El comandante, para ganar tiempo, me entregó esta lista. Mandé

buscar a Morgan y tuve con él una interesante charla. Ahora ha salido a desayunar. También me contó otro incidente de esta mañana. Algo respecto a una hojilla de afeitar. No sé exactamente cómo ocurrió, pero deduzco que va a enfrentarse usted con un grupo muy poco dispuesto a colaborar.

—¡Pero, hombre! —explotó Reisman—. ¿Qué esperaba usted, una patrulla de *boy-scouts*?

Kinder hizo un gesto con teniéndole.

—Ya lo sé, ya lo sé —asintió sonriente—. Sin embargo hay un punto que estimo mi deber señalarle. ¿Cree acertada la elección de Morgan como suboficial del grupo? Usted sabe que era el verdugo, ¿no es cierto?

Reisman pensó, irritado: «Una más y te echo».

—A ver si nos entendemos, Stu —replicó—. La elección de personal corre enteramente a mi cargo, ¿no?

—Por supuesto —dijo Kinder bajando la voz—. No quise…

Reisman cambió de tono.

—De acuerdo, entonces…, vamos a ver, ¿en qué puedo servirle? —preguntó amablemente.

—Bien…, querría saber cómo va usted…, qué planes tiene…, en fin. —Después añadió, en tono vacilante—: Tal vez podamos ver dónde encajar mi labor.

Reisman, en pocas palabras, le puso al corriente, valorando lo mejor que supo la capacidad que había intuido en cada uno de los hombres.

—Tal vez sea él momento más indicado para que le dé los últimos toques al proyecto —dijo, esperando que su tono no fuera condescendiente—. Me marcho hoy mismo en busca de un lugar para los entrenamientos.

—Estupendo, ¡para eso he venido, para ayudar! —dijo Kinder con animación—. Comparto enteramente su criterio de sacar a los hombres de aquí. ¿Tiene pensado algún sitio?

—Primero voy a probar en Devon —contestó Reisman—. Cerca de la costa hay una escuela de paracaidistas. Su comandante es un hueso llamado Breed, con quien tuve una agarrada en Italia. Por aquel entonces era un pomposo mayor, y me imagino cómo será ahora que ha ascendido a coronel. Pero sé por referencias que tiene un excelente equipo de entrenamiento, que es lo que importa.

Además, por allí cerca hay otras bases en las que puedo encontrar ayuda y material en caso necesario. Por lo que respecta a un lugar apartado para albergar a nuestros matones, siempre nos hemos arreglado. Muchos propietarios han cedido sus fincas y casas hasta el fin de la guerra. Ya encontraré una.

—Una pregunta: ¿qué hay de los hombres cuando esté usted lejos? —interrogó Kinder.

—Voy a darles entrenamiento intensivo hasta donde pueda llegar con los medios de que dispongo, excepto, naturalmente, el armamento. Quiero que hagan instrucción y gimnasia de sol a sol —subrayó Reisman—. En cuanto les dé la charla introductoria, puede usted cogerlos por su cuenta si quiere. Dentro de unos minutos me reuniré con ellos. En mi ausencia puede usted entenderse con Morgan y Bowren. En principio, Bowren es un subalterno de toda confianza. De hecho, he elegido a Morgan para que me haga de «coco»; es incapaz para el mando. Bowren es sólo cabo, pero pienso remediarlo en la primera oportunidad que se me presente.

—Bien, parece que usted tiene la sartén por el mango —dijo Kinder—. ¿Puedo ayudarle en algo más?

—Desde luego —bromeó Reisman—. ¿Puede decirme de quién partió la luminosa idea del Proyecto Amnistía?

No esperaba respuesta y se sorprendió cuando Kinder tomó la palabra.

—No me haga mucho caso, pero sospecho que el éxito de las Unidades Especiales de Entrenamiento del ejército inglés fue el origen de nuestro plan, al menos por lo que respecta a la elección de personal —explicó Kinder—. Se me ha ordenado conferenciar periódicamente con los sicólogos del ejército británico que han intervenido activamente en tal programa.

—¿A qué se dedicaba en la vida civil? —preguntó Reisman.

—Sicología aplicada y algo de sociología —dijo Kinder, sorprendido.

—¿Qué son esas Unidades Especiales de Entrenamiento? No se refiere usted a los comandos, ¿verdad?

—¡Oh, no! Lo siento. Creí que estaba usted al corriente —contestó Kinder. Le encantaba alardear de lo completo de su información—. Están compuestas por hombres rechazados del entrenamiento normal o de las compañías en el frente, en las que se

han mostrado incapaces de amoldarse a la disciplina o cometido actos delictivos. No son unidades disciplinarias, sino —como su propio nombre indica— agrupaciones en las que se intenta concienzudamente y a escala individual rehabilitar a estos hombres. Se ha obtenido un setenta y cinco por ciento de resultados satisfactorios, reintegrando a muchos individuos a sus destacamentos de origen.

Kinder hizo una pausa para que Reisman asimilara lo que le estaba contando y prosiguió mirándole travieso como si fueran historias de colegial.

—Supongo que en algún lugar desconocido se celebró una comida entre un alto oficial americano y uno inglés, y que después de escuchar la historia de las unidades especiales de entrenamiento, el oficial americano pensó que no debíamos ser menos y que delincuentes por delincuentes, nuestro material era mejor.

Reisman comprendió que la explicación de Kinder no iría más lejos. El asunto de las unidades inglesas parecía interesante y decidió informarse por su cuenta.

—Me gustaría probar un sistema que ha dado excelentes resultados a los ingleses —continuó Kinder—. Usted sabe, hacen todo lo posible por rehabilitar completamente a estos hombres. Se esfuerzan por llegar no sólo a su nivel físico sino también al moral y mental —su voz adquirió un tono autoritario—. No hay que hacerles sentirse fracasados. Concretamente, una de las primeras medidas que recomendaría es hacer desaparecer los uniformes con la P. Les daría uniformes A, reponiéndoles la ropa y equipo que les falten. Ya sabe usted…, demostrarles que uno se interesa por ellos. Pura sicología…, como una mujer que va a la peluquería o se compra un vestido nuevo…

Reisman le interrumpió:

—Capitán Kinder —respondió, sonriente—, pienso que vamos a hacer un magnífico trabajo juntos. No podría estar más de acuerdo con usted. ¿En marcha?

12

A paso vivo se encaminaron a la habitación en que se hallaban reunidos los presos. Reisman, al entrar, lanzó un sonoro: «¡Buenos días, caballeros!», que sorprendió a todos.

—¡Buenos días, capitán! —contestaron algunos.

Wladislaw exclamó:

—Eh, eh, Chicago! —tratando de congraciarse con el capitán delante de los otros.

Reisman le dirigió una mirada glacial que acabó con su euforia.

Ordenó salir a los guardianes, que abandonaron la habitación algo perplejos. Morgan le miró con expresión severa, como si considerara injusta su exclusión. Stuart Kinder, más puntilloso de lo que Reisman hubiera sospechado, se dirigió también hacia la puerta.

—Esperaré fuera a que me llame.

Reisman observó a los hombres por un instante mientras ordenaba sus ideas. Estaban instalados en sillas de madera en una sala del piso bajo de la cárcel; allí, allí estaban los doce —una hermosa cohorte de matarifes—. No lejos de donde se encontraban, hacía pocos días, colgó de una cuerda el cuerpo de Enos Gardiner. Él y ellos, solos frente a frente por primera vez.

—Dentro de unas horas saldremos de aquí —comenzó Reisman lentamente—. De las muchas cosas que aprenderéis en las próximas semanas, hay dos que no debéis olvidar bajo ningún concepto. Si me falláis en esto, estáis perdidos.

Su voz era suave para atraer la atención. De repente subió de volumen para dar mayor énfasis a lo que seguía:

—Primero: secreto absoluto. No debéis revelar nada de lo que hagáis o escuchéis. Ni siquiera a los guardianes. A nadie. Les prestaréis atención y obedeceréis sus órdenes. Contestadles en todo lo referente a disciplina o servicio, pero no hagáis comentario

alguno de cuanto yo os diga como secreto. Esto reza con cualquiera, oficial o subalterno, con el que entréis en contacto, sin distinción alguna. Incluso con el comandante. Igualmente no debéis revelaros unos a otros lo que yo os diga secreta e individualmente. El que falte a esta regla está perdido. No habrá segunda oportunidad. Todos sabéis por qué estáis aquí, el delito y la sentencia. Yo también.

El castigo por revelar un secreto será (sin posibilidad de apelación) la ejecución automática de la sentencia.

—Segundo: no intentar fugaros. Ni pensar siquiera en ello. Tendréis cosas más importantes en que ocupar la cabeza. Para el que sea sorprendido intentando la fuga el castigo será la ejecución inmediata de la sentencia, inapelablemente.

Le escuchaban con verdadero interés, los cinco sentidos pendientes de las menores inflexiones de su voz.

—Por lo que respecta a vuestra personalidad y vida anteriores, tenéis completa libertad para revelároslo los unos a los otros si os parece. Sabéis por qué estáis aquí y yo también: es suficiente. La naturaleza de nuestro trabajo, de nuestra misión, la iréis conociendo conforme lo merezcáis. De momento, sólo os diré que es importante, muy importante, tanto para vosotros como para el país. Si lo hacéis bien, expiaréis todo lo que vuestra conciencia os haya reprochado.

Escuchándose a sí mismo —escuchándose realmente—. Reisman se sorprendió de sus últimas palabras. No lo había planeado, le salieron automáticamente, y ahora, al escucharlas, comprendía su justeza.

—Vamos a permanecer juntos durante varias semanas. Deseo que os compenetréis y cumpláis —concluyó lentamente. No podía decir si se los había ganado o no. Imaginaba a muchos dedicándole interiormente toda clase de insultos. Pero tal vez uno o dos…/tal vez más…

Permanecieron en silencio mientras Reisman se dirigía a la puerta para llamar a Kinder y a los celadores. Los PM ocuparon sus puestos alrededor de la sala. Kinder depositó su gruesa carpeta de cuero negro sobre la mesa y comenzó a abrirla.

Reisman le presentó:

—El capitán Kinder trabajará con vosotros de vez en cuando.

Contestadle a cuantas preguntas os formule sobre vosotros, exceptuando las que os indiqué anteriormente. Ahora os va a hacer unos *tests* que nos servirán para ayudaros.

Dejó a Kinder solo ante la mesa y se dirigió al fondo de la sala, en donde se sentó. Estaba interesado en observar a Kinder en silencio, pero con ojo crítico, para ver si podía aprender algo del sicólogo.

Kinder sentía la minuciosa observación de que era objeto por parte de todos los allí reunidos. Le agradó la forma en que Reisman le había presentado. Sinceramente, no esperaba que el capitán hubiera asimilado tan bien su misión como sicólogo en el proyecto. Estaba nervioso, deseando de todo corazón que no se le notara.

¡Qué diferencia con el reino de la teoría! Estaba frente a frente con hombres que habían cometido verdaderos delitos; que se habían adentrado por un terreno vivencial al que esperaba, ¡Dios lo quisiera!, ser siempre ajeno. No obstante, se esforzó siempre por comprenderlos y conocerlos. Trató de experimentar, aun en forma artificial, en sus estudios y lecturas, los terrores y agitaciones que consumían a aquellos hombres; delincuentes de tal magnitud que no sabía cómo encararlos sin que advirtieran el terror que le inspiraban. Sus galones suplementarios le servían de bien poco.

Admiraba la naturalidad de Reisman. La forma en que se dirigía a ellos captando su atención.

Buscó una cara, un rostro simpático. Aquel muchacho delgado de gafas. Y comenzó a hablar…, se trataba de un juego…, algo divertido…, nada de sicología…, nada de *tests*…, debían desechar todo escepticismo o antagonismo hacia la prueba que iban a realizar.

—Quisiera que cooperaran conmigo en un experimento —dijo Kinder—. Es probable que hasta lo encuentren divertido…

Reisman escuchaba como si se hallara entre un grupo de niños. La voz de Kinder tenía un tono afable. Les pedía que hicieran aquello como si se tratara de un deber de colegio. Toda la sala adquirió el aspecto de una colmena llena de ridícula y febril actividad colegial. Juntaron tres mesas formando un semicírculo, y tras ellas, equidistantes, las doce sillas. Uno repartió los *tests* y los lapiceros. Otros se encargaron de colocar, a indicaciones de Kinder, una mesa con una silla encima para que sirviera de caballete a las

tarjetas que iba a ir mostrando y que sacó misteriosamente de su cartera.

—Les ruego que no abran los cuadernillos hasta que se lo indique.

Permanecían en sus sitios, silenciosos y atentos.

Napoleón se preguntaba qué tontería estaba intentando aquel hombre. Por un momento se indignó al pensar que les iban a hacer la consabida prueba de habilidad motora como si se tratase de niños subnormales o monos sabios. Reconocía en Kinder al típico visitador escolar, jovial y minucioso. Había visto muchos como él en el colegio y en otras partes. Siempre con el mismo objetivo, su meta más ambiciosa consistía en reunir gente y problemas: «por ejemplo, los raciales» para sacar de ellos resultados fácilmente mensurables, estadísticas y porcentajes.

Al ver manejar las tarjetas a Kinder intuyó de qué se trataba, aunque jamás lo vio aplicar de forma tan poco convencional.

—Bien —dijo Kinder—, estoy seguro que todos ustedes habrán hecho alguna vez una mancha de tinta en un papel. Al escribir una carta, al hacer los deberes, o intencionadamente para divertirse…, yo mismo recuerdo haberlo hecho; después se extiende la mancha doblando el papel y se entretiene uno mirando las formas que la tinta ha dejado. Más o menos esto es lo que tengo en estas tarjetas. Voy a mostrárselas una por una. No son más que reproducciones de manchas de tinta. La mayoría en blanco, negro y gris. Algunas en colores. En total son diez tarjetas. Podrán observar, cuando se lo indique…, que estas tarjetas están exactamente reproducidas en los cuadernillos que les he entregado y que junto a cada figura hay una página en blanco. Su tarea consiste en escribir, en esa página lo que vean en cada mancha…, dibujos, formas, figuras…, cualquier cosa que les sugiera, les recuerde, o crean posible. Iremos una por una, así que no hay prisa. No importa que alguien termine antes que los demás. También quiero que tracen un círculo alrededor de las partes de la mancha a que se refieran en su comentario, poniéndoles un número y ese mismo número lo pongan en la página en blanco con lo que escriban. ¿Alguna pregunta?

Hubo varias, y Kinder se vio obligado a repetir una y otra vez las instrucciones.

A Napoleón le sorprendió la estupidez de los tipos con los que se

había agrupado. Cuando, finalmente, el capitán, como si fuera una idea genial, preguntó si alguien había hecho aquel jueguecito anteriormente. Napoleón estuvo a punto de levantar la mano para explicar en términos claros y técnicos que si, que, en efecto, habían realizado el Rorschach en el colegio y que lo conocía perfectamente en teoría y práctica, y, por consiguiente, sus respuestas no iban a ser válidas, y, además, que le parecía muy extraño que un procedimiento que tradicionalmente requiere aislamiento y silencio se practicara en grupos; pero lo pensó mejor y no levantó la mano.

Se acordaba de la historia del gracioso que estropeó el *test* de cierto profesor haciendo que toda la clase diera la misma respuesta —una pelvis femenina— a todos los borrones de una prueba individual. Miró la tarjeta número uno… Parecía un gran elefante negro con enormes orejas en abanico, sentado de espaldas, como un gato curioso, contemplando a dos burros grises del fondo que estaban a punto de pelear o iniciar un minué. Pero no escribió eso. Escribió las cosas más obscenas y siniestras que se le ocurrieron, hasta que reflexionó, al advertir que se divertía, que le habían metido en el juego, y no supo decir si estaba contento, o loco, o triste o qué diablos le ocurría.

Cuando mostraron la primera tarjeta, Víctor Franko la miró ansiosamente. El «médico» había dicho que se trataba de un experimento, pero a él le parecía una competición, una competición para probar la capacidad imaginativa y en la que te dan buenas o malas notas. Un *test* en el que hay listos y tontos, vencedores y vencidos, y concentró todas sus facultades mentales para hacerlo bien, aunque no tenía ni idea de cómo lo lograría.

Myron Odell palideció al ver la primera tarjeta. Era un tremendo embrollo y no le gustaba nada. Pero tenía que escribir algo. Le agradaba el capitán Kinder. Deseaba ayudarle, cooperar con él. Mostrarle de alguna manera, como fuera, que él era inocente.

Roscoe Lever vio que algunos habían empezado ya a escribir y pensó qué mierda estarían poniendo. Él no veía nada. Era una filfa. Bueno, que les den por el culo, iban a ver. Eso es lo que escribiría: «No es nada».

Archer Maggot andaba también perplejo al ver escribir a los otros. Lo que más le chocó fue ver que el negro se afanaba sobre el cuaderno con aires de saber lo que sé traía entre manos. De repente

interpretó el borrón, riéndose para sus adentros. Mujeres, tipas blancas y negras. Le gustaría saber si aquel capitancillo adivinaría lo que estaba en realidad pensando. Volvió a sentir la urgencia de su necesidad, tantos meses insatisfecha, con la violencia de una patada en el cráneo. Pero se dijo que no debía escribir nada de la ingle negra de una mujer, o la ingle de una negra, así es que se esforzó logrando ver otra cosa. Lo más disparatado, y escribió riendo: «Un enorme gato negro»[32].

Víctor Franko escribió: un fantasma tras una ventana.

Myron Odell: un lío.

Luis Jiménez: una parte de mujer.

Calvin Ezra Smith: una mariposa.

Ken Sawyer, Vernon Pinkley y Glenn Gilpin: un murciélago.

Joseph Wladislaw: los rayos X.

Desde el fondo de la sala, Reisman miró la mancha y apartó la vista hacia otro lado. No quería conocer su propia reacción; además, se dijo, estaba demasiado lejos para apreciarla bien. Observó a los presos entregados a su tarea, eso le bastaba. Buscó a Samson Posey, descubrió su ancha espalda y su enorme cabeza. Le hubiera gustado verle la cara.

Samson no había formulado pregunta alguna, callando obedientemente. Sabía lo que querían de él. Veía muchas cosas en aquellos borrones: cosas divertidas, pues comprendió con rapidez el humor de aquel extraño juego, cosas que parecían visiones de un sueño después de haber tomado peyote, cosas que le traían recuerdos de tiempos pasados y de personas. Pero ¿cómo escribirlo? No encontraba las palabras, no las conocía. Intentó desesperadamente recordar… Evocar los buenos tiempos y…

Estaba sentado en una manta a la espesa sombra de un árbol junto al almacén de Towaoc. Ocho indios jugaban al póker y a su alrededor un corrillo de hombres y mujeres. Cuando uno de los jugadores abandonaba la partida, su puesto era inmediatamente ocupado por alguno de los mirones. Faltaba Billy «Tres Piernas», que había regresado al hospital blanco para que se las arreglaran definitivamente. Samson pasó la jornada jugando con su habitual buena suerte. Durante todo el día se habían escuchado los martillazos y golpes que llegaban desde el sitio en que se instalaba el corral para la Danza del Oso.

Una emoción anticipada en la atmósfera. Grupos de hombres, mujeres y niños que iban llegando, a caballo, en carro, en camiones de labor. Utes del cañón Alien, en Utah; de Ignacio, en el extremo este de la Reserva; navajos de Shiprock, Nuevo México; apaches de Jicarilla, llegados de su propia reserva al sudoeste.

El abuelo de Samson había afirmado que, según las viejas tradiciones, era tarde para la Danza del Oso. Hace dos meses el viejo Charlie oyó el primer trueno de la primavera y dijo: «El oso despierta. Está débil, necesita alimento, no ve bien. Alguien debe organizar la Danza del Oso inmediatamente. Tenemos que ayudar al oso. Ayudamos a nosotros mismos».

El Pueblo seguía aferrado a sus antiguas tradiciones, sólo que ahora las celebraban cuando lo permitían los rebaños y las faenas del campo. En Towaoc los últimos días de mayo era una buena época.

Samson ayudó a su familia a bajar las ovejas hacia los abrevaderos de Navajo Springs, galopando después hacia Towaoc para llegar a tiempo a la timba. Su familia se le uniría después, cuando encontraran a alguien dispuesto a hacerse cargo de las ovejas.

Antes de que se separaran, el viejo Charlie le había mirado lleno de admiración ante su gran estatura, diciéndole: «Es un buen nombre el que te hemos dado ahora, ¿no es cierto? El de un hombre fuerte, un guerrero».

—Es un nombre blanco, pero es bueno y me gusta —contestó él, respetuoso.

—Tienes que bailar toda la Danza del Oso para demostrar que eres fuerte —continuó diciendo el abuelo—. Ya tienes edad de casarte. La Danza del Oso es el momento más apropiado. Es un buen momento.

Lo sentía en su sangre. Tal como el abuelo dijera, había llegado el momento de casarse. En Towaoc, bajo la sombra del árbol, estaba sumido en el póker, el resto no le importaba nada, y, sin embargo, en su cabeza había comenzado ya la danza. Para él, era el momento.

Dieciocho años, muy desarrollados. En los dos últimos sostuvo una terrible lucha interior al escuchar las flautas de los galanteos en las noches de verano, sabiendo que los otros jóvenes cortejaban por

los campamentos, pero sabiendo también que muchos cogían enfermedades, enfermedades capaces de destruir al hombre y a la mujer. Si había alcanzado su gran estatura en aquellos malos tiempos, por gracia del Creador de los humanos, no iba ahora a ceder a las tentaciones de Sunavawi, el Lobo, cayendo en la trampa de un placer que destruye. Yucca, su padre, le había prevenido. Billy «Tres Piernas», también. Él les creía. Deseando conservarse fuerte y sano había apartado su vista y su pensamiento de las mujeres y de las cosas de las mujeres. Pero ahora la agitación era superior a sus fuerzas. Tenía dieciocho años y, en palabras del viejo Charlie: «La Danza del Oso es el tiempo para casarse».

Montado en un brioso caballo blanco llegó el encargado de dirigir la Danza del Oso. Iba ricamente ataviado para su papel: mocasines, guanteletes recubiertos de cuentas de colores, peto, zahones, sombrero negro adornado con plumas de águila y largas trenzas azabache anudadas con piel de nutria que rebotaban sobre su pecho mientras caminaba. Los hombres abandonaron el póker congregándose en torno suyo.

—Debemos hacer esta danza como en los viejos tiempos. Todos tienen que bailar. Os divertiréis y ahuyentaréis las enfermedades y males de El Pueblo.

Y relató la historia de la Danza del Oso. Un cazador ute que hizo amistad con una osa llevándola consigo al campamento. Ella enseñó a El Pueblo la danza, cómo producir la música apropiada raspando con sus instrumentos de madera y las canciones que debían acompañarla.

Samson, de niño, de muchacho y ahora de hombre, había escuchado el relato innumerables veces. Sin embargo, seguía atrayéndole y emocionándole. Le daba un sentido de la historia, su destino individual y el de los suyos. Era recordarle sus lazos con la tierra y los seres que la poblaban. Aunque los utes fueran ahora una tribu conquistada y sojuzgada.

—La Danza del Oso es para divertirse —continuó el recién llegado—. Estamos contentos por haber pasado el invierno. Ahora, todo el mundo a la cueva del oso. Que nadie beba. Es malo entrar allí bebido.

Samson no bebía, pero otros utes sí. En el almacén les estaba prohibido comprar whisky, pero iban a comprarlo fuera de la

Reserva. Les daba alegría. Ayudaba a olvidar. Además estaba el peyote. Pero es diferente. Es parte de la religión india.

El encargado de dirigir la Danza del Oso se alejó para repetir su discurso en otra parte, agrupando a los rezagados y dirigiéndolos al reducto de estacas que él llamaba la cueva del oso.

Samson guardó sus cartas y las ganancias, las monedas y billetes que antes de convertirse en dinero eran mantas, cuero, caballos, vacas, ovejas y vales del Gobierno y constituían el mayor tema de regreso y ocupación de Towaoc. Montó dirigiéndose al corral. A la entrada ondeaba una pancarta con un oso en pie pintado en el centro, y grandes letras que decían: UTE MOUNTAIN - DANZA DEL OSO 1938.

El rozar rítmico de los instrumentos de madera de chopo comenzó a oírse. Los músicos movían de arriba abajo sus huesos de vaca, sus palos y sus botellas, enviando el sonido hacia el resonador de hierro colocado en el suelo, en un agujero. Samson, sentado en un leño en el extremo norte del corral, estaba con los demás hombres escuchando las primeras canciones. Eran hermosas, algunas de ellas nuevas, otras muy antiguas. Por fin llegó el baile. La mitad de las mujeres, en el otro extremo del corral, se pusieron en pie dirigiéndose hacia los hombres. Al principio se sintió audaz, mirándolas conforme avanzaban: las viejas, las de mediana edad y las jóvenes, especialmente las jóvenes, especialmente Eva Pavisook. Pero cuando se aproximaron, bajó tímidamente los ojos.

—Tú —oyó decir a una muchacha—. Ese grande.

La chica pertenecía a uno de los campamentos de Ute Mountain. Pero Eva también estaba allí, y deslizándose bajo el brazo extendido de la otra muchacha, Eva cogió la mano de Samson entre las suyas, volviéndose desafiante hacia la otra. La muchacha, entonces, buscó nueva pareja. Samson y Eva, uno frente al otro, se sumaron a las dos filas de hombres y mujeres que se habían formado en el centro del corral. La música, hasta ahora nada más que un murmullo insistente, se convirtió en un trueno. Los gritos aumentaron su excitación. Comenzaba la danza —dos pasos adelante, dos pasos atrás—, las mujeres agresivas, los hombres vacilantes, las filas uniéndose para separarse una y otra vez, una y otra vez.

Bailaron así durante un rato. Ni Samson ni Eva, concentrados en sus movimientos, hablaban. Sólo de vez en cuando se lanzaban

furtivas miradas. Él vestía pantalones Levis, chaquetilla de algodón abierta que mostraba su vistosa camisa roja de vaquero; calzaba lujosas botas de montar y llevaba un sombrero negro caído sobre la frente en forma contraria a las viejas costumbres. Era la ropa que llevara durante todo el día mientras jugaba al póker, se la había comprado para la semana de la Danza del Oso. El vestido de Eva era de algodón estampado color amarillo, suelto y de corte recto, como se cortaba antes el cuero, sujeto a la cintura por un ancho cinturón de piel. Llevaba medias de algodón oscuro y mocasines blancos con hermosos bordados. Sobre los hombros, para protegerse del fresco del anochecer, un chal de lana verde. Por todo adorno una pulsera navaja dé plata en la muñeca.

Al entrar nuevas parejas, las filas se agrandaron. Samson y Eva se fueron aparte. Él movió el brazo intentando rodearle la cintura como estaba permitido cuando las parejas bailaban solas, pero era demasiado alto y le resultaba incómoda la postura.

—Estás más grande este año, Suh-gatz —dijo Eva, sonriéndole.

—Y tú, Eva Pavisook —respondió turbado—. Pero ya no me llamo Suh-gatz. Ahora me llamo Samson.

—¿Como en la Biblia?

—Sí.

—¿Qué sabes de la Biblia? —preguntó ella, desafiante.

No sabía nada. Pero Eva sí, porque su padre era agente de asistencia en la tribu, vivía en una casa de madera y a veces iba a la misión presbiteriana, aunque se murmuraba que creía más en las tradiciones indias.

—Sé lo de Sansón —contestó orgulloso. Pero, en realidad, sabía muy poco, sólo lo que había escuchado al misionero mormón vestido de negro que llegó aquel invierno al campamento y logró la cooperación de Yucca y el viejo Charlie para el oratorio. Hablaba bien la lengua de El Pueblo. Mirando a Suh-gatz había dicho: «Me recuerda a Sansón, el gran guerrero hebreo. Debéis llamarle así». El viejo Charlie preguntó que quiénes eran los hebreos, si se trataba de otra tribu india. El misionero respondió que eran un pueblo del desierto, tan antiguo y poderoso como los ute. Habitaban un lejano país, pero ahora, tras de su derrota, se hallaban dispersos por toda la tierra. «Este libro —dijo, golpeando con la mano las pastas negras — cuenta la historia de los hebreos, las tribus dispersas de Israel».

Después los dejó atónitos al decirles: «Vosotros descendéis de ese pueblo, de Sansón y su tribu».

Cuatro pasos delante, cuatro detrás, el ritmo de la danza subió conforme los cantores iban relatando cosas sobre el oso y los utes, el hombre y la mujer, la historia de El Pueblo, el pasado y el presente. El brazo de Samson oprimía con dulzura los senos de Eva, su mano ligeramente posada sobre el hombro de la muchacha. Por supuesto, ella se daba cuenta de dónde la estaba tocando, pero no parecía importarle. Le lanzaba rápidas miradas al rostro que ella devolvía. Si había de casarse con alguien, lo haría con Eva. Pero dudaba de si la chica le aceptaría. Una cosa es la Danza del Oso y otra el matrimonio. Sin embargo, ella le buscó, le eligió de pareja y, cuando la danza permitía que se alternaran los bailarines, Samson advirtió las miradas de ira que Eva lanzaba a las otras chicas.

Durante toda la semana de la Danza del Oso, Samson jugó al póker y al monte español. Por las tardes, hasta la puesta del sol, bailaba con Eva. Por las noches la cortejaba. Discutió largamente con el padre de la muchacha sobre los problemas de los tiempos actuales, la falta de agua, de pozos de riego, que Washington había prometido hacía mucho y no llegaban jamás. Estaban en la casa de madera, una de las pocas medianamente sólidas cerca de Towaoc. Discutieron también de los inviernos, que cada vez parecían más cortos y los arroyos y regatos se secaban aprisa, dejando pozas insípidas con restos salinos, y los torrentes de la montaña quedaban reducidos a insignificantes hilillos de agua. Alabó los guisos de la madre. Trajo comida y regalos comprados en el almacén, pues Samson, con el póker, ganaba mucho más que el padre de la chica como agente indio. Y paseó charlando con Eva bajo la noche fresca y estrellada del alto desierto, pero, eso sí, siempre por las proximidades de la casa paterna.

Se tomaron de las manos.

—Me gusta tu nuevo nombre —dijo—. Te sienta bien.

—Ahora tenemos los dos nombres blancos.

—Sí. ¿Te gusta el mío?

—Es un buen nombre.

Se abrazaron, besándose tímidamente. Ella era esbelta como un álamo joven, aunque con las curvas y redondeces en su sitio, como debe tener una mujer. Su cabeza sólo alcanzaba a la mitad del

pecho de Samson, lo que era, sin embargo, una buena estatura para una chica ute, y tal vez creciera más, pues sólo tenía dieciséis años.

—¿Has conocido muchas chicas? —preguntó, audaz.

Era el momento de mentir, de presumir de fabulosas conquistas por los diversos campamentos de la Reserva. Pero no lo hizo.

—No. No quise —le respondió, inclinándose y besándola.

—Estoy contenta —murmuró, sonriendo—, estoy contenta de que mis padres fueran severos. Yo tampoco he conocido a ningún muchacho.

Después regresó a su tienda, que había instalado cerca del corral de la Danza del Oso. La excitación ardía en su vientre.

Cuando, ya avanzada la semana, llegó su familia a Towaoc, Samson pidió a Yucca, su padre, que le enseñara a hacer una flauta de galanteo con una rama de sauce. Yucca aceptó. El viejo Charlie se irguió sobre la manta que le servía de lecho en el sucio suelo de la tienda y en la que ahora pasaba la mayor parte del día con una especie de derecho de propiedad permanente debido a lo avanzado de su edad. Sonriendo bonachón con su boca desdentada, dijo:

—La Danza del Oso es tiempo de matrimonio.

La conversación obscena que sostuvieron a continuación ambos viejos no agradó a Samson. Aquella noche, cuando dejó a Eva a la puerta de su casa de madera, no regresó a su tienda, se entretuvo por los alrededores de la casa, esperando a que toda la familia estuviese acostada y hubieran apagado las lámparas de petróleo. Entonces, despacio, como un guerrero a la caza, trepó hasta el balcón de la habitación de la chica. Se llevó la flauta a los labios. Era la suave música, las dulces palabras cuyo secreto sólo poseía la gente de El Pueblo, y, especialmente, los enamorados.

Notas breves y sostenidas, *staccatos* y trinos, la flauta dijo:

—¡Eeva… Eeeva… Eeeva Pa-vi-sook… Saaal… Saaal fueeraaa… Te aaa-mooooo…!

La chica se asomó al balcón, pero sin salir. Cuando intentó penetrar ella le detuvo.

—Mis padres —murmuró.

—Lo han oído —respondió Samson—. Su silencio quiere decir que consienten.

—Pero yo quiero casarme contigo, no con mis padres, ¿no es cierto?

Le estaba confundiendo.

—Efectivamente —contestó con timidez.

—¿Tienes tres dólares?

—Desde luego. Muchos más.

—Entonces nos iremos a Cortez a casamos a la manera blanca —dijo Eva.

—Yo soy un ute, no un blanco —protestó, enfadado—. Y ésta es la manera ute.

—Entonces —replicó la muchacha suavemente— no te casarás conmigo. —Y herró la ventana.

En la soledad de la tienda de nuevo, Samson no podía soportar el hervor de su sangre. Más le hubiera valido sucumbir a las tentaciones de Sunavawi, el Lobo. Sin embargo, la tarde siguiente, Eva le acogió como si nada hubiera ocurrido, eligiéndole de pareja. Él, aunque enfadado, no pudo negarse. Un hombre no se puede negar, el oso le perseguiría en las montañas; además, allí estaban los oficiantes de la danza, con varas de cedro para azotar suavemente a los remisos, lo cual servía de diversión a todos los congregados.

Acabada la danza, el enfado de Samson había desaparecido. ¿Cómo disgustarse con alguien tan…, tan…? Sólo sentía necesidad y amor por ella. Bien entrada la noche, volvió a la casa de madera con su flauta y ella le abrió la ventana.

—Iré a Cortez contigo —dijo él de mala gana—, si ése es tu deseo. No tiene por qué molestarme.

Ella se inclinó besándole larga y dulcemente. Samson se sentía débil y desamparado.

—Entonces no es un juego, Samson —dijo ella, alegre—. Para mí tampoco. Tu amor es de verdad.

Él comenzó a pasar su larga pierna por encima de la balaustrada, pero ella le retuvo sonriente.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—El juego es una mala ocupación. Tienes que tener vacas u ovejas o una granja, y algún día construiremos una casa mejor que la de mi padre.

Él se apartó enfadado y atónito.

—El juego es lo mío —dijo—. Es la antigua costumbre ute.

Ella le rozó dulcemente la barbilla.

—No te enfades —suplicó—. Sólo quiero que seas mi marido. Eres hermoso y fuerte y no hay nadie como tú en la Reserva. Al principio viviré contigo, en tu tienda, e iré adónde me digas. Pero tenemos que progresar, por nosotros, por nuestra gente…, por nuestros hijos.

—¿Qué tiene de malo el juego? —insistió Samson—. Gano más dinero que los granjeros y los pastores. Llevo comida y ropa a mi familia, más que mi padre con las ovejas.

—Entonces, haz lo que quieras —dijo Eva, triste, cerrando la ventana.

Al día siguiente por la tarde, Samson abandonó pronto la partida, regresando a su tienda para vestir sus mejores atavíos de ante. Le hubiera gustado tener el pelo largo, como el de los viejos, para poder hacerse trenzas con lazos rojos sobre el pecho, pero lo llevaba corto al estilo de los jóvenes blancos que había visto en Cortez.

El corral de la danza estaba repleto. Todo el mundo excitado y con sus mejores ropas, incluso los que no tenían trajes de ante. Hombres y mujeres con el pelo adornado de plumas de águila.

Comenzó la danza, pero Eva no le sacó. Eligió otras parejas, jóvenes que Samson sabía que no eran buenos para ella. Le sacaron otras chicas y Samson bailó, pero sin el entusiasmo con que lo hacía trente a Eva. Esperó el momento en que se permite a los hombres cambiar de pareja. Tocó en el hombro del que bailaba con Eva, despidiéndole con una mirada furibunda.

—¿Por qué no me sacaste? —preguntó, ceñudo.

—Tú tienes que elegir —contestó ella con altanería.

—¿Quieres que te deje bailar con esos coyotes? —dijo burlón—. Te harán una desgraciada y entonces estarás contenta.

—No. Sigo deseando que seas mi esposo —dijo suavemente—. Ahora sólo bailaré contigo si tú lo deseas.

Aquel día la danza no concluyó a la puesta del sol. El ronquido de los instrumentos de madera llenaba el corral extendiéndose hasta las altas montañas donde el oso escuchaba. Las voces resonaban poderosas. Se encendieron hogueras. Los bailarines vibraban ante sus parejas, espoleados por la ambición de ser el más fuerte y resistir bailando hasta el amanecer.

Cuatro pasos adelante, cuatro atrás, y así una y otra vez. Samson captó las miradas orgullosas de su padre y su abuelo, que se hallaban sentados en el grupo de hombres. Y la mirada enternecida de su madre en el de las mujeres. Miró a Eva a la cara. Sin necesidad de hablar, supo que bailaría mientras él lo hiciera, y decidió que ninguno de los dos se detendría.

Se acercaba el amanecer. Le pareció que la cara de Eva se hacía cada vez más radiante. Su cuerpo elástico, moldeándose bajo el vestido de ante al compás de los viejos ritmos. Cada vez más deseable. Los unía aquella noche algo muy fuerte y auténtico.

Las parejas comenzaron a caer exhaustas. El maestro de ceremonias se dirigió a ellos dando una vuelta a su alrededor. Les rozó con uno de los instrumentos para exorcizar los malos espíritus, para ahuyentar de ellos las enfermedades. Bailaron toda la noche. Salió el sol, la música y las canciones bajaron de tono paulatinamente hasta apagarse. Les untaron el pelo con barro blanco como símbolo de su fortaleza y coraje.

Por la tarde hubo una fiesta. Estaban alegres, comieron y bebieron, pero Eva se retiró pronto a descansar y Samson hizo ¡o mismo.

A medianoche, cuando los campos están en silencio y sólo se oye el murmullo de la oscuridad, Samson se levantó de sus mantas, cabalgando hasta la casa de madera. Y la flauta de nuevo dijo:

—¡Eeva… Bee-va Pa-vi-sook… Saaal… Saaal fuee-raaa… Te-amooo… Te-a-mooo…!

Ella surgió de las sombras, suave como una gacela, con una manta sobre el camisón. Abrió la puerta de la casa tomando a Samson de la mano.

—Eres un hombre —le dijo—. Y debes hacer lo que hacen los hombres. Si quieres que vayamos a Cortez, lo haremos cuando te parezca. No importa. Si quieres Jugar, juega. Y también puede que alguna vez tengamos vacas, y ovejas y una casa.

Se dirigieron a la tienda de Samson, cerca del corral de la Danza del Oso. Una vez allí, con una delicadeza que contradecía su corpulencia y su gran necesidad, le quitó la manta y el camisón y la hizo su esposa. Por la mañana, vergonzosos y contentos, salieron juntos a la luz del sol. En el fuego común, Eva le preparó el desayuno, y todos los de El Pueblo que estaban allí supieron que

Eva Pavisook y Samson Posey estaban casados…

—¡Posey!

Oyó que alguien le gritaba. Salió de sus sueños intentando aferrarse desesperadamente a la imagen de Eva.

—¡Posey!

Era el oficial que mostraba aquellas extrañas tarjetas.

—¿Tiene alguna dificultad? —preguntó.

—Sí —dijo Samson, triste—. No sé escribir.

13

El acantilado de Devonshire cae a pico sobre el mar como sobre un gran vacío, como si fuera el fin del mundo. Se yergue bordeando una estrecha faja de playa frente al mar brumoso.

Reisman saltaba por entre las espesas retamas que parecían aguardar la llegada de la primavera. Recias, cedían, sin embargo, bajo su pie como una colonia de suplicantes que exhalaran medio moribundos sus últimos gemidos.

Era su vieja costumbre. La que siempre le obligaba a explorar una zona o a buscar todas las posibles entradas y salidas antes de encararse con una ciudad, un paraje cualquiera o el nudo de un problema.

Al otro lado del Canal —tan cerca que si aclarara la niebla podría vislumbrarlos— estaban los alemanes en su fortaleza de Europa. Saberlos tan cerca le hacía sentirse incómodo, a disgusto.

El viento le trajo los ladridos de un perro. Abajo, en la playa, distinguió a un enorme animal entrando y saliendo del agua, corriendo alocado por la arena. Había también una mujer, una figura empequeñecida y solitaria por la distancia, cubierta con un chaquetón y una bufanda de aviador. Paseaba por la playa mirando a las olas, sin hacer caso del perro que la rozaba en sus carreras, saltaba en torno suyo y hacía fintas intentando jugar.

Reisman los contempló hasta que desaparecieron bajo el muro del acantilado, al tomar aparentemente un camino que subía desde la playa. Después, volvió la espalda al mar y regresó a través de los brezos hacia la carretera en la que había dejado el *jeep*.

El pequeño sendero conducía a Stokes Manor. En el pueblo le dieron las indicaciones oportunas. Cuando divisó las grandes chimeneas del caserón destacándose sobre las copas de los árboles, se detuvo para hacer su habitual exploración del terreno.

El portón de hierro que daba paso a la finca se hallaba

sólidamente cerrado por una cadena. Inútilmente forcejeó con el candado. Hizo sonar, también sin éxito, el claxon del *jeep*. No parecía haber alma viviente. Cogió su «45» apuntando cuidadosamente al candado, retrocedió unos pasos y disparó. La detonación resonó en el silencio gris de la mañana.

En la casa no contestaron a sus timbrazos, golpes y voces de llamada. Vaciló no queriendo recurrir de nuevo a la pistola. Una cosa es romper una cadena y un candado y otra deshacer la cerradura y el marco de una puerta. Además se trataba de una puerta antigua de hermosa madera oscura. Roble claveteado. Tendría más de doscientos años. Desde su llegada a Inglaterra había visto muchas cosas como aquélla, ya no le interesaban tanto como al principio. Sin embargo, era un lugar que sus sueños de niño habrían llamado palacio o castillo poblándolo con delicadas doncellas y caballeros, duques y duquesas, reinas y reyes como en el cine.

Se trataba de un edificio inmenso, construido en piedra del lugar, con arcadas góticas y ventanas de cristales emplomados. Recorrió el camino de grava que rodeaba la casa. Céspedes desordenados, setos sin podar, macizos de arbustos y flores descuidados hacía años. El sitio poseía un halo trágico, como si alguien hubiera muerto y quienes le amaban hubieran abandonado el lugar para huir de su recuerdo. A unas cuarenta yardas de la casa comenzaba el acantilado, cortado a pico sobre el mar. Desde el camino se oía el batir de las olas contra las rocas.

Sin embargo, no era el edificio lo que interesaba a Reisman, sino las vastas praderas y bosques de la finca. No tenía intención de alojar a sus hombres en una confortable mansión inglesa.

En un gran claro entre encinas, alisos y castaños encontró el lugar apropiado para instalar el campamento. Los árboles los ocultarían de la casa y del testo de la propiedad e incluso de posibles observadores en la lejana carretera. Cuanto hicieran quedaría en el más absoluto secreto.

Antes de volverse al pueblo decidió intentar una nueva llamada. Diría al empleado que a pesar de sus indicaciones, Stokes Manor parecía deshabitado.

Pero esta vez respondió a su llamada el ladrido de un perro en el interior del edificio. Poco después se abrió la puerta. En el umbral,

una joven sujetando la hoja en forma que podía volverla a cerrar en cualquier momento. A nivel de su cintura asomaba el hocico amenazador de un doberman intentando abrirse camino entre la mujer y la puerta. Reisman apretó la culata de su «45» que había guardado en el bolsillo.

—¿Qué desea?

Reisman reconoció a la figura que poco antes viera de lejos en la playa. No había tenido tiempo de despojarse del chaquetón ni la bufanda. Aquel chaquetón… Antes de\la guerra había visto muchos como éste, los llevaban los nazis. También los había visto en algunos oficiales alemanes muertos.

—¿La señorita Strathallan? —preguntó—. Pensé que no había nadie en la casa. ¿No me oyó llamar antes?

—Si, soy *lady* Margot —replicó ella—. No, no le oí. Acabo de llegar. ¿Quién es usted y qué desea? ¿Cómo entró aquí?

Su actitud era el equivalente humano de la fiereza del *doberman*. El animal le enseñaba, amenazador, los dientes, sujeto por la mano de la joven, que se agarraba a su collar, y la pierna que le apartaba de la abertura de la puerta.

—¿En qué orden quiere que conteste a sus preguntas, señorita Strathallan? —dijo Reisman.

—*Lady* Margot, por favor —insistió ella—. Y no hay necesidad de que sea usted grosero —escrutándole descubrió sus galones y concluyó—: capitán.

—Empezaré con mi nombre, me parece lo más indicado. Me llamo John Reisman. Su padre ha consentido en que mi organización entrene aquí a un grupo de hombres…

—Mi padre no vive aquí —interrumpió—. Yo sí.

—Ya lo advertí, señorita Strathallan.

—Le 'dije que se me llama lady Margot.

La observó de cerca. Era una muchacha delgada, de mejillas pálidas y pelo castaño. No parecía muy fuerte. Era el tipo de mujer obstinada que resiste a cualquiera, a cualquier cosa, a todo con energía, pero que, finalmente, se doblega.

—Bueno, lady Margot —dijo Reisman—. El general sir Howard Stokes Strathallan ha concedido autorización, autorización debidamente presentada por conducto reglamentario, y hemos sido especialmente informados de su presencia aquí. No necesitamos

nada de su casa, simplemente un lugar apartado de la finca.

—¿Cómo entró aquí?

—Por la puerta principal.

—Estaba cerrada con candado.

—Lo destrocé entre mis manos —dijo Reisman—. Secuelas de guerra… Los tiempos cambian —sus ojos se posaron en el chaquetón de la joven—. Es muy bonito —dijo señalándolo—, le queda un poco largo, pero es muy bonito. Ideal para la caza en los brezos y cosas así. ¿Se lo hizo usted misma?

—No es asunto suyo, capitán —replicó—. Su vulgar sentido del humor es tan sólo eso…, vulgar. Le agradecería que me dejara, no me divierte en absoluto.

—¿Por qué no empezamos de nuevo, lady Margot? —dijo Reisman—. Totalmente en serio…, su padre ha puesto a nuestra disposición Stokes Manor para el entrenamiento de un grupo de hombres. Americanos; usted no ignora que hemos entrado en la guerra como aliados, ¿verdad?

—Y eso le permite ser grosero conmigo, ¿no?

La mano que sujetaba al perro debió aflojarse, pues el animal se abalanzó ladrando. Ella hizo cuanto pudo por contenerlo.

—Le agradecería que apartara a su amigo —dijo Reisman—. Nos entenderemos mejor sin distracciones. Si he sido grosero, le presento mis excusas. Se debe, sin duda, a mi fatiga y mi ignorancia.

—Dígame exactamente qué necesita de Stokes Manor y de mí.

—De usted nada, salvo su buena voluntad. Y permítame subrayarle la importancia de esto: su silencio absoluto. Es imprescindible que guarde la mayor reserva de nuestra presencia aquí. Nadie debe saberlo.

Reisman le informó del número de hombres que iban a acampar, la necesidad de conducir vehículos a través de los campos, la construcción de ciertas instalaciones y el montaje de un generador eléctrico en el claro del bosque y todo lo referente a comida y artículos de aseo.

—Se reparará o será usted indemnizada por cuantos desperfectos podamos ocasionar en la finca —le aseguró—. Y una última cosa… Mis hombres tienen órdenes estrictas de permanecer alejados del edificio. Será preciso que usted no se aproxime tampoco a la zona

donde acampamos. Por otra parte, está bastante alejada de la casa y no creo que le cause molestia alguna si desea pasear.

—Me parece humillante.

—No. Es sólo necesario. Me gustaría llevar a cabo todo esto en la forma menos molesta para usted. No nos inmiscuiremos en su vida privada y tengo la certeza de que podré obtener raciones suplementarias para usted y su servidumbre… Productos que últimamente le habrá sido difícil conseguir. Es lo menos que puedo hacer en pago de su amabilidad.

—No intente sobornarme, capitán —dijo, ofendida—. Sabe perfectamente que no tengo servicio. Todos están en el ejército, en las fábricas o en sitios parecidos. No soy una niña a quien se gana con promesas, golosinas, cigarrillos o café. Este es uno de los hábitos más viles de ustedes los americanos.

Reisman regresó al *jeep* diciéndose en su interior: «¡Lo siento, lady, tú te lo has buscado!». Y en voz alta, para que le oyera:

—El domingo vendré a instalar el campamento.

II

AQUELLA INMUNDA DOCENA

14

El convoy abandonó la prisión, de Marston Tyne en la mañana del domingo 5 de marzo de 1944.

Abría la marcha Víctor Franko, conduciendo un camión cargado de alambre de espino, troncos y una enorme caja. A su lado, el cabo Bowren con un grueso «45» en su mano y una automática del mismo calibre a la cintura. En la caja del camión iba otro guardián con idéntico armamento.

Bowren no dejaba de repetirle que fuera con cuidado. Pero Franko, con el acelerador bajo su pie, el volante dócil a su necesidad de movimiento, a su ansia de avanzar, de volar, de ir lejos y libre, se sentía poseído de una excitación que sólo una mujer o la libertad hubieran podido producirle.

Mujeres. Las vio por la carretera a pie o en bicicleta. Tocó el claxon, saludó y silbó hasta que Bowren le amenazó con quitarle el volante y que condujera otro.

Franko tenía una idea bastante exacta de la carga de cada vehículo. Todos, presos y guardianes, colaboraron en la tarea y él se había preocupado de hacer una especie de inventario mental por si podía serle de alguna utilidad. En el camión de atrás iba Sawyer al volante con un PM en la cabina y más alambre de espino, postes y estacas, cacerolas, bidones de combustible y alimentos en la caja. El polaco de Chicago —Joe Slaw, o Ski, o algo parecido— conducía el tercer camión, con Morgan al lado y un PM atrás con herramientas, equipos, armas y municiones.

Pinkley[33] —¡vaya nombrecito!—, aquel larguirucho de Vermont o New Hampshire, llevaba el cuarto camión con el resto de los hombres y guardianes y las mochilas. Cerrando la marcha, donde probablemente iba a permanecer la mayor parte del tiempo, iba el maldito capitán en un *jeep* con el negro al volante y una cisterna a remolque. Se figuraba que Reisman había cogido al negro

con intención de convertirle en criado suyo y cargarle con cuantos trabajos duros surgieran.

El cabo Bowren también se sentía mejor en la carretera, lejos de la rutina de la cárcel, que jamás le gustó. Afectaba indolencia con la pistola apoyada, en las piernas, pero tenía quitado el seguro y en una fracción de segundo, si llegara el caso, podía alojar una bala en el vientre de Franko. Fue estupenda la idea del capitán de sustituir el fusil de reglamento por las enormes pistolas. El capitán estaba bien, algo extraño y quizá hueso, pero conocía su oficio y lo que se llevaba entre manos. Bowren, aun en el caso de que le estuviera permitido, no habría podido jurar a nadie que sabía el objetivo de la misión. El día anterior fueron reunidos todos los guardianes —Bowren, los seis PM y esa basura de Morgan— y el capitán les explicó todo, menos el objetivo del plan.

—Tenéis un doble cometido —les dijo—. Primero: que ningún prisionero escape del campamento y que se cumplan estrictamente mis órdenes. Segundo: ayudarme a entrenarles. Haremos una lista para que siempre haya algunos de vosotros de guardia mientras los restantes me ayudan. Pasaréis por ciertas fases de entrenamiento como si fuerais reclutas, pero después habrá trabajo duro. Paracaidismo, que podréis aprender si lo deseáis, aunque no estáis obligados a ello.

Sobre la mesa en tomo a la que estaban reunidos el capitán desplegó a continuación los mapas del terreno de entrenamiento, zonas circundantes y pueblos. También les mostró un croquis con las vallas de alambre, torres de vigilancia y un barracón de madera. En cuanto a suministros parecía tener carta blanca en Intendencia. Salvo ciertos artículos que obtendrían sólo en caso de necesitarlos, podría decirse que eran una unidad independiente, autoabastecida, con camiones, un generador eléctrico de campaña, una cocina y un termostato que se instalaría en el barracón de ducha y lavadero.

La última observación del capitán fue:

—No digáis a nadie lo que estáis haciendo. Bocas cerradas. No quiero preguntas a los prisioneros sobre lo que yo les diga y no os concierna a vosotros. Si llegáis a saber o ver algo que os pueda dar una pista sobre lo que estamos preparando, debéis venir a verme y contármelo a mí exclusivamente. Si alguno de los presos os informa de algo, me lo referiréis al momento.

Tras el intercambio inicial de instrucciones generales, Reisman y Napoleón subieron al *jeep* cerrando la marcha. Reisman pensó que al destinar a Napoleón para que fuera a su lado, dándole la responsabilidad de conducir el *jeep*, mejorarían su actitud y su moral. Pero no parecía así. Napoleón conducía a tirones, pisando el freno y dando al acelerador alternativamente, haciendo derrapar el coche y la cisterna en las curvas y recodos como cualquier jovencito alocado con una muchacha junto a él. Después de un patinazo especialmente violento, Reisman protestó:

—¿Quiere usted que lleguemos enteros a nuestro destino, o pretende cargarse la función antes de comenzados los ensayos? Si desea matarse no cuente conmigo. Yo tengo mucho que hacer.

—¿Asustado? —inquirió Napoleón, con osadía.

—Cuando lo esté tendrá ocasión de verme —contestó Reisman—. Haga el favor de conducir este trasto como es debido.

—Naturalmente, señor capitán, naturalmente, señor.

—Bueno, ¿qué tripa se le ha roto ahora? —preguntó Reisman—, aparte de lo de siempre…

—¿Por qué me puso con usted? —siguió preguntando Napoleón, enfadado—. ¿Teme que contamine la preciosa carga que va ahí delante?

—¡Vaya, ya salió! ¿De modo que era eso? —exclamó Reisman, comprendiendo que lo que había hecho tenía resultados contrarios a los que esperaba—. ¡Mierda, White! ¿Qué pretende usted, que me baje los pantalones? Creo que la semana pasada me expliqué con bastante claridad. No puedo garantizarle que le amen o le acepten. Pero para mi todo el mundo es igual. No voy a estar acusándole. Tiene que aguantar como los demás los golpes de la vida. Se ha comprometido para una misión y yo le mantendré en ella.

Napoleón siguió conduciendo silencioso, pero el *jeep* iba ahora con mayor suavidad, manteniéndose a la misma distancia tras el camión que les precedía.

El cielo era gris, tormentoso y amenazador. Estaban cruzando las tierras de labor de Devonshire, recién aradas y sembradas, aunque faltasen aún más de dos semanas para la primavera.

—¿Qué le parece, teniente, hacemos una tregua? —insistió Reisman—. ¿Deja usted de luchar contra el mundo y… contra mí?

—Aún no, capitán —contestó, volviendo bruscamente la cabeza.

—Ya ha obtenido venganza. Y, además, ahora una suspensión de pena, ¿qué más quiere?

—Ahora veo las cosas en forma muy diferente, capitán. Le contaré una historia para que me entienda.

—De acuerdo, pero no descuide el volante.

—No se inquiete. Puedo hablar y conducir a un tiempo.

Empezó su relato a gritos, para que el capitán le escuchara entre el ruido del motor y las ráfagas del viento. Su voz terna la ligera acritud que Reisman había ya llegado a considerar como normal.

—Después del juicio hubo un hombre que solía visitarme; Un capellán negro, el teniente Devey Robinson. A bordo del *Ile de France* oyó contar lo que yo había hecho, y decidió restituir mi alma impía al camino del Señor para siempre jamás. Era un hombre culto, agudo, no uno de esos predicadores de sacristía siempre a vueltas con el infierno y la condenación eterna. Usaba una dialéctica racional y coherente en la que mezclaba en dosis apropiadas algo de escolástica. Creía de verdad en Jesucristo, no de una forma mágica o mística. Todo eso del pan, el vino, el cuerpo y la sangre le parecían, como a mí, brujerías de peor estilo que las que actualmente practican nuestros hermanos en África. Creía en Jesús de la misma forma que Gandhi, su héroe *moderno*. Ya sabe: presenta la otra mejilla, no violencia, y todo eso. La única forma, insistía, de que el negro americano llegue a alguna parte. Me dijo que, pese a la provocación, mi conducta fue errónea y que no estaba de acuerdo en absoluto con que me colgaran. Casi llegué a *creerle*. Me aconsejó contrición y pies de plomo en lo sucesivo, como si fuera un bracero de una plantación. Me aseguró que haría todo lo que estuviera en su mano para que el Tribunal de apelación, teniendo en cuenta los motivos de mi conducta, suavizara mi condena.

—¡Y puede que lo hayan hecho! —interrumpió Reisman—. ¡Cuernos! No se crea que para ellos es un placer colgar a la gente. No hace precisamente bonito en los archivos ni en los periódicos. Prefieren utilizar al máximo el material humano de que disponen. En realidad esta misión lo demuestra.

—Me parece que hay gato encerrado, capitán —dijo Napoleón, apartando la vista de la carretera para mirar a Reisman—. Creo que necesitan carne de cañón y han pensado dejar la matanza en manos

de los alemanes.

—Todo soldado corre ese riesgo, White —dijo Reisman, inclinándose hacia él y hablando a grandes voces para asegurarse de que sus palabras no eran ahogadas por el viento y el ruido del motor—. Si se queda conmigo, va a luchar como jamás lo hizo. Ese odio suyo era muy cómodo para un hombre que está a punto de morir, pero ¿qué habría hecho si tras el juicio le hubieran libertado?

Napoleón calló un instante, pensativo.

—Déjeme acabar mi historia —dijo, finalmente.

—Adelante.

—¿Conoce usted la famosa cuestión de las ciudades vedadas a las tropas negras en los Shires, No? Ya sabe, unas ciudades son nuestras y otras de ellos.

—Es la primera noticia que tengo —dijo Reisman—. He estado en combate casi continuamente. No sé nada de ese asunto.

—Es posible. Yo también hasta que me lo contó Robinson. En forma oficiosa. Por lo visto hicieron una división por las buenas. Las tropas negras estaban confraternizando demasiado con la gente del lugar. Les invitaban a comer en sus casas el domingo y salían con las chicas. Los gallitos blancos echaban las muelas. Cuando una unidad regresaba de visita a una ciudad que había sido declarada zona de recreo para las tropas blancas, surgían peleas. Alborotos en los que salían a relucir pistolas y navajas. Cómo sería el revuelo que debió llegar a oídos del alto mando, porque decidieron que en lo sucesivo no se volverían a dividir las ciudades y que antes de salir del cuartel cachearían a la tropa para impedir que sacaran armas.

—No creo que Robinson le ayudara demasiado contándole esas cosas —dijo Reisman—. ¿Qué intentaba demostrar?

—Bueno, en realidad, por aquel entonces era él quién necesitaba ayuda —contestó Napoleón—. Tiene gracia que acudiera precisamente a mí, a mí que estaba con la soga al cuello. Ya se imagina usted, los muchachos negros eran minuciosamente cacheados, ya que se supone que somos especialistas en el manejo del cuchillo. En cambio, con los blancos se hacía la vista gorda. En consecuencia, atacaban en pandilla a los negros cuando les molestaba su presencia en ciertos sitios. Robinson les predicaba que presentaran la otra mejilla, pero puede usted creerme, en la última

visita me dio la sensación de que su filosofía se le estaba tambaleando. De todas formas, insistía en sondearme para descubrir todos los motivos de mi acto de violencia. Un día no pudo más y dijo a sus fieles que se defendieran. Sí, que olvidaran las ordenanzas, que pasaran armas ocultas si era preciso. Pero que le prometieran usarlas exclusivamente en su propia defensa. Alguien dio el chivatazo y tuvo que comparecer ante un tribunal militar. Imagínese, los cabrones llevando a juicio militar a un hombre como aquél. Por instigar a la rebelión, dijeron. En resumen: veinte años de trabajos forzados, magnánimamente reducidos a quince por el comandante supremo. Ahí lo tiene, capitán. Por eso yo no ando con pies de plomo, yo piso fuerte.

Reisman alargó el brazo cerrando la llave de contacto.

—¡Frene! —ordenó?

El *jeep* se detuvo al borde de la carretera; Napoleón, aferrado al volante, miraba hosco al frente.

—White, ¡míreme! —ordenó Reisman.

Napoleón se volvió y Reisman clavó sus ojos en los del preso.

—¡No intentes pisarme a mí, amigo! ¡Te lo aviso! —dijo—. Prueba a hacerlo y te apagaré como a esa llave de contacto. ¿Está claro?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Sí, señor.

—Y ahora sigue. Tenemos muchas cosas que hacer.

A media mañana el convoy llegó a las puertas de Stokes Manor. Lloviznaba. El cabo Bowren se dirigió al *jeep* de Reisman. Los guardianes se habían apeado colocándose a uno y otro lado de los camiones.

—Bien, capitán. Llegamos —dijo mostrando el mapa—. Pero parece que no nos dan la bienvenida.

—¿Qué quiere usted decir?

—No hay nadie y la puerta está cerrada con un candado y una cadena.

—¡Maldita arpía! —murmuró Reisman.

—¿Cómo dice, señor?

—Nada. Reúnete con los demás —dijo a Napoleón.

Salió del *jeep* dirigiéndose al sargento:

—Morgan, fórmeme a los presos y a los guardianes en semicírculo frente a la puerta. Los guardianes por fuera. Que todo el mundo se ponga las chaquetillas.

Se dirigió a la verja, comprobando que habían instalado una cadena y un candado nuevos. Sacó su «45».

—Muchachos, empieza el entrenamiento. Tal vez lo hayáis oído anteriormente y todos lo sepáis, pero vamos a repasarlo. Esto es una automática del «45» modelo 1911 Al. Alcance máximo, unas mil seiscientas yardas. Pero si alguna vez os veis obligados a emplearla a esa distancia, estáis apañados. Su alcance efectivo es de setenta y cinco. A menos distancia su impacto es terrible y más vale que no os encontréis nunca frente a ella. Además de las otras armas, cada vigilante lleva constantemente un calibre «45» cargado y con el seguro puesto. Quitar el seguro cuesta una fracción de segundo.

Hizo retroceder a los hombres, deteniéndolos a unos veinte pies. Después, enjugándose la lluvia de la cara, apuntó cuidadosamente e hizo dos disparos que destrozaron el candado. Algunos hombres abrieron las puertas de par en par.

—Voy a por *el jeep* y me colocaré en cabeza, Bowren —dijo Reisman—. Avise a los conductores que usen la tracción trasera y metan la cuarta. Vamos a ir campo a través.

Estaba aún parado junto al último camión vigilando la subida de los hombres cuando oyó a Bowren gritar:

—¡Capitán, mire! Mire lo que viene por ahí.

A todo correr por el camino, el perro de lady Margot Strathallan, con el pelo reluciente por la lluvia, avanzaba con ánimo de comerse el convoy entero.

—¡Se acabó! —dijo Reisman, desenfundado su «45»—. ¡Todos atrás!

El perro debió oírle u olerle, porque virando repentinamente se dirigió hacia él. El *doberman* inició el salto a diez pies del capitán, que alzó la pistola apuntándole. Pero alguien le golpeó en el brazo por detrás gritando.

—¡No! No matar —y se arrojó sobre el perro.

Samson Posey rodó por el suelo húmedo junto al animal, que gruñía enseñando los dientes. Poco después se puso en pie, manteniendo al perro, que se debatía sólidamente sujeto contra su pecho como un muñeco. Su enorme puño se hallaba encajado en las

fauces del *doberman*.

Reisman sintió dolor en el brazo en que Samson le golpeara. Guardianes y presos contemplaban la escena a la expectativa. El indio permanecía impasible, esperando el castigo del capitán, aunque en su mirada había un cierto orgullo, como diciendo a Reisman: «Lo he hecho por ti. Te he librado del peligro y de cometer una acción vergonzosa».

—Bowren, coja a Posey y al perro y llévelos a la casa en el *jeep* —dijo Reisman—. Llame hasta que contesten. Cuando regrese por el camino, no le costará encontrarnos siguiendo el rastro de los neumáticos. Vamos media milla en esa dirección —dijo, señalando al bosque.

El acceso al sitio elegido fue fácil. La llovizna continuaba y el suelo estaba húmedo, pero no embarrado. Tuvieron que dar algunos rodeos, evitando árboles y arrancando algunos arbustos, pero, finalmente, Reisman reunió todos los camiones en torno al claro del bosque, listos para la descarga. Llamó a Morgan.

—El campamento tiene que construirse en un día, sargento —dijo Reisman—. Descansaremos a mediodía para comer. Después seguiremos trabajando hasta que esté todo terminado. Que los hombres cojan sus mochilas del cuarto camión y se pongan los trajes de faena y las gabardinas. Después, que se cambien de uno en uno todos los guardianes. Incluidos usted y yo, e inmediatamente a trabajar. ¿Estamos?

—No tengo traje de faena, mi capitán.

—¿Pensó que no iba a volver a usarlo?

—Sí, capitán. No quisiera ofenderle, pero cuando me presenté voluntario para aquel destino especial en la cárcel, me dijeron que no tendría otra cosa que hacer y me desprendí de cuanto me sobraba.

—Pues va a tener que ensuciarse, Morgan. Somos una unidad reducida, todos tenemos que trabajar. Lleva usted seis galones y va a trabajar para conservarlos.

—Sí, señor —murmuró Morgan.

—Ahora, vaya con los hombres.

—Sí, señor —volvió a responder Morgan, retirándose.

El cabo Bowren y Posey llegaron en el *jeep* a través de los campos cuando los hombres se estaban poniendo el traje de faena.

Reisman los había aguardado algo impaciente —no porque temiera que el indio intentara algo, estaba seguro de que no lo haría—, sino porque pensó que tal vez debiera haber ido él personalmente a la casa, ya que era el responsable y no tenía por qué eludir sus obligaciones.

—¿Qué tal le fue? —preguntó Reisman.

—Misión cumplida, señor —contestó Bowren, radiante. Miró alrededor del claro y comentó—: No es gran cosa, pero me parece que va a ser nuestro hogar por una temporada, señor. Es una lástima que no pudiera sacar un par de habitaciones para nosotros en la mansión.

—¡Nadie debe acercarse por allí, cabo! ¿Entendido? —cortó Reisman. Su voz sonó algo más irritada de lo que pretendiera—. Ni usted ni nadie del grupo. ¡Está terminantemente prohibido! Es zona vedada.

—Claro, capitán. Soñaba en voz alta nada más.

—Estará muy cómodo en cuanto levantemos la alambrada y el barracón. —Reisman vaciló un instante antes de continuar—. ¿Qué dijo? —preguntó.

—Nada, señor. Se limitó a coger al perro y cerrarnos la puerta en las narices echando la llave. Es una mujer muy rara.

—Sí, ya lo sé. La conozco.

Reisman dividió a los presos en dos grupos de trabajo de seis hombres, uno para levantar la valla y el otro para las torres de vigilancia y el barracón. Llamó a Glenn Gilpin, recordando haber leído en su historial civil que había desempeñado toda clase de trabajos por el suroeste: construcción, petróleo, bracero. Finalmente, aquel culo de mal asiento acabó en el ejército al estallar la guerra. Tenía veintiocho años y era un hombre ágil, flaco, de cara ceñuda y mejillas oscuras, que nunca daban la impresión de estar afeitadas.

—Tú debes saber de esto —dijo Reisman señalando con el pie un rollo de alambre que habían descargado del camión.

—Sí, sé hacer cercas para las vacas, capitán —dijo Gilpin—. Pero no creo que pueda instalarlo yo solo.

Reisman ignoró la última observación.

—Trabajarás a la orden del cabo Bowren. Él te enseñará lo que no sepas y tú se lo enseñarás a los demás. Y a ver cómo lo hacen.

Tenemos postes, alambre y herramientas. ¡Manos a la obra!

Para el trabajo en la cerca designó junto a Gilpin a Posey, Maggot, Jiménez, Sawyer y Pinkley, con tres PM vigilándolos. Morgan con Franko, Smith, White, Odell, Lever y Wladislaw, se encargaron de limpiar de matojos el lugar en que se alzarían los barracones. Los vigilaban otros tres PM con las armas dispuestas.

Reisman estaba sentado en la cabina del camión estudiando los croquis del campamento cuando oyó a Morgan discutir con alguien. Sacó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Qué pasa, sargento?

Morgan conducía por un brazo a un hombre empujándolo hacia el camión. Era Calvin Ezra Smith.

—Dice que no trabaja porque es domingo —explicó Morgan.

—Efectivamente, capitán —contestó Smith, levantando la cabeza para mirar a Reisman.

La lluvia le corría en regueros por las mejillas y los salientes pómulos:

—Dice el Libro: «No olvides santificar las fiestas».

Reisman abrió la portezuela, saltando del camión.

—Dice otras muchas cosas, Smith. Intentaste matar a un oficial ¿no? Por eso estás aquí. Me parece que tu repentina efervescencia religiosa es un pretexto para no dar golpe.

—No, señor —protestó Smith—. Por aquel entonces yo había perdido la gracia de Dios, pero ahora la he recobrado y viviré según su palabra.

—Vas a vivir según mi palabra, muchacho —dijo Reisman—, y según la promesa que me hiciste en Marston Tyne.

Si permitía cualquier libertad, cualquier pereza y no las aplastaba a tiempo, después vendría otra y luego otra. Pero de repente se le ocurrió una solución mejor. Hizo parar el trabajo y convocó a los hombres en el claro. Smith y Morgan, en pie a su lado.

—Muchachos, habéis empezado a trabajar, hay mucha faena y debemos acabarla hoy. El señor Smith, aquí presente, dice que él no trabaja porque es domingo. Yo no quiero dudar de su devoción. Puede que muchos de vosotros seáis creyentes. No lo sé. En cualquier caso lo dejo a vuestra elección. Si estáis de acuerdo,'.Smith puede sentarse o pasearse leyendo en voz alta

versículos de la Biblia, si eso os inspira para compensar su ausencia en el trabajo. Pero si votáis que trabaje, *¡trabajará!*

—¡Que apenque! —chilló Lever—. ¿Quién cono cree que es?

—¡Al trabajo! —gritaron algunos.

—¿Y si esperamos a que acabe de llover, capitán? —preguntó Archer Maggot—. En mi tierra ni siquiera las «hormigas» trabajan en los campos cuando llueve, y menos aún los blancos.

Reisman vio a White en tensión, y por unos instantes creyó que iba a lanzarse sobre Maggot, pero lo que hizo fue dirigirse lentamente hacia él, preguntándole en voz alta, para que todos le oyeran:

—¿Has oído hablar de los romanos, *cracker*[34]?

—Sí, he oído hablar de los romanos, chico —dijo Maggot—. ¿Y qué?

—¿Por casualidad has oído mencionar al historiador romano Tácito, *cracker*?

—Tal vez sí, tal vez no. ¿A ti qué te importa?

Intentaba eludir el tema, pero tenía una mirada perpleja e iracunda.

—Pues bien —continuó Napoleón—, el mencionado historiador Tácito escribió, allá por el año cien después de Cristo, que el clima de Bretaña, si bien es molesto por las frecuentes lluvias y nieblas, no liega a ser crudo por el frío. Métete esto bien en la cabeza, *cracker*, y te servirá de alivio.

Reisman soltó una carcajada y los demás le imitaron, aunque muchos de ellos no sabían de qué ni por quién iba el chiste. Incluso Maggot rió falsamente. Napoleón también reía. Era la primera vez que Reisman le veía hacerlo.

—Todos han votado en contra, Smith —dijo Reisman para acabar de una vez—. O trabajas o no comes cuando llegue el momento.

Algo enfadado y arrastrando los pies, Smith se reintegró a la faena. Reisman detuvo a Napoleón poniéndole la mano en el hombro.

—Si sigues tratando a ese tipo como lo has hecho ahora, te harás, y le harás a él, más bien que si le pegas con un martillo.

—Tal vez, capitán, tal vez —contestó Napoleón, aburrido—. ¿Pero sabe? Creo que ese hijo de puta ni siquiera entiende de qué le

hablo.

—Por eso mismo —dijo Reisman.

Hacia mediodía cesó la lluvia. La abrumadora bóveda gris comenzó a mostrar claros aquí y allá a través de los cuales asomaba el azul del cielo. Algunos de los presos parecían gozar con el trabajo. Samson Posey se reveló como un magnífico colocador de postes una vez que Gilpin le enseñó la técnica. Sus grandes brazos subían y bajaban, su enorme tórax y sus espaldas presionaban en la tierra hincando las estacas. Se negó a ceder las herramientas y no cesó de trabajar ni un solo instante.

Comieron sentados en el suelo, donde se alzaría el barracón: raciones K y café instantáneo, calentado en un hornillo de petróleo. Después volvieron a la tarea.

Para descargar la enorme caja que venía en el camión de Franko fueron necesarios los seis hombres de Morgan a los que se unieron el sargento y Reisman.

—¿Qué diablos hay aquí dentro? —refunfuñó Franko cuando la caja tocó el suelo.

—¡Ábrela! —dijo Morgan, dándole un martillo y un formón.

—Vayan con cuidado —añadió Reisman—. Necesitamos esas tablas. Franko hundió el formón en uno de los bordes presionando hacia arriba. Los otros miraban con curiosidad, esperando seguir el trabajo con lo que saliera de la caja. Los clavos chirriaron y algunos de los presos se sobresaltaron. Reisman advirtió en Morgan la misma mirada ansiosa y voraz con que aguardaba la comida en el Butcher's Arms. Franko levantó una tabla tras otra.

—Tú —dijo Morgan a Myron Odell—. Coge otro martillo y ve sacando los clavos y enderezándolos.

—Sí, mi sargento —contestó Odell.

Al coger la primera tabla, se pinchó un dedo, dio un respingo y se chupó la sangre delicadamente.

Por fin, arrancadas todas las tablas, apareció un bulto envuelto en oscuro papel embreado. Encima, sujeto al envoltorio, se destacaba un sobre blanco que parecía lleno de papeles. Franko, curioso, lo cogió, desdoblándolo una, dos, tres veces. Resultó ser un plano. Lívido de terror, empezó a gritar:

—¡Hijos de puta! ¡Jodíos hijos de puta! ¡Mirad! ¡Mirad! —gritaba para que todos le oyeran. Mostró el plano al preso más

próximo, Joseph Wladislaw, a quien estuvo a punto de tirar al suelo. Después se volvió hacia el envoltorio comenzando a desgarrar, frenético, el papel impermeable a jirones.

Debajo se veía la madera: anchos y gruesos listones de Vermont y una soga de cáñamo de Manila, tensa, enroscada arriba y abajo, arriba y abajo, en los travesaños, los, montantes, los listones, lina soga que destacaba siniestramente.

—¡Miradlo, muchachos! —aullaba Franko, enloquecido—. ¡Está ahí! ¡Está ahí, entero! ¡Un cadalso! ¡Una horca infernal!

Hay en los ojos de Franko un primer plano aterrador del sargento Morgan.

Silencio en el claro. La brigada que construía la valla abandonó las herramientas aproximándose a la caja. Los guardianes no intentaron detenerlos. Mantuvieron sus armas apuntándoles y fueron tras ellos con una especie de fascinación morbosa.

Archer Maggot arrancó el maldito plano de las manos temblorosas de Joe Wladislaw, quien, pese a no estar condenado a la horca, parecía horrorizado. Maggot lo cedió sin protestar a Roscoe Lever, quien se limitó a encogerse de hombros y con una sonrisa fatua lo pasó a Kendal Sawyer, cuya sentencia estaba todavía en el aire. La fatuidad de Lever se debía a que se había librado de una sentencia de muerte por los pelos. Franko andaba como un autómata, parecía en trance; distinguió a Reisman. Entonces, se agachó y empuñó el martillo que antes había dejado caer. Se dirigió al capitán.

—¡Nos has mentido, maldito traidor! —escupió.

Morgan era el más cercano a Franko, pudo haberle detenido, haber saltado, haber hecho algo, pero no se movió. Se limitó a mirarle expectante.

—¡Ibamos a librarnos! ¿Verdad? —gruñó Franko, levantando el martillo—. Hicimos un trato, ¿no es cierto?

Reisman vio que algunos PM apuntaban con sus armas al preso.

—¡Quietos, no disparéis! —gritó, encarándose después con Franko.

Napoleón se lanzó en plancha, con el hombro izquierdo como ariete —«a las espinillas, y las leyes de la Naturaleza hacen el resto…, el culo en la tetera», como decía el entrenador— y golpeó a Franko por debajo de las rodillas, haciéndole perder el equilibrio.

La bota de Reisman se estrelló contra la muñeca en la que sostenía el martillo. Bowren, surgiendo entre el grupo, hincó las rodillas en la espalda de Franko inmovilizándole el brazo con una llave de judo.

Napoleón rodó por el suelo y se levantó de un salto, sofocado y en actitud de hacer frente a quien fuera.

—Gracias, teniente —dijo Reisman sin mirarle—, le debo un favor.

—Entonces, páguelo ahora, capitán —contestó Napoleón. Las palabras le salieron a borbotones—. No quiero favores de usted. Sólo que conteste a una cosa. —Saltó sobre la caja y tiró la odiosa cuerda mostrándola—. ¿Qué demonios es esto? ¿Qué se trae entre manos?

Silencio. En el claro del bosque, rodeado por la valla de alambre, todos permanecían inmóviles; los presos por el terror, los guardianes por curiosidad, atentos a cualquier incidente y no obstante sobrecogidos por el clima de tensión que se había creado.

—No es más que una soga —dijo Reisman, lentamente—. Eso es todo. Y en la caja madera… Madera pura y simple. —Se dirigió a Napoleón y le arrebató la soga—. Estamos en Inglaterra y llevamos en guerra cinco años. Los suministros no son fáciles de obtener.

Los ojos grises de Reisman recorrieron el grupo.

—Necesitamos madera para construir el campamento.

Las miradas de terror comenzaron a desaparecer, incrédulas.

—¡Morgan! —llamó.

En aquel momento dudaba de si todos los hombres del grupo sabían, como Franko, que Morgan era el verdugo… Deseó que lo supieran para no tener que decirlo directamente. La amenaza de Morgan sería más efectiva en forma de rumor que corre de hombre a hombre, de guardián a preso, sin ser jamás confirmado, salvo por nuevos rumores y el normal acontecer de los hechos.

El sargento primero Morgan avanzó despacio. De su cara había desaparecido la sonrisa estúpida y morbosa.

—Sí, mi capitán —dijo.

A los pies de Kendall Sawyer había quedado el plano del cadalso. Líneas y flechas. Escalas y cifras de una siniestra exactitud.

—Cójalo y quémelo —ordenó Reisman. Los que sabían que era el verdugo comprenderían. Los que no, ya se irían enterando y

jamás podrían olvidar la escena.

Morgan tomó el papel que Reisman le indicaba.

—No llevo cerillas, señor.

Reisman sacó el mechero de uno de los bolsillos de su traje de faena. Morgan lo hizo funcionar varias veces, y después saltó hacia atrás, dejando caer de entre sus dedos el plano envuelto en llamas.

Reisman se encaró con Franko, consciente de que todos aguardaban el castigo que iba a imponerle y que si no lo hacía al instante daría lugar a una grieta en la disciplina del grupo.

—Suéltelo, cabo —ordenó.

Bowren puso a Franko en pie, sujetándole fuertemente de un brazo. La chaquetilla entreabierta del preso mostraba su sucia y espesa pelambrera sudorosa. Mantenía la cabeza agachada.

—Harás las zanjas de las letrinas —dijo Reisman—. Y si vuelves a intentar otra aventura como ésta no lo cuentas. Póngale a trabajar en las zanjas, cabo, y si pone mala cara métale una bala en la cabeza.

Reisman se agachó, recogió el martillo y se lo entregó a Morgan.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —ordenó.

Volvieron al trabajo de mala gana, empujados por Morgan y los PM. Reisman llevó la soga a uno de los camiones, arrojándola violentamente en la caja, sintiendo un contacto viscoso en sus manos.

15

El claro del bosque resonaba con los gritos y los ruidos de los hombres trabajando. En el aire se mezclaba el olor de sudor y esfuerzo con el de la humedad, el vaho de la tierra y las flores que empezaban a brotar. Del suroeste, más allá del bosque y de la casa, llegaba la brisa del mar.

La empalizada quedó lista al caer la tarde. Era una doble cerca de ocho pies de altura, un polígono irregular dentro de otro, cuyo perímetro se ajustaba a los contornos del claro y al material de que disponían. La cerca exterior quedaba a unos treinta pies de los árboles y la interior a unos veinte de la primera. El barracón se alzaba a un extremo del recinto a lo ancho. Para entrar en el espacio interior, tanto guardianes como presos debían atravesar una barrera de cinco controles constantemente vigilados: un portón de alambre de espina, una puerta de madera, el barracón, otra puerta de madera y un nuevo portón de alambre de espino. A un lado, reclusión absoluta; al otro, dudosa libertad.

En el interior del barracón había una escalera que llevaba al tejado, donde hacía guardia un vigilante siempre que los presos se encontraran en el recinto. Esta escalera y las dos torres de vigilancia —estrechas plataformas de más altura que la empalizada— se habían construido principalmente con la madera del patíbulo. Las torres estaban situadas en puntos estratégicos fuera de la empalizada exterior, dominando un campo de fuego entre el recinto y el corredor que formaban las dos empalizadas. Día y noche habría vigilancia en las torres mientras los presos, permanecieran en el recinto.

Y las dos letrinas excavadas por Víctor Franko, con el cuerpo cansado, lleno de rencor y la mente repleta de inmundicias como las letrinas lo estarían pronto. La de los presos estaba dentro del recinto lo más lejos posible del barracón. Las vallas formaban un

artístico *cul de sac* en torno a ella. La segunda, para uso de los guardianes, estaba en el bosque, a unas cincuenta yardas del campamento.

Cuando todo estuvo concluido a gusto del capitán, éste ordenó formar a tos prisioneros en el recinto. Trajeron del camión sus mochilas y todo el equipo. Caminando por el barracón, Víctor Franko, maloliente, sucio y frenético, lanzó una mirada a la construcción, grabando en su cabeza los veinte pies de largo de puerta a puerta: petates, aunque bastante separados; lavabos sobre un caballete de madera, grifos conectados al calentador de fuera; cocina de campaña colocada en un rincón sobre otro caballete y la pequeña habitación separada por una puerta entornada que dejaba ver un petate, una mesa y una silla, probablemente de Reisman.

En el interior del recinto los presos formaron en posición de descanso en fila de a uno, con sus equipos a los pies. Tres PM hacían guardia en el tejado del barracón y las torres. El sargento Morgan, el cabo Bowren y los otros centinelas estaban colocados ante la puerta. Todos parecían necesitar un baño, comida y un buen sueño. El uniforme clase A de Morgan se hallaba sucio y lleno de barro.

—Habéis hecho un buen trabajo —anunció Reisman—. Vamos a plantar las tiendas, lavarnos y a hacer una comida caliente.

Archer Maggot murmuró:

—¿Cómo demonios tiendas…? Si no hay.

Aunque no lo quiso decir tan fuerte, Reisman lo oyó.

—¿Qué te inquieta, hermano Maggot? —dijo el capitán.

—Creí que íbamos a vivir en el gallinero este que hemos construido. No veo tiendas, capitán. Y aunque las hubiera es una tontería habernos dado este palizón para nada.

—Vais a dormir en el suelo, en tiendas, exactamente donde estáis ahora —anunció Reisman a todos por primera vez. Algunos se miraron sorprendidos, otros decepcionados, otros furiosos—. El barracón es para los guardianes y para ocasiones excepcionales. Estamos en el campo y vamos a entrenarnos en condiciones de simulacro de combate. Por si lo habéis olvidado, después de vuestra estancia en la confortable prisión inglesa de la que venís, en los equipos de campaña tenéis cada uno de vosotros un poncho. Juntándolo con otro construiréis una tienda de dos plazas. Cada

noche plan taremos, las tiendas y las levantaremos por la mañana. Donde quiera que vayamos y hagamos lo que hagamos, llevaremos siempre el equipo completo incluidos los ponchos. Esta noche instalad las tiendas a discreción, pero dentro de dos días lo haréis por orden de número y en un tiempo reglamentario.

Designó como al azar los compañeros de tienda. En realidad había estado pensando en ello concienzudamente durante todo el día. Puso juntos a Maggot y Jiménez, Franko y Posey, Odell y Smith, Sawyer y Lever, White y Wladislaw, Gilpin y Pinkley. A regañadientes comenzaron a plantar las tiendas y cavar pequeños regueros para la lluvia en torno a ellas. Mientras pudiera mantener a los revoltosos separados —incluso juntar uno bueno con uno malo — esperaba que la tarea fuera mejor.

Reisman tomó el poncho del cabo Bowren, abotonándolo con el suyo, y plantó la tienda lo más cerca posible de la entrada del barracón. En lo sucesivo iba a hacer exactamente lo mismo que los presos: dormir como ellos, comer con ellos; así le irían conociendo. Morgan, Bowren y los PM estarían aparte, él no.

En el cuartito del barracón, Reisman trabajaba sobre el programa de entrenamiento del día siguiente. Los prisioneros se habían acostado ya. Esperaba poderse ir pronto a su tienda y descansar toda la noche. En el tejado se oían las fuertes pisadas de Morgan, que hacía el primer turno de guardia. A las 02,00 le relevaría Bowren. La noche siguiente descansaría el cabo, Morgan haría el segundo turno y Reisman el primero. Los PM se turnarían igual, tomando una noche libre cada tres.

Alguien llamó a la puerta entreabierta. Reisman levantó la cabeza. En el umbral, el cabo Bowren como indeciso; traía en la mano una trompeta dorada y brillante que dejaba escapar destellos luminosos.

—¿Qué hay, cabo? —preguntó.

—Siento molestarle, señor. ¿Recuerda que le dije que tocaba este trasto?

—Desde luego, cabo.

—Estaba pensando, capitán, si podría tocar retreta y silencio. Ya sabe… les haría sentirse en el ejército de nuevo… Sería bueno… para la moral. Ya sé que a algunos les molesta su sonido, pero, personalmente, cuando oigo los toques me corre un

estremecimiento por la espalda. Excepto en la diana —añadió con una sonrisa.

—Es una idea excelente, cabo. Me parece muy bien —hizo una pausa, pensativo, antes de seguir—. Si lo desea… me gustaría que diera todos los toques a partir de mañana. Diana, izar bandera… Me traje una para recordarles en qué lado están luchando… Podemos instalar un mástil en el tejado… Fajina… todos los toques hasta retiro, retreta y silencio. Ha tenido una estupenda idea, Bowren. Muchas gracias.

Flotaron en el aire de la noche las últimas notas del toque de silencio.

—¡Smith! —susurró Myron Odell. Estaba a punto de dormirse cuando el clarín lo despertó. Ahora se agitaba en su saco—. Smith, ¿estás despierto? —susurró otra vez.

—¡Qué hermoso! —dijo Calvin Ezra Smith en voz baja—. Esa melodía tiene mucho de religioso. «Dios es noche». ¿Sabías que eran las palabras finales? ¡Qué gran verdad!

—Me trae recuerdos muy lejanos —dijo Odell.

A Smith las palabras de Odell le sonaron como si estuviera a punto de romper a llorar.

—¿De cuándo? —preguntó.

—El campamento de *boy-scouts*. La primera vez que las oí. ¿Has sido *boy-scout*, Smith? En el orfelinato en que me crié témame» una escuadra —dijo apresuradamente, sin esperar la respuesta del otro —. Un año nos llevaron a un campamento de verdad, en pleno bosque, junto a un lago. Era muy bonito. Sólo fui aquel verano. Después no pude seguir siendo *scout*. Me expulsaron… Pero aún lo recuerdo.

—¿Qué hiciste para que te expulsaran? —preguntó Smith.

—No puedo decírtelo.

—A mí me es igual —susurró Smith—. No será peor que lo que yo hice. Cualquiera puede recuperar la gracia de Dios. Lo dice el Libro. ¿De dónde eres, Myron?, ¿te llamas así, no?

—Sí. De Cleveland, Ohio… Allí estaba el orfelinato, así que supongo que allí nací.

—Yo soy de Tennessee, Myron, ¿sabes dónde está?

—Ya lo creo, Smith. Nunca he ido, pero sé dónde está. Lo estudié en el colegio.

—Oye, puedes llamarme Cal. Si tienes algún problema vienes y me lo dices y yo *veré* si encuentro la respuesta en el Libro. Allí está todo. Todo lo que uno quiera saber.

—Yo soy inocente… Soy inocente —dijo Odell—. No he dejado de repetírselo, pero no me creen.

Smith advirtió, disgustado, que lloriqueaba.

—Desde luego —respondió—. Jesús también era inocente… como un cordero. Ahora compruebo qué eres devoto, Myron. En cuanto te vi me di cuenta. ¿Crees en Dios y en Jesús, verdad que sí?

—Era un orfelinato católico. Fui educado como católico. —No lo hubiera pensado. Pero te diré una cosa, Myron, y no creo que te hiera. Escucha… «El Señor es mi pastor; no me abandonará. Él me conducirá a las verdes praderas: guiará mis pasos hacia las aguas tranquilas…».

—¡Qué hijos de puta! ¿Es que no van a dejarnos dormir? —musitó Archer Maggot. Su compañero de tienda, Luis Jiménez, no respondió. Maggot prosiguió con sus maldiciones.

—¡Mierda con la musiquilla, lo que nos faltaba! Tampoco obtuvo respuesta.

—¿Cómo se te ocurrió presentarte voluntario como fregona, Luis? —lanzó Maggot.

—Me presenté a cocinero —contestó secamente Jiménez.

—¡Qué mierda, es lo mismo! ¿Es que tratas de hacerle la pelota al capitán?

—Ten cuidado con lo que dices, amigo. Me gusta cocinar, eso es todo. —¿Eras cocinero en la vida civil?

—A veces —dijo Luis—. Estaba de pinche y friegaplatos en Salinas. Malos tiempos. Me echaron y volví a trabajar al campo. Es lo que hace toda mi familia, mi padre, mi madre, mis hermanos. Yo quise entrar de cocinero en el ejército, pero no me dejaron.

—Oye, Luis… ¿Tú eres mes ¿cano?

—Mesicano no, mexicano. Nací en California, en la frontera. Soy ciudadano americano.

—Es lo que yo decía, Luis… Eres mesicano. Es mejor que ser negro, o italiano, o judío, o indio, seguro. Además, eres simpático, Luis. ¿Por qué te juzgaron?

—Maté a un jodío teniente.

—¡Diablos…!

—¿Tú qué hiciste, gringo?

—Nada. Dicen que hice… Pero yo digo que no.

—Así es la vida, «amigo»… Ahora a callar y a dormir, estoy cansado.

—Claro, claro, Luis. Eres simpático.

—¿Por qué te llamó teniente? —preguntó Joe Wladislaw.

—¡A ti qué coño te importa! —dijo Napoleón.

La trompeta acaba de recordarle otros tiempos… En Fort Huachuca y su regimiento… ¡Dios, qué puntuales eran!

Wladislaw medía cuidadosamente sus palabras. Jamás en su vida había puesto tanto cuidado en elegir las palabras.

—Mira, chico —insinuó lentamente—, no te lo tomes así. No creas que pretendo tomarte el pelo, ni nada. Sólo te pregunté amistosamente. Si no me importa… no me importa. De acuerdo. Al fin y al cabo tú no me conoces… pero vamos a compartir la tienda y pensé que podíamos charlar, ¿no? Como en mi tierra, cuando iba a tomar una cerveza… No es que quisiera una cerveza… Me podía sentar en casa y beber toda la que se me antojase… Pero la gente tiene que hablar, bromear, discutir… ya sabes, todos los chicos del barrio… lo pasábamos muy bien.

Napoleón se apoyó sobre el codo, mirando a través de la oscuridad de la tienda.

—Eres de Chicago, ¿verdad, Joe? —preguntó.

—Sí, claro, ¿cómo lo sabes? —respondió Wladislaw, alegre.

—Porque tengo oídos, ojos y cerebro —contestó Napoleón—. Y estoy acostumbrado a utilizarlos. Dime una cosa, Joe, después de tomaros las cervezas, ¿cuántas veces tú y tus amigos habéis ido al barrio sur para pegar a uno o dos negros?

—Jamás —replicó Joe Wladislaw, indignado—. ¿Por qué iba a hacerlo? Yo trabajaba con un par de muchachos de color en el camión y eran muy simpáticos. Claro que cuando me enfurecía les… Incluso me pegué una o dos veces. Pero jamás hice nada como lo que tú me dices. ¿Por qué demonios iba a hacerlo?

—Diversión, Joe. Pura diversión…

—¡Vete al cuento, muchacho! —dijo Wladislaw revolviéndose en la oscuridad—. Lo único que te he preguntado es si eres teniente. ¿Es una ofensa acaso? ¿Te rebaja?

—Me preguntaste por qué el capitán me llamó teniente… No si

era o no teniente —dijo Napoleón sonriendo en la sombra, y después continuó hablando claro y despacio como si se dirigiera a un niño—; luego hay una diferencia, ¿no, Joe? Wladislaw se volvió.

—Sí, supongo que la hay. ¿Entonces eras o no teniente?

—Sí.

—¡Debió ser estupendo! —dijo Wladislaw con admiración—. ¡Algo magnífico! ¿Quieres que te llame teniente? ¿No te importa que se lo diga a los muchachos?

—Llámame Nappy —contestó Napoleón, sintiendo una punzada de cálido recuerdo—. Así me llamaban en el colegio.

El corazón de Samson Posey latía al ritmo de una melodía muy diferente. Una mano suave y cariñosa en la dulce voz de Eva Pavisook: «Apuikwai, apuikwai», «duérmete, duérmete, cuando seas mayor cazarás hijo mío, cazarás conejitos…». Habló despacio:

—¿Estás casado, chico?

Víctor Franko se acurrucó en el otro extremo de la tienda, alejándose de su compañero en espera de un sueño plácido y sin pesadillas.

—¿Estás casado, chico?

—¡No, coño! —replicó Franko—. ¡Lo que me faltaba, una mujer todo el día colgada de mi cuello, como mi padre y mi madre, y siete crios en una chabola! Ya tengo bastantes problemas.

—Yo tengo una esposa, un bebé, el pequeño Charlie, un abuelo, el viejo Charlie, madre Ana y padre Yucca.

—Entonces, ¿por qué no estás en casa cuidándolos, qué cojones haces es el ejército? Lárgate y que te eximan por familia numerosa.

—Entré voluntario. Fui a Cortez y me alisté como soldado. Bueno para mi familia. Bueno para mi pueblo. El Gobierno manda dinero, cuida a ellos.

—Alistarte voluntario, ¡estás loco!

Samson se agitó, enfadado.

—¿Loco? ¡No! No me digas eso. Tú estás loco.

Franko se arrepintió en cuanto lo dijo. Veía al indio dispuesto a levantarse amenazador de su saco.

—Bueno, bueno. No te excites, lo siento. Perdona. Yo también estoy loco.

Es la hora de la noche en que las cosas del día han huido de la memoria y sólo reina la oscuridad. En Las tiendas de Sawyer y

Lever, Gilpin y Pinkley, hay un silencio de armisticio. Cada uno oye, en silencio, la respiración del vecino, tratando de adivinar sus pensamientos.

El capitán Reisman salió del barracón y traspasó el perímetro del claro abriéndose paso lentamente entre los árboles y los matorrales. Una última comprobación, se excusaba a sí mismo. Una última comprobación antes de irse a dormir… Inquieto pensando en Tessie Simmons… Necesitándola a ella o alguien como ella… Vagaba por el bosque, más lejos de lo que pretendiera, cuando distinguió la silueta de la mansión recortada en el luminoso cielo nocturno. Volvió sobre sus pasos por el bosque hacia el barracón y el recinto de los presos.

A las 06.00 el cabo Bowren despertó a Reisman.

—¿Les doy un toque, señor? —dijo Bowren, mostrando por entre los faldones de la tienda su trompeta.

—Sí, pero no se ponga usted tan contento, hombre —dijo Reisman, sonriendo—. Espere dos minutos que salga de aquí y luego toque.

Se vistió rápidamente mientras hablaba sobre los planes para aquel día.

—Voy a salir para explorar un poco el terreno, pero estaré de vuelta a las 07.30. Le daré al sargento Morgan el programa y la lista de servicios de hoy antes de salir.

—Muy bien, señor —dijo Bowren, sacando la cabeza de la tienda.

—¡Cabo…!

—Sí, mi capitán —dijo Bowren, introduciendo la cabeza de nuevo.

Reisman, atándose las botas, trataba de encontrar las palabras y el tono apropiados.

—Quería decirle que me doy cuenta de su trabajo… y lo aprecio… Hace usted más de lo que exigen sus dos galones.

—Gracias, señor. No tiene importancia.

—A partir de hoy tendrá incluso más trabajo. Vamos a hacer maniobras y el sargento Morgan tiene que ir aprendiendo sobre la marcha. Carece de experiencia en esto, así que intervenga usted cuando sea necesario, diplomáticamente. ¿Me entiende?

—Sí, mi capitán, le comprendo.

El cabo sacó la cabeza de la tienda. Reisman salió después. La mañana era gris y húmeda. Se lavó rápidamente en el barracón, dejando el afeitado y el desayuno para después, y atravesó el bosque con paso rápido, dirigiéndose hacia el terreno en declive que se extendía antes del acantilado. Sonaron tras él las primeras notas del toque de diana.

Franko se encogió en su saco de dormir; plegando las piernas contra el vientre y la cabeza contra el pecho. La trompeta dejó de sonar, pero él continuó encogido. Durante unos instantes trató de localizar dónde se encontraba. Luego una manaza le agarró por la espalda —más suave de lo que él hubiera sospechado— y le sacudió para despertarle. Durante la noche el indio se había agitado murmurando palabras incomprensibles y dejó caer el peso muerto de su brazo sobre Franko, que horrorizado no se atrevió a moverse. Pasó una mala noche.

—Levántate ya —dijo Posey—. El sargento va a venir y tal vez haya lío contigo. Ya lo hubo bastante ayer.

Franko salió de su saco y comenzó a vestirse. El maldito indio ocupaba tanto sitio, que su cabeza daba en el travesaño. Franko casi no podía moverse. Apenas se había puesto los calcetines cuando el cabo Bowren pasó gritando:

—¡A pasar lista, rápido! ¡Levantaos de una vez!

Cinco minutos después del toque de diana, Franko salió tropezando, andando torpemente con sus botas húmedas y sin atar. Bowren los puso firmes y comenzó a pasar lista.

—¡Presente! —gritó Franko.

¿Para qué tantas tonterías? ¿No sabía de sobra que nadie había pasado la noche fuera? Vio a los dos PM en las torretas con las pistolas ametralladoras apuntándoles y sabía que a sus espaldas, en el tejado del barracón, estaba un tercero. ¡Diablos!, tenían bien vigilado aquel maldito campamento. El día anterior en la carretera hubo un instante de libertad y pensó en escapar, escapar, escapar. Pero ahora era peor que en Marston Tyne. Dormir en el suelo con el indio, las carreras con el maldito capitán, cavar letrinas, y siempre con el sentimiento de que a pesar de todos sus esfuerzos, la cuerda continuaba aguardándole. El capitán, el jodío capitán, ¿por dónde demonios andaría?

Franko observaba a Morgan, de pie, recibiendo la novedad del

cabo Bowren como cualquier general barrigudo. Por lo visto el muy cabrón no era capaz de contar hasta doce por sí mismo, y además, ¿por qué no llevaba el traje de faena como los otros?

El verdugo recorrió la formación pasando revista. Su mirada iba desde los gorros hasta las botas de campaña. Tras él, el cabo con la lista.

—Botas sin atar —dijo Morgan mirando a Fránko a los ojos—. Apúntale para el primer trabajo duro que salga hoy.

Franko se estremeció por el frío de la mañana y su rabia impotente.

Morgan y un PM los llevaron a las letrinas de cuatro en cuatro mientras los demás desmontaban las tiendas y rellenaban las zanjas.

Archer Maggot en cuclillas levantó los ojos hacia Franko, que se abrochaba la bragueta.

—Hombre, pero si es el coronel encargado de esta letrina —dijo, burlón—. ¿Qué pasa, mi coronel, está usted estreñido?

—¡Cierra el pico, sureño! —replicó Franko—. ¿Te crees gracioso?

Quería hacer algo, pero la presencia de Morgan le inhibía totalmente. Los intestinos y la vejiga le dolían de necesidad.

—El capitán dice que vamos a comer fuera, porque no es sano quedarnos en casa —continuó Maggot, bromeando—. Que no cuente conmigo. Has hecho un buen trabajo aquí, muchacho. ¡Qué confort! Nos sentimos orgullosos de ti, ¿verdad que si?

Los presos y los PM empezaron a reír. El sargento Morgan los miraba con una sonrisa sardónica.

—Por mí puedes quedarte con este empleo para siempre —siguió Maggot burlándose.

Franko inició un movimiento hacia él.

—¡Tú! —gritó Morgan.

Franko se detuvo. El dedo de Morgan señaló a Maggot, a quien dijo sonriendo:

—Eres un bocazas y un puerco. Cuando todos terminen, te quedas aquí, echas la lejía y tapas las porquerías. Una pulgada, ni más ni menos. Te metes en la zanja y lo mides.

Franko casi no podía aguantar la risa.

Bowren desmontó la tienda del capitán y mostró cómo había que enrollar los ponchos para guardarlos en las mochilas durante las

marchas. Las bolsas de aseo y las cacerolas se dejaron fuera en espera de afeitarse, lavarse y desayunar. La ropa extra y equipo no autorizado para el entrenamiento del día habrían de dejarlo en el barracón.

Un PM llegó trayendo una lata de cinco galones de agua.

—¡Venid aquí! —ordenó Bowren a los presos—, y traed los cascos.

—¿Para qué es eso? —preguntó Roscoe Lever, suspicaz.

—Para lavarse, afeitarse y limpiarse los dientes… Incluso para tomar un baño si se quiere —explicó Bowren—, o calentar la comida y hervir agua. El casco: una de las partes más útiles del equipo militar.

—¿Por qué no podemos utilizar el agua caliente de los lavabos? El capitán anoche nos dejó —dijo Lever señalando el barracón—. Todavía no somos cadáveres.

—¿Quieres agua, Lever? —preguntó Bowren empezando a inclinar la lata—. ¿O prefieres afeitarte en seco?

Lever tuvo que acercar su casco para recoger el chorro de agua. Los demás presos se apelotonaron en torno a Bowren con sus casos boca arriba, pero no parecían muy contentos y el cabo olió que iba a tener problemas. Pero él se limitaba a cumplir órdenes. Las órdenes que el capitán diera a Morgan y éste le transmitiera. El capitán lo había decidido. No pensaba mimarlos y era una buena medida.

Archer Maggot llegó de las letrinas. Tras él Morgan, reposado y satisfecho.

—Necesito mucha agua caliente para quitarme este maldito olor, cabo —dijo quejándose.

—Recibirás lo mismo que los otros, muchacho. Trae tu casco —dijo Bowren.

—¡Vaya! Parece que conoces tu oficio, ¿no amiguito? —estalló Maggot, furioso—. Pues me voy a quedar como estoy a ver si el olor os gusta tanto como a mí.

El sargento Morgan se dirigió a Maggot rápido, apuntándole amenazador con el dedo. Empezó a decir algo, pero no le dio tiempo. Maggot le apartó el dedo de un manotazo.

—¡Quíteme ese maldito dedo de la cara!, ¿me oye? —gritó. De repente todo el recinto pareció quedar inmóvil por la sorpresa.

Bowren, a la expectativa, observando cómo iba Morgan a dominar la situación. Si se hubiera tratado de otro, Bowren habría intervenido para ayudarle enfrentándose con Maggot, pero el sargento Morgan se extralimitaba, no tenía derecho para hacer algunas de las cosas que hacía. Parecía disfrutar agobiándolos inútilmente, estúpidamente, gozando con el temor que infundía a algunos y con el placer que le producía alardear de sus malditos galones.

Morgan retrocedió sorprendido, frotándose la mano. Luego se cruzó de brazos con las manos en las axilas tal vez para impedirles cualquier otro movimiento, o porque le permitía sentirse relajado y seguro.

—Estarás en las letrinas el resto del día —dijo Morgan con voz inesperadamente tranquila—. La de aquí y la de fuera. Cuando volvamos del entrenamiento te ocuparás de ellas si quieres comer.

Luego se dirigió al barracón con los músculos de la cara crispados.

—Coge tu casco, Maggot —ordenó Bowren—, y empieza a lavarte y afeitarte.

—Me quedaré como estoy y ya veremos —respondió Maggot.

—Entonces ponte ahí firme con tus cosas —ordenó Bowren. Sentía la tensión que espesaba la atmósfera. Se había encendido la chispa de la ira, el miedo y el resentimiento para todo el día. Quizá pudiera apagarla o tal vez la atizaría aún más, pero había que hacer algo, prevenirse para la explosión, tener a los guardianes alerta.

Franko observó que el cabo estaba repartiendo hojillas de afeitar y cogió una. Se agachó junto a su casco, colocando en la rodilla el espejo para afeitarse. Observó también a los guardianes, que les vigilaban como si se les acabaran de entregar granadas de mano. Levantó la vista tropezando con el estúpido sureño y le odió, le odió a pesar de que, o precisamente porque acababa de hacer algo de lo que él no era capaz: hacer frente al verdugo. ¿Pero lo habría hecho si supiera quién era en realidad el sargento?

Franko hizo un gesto al ver sus ojos inyectados en sangre en el espejo. Trataba de extender la crema de afeitar con el agua helada que les habían dado, pero la sentía viscosa como pasta de dientes. Se fijó en Napoleón y le odió. Había intentado hacerse su amigo, ayudarle, pero ahora le odiaba por su intervención del día anterior,

le odiaba porque no había cavado letrinas. La raspadura de la cuchilla le sobresaltó: ¡qué asco!, ¡no corta!, ¡otra vez!, ¡mierda! Los odiaba a todos. A los «perros» y al capitán. Le estallaba el cerebro al pensar en cómo volvería a llegar a ser un hombre, un hombre nuevo. Tiró la maquinilla al suelo y estalló:

—¡Al diablo!

—¿Qué pasa, Franko? —preguntó Bowren.

—Que no me afeito más. Ya está, no me afeito.

—Te vas a afeitar, Franko —ordenó Bowren acercándole la cara y percibiendo cómo la tensión aumentaba, lleno de ira porque la disciplina se estaba desmoronando, lo que le irritaba aún más, aunque intentaba contenerse…

—Te vas a afeitar quieras o no.

Y vio a los demás a la expectativa, observando a Franko en espera de intervenir.

—¡No! —chilló Franko, triunfante—. ¡Ninguno de nosotros se va a afeitar!

Acababa de ocurrírsele. Miró a los demás —caras llenas de crema, húmedas, a medio afeitar, maquinillas en el aire— inmóviles. Hasta los guardianes. Y se lanzó rápido como un loco de preso en preso, gritando:

—¡Dejadlo todos, a la mierda! No pueden obligamos a que nos afeitemos o nos lavemos… Ellos no pueden si estamos unidos. ¡No nos van a colgar por eso!

Casi sin saber lo que hacía fue arrebatándoles las maquinillas y tirándolas al suelo, medio creyendo que le secundarían, medio temiendo que no, pegando patadas a los cascos, eludiendo al cabo Bowren y galvanizando a los guardianes. Los hombres, atónitos al principio por su estallido, incrédulos, se le unieron finalmente. Napoleón White, comprendiendo y aceptando la rebelión; Lever, Gilpin, Wladislaw, Jiménez, Smith, Pinkley y Odell, con placer, seguros de que quedarían inmunes, creyéndose de repente en su perfecto derecho, el único que les quedaba, recién descubierto, y que podían utilizar… Posey, despreocupado; sin tomar partido, sin saber siquiera lo que sucedía, hasta que comprendiéndolo, decidió participar. Sawyer, que deseaba cumplir las órdenes y a quien importaba un rábano el agua fría, los cascos y las hojas romas porque conocía el combate y no podía compartir los temores

absurdos de los otros, sin embargo, se solidarizó por no ir contra el grupo… Tiraron las bolsas de aseo, el jabón de afeitar, las toallas llenas de crema, las maquinillas… Lo tiraron todo al suelo… Y Archer Maggot reía mirando a los guardianes que estrechaban el cerco en tomo a ellos porque compartían algo.

Poco antes de las 07.30, Reisman atravesó la valia exterior penetrando en el barracón. En el plano traía marcado a lápiz la ruta a seguir y los lugares en que harían alto para ejercicios de combate, clases teóricas y gimnasia. El barracón estaba desierto, y lo primero que sintió fue el inhabitual silencio del campamento, una inactividad que no esperaba. Atravesó a grandes zancadas la habitación, abriendo la puerta que daba al recinto interior. Allí estaban todos, algo había sucedido. Los presos, de pie rígidos; Morgan, Bowren y los guardianes, rodeándoles con las armas dispuestas.

—¡Cabo Bowren! —gritó.

El cabo le miró, se sobresaltó, dirigiéndose hacia él a todo correr. Reisman volvió al barracón y abrió el grifo del agua caliente para afeitarse. Bowren al entrar cerró cuidadosamente la puerta. Parecía preocupado.

—Me alegro de que haya vuelto, capitán. Me temo que se ha armado un buen jaleo. Se niegan a lavarse y a afeitarse. —¿Todos?

—Empezó con Franko y Maggot y los otros les secundaron, hasta los que usted se figuraba que tenían mayor sentido de la responsabilidad. No nos ha quedado más remedio que mantenerlos así hasta que usted regresara.

—¿Cuánto rato llevan así?

—Casi una hora.

—Una gran pérdida de tiempo.

—Lo siento, señor.

No lo decía por usted —dijo Reisman. Mientras hablaba se quedó en camiseta y empezó a enjabonarse la barba—. No tiene usted la culpa. ¿Han desayunado sus hombres? —Nadie, mi capitán. No hemos podido.

Reisman se afeitaba con ademanes enérgicos. Se volvió, mirando a Bowren de frente.

—No se apure, Clyde. Se ha hecho usted dueño de la situación. Ocúpese ahora del café. Tomaré el mando en cuanto termine de

asearme.

A los pocos minutos Reisman salió. En el recinto interior había un gran silencio. Hizo una inclinación a Morgan, que parecía bastante nervioso —preocupado sin duda por sus galones—, pero no dijo una palabra. Reisman recorrió la fila de presos mirándoles a la cara. Ellos evitaban mirarle. Acabó su inspección, anduvo unos pasos y se encaró con el grupo.

—Si queréis pudriros, ¡pudriros! —su voz sonó como un estampido—. Si queréis criar sarna, ¡por mí podéis hacerlo!

Se esforzaba en dar a su voz un matiz de enfado que en realidad no sentía. Acababan de cometer una violación flagrante de la disciplina que, sin embargo, suponía un primer acto como grupo, la primera señal de *esprit de corps* que aparecía en la banda de criminales. Quedaba por ver si aquella unión y aquellas fachas de asesinos eran reales o no. En todo caso, se vería bien pronto.

—Si estuvierais en el frente, apestaríais y criaríais sarna —dijo—. Preguntadle a Sawyer. Él sabe lo que es eso. Él ha estado allí y ha vuelto.

Ken Sawyer parecía incómodo y bajó la vista.

—Después de lo ocurrido no volveréis a comer caliente. Sólo raciones K…

No había planeado alimentarlos de otra manera, reservaba el rancho para cuando lo merecieran como premio a su conducta.

—Si a alguno no le interesa, que lo diga. Ya sabéis lo que os espera en Marston Tyne.

Víctor Franko lo sabía perfectamente. Pese a que encabezó la rebelión, y estaba orgulloso de ello, un estremecimiento de pánico le sacudió de arriba abajo. Sus ojos se alzaron hacia las torres vacías, recorrieron las plataformas y las vigas, las escaleras y los travesaños de madera… y se sintió sobrecogido por la presencia de Morgan y el recuerdo de su siniestro trabajo nocturno en Marston Tyne.

16

El sonido de la trompeta de Bowren invadió el claro. Los ojos de Reisman seguían la bandera que un PM estaba izando en el techo del barracón. A la húmeda brisa matinal los colores resaltaban sobre el campamento, y un inesperado temblor de orgullo recorrió el cuerpo de Reisman.

Era ridículo. Pero era su campamento, su puesto de mando. Miró a los hombres. Una ruina, despeinados, cuadrados con desgana, algunos con una actitud abiertamente despreciativa hacia él, hacia los guardianes e incluso hacia la bandera.

—¡A ver esa posición de firmes! —les gritó.

Unos se enderezaron, otros irguieron la cabeza, y el resto se removió. Las notas de la trompeta flotaron en el aire hasta perderse. La bandera ondeó en la punta del mástil.

—¡Descansen! —ordenó Reisman.

Se relajaron un poco, fue la única diferencia en su actitud. Parecían lo que eran: presidiarios. Tras el primer día en que trabajaron de firme, había esperado más de ellos, interés por comenzar, por aprender, por esforzarse, por mejorar. Todos ellos habían recibido ya en su momento el entrenamiento básico, y Bowren les dio un repaso intensivo en Marston Tyne.

—¡Atención! ¡Firmes! —vociferó Reisman. Ante la violencia de su voz de mando los hombres obedecieron como rayos.

El comportamiento de aquellos hombres le recordó el suyo propio. Por asociación de ideas, tuvo una intuición de su propia culpabilidad, al comprender con una claridad inesperada que mirando esa bandera, siendo americano, pudiera ser culpable como ellos. Jamás se preocupó por lo que significaba más allá de la rutina patriótica en el colegio y que usaba como un salvoconducto cuando estaba fuera de América. Siempre admitió como un hecho consumado su nacionalidad, pero jamás trató de darle un sentido

preciso. ¡Singular perspectiva americana que se desarrolla hasta límites insospechados, que extrae la esencia misma de su espíritu de fanfarronería de expatriados y descontentos de todas las partes del mundo, capaz incluso de acoger a lo que no puede significar para ella más que ridículo! ¡Qué absurdo —o tal vez qué apropiado— verse ahora como guardián de aquellos hombres, consagrado por una desconocida autoridad, o tal vez por la simple lógica del destino!

Reisman lanzó una mirada a su reloj. Eran casi las 08.00.

—Salimos dentro de treinta minutos —anunció fríamente—. Pero antes vais a aprender algunas cosas que ya deberíais saber. Una de ellas es a estar firmes. ¡A mí no se me enfrenta nadie! Porque os hundo uno por uno y os mando adonde estabais antes. Desayunaréis si lo aprendéis rápido; si no, vais a salir de maniobras con el estómago vacío.

Mandó a Morgan con la mitad de los guardianes al barracón para que fueran desayunando. Durante diez minutos ininterrumpidos estuvo ejercitando a los presos en las órdenes más elementales: ¡Atención!, ¡derecha! ¡Ar!, ¡izquierda! ¡Ar!, ¡vista al frente! ¡Saluden! ¡Atención! ¡Alto! ¡Descansen! ¡A discreción!, mientras que él mismo, el cabo Bowren y tres PM recorrían la fila corrigiendo estómagos, pechos, barbillas, piernas, culos, espaldas, gritando: ¡Metedlos!, ¡sacadlos!, hasta que estuvo satisfecho de los ejercicios.

Fue enviando a los guardianes a las torres de vigilancia y al tejado del barracón, esperando que uno alcanzara su puesto para enviar al siguiente. La formación continuaba firme, hasta la respiración jadeante de los hombres era rítmica e inmóvil. Le parecieron ya menos presidiarios y más soldados. Reisman les dio la espalda y se dirigió a la puerta. Hizo señas a Bowren de que le siguiera.

—Traiga las raciones y toque fajina —ordenó.

Reisman, a unos pasos, los observaba. Seguían inmóviles. Se mantuvieron así mientras Bowren tocaba fajina, como si dudaran del significado o si estaba dirigido a ellos.

—¡Vamos!, acercaos y tomad esto —dijo Bowren.

Volvieron en sí, rompieron filas rápidamente y de nuevo parecían presidiarios. Los paquetes de raciones K para el día fueron

distribuidos en la puerta del barracón. Los hombres regresaron a sus mochilas, se sentaron en actitud hostil, desempaquetando cuidadosamente las porciones del desayuno. Reisman se sentó junto a ellos mascando su barra de fruta seca, cerdo y huevos picados, galletas —que le recordaban los bizcochos para perro— e intentó aparentar que los alimentos le sabían muy bien. Le lanzaban miradas furtivas: airadas, suspicaces, displicentes. Reisman recorrió con la vista el perímetro del campamento: los vigilantes en las torres y el tejado del barracón y Bowren en la puerta.

Morgan salió a la explanada y relevó al cabo para que fuera a desayunar. Un PM trajo una cacerola de agua caliente para el café. La dejó en el suelo cerca de ellos sin decir palabra y volvió al interior del barracón. Reisman le vio reaparecer por la trampilla del tejado para relevar al otro vigilante. Observó a los dos PM que por la valla exterior se dirigían a las torres para hacer también el relevo.

—¡A paso ligero! —les gritó.

Corrieron hacia los puestos de vigilancia, trepando con rapidez los escalones, y los dos guardianes salientes saltaron dirigiéndose al barracón a desayunar.

Reisman estaba aguardando que alguno de los hombres se acercara a la pe rola para servirse y tal vez servir a los demás, pero ninguno se movió. No obstante, sabía que necesitaban tomar café, aunque sólo fuera para remojar la insípida comida que estaban masticando.

Se levantó acercándose al recipiente.

—¿Quién quiere café? —preguntó.

Le miraron sorprendidos, incómodos y confusos. Algunos manosearon sus bolsitas de café, leche y azúcar en polvo.

—Yo quiero un poco, mi capitán —articuló finalmente Kendall Sawyer.

—Yo también, señor —dijo Myron Odell con precipitación.

Fueron contestando, algunos en forma audible, otros con gruñidos sordos. Acercaron las tazas. Reisman fue sirviéndoles el agua. Cuando concluyó, se sentó en medio de ellos bebiendo su café.

—Escuchadme —dijo en tono calmoso—. Os hablo en serio…

Miradas suspicaces, miradas rebeldes, miradas aburridas.

—Si todo lo que vais a hacer no significa para vosotros más que

una manera de escapar a la suerte que os aguardaba en Marston Tyne, más vale que desistáis desde ahora y que os cuelguen u os envíen a una penitenciaría por veinte años o el resto de vuestra vida o la sentencia que sea. Esto no es una escapatoria. —Miradas de repentino interés—. Pero os digo una cosa: esta operación es una oportunidad que muchos hombres darían un ojo de la cara por conseguir. Aún no sabéis de qué se trata ni a qué me estoy refiriendo. Os enteraréis en cuanto empecéis a transformaros en soldados de verdad, no en presidiarios. Podéis dejar de ser el culo del ejército para convertiros en su punta de lanza, sin nadie ante vosotros. No quiero decir que os vayan a nombrar generales ni nada de eso —si esperaba que se rieran, quedó defraudado—, ya tenemos suficientes generales. Lo que hacen falta son soldados.

—Entonces, ¿por qué ha traído usted a ése? —dijo Franko, señalando con un gesto nervioso de cabeza a Morgan—. Ese no es un soldado, usted ya lo sabe.

Los demás continuaron el desayuno mirando a Franko y Reisman alternativamente, presintiendo en las palabras de Franko algo que no sabían y no obstante era de gran importancia que conocieran.

—Tiene razón, mi capitán. Y eso que no suelo estar de acuerdo con éste —dijo Maggot lanzando una mirada burlona a Franko. Luego continuó hablando a Reisman en tono más bajo—. Ese Morgan es el suboficial más raro bajo el que he servido en mi vida. Fíjese lo que me hizo esta mañana, sólo para que perdiera los estribos…

—No me refiero a eso, sureño —lanzó Franko, grosero—. ¡Tú no sabes nada de nada! ¡Vamos, capitán, dígales a quién nos ha traído para hacernos compañía! —dijo pasándose, aprensivo, la mano por el cuello.

Los ojos de Reisman recorrieron una vez más lo límites del campamento. Los guardianes estaban en sus puestos, vigilando, aunque probablemente no podrían oír la conversación.

—¿Qué es lo que insinúa del sargento, capitán? —preguntó Joe Wladislaw dando un bocado a su desayuno.

—El sargento Morgan era el verdugo de Marston Tyne —dijo Reisman, pausadamente.

Wladislaw dejó de masticar. Nadie hablaba. Nadie se movía. Nadie osaba mirar a Morgan. Estaban atónitos: se miraron entre sí,

miraron al capitán y después los ojos se dirigieron al bosque, más allá de los límites de la cerca de alambre. Una carcajada casi obscena rompió el silencio.

—¿Pretende usted que ese hombrecillo ridículo…? —se burló Napoleón—. Bromea.

—¡No bromea! —estalló Franko, salvaje.

—No me extraña que te asuste tanto, muchacho —dijo Maggot, riendo sordamente y dirigiéndose a Franko.

Pero fue una risa forzada, ronca y débil, que algunos corearon —incluso los que no estaban sentenciados a enfrentarse con el verdugo— para calmar su propio temor. Roscoe Lever fue la excepción: rió de buena gana, sintiéndose seguro en aquella atmósfera de tensión y en el hecho de no pertenecer al círculo de los destinados al patíbulo.

La risa de Myron Odell se transformó en náusea. Sawyer y Jiménez permanecieron mudos. Y Samson Posey también. Entendió el diálogo y tuvo el coraje de levantar la cabeza y mirar a Morgan. A partir de ahora tendría cuidado con él, pues la traición, si se trataba de eso, era algo que conocía muy bien. Teniendo presente aquella cosa maldita allí mismo, conociéndola, sería capaz de eludirla, no le ahorcarían: trabajaría duro, tendría pensamientos limpios, rezaría al creador de los humanos, e invocaría en su ayuda el poder de Billy «Tres Piernas».

—En seguida supe que había algo pecaminoso en ese hombre —musitó Calvin Ezra Smith, dirigiendo una ojeada al Sargento y mirando inmediatamente hacia otro lado.

Reisman estaba en tensión, a la espera de otra escena de furia por parte de los presos. Respiró hondo dudando aún de si se sentía aliviado o desilusionado por la reacción de los hombres.

—¡Reíros, idiotas! —exclamó Franko, ceñudo, exhibiendo su terror como quien enseña una herida abierta—. ¡Vosotros no sabéis lo que es! ¡Yo si! ¡Yo estuve allí y he visto!

—Yo también —dijo Reisman. El recuerdo de la ejecución le asaltó de nuevo en todos sus horribles detalles. Miró a los presos uno a uno y se volvió para replicar a Franko—. Tú no lo viste todo. No es nada agradable, no es plato de gusto. Es espantoso.

Apuró su café y se levantó. El miedo había prendido en todos, incluso en los que se rieron para ahuyentarlo. Si Franko planeó

erigirse en Jefe de sus compañeros, acababa de perder la partida. Lo hundieron sus propias palabras de terror.

Acabaron el desayuno y Reisman gritó:

—¡Formen para letrinas!

Llevó el primer grupo hacia las letrinas. Franko hubiera besado el culo del capitán de puro agradecimiento. Sus intestinos estaban a punto de reventar, con las raciones K actuando como laxante. Y esta vez se vació a gusto, porque el sargento Morgan estaba lejos, allá junto al barracón.

Formados de a uno ante la puerta de salida, Reisman y Bowren revisaron los equipos.

—Ayudaos unos a otros —dijo el capitán—. Comprobad todos los macutos de los demás. No olvidéis esto que yo digo siempre: Que cada uno se cuide de sí mismo lo mejor posible y después que ayude al compañero.

Se acercó a Franko levantando la mochila con el paquete suplementario unas pulgadas.

—Ajústate las correas, Franko, o al kilómetro estarás arrastrando él culo.

Salieron del campamento. Ya en el lindero del bosque, Reisman los detuvo, haciéndoles formar en fila de a dos, conservando las parejas por tiendas, como la noche anterior.

—Una cosa más antes de iniciar la marcha —advirtió—. Si alguien piensa que va a poder fugarse porque hayamos salido de las alambradas, se va a encontrar con una bala cuando menos lo espere. No hay escape posible. No podría dirigirse a ninguna parte. Y aunque pudiera, ¿adónde iba a ir? —Señaló hacia el campamento —. Volveos y contempladlo. Esa es vuestra casa, construida por vosotros mismos con tanta perfección como podrían haberlo hecho los ingenieros. Que os lo diga Gilpin: él estuvo cierto tiempo con ellos.

Gilpin respondió con un gesto de incomodidad a Reisman por haber sido mencionado.

—Durante la marcha nos mantendremos unidos —continuó—. No sois una patrulla de combate y no hay fuego real. Voy a comprobar si hay aquí más resistencia que en una escuadra de *boy-scouts*… ¡Y si tenéis tantos cojones como os pensáis!

—¡Me cago en la…! —masculló Franko, sofocado.

Casi paralelos al borde del acantilado, atravesaron el bosque dirigiendose al campo abierto y los declives de Stokes Manor, alejándose del edificio. El Canal permanecía oculto tras una elevación del terreno. Reisman iba en cabeza, los PM flanqueaban la formación, el sargento primero Morgan cerraba la marcha tras Franko y Posey El cabo Bowren recorría la formación de arriba abajo.

Reisman estaba decidido a poner a prueba la resistencia de sus hombres aquel día. A dejarlos molidos. Utilizaría la astucia, la ventaja, la fuerza, la provocación, cualquier recurso que se presentara y favoreciera sus fines: transformar a los presos radicalmente. Si era preciso estaba decidido a destrozarlos y volverlos a construir, destrozarlos y reconstruirlos una y otra vez, como había hecho aquella mañana y el día anterior. Cualquier mínima dificultad disciplinaría que condujera a la rebelión, estaba dispuesto a hacérsela pagar muy cara. Tenía que acabar con sus odios, sus terrores, su ignorancia, sus estallidos, su vagancia. Mostrarles la situación desesperada en la que estaban, todo lo que él podía hacer y ellos no. Enseñarles cuanto fuera necesario para ponerles en situación ventajosa en el momento en que fueran lanzados a la máquina de guerra nazi. De esto aún no sabían nada.

Los presos iban excesivamente cargados. El equipo de campaña que llevaban a la espalda les abrumaba, las correas del macuto se les clavaban. En la mochila iban adaptadas palas plegables. Reisman soportaba igual peso, más quince libras de armas y municiones; la pistola ametralladora «M 3» colgada del hombro y el «45» en el cinto. Los guardianes iban bastante más ligeros: no llevaban mochilas pesadas, sólo armas, comida y agua para el día. Bowren y un par de PM llevaban rollos de cuerda y hachas para los obstáculos.

Reisman no había tenido tiempo ni personal que pudiera fabricarle un buen campo de instrucción, con obstáculos del tipo de los utilizados en las academias del OSS encargadas de asesorar y poner a punto el personal para operaciones tras las líneas enemigas. En consecuencia, decidió servirse de la configuración del terreno. Donde hubiera una colina, les haría escalarla hasta el punto más alto; si surgía un arroyo o una corriente les obligaría a vadearlo

mediante troncos y ramas, cuerdas o cadenas humanas; en suma, obligarles siempre a lo más difícil, lo más peligroso, lo más fatigante. Empezó a sentir el cansancio muscular que le producía su pesada carga, las correas hincándose y rasgando su piel a través del uniforme de faena, pero sabía que los hombres a quienes conducía lo sentían más que él aún, excepto Samson Posey, que no daba señales de cansancio y tema el aspecto de poder llevar su carga y tal vez una o dos más durante todo el día.

En cada alto, los presos se sentaban exhaustos, pero no les permitió derrumbarse jadeantes en cualquier sitio. Les obligó a sentarse manteniendo la formación con la carga al lado, y en cada alto les daba una charla: primero el entrenamiento básico, cuestiones sencillas que les endosaba en píldoras de diez minutos: cortesía militar, disciplina, cuidados personales, sanidad. Cada charla, y las dio con intervalos de una hora, iba seguida de cinco minutos de gimnasia en camiseta. La mañana era fresca; los hombres, concluida la gimnasia, se vestían rápidos para que el fino viento no les enfriara el sudor, se colgaban las mochilas y reanudaban la marcha. Avanzaban penosamente, agarrándose unos a otros, mascullando maldiciones contra los guardianes y Reisman… pero seguían adelante.

En una de las charlas los observó detalladamente, tratando de averiguar si le entendían y prestaban atención. Entonces se dio cuenta de que había omitido algo importante:

—De ahora en adelante —exclamó—, llevaréis todos un cuadernito y un lápiz para tomar apuntes de las charlas y resumir lo que hayáis aprendido en el día. Todas las noches después de cenar haré un pequeño examen para ver si retenéis las lecciones. Tendréis que utilizar el cerebro además de los músculos.

Con Posey existía el problema del lenguaje, y probablemente alguno de los restantes tampoco andaría muy allá. En todo caso, dibujarían, harían garabatos o lo que fuera para dar sus respuestas. Además, tenía que tratar de que los más inteligentes, como White y Gilpin, ayudaran a los otros. Donde necesitara fuerza y resistencia, recurriría a los fuertes, como Posey y Sawyer y, tal vez, también Maggot y White. Se trataba de crear confianza, habilidad e interdependencia, que es de lo que, en resumen, se compone una unidad de trabajo. Tenían que pensar como soldados, meditar a

conciencia para sepultar el plisado y con él ir abandonando su existencia hasta entonces egoísta, ruin y miserable.

Les condujo al extremo opuesto de la propiedad, atravesando el borde interior del acantilado, buscando siempre el terreno más lleno de obstáculos, exprimiendo a los presos más allá del límite de la resistencia humana. Finalmente les hizo descender por un sendero hacia la playa, en la que hicieron alto para comer.

Descolgaron las mochilas de los hombros llagados y se tumbaron en la suave arena, respirando con ansiedad la fresca brisa marina. Las gaviotas, chillando, flotaban sobre las aguas.

Samson Posey seguía con envidia sus evoluciones y contemplaba absorto y reverente el batir de las olas. Desde que abandonó Towaoc había visto otras aguas, estrechas o vastas, y siempre experimentaba ese mismo sentimiento de reverencia que casi era incredulidad; había atravesado el ancho océano para llegar allí, el lugar auténtico del que procedía el hombre blanco Sin embargo, un deseo que siempre experimentaba al contemplar el mar y no había podido satisfacer: meterse, sumergirse, sentirse limpio, absorber con su cuerpo ávido la fuerza que empujaba aquella masa líquida. Nunca tuvo ocasión.

Sé dirigió al capitán.

—¿Puedo ir allí? —preguntó señalando el mar—. ¿Lavar, beber?

—No se bebe, Posey —contestó Reisman, esbozando una sonrisa —. Es sal… Pero puedes bañarte si quieres. ¿Sabes nadar?

—¿Nadar? No.

Franko, que escuchaba el diálogo, lo interrumpió, aún jadeante.

—¡Nadie se lava, gran jefe! Ninguno de nosotros. ¿Ya no te acuerdas de lo de esta mañana?

Lanzó una fiera mirada a los demás en busca de apoyo, ignorando a Reisman, a los guardianes y a Morgan. Quería persistir en aquella forma de rebelión no violenta: nosotros contra ellos.

—Decidimos no lavarnos, no afeitarnos, gran jefe, ¿comprendes? Samson miró desconcertado a Franko y a algunos de los otros que asentían con la cabeza y murmuraban:

—¡Sí, tiene razón, gran jefe! —mientras abrían sus paquetes de comida o bebían en sus cantimploras, contemplándole más interesados de lo que él esperaba por su cuenta. De repente comprendió, aunque esperaba que el capitán se enfureciese y les

impusiera algún castigo.

Reisman observó y escuchó en silencio, limitándose a encogerse de hombros como si no le importara lo más mínimo aquella pequeña rebelión.

—Adelante, Posey, si lo deseas —dijo.

Samson se debatía entre el deseo de no ofender a sus compañeros, su necesidad de secundarles y la llamada poderosa del mar.

—Sólo beber —dijo rápidamente, dándose la vuelta y corriendo hacia las olas.

—¡Oye, tú! ¿no sabes que hay sal en el agua? —le gritó Wladislaw. Samson corrió hacia el mar espantando a una bandada de gaviotas ostentosamente posadas en la arena. Vio cómo cada ola borraba la marca de la anterior al borde mismo de sus botas. Hundió las manos en forma de cuenco, llevándose el agua hasta los labios, la probó, dejándola luego resbalar culpablemente por sus muñecas y cara. Asombrado, comprobó que el sabor del agua le producía náuseas.

Echó a correr hacia el grupo, restregándose la boca con disgusto.

—¡Sal! —dijo desilusionado.

Comieron sus raciones K y bebieron el agua de las cantimploras. Pese a su sabor metálico, se contentaron con el alivio y el frescor que les produjo. Algunos comieron apresuradamente para poder tumbarse después y echar un sueño de cara al débil sol que pugnaba por atravesar la bóveda de nubes, prometiendo una tarde de tibieza. Otros comían despacio, apoyados en sus mochilas, absortos en el movimiento rítmico de las olas. Samson arrojaba restos de comida a las gaviotas, identificándose con la alegría pura de los graznidos y el revuelo de alas. Transcurrida media hora, Reisman ordenó:

—¡A formar! ¡Conservad los puestos de esta mañana!

Marcharon por la playa en línea recta sin repechos ni obstáculos. Pero la marcha sobre la arena blanda, que cedía bajo los pies, eran tan peno o más como la marcha campo a través. Dolían las piernas y costaba el doble levantarlas. Aceleraron: cinco minutos de paso ligero y cinco de marcha normal. Los hombres empezaron a tambalearse y caen Odell, perdido y desamparado, fue el primero. Tras él, Franko: Posey le arrastraba firmemente por un brazo, pero él protestó: «¡Suéltame, gorila!», y cayó exhausto; Maggot y Le ver,

al derrumbarse, tenían una mirada de completo agotamiento. Pinkley y Wladislaw hubieran deseado resistir, pero les fue imposible. Todos cayeron en la arena para descansar un momento. Los PM, agotados también, les hicieron reemprender la marcha a paso más lento, que el sargento agradeció porque estaba llegando al límite de sus fuerzas. Hacía mucho tiempo que no le metían una marcha como aquélla.

Reisman ordenó alto. Pese a su cansancio hubiera continuado si los hombres hubieran estado dispuestos a seguirle. White, Sawyer, Jiménez, Smith y Gilpin se abandonaron sobre la arena, exhaustos, con las mochilas puestas sin preocuparse siquiera de sacarse las correas. Pero habían aguantado, era lo único que importaba. Reluciente de sudor, cansado, pero no agotado, Samson permaneció en pie, cara al mar, esperando nuevas órdenes.

—Puedes sentarte, Posey —dijo Reisman.

Habían recorrido milla y media y aún les quedaba otro tanto para llegar al punto del acantilado más cercano al campamento. La marcha en zig-zag de la mañana cubrió nueve millas. Reisman aguardaba la llegada de Bowren y los PM, que con Morgan resoplando como un caballo, traían a los rezagados.

—¿Cansancio? —aventuró Reisman mirando rostro por rostro. Sus ojos se fijaron en Napoleón White. Napoleón aceptó el desafío:

—¡Soy capaz de hacer lo que usted haga! —respondió jadeante —. ¡Tal vez más!

—De acuerdo, muchacho. ¿Qué tal si tomas ahora el mando? —preguntó Reisman—. Da tú las órdenes. Nosotros te seguimos. Tienes que saber, ya lo has hecho otras veces.

Archer Maggot, con el rostro lívido de rabia, intentó levantarse pese a su agotamiento.

—¡Pero, capitán, ese maldito sargento me ha puesto todo el día a recoger mierda, y no sé qué puede usted hacer conmigo, excepto colgarme o dejarme morir de hambre! Me importa un rábano la marcha de los entrenamientos y todas estas puñeterías, porque, como dice el negro, soy capaz de hacer todo lo que usted haga y mejor. ¡Pero que el diablo me lleve si acepto una orden de ése!

Napoleón comenzó a quitarse las correas con ánimo de lucha, pero lanzó una ojeada a Maggot y le vio tan agotado e impotente que se volvió a sentar en la arena, murmurando con desprecio:

—No mereces ni que uno se moleste, *cracker*.

Reisman se dirigió al grupo.

—¿Cuánto tiempo Uevas en el ejército, Maggot?

—Casi un año.

—¿Has participado alguna vez en un ataque nocturno, en un comando?

—No… qué cono.

—Entonces, óyeme bien —dijo Reisman como si estuviera revelando una información secreta. Los hombres, en postura de total abatimiento, prestaron atención—. En un ataque nocturno, sabes, hay que pintarse la cara de negro. Es importantísimo. Para empezar, en eso White te lleva ventaja. Y en otras muchas cosas que irás aprendiendo tú mismo aunque no te guste. ¿Quieres mandar el pelotón?

—¡Qué pelotón…! No. No quiero mandar nada.

—Entonces calla, y pon atención a ver si aprendes algo —dijo Reisman.

Les concedió diez minutos de descanso en silencio, poniéndose finalmente en pie.

—Bueno, White —dijo—. Son tuyos. Demuéstrales lo que eres capaz de hacer.

Napoleón se levantó con parsimonia, mirando al capitán de hito en hito.

—¿Lo dice en serio?

—Exacto, amigo. Lo toma o lo deja.

—De acuerdo, Excelencia —replicó Napoleón—. ¡Todos en pie! ¡Conserven el mismo orden de marcha…! ¡Capitán, junto a Wladislaw! ¡Bowren, a mi derecha, tres pasos más atrás…! ¡Morgan, coloque a los rezagados y hágalos moverse…!

Su voz era firme, segura, profesional. Los guardianes obedecieron. Los presos también, divertidos, curiosos o indiferentes. Maggot estaba hecho una furia. La presencia de Reisman junto a Wladislaw en la formación tuvo un efecto tonificante. Antes de que pudiera pensarlo, Napoleón ya había gritado:

—¡Deee fren-te! ¡Aaar!

Llevándolos hasta el borde mismo de las olas, giró para enfrentarse a la formación, marchando de espaldas sin perder el paso, como si quisiera escupirles a la cara que una vez tuvo una

marcialidad que les habría hecho caerse de culo a muchos de ellos. Cantaba el paso: «¡Hep-hop, hep-haro! ¡Hep-hop, hep-haro! ¡Izquierda, derecha, izquierda, derecha, izquierda! ¡Paa-so! ¡Mar quen!». Andaban con desgana… No le seguían bien… No tenían su estilo…

Archer Maggot, rabiando en silencio porque los demás no explotaban y se unían a él contra aquel capitán medio loco —¿pero qué pasa, es que no sabe lo que es un negro?— y ese maldito negro; hijo de puta… El dolor de Maggot, su ira, se concentraba más en la cabeza y los ríñones que en las piernas… Estaba a punto de reconocer que prefería el agotamiento de antes.

Victor Franko, sin aliento: «¡Me cago en la…!», era su respuesta a todas las órdenes. Y ahora les mandaba un negro inteligente, haciéndoles marchar sobre la arena húmeda y compacta, donde el paso era más difícil. Y le estaba saliendo bien…

Contento de su decisión, el capitán John Reisman marcaba con toda confianza el paso vigoroso y regular que ordenaba Napoleón.

Rodearon un promontorio y Reisman distinguió la punta de la chimenea de Stokes Manor en la distancia. Salió de la formación, adelantándose a paso ligero.

—¡Vuelve con los demás, White! —ordenó.

Napoleón dudó por unos instantes, como esperando algún comentario por parte del capitán; después se unió a Wladislaw.

—¡Ponte al paso! —gritó Reisman—. ¡Vamos!

Hizo que la formación virara hacia la arena blanda.

El acantilado se erguía unos cien pies sobre sus cabezas. Ordenó alto. En la piedra arenisca se perfilaba el sendero de subida que habían utilizado aquella misma mañana. Al otro extremo de la playa, tras un recodo, las olas batían contra las rocas, justo debajo de las solitarias ventanas de la casa. Una milla más allá, en la desembocadura del río, estaba el pueblo.

A la orden de rompan filas los presos se dejaron caer en la arena.

—Necesito un voluntario.

Por única respuesta, el bramido de las olas y el chillar de las gaviotas. Los hombres seguían tumbados exhaustos contra sus mochilas, ajenos, despreocupados. Reisman consultó su reloj. Llevaban cinco horas de entrenamiento —doce insignificantes

millas— y parecía que no les quedaban fuerzas ni para regresar a casa. Excepto Posey.

—¡Morgan!

El sargento se adelantó, suspicaz.

—Disponga a sus hombres en semicírculo a treinta pasos.

Luego se dirigió a los presos:

—¡A ver, agrupaos!

Los guardianes se desplegaron. Reisman se despojó de su carga sentándose a la manera india con la ametralladora sobre las rodillas.

Morgan, alejado, prestaba atención.

—He pedido un voluntario —insistió Reisman, tranquilo—. Cuando abandonemos la playa, nuestra vida dependerá de su trabajo. Yo le ayudaré.

Los escrutó uno por uno. Ojos curiosos, miradas bajas, huidizas. No se alzó mano alguna. Nadie habló. (Cendal! Sawyer estuvo a punto de hacerlo, pero recordó el primer axioma del soldado: Nunca voluntario.

—¿Comprendéis, os dais cuenta de lo que significa ser soldado? —dijo Reisman, desafiante—. Algunos de vosotros lo fuisteis, por eso os escogí. Esperaba que dieseis ejemplo y ayudaseis a los demás. Podéis hacerlo. No sois débiles, imbéciles, blandos o inválidos. Si así fuera no estaríais aquí.

Pero lo eran: imbéciles, blandos, inválidos. No física, sino moralmente. ¥ por eso mismo estaba ahora comprometido con ellos y ya no podía volverse atrás.

—Os metisteis en líos, ¿y qué? También yo me metí.

Su confesión brotó espontánea antes de que pudiera darse cuenta. Tal vez aquélla fuera la única forma de hacerles ver que compartía su mal y estaba dispuesto a compartir con ellos su bien. Pero ¿dónde empezaba el bien y acababa el mal?

—Tenéis una sola tarea… Convertiros en soldados… Y muy poco tiempo para conseguirlo. Lo que hagamos juntos, lo que os enseñe hoy, mañana y en las próximas semanas, puede salvaros la vida y hacer que redimáis vuestra deuda con el ejército, con el país y con vosotros mismos. ¿Quién se presenta voluntario?

Sawyer, Gilpin y Posey alzaron la mano. Napoleón se contuvo, no quería excederse mostrando demasiado interés. Calvin Ezra

Smith estuvo a punto de hacerlo, pero desconfiaba de aquel capitán que se burlaba de Dios y del *sabbath* y hablaba con tanto desenfado del mal.

—Posey —eligió Reisman. Samson se levantó con gran satisfacción—. A vosotros, Sawyer y Gilpin, os utilizaré en otro momento.

Parecían decepcionados, incluso ofendidos.

—Los demás ya podéis ir preparando el aliento de repuesto y apretaros los cinturones. El día aún no ha acabado. ¡Dadme toda la cuerda y un hacha! —gritó a los guardianes.

Se desprendieron de los rollos que habían utilizado por la mañana para tender obstáculos en campo abierto. Samson fue recogiéndolos y colgándolos de sus poderosos brazos. Bowren entregó a Reisman un hacha, que el capitán colgó de su correaje.

Reisman y Samson subieron por el empinado y tortuoso sendero. En la cima, el acantilado se prolongaba como una visera en el vacío. La planicie a continuación estaba cubierta de brezos. A media milla se distinguía parte del edificio. Reisman buscó con la vista un árbol o una peña. No los había.

—Vamos a descolgarnos por el acantilado con una cuerda y luego volveremos a subir con los demás, ¿entiendes, Posey?

—Sí.

—¿Tienes alguna idea para sujetar la cuerda aquí?

Reisman gesticuló, imitando la acción de atar y tirar de una maroma.

—No árboles, ni rocas grandes —dijo mirando en tornó suyo. Dio una palmada a la pala plegable que Reisman llevaba—. Cavo agujero… me metó en él. Usted ata cuerda a mí.

—No, pero es el principio de una buena idea —argüyó Reisman, rápido, cogiendo el hacha y señalando unos árboles a cien yardas del borde del acantilado—. Córtame seis ramas fuertes y tráelas aquí.

Alargó el hacha a Samson. Samson extendió la mano… dudó… sus ojos se cruzaron. Hubo un mutuo entendimiento: confianza por ambas partes. Samson tomó el hacha, dejó la mochila y los rollos de cuerda, y corrió hacia los árboles.

Reisman empalmó las cuatro cuerdas y comenzó a cavar una trinchera a unos diez pies del limite del acantilado. Samson regresó

con las ramas. Hicieron dos anclas sencillas, les ataron las cuerdas afianzándolas en la profundidad de la zanja y a continuación la rellenaron de tierra. Probaron tirando con todas sus fuerzas y las anclas resistieron.

—Yo voy delante —dijo Reisman echándose la mochila a la espalda.

—No, yo —insistió Samson.

—Yo primero. No bajes hasta que te lo indique.

Colgó la M 3 atravesada en la espalda ajustándose la correa. Después, fue hacia el borde avisando a los hombres de abajo y les arrojó la cuerda, que se balanceó como una serpiente en el otro extremo. De repente advirtió que la visera que formaba el perfil superior del acantilado dificultaba la ascensión más de lo que había previsto, especialmente en los últimos tramos, que tendrían que hacerse bajo el reborde sin la dudosa seguridad de poder apoyar el pie en el farallón.

Envió a Posey a por más ramas y construyeron un apoyo en forma de trípode que situaron cerca del borde, levantando la cuerda lo suficiente para que el que subiera pudiera asirse a la roca con brazos y piernas en el último tramo. Reforzó el punto de apoyo con una vuelta de soga, se encaminó al saliente y comenzó a descender mientras soltaba progresivamente la cuerda haciendo presa con manos y piernas. Llegó a un punto en que la pared del acantilado formaba un repliegue. Con un movimiento de balanceo consiguió hincar los pies en el saliente, descansando unos momentos. Repitió esta operación en dos momentos del recorrido, aprovechando los puntos de apoyo que la roca le ofrecía. Cuando llegó a la playa los presos, en pie, le observaban recelosos. Los guardianes se mantenían a la expectativa, con un ojo en ellos y otro en el capitán. Se apartó del farallón para poder distinguir la cumbre.

—¡Vale, Posey! ¡Comienza a descender!

Samson bajó con menos precauciones y más coraje, deteniéndose sólo en los puntos en que la cuerda tenía un nudo de empalme que interrumpía el descenso. Controlaba perfectamente con brazos y piernas el ritmo de bajada. En el último momento se soltó cayendo sobre la playa, levantando la arena con sus enormes pies.

—¡Coged el equipo y a formar! —ordenó Reisman.

—¿Y el sendero? ¡Yo no soy ningún aLpinista! —masculló Roscoe Lever.

—No hay sendero —replicó el capitán—. Este es el único camino. Tu vida depende de él.

Formaron al pie del acantilado con desgana, excitados ante la perspectiva del ejercicio que les aguardaba.

—¡Bowren! Deles unos cuantos cuerpo a tierra y en pie, para que se desentumezcan y recuerden que siguen con vida!

Ordenó al sargento Morgan y a un guardián que subieran por el sendero a situarse en la cima del acantilado. Colocó a tres PM en diversos puntos del trayecto de ascenso, en el sendero, por si eventualmente los escaladores necesitaban ayuda. Luego reunió a sus hombres al pie de la cuerda.

—Hay dos formas de hacer esto: la correcta y la incorrecta. Esta es la correcta.

Y uniendo la acción a la palabra, comenzó a trepar.

—Ascender con las manos y sujetaos con las piernas —se dejó escurrir—; si os ponéis nerviosos, no miréis hacia abajo. Lleváis quince libras de peso menos que yo, así que daos por contentos de que no os haya entregado todavía las armas.

—¡Denos las pistolas! ¡No se atreve usted!

—Otro día, Franko —dijo Reisman—. Hoy no. Mientras tanto ¿por qué no subes detrás de mí por esta cuerda? Demuestra a los demás lo que vales.

—Prefiero esperar mi turno, capitán.

—Meteos esto en la cabeza —exclamó Reisman—. El que falle en este obstáculo está acabado, *kaput*, como dicen los *krauts*. No tolero cuento. Si no sois capaces de hacerlo solos o con la ayuda que nos demos los unos a los otros, no podréis tampoco hacer los restantes ejercicios de entrenamiento y vuestra utilidad en la operación sería nula. —Hizo una pausa—. ¿Quién sube detrás de mí?

Samson salió del grupo y no pudo negarse. Le entregó el extremo de la cuerda.

—Poned atención a lo que le voy a enseñar. El hombre de abajo es tan importante como el que trepa. Tiene que mantener la cuerda rígida con brazas y piernas.

Colocó a Samson en posición, asegurándose de que comprendía

perfectamente sus palabras.

—Si la cuerda se mantiene rígida como la barra de los bomberos, el ascenso es más fácil. Si alguno, a medio camino, tiene dificultades y necesita apoyar un pie, avisa al que está abajo para que mueva la cuerda hacia la pared. Esto se hace así.

Empujó las manos de Samson, que aferraban la cuerda, mostrándole cómo debía balancearlas para aproximarla al acantilado.

—El que intente dejar la cuerda antes de llegar arriba, tendrá que volver a intentarlo desde el principio, así que hacedme caso y hacedlo bien a la primera. Otra cosa, y ésta es la más importante: mirad siempre hacia arriba. En la cumbre, el borde del acantilado sobresale. Hemos colocado la cuerda de tal forma que podréis trepar con facilidad, pero el de abajo puede ayudaros haciendo esto.

Obligó a Samson a retirar la cuerda lentamente hasta dejarla tensa formando ángulo con el farallón.

—Separad la cuerda correctamente y ayudaréis al compañero que está arriba —arrancó la cuerda de manos de Posey—. Soltadia y podéis matarle. Bowren, usted vigilará al de abajo, y si es preciso eche una mano. Sujeta, Posey.

Empezó a subir rápido, dando instrucciones mientras trepaba:

—Trepad con las manos y sujetaos con las piernas, trepad con las manos y sujetaos con las piernas. No miréis hacia abajo. No os entre pánico. Si la necesitáis, tendréis ayuda por todos lados.

A medio camino gritó:

—Balancéame hacia el sendero, Posey.

El PM que estaba allí apostado le agarró, manteniéndole para que le vieran los de abajo, y luego le soltó. Continuó la ascensión. Ya en el último tramo, Reisman trepó cuidadosamente. Superó el reborde del acantilado casi tendido sobre la cuerda, que formaba ángulo. A unos pasos Morgan y los PM le miraban con las manos extendidas, les hizo retroceder y coronó solo el acantilado.

Posey trepó muy bien. Sawyer, que le siguió, salvó el borde con una mirada que el esfuerzo teñía de salvajismo y desesperación, cayó en la planicie hecho un ovillo con los músculos aún tensos y los nervios a flor de piel. Gilpin llegó a la cima agotado, pero lanzando a Reisman una mirada como diciendo: «Jódete, que lo hice». Tras Gilpin no ascendió ninguno. Reisman se asomó. Abajo

discutían sobre quién iba a ser el próximo.

—¡Bowren, hágalos moverse! —gritó—. ¡Venga, Franjeo, te toca a ti!

Franko subió despacio, aprovechando el menor punto de apoyo, empleando más tiempo en el descanso que en la ascensión. Al llegar al saliente resbaló, girando con la cuerda como eje, quedando colgado.

—¡Capitán, me cago en…! —gritó—. ¡Voy a bajar! ¡No puedo seguir subiendo! —y comenzó a deslizarse.

—¡Estate quieto, Franko! —gritó Reisman. El saliente del acantilado le impedía verle—. ¡Si vuelves abajo estás perdido! ¿Me oyes? Este ejercicio no tiene segunda oportunidad. ¡Mañana te planto en Marston Tyne!

Por el borde de la roca asomaron unos dedos arañados y sangrantes, después la cabeza congestionada de Franko.

—¡Echele una mano, sargento! —ordenó Reisman.

Cuando Morgan le ofreció la mano, un gesto de horror cruzó el rostro de Franko. Reisman sostuvo al sargento por el cinturón para asegurarse de que no perdía dos hombres.

Smith, Wladislaw y Jiménez subieron: administrandose las energías, indicando al de abajo que les acercara a la pared para tomar fuerzas antes de salvar el reborde superior. Al llegar a la cima tenían una expresión desafiante: triunfar o morir.

Myron Odell lo hizo bien hasta el último apoyo en la roca. Pero se rajó al final. Aferrado a la cuerda, incapaz de progresar o retroceder, estaba lívido. Reisman descendió por el sendero hasta que pudo verle.

Gritó furioso a los hombres de la playa:

—¡Bueno, diablos, no quedaros ahí! ¡Que suba alguien y le ayude!

Le tocaba a Maggot.

—¡Una mierda voy a subir yo ahí para matarme por ayudar a ese yanqui temblón! ¡Que se tire de una puñetera vez y acabe!

Casi sin darse cuenta de lo que hacía. Napoleón agarró a Maggot por el hombro apartándole.

—¡Quítate! —ordenó. Y comenzó a trepar.

Maggot se volvió con rapidez aferrándose a sus tobillos, arrancándole de la cuerda. Una vez caído en la arena, golpeó a

Napoleón varías veces con el puño.

A través de la laxitud del terror, Myron Odell contemplaba la pelea. Sintió cómo la cuerda se movía y casi le apartaba de su estrecho asidero en la roca. Vio cómo separaban a los luchadores y oyó las voces del capitán gritándole, primero desde el sendero, luego desde la playa.

Reisman movió la cuerda hacia la pared.

—¡Agárrate, Odell!

Pero Odell no se movió, petrificado, solo, incapaz de reaccionar, sin importarle quedarse allí para siempre o morir agarrotado a la cuerda.

—¡Sostenga, cabo! —ordenó Reisman—. Sólo hay una manera de hacer mover a ese cabrón.

Descolgó la ametralladora de la espalda, quitó el seguro y apuntó.

—¡Odell! —gritó—. Dentro de cinco segundos el plomo va a empezar a subir. ¡Así es que aguántate fuerte y trepa!

Colgado en el vacío, oyó las palabras, distinguió las figuras que se movían cien pies más abajo y continuó inmóvil. Con mirada incrédula y fascinada, contempló las balas mordiendo la roca, haciendo saltar esquirlas de piedra arenisca conforme la ráfaga subía entrecortada, cada vez más cerca, cada vez más cerca… Y trepó. Sus brazos y piernas formaban un solo cuerpo con la cuerda, volando hacia la cima, huyendo del tableteo de las explosiones, con un miedo desconocido que le galvanizó, haciéndole salvar el borde del acantilado como si no existiera, sin ayuda de nadie; todos se habían apartado al oír tos disparos del capitán. Tembloroso y radiante, cayó en la planicie junto a los presos que le contemplaban con tos ojos desorbitados. ¡Lo había conseguido! ¡Lo había conseguido, y ademas le dispararon! ¡Había sido su bautismo de fuego! La muerte, pequeñas esquirlas que habían zumbado junto a él respetándole… ¡Oh Dios, ya verían de lo que era capaz!

Reisman lanzó un inmenso suspiro de alivio.

—Bueno, ¡demonio! —gritó a los otros—. ¡Moveos!

Maggot, White, Pinkley y Lever treparon con sorprendente facilidad.

Bowren cedió el extremo de la cuerda a Reisman.

—Me toca a mí, capitán. No quiero ser menos que ellos.

Trepó con rapidez hacia la cumbre. Reisman se unió a todos, alcanzando la cima por el sendero.

Odell miraba al capitán con una mezcla de odio y respeto por lo que le acababa de obligar a hacer. Y también con una admiración, incluso un afecto que no hubiera admitido sentir. Pero ¿y si le hubiera dado? Entonces él, Myron Odell, que ahora escuchaba la charla del capitán sobre tácticas de combate, él, en este mismo instante, yacería sangrando, deshecho, al pie del acantilado… ¡Siendo inocente! Era el vacío que le resultaba aterrador, incomprensible. Caer en el vacío llevándose las manos a la herida, retorcido, convulso, gritando: «¡Me has matado!», como en las películas, o con un grito interminable mientras se precipitaba en el abismo. Pero no había ocurrido nada de eso, y él no sabía cómo sentirse: bien o mal, avergonzado u orgulloso. El capitán no le ayudó con su conducta a precisar su estado de ánimo. Subió por el sendero, le lanzó una extraña mirada y no volvió a hacerle caso.

Acabada la charla, se desvistieron para hacer gimnasia. ¿No les iba a dejar descansar? Pese a que le dolían todos los músculos y articulaciones de su cuerpo, Odell se maravilló de la energía oculta que estaba descubriendo en sí mismo.

Antes de regresar al campamento —a casa, como lo llamaba el capitán— se separaron del lugar en que habían estado sentados buscando entre las mantas una dudosa intimidad para satisfacer sus necesidades. Regresar a casa… Odell pensó que en realidad aquél era su hogar, tanto como otros muchos en los que había vivido.

Franko, libre entre los brezos y las retamas, orinaba junto a él sacudiéndose el pene y preguntándose si volvería a utilizarlo para algo más que para mear. Miró extrañamente hacia Odell, que apartó la vista. Instantes después Odell lanzó una exclamación sorda:

—¡Dios mío, una mujer!

En su precipitación por taparse se mojó el uniforme.

Unos pies más abajo, donde concluía el sendero, se distinguía la silueta de una mujer. Víctor Franko, olvidándose de la presencia de los demás, comenzó a avanzar hacia ella. Entonces vio al perro.

Reisman, al oír el ladrido, alzó la cabeza, distinguiendo a Margot Strathallan, de pie en el sendero a unas treinta yardas, sujetando fuertemente al *doberman* por una correa corta.

—¡Franko, vuelve aquí —gritó.

Franko le obedeció con un gesto de ira y pesadumbre.

Reisman llamó a Bowren.

—Vaya a decirle a esa mujer que vuelva a la playa mientras despejamos la zona —ordenó—. ¡Morgan, forme a los hombres!

Los presos se agruparon curiosos, lanzando miradas hambrientas a la mujer. Samson contemplaba con angustia al capitán y al perro. El sargento Morgan mandó firmes y media vuelta.

Bowren regresó, informando al capitán:

—Dice que es su finca y que no va a permitir que nadie le diga por dónde tiene que pasear. Quiere hablar con el oficial encargado del grupo.

—Sáquelos de aquí, Bowren. A paso ligero hasta el campamento. Yo les alcanzaré.

Conforme Reisman se aproximaba, el *doberman* intentó abalanzarse hacia él, gruñendo su odio frustrado.

—*Ruhig Sigismund*[35] —dijo Margot, acariciando la cabeza y el lomo del animal para calmarlo.

El perro lanzó como un lloriqueo y se sentó obediente, aunque desconfiado, con los ojos fijos en Reisman.

—*Er gehorcht ¡hnen gnt!*[36] —dijo Reisman, secamente.

—*Sprechen Sie Deutsch?*[37]

—Sí, lo hablo, pero no puedo evitarlo: me da risa u odio cuando lo escucho.

Ella se volvió hacia el perro.

—El señor oficial no nos hará nada. Sólo quiere hablar.

El perro se calmó. Ella sonrió, dirigiéndose a Reisman.

—Oí disparos, ¿estaban ustedes con alguno de sus juegos?

—Le pedí que se mantuviera alejada de la zona en que estamos trabajando —dijo Reisman con frialdad.

—Es un grupo muy selecto —contestó burlona—. Todos americanos, ¿no? ¿Y esperan ustedes ganar con eso? Pero, claro, ustedes son los mejores…

—Es la última vez que se lo digo —contestó Reisman, esforzándose por no perder los estribos—. Apártese de mis hombres…, fuera de la vista y del oído.

—¿Fuera del oído? —rió Margot—. Eso es difícil con todo el ruido que han estado haciendo: disparos y trompetas a todas horas. ¿Tengo que permanecer en mis habitaciones encerrada para

complacerle? —replicó airada—. Permítame recordarle que ésta es mi casa y que están en ella por condescendencia mía.

—Me va a obligar a hacer algo que he procurado evitar. Notificaré a la oficina de guerra que convendría, en interés del servicio, que fuera usted desalojada de aquí —dijo Reisman más tranquilo.

El rostro de Margot quedó paralizado. Se mordió con nerviosismo el labio inferior, pero cuando habló lo hizo en tono altanero:

—No será necesario. No tengo intención alguna de perturbar con mi presencia su trabajo, como usted dice. Será un placer evitarles, me repugnan.

Tiró del perro para que la siguiera y Reisman contempló cómo se alejaba por los declives hacia la casa. Estaba dispuesto a no transigir con ella lo más mínimo, al menos por ahora. Echó a correr campo a través para unirse a sus hombres; aún le quedaban muchas horas de trabajo.

17

Hay un gran imperio que congrega a su pueblo nocturno, hay un gran imperio en el que se aferran unos a otros en el amor, el miedo, la ternura, la pasión, como armas contra todo lo que frustra o atemoriza… que se refugia en los lechos como si fueran dichosos, afortunados o ricos… que se guarecen tras las heladas ventanas a ras del suelo en las calles de Belfast… en los muros de ladrillo mugriento de Liverpool… en los vagones de los trenes desiertos… en los taxis de Londres —sólo cuesta una libra— y las putas atraviesan Piccadilly como peces en una red muy tupida…

Pero algunos se satisfacen consigo mismos.

Archer Maggot se satisface en sus recuerdos, acostado en duro suelo; con todo el cuerpo dolorido, oliendo a letrinas y pensando en la mujer del acantilado envuelta en un gran chaquetón de forma que no pudo adivinar si tenía tetas, o culo, o piernas. Recreándose en su figura, en su visión, pensando si vivía cerca en la casa grande y si el capitán sacaba algo de ella.

—¿Qué tal se te daban las tías en tu pueblo, Luis?

—Lo suficiente.

—Tengo entendido que los mesicanos sois muy cachondos.

—Claro que lo somos, ¿qué te crees?

—Chico, yo solía hacerlo tanto que me pongo malo sólo de recordarlo.

—Tú tienes mucho pico.

—En mi tierra picaba muy alto, Luis.

—¿Sí?

—Sí, Luis, toda la cama que quería. Cachondas, nuevecitas, recién llegadas del campo que vienen primero a ver a Archer Maggot para que las desvirgue y les enseñe el oficio. Muchas, más de las que hubiese deseado y el bolsillo tan lleno de billetes como en tu vida has visto.

—Pero ¿qué hacías, dirigir una casa de putas?

—¿Una casa de putas? ¡Coño, no sabes nada de nada! ¿Nunca oíste hablar de Phoenix City?

—¿Dónde está eso?

—¿Que dónde está? ¡Diablos, no sabes nada de nada! ¡Yo creí que todo el ejército había pasado por Phoenix City!

—Arizona… Mi primo trabajó allí en la cosecha.

—Eres un verdadero palurdo, muchacho. Que yo sepa no hay ningún Phoenix City en Arizona. El que yo te digo está en Alabama. De allí soy yo, de Rus sel! County, al otro lado del río Chattahoochee, de Colurobus, Georgia. Hay burdeles, *strip*, bebidas, máquinas tragaperras, cartas, todo el mundo juega —incluso a los negros los dejamos—, se juega fuerte. Peleas de gallos y si un tipo necesita una jeringa o una píldora, también las tenemos. Todo lo que un hombre pueda desear.

Calle catorce, Dillingham Street y Seale Road, deslumbrantes de neón, abarrotadas de infelices que atraviesan los puentes desde Columbus; que llegan del campo, de Birmingham, de todo el Sur, de Miami y Tallahassee y Mobile y Nueva York y Detroit; vaqueros de Reno y de todo el Oeste… Y sobre todo el ejército… miles y miles de soldados, de Fort Benning, cruzando los puentes con los bolsillos repletos y los «ganchos» llevándoles adónde les esperan las chicas en cafés siniestros y *night-clubs* y hoteles y moteles. Dispersándose por toda la ciudad en viejas casuchas de madera y en graneros y en madrigueras y en campamentos de pesca; al borde de las carreteras. Archer Maggot: un tipo importante allí. No el más importante, no el rey, aunque presumía como si lo fuese o estuviese a punto de serlo, pero trabajando, organizando lo todo para los «Peces Gordos», dueños de los tugurios, vigilando para que el negocio marchara sobre ruedas, reclutando talentos, manteniendo a raya a las chicas, llevando los sobres a los «polis», a los comisarios, a los políticos; ocupándose de los imbéciles que se quejaban de trampa en el juego, o de whisky aguado, o de que habían pagado para pasar más tiempo con aquella tía; pegando a los que protestaban, con cadenas, con nudillos artificiales en el puño, con manoplas o cachiporras y a veces sólo con su manaza carnosa y sus botas. Encontraba gran placer en aquellas palizas, aunque a veces él y los muchachos iban demasiado lejos y a la mañana siguiente un cuerpo hinchado flotaba

en el Chattahoochee…

—¡Gilipollas! —dijo Luis Jiménez—. Si haces todo eso en mi pueblo, tienes encima a la ley bien pronto. Allí no hay locales de ésos.

Maggot salió de sus sueños.

—No vuelvas a insultarme de esa forma —musitó, enfadado—. La ley y los políticos trabajaban para nosotros, todo marchaba a la perfección, e incluso venían por allí para acostarse con alguna tía y mirar la luna y divertirse como todo el mundo.

—¿Y qué haces aquí, tú que eres tan importante?

—Es una larga historia, Luis…, una larga historia…

—¡A la mierda, vaya día que nos ha dado el capitán! Dijo que nos iba a traer fritos…, voy a dormir.

Archer Maggot no podía dormir con sus pensamientos… carne traspasada… gritos histéricos… recordando… los jugos que corren… recordando cómo empezaban a retorcerse y a sudar, a gemir y a oler y a arañar y a lanzar gritos apagados y llanto; luego se quedaban tranquilas, el pelo sudoroso apelmazado, el cuerpo chorreando… No podía dormir al recordar a la de Londres, aquella marrana que le acusó de violación aunque ya habían pasado por ella miles de hombres. En el juicio militar mostró la cara y el cuerpo con las magulladuras que él le había producido. Una putilla, ni siquiera despampanante, y en la cama no era gran cosa. Ni comparación con las que él había entrenado y dirigido en Phoenix City. Una puta barata que había estado a punto de llevarle al patíbulo, y por quien estaba ahora encerrado en la cárcel con un negro, un indio y un mesicano.

Insomne… Y la mañana en que le llegó la citación entregada personalmente por un alguacil; sí, sí, personalmente, nada de correo para estar seguros de que la recibía y se enteraba de quién se la mandaba… Fue a la ciudad, al Palacio de Justicia para indagar quién demonios había metido la pata. Le miraron pálidos, indiferentes, como si no le conocieran. Dijeron que tenía que hacer caso del papel y presentarse en el ejército… Y cómo entenderlo… Hiciera lo que hiciera, los «Peces Gordos» le protegían». Los «Peces Gordos» —fue a verlos para que le sacaran de aquel jaleo— le dijeron que había habido demasiados palos, demasiados cadáveres flotando en el río, sobre todo de Fort Benning, amenazando con

declarar a la ciudad *off limits*[38]. Malo, muy malo para el negocio. Que los dirigentes habían decidido… apartarle… un favor que le estaban haciendo, un favor que… Muchos hubieran deseado verle en la cárcel de Kilby, en el Chattahoochee, o bajo tierra por las cosas que había hecho… Pero le apreciaban, los «Peces Gordos» apreciaban al bueno de Archie y no iban a consentir una cosa semejante… Que si dijeron que ahora tendría que irse voluntario al ejército como todos los muchachos, los buenos patriotas de su noble ciudad y estado soberano… Que dijeron que más le valía cerrar el pico sobre cómo estaban organizadas las cosas en Phoenix City… Si se iba de la lengua, tenían infinidad de medios para llegar a él… Pero si era buen chico, obediente, puede que a su regreso hubiera un buen enchufe aguardándole.

Desde el primer día que vistió el uniforme, Maggot alimentó su rencor, deseando regresar más importante que cuando salió de allí… Saldar las cuentas, poderse medir de igual a igual con quienes le obligaron a entrar en el ejército. Pero no permanecía el tiempo suficiente en ningún sitio. El ejército le trasladaba de un lado para otro continuamente. Sólo pudo organizar algunas manos de póker en día de paga: jugar sin trampas y frente a tipos serenos. No le compensaba. Hasta que llegó a Inglaterra y estableció contacto con una organización de transportes cerca de Londres y tuvo su gran idea: organizar las putas de la ciudad como había hecho en su tierra. Instalarlas en algún sitio y controlarlas. Llevarles los hombres y sacar la parte del león y abofetearlas cuando fuera necesario. Su propio imperio, con él; amo y señor.

Luego… la primera marrana que agarró en Piccadilly… No, no es verdad. Ella fue la que le pescó, declaró en el juicio… la tipa se le rió en las narices cuando se lo propuso… no se lo pidió, se lo contó. Desnuda en la cama, metiéndole prisa porque aún tenía los pantalones puestos. Le estaba contando lo que haría por ella y sus amigas… Aunque eso no lo dijo en el juicio —sólo que le había cogido, quedándose con su dinero y sin nada a cambio y que si la zumbó un poco era porque quiso aprovecharse de él— riéndosele en sus narices… Que ella era independiente, que no buscaba chulos, que no le iban, que no los necesitaba. ¡Chulo! Él no era un chulo, ¡maldita sea…! Que eran tonterías de los yanquis… se revolvió contra él con el lenguaje más sucio que oyó en su vida. Y

vistiéndose sin que él se hubiera cobrado su dinero… y entonces fue cuando le dio lo suyo, zorra, desgarrándole el vestido, quitándole el dinero, un trabajito fino para que viera lo que era bueno, quién daba las órdenes. Si había algo que no podía soportar era que se rieran de él. Zorra que gritó tan fuerte, tan fuerte… y los vecinos llamaron a los «polis» ingleses y llegaron los PM y todos dijeron —todos, todos—, dijeron que la había violado.

Ya la cogería, sí, ¡maldito sea!, la cogería. El cerebro embotado de Maggot se adormece, recreándose en la imagen de la mujer desnuda y él penetrando en ella y golpeándola y penetrando en ella y golpeándola…

Sacó del bolsillo las pequeñas y cortantes conchas que recogió de la playa. No podía dormir. Con gran esfuerzo se cortó algunos trozos de uña de las manos y los pies. Se arrastró, levantó el faldón de la tienda y elevó sus palmas al cielo con los recortes.

—¡*Inusakats*! —oró en voz baja Samson Posey al dios familiar de la benevolencia—. *¡Inusakats,* dame larga vida y ayúdame!

Lanzó los trozos de uña al viento de la noche y regresó a la tienda, quedándose dormido.

Víctor Franko se agitaba desvelado en el otro extremo. Aquel hijo de puta le daba miedo.

Reisman paseaba por el tejado plano del barracón escrutando el campamento en la oscuridad. Cuchicheos que no llegaba a entender, movimientos que no podía precisar… Maldecía su complicada personalidad que le imponía horas de servicio a las que no estaba obligado. ¿Podría alguna vez arrancarse aquel sentimiento de peligro inminente, amenaza de condena, que sentía sobre su cabeza? ¿Por qué se ponía así? ¿La inadaptación de su juventud? ¿El temor de algo más grave? ¿Jamás confiaría plenamente en los presos, concediéndose él mismo un descanso y dándoselo a los guardianes? Para ellos también era una dura tarea. Rebajados de servicio en Marston Tyne, aquí tenían que estar casi continuamente de vigilancia. Horas de sueño interrumpidas por horas de imaginaría. Una noche libre cada tres. Pero hoy ni siquiera el cabo Bowren y los tres PM a quienes tocaba descansar habían podido hacerlo.

Después del toque de silencio los había enviado a Marston Tyne

—previas instrucciones tajantes de que no revelaran el enclave del campamento ni sus actividades»— para devolver tres de los cuatro camiones y regresar a Stokes Manor con el *jeep*. Salieron muy contentos por el hecho de alejarse de la opresión que pesaba sobre el campamento y todos sus habitantes, guardianes y presos. Aunque si les hubiera dejado elegir, tal vez hubieran preferido unas horas de sueño que les hacía mucha falta, o algo de diversión en Stokesmouth u otra parte. A él también le hubiera gustado ir… una noche con Tess… sólo unas horas… incluso unos minutos. Hundirse en su dulzura, en su suavidad, en su pasión.

Marston Tyne, Marston Tyne, lugar de recuerdos fantásticamente opuestos para John Reisman…, temor, repugnancia, muerte; amor, belleza, vida… ¿Le esperaría Tess hasta su regreso? Lo había prometido, sencilla y dulcemente, con sus modales juveniles y apasionados. Él no se sintió con derecho a exigírselo. Tess: el fenómeno más maravilloso de toda su vida. Pero ¿para la chica significaría lo mismo John Reisman? Evidencia de su pasado, pronósticos de futuro. John Reisman, solo en la oscuridad del campamento, sentía por unos instantes la angustia de pensar que tal vez alguien pudiera significar para ella tanto como él… Y alguien después…

¿Nunca aprendería a evitar esta clase de reflexiones? Disfrutaba con ellas. Margot Strathallan… tan cerca… Absorto en el trabajo, no había recordado su proximidad… hasta que surgió en el acantilado alborotando a los hombres… ¡Qué momento tan inoportuno, tan poco elegante, tan poco elegante para aparecer!… risible, a menos que no fuera intencionado, oportuno después de todo, aunque poco elegante, ¡quién sabe!, depende de la naturaleza, las aberraciones particulares… Sí, inquietándole a él también, ¡maldita sea…! Allí confinada en su mundo extraño y solitario, riéndose de todo… una prisión hecha por ella misma… y cuya razón no conocía aún… tal vez no conocería nunca… ¡perra!

Durante los tres días siguientes, Reisman sometió a los presos a un esfuerzo inhumano de entrenamientos y disciplina. Aprendizaje que en otras circunstancias hubiera requerido semanas e incluso meses —como en realidad muchos de ellos habían ya realizado— y que ahora teman que reasimilar en cuestión de horas: marchas forzadas a través de la inmensa propiedad y a lo largo de la playa;

trepando y descendiendo por cuerdas al acantilado o salvando cuantos obstáculos se le ocurrían; instrucción despiadada en el recinto del campamento; gimnasia cuando desfallecían y esperaban el ya tradicional descanso de diez minutos; reuniones nocturnas, cuando ya daban la jornada por concluida y soñaban con derrumbarse en las tiendas; y constante, incesantemente, su voz, su voz adulando, pinchando, amenazando, cambiando de tono y ritmo según las circunstancias, escogiendo la palabra y la frase apropiadas; argot, giros militares, lenguaje de compañerismo, el tono pausado, cuidadoso, articulado del caballero-oficial-medio-intelectual. Pausas, para darles tiempo a pensar, para comprobar que le seguían.

Charlas que variaba y repetía, ampliaba y retocaba, añadiendo temas a medida que los creía capaces de asimilarlos: primeros auxilios, lectura de mapas, brújula, tácticas elementales de infantería, empleo de armamento. Aún no les dejaba tocar las armas y menos aún utilizarlas. Pero les fue dando la teoría del M 1 —fusil y carabina—, la pistola automática «45», la ametralladora M 3, granadas. El armamento básico del soldado de infantería que debían volver a aprender antes de pasar a temas más complejos e interesantes… Ganarse a pulso el derecho de volver a utilizarlo… Si él veía que lo merecían… Si ganaban su confianza.

La inestabilidad atmosférica no afectó en nada a la marcha de los entrenamientos. Tenían que aprender a desenvolverse con eficacia en todo tipo de terrenos y bajo cualquier condición climatológica, de noche y de dia. Llegaría la hora en que les comunicarían cuál era el objetivo de la operación y había que estar preparados. El tiempo cambiaba de hora en hora. La lluvia empapaba torrencialmente a hombres y equipo, calaba la lona de las tiendas, desbordaba las zanjas de desagüe empapándolo todo, llenaba el recinto del barracón poniendo perdidos a los PM de centinela en el exterior. En cambio, otras veces el tiempo era suave y casi agradable. Días precursores de la primavera… y de la Invasión.

El cabo Bowren encontró el nombre del grupo, su grito, su apodo, su lema.

A los cuatro días de empezado el entrenamiento, llegó a la puerta de la oficina de Reisman, una mañana a primera hora, y dijo

con sorna y cierto énfasis cómico:

—Mi capitán, la Docena Inmunda está a su disposición.

Reisman, absorto en el examen de los *tests* de entrenamiento que habían realizado la noche anterior, levantó la cabeza. Algunas respuestas eran excelentes, otras pasables o deficientes y algunas completamente ilegibles —Samson Posey empleaba palabras y dibujos—. De todas formas, estaba satisfecho de aquella fase de entrenamiento. Se estaba haciendo con ellos, trabajaban, se esforzaban, reflexionaban. Sumido en sus pensamientos, contestó con más brusquedad de la que hubiera deseado:

—¿Qué es eso, cabo?

—La Docena Inmunda, mi capitán… Están esperándole.

Bowren esbozó una reverencia con el brazo y una inclinación de cabeza, sonriente, aunque súbitamente atacado por el temor de estar abusando de la camaradería que el capitán le daba.

—¿Saben ellos que les llama usted así?

—No creo, señor —contestó Bowren, serio de nuevo—. Lo dije en broma. Espero que no piense que hablo en serio, en plan despreciativo…

En realidad pensaba en la forma en que Morgan se dirigía a los hombres a veces…, innecesariamente cruel y grosero…, sin razón alguna…, sólo por pura satisfacción, no para conseguir algo de ellos.

—Puede usted despreciarles —declaró Reisman, tajante— cuanto le apetezca, siempre que crea que dará algún resultado. Quiero conseguir de ellos disciplina y obediencia. Si no se comportan aquí en esa forma, tampoco lo harán durante la misión. No, no me interprete mal. De hecho, creo que les gustará tener un mote como ése. Por eso he dejado que siguiera adelante esa huelga de afeitado e higiene. Que lo oigan… Que los guardianes repitan el nombre. ¡Qué diablos! ¿Sabe que les sienta muy bien? —dijo, riéndose a grandes carcajadas y levantándose de la silla para salir al recinto del campamento—. Ya están empezando a oler mal.

Y olían mal, aunque no tanto como para no poder acercarse a ellos, que era lo que deseaban. Este extremo lo discutían en secreto, llegando a la conclusión de que si estaban así mucho tiempo ocurriría.

De cualquier forma, olían mal: sudor y mugre de cuerpo sin

lavar, conservas, temor y odio, y falta de agua corriente. Las barbas y bigotes les daban un aspecto fiero. En algunos no se trataba más que de algunos petos mal distribuidos, en otros ya eran espesas y cerradas. Aun sin barba ni bigote, el aspecto de Posey imponía respeto. Odell hacía lo que podía con la rala pelusa que le estaba brotando.

Se les ofreció todos los días la posibilidad de bañarse y afeitarse y la desecharon. Era el único punto punto de indisciplina que Reisman toleraba. Llegó a convertirse en un ritual la llegada cada mañana del guardián con el bidón de cinco galones lleno de agua que ofrecía a los presos. Uno de ellos vertía el bidón en el suelo coreado por las risas de los demás. Era la única válvula de escape que les estaba permitida.

En el recinto del campamento, Reisman contempló a los presos sentados en el suelo después de levantadas las tiendas y tomado el desayuno, con las mochilas detrás dispuestos a ponerse en marcha a la primera orden. Y por primera vez pensó en ellos llamándoles así: la Docena Inmunda. Pronto aceptarían el mote como una especie de divisa, de blasón nobiliario a la inversa, que les traería suerte.

—Hoy voy a enseñaros cómo matar a un hombre —dijo sin titubeos.

Miradas de sorpresa, algunas de auténtico rencor. Sólo entonces advirtió lo grotesco de la afirmación. Los expedientes de White, Franko. Posey, Jiménez y Sawyer indicaban que eran convictos de asesinato. Habían matado a un hombre cada uno de ellos. Odell asesinó a una mujer; Maggot, Lever, Smith, Pinkley, Wladislaw y Gilpin habían inferido mutilaciones graves que justificaban plenamente el tenerlos allí.

—Voy a enseñaros a matar a un hombre con esto —dijo, mostrando su dedo meñique— y con esto —mostró los tres dedos centrales rígidos, cruzando meñique y pulgar sobre la palma— y cómo defenderos sin armas, tal como estáis ahora y permaneceréis durante algún tiempo. Defenderos ante un ataque con pistola, palo, espada, cuchillo o frente a un tipo el doble de grande que vosotros… Como Posey, por ejemplo. No se os ocurra jamás matar a un hombre, ni siquiera pegarle con esto —cerró el puño—, os exponéis a haceros más daño que el que le podáis causar a él; incluso romperos los nudillos y los dedos. Es muy doloroso.

Levantó de nuevo su dedo meñique.

—Cuando digo matar a un hombre con esto, por supuesto estoy haciendo una concesión para ilustrar. Es el borde liso de la mano —lo enseñó mientras hablaba—, incluido el meñique, lo que constituye un arma soberbia si los otros dedos se mantienen rígidamente pegados a él y el pulgar tieso formando ángulo recto para tensar el nervio que pasa entre la muñeca y el dedo. Sacad vuestros cuadernos y lapiceros. Sargento Morgan, ¿quiere traerme una rama o un trozo de madera de unáis dos pulgadas de ancho y algo más de un pie de largo?

Los presos habían rebuscado en sus mochilas para sacar cuadernos y lápices y estaban preparados para escribir con un gesto de niños aplicados deseosos de mejorar.

—Lo que voy a enseñaros —continuó Reisman— es una técnica de defensa y ataque sin armas que los japoneses llaman jiu-jitsu y judo. Por supuesto habréis oído hablar de ello…, tal vez tengáis algunas nociones; puede que alguno de vosotros lo haya aprendido y practicado en el ejército. Quizá alguno de ustedes, caballeros —continuó con sorna—, tenga sus métodos predilectos para matar… Más tarde, en el entrenamiento, tendréis oportunidad de enriquecer con estas aportaciones personales los conocimientos comunitarios. Mientras tanto, sigamos adelante con mi estilo. ¡Hay variantes y refinamientos técnicos que os asombrarían! —miró hacia Napoleón White como recordándoselo.

«Conviene que sepáis un poco de lo que estáis haciendo. Los japoneses no son los inventores del jiu-jitsu ni el judo. Fue creado por unos monjes chinos del siglo xi. ¿Sabéis por qué? Porque su religión les prohibía emplear armas… Señor Smith, le aconsejo que reflexione y medite sobre el particular… Pero ¿qué podían hacer los pobres chinos si eran constantemente atacados por nómadas y bandidos? Perdieron muchos hombres, pero trabajaron durante años para perfeccionar un sistema que les permitiera hacer frente en igualdad de condiciones a sus enemigos. Bien, todo esto ocurría en tiempos en que la guerra se hacía cara a cara y cuerpo a cuerpo. Para ser soldado en aquella época había que tener muchos cojones y mucha habilidad si se quería continuar vivo. Los japoneses copiaron la invención de los monjes chinos…, ya sabéis que estupendamente…, mejorándola y ampliándola. Pero no lo han

patentado ni poseen secreto alguno que les haga mejores o más fuertes que nosotros. Ni tampoco los nazis. Yo he luchado contra ambos y os aseguro que no no son superhombres, ni tienen la exclusiva del terror o la capacidad de luchar.

El sargento Morgan llegó con un tarugo, mientras los presos garabateaban sus cuadernos a toda velocidad. Aunque no pareció gustarle la cosa, el sargento, a indicación de Reisman, sostuvo la rama fuertemente sujeta entre sus manos, tomándola por los extremos.

—¡Mirad! —dijo Reisman a los presos.

Con un golpe seco y potente partió la rama.

—Dentro de unas semanas todos tenéis que ser capaces de hacerlo, usted también, sargento. Lo único que hay que hacer es desarrollar el músculo del borde de la mano practicando constantemente. En cualquier ocasión, en cualquier momento, golpead con el borde de la mano las superficies duras. Hay muchas. ¡Vamos!, vamos a hacerlo, ¡venga!, contra el suelo.

Los hombres tensaron sus manos, sacando el pulgar como les había indicado, y comenzaron a golpear el suelo con ganas.

—Respecto a los usos prácticos, ahora veréis —Morgan se apartó desconfiado, sosteniendo aún los dos trozos de rama—. No tema, sargento, confíe en mi. No voy más que a utilizarle para señalar puntos. Nada más.

Les mostró dónde había que golpear a un hombre entre los ojos, justo encima de la nariz, para romper un huesecillo del espesor de un papel de fumar y tocar la fibra cerebral causándole la muerte instantánea; o bajo la nariz, golpeando diagonalmente hacia las orejas, con lo que se causa una grave conmoción cerebral o la muerte. Les indicó cómo partir la laringe, concentrando toda la fuerza del cuerpo en el golpe para causar la muerte del adversario. Sobre el abultado estómago de Morgan, en la base del esternón, mostró cómo hay que hundir tres dedos agudos como dagas, con la palma hacia arriba, hincándolos en el plexo celíaco, para romper la aorta, causando la muerte por hemorragia interna.

Al ver la turbación de Morgan en el papel de víctima, algunos presos rieron.

Reisman hizo una pausa y les miró:

—No os riáis —dijo finalmente—. Jamás os riáis de la muerte,

las heridas o el sufrimiento humano. No es divertido. No es sencillo de hacer. Sólo se puede permitir con fines concretos: defenderse, cumplir una misión. Ninguno de vosotros debe ensañarse en estos golpes, ¿me entendéis? Cuando estéis entrenándoos unos con otros en el ataque, tendréis que identificar y tocar el punto del golpe, nada más. También existen métodos para poner a un tipo fuera de combate…, incapacitándolo, silenciándolo, sin matarlo ni herirlo gravemente. Ya os los enseñaré. Los utilizaré» para lo que están destinados y cuando yo os diga. El que se pase de listo y hiera intencionadamente a otro en el entrenamiento, o satisfaga cualquier a tipo de rencor personal, tendrá que vérselas conmigo. Y os advierto que no ando con chiquitas. De momento, vamos a prescindir del ataque, limitándonos a practicar la defensa. Posey, levántate.

Samson se levantó yendo hacia Reisman, animado. El capitán desenvainó un cuchillo que colgaba de su cinturón, ofreciendo la empuñadura a Samson. Este retrocedió desconcertado.

—¡Cógelo! —ordenó Reisman—. ¡Atácame!

—¡No! —dijo Samson lentamente, negando con la cabeza.

—¡He dicho que lo cojas y me ataques!

Samson tomó el cuchillo, quedando con los brazos al costado y un aspecto confuso e irresoluto.

—¡No te andes con blanduras porque sea yo el que da las órdenes y pega los gritos! ¿Qué te pasa, gran jefe?

—Le hiero… Usted hombre bueno…, buen oficial…, no quiero herir, maté a un hombre la última vez que luché…

—Mataste a un hombre porque no sabía lo que yo. ¡Vamos, maldito, lucha! ¿A qué mierda de tribu perteneces, Posey? ¿Sioux? ¿Apache?… ¡No, navajo!… O ¿es que eres una *squaw*[39]?

El rostro de Samson se contrajo de sorpresa e ira intentando no oír aquellos inesperados insultos.

—Soy ute —dijo con voz sonora, irguiéndose orgulloso—. No navajo…, no blanco… Ute.

—Entonces es que los utes son *squaws*, sus mujeres putas, sus hijos mendigos.

Se le echó encima con un aullido salvaje, sosteniendo el cuchillo en la mano con un reflejo de fiera. El antebrazo de Reisman se levantó con un movimiento rápido y de gran práctica, bloqueando

el de su atacante. Su antebrazo izquierdo obligó, empujando por el codo, a que el brazo de Samson cediera hacia atrás. La mano izquierda del capitán atenazó la muñeca del indio en que sostenía el cuchillo. Hundió sus codos en el cuerpo del otro, e inclinándose rápidamente hizo que el brazo que sostenía el arma, y todo el cuerpo de Samson detrás, cediera poco a poco. La enorme fuerza de Samson estuvo a punto de deshacer la llave, pero Reisman aguantó, obligándole finalmente a soltar el cuchillo.

El arma cayó al suelo y Samson también, con un gruñido. Antes de que pudiera alcanzar el cuchillo o ponerse en pie, Reisman dio una patada al arman lanzándosela a Bowren, y se puso en guardia. Samson se abalanzó hacia él como un toro furioso, ciego, sin reflexionar en la mejor manera de acometer al capitán.

—¿Quiere luchar?… Yo lucho —gritó.

La mano izquierda de Reisman atenazó la muñeca derecha de Samson…, giró y se inclinó… Levantó la mano derecha para asegurar la presa y aprovechando el impulso y el peso de Samson, lo volteó limpiamente por encima de él, haciéndole caer estrepitosamente a tierra.

Reisman se inclinó sobre Samson para asegurarse de que no le había lesionado.

—Gracias, Posey —dijo, sonriendo.

Samson se incorporó lentamente. La rabia que le había invadido se disipó al comprender el móvil de los insultos del capitán.

—No divertido —dijo, sabiendo que de no haber sido capaz de defenderse habría matado al capitán. La idea le aterrorizó: le hubieran ahorcado sin contemplaciones. Volvió a su sitio. Nadie reía. Tal vez fuera positivo. Respetaban lo que acababan de ver.

El capitán recuperó el cuchillo y contempló uno por uno a los hombres, golpeando repetidamente su palma con la empuñadura.

—Si hay alguno que se anea capaz de medirse conmigo, que salga —dijo desafiante—. ¿Tú, Franko? —¿Me la tienes guardada, no es cierto? ¿White? Me dijiste que aprovecharías la primera ocasión. ¡Vamos!

El dedo de Archer Maggot señaló a Samson mientras se ponía en pie sonriendo lentamente:

—¡Qué mierda, capitán…! ¡No fue más que un tongo, ése no luchó de veras!… Diga a los guardianes que se aparten y quiten sus

sarnosos dedos del gatillo y yo le daré a usted lo que se merece. ¡Va a quedar como después de un accidente! ¿Me oye?…

Reisman lanzó el cuchillo por el mango, describiendo un arco.

—¡Adelante, sureño!

Maggot lo cogió y avanzó amenazador. Encorvado, adelantando el pie izquierdo, con el brazo izquierdo extendido para cubrirse de cualquier golpe y la mano armada junto a la cadera, dispuesta a aprovechar el menor resquicio en la guardia del capitán. Reisman comprendió al instante que se enfrentaba con alguien que sabía lo que se hacía. No eran fanfarronadas. Maggot era extremadamente peligroso, bastaba ver cómo avanzaba, preciso, lento, pulgada a pulgada. El capitán se inclinó para coger un puñado de tierra y Maggot siguió el movimiento. Reisman se echó hacia atrás, sabiendo que no podía exponerse ni una fracción de segundo.

Les separaba la distancia de un brazo. Reisman saltó en plancha con los pies por delante, ligeramente torcido hacia la izquierda, golpeando con el empeine el talón izquierdo de Maggot y con el pie derecho el muslo… A continuación hizo una zancadilla que le derribó hacia atrás… Amortiguando su caída con las manos, golpeó con el tacón derecho el vientre de Maggot.

El hombre se llevó la mano a las ingles soltando el cuchillo. Boqueaba, abriendo y cerrando las mandíbulas sin emitir sonido alguno, con la respiración entrecortada, Reisman recogió el arma y se inclinó sobre Maggot:

—Lo hiciste muy bien —dijo—. Cuando te encuentres mejor, puedes enseñarles ese truco a los muchachos. Dele la mano, Morgan.

El sargento y un PM ayudaron a Maggot, que resoplaba, volviéndole a su sitio. Todo fue tan rápido que aún no podía percatarse de lo sucedido y esto le molestaba más que la paliza que le diera el capitán. Aquel maldito Reisman era algo, más que voces y galones. Se juró a si mismo aprender para poder zumbarle algún día.

Reisman esperó a recuperar el aliento para que su voz sonara natural, sin que expresara temor o excitación:

—Hay más de cien defensas personales como las que acabo de mostraros con Posey y Maggot… Maneras de protegerse y ganar una lucha cuando le atacan a uno con armas o sin ellas… Maneras de

zafarse de una llave cuando le cogen a uno por sorpresa o cuando le sujetan por diferentes partes del cuerpo. Pero el arte de defenderse sin armas tiene cinco principios básicos. No importa la fuerza y el tamaño del contrarío. Aprended estos principios y seréis capaces de defenderos en cualquier circunstancia. Naturalmente no vais a aprender todo esto en un solo día, ni siquiera en un mes, pero a partir de ahora vamos a practicar tres trucos o llaves al día y antes de marchar de aquí sabréis bastante.

Hizo una seña a Bowren para que se afianzara lo más posible.

—El primer principio es el del equilibrio —dijo Reisman—. Todo hombre, cualquiera que sea su posición, pierde el equilibrio en un sentido determinado, precisamente en el del ataque…

Utilizando a Bowren de pareja, Reisman demostró a cámara lenta los cinco principios básicos: cómo aprovechar el desequilibrio inercial del contrario; cómo aprovechar contra él la fuerza e impulso de su ataque, dirigiéndola en vez de resistirla; cómo utilizar los músculos del bajo abdomen, fuente de energía en cualquier defensa; cómo concentrar el máximo poder propio contra la máxima debilidad del contrario; y cómo evitar en la práctica posibles heridas o derrotas planeando cuidadosamente la defensa a base de operaciones mayores y menores, saliendo del peligro y deshaciendo la parte esencial de la llave contraría sin necesidad de emplear una energía que ya sería prácticamente de contraataque.

—No es lo mismo que apuntar a alguien con una pistola. Con una pistola no hay que apuntar a menos que se esté dispuesto a disparar. Y no hay que disparar si no se está dispuesto a matar. La defensa personal sin armas ofrece la posibilidad de ser juiciosos. Cuando practiquéis entre vosotros, vuelvo a insistir en ello, tenéis que habituaros a eso. No quiero decir que no podáis atacaros o defenderos con vigor, sino que tenéis una fracción de segundo para decidir. Os voy a entrenar para que sepáis utilizar todo esto como personas, no como animales. Por ejemplo, el señor Maggot podría estar ahora llorando la pérdida de sus testículos en lugar de tener un simple dolor en el vientre, o el señor Posey encontrarse con un brazo roto…

Myron Odell atendía la charla del capitán volviendo a experimentar pánico y horror. Hasta ahora el entrenamiento no le había molestado realmente, lo único que lamentaba era tener que

estar sucio y maloliente y convivir con aquellos individuos tan sucios como él. Tampoco le afectaba la despiadada actividad física a que le sometían y que le dejaba, generalmente, exhausto y también en ocasiones le hacía sentirse más fuerte, más competente, experimentando un orgullo que jamás había sentido: por ejemplo, cuando el capitán le disparó con la ametralladora. Le gustaban más las charlas; eran instructivas y el capitán sabía hacerlas interesantes. Pero el contacto cuerpo a cuerpo, las luchas brutales que acababa de presenciar, le produjeron náuseas. Y luego, aquella charla desenfadada en la que se les daba instrucciones sobre mutilaciones y asesinatos. No había duda sobre la proximidad del empleo de semejantes métodos. Ante ellos, la vieja costumbre, el muro de temores e inadaptaciones tras el cual se refugiaba para buscar cierta seguridad, se irguió automáticamente. Pero en realidad, tanto los efectos como las causas de su cobardía le hacían sentirse físicamente enfermo.

El capitán concluyó su demostración de los cinco principios básicos y las tres llaves defensivas que tenían que practicar. Odell se sintió desamparado. Los comprendía, veía su funcionamiento. ¿Pero cómo utilizarlos frente a hombres como aquéllos? Tipos que no le permitirían la menor debilidad, que no le darían el menor reposo, dispuestos a lo que fuera con tal de no regresar a la prisión y al inimaginable horror que allí les aguardaba.

—Muy bien. En pie y poneros por parejas —ordenó el capitán—. Los compañeros de tienda, juntos. Posey, tú conmigo, Franko con el cabo.

No estaba mal después de todo. Odell no sentía hacia Calvin Ezra Smith tanta aversión como hacia los restantes. No le temía. Sonrió a Calvin, situado frente a él, y Smith le devolvió la sonrisa. Cal le comprendía. Cal no sería duro.

El capitán hizo una vez la demostración de la presa que dijo era más fácil, aunque resultaba la más espectacular, la que había utilizado para derribar a Posey. Esta vez dejó que Samson le derribara, mostrándoles cómo aterrizar con suavidad para no hacerse daño. El estoico Posey dejó escapar una sonrisa al derribar a Reisman.

A una señal del capitán, Cal, que formaba parte de la fila de ataque, avanzó con los restantes. Odell le agarró con fuerza de la

muñeca, con una fuerza insospechada…, y le sujetó también el antebrazo…, se dobló me tiendo la cadera bajo el estómago de Cal… y le volteó por encima del hombro. Smith cayó de espaldas. Odell se acercó para ayudarle, excusándose.

—No tenías que hacerlo tan fuerte, Myron —protestó Smith, enfadado.

Cuando Je llegó su tumo se lo devolvió a Odell más fuerte, pero Myron acababa de adquirir un sexto sentido que le mantenía alerta: aterrizó bien y se puso en pie rápidamente. Estuvieron practicando la presa de muñeca y el modo de zafarse de ella, una llave al cuerpo y la manera de salirse, durante un rato. Odell se sintió mejor de lo que esperaba. Después, el capitán les hizo cambiar de parejas.

—¿Quién se anima con Posey? —preguntó. No obtuvo respuesta —. Bien, le reservaremos para los ejercicios puntuables. Vamos a repetir todo el repertorio.

Odell sonrió a Archer Maggot, que estaba ahora frente a él. Maggot le miró hoscamente.

Reisman oyó el gemido de dolor de Odell y se acercó a todo correr. Odell saltaba oprimiéndose la espalda.

—¿Le has dado en los riñones, sureño? —preguntó Reisman, iracundo.

—¡Qué va, mi capitán! Debe haberse dado sin querer con mi codo o algo así —contestó Maggot—. Me he limitado a mantener la guardia cerrada *como* usted dijo.

—¿Es verdad eso, Odell?

—No sé, señor —contestó secamente. Aún seguía encorvado frotándose la espalda, con el rostro contraído, pero el dolor iba cediendo.

Maggot había estado aumentando cada vez más la rudeza de sus presas, pero no podía decirle eso al capitán… delante de todos los muchachos, exponiéndose a mayores represalias por parte de Reisman.

—Me imagino que ocurrió como él dice.

—¡Una pausa! —gritó Reisman a los presos.

Condujo a Odell aparte y le preguntó:

—¿Te da miedo ese tipo, Odell?

Odell vaciló, asintiendo por último con cierta desconfianza.

—Sí, creo que sí.

—Peto Smith no te daba miedo, ¿verdad?… ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que porque le conozco. Es un buen chico.

—Es tu compañero de tienda, charlas con él, sois amigos, ¿no es cierto?

—Sí, claro, supongo.

—Ha estado suave en el entrenamiento, ¿no?

—Un poco…, creo que sí.

—Y tú también. Os estuve observando. Zanganeabais.

—No siempre.

—¿Sabes de qué va a valerles todo esto cuando lo necesitéis de verdad? De nada. De nada en absoluto —dijo Reisman, tajante—. Voy a decirte algo sobre el miedo, Odell, lo he sentido más veces de las que soy capaz de recordar. Todo el mundo lo siente. El que diga lo contrario es un embustero, está loco o está muerto. No tienes por qué avergonzarte de tener miedo, Odell. En realidad, hasta puede serte útil: te pone más en guardia. Te abre las pupilas y se ve mejor. Da una inesperada potencia al cuerpo en los momentos cruciales. ¿Qué diablos crees que te hizo volar por el acantilado el día que te lancé la ráfaga? El miedo, el miedo y nada más. Pero un miedo sano, que te fue muy útil. Lo que necesitas es aprender a controlarlo.

Se unieron al grupo. Tras un descanso de cinco minutos, los presos cambiaron de nuevo de pareja y continuaron el entrenamiento.

Napoleón White le sujetaba con una presa de cuerpo, mientras Odell, siguiendo las instrucciones del capitán, trataba de zafarse.

—No sé lo que te ha dicho el gran cerebro, muchacho —susurró Napoleón al oído de Odell—. Pero si quieres sacudirle bien a ese bocazas para que te deje en paz; escúchame.

Odell se zafó comenzando a aplicar la contrallave, según el capitán les había explicado. Antes de completarla le soltaron. Le tocaba a Napoleón. Odell aguantaba y White tuvo que emplearse más a fondo de lo que esperaba.

—Lo primero que tienes que recordar es el odio —gruñó Napoleón—. Tienes que odiar de forma que no pienses ni sientas más que el odio. Imagínatelo pegando a tu madre o violando a tu hermana.

—No tengo madre ni hermana —dijo Odell con los dientes

apretados, intentando mantener la presa.

—Bueno, ¡diablos!, no seas imbécil y piensa en algo que te vuelva loco —susurró Napoleón.

Odell apretó aún más.

—Entonces, haces algo que él no espere —dijo Napoleón rompiendo la presa—, como esto.

Cruzó sus manos rápidamente y se aferró al cuello descubierto de Odell con los dedos hacia adentro y apretó. Odell sintió la presión de aquella mano que le estrangulaba… Y comprendió.

Cambiaron cada cinco minutos de pareja, excepto Posey y el capitán. Cada vez que rompía una llave, recibía o daba algún golpe, Odell se sentía más fuerte, más seguro de sí. Finalmente le tocó enfrentarse con Maggot, quien esta vez le sonrió. Odell no respondió a la sonrisa.

—Un poquitín más cerca, muchacho —dijo Maggot con una sonrisita mientras se adelantaba.

Odell le miraba buscando en su interior los motivos para odiarle más.

Maggot añadió:

—No tienes huevos, jodio maricón. ¡No tienes huevos!

Odell sintió la mano impertinente que le tocaba y lo vio todo rojo. «No tienes huevos…», resonaba en su cerebro… La chica en la enfermería de Glasgow, en su lenguaje de retrasada mental… «entonces eres un mariquita», intentando tocarle allí, mientras él retrocedía…, recordando el terrible desasosiego de su niñez; y ahora volvía aquel dolor como de fuego y odio entre sus piernas…

En una nube espesa y negra unas manos tiraban de él, y alguien desde otro mundo le llamaba.

Aturdido, sacudió la cabeza y vio al capitán. Hacía un minuto estaba allí Archer Maggot y no comprendía…

—¿Qué te ha pasado, estúpido? Pudiste matarle.

—Yo no la he matado… No… les dije que no la maté… No sé qué ocurrió.

—No ella. *Él*, Maggot. ¿Qué ha pasado con Maggot?

Odell, más consciente, miró en torno suyo: Maggot yacía en el suelo; el cabo Bowren, inclinado junto a él, trataba de ayudarle, todos le miraban estupefactos. ¿Qué había pasado?

—Estuviste a punto de estrangularle…, se desmayó…, por poco lo matas.

Y recordó… Maggot, a quien temía y odiaba, insultándole, acercando la mano…, la explosión roja en el cerebro, todo mezclado con la dolorosa oscuridad que le envolvía…, la pobre muchacha muerta…, él la golpeó…, recordaba haberla golpeado…, pero matarla, tal como ellos decían, no… Y la mujer siempre presente en sus pesadillas, la maestra…, viciosa, vengativa, virtuosa, de ojos llameantes…, en el orfelinato, en clase, a los que miraban furtivamente ib tos de mujeres desnudas, ella les pegaba…, allí donde da más placer y es más doloroso…, les pegaba haciendo estallar su cerebro —rojo y negro— y el olvido…

—¡Soy inocente, Dios mío, soy inocente!

Odell lloraba con el rostro contraído…

18

Viernes, 10 de marzo. El capitán Stuart Kinder, preso de gran ansiedad, detiene el coche ante las puertas de Stokes Manor. Nadie le aguarda, pero Reisman le había dado minuciosas indicaciones para llegar, en caso necesario, hasta allí.

En su abultada cartera traía los sorprendentes e indiscutibles resultados de los *test* que hiciera a los presos antes de salir de Marston Tyne. Aún no era tarde para efectuar cambios en el grupo.

Las puertas de la finca permanecían hostilmente cerradas. Kinder forcejeó con el portón, que, por fortuna, no tenía echada la llave. Desde el punto de vista de la seguridad —pensó después—, aquello era muy poco conveniente. Por las mismas razones que se había negado a utilizar un chófer según las ordenanzas le autorizaban. Había llegado en un coche oficial del SHAEF que le fue entregado en el parque móvil de Londres. Estaba seguro de que Reisman aprobaría aquella iniciativa.

Asaltado por la idea de que cualquiera podía haber hecho lo mismo, Kinder abrió el portón y penetró en la finca, reflexionando sobre la conveniencia de ir a presentar sus respetos a la aristocrática habitante de Stokes Manor. Hija de un general muy influyente. No obstante, desechó la idea, ya que el capitán Reisman había especificado claramente que una de las condiciones básicas para la utilización de la finca era la de no molestar para nada a su moradora. Dando tumbos, Kinder internó unos metros el coche al borde de la carretera y allí lo detuvo. Volvió hacia el portón, cerrándolo, y permaneció oculto tras de unas matas desde las que se dominaba la carretera.

Impaciente, miraba de vez en cuando el reloj, aguardó unos veinte minutos. Por último, sonrió al distinguir el camión que se aproximaba. Los hombres del Cuerpo de Comunicaciones saltaron a tierra y comenzaron a trabajar. Qué satisfactorio presenciar de

manera tan palpable los resultados que era capaz de obtener gracias al prestigio de su misión y sus buenas relaciones, ya que no a su graduación militar.

Había intentado hablar con el capitán Reisman por teléfono, sorprendiéndose al saber que el campamento carecía de comunicación telefónica y, en consecuencia, el modo más viable de ponerse en contacto consistía en el empleo de un mensajero. Sin embargo, en la casa había teléfono, y por desgracia, también la prohibición terminante de llamar allí.

Parece ser que Reisman padecía cierta obsesión por el aislamiento, obsesión que, por otra parte, no inquietaba lo más mínimo a su inmediato superior en el OSS, con quien Kinder comentó este detalle. El mayor Armbruster había sugerido en tono de broma, el empleo de palomas mensajeras.

—En este tipo de trabajo las utilizamos a veces, ¿sabe usted? —dijo sonriendo—. Pero no se preocupe por Johnny. Una vez que recibe las órdenes, acostumbra a arreglárselas solo. Ya se pondrá en contacto con usted si lo necesita.

Explicación que no satisfizo a Stuart Kinder. Tomó el asunto en sus manos. Los soldados que ahora instalaban la línea telefónica en la carretera, habían sido enviados allí siguiendo una cadena jerárquica, prioritaria, aunque indirecta, con indicaciones precisas. Hora de llegada, enlace de un teléfono de campaña a la red general de comunicaciones, enterrar o camuflar los cables lo mejor posible, y marcharse rápidamente dejando junto a la puerta una línea libre con un aparato de campaña y cable para dos millas. No tenían conocimiento del origen de la orden ni del usuario del teléfono.

Concluida su misión, el vehículo del Cuerpo de Comunicaciones se alejó. Kinder regresó al coche internándose por el campo. Siguió las marcas de las ruedas en el bosque, llegando hasta el campamento. Se apeó oyendo las voces de mando, el ruido de las botas, el trajín de la instrucción y rodeó el barracón de madera que le impedía la vista. Alambradas, torres, el capitán Reisman había realizado un trabajo asombroso. Por fin, distinguió a los presos: no pudo contener una exclamación de asombro.

Reisman mintió.

—Me alegro de verte, Stu. ¿Qué te trae por aquí? Supongo que noticias concretas sobre la misión.

Kinder, con aire serio, tomó asiento en el catre, el único lugar aparte de la silla de Reisman, aguardando a que el PM que le había acompañado cerrara la puerta.

—No —dijo, moviendo la cabeza—. Gracias a Dios, nada de eso. Es peor de lo que me temía. Se trata de los test que les hice… Hay un marcado predominio de respuestas emocionales y primitivas sobre las adaptadas…, es abrumador.

—¡No!

—Sí. Desde el punto de vista de la misión, alguno de ellos, la mayoría, constituyen una pésima elección sicológica.

—Pero tenía entendido que éste era precisamente el objetivo del plan.

—Era…, es, quiero decir… Pero no esperaba tanto: siconeurosis, histeria, estados de ansiedad, obseso-convulsos, sicópatas, deficientes mentales… Dime un apellido y te daré su trauma. ¡Dios mío, pero si algunos ni siquiera merecen estar en el ejército! Y les hemos asignado una misión de confianza…

Kinder parecía tan desolado que Reisman sintió verdadera compasión por él.

—Stuart, Stuart, Stuart —dijo pausadamente—, yo podría haberte adelantado todo eso sin necesidad de los *test*, En realidad, te advertí…, a ti y a todo el mundo, pero nadie me escuchó.

—Sólo podemos hacer una cosa, John —dijo Kinder—. Conseguir otros hombres para reemplazar a los peores del grupo.

Reisman se erizó como una fiera a la defensa de sus cachorros.

—¡Qué diablos estás diciendo! —rugió—. Después de lo que he conseguido de ellos. Te he escuchado, pero de aquí no paso. Me he comprometido con ellos y ellos conmigo. ¿No era eso lo que querías? Sí, tú y el general y los coroneles y todos los de la reunión en Baker Street… y tus misteriosos amigos del SHAEF o de Washington, o de donde partiera esta misión. Se han fijado las reglas y el juego está en marcha. No habrá cambios a menos que yo tenga razones muy poderosas. Mis hombres saben perfectamente, sin necesidad de tus galimatías sociológico-sicológicos, cuáles son los que fallan. En una palabra: ¡lo que Reisman ha unido no lo separará nadie!

Kinder, sorprendido por la violenta defensa que Reisman hizo del grupo, decidió ignorar por un momento el desprecio hacia su

profesión que entrañaban las palabras del capitán.

—¿Pero no necesitas ayuda? —preguntó—. No hay más que ver su aspecto para comprender que la disciplina está rota.

—¡Un cuerno! ¿Qué insinúas?

—No es que esperara verlos flamantes y relucientes, pero al menos pensé que conservarían el mismo aspecto que cuando abandonaron Marston Tyne… Lavados, afeitados y limpios. Míralos: cualquiera podría pensar que han estado un mes en primera línea y en las peores condiciones.

—Eso es moral —dijo Reisman—. Espera a olerlos. Y antes de que comiencen a progresar, tendrán que ponerse mucho peor —dijo finalmente, comenzando a explicarle la historia de la Docena Inmunda.

Kinder escuchó absorto el relato sobre la marcha del entrenamiento y las causas del aspecto de los hombres. Le costaba trabajo creerlo.

—¿Se están portando bien, dices?

—Claro que sí. Empiezan a funcionar, a pensar como soldados…, aunque no tengan buen aspecto ni huelan a rosas.

—¡Es estupendo! —dijo Kinder con alivio—. ¡Puede que dé resultado, John! —exclamó, radiante de júbilo—. Increíble, contradictorio, puede que resulte —guardó un montón de papeles en su cartera y otro mostrándolo—. Un lema…, algo que los identifique… ¡es verdad! eres capaz de amoldar su unión negativa a nuestro propósito, el grupo puede ser perfectamente viable y más coherente que las individualidades que lo forman… Con ayuda de un entrenamiento competente y a fondo, desde luego… Obtendremos algo. Un lema…, una bandera…, qué inteligente, exacto…, eso es sicología profunda. ¿Recuerdas lo que hizo Bonaparte en el sitio de Tolón?

—No. ¿Qué hizo Napoleón en el sitio de Tolón? —dijo Reisman con burla.

—Por aquel entonces era un simple oficial de artillería. [Pero qué maravilloso sicólogo había en él! Situó una batería en una posición tan descubierta que le dijeron que no encontraría hombres para servirla. Pero puso un cartel: «¡Batería de los hombres sin miedo!», y aquellos cañones tuvieron siempre artilleros Es estupendo, ¿no? Precisamente es el tipo de cosa que me ha traído

aquí: motivaciones. Me puse frenético con el resultado de los *test*. Tengo docenas de planes e ideas…, películas, folletos, diapositivas, charlas, material que luego traeré…, y más *tests*… No he acabado con los *tests* ni mucho menos.

De repente se acordó del teléfono y dijo en tono acusador, como si se tratara de un niño travieso:

—Intenté llamarte varias veces.

—No hay teléfono —dijo Reisman.

—Ya me enteré… con gran pesar. Me he tomado la libertad de hacer que instalaran uno… con toda cautela, por supuesto. Está esperándote en la entrada de la finca con cable suficiente para instalarlo en pleno campo si lo deseas.

Reisman aceptó lo inevitable, aunque no deseaba teléfono. Son instrumentos ruidosos y molestos que no le dejan a uno trabajar.

—Ha sido muy atento por tu parte, Stuart —dijo—. Deseé telefonear a mi chica para saber cómo estaba.

—Bueno, espero que lo uses para cosas más necesarias.

—¿Por ejemplo?

—Mantenerte en contacto con el cuartel general de Londres.

—Este es el cuartel general, Stuart. Estás en él.

—Sí…, supongo que sí —aceptó Kinder, severo—. A propósito, ¿dónde voy a alojarme por el momento? Espero que tengas sitio para mí.

Reisman no había previsto que se quedara mucho tiempo. En realidad, no lo había pensado tampoco de sí mismo. Tal vez fuera una buena cosa. Otra persona aligeraría su carga y la de los guardianes, siempre que supiera evitar las posibles molestias de su presencia. Además, había algunas cosas que le atormentaban y a las que tal vez Kinder podría darle una respuesta.

—Puedes dormir aquí mismo, Stu. Espero que estés cómodo.

—Eres muy amable, pero no voy a quitarte la cama.

—No la uso…

—¿Dónde duermes, entonces?

—Ahí fuera en una tienda de campaña, como los presos.

Kinder dudó unos instantes y luego lanzó a los cuatro vientos su habitual compostura.

—Entonces, si no te importa, haré lo mismo. Si he de aprender tanto sobre el progreso de nuestro grupo, tendré que compartir tu

experiencia lo más exactamente posible… Con ciertas limitaciones, desde luego.

Acabado el entrenamiento del día, los hombres plantaron las tiendas en el recinto del campamento y cavaron con rapidez y eficiencia las zanjas para la lluvia. Al toque de retreta, formaron rígidos como cañones de fusil, saludando con energía y con la mirada respetuosamente puesta en la bandera. Jiménez estaba amándola. Reisman le informó de que cada día concedía a uno de los hombres aquel privilegio. Kinder los observó atentamente: desde cerca ya no le parecieron tan mal como en el primer momento.

Luego comió raciones K junto al capitán Reisman mezclado con ellos, tras rechazar el ofrecimiento de una cena caliente en el barracón con los guardianes. *Sotto voce*, confesó que no había tenido ocasión hasta aquel momento de comer las raciones de campaña. Aceptó gustoso la experiencia, especialmente porque sabía que las raciones K eran aborrecidas por toda la tropa, y consideraba su deber probarlas. Deber con el que admitió tendría que haberse encarado mucho antes.

—No están mal. No sé de qué se quejan.

Empezó a llover.

—Espero que hayas venido equipado —dijo Reisman.

—Sí, dejé mis cosas en el coche. Tardaré un minuto en traerlas —dijo Kinder, dirigiéndose hacia el barracón.

—¿Te acordaste del traje de faena?

—Sí.

—Será mejor que te lo pongas ahora, Stu.

—¿Para dormir? No digas tonterías, he traído pijama.

—Para andar, no para dormir. No hemos acabado el día.

Reisman reunió a presos y guardianes en el barracón, con las gabardinas y las mochilas ligeras. Las tiendas quedaron montadas en el húmedo recinto. Kinder frunció la nariz: efectivamente, de aquellos cuerpos emanaba un olor punzante y desagradable.

—Vamos a efectuar una patrulla de reconocimiento nocturno —anunció Reisman a los presos—. Mejor dicho, vais a hacerla vosotros mismos; el capitán Kinder, los guardianes y yo iremos como simples observadores y para vigilar que no hagáis ninguna pifia. Los problemas que surjan los resolveréis vosotros solos. El objeto del ejercicio es comprobar vuestra habilidad en el manejo de

la brújula y la lectura de mapas.

Kinder advirtió cómo los guardianes, con gesto aparentemente involuntario, rodeaban a los presos con las armas dispuestas para cualquier eventualidad. Faltaban tres, el cabo y dos PM. Miró al sargento Morgan y sintió un escalofrío. Extraño sujeto. Le hubiera gustado someterle a un buen examen sicológico. Se preguntó en qué medida afectaba a los presos la presencia del sargento.

Reisman desplegó sobre la mesa un mapa de la finca que él mismo había diseñado. Recorrió con el dedo la línea roja trazada en un papel transparente superpuesto al plano.

—Seguiréis este camino. El objetivo de la misión es comprobar la exactitud del terreno a lo largo de la ruta trazada en el mapa y, en caso necesario, marcar en el papel de encima las inexactitudes que observéis. Es fácil… Habéis maniobrado por aquí infinidad de veces. Gilpin, toma el mando del grupo y da las órdenes de marcha y despliegue necesarias.

Le hubiera gustado, como una especie de alarde dramático en honor a Kinder, asignar el mando a Napoleón White. No obstante, tenía que evitar los favoritismos. Gilpin se estaba mostrando muy prometedor.

—Sawyer, tú serás el hombre número dos. Posey, tú el tres. Id en retaguardia y hacedlos mover —miró su reloj—. Tenéis que regresar en menos de dos horas y media.

—No tengo reloj, señor —dijo Gilpin.

—Capitán Kinder, ¿le importaría prestarme el suyo? —preguntó Reisman.

—Claro que no —respondió Kinder, confuso. Reisman lo pasó a Gilpin.

—Muy bien, Gilpin. Toma el mando.

—Dirá usted que no es cosa mía, señor, pero ¿dónde está el cabo y los otros dos guardianes? ¿Tienen la noche libre?

—Exacto, Gilpin. No es asunto tuyo. Empieza a sacar a los hombres.

Al salir, Reisman detuvo por un instante a Kinder.

—No te preocupes por el reloj, Stu. No está convicto de robo —descolgó su ametralladora haciendo gesto de entregársela—. ¿Sabes manejarla?

—Nunca la he usado.

—De todas formas, cuélgatela. No advertirán la diferencia.

Tropezaba continuamente. La noche era negra, el ruido de la lluvia lo envolvía todo. Apenas podía distinguir al que marchaba delante de él. Se le acababa de ocurrir en aquel mismo momento, tal vez porque era el instante apropiado o porque formaba parte de algo mucho más amplio que maquinaba desde hacía tiempo. Durante varios días, Víctor Franko no había vuelto a pensar seriamente en la fuga, aunque la idea acechaba siempre como una sombra por los rincones de su cerebro. Creyó en las palabras del capitán cuando insistía en que no había escape, enumerando los castigos que les aguardaban por intentarlo.

Pero ahora estaba solo en medio de la noche y una idea le acuciaba: lo fácil que sería desaparecer —bastaba con dejarse caer en una hondonada y estarse quieto, agazaparse tras cualquier arbusto o simplemente desviarse de la ruta que llevaban los demás—, muy sencillo. No era evadirse, sólo hacer los gestos necesarios, vagabundear, paladear esa efímera libertad, comprobando hasta dónele podía llegar sin que le cogieran, y unirse luego a los otros a la vuelta, cuando pasaran junto a él hacia el campamento. No le echarían de menos. Avanzaban desplegados y él caía aproximadamente en el centro de la patrulla. El capitán y los guardianes quedaban lejos, en los flancos y en la retaguardia, incluso si le cogían —después de todo no estaba intentando escaparse de verdad—, todo lo que diría es que se desorientó en la oscuridad. Tenía que probarlo. Si no, jamás sabría si era capaz de fugarse.

Se dejó caer en una zanja y en vez de seguir a la patrulla y salir por el otro lado, se dirigió hacia la casa, ocultándose momentáneamente tras un matorral con la respiración contenida. Radiante de alegría, vio pasar al último preso y a los guardianes de la retaguardia, avanzando en medio de la lluvia.

La casa… y la mujer. Tenía tiempo suficiente para llegar y regresar al campamento. Si alguno de los compañeros le echaba de menos, le taparían lo mismo que él había hecho con los otros. Si el capitán o cualquiera de los vigilantes advertían su falta, estaba listo. Pero estaría de vuelta con tiempo de sobra.

Diría a la mujer de la casa que iba en una misión especial de entrenamiento. No tenía muy buen aspecto, pero ¡qué diablos!,

estaban en guerra, ¿no?, y el uniforme es el uniforme. Allí estaba él, soportando impasible una noche como aquélla. No quería más que charlar con la mujer, ver si la casa era bonita. Quizá le ofreciera alguna copa o algo decente de comer. Tal vez más…, tal vez más. Y la sola idea le hizo correr para no perder tiempo. Correr tropezando a cada paso con invisibles obstáculos, cayendo al suelo, insensible a los arañazos en las piernas o a la vegetación más alta que le sacudía la cara… Sólo sentía un dolor agudo, cantaba victoria y la inmensa alegría de jugársela a todos aquellos «perros». Distinguió entre las ráfagas de lluvia la silueta de la casa y se dirigió hacia el camino.

No le vio llegar. Le golpeó fuerte y con increíble rapidez. Franko se encontró de repente en el suelo mordiendo la grava del camino, el brazo derecho dolorosamente retorcido en la espalda y dominando el frío de la lluvia el contacto helado del acero apoyado en su nuca.

—¡No hagas un solo movimiento, Franko! —ordenó Bowren—. Y no vayas a pensar en ninguna llave de judo de las que te hemos enseñado.

Franko empezó a gemir.

—¡Por favor, cabo, no! Me perdí. No sabía hacia dónde iba. No sabía lo que hacía. ¡Lo juro por Dios que no lo sabía!

—¡Estás acabado; hijo de puta, copado! —dijo Bowren—. Ahora vas a tener lo que mereces. ¡En pie!

Soltó el brazo de Franko y se apartó despacio apuntándole con el «45»…

—¡Eso es…, lentamente! Y no se te ocurra hacer ningún falso movimiento, o no vivirás para que te cuelguen. Está visto que tú y tu compinche Morgan estáis hechos el uno para el otro. Ahora iréis los dos juntitos a cierto sitio.

—¡No! —exclamó Franko con un grito ahogado.

—¡Cobarde, sabandija, hijo de puta! —escupió Bowren—. ¡Después de lo que el capitán ha hecho por ti…! Y te lo habían advertido…, y tú intentas escaparte.

—¡No! ¡De verdad! ¡Se equivoca, Bowren! —imploró Franko—. ¡Ayúdeme, por favor! ¡No intentaba escaparme! ¡Déjeme volver con los otros! ¡Por favor! ¡Volver y ponerme a su paso! ¡Si usted quiere puede llevarme, nadie se dará cuenta!

:-Echa a andar hacia el campamento, Franko. Allí esperaremos al

capitán Reisman.

Franko cayó de rodillas sobre la grava, bajo la lluvia, y suplicó:

—¡No! ¡No se lo diga al capitán, por favor! ¡No se lo diga al capitán! ¡Ya sabe lo que haría, me enviaría otra vez…, Morgan! ¡Me metería en aquel cuarto! ¡Me pondría una soga al cuello! ¡Me colgaría! ¡Por favor! ¡Haré lo que usted me diga!

En aquel momento a Bowren le hubiera gustado que se muriera, que desapareciera como si nunca hubiera existido. Le daba asco y sentía incontenibles deseos de golpearle, de disparar su «45» en aquella cabeza que suplicaba y acabar allí mismo.

El momento pasó…, no hizo nada. Se desvaneció el instante de acaloramiento, la ceguera de la acción, dando paso a una compasión fría y al desprecio… El sentimiento del deber, la certeza, disminuyeron, Advirtió morbosamente que había tenido por unos instantes un poder absoluto y definitivo: el de la vida y la muerte. Se enjugó irritado la lluvia que fe empapaba la cara, mientras se torturaba pensando en qué sería lo justo. Contempló a Franko y lo imaginó muerto en el extremo de una cuerda, rígido y espectral como había visto a otros.

—Una y no más —dijo despacio—. Es todo lo que puedes sacarme, Franko. ¡Que no se repita! No te he visto. No sé nada. Lárgate inmediatamente y únete al grupo.

Franko echó a correr bajo la lluvia mientras Bowren lo observaba. El cabo meditó sobre la tremenda responsabilidad del capitán. Él no se sentía capaz de asumirla.

Stuart Kinder y Reisman, a la puerta del campamento, contaban a los hombres que iban regresando. Estaban todos, aunque en algunos momentos, durante la marcha, avanzaban tan dispersos, que Kinder llegó a dudarlo, preocupándose seriamente. Sin embargo, no quiso intervenir y se calló. También le preocupaba el uso de la ametralladora. Si las circunstancias lo hubieran exigido, ¿habría tenido el valor…, sentido del deber…, ira…, o lo que permite a un hombre apretar el gatillo con voluntad de herir o matar? Contra un enemigo armado estaba seguro de que sí. Pero ¿contra alguno de aquellos doce hombres…?

Reisman lanzó una ojeada al reloj.

—No está mal del todo, con tal de que hayan encontrado los errores del mapa.

Sacó de la mochila una pistola de señales y lanzó uña bengala al oscuro y lluvioso cielo en dirección a la costa.

—¿Para qué es eso? —preguntó Kinder, asombrado.

—Las ovejas han vuelto al redil. Pero hay un PM muerto de frío, acordándose de mí, allá abajo en la playa; otro en el extremo más alejado de la finca, y el cabo Bowren apostado entre el campamento y la puerta de entrada. Por cierto…, no tengo un formulario… y me gustaría darle a Bowren otro galón.

—Ah, muy bien —dijo Kinder—. Escríbemelo y yo me cuidaré de ello en cuanto vuelva a Londres.

En el barracón, Kinder siguió con extraordinario interés el informe de los presos. Estaban reunidos alrededor del mapa. Glen Gilpin, como jefe de patrulla, hacía el informe, pero expresaba con dificultad lo bien que habían realizado la misión y las correcciones que era preciso hacer en el mapa. Parecía molesto y poco a gusto en el papel de jefe, aunque en apariencia lo cumplió a la perfección.

Reisman los dejó después de haraganear un rato por el barracón, fumando y charlando. Se hizo café y se pasaron paquetes de galletas de unos a otros.

A Kinder le pareció muy agradable y alentador, salvo que los guardianes permanecían vigilantes con las armas dispuestas y no había las voces y las risas típicas de una patrulla normal después de una misión nocturna.

Reisman llevó a Kinder aparte.

—Compréndelo, Stu. No tenemos estos agradables *Kaffeeklatsóhés*[40] todas las noches. Si quieres trabajar, puedes cogerlos dentro de quince minutos. El tentempié les habrá hecho más dóciles.

—¿Esta noche? —dijo Kinder, riendo—. ¿No los dejas dormir? Es demasiado… —empezó a decir, mirando a su muñeca.

—Gilpin, el reloj —ordenó Reisman.

—Muchísimas gracias, señor —dijo Gilpin, apresurándose a devolverlo a Kinder—. Espero que no se le haya estropeado con la lluvia.

Kinder aguardó a que se uniera a los demás.

—Es demasiado tarde para mis propósitos —dijo a Reisman, señalando el reloj—. Estoy cansado y ellos también. Necesito que estén mentalmente despejados. Si no te importa, trabajaré mañana

con ellos.

—Muy bien. Entonces, vas a ayudarme a descifrar un *test* mío.

—¿*Test*? ¿Ahora? ¿Tú también?

—Supongo que se me pegó de ti —sonrió Reisman, explicándole a continuación que todas las noches les hacía un pequeño examen escrito para asegurarse de que asimilaban el contenido de las charlas.

—Excelente, John, excelente. Espero que los hayas conservado para controlar el progreso, ya sabes; las mejoras.

—Naturalmente.

—Muy bien. Magnifico… Sacaré copias para mi informe.

Nombradas las imaginarías, los presos se marcharon. Los dos oficiales se sentaron en la pequeña oficina.

Kinder se encontraba rendido, sucio y mojado y su único deseo era un baño caliente y un buen sueño. Sin embargo, cuando, tras comprobar justos los exámenes de los presos, Reisman propuso que charlaran, Kinder decidió mantenerse a la altura de las circunstancias y mostrarse tan infatigable como su compañero.

Quedaba descartado el posible baño, desde luego. Hubiera agradecido de todo corazón que Reisman hubiera ampliado sus contactos con la finca hasta el punto de obtener habitación y baño. Después de todo, tenía entendido que el enorme edificio estaba habitado por una mujer solitaria. ¡Qué lástima! Sólo podía aspirar a una ducha caliente —los guardianes le prometieron enchufar el calentador— y a una pulmonía al salir de la caseta de la ducha y volver al barracón. Antes de concluir el día, Reisman sugirió a los hombres la posibilidad de ducharse y afeitarse si lo deseaban después de una jornada tan agitada —para que él lo viera, pensó Kinder—, pero se mantuvieron firmes en su negativa, aunque Kinder estaba seguro que muchos de ellos deseaban realmente aceptar la propuesta del capitán.

Kinder apreció claramente el mérito y significado de la negativa de los presos a asearse en una noche fría y húmeda como aquélla. Pensó también que se arrepentía de su irreflexiva afirmación de dormir en una tienda de campaña sobre el suelo junto a Reisman. Tras aquellas horas de intensa actividad, hubiera preferido permanecer allí que en el poco acogedor barracón.

—Oye, Stuart —dijo Reisman—. ¿En tu galimatías sicológico-

sociológico hay alguna forma de adivinar la inocencia?

—Si lo dices en serio, acepto —replicó Kinder, ofendido. Estaba harto de que le hostigara.

—Sí.

—Bien; tu tono no es precisamente el más indicado para ganarse amigos y relaciones. Para hablar claro: es insultante. Naturalmente, respeto tu derecho a opinar, John, pero ni sicológica ni sociológicamente son galimatías. Tu léxico es lamentable. Hay determinadas técnicas, en efecto, con las que se pueden evaluar las posibilidades de inocencia o culpabilidad, pero en el mejor de los casos, sus resultados son solamente indicativos. Por supuesto, no son exactos y nada prueban en forma concluyente. Hablas de adivinar; desde luego, al referirme a estas técnicas, ya sean combinaciones de entrevistas, *tests* proyectivos y asociativos, el uso del llamado detector de mentiras, que no es mi campo, o el narcoanálisis, que sólo puede utilizar un siquiatra bien calificado, yo no utilizaría la expresión adivinar. Eso pertenece al cuerpo de capellanes, no a mi departamento. Al mundo del mito, de la magia, de la religión…, ninguno de los cuales es desdeñable, y tienen, por supuesto, determinado valor… Pero no obstante, están más allá del mundo de la ciencia.

—Gracias por la disertación. Ahora dame una respuesta sencilla en idioma vulgar. ¿Es posible saber si un tipo está diciendo la verdad cuando repite obsesivamente que no ha cometido el crimen de que se le acusa, aunque tenga en contra todas la pruebas?

—Sí, es posible…, pero no de una forma concluyente.

—Entonces me gustaría que empleases todos los medios a tu alcance con Myron Odell.

—¿Por qué solamente con Odell? ¿Y los demás? Tengo entendido que todos alegaron inocencia.

—Sí, pero por pura fórmula…, como parte de la maquinaría normal de la justicia militar…, es lo que el reglamento les autoriza en delitos graves contra el código. Odell sigue insistiendo en su inocencia. Se la restriega a todo el mundo por las narices, incluso a mí.

—Algunos otros también afirman que no son culpables, ¿no? Maggot y Franko, por ejemplo.

—De acuerdo, no hay inconveniente. Puedes hacerles a ellos

también los *tests*. Tal vez nos llevemos algunas sorpresas.

—¿Conoces a Franko, no?

—Tanto como a los restantes —contestó Reisman aparentando indiferencia, aunque conocía perfectamente a Víctor Franko—. Según el sumario, disparó y mató a un caballero inglés que le sorprendió robando en su propiedad. Él jamás admitió esto, insiste en que fue un accidente. Lo extraño es que, a juzgar por los hechos, es perfectamente posible que ocurriera según él dice. Pero su ficha anterior le supuso una gran desventaja. ¿Recuerdas lo que nos refirió el general Worden de los cinco mil convictos que llegaron en *el Empress of Scottland*? Franko es uno de ¿líos.

—¿Y Maggot?

—Dice que fue engañado por una prostituta, y que no hubo estupro. Es un hijo de perra y probablemente merece que le cuelguen por media docena de cosas que no se le han podido probar jamás, pero cualquier hombre podría verse encerrado por estupro en algún momento de su vida. Es un delito difícil de precisar.

—No es cierto —arguyó Kinder—. Tanto la ley como la sicología son terminantes a este respecto.

—Y, ¿qué dice la sicología?

—No me digas que te interesa…

—Claro que sí. Si he de vivir con estos tipos, servirles de clueca y sacar algo de ellos, necesito saber todo lo que les tortura interiormente.

—Lo que les tortura es otra cuestión —replicó Kinder—. Lo único que puedo aclararte es cómo actúan, sus esquemas de conducta. Concretamente, en los delitos sexuales se aprecian tres tipos diversos. El individuo cuyo impulso sexual cerrado estalla repentinamente y comete la violación: éste es el auténtico criminal sexual. Luego tenemos al sádico, la agresividad de su erotismo se acentúa hasta un punto en que no puede controlarlo y le domina. Y, por último, el que más que un delincuente sexual es un criminal simple que roba, mata o viola indistintamente.

—Artística clasificación —dijo Reisman.

—Sí. En mi opinión, Maggot pertenece a esta última categoría. Y Franko posiblemente también, aunque en esta ocasión no le detuvieron por estupro.

—Aún no me has respondido, Stu —interrumpió Reisman—.

¿Estás dispuesto a hacerlo?

—No creo que debamos, John.

—¿Por qué no?

—Simplemente porque carecemos de autoridad para ello. La cuestión de su inocencia o culpabilidad estaba ya decidida mucho antes de que llegaran aquí y por una autoridad más competente que yo.

—Viniendo de ti, debería bastarme esa explicación; sin embargo, no la acepto. No olvides que había revisiones pendientes. Deseo convencerme sin posibilidad alguna de duda… Por la misión que se nos ha encomendado…, por el riesgo, no sólo en las operaciones concretas, sino en el mismo entrenamiento. Especialmente con Odell.

—Pero ¿tú sabes que hizo una confesión, no?

—Sí, ya la leí. Un anexo del juicio sumarísimo. Pero sólo confesó tras largos interrogatorios… y al final la desmintió.

—Por consejo de su abogado.

—Tal vez. Sin embargo, es un individuo extraño…; débil, cobarde, aterrorizado ante la vida y, probablemente, más aún ante el dolor físico o la muerte. No obstante, está cambiando.

Reisman relató a Kinder alguno de los incidentes en que Odell se vio envuelto.

—¿Cómo reaccionó después de lo de Maggot?

—Está aterrado. Se deshace en amabilidades hacia Maggot, que le guarda un gran rencor. Sucedió ayer. Tendremos que vigilarles cuidadosamente cuando estén juntos. Maggot está deseando devolvérsela. Me imagino que en otras circunstancias sería capaz de matarle. Fue muy extraño… Odell se transfiguró, se convirtió en otra persona…, en alguien capaz de matar realmente… Cuando volvió en sí, no recordaba absolutamente nada.

—Es normal —dijo Kinder—. Tal vez fuera eso lo que le ocurriera con la chica de Glasgow.

—Quizá, pero tengo que asegurarme —insistió Reisman—. Y si la asesinó, deseo que lo sepa claramente y se enfrente con ello. Le hará bien, incluso simplificaría mi trabajo.

—De acuerdo —dijo Kinder, algo reticente—. Si eso ha de ayudarte, veré lo que puedo hacer. Pero, personalmente, estoy en contra.

—Que quede entre nosotros —dijo Reisman.

—De acuerdo, entre nosotros quedará. ¿Tienes más pegas?

Empezaba a animarse por la perspectiva de trabajo y la posibilidad de discutir con Reisman, ahora que éste cedía un poco.

—¿Sigues sin noticias del objetivo de la misión?

—Sí.

—¿Ni siquiera si son misiones individuales, como indicó el coronel Dentón en la reunión, o una operación para todo el grupo?

—Ni idea.

—Procedimiento *standard* —dijo Reisman, ácidamente.

—Es decir, ¿que aún tienes dudas respecto a los hombres?

—¿Dudas? ¡No he tenido otra cosa desde que empezó este asunto!

—Pero ¿no me has dicho que empezaban a funcionar, que se portaban bien? —dijo Kinder, nervioso, pensando si Reisman no le ocultaría algo.

—¡Claro que sí! —contestó Reisman, veloz—. Tú mismo has podido comprobarlo esta noche. ¿Pero cómo puedo estar completamente seguro? Cualquiera de ellos puede estallar en el momento más inesperado…, ¿quién sabe? No son normales. Lo que estamos haciendo con ellos no es castigo ni rehabilitación, los estamos utilizando y se dan perfecta cuenta. Pueden completar el período de entrenamiento y echarlo todo a perder en el instante en que les enviemos para luchar por Dios y por la Patria. Tal vez si supiera cuál es el objetivo…, el meollo del asunto, estaría más tranquilo.

—Quisiera ayudarte, pero me es imposible…, quiero decir, lo de las misiones. Si te parece, puedo someterles a un *test* de fidelidad.

—¿*Test* de fidelidad? ¿Qué diablos es eso? —explotó Reisman, cuenta inmediatamente de su falta de tacto—. ¡No, lo siento, Stu! ¡No quise decir eso! Explícate, por favor.

—Es un *test* que se ha hecho anteriormente… Para medir la tendencia a obedecer instrucciones sin supervisión.

—Entiendo. Continúa, por favor, Stu, si no es demasiada molestia —dijo Reisman. Miró irritado la hora—. Escucha, me parece que ya hemos hablado demasiado. Entro de guardia a las 02.00. Me voy a la piltra. ¿O. K.?

—Desde luego. ¿Vas a ducharte?

—No. Hazlo tú. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Kinder a Reisman, que ya salía.

Después de ducharse, salió al recinto exterior tiritando. Sonrió al cabo Bowren, de guardia en el tejado del barracón, y a los PM de las torres, preguntándose qué pensarían de todo aquel asunto, del capitán Reisman, y si comprendían la dureza de su cometido. Le contemplaban a través de la lluvia. Kinder se sintió ridículo con su pijama de franela, gabardina y gorra, el uniforme arrollado bajo el brazo y la metralleta de Reisman desmayadamente colgada en el hombro. En la tienda, Reisman se durmió al momento roncando arrebujado en su saco. A tientas en la oscuridad, encontró el saco de dormir que había traído de Londres, un saco grueso y acolchado, modelo para oficiales, comprado en un famoso almacén de deportes neoyorquino antes de embarcar. Aún no había tenido ocasión de estrenarlo. Era también la primera vez que dormía en tienda de campaña. Se sentía molesto, frío y húmedo. Por último, se instaló confortablemente, cerrando la cremallera del saco y guardando dentro de él la metralleta.

Imposible dormir. La presencia de los presos en las otras tiendas le envolvía. Un hálito de crimen. Descorrió la cremallera y sacó el arma. Aún no sabía utilizarla. Tal vez fuera mejor ponerla en el suelo en medio de los dos para que Reisman pudiera cogerla en caso de emergencia. Recordaba vagamente haber leído en cierta ocasión algo sobre armamento; concretamente aquel modelo no podía dispararse sin levantar el pequeño diente que obturaba el paso de los cartuchos. Paseó sus dedos por el arma. Sus pupilas, acostumbradas a la oscuridad, podían verla perfectamente si acercaba el rostro. Encontró la palanca de seguro y la soltó. ¡Produjo un ruido enorme! Y casi en el mismo instante —tan incomprensiblemente que fue presa de un terror que hasta entonces no había experimentado— se encontró con la automática «45» de Reisman que le apuntaba a la cabeza.

—¡Oh, no! —barbotó roncamente—. ¡Soy yo, Kinder!

—Ya-a-a —dijo Reisman somnoliento. Se dio la vuelta y al cabo de un segundo dormía tan profundamente como si nada hubiera ocurrido.

Antes de relajarse definitivamente, tras lo que se le antojaron horas de sobresaltos físicos y mentales, Kinder recordó el teléfono.

El capitán Reisman no lo había conectado al barracón. Seguía aún bajo la lluvia ante la entrada de la finca.

19

Reisman combinó el programa de entrenamiento de los presos de manera que Kinder pudiera dedicar a cada uno de ellos diversas charlas a lo largo del día. Respecto a la opinión sobre la posible inocencia de Odell o los demás, el sicólogo insistía en que lograr un juicio conveniente que despejara aquella incógnita le supondría varios días de estudio, interpretación de *tests* y consultas con sus colegas de Londres. Lo que Reisman le pedía ahora, exigía que completara con datos adicionales los resultados obtenidos con las baterías de *tests* a los que sometió a los hombres.

A Napoleón White las sesiones con Kinder le aburrían o divertían, alternativamente. En todo caso, le daban la oportunidad de eludir el esfuerzo físico del entrenamiento, aunque no estaba muy seguro de que tal elusión le agradara realmente. Descubrió, con gran pesar, que determinados aspectos del entrenamiento le gustaban, tal vez porque dejaban en blanco su cerebro y le imponían un esfuerzo físico que debía desarrollar tan bien o mejor que sus compañeros. Siempre fue un atleta orgulloso de sus facultades, y la falta de actividad muscular tras la detención y el juicio le hicieron sentirse flojo y anquilosado.

Se preguntaba cuánto tardaría Kinder en interpretar las respuestas intencionadamente retorcidas que daba a los *tests* y que, en cierta medida, provocaba el mismo sicólogo. No obstante, el capitán continuaba tratándole con la habitual consideración profesional; esa cortés y amable distancia que se emplea con un niño, un deficiente mental o un completo ignorante. Semejante trato exasperaba aún más a Napoleón.

En la sesión en que Kinder comenzó a mostrarle las tarjetas de T.A.T.[41] pidiéndole su versión de lo que veía en ellas, White se rebeló completamente.

—No veo nada, capitán —contestó agrio—. Es un lío y una

completa estupidez. Si trata de sacar algo de mí está perdiendo el tiempo.

—No lo crea, White —dijo Kinder, afable—. Sólo intentamos ayudarle como a los demás. ¿Por qué no utiliza al máximo sus posibilidades?

Y continuó mostrándoles las tarjetas con la pluma dispuesta para anotar las respuestas de Napoleón.

Llegaron a una tarjeta completamente en blanco. Fue la única a la que Napoleón respondió.

—Es negra —afirmó tajante—. Un trozo de cartulina negra. Negra como el as de pie. Negra como un negro en una carbonera, de noche.

—White, ¿no aprecia en lo más mínimo lo que estamos haciendo por usted? ¿La oportunidad que se le ofrece? —preguntó Kinder, airado—. Es usted un hombre inteligente…, culto…, no crea que todas esas tonterías que ha estado inventando me han despistado ni un solo minuto. Sin embargo, creo que en este terreno estoy más preparado que usted. Incluso las respuestas más o menos cómicas que dio usted al Rorschach en Marston Tyne me han sido reveladoras. Está claro que el *test* le era conocido y que pensó en divertirse a costa mía como un escolar. Almacena usted suficiente hostilidad para hacer frente a todo el ejército alemán, me apostaría algo. ¿Por qué no se calma? Puedo hundirle y usted lo sabe. ¿Por qué no colabora como el hombre que es usted en realidad? ¿Qué es lo que le atormenta?

—Lo mismo que me condujo aquí, capitán. Nada ha cambiado —dijo, golpeando la tarjeta con los dedos—. ¡Usted y los cerebros selectos que elucubraron esto y empezaron a poner hombres y mujeres negros en los dibujos! Ya lo creo que le podría contar… historias que le pondrían los pelos de punta o le harían vomitar…

Para Myron Odell aquellas tarjetas fueron una puerta, una puerta a lo más íntimo y recóndito de su ser. Por medio de aquellas historietas inventadas brotaba tranquilamente, sin temor al ridículo o a las represalias, mucho de lo que había querido revelar a los demás sobre sí mismo.

—Tómese el tiempo que quiera en cada tarjeta y dígame todo lo que se le ocurra sobre el dibujo: qué sucede, qué gentes son, qué es lo que van a hacer.

Una cabeza de mujer iluminada por una intensa luz, reclinada en un hombro varonil.

—Están muy enamorados —contó Odell—. Es un momento de gran ternura. La mujer acaba de decir a su marido que va a tener un niño. Son muy felices.

Una mujer sentada en una silla con los brazos apoyados en el respaldo y la barbilla descansando sobre una mano; parte del cuerpo sombreado por el respaldo y una prenda que lo cubre; la mujer mira al frente, al vacío. Se trataba de una prueba para mujeres, pero Kinder tuvo curiosidad por conocer la reacción de Odell.

—Es la misma mujer de la otra tarjeta. Descansa. Ha tenido un día muy atareado en el hogar. Aguarda a su marido que vuelve del trabajo. Le ama mucho. Está pensando en la dicha de tener un hijo. Quiere mucho al niño que todavía no ha nacido.

Una mujer en pie en el umbral de una habitación con la mano en el picaporte de la puerta. Tiene una expresión de asombro como si algo de lo que sucede en el cuarto la sorprendiera. Odell tardó en contestar.

—Bien, ¿qué ves, Myron? —preguntó Kinder, amable.

—Una mujer en el umbral de una habitación con la mano en la manivela de la puerta.

—Sí. Pero ¿qué piensa? ¿De dónde viene? ¿Ha dicho o va a decir algo? ¿Es joven o vieja? ¿Quién está o qué hay en la habitación?

—No sé.

—¿No se te ocurre nada? Lo has hecho muy bien hasta ahora. Estoy muy satisfecho de las respuestas que me has dado, Myron.

Odell sonrió.

—Bueno, voy a ayudarle lo mejor que sepa. No sé qué puede significar, pero quiero colaborar. Pienso que la única forma de que la gente crea en mi inocencia es hacer cuanto me digan y no meterme en más líos. Todos estos *tests* que me han estado haciendo ¿pueden probar que digo la verdad y que no maté a esa chica?

—¿De verdad crees que eres inocente…, que has sido condenado por error, Myron? —preguntó Kinder, mirándole fijamente a los ojos.

—No es que lo *crea*, señor. Lo sé. Es cierto.

—Volvamos a la tarjeta —insistió Kinder, rápido—. ¿La

expresión de la mujer es de felicidad?

—No…, me parece que no.

—¿De qué es, entonces?

—No lo sé.

—Trata de adivinarlo, Myron. Ya sé que estás cansado, pero lo vas haciendo muy bien y sería una lástima interrumpirlo.

—Vergüenza, tal vez…, sí, tal vez siente vergüenza. Podría ser eso.

—¿Por qué?

—No lo sé —concluyó Odell encogiéndose de hombros y mirando hacia otra parte.

Kinder pasó a la siguiente. Estaban numeradas, pero Kinder no guardó el orden correlativo, revolviendo las tarjetas después de cada entrevista. La de ahora era casi negra en su totalidad, a excepción de una ventana abierta tras la que se perfilaba la silueta de un joven…

—Le han castigado —dijo Odell—. Tiene que estar solo en el cuarto oscuro. Le gustaría salir, pero no puede. Tiene que permanecer ahí.

—¿Por qué?

—Porque le han castigado.

—¿Con qué motivo?

—No lo sé.

—¿Quién es? ¿Qué clase de muchacho es?

—No lo sé. Podría ser cualquiera. No es está creciendo, ya sabe lo que quiero decir… un «teen-ager» creo, tal vez algo más joven.

Bueno, es lo que me parece a mí.

—¿Va a saltar por la ventana? ¿Intentará escaparse?

—¡Oh, no! Es muy peligroso. No podría. No puede salir.

Kinder barajó las tarjetas y mostró una de ellas.

—¡Oh, Dios mío! —palideció Odell, volviendo la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kinder, preocupado.

—¡Es horrible! ¡Horrible! ¡No quiero verlo! —susurró Odell.

El dibujo mostraba una joven con la cabeza apoyada en el brazo. Al fondo, una mujer tumbada en una cama, con los brazos cayendo al suelo, la cara sombreada en parte y tos pechos llenos y desnudos asomando por la sábana.

—¿Qué hay de horrible? —preguntó Kinder, despacio.

—Está muerta. ¡Quiere usted burlarse de mí!

—No, Myron. En absoluto. No es más que un dibujo como los otros. Háblame de él —dijo Kinder, amablemente.

—No. No puedo.

—¿Por qué no?

Kinder escribía conforme hablaba. Odell volvió el rostro, cubriéndoselo con las manos.

—No quiero mirarlo, me pone enfermo.

El martes por la tarde, Reisman llevó a los diez presos que estaban con él hasta el barracón para recoger a Maggot y Jiménez, que se habían quedado en el campamento para la entrevista con Kinder. Estaban de vigilancia el sargento Morgan y un PM. Cuando llegó al recinto interior, Reisman sorprendió a Maggot y Jiménez barrenándose sarcásticamente la sien con el dedo y haciendo muecas a los otros presos. Aquello le hizo reflexionar sobre la seriedad con que tomaban las sesiones de Kinder. Aparentemente le aceptaban y le tenían respeto. Algunos, incluso, le concedían el mismo respeto que se suele otorgar a médicos, abogados y representantes de Dios. Efectivamente, no se habían provocado incidentes de rebeldía con el sicólogo. Pero ¿quién sabía lo que se agitaba en la mente de aquel los tipos? Se dijo que Kinder ya debía saberlo.

Reisman entregó el pelotón a Morgan y Bowren con instrucciones de mantenerlos ocupados durante un rato en el recinto del campamento con diversos ejercicios de entrenamiento. Sabía que a Morgan le gustaba. En realidad, el sargento progresaba. Se mostraba eficaz en el mando, dividiendo a los hombres en escuadras y dirigiéndoles con órdenes imprevisibles que, aparentemente, no podían salir bien, y, no obstante, resultaban correctas, probablemente porque los mismos hombres se afanaban por que así fuera.

Mientras charlaba con Kinder en la oficina, no apartaba los ojos de la ventana, vigilando a los hombres. Estaba tumbado en el camastro fumando un cigarrillo. Kinder, relajado en su silla ante una mesa llena de papeles.

—Háblame de eso, ¿o es alto secreto? —dijo Reisman señalando la mesa.

—No. Claro que no —sonrió Kinder—. Y lo que dices no es tan

disparatado como crees. Me han contado casos dentro de mi especialidad, la guerra sicológica… Concretamente en Washington, en que los planes fueron clasificados como alto secreto y jamás se revelaron a nivel operacional a los mismos hombres encargados de ejecutarlos.

—Stuart, no me uses aquí la palabra ejecutar —dijo intentando dar a su voz un tono natural—. Es una alusión de muy mal gusto.

—¡Oh, lo siento, no trataba de molestarte!

—No tiene importancia —dijo Reisman, cambiando de tema rápidamente—. Háblame de la guerra sicológica… No es el único trabajo en el que estás metido ahora, ¿no es cierto? Sé que no le dedicas todo tu tiempo. Me imagino que tendrás otras cosas…

—En efecto… Tengo un despacho en Londres donde trato de poner a punto una serie de planes y estudios. Pero nada —dijo con énfasis— tan importante como esto. ¡Nada tan apasionante! De repente se puso serio.

—¿No estarás sugiriendo que ya he prolongado en exceso mi estancia aquí?

—No. ¡Qué diablos! —hablaba sinceramente—. Te agradezco la ayuda que me proporcionas. ¿Qué hay de eso? ¿Has averiguado algo? —dijo, señalando de nuevo el montón de papeles.

—¿Te refieres a Odell?

—A todos.

—Es un caso difícil el de Odell. Sus respuestas corroboran cuanto me dijiste sobre él. Además, me disgusta decírtelo, pero o es un homosexual latente o…

—¡Vamos! —dijo Reisman—. ¿Y cómo va un homosexual a violar a una muchacha?

—No sería la primera vez —dijo Kinder con conocimiento de causa.

—No se puede razonar a saltos. Él no ha dado señales de ello aquí, ¿no es cierto?

—Si lo ha hecho, habría que quitarlo de en medio. Este tipo de cosas acarrean complicaciones y de las graves en cualquier régimen de confinamiento.

—¡Qué diablos sé yo lo que pasa en su tienda por las noches…! Habría jurado que no hay nada de eso. No es que sea muy hombre, pero yo no diría que es un marica declarado.

—¿Lo ves? —dijo Kinder—. Estás sacando las cosas de quicio. En diez segundos has pasado de un razonamiento a otro diametralmente opuesto no has probado ni resuelto nada. Deja que…

—Una vieja costumbre —sonrió Reisman—. Es la lógica de los ignorantes.

—Déjame acabar lo que te estaba diciendo —insistió Kinder—. O es un homosexual latente o pasa la mayor parte del tiempo tan obsesionado por su virilidad que lo parece. Además, hay zonas en blanco en sus respuestas… En especial en lo que se refiere a violencia. Yo diría que es una forma de eludir habitualmente la realidad, evadiéndose hacia la fantasía. Probablemente es muy fácil de dominar y no tiene un… digamos… «yo» real.

—¿Puede un hombre así cometer un asesinato?

—Conscientemente, yo diría que no… Inconscientemente, sí. Ya has tenido un ejemplo de ello.

Reisman paseó a grandes zancadas.

—¡Al diablo con su inocencia o culpabilidad! Lo que más me importa es si será capaz de matar cumpliendo su deber de soldado. ¿Luchará? ¿Cumplirá su misión bajo el fuego enemigo o echará a correr?

—No soy profeta, John —contestó Kinder, serio—. Cuando llegue la hora, eres tú el que tendrá que calibrar sus posibilidades por nosotros… y también por él». Por todos. Es *tu* tarea. Odell es un neurótico inestable, inmaduro, sujeto a grandes tensiones internas y externas…, tal vez sicópata. Dentro de un mes…, de dos…, depende de lo que hagas con él y de lo que él mismo asimile, responderá de una forma u otra. Sin embargo, estoy improvisando una opinión. Si quieres continuaré con él.

—Claro, adelante —dijo Reisman—. *¿Quién sabe?*[42]

Aplastó la punta del cigarrillo en una lata y se levantó dispuesto a marcharse.

—Mejor será que me reúna con la tropa.

Al llegar la noche, no podía contener las ganas de marcharse del campamento. Luchó consigo mismo diciéndose que no debía hacerlo, que no tenía derecho. Por otro lado, se arguyó que no se había concedido permiso ni descanso alguno en los diez días desde su llegada a Stokes Manor. Cada guardián tuvo una o varias noches

de permiso que él esperaba hubieran aprovechado a fondo en los pueblos y aldeas de South Devonshire. No podía explicarse cómo los presos soportaban aquella vida desprovista de toda belleza y dulzura femenina… Sabía que tarde o temprano habría que aflojar las riendas…, dedicarles a algún tipo de actividad recreativa…, a hacer cestos o alguna imbecilidad por el estilo.

Después del toque de silencio se decidió, encarándose con Kinder.

—¿Qué te parece si tomas el mando del campamento esta noche? No tengo guardia y me gustaría salir.

—Creí que no confiabas en mí —replicó Kinder, sonriendo para paliar la puya, pues creía comprender a Reisman.

—En este aspecto sí que confío —dijo Reisman, irritado de tener que estar midiendo continuamente sus palabras con Kinder.

—Será un honor, capitán —continuó Kinder, sarcástico.

—Vamos, Stu, déjalo ya —sonrió Reisman a su vez—. Sabes perfectamente que estás deseando deshacerte de mí y encargarte de todo.

—Tengo suficiente sentido común para darme cuenta de que no podría hacerlo. ¿Cuándo piensas regresar?

—Estaré de vuelta mañana a las 13.00. Ya están hechas las listas de servicios y entrenamientos. Bowren, Morgan y los PM conocen su trabajo y nuestros encantadores huéspedes han asimilado su lugar en la vida. Combiné el programa de tal forma, que no necesitarán salir del campamento hasta mi regreso. ¿O.K.?

—O. K. —dijo Kinder, guiñando un ojo—. Que te diviertas.

Reisman se duchó y afeitó, se puso un uniforme limpio y metió sus objetos de aseo y algunas prendas en una bolsa de viaje.

—Hablaré con Bowren y Morgan al salir —dijo a Kinder cuando se marchaba—. Creo que será mejor que los hombres no sepan que estoy fuera. Déjalos que piensen que estoy aquí trabajando o abajo en la playa buscando nuevos obstáculos para ellos.

—Entendido —dijo Kinder—. Adiós.

Al detenerse ante la puerta de la verja para abrirla —pensó que tal vez por el acto en sí—, miró hacia la casa, acordándose por un instante de Margot Strathallan. Sacó el *jeep*, volvió a cerrar la puerta, y mirando hacia la casa hizo una higa. Arrojó de su mente a la mujer, a la Inmunda Docena, para concentrarse en Tess Simmons.

Se detuvo en Stokesmouth y telefoneó a Tess desde una taberna. El grito de alegría de la muchacha al escuchar su voz disipó su incertidumbre.

—Te he echado mucho de menos, ¿dónde estás?

—Llegaré en dos o tres horas. Depende de la carretera, el tráfico y vuestro maldito clima británico.

—Ven pronto, vuela…, te amo tanto…, te deseo tanto… No, John. Conduce con cuidado, por favor… No importa lo que tardes… Ven…

—Jovencita desvergonzada —susurró al teléfono, sintiéndose ridículo al decir aquellas frases cariñosas en un lugar público y ante un objeto inanimado.

—Te estaré esperando. Adiós —dijo ella.

Condujo aprisa, pero con prudencia, sintiéndose como el personaje del bello y melancólico poema de Alfred Noyes, corriendo, corriendo, corriendo, por una cinta ¿e luna hacia su único amor. Pero no había luna. De Devonshire a Somerset, oscuridad y lluvia; no importaba. En compensación, no había tampoco traviesa Luftwaffe sacando fotos de los amantes juguetones que corten a reunirse con su amor por las carreteras británicas.

Le recibió como la noche de la ejecución: el fuego ardiendo en la oscuridad de la sala desierta, el montón de libros para no dormirse y la taza llena de aquella mezcla explosiva de ron, sidra y canela. Tess llevaba el vestido que él le regaló. Antes de acercarse a la chimenea se abrazaron hambrientos, besándose una y otra vez. Reisman vio disiparse su tensión y comprendió que te bastaba con eso, sin recurrir al sexo. La sensación de tierra y hogar que de ella emanaba, la sensación de desearle a él, sólo a él.

—¡Cuánto te he echado de menos! ¡Cuánto…! ¿Por qué no me escribiste? ¿Por qué no me telefoneaste?

—No pude —contestó, comprendiendo lo burdo de su excusa.

—No sabía nada de nada —continuó Tess, aferrada a él—. Peor aún: no sabía si volverías…

—Te prometí volver y he conducido la mitad de la noche para probártelo.

—Ahora te creo —dijo ella, llevándole hacia la chimenea con los ojos radiantes de felicidad.

Bebieron. Él le contó que estaba acuartelado en Devonshire, que

la había echado de menos, deseando tenerla cerca.

—¿Tienes algunas señas? Jamás escribí a nadie en el ejército. —Me temo que no. Tengo una dirección de Londres para la correspondencia, pero el sitio en que estoy ahora queda bastante aislado y sólo de vez en cuando recibo alguna carta de Londres. Probablemente volveré aquí. Ya te avisaré. Te prometo telefonearte en lo sucesivo al menos una vez por semana. ¿Te parece? Y siempre que pueda, me acercaré con el coche.

—Entonces, ¿soy de verdad tu chica?

—Sí.

Hicieron el amor en el mismo cuarto en el que se alojó la primera vez. Ella le envolvió con su deseo, con su pasión, vaciando su mente de todas las inquietudes y recuerdos.

20

Eran casi las nueve. Reisman despertó encontrándose solo en la habitación del Butcher's Arms aquel miércoles por la mañana. Se afeitó y vistió apresuradamente y bajó las escaleras. Tess trajinaba, radiante, de la cocina a la sala en la que desayunaban algunos clientes, militares y civiles. No sabía cómo saludarla, pero ella resolvió la situación acercándose a él sonrojada y dándole la mano.

—No me atrevía a despertarte —susurró—. ¿Te importa?

—No. Aún tengo tiempo. ¿Puedes desayunar conmigo?

—Tengo trabajo —respondió ella—. ¿Qué vas a tomar?

—Para empezar, café y un teléfono.

Ella le condujo hasta el teléfono y, al quedar solos, Reisman la besó como estaba deseando. Luego, señalando la cocina, la hizo salir.

—Café… bueno y caliente… y mucho.

El enlace entre la red civil y la militar se demoró unos instantes y mientras aguardaba con impaciencia, Reisman barajó pensamientos de culpabilidad: un preso, o tal vez todos, provocando disturbios la noche pasada, intentos de fuga o aprovechándose del pobre Kinder. Al otro lado de la línea el sicólogo le aseguró que todo marchaba perfectamente y bromeó calificando su conducta de comportamiento de gallina clueca.

Tess le sirvió el desayuno y luego, inevitablemente, tuvo que charlar con el tío de la muchacha, a quien había conocido en el último permiso de fin de semana que pasó allí; y con la cocinera, la señora Culver, que cloqueaba insistiendo en que Tess era como una hija para ella. Se preguntó qué sabían acerca de sus relaciones con la muchacha.

Llegó la hora de marcharse y Tess le acompañó hasta el *jeep*. Hacía viento y frío, a pesar del sol dorado y reluciente. El cielo parecía prometer o amenazar cualquier clase de tiempo. Montañas

de nubes acumuladas en el horizonte, escuadrones de cúmulos empujados por el viento con intervalos de cielo limpio y azul. Tess llevaba el mismo abrigo de la primera noche. Enlazada a Reisman, que la cubría protector con su mano, entrelazados los dedos a los de ella, poco dispuesto a marchar.

—¿Esta es la primavera a la que cantan vuestros poetas? —bromeó Reisman.

—¡Oh, no! Tenemos un dicho: «Sólo es primavera cuando puedes plantar el pie sobre doce margaritas».

—Entonces, cada vez que venga, saldremos a buscarlas.

—Será maravilloso, John. Y si las encuentro y tú no estás, marcaré el sitio y te llevaré a él después…, al sitio en que encontré la primavera.

La besó dulcemente, sujetándole las mejillas, dijo adiós y se alejó en el coche. Volvió la cara para contemplar la imagen de la muchacha, viéndola alejarse y diciéndole adiós con la mano.

Siempre tuvo gran facilidad para despejar su mente, para cambiar de perspectiva o asumir nuevas exigencias, reajustándose casi instantáneamente a lo que se le presentara. Sin embargo, el calor de Tess le acompañó hasta Stokes Manor y le costó trabajo concentrarse en la tarea que le aguardaba. Su llegada a la verja de la finca fue algo así como una decepción.

Las bromas de Kinder acabaron rápidamente, mientras se ponía el traje de faena. Todo se había deslizado de acuerdo con la rutina habitual y el sicólogo deseaba volver a Londres.

—Creo que he obtenido de este viaje cuanto deseaba —dijo—. Observaré el entrenamiento de esta tarde, discutiré un par de cosas contigo y me pondré en camino antes de que anochezca. Incluso he aprendido a manejar este chisme —dijo señalando la ametralladora de Reisman—. El cabo Bowren me dio esta mañana unas breves lecciones privadas en el bosque; hace mucho ruido, ¿no es cierto? Estoy de acuerdo contigo respecto a Bowren: se merece más galones. Añadiré mi recomendación a la tuya cuando esté en Londres.

—Estupendo. ¿Por qué no te la cuelgas hasta que te vayas, Stu? —sugirió Reisman devolviéndole el arma.

Kinder la tomó.

—Conforme. Da un aspecto muy… delicado.

A los pocos minutos de su llegada, Reisman mandó formar en el recinto del campamento. Cargó a dos PM con los rifles que guardaba en el barracón, cogió un par él mismo y se reunió con los presos. Tras su breve ausencia le sorprendió, sin motivo, el aspecto que presentaban: suciedad, greñas y mal olor. Seguían sin parecer ni remotamente una unidad militar. Sin embargo, se cuadraron marcialmente cuando el sargento Morgan, ceñudo —nueva actitud adoptada en sustitución de la de terror—, los formó en dos filas, dejándoles en posición de descanso. Desde el umbral de la puerta, Stuart Kinder observaba.

Reisman, con un fusil al hombro y otro en la mano, se encaró con la formación. Se habían disipado como por encanto la ternura femenina y los recuerdos amables. La imagen de Tess Simmons. Sólo existía una realidad inmediata: él, sus hombres y las armas.

—Vais a pasar del *kindergarten*[43] al primer grado.

Sus ojos recorrieron las filas, se detuvieron en Vernon Pinkley: flaco, de cuello largo y nuez prominente, con una espesa pelambre cayéndole sobre los ojos y las orejas. Rara vez lo había destacado para alguna cosa. Era un sujeto taciturno por naturaleza que jamás se presentaba voluntario, limitándose a cumplir lo que se le ordenaba.

—¡Señor Pinkley!

Pinkley le miró, sorprendido.

—Sí, mi capitán —contestó, serio.

—¿Qué tengo en la mano, señor Pinkley?

—Una carabina.

—¡Un cuerno! —contestó Reisman, buscando con los ojos a otro —. Señor Sawyer, ¿qué tengo en la mano?

—Un rifle, señor. Rifle de los Estados Unidos, calibre 30, modelo 1 —dijo Sawyer. Hasta que no acabó no se dio cuenta que estaba llamando la atención y deseó que sus compañeros no pensaran que trataba de presumir o destacarse.

—Exacto. Gracias —dijo Reisman volviéndose hacia Pinkley—. Has estado en el ejército más de dos años, has recibido instrucción teórica y práctica sobre el manejo de esta arma, has hecho movimientos tácticos, maniobras y teóricamente prestaste atención a lo que expliqué las semana pasada sobre armamentos. ¿Me quieres decir, entonces, cómo demonios sigues llamando a esto una

carabina?

—Lo siento, mi capitán —contestó Pinkley confuso—. No entendí lo que me dijo.

Reisman sostuvo el rifle en alto con una mano.

—No sois reclutas. Ya habéis manejado esta arma con anterioridad, y se os ha explicado cómo hay que cuidarla y conservarla para que ella cuide de vosotros. Y es cierto, creedme. Cuando os la entregue volveréis a ser soldados. ¿Entendéis? Es vuestra para que la empleéis con honor en defensa del país a las órdenes de vuestros jefes y oficiales. No es un juguete, ni un instrumento de venganza personal, ni una herramienta para el crimen.

Volvió a mirar a los hombres.

—Señor Jiménez, ¿qué más puede decirme de este rifle?

—Se pone alguien delante, se aprieta el gatillo y lo liquidaste —dijo Jiménez, lacónico.

Algunos empezaron a reírse y Reisman se dio cuenta de que perdía el control. Sólo había una manera de acabar con aquello.

—¡Ven acá, Luis, *pronto*![44] —ordenó.

Jiménez avanzó lentamente, sorprendido de que Reisman le hablara en su idioma.

—¡Cógelo! —ordenó Reisman entregándole el rifle.

Jiménez tomó el arma con disgusto, contemplándola en silencio.

—Ahora, vuélvete y cuenta a tus risueños amiguitos lo que hiciste la última vez que tuviste un M1 en las manos.

—No —dijo Jiménez sacudiendo la cabeza.

Reisman agarró el codo derecho de Jiménez con la mano izquierda retorciéndoselo. Mantuvo la mano derecha lista con el pulgar estirado y el borde del meñique tenso.

—¡Dígales lo que hizo, Jiménez!

Jiménez sostenía el rifle con desgana y miraba al suelo.

—Levanta la cabeza y dilo como un hombre. Diles lo orgulloso que estás —escupió Reisman.

—Maté a un hombre.

Su mirada seguía fija en tierra y su voz era casi inaudible.

—Mataste a un oficial desarmado, ¿no? Disparaste contra un superior inmediato por darte órdenes en legitimo ejercicio de sus funciones. Disparaste sobre él porque te creías más listo y tenías que

demostrarlo.

—No estaba desarmado —murmuró Jiménez—. Tenía una pistola.

—¿Te amenazó con ella?

—No.

—¿Dónde llevaba la pistola?

No hubo respuesta. Reisman golpeó con la palma su «45» en la cadera.

—La llevaba aquí, ¿no?

El capitán permanecía en pie junto a Jiménez, chiflándole al oído observando su reacción, su temblor silencioso.

—Amigo, si se te ocurre alguna vez apuntar con este rifle a algo o a alguien que no se te haya ordenado, te lo parto en los riñones y apretaré el gatillo antes de que te cuelguen. ¿Comprendido?

—Sí —contestó Jiménez en voz baja.

—Ahora vuelve a las filas y cierra el pico, a menos que tengas que decir algo que merezca la pena —ordenó Reisman—. Un momento. Bowren: apunte el número de su rifle y que firme el recibo.

Se repartieron las armas y fueron firmando las correspondientes hojas de entrega. Reisman preguntó:

—¿Quién recuerda bien el manejo de esta arma y se atreve a hacer una demostración?

Levantaron la mano White y Sawyer. Reisman les mandó salir y colocarse frente a tos demás. Ordenó a Bowren que hicieran un par de demostraciones. Manejaron el arma perfectamente. A continuación dividió a los hombres en dos escuadras, poniendo al frente de cada una de ellas a Napoleón y Sawyer, asegurándose de que Maggot iba en la de Napoleón.

—Tenéis media hora para ejercitaros en el manejo —explicó Reisman—. Luego celebraremos un pequeño concurso. El grupo que salga vencedor gana una noche de sueño ininterrumpido. Los que pierdan tendrán el honor de inaugurar una nueva fase de entrenamiento. Los guardianes me dicen que se sienten muy solos en las torres por la noche; a partir de hoy vosotros empezaréis a hacerles compañía, vigilándoos vosotros mismos en un puesto dentro del campamento. Imaginarias de cuatro horas, igual que nosotros, y relevos de tres hombres.

Se dirigió al barracón, encargando a Bowren y Morgan que inspeccionaran cada una de las escuadras. Los hombres habían pasado toda la noche y la mañana en su ausencia, sin ningún Jaleo, y pensaba que se portarían mejor y trabajarían con más voluntad y esfuerzo sin su presencia y la amenaza de posibles castigos.

—Menuda demostración —dijo Kinder abriéndole la puerta.

—¿Buena o mala?

—Me gustó —afirmó Kinder siguiéndole hacia la oficina—. Nada como una confesión pública para humillar a un hombre y hacer que se arrepienta de sus pecados. Y nada como un poco de responsabilidad para inculcar el deber.

—Ha sido fácil —dijo Reisman, dejándose caer en la silla—. Lo que temo es el día en que tenga que entregarles la munición.

Encendió un cigarrillo aspirando profundamente y lanzando después una nube de humo.

Kinder habló sin volverse, continuando ante la ventana.

—¿Sabes? Una de las cosas que he estado buscando es la clave de determinados mecanismos adicionales que sirvieran de motivación para cada uno por separado, pero de la misma forma y con idéntico propósito.

—¡Ridículo e imposible! —dijo Reisman sitamente—. No son máquinas.

Kinder se volvió de la ventana, ceñudo.

—De eso se trata. Te quedarías boquiabierto comprobando hasta qué punto la gente actúa en forma maquinal, mediante hábitos, acciones, reacciones y motivaciones que pueden programarse, planearse *a priori*, ajustarse a un ritmo determinado y manipularlas.

—¿Como *herr* Schiklgruber?

—El ejemplo que pones es adecuado. Tú mismo lo has hecho con tu actitud contemporizadora en el asunto de las barbas y el lavado. Estoy de acuerdo contigo, el estar barbudos y sucios les da una sensación de propiedad, de orgullo; debes dejarlos por ahora. Pero tiene que haber algo mejor. Con semejante grupito no nos va a servir de nada apelar a mamá, Dios y la patria, desde luego. Ahora bien, si hay algo en común en todas sus personalidades, es que cada uno de ellos sabe que es un desecho. Y eso puede utilizarse como resorte motivacional. No podemos ir contra ello.

Reisman pensó maravillado qué es lo que quedaba del diabólico

e inteligente teniente Kinder que conoció en Londres hacía menos de tres semanas.

—¿E individualmente? —preguntó—. ¿No sería mejor técnica de acercamiento con este grupo? Profundizar en el hombre, descubrir lo que le atrae, poner en marcha de nuevo su nervio y su orgullo, permitirles ciertas iniciativas. Dejar el mando en determinadas ocasiones a los más capaces, hacer que se sientan hombres orgullosos de su trabajo, dedicándoles a cosas en las que sean competentes y destaquen.

—Sí, pero ahí es donde precisamente radica el mal: el egoísmo… Como todos nosotros. El exceso de egoísmo es lo que les empujó a meterse en líos. Ninguno de ellos posee ese algo, quizá desinteresado, que les conduzca, les guíe y les sostenga. Todos fueron egoístas y vivieron encerrados en sí, y es precisamente el egoísmo lo que destruye.-

—En ese caso soy tan culpable como ellos… Y no estoy destruido.

—Supongo que sí —dijo Kinder con una mezcla de desconfianza y tacto que dejó a Reisman perplejo.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Religión? ¿Patria? ¿El orgullo de ver la bandera en suelo enemigo, que hace llorar a los hombres más rudos?

—No puedes cambiar su temperamento, ¿sabes? —dijo Kinder en una reflexión inesperada que le molestó y le desorientó un poco —. No puedes.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, sería imposible en tan breve espacio de tiempo. En segundo, puede que no sea una buena idea. No era eso precisamente lo que deseábamos al principio.

—Ya lo sé. Queríais a los peores. Déjame que cite: «Su probada capacidad para el crimen será cultivada bajo rígido control». Estoy seguro de que esto encierra una parte de paradoja y de sofisma.

—Pero puedes cambiar un rasgo o dos en cada uno de ellos —interrumpió Kinder—. Las cualidades dinámicas que respondan ante determinados incentivos. Y tienes que cambiar las habilidades. En esto no hay duda. Y tal vez su actitud… o gran parte de ella, de forma que se porten, aprendan sus lecciones y tengan una idea correcta del bando en que luchan en esta guerra. Es lo que estás

haciendo, ¿no?

—¡Ya estoy harto de empujarlos y estimularlos! —resopló Reisman—. No estoy acostumbrado a ello. Me siento capaz de encargarme de cualquier misión desagradable yo solo; puedo, si es necesario, mandarlos, pero no me gusta empujar a nadie.

—Tal vez algún premio nos prestaría cierta ayuda —lanzó Kinder—. ¿Qué les gustaría hacer si tuvieran tiempo libre? Ya sé que no tienen… Bien, pues tal vez debieran tenerlo. Hay un sector amplio y complejísimo de la experiencia humana del que han vivido aislados durante su etapa militar y, naturalmente, desde que fueron apresados. Devolviéndosela en pequeñas dosis les haría menos resentidos, más dispuestos al trabajo duro, menos inclinados a estallar.

—Ganarían su tiempo libre y sus premios —afirmó Reisman—. Por lo que respecta a la conducta, me acabas de recordar algo importantísimo.

—¿De qué se trata?

—¿Qué diablos piensan de los alemanes? Al fin y al cabo se están entrenando contra ellos. Es algo que podemos explotar perfectamente. Después de todo no están aquí jugando a los soldaditos por complacernos a ti o a mi o servir de cobayas a cualquier pez gordo.

—Por supuesto que no —contestó Kinder casi indignado—. No es más que un aspecto secundario, aunque en cierta forma la considero como la segunda fase de mi trabajo… Por supuesto, no es la primordial. Y es algo a lo que podrán irse amoldando más tarde. Pero si quieres prepararé un cuestionario para mi próxima visita.

Reisman recordó entonces la inminencia de la marcha de Kinder, sorprendiéndose al darse cuenta de que tal vez echara de menos su presencia.

En el recinto del campamento, Napoleón White daba enérgicas órdenes a su patrulla para que ejecutaran con el arma las diversas posiciones y movimientos que indica el manual. Empezó despacio; progresivamente les hizo coger un buen paso y ahora habían logrado un ritmo aceptable, no tan bueno como el de su compañía en Fort Huachuca, pero qué sabían estos desgraciados de ritmo… El placer de golpear con las palmas contra la culata, el ruido sordo del acero que vibra, el tamborileo discordante de los cerrojos, la suave

bofetada del cuero de las bandoleras. Sus muchachos sí que eran estupendos. Porque, como dijeron ciertos blancos, equivocadamente, pero con intención de ser amables: «Hombre, si un negro tiene algo, es ritmo».

Entonces Archer Maggot empezó a sabotearle de una forma que él creía sutil: retrasándose, llevándose el arma al hombro izquierdo cuando Napoleón había ordenado claramente al hombro derecho y llegando incluso a dejar caer su arma al suelo, lo que en otra unidad le habría supuesto comer, dormir y cagar con ella encima durante una semana.

El pelotón estaba formado por Joe Wladislaw, Samson Posey, Víctor Franko, Luis Jiménez y Archer Maggot. El único que no estaba siguiendo sus órdenes como era debido era Maggot. Napoleón pensó si no estaría cometiendo un error, ya que por mucho que pusiera él de su parte, siempre surgiría algún cabrón como Maggot para echarlo todo a rodar. Tal vez debió negarse a admitir toda responsabilidad, limitándose a cumplir automáticamente las órdenes que le dieran. No meterse en líos…, fingir el papel de criminal arrepentido y soldado regenerado. Aquel maldito capitán —aquellos dos malditos capitanes— le estaban envolviendo, manejándole para algo muy concreto que él aún ignoraba. Sin embargo, deseaba volver a vivir, abandonar el estado vegetativo en el que se sumió voluntariamente. Le gustaba demostrar su capacidad, dar órdenes, y tal vez, sentirse libre del odio y la tristeza que durante mucho tiempo habían sido sus únicos sentimientos.

—¡A-a-ten-tos! ¡A-a-a-l-to! —ordenó—. ¡Des cansen! ¡Ar!

Napoleón estaba dispuesto a hacer la vista gorda como ya había hecho con las anteriores provocaciones de Maggot, ya que sabía que sólo acarrearían problemas, quizá una pelea y después castigo de letrinas para los dos… No merecía la pena. Pero en aquel momento vio a los dos oficiales que salían del barracón. Deseaba ganar con su pelotón aquel campeonato y se decidió a llamar la atención a Maggot.

—Masa Ahcha, ¿cómo puede ze tan ez tupido? Dije descanso, no a discreción.

Maggot no vio a Reisman y Kinder que se acercaban.

—¡Corta con ese lenguaje de zulú, negro!

Napoleón se dirigió lentamente hacia él con el rifle en la mano dispuesto a cubrirse o a golpear. Vio cómo los dos oficiales se detenían a la expectativa a unos pasos de la formación.

—Masa Ahcha —dijo Napoleón—, lo que no ez habla de negro, ez inmunda habla blanca. No me oirás hablar de otro modo con nadie excepto contigo, ¿eh?

Una terrible ira inundó repentinamente el rostro de Maggot. Levantó el rifle, dio unos pasos atrás y descargó el arma como una maza sobre la cabeza de Napoleón. Pero White la esquivó y con la culata del suyo golpeó junto al gatillo de Maggot haciendo que la soltara. Y se quedó con el arma levantada, dispuesta a machacar la cabeza de Maggot, fríamente, sin ira, a sólo unas pulgadas del cráneo del sureño. Maggot, sin pestañear, aguantó el tipo con su habitual aire fanfarrón. Y White comprendió que aquel hombre no se arrepentía de su conducta. Sería inútil golpearle una y otra vez, machacarle hasta convertir su cabeza en una pulpa sanguinolenta. Con cada fibra de su ser, Maggot reafirmaba su conducta, sus sentimientos. Creía con la ingenua pureza de una religión santa, y nunca, nunca podría cambiar.

Reisman se interpuso entre ellos.

—¿Alguna complicación, señor White?

—Ninguna, señor. Enseñaba a Maggot una de las muchas ventajas de ser diestro en el manejo de un rifle descargado.

—¡Recógelo, Maggot! —ordenó Reisman señalando el arma en el suelo—. Después de nuestro campeonato te lo quedas, le quitas hasta la última mota de polvo, lo engrasas como es debido y me lo traes para que lo inspeccione, ¿entendido?

—Sí, mi capitán, sí —musitó Maggot recogiendo el M 1.

Se concedió a cada grupo tres minutos para que exhibiera ante los ojos críticos de los oficiales y los PM su destreza. El grupo de Napoleón iba ganando. Pero en medio de un movimiento, Archer Maggot se llevó el fusil al hombro derecho en lugar de al izquierdo, empujando con el codo a Joe Wladislaw. Las armas de ambos cayeron al suelo.

—¡Imbécil, estúpido, gilipollas! —escupió Wladislaw cuando se agacharon a recoger las armas—. ¡Ya lo has conseguido!

Maggot puso mala cara, pero no respondió. No lo había hecho intencionadamente, pero quién iba a creerle. Una equivocación, ya

que en vez de atender a la voz de Napoleón, estaba pensando en que el negro, un maldito negro, le estaba dando órdenes.

El pelotón de Sawyer no era tan rápido de movimientos. Sin embargo, ganaron el campeonato, ya que nadie dejó caer el fusil y permanecieron rígidos en sus posiciones.

Reisman se aproximó al grupo de Napoleón.

—Seguirás como instructor todo el día, White. Prepárame una lista de guardia para la noche y luego dispón a tus hombres con mochila y fusil para una marcha.

Al ver alejarse al capitán, Napoleón tuvo el deseo de mandar firmes y saluden. «¡Basta! —pensó—, dejémonos de tonterías, no quiero seguir jugando a los soldaditos». Así es que se volvió hacia el grupo:

—Lo siento, muchachos, ¿quién quiere el primer turno?

No quiso decir lo siento. No quería decirlo a nadie, nunca más. Pero se le escapó.

—Lo hiciste muy bien, Nappy —dijo Wladislaw—. No fue culpa tuya.

—Aquí mi amigo, no tan buen soldado —dijo Jiménez señalando a Maggot—. Tú en cambio eres muy bueno, Nappy.

—Claro que lo es —declaró Wladislaw, que se creía con cierto derecho de propiedad sobre su compañero de tienda—. Antes era teniente.

Todos deseaban el primer turno de guardia para que no les despertaran a mitad del sueño y dormir de un tirón hasta el toque de diana.

—Yo cojo el segundo —dijo Napoleón—. ¿Quién más? A ver: dos voluntarios.

—O.K., yo —dijo Samson.

—Tú eres el tercero, Maggot —dijo Napoleón al ver que nadie se decidía.

Maggot avanzó amenazador hacia él.

—¡Qué mierda dices, negro!

Samson puso su mano sobre el hombro de Maggot haciéndole retroceder. Wladislaw y Jiménez le contuvieron.

—A votos —propuso Franko. Él estaba fuera de todo aquello, le importaba un pito, pero veía los sentimientos de los demás; ya que no podía ser el número uno, se pondría al lado del número uno.

Odiaba a Maggot como a ningún otro de sus compañeros—. Voto porque Maggot haga el segundo turno, ya que hemos perdido por su culpa.

Fueron cinco contra uno. Archer Maggot empezó a saber lo que era ser un paria, aunque jamás oyera esta palabra.

21

De guardia en una de las torres, en una noche húmeda y oscura, Víctor Franko maldecía. Maldecía a su perra suerte, al tiempo, al Reino Unido de la Gran Bretaña, al ejército de los Estados Unidos de América y al maldito oficial que había impuesto este nuevo servicio a los presos.

Cerraba los ojos sobresaltado a cada descarga de trueno y estallido de relámpago. Atemorizado ante la idea de que situado a aquella altura en medio del bosque, era un magnífico pararrayos. Entre sus temores, se divirtió con la idea de encontrarse él de guardia en una torreta de vigilancia. ¡Él! De centinela, aunque no llevara al hombro más que un fusil descargado. ¿A quién diablos se suponía que estaba vigilando? ¿A él mismo? ¿A los otros? Por supuesto que no iba a impedirlo si intentaban la fuga. ¿A los PM? Eso era aún más divertido. Tenía que estarse allí fuera bajo la lluvia para que uno de los piojosos PM pudiera descansar tranquilo y feliz toda la noche de un tirón; eso si no estaba en el pueblo o en cualquier otro sitio tirándose a la hija de algún granjero. ¿Al oficial jefe del campamento? Tenía gracia. Vigilar al capitán. ¡Mierda! Le hubiera gustado cargarse a ese hijo de puta.

¡Ah!, pero el cabrito era listo. La primera noche que puso a los presos de vigilancia los colocó en el recinto del campamento, mientras los PM seguían de servicio en las torretas y Reisman, Bowren y el jodido verdugo en el tejado del barracón. Dos noches después Reisman sustituyó a uno de los PM de las torres por un preso. Todo para darse importancia: «Os enseñaré lo que es la responsabilidad —les había dicho el gilipollas—; aún no habéis ganado el derecho a llevar munición, pero todos tenéis dos ojos y dos oídos y una hermosa garganta para usarla si llega el caso».

Sin embargo, Franko sabía las razones que impulsaron a Reisman a aliviar a los PM. Les había oído quejarse y protestar de

las horas de servicio, lo hueso que era el capitán con ellos y con los presos, y Franko se alegró infinito. Se lo merecían. En todas las trenas por las que había pasado los «perros» y los celadores andaban siempre protestando por lo duro del trabajo. Les estaba bien empleado por ser guardianes.

Un relámpago y una descarga más próxima que las anteriores les hicieron estremecerse. Se envolvió más en su gabardina. La lluvia le resbalaba por el casco, cayéndole en la cara y el cuello y empapándole la ropa. Tiritaba de frío y humedad. Se movió por la pequeña plataforma para reanimarse, lanzando ojeadas al campamento y al bosque sin conseguir ver nada. Sólo cuando descargaba algún relámpago podía distinguir las tiendas, la silueta del PM en la otra torre y, a duras penas, la figura del capitán paseando por el techo del barracón en el otro extremo del campamento.

¡Hijo de puta! ¿Qué intentaba demostrar? No tenía por qué estar a la intemperie en una noche como ésta. Era el jefe, ¿no? Y se había levantado en medio del sueño para hacer el segundo turno, y allí estaba de centinela.

Al resplandor de otro relámpago, Franko le distinguió, o creyó distinguirle, con más claridad. Tuvo una idea. Un simple jueguecito para pasar el tiempo. Cogió el fusil, recorriéndolo con las manos. Le gustaba su tacto, era una promesa de poder. Sus dedos se detuvieron al final de cañón, jugueteando con el preservativo que impedía el paso de la lluvia. Cuando Morgan, congestionado y a voces había puesto los condones en la boca de las armas, la primera noche que llovió, los muchachos dijeron que conocían un modo mucho mejor de usarlos. Se puso tan furioso que los arrestó a una hora suplementaria de instrucción por la noche, y el hijo de puta del capitán lo consintió.

Franko apartó sus dedos. El tacto de la goma le hacía pensar, y los pensamientos le ponían nervioso y acababan por producirle dolor de huevos. Levantó el seguro y apretó el gatillo. Una y otra vez, una y otra vez. Luego se arrodilló en la plataforma apoyando el fusil en el pasamanos y apuntando hacia el techo del barracón. Cuando los relámpagos iluminaban el claro, Franko trataba de localizar a Reisman con el punto de mira, pero no lo conseguía. Sobresaltado, se puso en pie. Había creído advertir un ligero

temblor en la torre. Miró hacia abajo. La escalera estaba desierta. Volvió a arrodillarse, complacido con su juego, deseando tener la silueta del capitán sobre el punto de mira del M 1… y deseando apretar el gatillo. Se imaginaba la detonación y después la caída, el gran hombre por los suelos, destrozado.

Un nuevo relámpago iluminó el campamento y a su luz creyó distinguir una silueta en el techo del barracón. No estaba seguro, pero apretó el gatillo con un suspiro de alegría, pensando que era él. A sus espaldas oyó un ruido y… un terrible dolor en la base del cuello le sumió angustiosamente en la oscuridad…

Al toque de diana se descubrió la escena.

El asombro y el terror invadieron a los presos, incluidos los que habían estado de guardia y que no advirtieron nada hasta que la trompeta del cabo Bowren rompió el silencio mortecino del alba. Myron Odell fue el primero en verlo al salir de la tienda, o al menos el primero en dar voces.

—¡Oh, Dios mío, mirad! —exclamó.

Calvin Ezra Smith salió tras él, echó una ojeada y entró de nuevo en la tienda en busca de la Biblia. Jiménez y Wladislaw se miraron. Nadie salía de su asombro.

Parecía muerto. Amordazado, atado de pies y manos, Víctor Franko se balanceaba al extremo de una cuerda arrollada bajo los sobacos, colgado en una de las torres.

Reisman se abrió paso por entre las tiendas. Llevaba la metralleta al hombro, y en la mano el M 1 de Franko. Su voz dura, insensible, glacial, rompió la estupefacción general.

—¡Bajadle de ahí!

Sawyer y Posey se disponían a hacerlo, pero se dieron cuenta de que no podían atravesar la alambrada de espino. Se volvieron interrogantes hacia Reisman. El capitán entregó su cuchillo a Sawyer.

—Salid por el barracón —les dijo. Y gritó a Bowren que estaba en el tejado—: ¡Cabo, coja usted un guardián y acompáñelos!

Los restantes PM y Morgan salían del barracón con sus armas. Algunos iban a medio vestir, aturdidos, sin saber lo que ocurría. Al ver a Franko se quedaron paralizados. Morgan esbozó una sonrisa que desapareció bien pronto: Franko pataleaba en el extremo de la cuerda.

Samson alcanzó la plataforma y empezó a tirar de la cuerda. Sawyer se aproximó, cortando los nudos de brazos y piernas y desatando la mordaza. Franko se incorporó violentamente, derrumbándose casi encima de ellos. Estuvo a punto de caer de la plataforma, pero la barandilla y los brazos de Sawyer y Samson lo impidieron.

—¿Qué te sucedió, Vic? ¿Quién lo hizo? —preguntó Sawyer. Franko se apoyó en la barandilla.

—No sé qué sucedió —respondió con voz ronca.

Al pie de la torre aguardaban Bowren y un PM contemplando con gran ansiedad la escena. Al ver que estaba vivo, sonrieron aliviados, pero sin simpatía alguna.

—¡Bajadle con cuidado! —ordenó Bowren comenzando a ascender la escalera.

Franko miró hacia el campamento. Todos los rostros le bailaron en la cabeza. Vio el de Reisman: petulante e indiferente, una chispa de burla en sus pupilas, y comprendió que había sido él, sólo podía haber sido él.

Sintió que las náuseas estaban a punto de dominarle, pero se contuvo. Se irguió con un esfuerzo, apoyándose en la barandilla, y su mano señaló acusadora mente a Reisman:

—¡Preguntadle a él! ¡Preguntadle al hijo de puta del capitán lo que sucedió, él fue!

Presos y guardianes miraron a Reisman en espera de una contestación. No la hubo.

Todas las miradas convergieron hacia la torre ta a tiempo de ver a Franko arrebatando el cuchillo a Sawyer. Los que rodeaban al capitán escasamente tuvieron tiempo de apartarse antes de que Franko, con furia desesperada, lanzara el cuchillo. Rebotó ineficaz contra el suelo con sonido metálico.

Reisman, con parsimonia, lo recogió, limpiándolo minuciosamente en sus pantalones de faena y enfundándolo.

—¡Eso es lo que tenías que haber hecho anoche! —chilló a Franko—. ¡Estabas de guardia, imbécil! ¡Si llego a ser un alemán habría desparramado tus huevos por el campamento, cobarde!

Reisman advirtió que estaba «perdiendo» a los demás hombres. Le miraban con desaprobación y hostilidad. Un oficial no golpea a un soldado, no le acomete sin un motivo grave.

Ayudado por los otros, Franko comenzaba a descender por la escalera.

—¡Sujetadle ahí! —ordenó Reisman agarrando el fusil de Franko con una mano como si fuera una lanza y tirándolo limpiamente por encima de las dos alambradas—. ¡Bowren, entregúeselo a Franko: es el suyo!

Víctor recibió con desgana el arma.

—Bien, asesino. Ahora enséñales lo que hacías anoche durante la guardia —exclamó Reisman.

Franko miraba a su alrededor simulando incomprensión.

—¡Venga, asesino! ¡Enséñaselo o te mando ahora mismo a Marston Tyne!

Poseído por la culpabilidad, el temor y la rabia al mismo tiempo, Franko apuntó con el fusil. Los demás observaban el cañón del arma dirigido al techo del barracón donde el capitán Reisman había estado de guardia antes del amanecer.

—¡Ahora, una última pregunta, asesino! —gritó Reisman. Era una pregunta dirigida a todos: a los presos, cuyo respeto podía haber perdido; a los guardianes, que tal vez creyeran que había abusado de su autoridad; a Franko, a Sí mismo—. Piénsalo bien, Franko, y guárdate la respuesta. No quiero saberla. ¿Qué habrías hecho si el rifle hubiera estado cargado?

El propio Reisman ignoraba la respuesta, y, en cierto modo, dudaba de que Franko la supiera. Dejó que el silencio se prolongara para que cada hombre encontrara su propia solución. Era un problema con el que iban a enfrentarse muy pronto.

—Bueno, Bowren, tráigalo aquí —ordenó—. Se acabó el recreo. Vamos a desayunar y al trabajo.

Aquella mañana Reisman hizo que los presos montaran y desmontaran por tres veces el M-1. Después tuvieron que hacerlo contra reloj y con los ojos vendados. Lo hicieron perfectamente. El próximo paso del entrenamiento debió ser formarles en posición de disparo, darles la munición y comenzar la práctica del tiro. Pero, sin explicación alguna, el capitán ordenó a dos PM que recogieran los fusiles. Minutos después, cuando los PM regresaron del barracón cargados con una docena de carabinas y de automáticas del «45», algunos de los presos aún refunfuñaban por lo bajo. Parecían un grupo de chiquillos sucios a quienes los guardias hubieran quitado

la pelota por romper un cristal. Cuando vieron las nuevas armas ligeras y las pistolas enfundadas, cesaron las protestas. Algunos rostros se iluminaron.

—Vais a pasar al segundo grado —les dijo Reisman, mientras los PM les entregaban el armamento apuntando la numeración y haciéndoles firmar los recibos—. Llevadlos un rato. Acostumbraos a su tacto. Tenéis que conocer su manejo hasta ser capaces de armarlos y desarmarlos con los ojos cerrados. Lo que os dije sobre el mantenimiento del M-1 se aplica también a este otro modelo. Trabajad bien, como habéis hecho hasta ahora, y ganaréis muy pronto el derecho a llevar munición.

Reisman imaginó que su mayor preocupación ahora era el aburrimiento, la nimiedad de su rutina y la monotonía física. No eran reclutas atraídos por nuevas técnicas y tareas apasionantes que los distrajeran. Se iban mostrando más aplicados de lo que su aspecto hiciera suponer. Lo aprendido en su anterior vida militar, más todo lo que Reisman les enseñaba con la ayuda de la fuerte disciplina y el continuo suceder del horario, los estaba convirtiendo en hombres bastante más eficaces de lo que el capitán, sabiendo quiénes eran, había esperado.

Pero en el aspecto moral y mental aún no estaba seguro de ellos. No podía decidir si la intervención de Kinder estaba mejorándolos en esos aspectos. Lo único que podía afirmar era que en la práctica, a nivel físico —su nivel—, aquellos hombres se iban endureciendo, haciéndose progresivamente mejores soldados. Incluso los asustadizos como Myron Odell, que lloriqueaba, y Víctor Franko, que lo disimulaba haciendo alardes.

En la defensa y el ataque sin armas sabían lo que se traían entre manos, y ninguno, ni siquiera Odell, se atemorizaba cuando le tocaba enfrentarse con Posey o con él mismo. A veces, le hacía reír la forma en que se pasaban el día golpeando con el borde de la mano el suelo, los árboles, los postes, y unos a otros, endureciendo los músculos para el judo: Incluso un tipejo como Maggot, que creía ser lo suficientemente duro y saberlo todo, hasta que Reisman y Odell le demostraron lo contrarío.

Aún surgían ocasionales disputas entre ellos cuando uno le daba a otro con demasiada energía, se negaba a luchar o le retorcía de mala manera, o, simplemente, se hartaban del entrenamiento. Pero

ya no era el desorden del principio. Sabían defenderse y atacar, y el combate cuerpo a cuerpo entre ellos se había convertido en una combinación de movimientos reflexivos, estudiados, científicos y casi armoniosos. Ninguno se pasaba de la raya, jamás llegaban a los golpes mortales, pues sabían que el contrario se los devolvería.

No obstante, Reisman no avanzaba al ritmo que hubiera deseado, al ritmo a que estaba acostumbrado en la preparación de otros grupos para misiones del OSS. Desconociendo el fin y los medios de la operación, tenía que limitarse a preparar a los hombres a su manera, paso a paso. Aún no *había* decidido que practicaran tiro y tuvieran munición, y tampoco entregarles una granada o una carga de dinamita. Hasta que no pasaran esa fase, quedando calificados en todo el armamento, pesado y ligero, de la infantería, no pensaba iniciar los entrenamientos de paracaidismo.

Tenía que llegar a un punto en el desarrollo moral y mental de los hombres —no sólo en el físico— en que empezara a confiar en ellos, y pudiera realmente creerles capaces de llevar a cabo las misiones, aún inciertas y nebulosas, para las que les entrenaba. Quería creer en ellos. Ya no podía retroceder.

Aquel domingo por la tarde, instalada en su biblioteca, Margot Strathallan luchaba con la idea de telefonear al capitán Reisman.

Se dijo que, tratándose de un día de fiesta, el capitán comprendería perfectamente su llamada rogándole que él y sus hombres fueran a su casa a tomar el té. Por supuesto, tendrían que asearse…, pero sería muy agradable recibirlos, se portarían amablemente y concluiría el temor que la había poseído todos aquellos días: que la obligaran a abandonar la casa.

Acercó la mano al teléfono, la retiró, pasó sus finos dedos sobre los labios y la barbilla y se mordió los nudillos. Paseó nerviosa por la habitación, dirigiéndose decidida hacia el teléfono…, pero pasó de largo saliendo al *hall*. «Sigismund», que la había observado interrogante, tendido en la alfombra junto a la chimenea, la siguió con aire tristón, lloriqueando por salir. Ella abrió la gruesa puerta de roble un palmo, escudriñando el jardín. El *doberman* ladró y bailó excitado moviendo la cola. Ella le apartó cerrando la puerta violentamente. Desonrientada, subió hacia su dormitorio, volvió a salir, vagabundeó por los silenciosos corredores, abriendo y cerrando puertas. El perro la seguía, lloriqueando, moviendo la

cabeza a un lado y a otro con el mismo desasosiego que su ama. Durante dos semanas, Margot Strathallan se sintió como prisionera en su propia casa.

Era absurdo, estúpido, demencial, pero desde su humillante encuentro con Reisman y sus desagradables soldados en el acantilado experimentó verdadero temor a traspasar los límites del edificio o pasear dentro de la finca. En varias ocasiones salió a la carretera con «Sigismund». Le desagradaba, era humillante. Granjeros, gente del pueblo y soldados la vieron pasar. Hablaban de ella y cuchicheaban de la misma forma que cuando al volante de su viejo «Riley» se dirigía al pueblo, una vez por semana y acompañada por «Sigismund», a hacer la compra. Ya no servían a domicilio. Ni siquiera a ella. Pretextaban racionamiento de gasolina. Efectivamente, estaba racionada, como todo. Pero ¿acaso no tenían bicicletas? ¡Groseros!

Regresó a la planta baja y entró en la biblioteca. Se sentó contemplando el teléfono obsesivamente. Una cosa era sacrificarse, vivir como una eremita por razones justificadas y nobles, y otra ser realmente prisionera. Tenía que acabar con aquello. Tema que llamar al capitán, ahora, e invitarle junto con sus hombres a tomar el té. La amenaza de Reisman pesaba terriblemente sobre ella. Sabía que el capitán era capaz de conseguir que el Departamento de Guerra la obligara a desalojar su propia casa, y tenía la certeza de que su padre sería el primero en condecorar al capitán por hacerlo.

Rápidamente, antes de que pudiera arrepentirse una vez más, Margot cogió el teléfono. Sabía que había una conexión en el campamento, porque vio los cables. Tenía que llamar a la centralita del pueblo y pedir que la pusieran con la centralita americana más próxima, y a través de ella comunicar con el capitán.

Irritada, aguardó escuchando al operador que hacía conexiones, oyendo los chasquidos, el zumbar de los relés y el rin-rin monótono y continuo del teléfono del capitán. Asustada de permanecer a la escucha, asustada de colgar. Se imaginaba que ella misma le oía allá lejos en el bosque y podía verle descolgar el teléfono.

El teléfono siguió sonando sin recibir contestación.

Lo intentó diez minutos después. A la media hora, sin resultado. Y así siguió insistiendo cada treinta minutos durante toda la larga y desesperante tarde.

Ya anochecido el domingo, Reisman y sus hombres regresaron al campamento. El capitán se detuvo ante la puerta de la valla observando a los presos mientras entraban. Iban cansados, sudorosos, sucios y malolientes, pero se sintió satisfecho de ellos. La misma marcha campo a través, con la ascensión por el acantilado que les costó cinco horas la primera vez, acababan de realizarla en menos de tres. Incluso Morgan y los PM parecían en mejor forma física, aunque, desde luego, no llevaban la pesada mochila y no estaban obligados a salvar los obstáculos.

Oyó el teléfono y gritó al cabo Bowren en el barracón que lo cogiera. Cuando llegó, Bowren tapaba el micrófono con la mano:

—Es una mujer, mi capitán. Quiere hablar con usted.

Su primera idea fue Tess. Cogió el auricular tapando el micrófono con la mano.

—Usted y Morgan encárguense de los hombres. Que planten las tiendas y luego pida voluntarios para cocina. Esta noche tendremos una cena de verdad y después, para variar, un rato libre.

Aguardó a que Bowren cerrara la puerta tras él y contestó al teléfono. En cierto modo no le sorprendió oír la voz de Margot Strathallan.

—¡Té, lady Margot! —exclamó, incapaz de ocultar el tono incrédulo.

La conversación se desenvolvió fácilmente, como si entre ellos nada hubiera ocurrido.

—Es usted muy amable —dijo—. No sabe cuánto lo lamento, pero nos es completamente imposible. Acabamos de regresar de una marcha y estamos muy poco presentables.

Se decidió a ser lo más cortés y diplomático posible.

—Sí, desde luego. Lo siento infinito. Comprendo. Permítame excusarme por mi grosería anterior. ¿Cómo? ¿El Departamento de Guerra? ¡Oh, no, claro que no! Ha sido muy amable cooperando. Se lo agradezco en extremo. De nada, de nada, por favor. Sí, quizá en otra ocasión. Muchas gracias. Adiós.

Durante un rato fumó pensativo. ¿Qué diablos había impulsado a Margot Strathallan a llamarle? Estuvo amable y encantadora, aunque su voz sonó algo precipitada y trémula. Un pensamiento ridículo y positivamente perverso cruzó su mente. No pudo evitar una sonrisa. Hubiera sido un *test* decisivo de confianza haber dado

suelta a la Inmunda Docena en Stokes Manor. Se imaginaba a sus hombres como invitados en un *tec-porty* ofrecido por una aristócrata inglesa probablemente ninfómana. Esto le sugirió algo: ya que lady Margot parecía dispuesta a vivir su papel de anfitriona de oficiales americanos, podía ayudarle en otra cosa.

Salió del barracón y llamó a White. Napoleón vino a la carrera.

—¿Tienes la lista de libros? —preguntó Reisman.

—No, señor.

—Sigues queriendo unos libros, ¿no?

—Supongo, capitán —dijo, encogiéndose de hombros—. Si vamos a tener tiempo para leerlos…

—Esta noche lo tendréis… y si os portáis correctamente habrá otras ocasiones. Mira, hazme un favor: pregunta a los muchachos qué es lo que quieren de lectura, juegos o pasatiempos. Y también a los PM. Vuelve aquí dentro de diez minutos y daremos un paseo. Dile al sargento que te he pedido que me ayudes.

Napoleón regresó con la lista, entregándosela a Reisman con gesto inexpresivo. Sólo había anotado los pedidos, sin el nombre del solicitante: revistas, el diario del ejército «Barras y Estrellas», algunos periódicos locales, damas, cartas, equipo de béisbol, fútbol y balón-volea; cerveza fría, buen whisky, filetes, caramelos, cigarrillos, puros y bastante peticiones de mujeres con descripciones íntimas, minuciosas y explícitas sobre tamaños y tipos.

Reisman llamó a Margot.

—¿Ha cambiado usted de idea, capitán? —dijo, animada—. ¡Qué bien!

—No exactamente, *lady* Margot, pero estaba pensado si podría acercarme para que me prestara algunos libros, y si tiene usted cualquier clase de periódicos o revistas para tirar. Y si acaso una baraja y unas damas.

Ella intentó que su voz tuviera un tono generoso, pero Reisman advirtió la indecisión y la desconfianza que la dominaban.

—Por supuesto. Pase usted a recogerlo, por favor.

Reisman colgó el teléfono y dijo a Napoleón:

—Y ahora, señor White, vamos a hacer una visita a la aristócrata en su mansión. ¿No desea usted lavarse y afeitarse?

—Prefiero quedarme aquí, señor, si no le importa —respondió Napoleón tímidamente.

—¡Prefiero que vengas! ¡Y por mí, hecho un puerco, si te apetece! Por segunda vez en el día se afeitó y duchó, poniéndose el uniforme limpio. Mientras se arreglaba, Reisman pensó que no era necesario, no tenía por qué impresionar a Margot Strathallan, ni acicalarse para ello como un novio, como hacía para Tess Simmons.

Margot saludó a Reisman con una sonrisa nerviosa. El perro no estaba.

—Cuánto me alegro de volver a verle, capitán.

Se esforzaba por dar a su voz una cordialidad que no sentía. Era más delgada de lo que creyó, y tras su sonrisa artificial, Reisman intuyó la obsesión de algo que la atormentaba. Le dio pena. Deseaba ayudarla realmente.

En aquel momento, Margot vio a Napoleón en la penumbra, tras el capitán.

—¡Oh! Creí que venía usted solo. ¿Cómo está? —dijo.

—Buenas tardes, señora —saludó Napoleón, intentando en la semioscuridad del umbral leer en sus ojos y en su rostro. No vio nada, excepto, tal vez, temor.

—Es uno de mis colaboradores… El señor Jones —presentó Reisman.

—Entren, por favor. ¿Desea beber algo, capitán?… O ¿el té que rehusó antes?

—No, muchas gracias. ¿Usted, Jones? —preguntó Reisman solícito mientras cruzaban el amplio recibidor.

—No, gracias, señora —contestó Napoleón.

—Los hombres nos esperan, lady Margot —se apresuró a añadir Reisman—. En realidad nos aguardan para la cena, les dijimos que regresaríamos inmediatamente. En otra ocasión.

—Muy bien —replicó ella. Y a Reisman le pareció aliviada—. ¿Por qué no pasamos directamente a la biblioteca para que puedan ustedes escoger tos libros que gusten? Lo siento, pero no tengo periódicos ni revistas. No los leo. M & basta con las malas noticias de la radio.

Napoleón penetró en la biblioteca. La vista de los estantes de libros, las paredes oscuras, el imponente mobiliario, incluso el color del recinto, le llenaron de una ola de nostalgia y no pudo contener una exclamación, que hizo volverse a la mujer.

—¿Sucede algo, Jones?

—En absoluto, señora. Es muy bonito. Eso es todo. En la Universidad teníamos salas de lectura como ésta.

—¿La Universidad? —preguntó ella, incrédula—. No tiene usted un aspecto muy universitario que digamos —dijo, encogiendo la nariz con disgusto—. ¿Dónde era, Jones?

Napoleón captó la mirada severa de Reisman.

—Era en un sueño, señora. Sólo en un sueño.

Se paseó por los estantes tomando libros al azar, eligiendo los que llamaban su atención por el titulo o por lo voluminosos. Estaba deseando marcharse de allí. Cuando tuvo cinco libros en las manos se volvió hacia la mujer, preguntándole:

—¿Puedo llevarme éstos, señora?

—Los que quiera —contestó Margot—. Con tal de que me sean devueltos en las mismas condiciones.

Sobre una mesa les había preparado dos barajas, un juego de damas, uno de ajedrez y un tablero de *cribbage*[45]…

—¿Juega usted al ajedrez, señor Jones? —preguntó Reisman.

—Sí, señor.

—Bien…, entonces nos llevaremos esto con mucho gusto, lady Margot. Creo que podemos dejar el *cribbage*. Dudo de que encontremos jugadores.

—Bien. Mándeme a sus hombres una tarde para que les enseñe —dijo Margot, ligera.

Reisman insistió en hacer una lista por duplicado de los artículos que se llevaban, firmó y rogó a Margot que hiciera lo mismo. Le entregó una copia, guardándose la otra en el bolsillo.

—Gracias de nuevo y buenas noches, lady Margot —dijo saliendo con paso rápido de la biblioteca, seguido por Napoleón.

Ella marchó detrás de los hombres, y ante la puerta abierta, retuvo al capitán por el brazo.

—¿Puedo hablarle un momento a solas? —murmuró.

Reisman gritó a Napoleón:

—¡Voy en seguida!

Y se volvió hacia Margot, que se mordía nerviosa el labio. En sus ojos había un fulgor asustadizo digno de compasión.

—¿De qué se trata? —preguntó Reisman.

—¿Podría… volver a pasear por la playa? —balbuceó, intentando sonreír—. El pobre «Sigismund» está tan encerrado…, y

yo…, era el único placer que teníamos…, los paseos…, y ahora… —finalizó con un gesto de desesperación.

—Más vale que no —contestó Reisman, arrepintiéndose de haber ido a la casa—. Creo que será mejor para todos que permanezca usted durante algún tiempo lo más cerca posible al edificio. No puedo darle explicaciones, aunque me gustaría. Si hubiera alguna manera de facilitarle las cosas, lo haría.

—Sí que la hay —exclamó ella, mirando furibunda—. ¡Llévese a… esa persona de aquí, y déjeme en paz!

Se volvió, cerrando la puerta violentamente.

—¿Qué le ocurre, por qué se pone así? —preguntó Napoleón al capitán ya en el coche.

—Por el mundo. Déjala.

—Por supuesto, capitán. Mi cerebro está en blanco… y me llamo Jones. Esperaba que fuera usted algo más imaginativo…, señor.

Reisman se volvió sonriéndole y voluntariamente removió la herida de Napoleón.

—Me parece que tiene el mismo problema que tú…, manía persecutoria.

Napoleón permaneció silencioso mientras atravesaban el campo en dirección al bosque.

—Has escogido libros muy variados. ¿Por qué?

—¿Qué puede importar? —dijo Napoleón con reticencia. Ya no recordaba los libros que había elegido. Barajando sobre sus rodillas los volúmenes, trataba de descubrir por qué Reisman quería llevarle a una conversación como aquélla. Creaba una confusión en la simple relación de oficial a soldado y de guardián a preso.

. —Simple curiosidad —dijo Reisman, citando de memoria los títulos—: «Estudio de la Historia», de Amoid Toynbee, tomo I…; «El negro del narciso», de *Joseph Conrad*…; «Poemas completos de Rudyard Kipling»…; «Los siete pilares de la sabiduría», de T. E. Lawrence…, y nada menos que «Winnie the Pooh», de A. A. Milne. Me gustaría volver a leer a Lawrence y a Kipling cuando lo acabes. Respecto a «Winnie the Pooh», tengo que confesar que jamás lo leí. Infancia no privilegiada, supongo.

—Yo tampoco lo he leído, capitán —dijo Napoleón, cogiendo el pequeño volumen y sonriendo—. Ni siquiera sabía que lo llevaba. Me dediqué a coger volúmenes para llenarme las manos.

—¡Un cuerno! Tenías un motivo para cada elección. Tal vez cruzara tu cerebro un solo instante, pero lo tuviste. ¡Vamos!, suéltalo. A ver qué es lo que te hace «tic».

—¡Pensé que la importancia de la lectura correspondía al departamento del capitán Kinder! —gritó Napoleón por encima del ruido del motor.

—Claro que sí, pero yo le ayudo. ¡Vamos, White! ¿Temes hablar?

—No. En absoluto —replicó Napoleón, mostrando un volumen grueso—. Toynbee, tomo I. Probablemente es el único que tendré tiempo de leer. ¿Lo conoce?

—No.

—Pues bien, su autor es un hombre de gran perspectiva. Magnífica lectura cuando uno está satisfecho o triste consigo mismo; gran país o pequeño país, para hombres importantes o insignificantes. Todo es *passé*… ayer, hoy y mañana…, e importa un rábano. El mundo es de los audaces, y que gane el mejor.

—¿Y Lawrence? —preguntó Reisman.

—Lo leí hace mucho tiempo. Le admiraba. Quiero probarme algo volviéndole a leer.

—¿El qué?

—Que por aquel entonces yo era un estudiante aturdido. Ahora también yo he tenido mi experiencia vital. He matado a un hombre y me he encontrado moribundo en el arroyo. Lawrence, para mí, debe reforzar todo lo reprensible de la carga del hombre blanco.

—Ni caiga del hombre blanco ni mierda —interrumpió Reisman—. Tal vez encuentres eso en Kipling, con toda su construcción de imperios y su guerrear entre los indígenas, pero no en «Los siete pilares». Lawrence era demasiado sensible, demasiado compasivo. Se identificaba excesivamente con los tipos a sus órdenes…, e incluso con los que mataba. Era un universitario, un romántico, quizá loco y fanático, pero jamás un racista ni un hipócrita.

—No quise decir que fuera un hipócrita en apariencia —se apresuró a decir Napoleón—, sino más bien un hombre altanero lleno de bilis, un inglés de piel blanca, que miraba por encima del hombro a las gentes de un país en el que, en primer lugar, no tema derecho a permanecer.

—Te ha dado muy fuerte, muchacho —dijo Reisman—. Como te

he dicho otras veces, si quieres odiar a alguien, más vale que empieces a pensar en los *krauis* del otro lado del Canal. Personalmente, estoy dispuesto a darte cinco dólares por cada pescuezo que cortes. Con el odio que llevas encima, White, acabarás rico al final de la guerra.

—Muy bien, capitán, deme entonces su opinión sobre Lawrence —dijo Napoleón. Se estaba calmando, deseaba charlar, estaba hambriento de medir su cerebro con otro.

Reisman se encogió de hombros. Conducía inclinado sobre el volante, haciendo que el vehículo sortease los árboles con curvas vertiginosas.

—Nunca me decidí a favor o en contra —confesó—. Terna un cerebro que me hacía sentirme, una hormiga. Y era más valiente que cualquier hombre tiene derecho a serlo y continuar para contarlo.

—¿Valiente? ¡No me diga…! —se burló Napoleón.

Reisman volvió el rostro para ver si la expresión de White corroboraba sus palabras. Comprendió que sí y se decepcionó.

—Mucho en mi opinión, señor White —afirmó—. En un soldado yo diría que es una admirable y ventajosa, tal vez imprescindible, comodidad.

Volvió la vista con el tiempo justo para sortear un árbol que se les venía encima.

—Leí el libro en España en un hospital…, herido en una guerra que usted tal vez crea que no me concernía. Había muchos de nosotros en España… Algunos sabían por qué, y otros no lo sabíamos.

Tuvo de repente vivida la imagen del inglés que dos camas más allá, en aquel matadero, le había prestado el libro… Recordó también lo que Lawrence escribió sobre la guerra y matar que le había desagradado, obligándole a pensar demasiado sobre la forma en que vivía y probablemente moriría… Los *hombres a* quienes había dado muerte, ¿para qué?… ¿Estaba bien o *mal* hecho? Pero, en realidad, no influyó mucho sobre él. Marchó de España yendo a Palestina a entrenar a los colonos judíos, luchando a su lado contra los ataques por sorpresa —luego echaban a correr— de los mismos árabes a quienes Lawrence había conducido hacia una efímera gloria menos de una generación atrás. Tal vez por aquello no supo

jamás si estaba a favor o *en* contra de las ideas de Lawrence.

—¿Qué buscaba usted en España, capitán? ¿Gloria? —arriesgó Napoleón, que no podía evitar un nuevo y envidioso respeto por Reisman.

—Tal vez lo mismo que tú cuando cortaste el cuello a aquel hombre en *el lie de France: venganza*. —Se quedó sorprendido al oírse a sí mismo, sorprendido por lo fácilmente que se descubría—. Quizá también algo de gloria —admitió con una sonrisa—. A todos nos pasa cuando somos demasiado jóvenes, demasiado fuertes y demasiado irritables. A ti te ha sucedido, *White*. La llamada de la gloría. A los demás también. No la golpees, utilízala. El capitán Kinder me ha dicho que eres un buen aficionado a la sicología.

—Si fuera algo más que un aficionado no estaría aquí, capitán —declaró Napoleón.

Cerca del campamento, Reisman detuvo el *jeep* y se volvió hacia Napoleón.

—Sigamos —dijo, golpeando el montón de libros—. ¿Y la novela de Conrad?

—¿«El negro del narciso»? El título me pone furioso —comentó Napoleón con excesivo candor—. Siempre me he negado a leerlo. Cuando lo veía en una librería o en un catálogo sentía deseos de destruirlo. Porque, fuera lo que fuera, no deseaba que otras personas…, los blancos…, lo vieran y pudieran destruir la vida que yo llevaba.

—Supongo que no pensarás destruir el libro de *lady* Margot, ¿eh?

—Intentaré leerlo nada más, capitán. Con su permiso, señor —añadió Napoleón con burlona dignidad.

—Y ¿«Winnie the Pooh»? —Napoleón rió.

—Pura diversión, capitán —dijo sarcástico—. Pensé que podría leérselo a los muchachos antes de acostarnos. ¿O. K.?

—Claro, les encantará —murmuró Reisman, bajándose del *jeep*. Levantó el capó y quitó el rotor del distribuidor. Napoleón, que marchaba ante él, señaló la doble alambrada y la pieza que acababa de quitar al *jeep* y dijo amargamente:

—Con todo esto y ¿todavía no confía en nosotros, capitán?

—¿Tú lo harías? —preguntó Reisman ante la puerta del barracón.

Advirtió que Napoleón había empleado el *nosotros*, incluyéndose en el grupo, quizá por vez primera.

White sostuvo la mirada tranquila y gris del capitán sin contestarle. Encogió los hombros como zafándose del compromiso.

—Espérame aquí —ordenó señalándole la oficina—. Quiero que me contestes a esa pregunta.

Arrepentido de haberse dejado arrastrar por el capitán, Napoleón atravesó la puerta con su paquete de libros y juegos. En un extremo, Reisman encontró a Jiménez trabajando contento en el rincón que servía de cocina a los PM. Le ayudaba Myron Odell. El sargento Morgan los vigilaba haciéndosele la boca agua.

—¿Todos éstos para la cocina, sargento? —preguntó Reisman.

—Se presentaron voluntarios, mi capitán. Todos. Unos para pelar patatas, y los restantes para la limpieza cuando éstos acaben. Ahí fuera están con el cabo, sentados, esperando el rancho.

Jiménez se volvió desde la mesa en que cortaba un pollo.

—Yo no guiso rancho, mi sargento —dijo furioso, gesticulando con la mano en que llevaba el cuchillo.

Morgan retrocedió un paso.

—Luis, *mi amigo*, no seas tan temperamental —interrumpió Reisman, dirigiéndose hacia él—. Sigue trabajando y demuéstralo.

Jiménez se reintegró a sus tareas creadoras, mascullando obscenidades en español, de las que Reisman entendió algunas que le hicieron reír mientras se dirigía a su cuarto. Podía creer que Jiménez, y tal vez Odell y algunos más, se hubieran presentado voluntarios a cocina, pero todos en masa, como había dicho el sargento…, lo dudaba mucho. Probablemente fue el propio Morgan quien los designó «voluntarios» al estilo militar. A Reisman le tenía sin cuidado. A fin de cuentas, los PM necesitaban un descanso. Habían andado protestando por tener que guisarse el rancho y hacer servicio de cocina, además de las largas horas de vigilancia. Ninguno de ellos era buen cocinero y se figuraron que los presos quedarían encargados de las tareas mecánicas. Al ver que no era así se sintieron molestos. Reisman trató de compensarlo haciendo que la comida fuera buena y abundante. Como suplemento a las conservas, el cabo Bowren y un guardián iban dos veces por semana a una unidad de intendencia del Cuartel General, situada a unas veinte millas del campamento, para recoger pan y productos

lácteos. Incluso tuvieron el lujo de una nevera eléctrica alimentada por el generador que surtía de corriente a los reflectores instalados en el barracón y en el recinto para casos de emergencia, pues dada su proximidad a la costa no se encendían jamás.

Reisman entró en la oficina cerrando la puerta tras él. Napoleón había encendido la luz, una bombilla que colgaba al extremo de un cable, instalado en la pared. Se había sentado en el catre y hojeaba distraídamente los libros. Reisman lanzó una mirada a la ventana sin visillos, dirigiéndose hacia ella.

—Esto no es nada prudente, señor White. Estamos en guerra, ¿recuerda?, y hay *Jerries* volando por arriba.

Desató las gruesas cortinas de camuflaje y las corrió. Napoleón le observaba como si la idea de un ataque aéreo alemán le importara bien poco, e incluso la encontrará divertida. Reisman se detuvo ante él ofreciéndole un paquete de cigarrillos que acababa de sacar de la guerrera.

—¿Fumas?

—Sí. Gracias, mi capitán.

Reisman le ofreció fuego y encendiendo un cigarrillo para sí, se sentó ante la mesa.

—Ahora quiero que me respondas —dijo pausadamente—. ¿Se puede confiar ya en todos vosotros, plenamente?

Napoleón dio una larga chupada al cigarrillo, sintiendo que podía relajarse completamente, aunque en el fondo se daba cuenta que tal vez nunca más fuera capaz de hacerlo. Interpretaba la pregunta del capitán como una demanda de ayuda tanto como un desafío. Y si tenía que dar una respuesta honrada, forzosamente sería un rotundo: No, todavía no.

—Tal vez —dijo—, si supiéramos cuáles son sus propósitos. Lo que realmente hacemos aquí. Cuál es ese asunto de importancia tan vital y en el que se supone vamos a participar. —Se pasó la mano por el rostro barbudo e hizo un gesto—. Tal vez usted no lo note en mí, por el color, capitán, pero estoy sucio, totalmente sucio. ¿Cree que me ha gustado que aquella mujer me viera así, me mirara como a una basura? No me gusta estar así. A los demás tampoco.

—¡Claro que os gusta! —contradijo Reisman—. Os encanta. ¿Sabes cómo os llaman los guardianes?

—La Docena Inmunda…, ¿y qué? —dijo Napoleón—. Y sabe

perfectamente que no somos más que una pandilla de gamberros con piedras y palos. De hecho, nos gusta que nos llamen así.

—Claro que os gusta. Es lo que té estoy diciendo. Formáis la nueva élite del ejército —dijo Reisman, burlón.

—Entonces, ¿cuándo dejamos esa especie de historia de *boy-scouts*, nos va usted a informar y meternos de lleno en el mismo asunto? —preguntó Napoleón.

Reisman se puso en pie y comenzó a pasear por la habitación.

—Puede que muy pronto…, o puede que nunca —murmuró—. Debes comprenderlo. Fuiste oficial encargado de planes y de entrenamiento en tu unidad, ¿no? Te dan una bandada de asesinos convictos, ladrones, golfos y violadores. ¿Cómo convertirlos en soldados disciplinados, teniente? ¿Hasta qué punto confiarías en ellos?

Napoleón levantó la vista. Ante él, el capitán Reisman, inmóvil. Sin embargo, daba una sensación de dinamismo, como si estuviera impulsado por una oculte fuerza. Le llamó la atención la forma en que cambiaba el color de sus ojos.

—Yo le diría el punto en que se puede, capitán —contestó, tratando de eludir problemas que no eran suyos.

—¿Confiarías *ahora*? —preguntó Reisman.

Napoleón aguantó su mirada.

—No —dijo pausadamente, aceptando con honradez el desafío —. Todavía no.

—Cuando crea que sí, dígamelo, señor White —dijo Reisman—. Y empezaremos desde allí.

En la mansión, Margot Strathallan continuaba irritada por el desprecio de que había sido objeto. Se sintió rebajada, degradada, utilizada. Su furor iba en aumento cada vez que evocaba la escena mientras recorría, seguida por el perro lloriqueante, los interminables pasillos y habitaciones. Tenía que hacer algo, algo físico, algo con que combatir la ofensa y a sus autores o se volvería loca.

Se puso el chaquetón y la bufanda, ató la correa al collar del perro, que empezó a hacer cabriolas, y se dirigió a la gran puerta de roble. La noche era serena. El camino de grava y los prados circundantes estaban desiertos. Una neblina fría y pegajosa cubría el suelo. Muy pronto ella y el perro se vieron envueltos por la

niebla, mientras caminaban complacidos hacia la puerta de entrada y la carretera…, donde estaba el poste de teléfono. Lo había visto en uno de sus frenéticos paseos. El cable iba semioculto entre los setos a lo largo de la carretera hasta la entrada de la finca.

De rodillas, tanteó en los arbustos buscando el cable. Junto a ella, la figura de «Sigismund», negra en la oscuridad de la noche, dando vueltas, escarbando, olisqueando, gruñendo. La experiencia de noches y días juntos le permitió captar la acuciante curiosidad del animal, su sorpresa, sus ganas de agradar. Le ofreció el cable:

—¡Cógelo, «Sigismund»! —ordenó—. ¡Muérdelo, rómpelo!

Y las blancas fauces del *doberman* mordieron la línea telefónica, gruñendo de placer ante aquel juego inesperado. Margot tiraba del hilo para mantenerlo tenso. Estuvieron jugando a aquella especie de tira y afloja hasta que «Sigismund» consiguió partirlo.

22

Los presos se lanzaron sobre la cena de Jiménez como fieras hambrientas. Por su parte, los guardianes engullían con evidente placer y no menos evidente falta de decoro. Jiménez aceptaba sonriente con la cabeza los cumplidos. Cuando hubo servido a todos se sentó ante su plato y mostró, con sus lentos y señoriales modales, el desprecio que le inspiraban las burdas actitudes gastronómicas de los demás.

Se instalaron en mesas y sillas, en los catres, en el suelo, mezclados presos y guardianes, conversando animadamente. Sólo dos PM quedaron de vigilancia durante la comida.

Afuera, la noche estaba envuelta por una húmeda neblina procedente del cercano mar, que pronto se transformó en lluvia. En el interior del barracón el capitán John Reisman sintió la atmósfera de camaradería del grupo de presos, que ahora se extendía a los guardianes, y tras saborearla brevemente, se esforzó en recordar que no era más que un espejismo producto de una buena cena. Eructó discretamente volviendo a la realidad. Se puso en pie y se acercó a Luis Jiménez tomándole por los hombros.

—*Muy bien, Luis*. Algún día serás un estupendo marido.

Para Luis el *abrazo* fue como el propio alimento.

—Gracias, mi capitán. Lo haré todos los días, si quiere —dijo en voz baja.

—No es posible —dijo Reisman, sonriendo—. Hay que comer raciones IC y C; si no, nos ablandaremos.

Mientras fregaba cacerolas y sartenes, los ojos y oídos de Samson Posey captaron ávidamente la imagen y los ruidos de una timba de póker que los PM habían organizado en una de las mesas. El capitán dijo que tendrían la noche libre después de la cena hasta el toque de silencio. Samson trabajaba apresurado, con la esperanza

de que le admitieran en la partida. ¡Cuánto tiempo sin una baraja en las manos! Pero se daba cuenta de que no había perdido «dedos» y estaba deseando demostrárselo a los demás, tan superiores a él en todo lo que no fuera fuerza bruta. Demostrar que los ute eran maestros jugando a las cartas. Y maquinaba también practicar con aquellos hombres alguno de los trucos que Billy «Tres Piernas» le enseñara.

Acabó de fregar y se aproximó a la timba. Jugaban más ruidosamente de lo que él estaba acostumbrado. Reían, bromeaban, discutían, llenando la atmósfera con el humo de los cigarrillos y jugaban con bastante torpeza. Pero en el ejército siempre había visto jugar de aquella forma. Tampoco el dinero que manejaban le era familiar. Dinero de aquel país; pero él no había vivido allí lo suficiente para conocer su valor. Si le permitían jugar, aquello le pondría en desventaja. Súbitamente recordó que no tenía dinero ni nada de valor. ¿Cómo iba a poder jugar? Envuelto en una ola de inquietante nostalgia, se apartó de la mesa buscando hacer algo para distraerse. Algunos hombres escribían cartas con lápiz y papeles que Reisman les acababa de entregar. Samson lamentaba no saber escribir lo suficiente para mandar una carta a Eva…, algo para su hijo, quien seguramente aprendería a leer y escribir. Sin embargo, ¿para qué contarles su vergüenza? Mejor callar. Miró a los demás. Napoleón el Negro… Búfalos Negros, como les llamaban sus antecesores por la fiereza de sus cargas de caballería en la guerra de los blancos contra los indios… Napoleón estaba apoyado contra la pared leyendo libros. Había sido oficial —Samson lo sabía—, hasta que en un arrebato de ira degolló a un hombre blanco. Era una persona muy culta y diestra, muy diferente a él. Sólo tenían en común la angustia y el aislamiento de la incontrolable furia del asesinato. Por esto y por otras muchas razones, Samson le admiraba y se sentía cercano a él. El asustadizo Myron, un cruce de conejo y coyote, se acercó a Napoleón y le habló. White le ofreció dos libros y Myron se sentó a leerlos. Samson se prometió a sí mismo que algún día pediría a Napoleón que le enseñara a leer. A cambio, quizá le enseñase a jugar a las cartas. Volvió hacia la partida de póker.

Reisman salió de su cuarto y llamó al sargento Morgan.

—¿Juega al ajedrez, sargento?

—No, señor.

—Qué pena —dijo Reisman, decepcionado—. ¿Y a las damas?

—He jugado poco, pero creo que me acuerdo.

—Magnífico —dijo Reisman, entregándole la caja y el tablero—. Encuentre un preso para que juegue con usted.

Morgan tomó el juego y recorrió con la mirada el barracón. Estaba molesto. Hubiera preferido librarse de cosas así. Se fijó en Franko, que fumaba tendido indolente en un catre, como si el mundo no le importara. Se acercó a él.

—Tú.

Franko se levantó de un brinco, sorprendido.

—¿Sabes jugar a las damas? —pregunto Morgan.

—No muy bien.

—Vale —dijo Morgan, despreciativo—. Hazme sitio. Se sentaron en el catre con el tablero entre ambos. Morgan miró a su alrededor y vio que nadie les prestaba atención. Todos estaban absortos en sus juegos.

—Si ganas, puedes colgarme —dijo con risa maligna. Franko era incapaz de mirarle a los ojos. La proximidad del verdugo le hacía temblar. Se esforzaba por dar firmeza a sus gestos. Pero jugó mal y perdió, como esperaba.

Reisman se escurrió entre los hombres qué estaban alrededor de la mesa de *póker*. Llevaba la segunda baraja y el ajedrez. Esperaba haber jugado al ajedrez con Napoleón White, pero al verlo absorto en la lectura, decidió no molestarle.

—¿Alguien quiere jugar al ajedrez? —preguntó. Nadie aceptó. Sacó la baraja del bolsillo.

—¿Y si formamos otra mesa de póker? —sugirió.

Los hombres se volvieron hacia él animados. En primera fila, Samson Posey, excitado, levantaba la mano.

—¿Sabes jugar, Posey? —preguntó Reisman con extrañeza.

—Sí, mi capitán, pero no tengo dinero.

—No lo necesitas —dijo Reisman. Dejó la baraja en otra mesa—. Hay sitio para seis, incluyéndome a mí. En seguida vuelvo.

Regresó de Ja oficina con una caja metálica que contenía munición del calibre 30. Posey, Maggot, Gilpin, Sawyer y Pinkley, sentados, le aguardaban con impaciencia.

—Esto es mejor que dinero —les dijo Reisman, vertiendo el

contenido de la caja en la mesa—. Así nos hará pensar en nuestra misión… Seiscientas balas… Valen a dólar cada una. Sawyer, reparte cien en cada jugador. Cuando acabe la partida más vale que estén las seiscientas balas aquí en la caja.

Reisman se sentó en el centro del banco entre Gilpin y Sawyer. Enfrente tenía a Vernon Pinkley, con Posey a la derecha y Maggot a la izquierda. Reisman barajó las cartas una vez y las dejó sobre la mesa frente al indio.

—A ver, ¿quién da? Sus pupilas se dilataron de asombro al ver a Posey apoderarse rápido de las cartas y barajarlas como un profesional, con hábiles dedos, contra la mesa. Las colocó frente a Pinkley y ordenó:

—Corta.

Luego tomó el montón con sus enormes manos, clavó sus ojos fríos en cada jugador y fue diciendo:

—Apertura a un dólar —puso una de sus balas en el centro de la mesa—. Se puede abrir con jotas o más…, comodín loco…, límite de tres dólares…, tres subidas… ¿O, K.?

Conforme hablaba, las cartas brotaban veloces de entre sus dedos, y con una trayectoria suave e impecable iban amontonándose frente a cada jugador.

Se alternaron manos de cinco cartas, de siete y algunas *de blackjack*. Alguno sugirió modalidades más complicadas que los demás no aceptaron. Solían acudir a Reisman para que dijera la última palabra: «Dejémoslo sencillo». Reisman era un jugador más que mediano. Tenía en su haber miles de partidas en cubierta, en los muelles y contribuyó modestamente a las más populares timbas de todos los mares. No obstante, nada podía frente a la magistral habilidad de Samson Posey. Era obvio que no se trataba de suerte, pues manejaba las cartas demasiado bien y apostaba de manera juiciosa, consciente de cada jugada. Al cabo de una hora, Samson iba ganando. Le seguían Maggot y el capitán en tercera posición.

Eran unos aficionados gilipollas. Él, Archer Maggot, no estaba dispuesto a quedarse en segundo lugar en una ocupación que se figuraba dominar mejor que aquellos pardillos. Cuando empezó la partida imaginó que al poco rato tendría ante sí las seiscientas balas. Les enseñaría quién demonios era el número uno de aquello. Les obligaría a respetarle, incluyendo al capitán, que, para empezar,

no tenía por qué haberse puesto a jugar con ellos, si es que era tan estricto en el reglamento. Lo que más le fastidiaba era ser vencido por aquel indio estúpido. La arrolladora racha de suerte de Posey le enfureció. Pero él sabía cómo arreglar aquello.

Una monótona serie de manos en que no le interesaba lo más mínimo apostar, y que le hicieron perder sus balas de apertura, y algunas de farol, convencieron a Maggot de que tenía que hacer «su jugada».

En una mano de cinco cartas se encontró mirando fijamente el as de pie. Era la única carta que valía algo. Cuando no le vino nada en el descarte camufló el as en su mano izquierda, cubriendo el movimiento con una ligera inclinación del cuerpo y su mano derecha extendida para echar su descarte en el montón central. Dos manos más tarde, cuando le tocó dar, ya tenía el as escondido en la rodilla izquierda. Pidió juego de siete cartas. Convencido de que iba a perder, entró en las apuestas, sin embargo, para poder coger las tres cartas que necesitaba. No ligó, pero le vino un as de corazones y un diez de pie.

Maggot lo escondió en la mano despacio cuando comenzó la última vuelta de apuestas. Había que tomar una decisión rápida; o ir a ases —que era más expuesto, ya, que si no salían ocasionalmente en el juego, podía echarlos en falta— o ir a la escalera de color, que le llevaría más tiempo, incluso tal vez no la ligara, pero parecería más legal si la jugaba bien. Escondió el diez en la palma de la mano, ocultándolo después en su rodilla, y se descartó del as de corazón. Iba a por escalera real cubierta en ambos extremos. Cada vez que le tocaba dar sugería juego de siete cartas para tener mayores posibilidades de ir completando la escalera. Ganó algo, perdió algo, quedándose más o menos a la par.

Por último, después de varios juegos, lo único que le faltaba por completar de la escalera era el rey. Nunca le venía. Lo vio en tres ocasiones, en las manos de los otros, cuando tiraban torpemente las cartas al montón después de un juego. Lo veía perderse en el montón, hasta que, finalmente, cayó cerca de él y, con el pretexto de acercar las cartas desparramadas al centro de la mesa, lo robó. Le tocaba dar.

—Juego de cinco cartas —anunció despacio, mientras repartía como un experto. Miró a los jugadores desafiante, especialmente al

capitán—. ¿Qué tal si jugamos sin límite de apuesta para variar, capitán? Así hay vencedores y vencidos y se distinguen los tíos de verdad de los chavales.

—Juego —dijo Reisman—. De todas formas se está haciendo tarde y tendremos que dejarlo pronto. ¿Qué os parece a vosotros?

Asintieron. Todos estaban muy serios —cara de póker—, aunque, afortunadamente, no pesaba aquella noche sobre el campamento la espantosa y depresiva aura de muerte.

—¿De acuerdo? Se puede subir hasta igualar lo que hay en la banca, ¿entendido, Posey? —dijo Reisman.

—Humm —respondió Samson con el gruñido que se supone debe emplear un indio.

Maggot dio. Sawyer quiso abrir, pero preguntó:

—No tengo que igualar a la banca, ¿verdad?

En el centro de la mesa sólo había las seis balas de abrir juego.

—No —dijo Maggot—. Puedes abrir con una, dos, tres o toda la banca. Según te convenga. Si «llevas» puedes apostar.

Sawyer empujó una bala hacia el centro de la mesa. Maggot se imaginó que Sawyer llevaba una jota. Dudó pensando que quizá debió haber trucado la baraja para hacer que cogieran algo de juego y apostaran alto.

El capitán abrió también. Una pareja alta, pensó Maggot. Gilpin igualó y puso tres más. Pareja alta o proyecto de *full*, pensó Maggot. Cuando vio que el indio igualaba la apuesta y la doblaba hasta el límite de la banca con un rostro impasible que no le dijo nada, Maggot se sintió a punto de estallar. La sangre le hervía. La banca alcanzaba ya treinta y dos balas. Maggot pensó que Posey llevaba dobles altas o trío de reinas, reyes o ases. Hablaba Pinkley:

—Demasiado para mí —dijo tirando las cartas.

Maggot contó decidido las balas.

—Vamos a ver… Me va a costar veinte ir a este juego…, y voy a subir el pote otras tantas…

—Hay cincuenta y dos ahora, señor… —dijo Reisman, imitando el acento sureño de Maggot—. Así que lo que has dicho te va a costar setenta y dos piezas de plomo.

Maggot sonrió. Una carcajada ronca, estruendosa, que convirtió su cara seca y ceñuda en algo casi agradable.

—¡Las tengo, señor capitán, las tengo! —gritó, contando con

excitación sus balas—. Y ahora, ¡separemos a los tíos de los chavales!

Había en la banca ciento cuatro balas. Sawyer miraba perplejo cómo había aumentado desde que hiciera su pobre apertura de una bala. Seguir en juego le costaría setenta y una más. No le quedaban tantas, pero llevaba una jugada de as, rey y comodín y se sentía en racha.

—¿Puedo jugar? —preguntó.

—¿Cómo puedes responder, si pierdes? —dijo Reisman.

Sawyer tiró sus cartas encogiéndose de hombros.

—Me ahorraré mi dinero —dijo.

Reisman contó setenta y una balas de su montón.

—Voy —dijo, lacónico.

—¿Qué pasa, capitán, no sube? —dijo Maggot.

Reisman le miró, sonriendo.

—Después del descarte —prometió.

Gilpin tiró sus cartas mascullando un «me cago en…». Posey añadió cincuenta y dos balas para igualar la apuesta de Maggot.

—¿Tampoco tú subes, Gran Jefe? —dijo Maggot, desafiante.

Samson estaba silencioso, con sus cartas en un correcto montón ante él, tapándolas con la mano y la otra apoyada levemente en la mesa. Aunque excitado, su rostro continuaba impasible. No le cabía en la cabeza cómo se podían decir bobadas en un momento como aquél.

Maggot cogió la baraja.

—¿Cuántas, capitán?

—Una.

Maggot no pudo contener su asombro. Sería puñetera casualidad que el capitán fuera a por una escalera real de verdad. Le sirvió, escrutando ansiosamente el rostro del capitán, en el que no pudo leer absolutamente nada. Tal vez la apuesta le diera un indicio. Pero si empataban tendrían que repartir. Se volvió hacia el indio.

—¿Cuántas, Gran Jefe?

Samson mantuvo su mano sobre el perfecto montón de cartas. Ni siquiera se dignó mirar a Maggot.

—Ninguna.

El corazón de Archer se paralizó un segundo. Los mirones contenían la respiración. Murmullos de perplejidad. ¿Qué mierda de

jugada llevaba el indio?, pensaba Maggot. ¿Buena? ¡Un cuerno! Nadie podía llevar buena» cartas, suficientes para ganar lo que él tenía escondido en su rodilla izquierda. Inició la maniobra removiéndose en el banco y echando una espesa nube de humo con el cigarrillo que colgaba de sus labios.

—Yo cojo una —murmuró.

Cuidadosamente, para que todos le vieran, dejó una carta en el montón de descartes, tomando otra del mazo de servir.

Las abrió en abanico para que apreciaran bien, las cerró y las guardó descuidadamente en su mano izquierda. Le sorprendió ver que había ligado un *full* de sietes y treses, aunque, desde luego, no iba a jugar con eso.

—Usted habla, capitán —dijo lentamente.

—Hay doscientas veintisiete balas en el «pot» —dijo Reismar—. Tú y Posey tenéis algunas más que yo, pero ninguno podemos igualar. Voy a mi resto…, setenta y ocho.

Despacio, con dificultad, Samson contó sus balas para igualar la apuesta. Y mientras todas las miradas se centraban en el indio, Maggot aprovechó los preciosos segundos para cambiar las cartas de su mano por las que tenía ocultas, en la rodilla izquierda. Se removió nervioso, lanzando una nueva nube de humo.

Samson igualó la apuesta del capitán y después contó las balas que le quedaban, amontonándolas aparte del «pot».

—Subo cincuenta —dijo.

—No puedo igualarte, Gran Jefe —respondió Maggot—. ¿Me prestas?

Samson señaló el montón de cincuentas balas y preguntó:

—¿Cuántas tienes, muchacho?

—Setenta y ocho para igualar la apuesta del capitán —la empujó hacia la banca—. Y veinticinco para la mitad de tu apuesta —las empujó hacia el montón de Posey—, y me quedo arruinado.

Samson apartó de su montón las veinticinco que le faltaban a Maggot y se las pasó. Hablaba el capitán. Samson se sintió incómodo al ver que Reisman no podía igualar ninguna de las dos apuestas. Le hubiera gustado prestarle las balas, pero sabía que no estaría bien.

—Estoy arruinado —dijo Reisman tranquilo—. Sólo juego por el «pot».

—Muy bien, Gran Jefe —dijo Maggot entre dientes, con uña risita ahogada—. ¡Tú has subido! ¡Yo las veo!

Samson, con cara inexpresiva, desplegó sus cartas ante él. Los que habían dejado el juego lanzaron sordos juramentos.

—¡Cómo, pero si no llevas nada, no llevas más que un as y basura! —dijo Maggot, perplejo—. ¡Ibas de farol!

—¿Tú qué tienes? —dijo Samson.

—¡Esto, esto es lo que tengo! —atajó Maggot, exhibiendo su juego, rabioso por haber trabajado tanto para llevarse con trampas una mano que pudo haber ganado honradamente.

—¡Qué cabrón; una escalera real! —exclamó Pinkley. Sawyer y Gilpin permanecían con los ojos desorbitados, felices de haberse salido del juego.

Samson miró las cartas para comprobar la jugada, luego levantó los I ojos hacia el capitán.

—¿Su juego, señor? —preguntó Maggot con una gentileza burlesca que ocultaba la expresión exultante de su rostro.

—Tres seises —dijo Reisman—. Nada más. Tú ganas. Maggot.

El grito sureño de triunfo de Archer resonó en el barracón.

—¡Dios, Dios, Dios! ¡Ya no necesito más que un rifle y me cargo a todo ese jodido ejército yanqui!

Samson Posey bostezó ruidosamente. Al mismo tiempo se estiró con tanta energía que su brazo izquierdo, por detrás de Pinkley, llegó hasta la espalda de Maggot. Tensando los músculos de sus piernas, Samson hizo bascular el banco de un golpe seco en forma aparentemente accidental… Rodaron por el suelo Pinkley, Maggot, las balas del calibre 30 y las cartas que el tahúr ocultaba en su rodilla izquierda, tal y como Samson se había figurado.

Se levantó del suelo agarrando a Maggot con una mano y las cartas escamoteadas en la otra.

—¡Haces trampa! —vociferó.

Los PM y los presos se acercaban a ellos.

—¡Dejadlo, se lo merece! —gritó Reisman.

Maggot vaciló un solo instante al verse descubierto, sin temer ya la gigantesca envergadura del indio. El entrenamiento con Reisman había complementado sus conocimientos de lucha. Su rodilla izquierda golpeó a Posey en el bajo vientre y sintió cómo el indio le soltaba con un agudo grito de dolor.

—¡Trampas! —gritó, dando un golpe de judo en la mandíbula de Posey—. ¡Se cree el ladrón que todos son de su condición!

Samson cayó contra la mesa derribándola. Oyó la acusación de Maggot, y la ira ante aquella semiverdad le puso furioso. Intentó incorporarse, pero resbaló en los cientos de proyectiles que rodaban por el suelo. Consiguió recuperar el equilibrio. Entre el tropel de caras expectantes distinguió el rostro de Maggot y se lanzó contra el tramposo con los brazos extendidos, olvidando que ya había matado así una vez, olvidando todo lo que Reisman le enseñara sobre lucha.

Maggot agarró al indio por la muñeca, giró, metió la cadera en su estómago y le volteó. El cuerpo de Samson al caer sobre el piso de tablas hizo estremecer el barracón. Se incorporó rápido, justo en el momento en que Maggot, olvidando momentáneamente sus lecciones en su precipitación por acabar con él, cargaba contra el indio con toda su fuerza.

Chocaron los cuerpos ciegamente, derribando mesas, bancos y catres, cayendo al suelo separados.

Samson se incorporó como electrizado ante los gritos de los demás.

—¡Vamos, Gran Jefe, dale, dale!

Le animaban con los ojos brillantes de excitación, estaban de su parte. Se sintió feliz ante aquellos blancos que le apoyaban en contra de uno de los suyos.

Maggot describía círculos en torno a él, ceñudo, con el brazo izquierdo extendido y el derecho plegado para parar los golpes. Samson recordó sus lecciones. Tomó postura, avanzó lentamente, simuló un golpe con la izquierda y conforme el brazo del tramposo intentaba pararlo, Samson le sacudió en el vientre con la derecha. Una fracción de segundo después lanzó a Maggot como un muñeco por el barracón de un potente izquierdazo. Los hombres rugían de placer. Reisman se interpuso.

—¡Deteneos! —ordenó.

Se mantuvieron separados a la expectativa, amenazadores. Conscientes de que ahora sabían lo que se hacían.

—¡Bowren, vaya a la puerta y ponga un vigilante en la del recinto! —ordenó Reisman—. ¡Morgan, coja un PM y empiece a recoger las balas! Hay seiscientas calibre 30 rodando por el suelo, quiero que las cuente una por una —se volvió hacia Maggot—.

¿Deseas seguir el baile?

—¡Exacto, capitán! —escupió Maggot—. ¡Quítese de en medio!

—¿Posey?

—Sí, lucho, enseñaré no hacer más trampas.

—¡Abra la puerta, cabo! —ordenó Reisman—. Seguiremos fuera para que no destrocéis el barracón. Id saliendo de uno en uno. Bowren, cachéelos a ver si llevan munición.

Bajo la lluvia, entre el barro, con los guardianes y los presos jaleándolos, Reisman enfrentó a Posey y Maggot. Les dio dos *rounds* de tres minutos. Lucharon de forma salvaje, hasta romperse los huesos, revolcándose en el fango. Una lucha igualada que divertía más a los espectadores que a los contendientes. Finalmente les obligó a darse la mano.

—Te enseñaré póker sin trampa —ofreció Samson, magnánimo, sorprendido al ver que se le había pasado el enfado, quemado en la violencia de la pelea—. Yo hago trampa mejor —añadió orgulloso —. A ti se te huele.

Maggot soltó la mano del indio.

—¡Y un huevo! —masculló.

Todos soltaron una carcajada relajando la tensión, la violencia y el deseo de sangre que existían momentos antes, que bajo la superficie de cada uno de ellos existía siempre, dispuesto a sublimarse, a desviarse, a destruir.

Reisman se dijo que era un buen momento para acabar el día.

—¡Caballeros, basta por esta noche! ¡A la piltra! —les ordenó.

Los tumos de guardia ya estaban hechos, y Reisman se instaló en el tejado del barracón dominando el campamento tras el toque de silencio. Meditaba si los tipos como Maggot podrían mejorar, alcanzar al menos lo que entre ladrones se considera honor. Había sido una noche muy animada. Pensó que Kinder la habría denominado «terapéutica».

El martes por la mañana, después de tres días de ejercicio con el armamento, estudiando piezas, características, nomenclatura y forma de montarlas y desmontarlas, Reisman sometió a los presos a la prueba de los ojos vendados. No esperaba que tuvieran que hacerlo así en pleno combate, en la oscuridad de la noche, pero era un ejercicio para obligarles a superarse, forzándoles al máximo cuerpo y cerebro. En esta prueba concreta, incluso su sentido del

tacto y habilidad manual. Aún más, era un ejercicio para obligarles a aceptar la rutina militar por números, como quiere el ejército. Para agravar las cosas, Reisman dificultó el ejercicio empleando un truco.

Los presos estaban en el recinto del campamento, sentados en fila sobre las lonas de las tiendas desplegadas a modo de alfombras. A la izquierda tenían los rifles, a la derecha las pistolas del «45». Había que colocar las piezas en orden sobre la lona. Cuando les vendaron los ojos, Reisman dio la señal para que empezaran a montar las dos armas a toda velocidad. Conforme lo hacían, fue rápidamente de uno a otro —sus movimientos apagados por el ruido de las piezas—, mezclando elementos de la pistola con los del rifle o viceversa. Cuando todos desmontaron sus armas, les dio orden de montarlas. A los pocos instantes comenzaron los juramentos, los gritos de angustia y confusión. Dedos ciegos palpando en busca de piezas sobre la lona.

—¡Venga, venga! —gritó Reisman—. ¡Que pasa el tiempo! ¿Qué diablos os sucede, muchachos?

A algunos les entró el pánico y no daban pie con bola. Ken Sawyer, más experimentado, fue el primero en hacerlo correctamente.

—Acabé, mi capitán —dijo, levantando la mano.

Reisman comprobó sus armas.

—Buen trabajo, Sawyer. Puedes quitarte la venda y reírte de estos torpes, pero no digas una palabra.

Napoleón fue el siguiente en advertirlo. Le dolió pensar que Reisman se rebajara empleando semejante truco. Empezó a hablar, tanto para prevenir a los demás, como para hacer saber a Reisman que se había enterado.

—Así es que eso es lo que hizo. Ha mez…

—¡Cierra el pico, White! —atajó Reisman—. ¡Esto no es una tertulia! ¡Dime sólo cuándo has acabado!

Napoleón volvió a trabajar. Concluyó el montaje de las dos armas y estaba a punto de decirlo, cuando Archer Maggot se le adelantó con un estentóreo:

—¡Eh, capitán!

Reisman comprobó las armas de Maggot.

—Bien, muñeco —dijo satisfecho—. Cada día eres más listo.

—¡Exacto, capitán! —contestó Maggot, orgulloso—. He aprendido mis lecciones muy bien. Le va a costar trabajo liarme. Desde que era un crío he disparado, contra los renacuajos, desde luego. ¿Cuándo nos va a dar munición y nos va a dejar tirar?

—Cuando dejes de hacer trampas al póker.

Reisman comprobó las armas de Napoleón, Lever y Gilpin. El resto no descubrió la trampa hasta que les quitó las vendas y vieron las piezas mezcladas. Empezaron a refunfuñar por lo sucio de la jugarreta, hasta que impuso silencio.

—¡Recordad siempre esto! —dijo—. Los del otro lado del Canal no os van a poner las cosas bajo la nariz bien ordenadas y limpias. ¡Pensad, jodíos, pensad! Un día de éstos, cuando vuestra vida esté en juego, os vais a encontrar con un río, una montaña o una división alemana de sopetón… O con una rata a quien creáis un amigo. ¡Usad el cerebro! ¡No aceptéis las cosas como creáis que son o como os hayan dicho! Sumad dos y dos, y si sale cinco en vez de cuatro, averiguad el porqué y corregidlo. ¡Pensad!

Reisman volvió a vendarles los ojos para que repitieran el ejercicio, esta vez sin cambiar las piezas, aunque lo esperaban desconfiados. Cuando demostraron conocer a la perfección el manejo de la pistola y rifle, les recogió las armas, entregándoles la ametralladora M-3, que tenía almacenada en la armería del barracón.

Morgan, Bowren y los PM, incluso Reisman, contemplaron, ligeramente asombrados, a la Inmunda Docena. Con los ojos desorbitados, felices, manoseaban las mismas armas asesinas, feas, dé cañón chato, que ellos utilizaban. Aquellas M-3 capaces de escupir en segundos plomo suficiente para partir a un hombre en dos.

A primera hora de la tarde del martes, el cabo Bowren regresó del almacén de Intendencia con provisiones, correo para guardianes y presos y un abultado sobre de papel manila perfectamente lacrado para el capitán, con remite de Stuart Kinder. Aquella misma mañana el sobre fue entregado en el almacén de Intendencia por un motorista.

Reisman acabó de leer uno de los mensajes de Kinder, cogió el teléfono y escuchó unos instantes.

—¡Maldita sea!… Parece estropeado.

Bowren, en el catre, hacía las listas de entrega del correo —destinatario, origen—, en un cuaderno que Reisman le entregara a tal fin. Levantó la cabeza.

—¿Qué sucede, señor? —No hay línea.

El mensaje de Kinder informaba que había estado intentando telefonear endomingo por la noche y todo el lunes sin conseguirlo, y que esperaba la aprobación de Reisman para enviar una unidad de comunicaciones.

—Mejor será que siga el cable a lo largo de la carretera a ver qué encuentra, Clyde —dijo Reisman—. Llévese a uno de los hombres. A Gilpin, por ejemplo, puede ser útil. Probablemente sabe más que nadie de eso. Déjele que él busque y haga el trabajo si es que encuentra algo y sabe hacerlo. Usted sólo échele un ojo.

—Sí, mi capitán —dijo Bowren.

Acabó de anotar el correo y se levantó dirigiéndose al recinto donde el sargento Morgan y los PM vigilaban —con bastante aprensión— a los presos, que hacían prácticas en la posición de apunten con sus metralletas.

Reisman abrió otro de los sobres que venían en el interior del grande. Era una nota personal de Kinder, una orden oficial y un par de galones de sargento. Los ojos de Reisman se animaron.

—¡Eh! Un momento —dijo a Bowren—. Aquí hay algo para usted, sargento.

Bowren, ya en el umbral, volvió la cabeza.

—¿Llamaba usted al sargento, señor?

—El sargento es usted —dijo Reisman, entusiasmado, levantándose y mostrando la orden a multicopista—. El Tío Sam ha decidido darle una subida de sueldo y graduación.

—Vaya, ¡demonios! —dijo Bowren despacio, acercándose a Reisman.

Cogió la orden y la leyó intentando hacerse a la idea. Asentía con la cabeza lentamente, mientras recorría las líneas. Miró a Reisman.

—¡Muchas gracias, mi capitán! —dijo con sencillez.

Reisman le entregó el par de galones.

—Regalo del capitán Kinder con su enhorabuena.

Bowren guardó los galones en el bolsillo.

—¿Tiene aguja e hilo? —preguntó guasón.

—Más tarde, señor —dijo Bowren—. Antes tengo que acostumbrarme a la idea. Mejor será que vaya a ver ese cable.

Bowren y Gilpin estaban de vuelta en menos de media hora. Bowren habló aparte con el capitán.

—Más vale que venga con nosotros a echar una ojeada, señor.

—¿Qué encontraron?

—Hay un corte, desde luego…, al otro lado del muro, junto a la carretera. Gilpin dice que lo puede unir y dejarlo como nuevo si llevamos herramientas y cinta aislante.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Que a mí no me parece un accidente, y estoy seguro de que no se trata de un desgaste de material.

Reisman les acompañó. En la carretera, junto al seto, vio el cable.

A su lado, Gilpin señalaba con el dedo.

—Yo diría que fue un bicho —sugirió—. Mire usted el aislante. Parece mordido… Como si lo hubieran mordido y arrancado. Si hay mapaches o coyotes por aquí, no me extrañaría nada. Incluso un conejo grande o un venado podrían hacerlo.

En el cerebro de Reisman las frases de Gilpin sugirieron otra idea. Miró hacia la mansión, oculta entre los árboles, y consideró que era bastante verosímil aquello. Sí, bastante verosímil por extraño que pareciese.

—No…, no hay coyotes, Gilpin. Tal vez una perra asustada.

Reisman pudo comunicar con Londres y hablar finalmente con Stuart Kinder.

—Estaba rota la línea, Stu —explicó— *Ersatz*[46] de guerra, me imagino, o alguna chapuza de tos que lo instalaron. Ya está arreglado. ¿Para qué querías llamarme?

—El ascenso de Bowren…, y por saber cómo iban las cosas.

—¡Oh! —dijo Reisman, sarcástico y decepcionado al mismo tiempo—. Esperaba que los grandes cerebros hubieran decidido ya en qué vamos a emplear a nuestros matones.

—No. Aún no —respondió Kinder—. De todas formas, todavía no están preparados, ¿no es cierto?

—No. Aún no —respondió Kinder—. De todas formas, todavía no estupendamente. Voy a ponerles al tiro, y creo que para el sábado podré dejarles solos y ver hacia dónde sueltan el plomo.

—Quiero estar allí para presenciarlo, John —dijo Kinder—. En realidad, tengo que ir un día o dos antes…, para comprobar si están en buena disposición mental…, información, educación y motivación.

—Me alegrará verte. No olvides el casco y el chaleco acorazado.

—No bromees, John. ¿No pensarás en serio que van a ir tan mal las cosas…?

—En realidad, no…, pero ¿quién sabe? ¿Alguna cosa más?

—Si, ayer vino un tipo muy raro preguntando por ti. Se presentó un poco después de haber sellado tu sobre, cuando estaba a punto de mandártelo. Por eso no te lo escribí —explicó Kinder—. Parece ser que estuvo en Baker Street y que el mayor Armbruster me lo envió… Le dije que podría ponerle en contacto contigo. —¿Quién era?

—Un detective del CID llamado Osterman.

Reisman se sobresaltó. A pesar de la carta de su padre, no le esperaba. Al oír aquel nombre tan familiar, que conjuraba en un segundo todo el lastimoso suceso de catorce años atrás…, al saber que Osterman había venido a entrometerse en esta vida nueva, distante y diferente, para verle…, su corazón latió más aprisa.

—León Osterman —continuó Kinder—. Se identificó como agente del 7º CID. Tengo aquí su número: 840. —¿Le dijiste dónde estaba?

—No. Claro que no. Le dije que me pondría en contacto contigo y te daría su dirección. ¿Le conoces, John?

—Sí, sí, le conozco —afirmó Reisman—. Has hecho bien.

Y al contestar advirtió que, en realidad, no *conocía* a León Osterman… y Kinder no había hecho bien. No estaba seguro de que le apeteciese verle en aquellos momentos…, desenterrar viejos recuerdos que estaban mejor así. Pensó que ni siquiera sabía si aquel hombre le agradaba o no. Existe un impulso que nos obliga a odiar a quien nos hizo un favor que no podemos pagar. Sin embargo, apuntó la dirección de Londres y el teléfono que Kinder le indicaba, prometiéndose enviar al menos una nota para comunicarle que le habían dado su recado.

Cambió de tema rápidamente.

—Oye…, ya que vienes, ¿podrías buscar unas cosas para los hombres y traértelas?

—Encantado.

—Tengo el lápiz dispuesto: ve diciendo.

Reisman le pidió algunos juegos, equipo de atletismo, los últimos números de «Barras y Estrellas» y «Yank» y cualquier periódico o revista que pudiera conseguir por medio de los distintos servicios u organizaciones que se dedicaban a eso.

—Algo más —añadió—. Y probablemente estás más al tanto que yo. Quisiera que Samson Posey aprendiera a leer y a escribir. ¿Me puedes encontrar una cartilla o un libro fácil?

—Por supuesto, John —dijo Kinder con entusiasmo—. El Departamento de Guerra acaba de publicar unos manuales básicos para lectura, escritura y aritmética. Exactamente lo que tú necesitas. Dibujos, grabados, problemas sencillos, cuestiones sobre la vida militar. Los pediré inmediatamente. ¡Es una idea magnífica! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?…

—Bueno, estoy seguro que lo hubieras pensado, Stu —dijo Reisman, Con una diplomacia poco habitual en él—. Lo que ocurre es que yo estoy más cerca de los hombres. Posey no es tonto ni mucho menos. En realidad, es muy inteligente. Pero se mueve en un mundo que apenas comprende, y creo que es una forma de ayudarle y ayudarnos nosotros a un mismo tiempo.

Reisman deseaba colgar el teléfono y reunirse con los hombres, pero había otra cosa que quería que Kinder trajera, aunque sin prisas.

—¿Qué tal vas con el asunto Myron Odell? Recuerdas lo que hablamos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —dijo Kinder—. Esperaba decírtelo personalmente.

Kinder parecía ocultarle algo y eso puso a Reisman más ansioso.

—¿Por qué no me lo resumes ahora?

—Está bien… He estudiado personalmente este caso… y los de otros como me pediste —dijo Kinder—. El análisis completo de los *tests* no añade nada a lo que ya te indiqué. También lo he discutido con otros colegas míos. Por supuesto, discretamente, sin revelar el nombre ni las circunstancias. Para evitar sospechas se lo expuse como un ejemplo… un conglomerado imaginario para un estudio mío.

—¿Y qué pensaron de las probabilidades de inocencia de ese

Frankenstein?

—Escasas. Todos coincidieron en que, en la situación específica que yo expuse, el señor X era perfectamente capaz de cometer un acto criminal —dijo Kinder—. Puse como ejemplo las circunstancias reales del caso Odell…, el pasado y situación sicológica del individuo, lo que recordaba de sus encuentros con la víctima antes de la noche de autos y lo que relató en el juicio, hasta el momento en que dice no recordar más. Pero no les dije lo que ocurrió realmente. Les expuse una situación falsa. A pesar de ello, todos estuvieron de acuerdo en que el señor X era capaz de cometer el estupro-crimen. Y eso, por supuesto, confirma la sentencia del tribunal, basada en las pruebas circunstanciales que tenían…, más que en los delirios de inocencia que Odell repite a todo el mundo, incluso a sí mismo.

—Pero ¿no hubo, entonces, razones para alegar deficiencia mental? —arguyó Reisman.

—No, según la definición legal —replicó Kinder—. Todo lo que el fiscal hubiera tenido que probar para demostrar que estaba legalmente sano, era que cumplió su trabajo satisfactoriamente…, como de hecho ocurrió… y que distinguía entre bueno y malo…, de lo que es perfectamente capaz. Su oficial defensor ni siquiera lo utilizó en el juicio.

—¡Oficial defensor!… ¡Una mierda! —cortó Reisman—. Seguramente era empleado de seguros o maestro de escuela en la vida civil…

—No en un caso tan serio como éste —replicó Kinder—. Es cierto que cualquier oficial puede actuar como abogado defensor en un juicio militar, pero actualmente el ejército cuenta con muy buenos abogados que se encargan de los casos importantes actuando de defensores o fiscales. Admito que, probablemente están cansados y abrumados de trabajo y no tienen tantas posibilidades de preparar sus actuaciones como en la vida civil, pero estoy seguro de que Odell y el resto de tus hombres tuvieron la mejor ayuda legal a su disposición.

Reisman se encontró, incomprensiblemente, defendiendo a Odell con tanta energía como si Kinder fuera el fiscal.

—Pero ¿y si las pruebas circunstanciales y físicas estaban equivocadas? —insistió.

—Me temo que reabrir su caso… o el de cualquiera de los otros…, no sea posible desde un punto de vista legal o de investigación —replicó Kinder.

—¿Por qué no? Creí que habías prometido enterarte en secreto. Estás en buena posición para poder hacerlo.

—Lo intenté —dijo Kinder—. Pero no es el tipo de asunto que puede llevarse en secreto, John, a menos que me ocupara del asunto legalmente yo mismo, lo que me sacaría de mis atribuciones, sin contar el tiempo que me llevaría. Me puse en contacto con personal del Departamento jurídico, la Policía Militar y el CID…, y me informaron que era muy difícil de hacer sin revelar los motivos.

—¿Entonces?

—Estamos atascados, John —dijo Kinder con voz que sonaba reacia a proseguir aquella conversación—. Pese a que opinemos o sintamos personalmente, lo único que podemos hacer por ellos es entrenarlos para las misiones lo mejor que sepamos. No fui yo quien decidió. Tú tampoco. Ni el ejército: fueron ellos mismos.

—¿Qué quieres decir?

—No debemos olvidar —dijo Kinder, amable—, que cuando se presentaron voluntarios para el Proyecto Amnistía renunciaron para siempre a toda revisión, alegato, investigación o nuevo juicio.

Las palabras quedaron en el aire. Reisman advirtió que había olvidado, o pretendido olvidar, aquel aspecto del Proyecto Amnistía. Aunque continuaba sin entender por qué trataba de hallar una solución para Odell, o cualquiera de los otros, o por qué se preocupaba. Lo único que podía decir es que lo hacía, nada más.

;-Bien. Gracias por la molestia, Stu —dijo lentamente—. Agradezco tus esfuerzos. Puede decirse que estamos aquí como en el limbo, y seguiremos así bastante tiempo.

Sólo al colgar comprendió que había usado una palabra poco apropiada. En el limbo no hay más que almas inocentes. Aquello era más bien el purgatorio.

23

El miércoles, ya anochecido, Reisman volvía al campamento con los hombres. Habían estado preparando el campo de tiro y excavando hoyos para colocar los blancos. Aparcado fuera del campamento, encontró un coche oficial. Esperó a que presos y guardianes atravesaran el barracón entrando en el recinto y se dirigió a la oficina dispuesto a encontrarse con Kinder.

—Hola, viejo bala. La puerta estaba abierta, así que entré como si estuviera en mi casa —dijo el hombre, que se había instalado cómodamente en una de las sillas.

Reisman quedó perplejo. Ya no era necesario hacerse una composición de lugar de cuándo y cómo encontraría a Osterman. Allí estaba, vestido con ropas provincianas de *tweed* inglés, las manos cruzadas sobre el estómago y el enorme puro colgando de los labios. Un gesto de satisfacción iluminaba su florido rostro de buey.

—La puerta estaba cerrada… igual que la valla… —dijo Reisman.

—Bueno…, efectivamente, la puerta estaba cerrada —asintió Osterman, encogiéndose de hombros—. Los mejores profesionales del oficio me enseñaron a forzar las puertas.

—¿Cómo diste conmigo? Nadie sabe dónde estoy. —Osterman se levantó de la silla extendiendo el brazo derecho.

—¿Por qué diablos crees que soy el mejor detective de Chicago? Por Cristo, muchacho, tienes tanta cara de cabreado como el comisario en sus peores días. ¿Qué has hecho de tus buenos modales? Primero saluda, luego pregunta.

Reisman le miró estupefacto, incapaz durante un momento de contestar, mientras intentaba coordinar sus sentimientos. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan poco preparado para afrontar una situación. Finalmente una amplia sonrisa cruzó su rostro fatigado. Continuaba sin saber lo que sentía por aquel fantasma

impetuoso, rollizo y sanguíneo que, de repente, surgido del pasado, se materializó ante él. Pero en todo caso, ya no estaba a la defensiva.

—Hola, Sarge, cuánto tiempo sin verte —dijo, estrechándole la mano.

—Mucho, Johnny. Pero me has reconocido después de tantos años —contestó Osterman cordial. Señaló la cabeza y la tripa—. Menos peto, más panza, más gastado, más astuto, pero aún reconoces al viejo Sarge —pasó su brazo amistosamente por los hombros de Reisman—. Tu viejo te manda besos, pero no te los voy a dar yo. Si tienes novia, se los doy a ella y que ella te los dé a ti.

—¿Cómo está? —preguntó Reisman, consiguiendo zafarse de aquella especie de abrazo de oso—. Siéntate —dijo, señalándole la silla que acababa de abandonar y colocándose él mismo en el borde del catre. Se alegró de no haberse hecho acompañar por ninguno de los presos o guardianes.

—Está muy bien, muchacho, muy bien —dijo Osterman arrellanándose en su asiento—. Le vi hace unos dos meses y estaba estupendamente. Sigue con su caballo… ganándose la vida. Su única quejares que no le escribes más a menudo.

Al oír esto, Reisman rió suavemente. Aunque había preguntas más acuciantes que le cruzaban la mente, se limitó a bromear.

—Tuve carta de él hace un mes… Seguramente la primera que recibo de él en toda mi vida. Yo hago algo más que eso.

La figura de Aaron se materializó en la habitación evocada por la presencia del detective.

—Tengo que contestarle pronto —dijo Reisman, sintiéndose culpable.

—Diablos, muchacho, ya sabes cómo son los padres —dijo Osterman—, nunca están contentos por mucho que uno escriba. No son las cartas, es el hijo lo que quieren. Desean que regrese el hijo. Dios sabe cuántos padres hay en estos momentos quejándose de lo mismo…, no creas que es sólo el tuyo.

Miró por el cuarto, tiró el puro apagado en una lata que había encima de la mesa y sacó otro del bolsillo del pecho. Reisman, rechazando el que le ofrecía, encendió un cigarrillo y dio fuego a Osterman.

—Papá me dijo que estabas en el ejército y que fuiste a visitarle

antes de embarcar.

—Sí, le dije que te buscaría —respondió Osterman entre espesas nubes de humo. Lo sacó de la boca, mirando pensativamente la ceniza gris—. Te echa mucho de menos, Johnny, está orgulloso de ti. Habla a toda la vecindad de ti. Me pidió que te dijera que le envíes una foto para que recuerde cómo diablos eres. Ha sido una guerra larga, ¿no es cierto, muchacho? Me dijo que te alistaste en seguida… antes de Pearl Harbor.

Reisman asintió con la cabeza, sin saber qué decir. *Antes de Pearl Harbor*… La frase le sonaba extraña y sin sentido. Los años que él llevaba en la guerra se remontaban mucho más atrás y eran demasiado complejos para ser definidos con la simplicidad patriótica que implicaba aquel *slogan*. No sabía si Osterman esperaba de él alguna explicación, ni siquiera si era capaz de darla. *Antes de Pearl Harbor*… Sin duda para su padre la frase escondía muchos años en blanco. Aunque siempre intuyó a lo que se dedicaba su hijo, no podía saberlo con exactitud. Osterman tampoco podía aportar nada que aclarase aquellos años…, aquellas lagunas. Reisman se encontraba en esta guerra por razones idénticas a las que le llevaron a las anteriores. La mirada de solidaridad y auténtica simpatía, teñida de una falsa perspectiva, que Osterman acababa de dirigirle, le resultaba muy embarazosa.

—Tienes muy buen aspecto, muchacho, muy bueno —continuó Osterman jubiloso. El cambio de conversación alivió a Reisman—. Claro, estás hecho un hombre… Ya no eres un muchacho, pero de todas formas te había reconocido. ¿Te va bien, no? Diablos, capitán, nada menos. Estaba seguro de no equivocarme cuando te ayudé siendo un chaval. Háblame de ti, Johnny. ¿Qué pintas aquí, en medio del campo?

—¡Sooo!, despacio —dijo Reisman—. Primero, Sarge, tienes que decírmelo tú; después, tal vez te lo diga yo. Papá te dio mi dirección de correo y en Londres me han dicho que ayer me anduviste buscando por allí. Pero sé positivamente que nadie te indicó ni te guió hasta aquí. Está rigurosamente *verboten*[47]. ¿Cómo te las has arreglado para encontrarme y qué haces vestido de *mufti*?

—Soy un turista de vacaciones, muchacho. Es una historia muy complicada. Tengo el único empleo del ejército en que te dejan vestir de paisano. ¿No es estupendo? —dijo Osterman—. Hasta los

generales tienen que llevar sus elegantes uniformes, pero yo y los tipos de mi unidad nos ponemos lo que nos parece más conveniente para nuestro trabajo.

—¿Y para husmear por Devonshire buscando a Johnny Reisman pensaste que lo mejor era el *tweed* inglés?

—Sí, algo parecido.

—¿Con un coche oficial del ejército americano? —Sabes, es lo único que aún no he conseguido cambiar. Ambos rieron.

—Bueno, ¿y qué haces en el ejército? Segurísimo que no te alistaron con el remplazo. Me imaginé que seguirías manteniendo a raya a los muchachos en Chicago —dijo Reisman.

—Se conoce que necesitaban unos cuantos cabrones duros como yo para tenerlos a raya aquí —explicó Osterman—. Fueron por todo el país buscando voluntarios en la policía y cuando me enteré, pedí que me admitieran. Ya sabes que no tengo familia. Sigo solterón… Solían decir que estaba casado con la fuerza de policía de Chicago… Asaque no hay mucha diferencia. Seguro que influye el que yo hubiera estado en el ejército la primera vez que les zurramos a esos hijos de puta. Por eso me iba bien en el Cuerpo. Ya sabes, siendo un G. Y., sólo que entonces nos llamaban *Doughboys*, miembro activo de la legión americana, de los veteranos de la guerra judía y media docena de logias…, incluso de la misma sinagoga que tu viejo. Todo esto es buena política para un policía. Pero en la primera guerra no vi una sola acción, y esta vez lo estaba deseando. Es demasiado permanecer al margen; además, ahora hay algo personal. Me dan ataques cada vez que pienso en ese hijo de puta de Hitler. Me gustaría echarle yo mismo el guante y darle unas cuantas antes de que le cuelguen. No es mi tipo de trabajo, desde luego, pero al menos quisiera ayudar. Alguien tiene que acabar con él.

—¿Os ascienden por esto, no? —preguntó Reisman—. A lo mejor eres mayor o coronel y tengo que tratarte de señor en vez de llamarte Sarge.

—Nah, sigo siendo Sarge. ¿Sabes?, me ofrecieron una misión. Hubiera sido mayor, ¿qué te parece, eh? Te hubiera superado en graduación. Esto hubiera estado bueno. Mayor sargento León Osterman, o tal vez sargento mayor León Osterman. ¡Les dije que ni hablar! Toda mi vida he sido sargento… Tal vez veinte años… Así que les expliqué que no sabría a quién llamaban cuando dijeran:

«¡eh, mayor!». De manera que prefería seguir siendo sargento en la policía, en el CID. Salgo cuando hay un caso igual que en Chicago y soy algo así como mi propio jefe. De todas formas, sé mucho más que algunos de ellos de mi oficio.

—Pero ¿no estás aquí por ningún caso, verdad?

—No. Como te dije, soy un turista de vacaciones. Tenía un par de días libres y me vine decidido a buscarte.

—¿No me estás tomando el pelo?

—No. ¡Cristo, muchacho!, te has vuelto terriblemente suspicaz. ¿Estás haciendo algo que pueda yo saber?

—La cosa es que estoy haciendo algo que no debes saber. ¿Cómo averiguaste dónde estaba?

—¿Tienes tiempo ahora, Johnny? Quiero decir, ¿podemos hablar o tienes algo importante que hacer? —preguntó Osterman.

Les llegaban las voces de mando y los ruidos del montaje de las tiendas de campaña. Osterman, de cuando en cuando, había lanzado algún vistazo por la ventana. A Reisman le pareció que eludía una respuesta directa.

—Quise darte una sorpresa, ya sabes —continuó Osterman en tono de excusa—, pero ya veo que tienes una tarea que cumplir y si te estoy mortificando no te creas obligado a ser amable ni nada. Estoy de paso, me lo dices y me largo. Podemos vernos más tarde en el pueblo, te invito a unas copas y a una buena cena. Será estupendo.

—Sí/tengo trabajo, pero estoy haciendo tiempo —dijo Reisman, intentando ocultar la creciente irritación que experimentaba. Se levantó, fue hacia la ventana, giró sobre sí mismo y permaneció a la expectativa.

—Lo que te pregunté no es por pura curiosidad, es muy importante.

—Claro, Johnny. Nada tengo que ocultarte —declaró Osterman con gesto malicioso—. De todas formas, tuvo mucha gracia.

Tal y como lo explicó le había resultado muy fácil. El único consuelo para Reisman es que a otro no le hubiera sido igualmente sencillo. Sirviéndose de su condición de agente del CID, Osterman le localizó en la oficina de correos del ejército y fue a Baker Street, al departamento del mayor Armbruster. Max comprobó sus credenciales y al ver que aparentemente no había motivo alguno de

desconfianza, se dirigió a la oficina de Stuart Kinder, como la forma más rápida, aunque expresamente indirecta, de entrar en contacto con su «viejo amigo de Chicago». Kinder, a quien llamaba «ese mocoso», le metió un poco de rollo, pero Osterman ya había echado una ojeada al nombre de Reisman y a la dirección del almacén de Intendencia del sobre que Kinder estaba a punto de enviar; así que más o menos se había salido con la suya.

—¿Qué te han dicho de mí en Londres? —interrumpió Reisman—. ¿De mi trabajo y la unidad que tengo?

—Nada, porque se figuran que he preguntado todo eso para tu padre. Fueron muy reservados allá arriba… Aquel mayor con sus mostachos y el mocoso. Así que pensé que era mejor dejarlo y contentarme con averiguar dónde estabas para verte.

—Y este lugar y los hombres, ¿qué sabes dé eso?

—Nada. Jesucristo, muchacho, déjame acabar mi historia, ¿quieres?, ahora viene lo bueno.

—Sí, lo siento, continúa.

Osterman explicó cómo había aprovechado el tiempo libre. Fue con el coche hasta el almacén de Intendencia, enterándose de que allí no había ningún capitán Reisman, sólo una dirección de correo. Pero como él era un policía muy tenaz, que no se dejaba liar, utilizando su carnet del CID, contando una historia de mercado negro y con sus viejas artimañas de detective, sonsacó al soldado que aguardaba el correo y los suministros para Reisman. Cuando Bowren llegó, Osterman, que estaba aparcado y oculto, vio la señal del soldado y siguió al camión hasta Stokes Manor. Pasó de largo la verja continuando hasta el pueblo para indagar sobre la finca y pasar la noche.

—Me dijeron que pertenecía a un general inglés y que su hija loca vivía aquí sola —dijo Osterman—; nadie me contó que hubiera soldados, así que, ocultes lo que ocultes, muchacho, lo estás haciendo muy bien. Pero yo me dije: seguro que hay gato encerrado. Además de estar deseando verte porque se lo prometí a tu padre, tengo que ir allá, me dije, y ver qué se trae entre manos.

—Es una bonita manera de ganarse un tiro a veces —dijo Reisman—. Bueno, y ahora que lo has visto, ¿qué piensas?

—No sé, Johnny, tal vez tú me lo expliques. ¿Es algo honrado?

Reisman no pudo evitar una sonrisa.

—¿Siempre el buen policía, eh? —refunfuñó—. No sé si es sucio o no… En todo caso, no como tú piensas. ¿No te detuviste en la casa, verdad? —preguntó de repente.

—No. En cuanto atravesé la verja vi las huellas de los neumáticos y las seguí… y aquí me tienes. ¡Sorpresa! Empezaba a aburrirme cuando llegaste con tu tropa de *boy-scouts*. Vaya grupo, ¿qué diablos haces con ellos?

—Es un entrenamiento experimental —dijo Reisman—. Una especie de *test* de resistencia. Por eso te habrá parecido fatal el aspecto de algunos. Son el grupo de prueba. Los otros son el grupo *standard* que nos sirve de comparación. No puedo decirte más, es bastante secreto.

El tono de su voz era casi apologético e intentaba que pareciera inconsecuente.

—No pretendas que me trague esa bola —dijo Osterman, levantándose y dirigiéndose hacia la ventana—, huelen a presos a una milla…, su aspecto, su andar, el hedor fuera y dentro. No quieres hablar… no puedes hablar…, *okay*. Tal vez no deba meter la nariz. Pero no intentes contar al viejo Sarge cuentos de hadas. La mitad de esos chicos tienen aspecto de haber residido en la isla del Diablo o en Joliet.

—¿Y yo, Sarge? —dijo Reisman a la defensiva—. ¿Te parezco también un preso?

Osterman se volvió.

—Tú tienes un aspecto estupendo, ya te lo dije. Daré un buen informe a tu padre.

—Pero pude haber sido un preso, ¿eh, Sarge? ¿O tal vez debía haberlo sido?

Se arrepintió inmediatamente. Pero al decirlo advirtió que no había hablado a tontas y a locas. Era una de las cosas que había venido atormentándole todos aquellos años. Concretamente lo que más le molestó al principio, cuando le encargaron la misión.

—Tú no eres el tipo, Johnny —dijo Osterman, mirándole burlón—. Por eso me partí el pecho por ayudarte. Lo que hiciste en Chicago cuando eras un crío no fue un crimen. Si lo hubiese sido no te hubiera ayudado. Lo hiciste porque tenías agallas, fibra… llámalo como quieras… y estuvo bien hecho. Y lo que hice, lo hice porque era la mejor forma de manejar el asunto. Lo que cuenta son los años

después. Como ves no hizo daño a nadie. Nadie se dio por enterado.

—Excepto tú y yo… y mi padre —dijo Reisman.

Repentinamente revivió la escena: Osterman llevándole a casa y explicándole a su padre… Y supo que una de las razones que le impulsaron a entregarse tan completamente al trabajo por la Inmunda Docena, hasta el extremo de intentar probar la inocencia de un culpable, de remediar lo irremediable, convertir abyección y deshonor en orgullo y gloria, era que trataba en cierto modo de saldar el inapreciable favor que Osterman le hiciera años atrás, expiando con ello su propia culpabilidad.

—Todavía te duele, ¿eh, muchacho? —interrumpió la voz de Osterman.

¡Sí!, quiso gritar Reisman…, pero no sólo, como probablemente pensaba Osterman, por los restos de culpabilidad de un crimen en defensa propia, cometido por un muchacho de dieciséis años. Lo que más le laceraba era la culpable cobardía que le precedió y que nunca pudo perdonarse…, culpabilidad por no asumir las consecuencias…, culpabilidad por huir, según Osterman arregló después de usar su influencia para presentar el caso como un ajuste de cuentas entre bandas rivales… y la culpabilidad de todos los crímenes justificados a partir de entonces, encaminados a conseguir su propia forma de venganza, venganza a su manera.

—¿No te duele a ti? —dijo, desafiante—. ¿No has venido por eso? ¿No es por lo que preguntas siempre a mi padre por mí, por lo que has buscado mis señas? ¿Para asegurarte una vez más que no cometiste un error?

—Sí, tal vez tengas razón, muchacho. Pero no vayas a hacer ahora, después de tantos años, un escándalo por eso. ¿Te habría gustado que te hubiera dejado de la mano, que te hubieran hecho una ficha y un juicio? De todas formas hubieras librado la piel, porque ningún tribunal ni jurado del mundo podría haberte considerado culpable por defenderte. Si te hubieras quedado en Chicago y tu nombre se hubiera visto envuelto en un escándalo, defensa propia o no, tu vida no hubiera valido un centavo y no habría podido ayudarte. La banda de aquel tipo se te habría echado encima… y encima de tu padre también. Pero, qué diablos, de todas formas es una vieja historia. Oye, ¿nos vemos más tarde en el pueblo?

—No, quisiera hablarte de este campamento y dé los hombres que acabas de ver. Me gustaría que te quedases y me ayudaras —dijo Reisman, sintiéndose tan sorprendido como Osterman.

Estaba seguro. Podía confiar en él. El policía tenía el grado justo de complicidad profesional que le hacía de fiar.

¡Eh, Pope, el jefe te llama!

Salió de la tienda. Estaba descansando un rato antes de la cena. Odiaba que le llamaran así… El Inocente Pope… y lo hacían todos, guardianes y presos. Se burlaban de él porque no era culpable. Siguió al guardián que le condujo al barracón.

—Quiero que hables con este señor, Odell —dijo el capitán, omitiendo los formalismos de la presentación—. Te preguntará sobre ti… y lo que ocurrió en Glasgow y en el juicio. Vamos a intentar ayudarte. Haremos todo lo posible para comprobar tu inocencia.

Lo inesperado de aquellas palabras hizo que el corazón de Myron latiera apresuradamente, retumbándole en los oídos.

—Nos llevará tiempo —continuó el capitán— y no debes hacerte demasiadas ilusiones…, pero créeme, Odell, si dices la verdad este señor podrá ayudarte y haremos cuanto sea posible para aclarar tu asunto. Pero si no dices la verdad, nada podremos hacer.

Odell se sentía extraño, como si le faltase aire. Se le humedecieron los «ojos.

—Digo la verdad, señor —dijo con voz ronca.

—No debes contarle a nadie esta entrevista ni lo que hablemos, ¿entendido?

—Sí, mi capitán, entendido.

León Osterman tomó la palabra. Para Reisman constituyó una revelación la forma en que trabajaba.

—Bueno, háblame de ti, Mike; ¿es tu nombre, no? Mike.

—No, señor, es Myron.

—Bueno, pues tienes cara de llamarte Mike —dijo Osterman, sonriente. Un muchacho muy duro, diría yo.

—He aprendido mucho en estas últimas semanas de entrenamiento con el capitán. Antes no era tan duro. Él me ha enseñado mucho.

Sonrió a Reisman tímidamente. El capitán dudó si hablaba en serio.

Con un buen baño y un afeitado, estoy seguro que parecerías uno de esos actores de Hollywood, ¿eh? —dijo Osterman, bromeando.

Odell se encogió de hombros, se agitó y enrojeció. Estaba inerme. Cualquier artimaña que hubiera pensado emplear fue inmediatamente disuelta por la cordialidad de Osterman. Estaba listo para el interrogatorio, sin recelo alguno.

Escucha una cosa, Myron. Yo he tratado durante muchos años a personas como tú, he ayudado a muchos de ellos. Sólo te pido una cosa: juego limpio. Como dicen en los juicios, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Mira, meterse en follones no es ni la mitad de malo que mentir para librarse de ellos. Nunca resulta. Uno comete una falta… Muy bien, lo mejor es enfrentarse con ello como un hombre… Se cumple la condena y no se vuelve, jamás a las andadas. Ahora háblame de ti y de lo que ocurrió en Glasgow.

Apenas recordaba haber estado allí. ¿Glasgow? Otro mundo, y tal vez fuera él otro hombre. Sin embargo, habló, podía hablar con franqueza a aquel desconocido vestido de paisano que le había tratado con la firmeza, la bondad y el interés de un padre… Glasgow.

Le destinaron al cuerpo sanitario porque dijo a todos los oficiales de clasificación con los que se entrevistó por aquellos días, los de su alistamiento en Estados Unidos, que era donde mejor serviría al ejército y la patria. No mintió. Se sabía incapaz de entrar en cualquiera de los otros cuerpos. Armas, el frente, aprender a matar. Los enfermeros también iban al frente, él lo sabía, a veces en peores sitios que los soldados, que eran heridos o muertos en cumplimiento de su misión. Pero ya se las arreglaría si llegaba el caso, improbable, de ser enviado al frente. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de no verse con un arma entre las manos, apuntar y matar, enfrentarse con un enemigo dispuesto a hacer lo mismo con él. Contrariamente a todas las tradiciones militares, la junta de clasificación le creyó y fue destinado adonde quería.

Tras las prácticas médicas le hicieron ayudante de un hospital. Cumplió muy bien con su trabajo y obtuvo calificación de T-5. En realidad no tenía grandes ambiciones militares. No le importaba asistir a los enfermos y heridos. Sin embargo, sufrió, fue destinado a un hospital, cuidaba de los casos urgentes, los más graves, las

heridas de combate. Le torturaba el dolor de aquellos cuerpos deshechos y el desfile de recuerdos que se contaban unos a otros con una camaradería que él no podía compartir. Tenía pesadillas, horribles pesadillas que le despertaban en medio de la noche… Se veía en la misma situación que ellos.

Pasaba solo sus horas libres, generalmente en el destacamento; a veces iba al cine, daba un paseo, merodeaba sin objetivo por clubs de tropa, economatos militares o simplemente por las calles de la ciudad. Miraba a la gente, lo observaba todo, no cara a cara, sino de reojo, con una curiosidad esquiva, rápidas ojeadas que simulaban poco interés para no provocar miradas de respuesta. Sintiendo una ira cuyo motivo no podía discernir, encerrado en sí mismo, sin meterse eh líos. No tenía amigos en el ejército, ni salía con mujeres como los demás soldados. Escuchaba, escuchaba ávidamente los episodios escabrosos que se contaban sus compañeros en el hospital y en el cuartel. Sabía que no era muy aceptado, que para muchos de ellos era un tipo raro, un tipo al que algo no le funcionaba bien en su interior. Incluso algunos ponían en duda su virilidad con observaciones desagradables que le enfurecían y casi le empujaban a pelear. Pero se contenía, no deseaba ir muy lejos, se echaba atrás para no tener que demostrarles lo contrario. Demostrar su virilidad frente a sus compañeros o ante las mujeres.

Más tarde se dijo que tal vez todo aquello lo advertían los oficiales y suboficiales, lo apuntaban minuciosamente, guardándolo en un archivo especial.

No deseaba ir al Continente. Significaba estar más cerca de la guerra, de la invasión próxima, y dudaba si resistiría la prueba, pero no pudo evitarlo. Se necesitaban enfermeros experimentados en Europa y no hubo ningún oficial ni suboficial que le apreciara lo bastante como para mantenerle en su puesto en Estados Unidos. Se resignó, al principio estaba contento. Al desembarcar en Greenock le destinaron por uno de esos locos caprichos del ejército a un pequeño dispensario venéreo en Glasgow, en lugar de mandarle a una unidad a punto de entrar en combate como él había temido.

Los soldados acudían al dispensario después de haber tenido contactos con alguna mujer. Venían tranquila y claramente, por voluntad propia o porque se lo habían ordenado, o las dos cosas. Venían recelosos, tímidos, como si hubieran pasado ante el

dispensario por casualidad y se les hubiera ocurrido utilizar sus servicios ya que estaban allí. Venían borrachos y tambaleantes, obscenos, repulsivos, y también aterrorizados, apresurados, recordando los horrores de las películas dé profilaxis sexual que les pasaban en el ejército. La tarea de Odell consistía en dar el adecuado tratamiento higiénico a todos aquellos miembros del ejército americano y de las tropas aliadas, a todos aquellos tipos sexualmente ahítos, contentos, fanfarrones, a veces doloridos, a veces presa del pánico, a veces tristes! Muy sencillo, profilaxis interna: lavajes del pene con una solución de sulfamida y profilaxis externa general de los testículos, escroto y área púbica por medio de aquella excesivamente pegajosa pomada. Era un destino absurdo. No se podía habituar. Jamás dejó de sentirse asombrado, asustado, cohibido ante aquellos gallos. Se sentía ligeramente más afín con los otros, los tristes, los que llegaban a él presa de pánico.

El dispensario permanecía abierto todo el día aunque sólo contaba con un médico. Odell estaba al frente de varias secciones. Siempre había movimiento. A las tres de la mañana el dispensario estaba abarrotado: hombres que acababan de salir de extrañas camas, de tugurios, de la oscuridad, y tenían que estar de vuelta en sus unidades antes del toque de diana. Durante la mañana el trabajo decaía bastante; aquellas mujeres, pensaba Myron, se tomaban su merecido descanso. ¡Sexos! Era lo que más recordaba de Glasgow. Miles y miles de penes y testículos peludos —cortos, largos, circuncisos, incircuncisos, gruesos, delgados, morenos, pálidos—, sexos que le ofendían con su sola presencia, que le demostraban que él era un impostor, que le recordaban que jamás había hecho uso del suyo.

El trabajo había comenzado a hacérsele insoportable. Estaba cada vez más nervioso, deprimido e irritado. Intentó hacer acopio de valor para solicitar su traslado, aunque sabía que le iban a mandar al frente. Ya no aguantaba más… y aquella tonta apareció en la puerta por primera vez. Durante una de las pausas, cuando estaba completamente solo, sin nadie a quien atender, sentado en la antesala del dispensario, leyendo una revista, medio adormilado… y apareció. La primera reacción de Myron fue de asombro y turbación al ver una mujer en aquel lugar y que ella le viera allí. Luego, la extraña imagen y la voz de la mujer le penetraron en la conciencia,

sobrecogiéndole, pero de una manera diferente. Advirtió que padecía un defecto, probablemente una tara mental, la compadeció. Sintió hacia ella esa ambivalencia amor-odio que experimenta un inválido hacia otro.

Sucia, el pelo largo y oscuro, cayéndole sobre el rostro y los hombros, las manos mugrientas y el vestido arrugado. Charlaba tan confusamente que al principio no podía entenderla y pensó que acababa de ocurrirle un accidente, tal vez la hubieran atacado, y venía en busca de ayuda. Era alta, de cuerpo desarrollado, pero no hubiera podido decir fácilmente su edad. Su rostro inexpresivo se estremecía. Hablaba entrecortado, como presa de una emoción o ligeramente indecisa. Mirando aquellos ojos, aquella cara, imaginó que podía tener cualquier edad entre quince y veinticinco años. Pero ¿qué sabía él de las edades o los problemas de las chicas? En el judo oyó su descripción: deficiente mental, de diecinueve años, virgen. Nadie pensó en describirle a él como virgen, sicológicamente perturbado y que no estaba seguro de tener veinticuatro o veinticinco años.

Por último, salió de su perplejidad ante la aparición de la mujer, pero al comprender lo que pretendía se sintió más confuso que nunca. Le estaba preguntando si no era aquél el sitio donde las chicas iban para buscar un amigo a quien querer y para hacer el amor con él.

Alguien tuvo que empujarla allí, pensó Odell más tarde. Una broma siniestra y cruel de algún soldado al que tal vez ella hiciera proposiciones absurdas. Jamás logró aclararlo. Su primer impulso fue echarla de allí cuanto antes. Le ordenó marchar a casa con voz autoritaria aunque algo crispada, y se sorprendió al verla salir apresuradamente. Pasados unos instantes, se asomó a la puerta para comprobar si se había marchado; la encontró agazapada en la calle, como intentando hacer acopio de fuerzas para volver a entrar. A Odell le produjo una extraña sensación, jamás había podido comprobar que su voz, más bien débil, y sus modales indecisos, tuvieran efectos tan inmediatos.

En aquel instante llegó el relevo. Al ver el extraño cuadro de Odell en el umbral del dispensario y la poco apetitosa muchacha en la calle, el hombre les lanzó una mirada cómplice y murmuró confusamente:

—Entonces, ¿es ésta tu chica, Myron? Ya les decía yo a los muchachos que no eres tan marica como creen. Odell entró en la clínica.

—¡No es mi chica! Vino buscando a alguien, ¡tal vez a ti! —dijo al otro enfermero con una rabia vergonzosa.

El hombre se instaló en la silla de Odell poniendo los pies sobre la mesa que utilizaban para el trabajo administrativo y cogió la revista que Myron había estado ojeando.

—Vamos, ¡lárgate! —dijo, riendo—. Estás relevado. Cada uno con sus gustos. Si quieres puedes usar una de las camillas. No miraré. Me quedaré quieto durante un rato. Si es demasiado trabajo para ti, me pondré en la puerta a vender *tickets* para repartir la tarea.

Odell se enfureció, pero el hombre continuó impasible.

—¡Vamos, aprisa, Myron, antes de que te la quiten! —dijo burlón.

—¿No ves que la pobre está enferma? —respondió Odell yendo hacia la puerta. Se sentía mal, el corazón le latía furioso. La chica continuaba en la calle.

—¡Vete a casa! —aulló Myron—. ¡Vete a casa y lávate, por Dios! ¡Y péinate! ¡Y cámbiate de ropa!

La chica permaneció en la calle desierta al amanecer, atemorizada, esforzándose por comprenderle. Por último sonrió.

—¡Vete a casa o Hamo a los PM, a la policía!

La mujer echó a andar apresuradamente con expresión decidida. Al verla marchar, Odell sintió pena por ella. Se alejó en dirección opuesta, dando un rodeo para regresar al cuartel. Pensaba en la chica, dónde vivía, quién era, qué le pasaba, si volvería al dispensario, y si alguien con menos escrúpulos abusaría de ella. Ya en el cuartel, se acostó, cayendo en un profundo sueño lleno de imágenes sexuales. Imágenes en las que se mezclaban la muchacha del dispensario y la maestra del orfelinato de Cleveland: la única mujer que Myron había visto desnuda. Se despertó sacudido por una extraña sensación. Su pijama estaba mojado. A la vez vergonzoso y atemorizado, comprobó que había tenido una eyaculación…, la primera desde hacía muchos años.

En el próximo turno de Odell, la muchacha volvió al dispensario. Además, conocía su nombre: «¡Mahh-run…! ¡Mahh-

run!», decía exaltada al reconocerle. Alguien le había inducido a volver si es que no lo habían hecho la primera vez también. Probablemente alguno de los otros enfermeros, o los soldados que utilizaban sus servicios frecuentemente. Había regresado con aquella lastimosa vehemencia, y sin duda esperó horas y horas en la calle hasta que entró Myron de servicio. Allí plantada, maquinando cuándo volvería y que hacer y qué decir. Pero no le mandó salir, como debiera haber hecho. Había cumplido cuanto él le ordenara a gritos el día anterior. No era bonita ni mucho menos, pero hoy estaba limpia y su cabello castaño parecía peinado y cepillado, era muy hermoso, le caía sobre los hombros y la espalda. El vestido, que ella mostró orgullosa quitándose el abrigado abrigo, era vistoso, como de fiesta.

Estremecida de excitación, Odell le indicó que se sentara y se asomó a la puerta para ver si había alguien espiando dispuesto a reírse de la muchacha si él la volvía a echar o sorprenderles juntos y hacer insinuaciones obscenas y burlonas. La calle estaba desierta. En el dispensario tampoco había nadie. Volvió a entrar sin saber qué decir o hacer. Miró a la muchacha, que le sonrió acariciando nerviosamente el vestido, tironeándose de la falda para cubrirse las piernas y tener una apariencia decente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó nervioso, sentándose en el borde de la mesa sin mirarla francamente, con los ojos puestos en un punto en la pared detrás de la muchacha. No podía soportar la mirada de la chica, y si miraba hacia abajo, veía sus piernas desnudas, sus rodillas y un poco del muslo carnoso, ya que al inclinarse para dejar el abrigo sobre otra silla la falda se le había vuelto a levantar. La muchacha le sonreía complacida con la boca abierta.

—Ca-the-ri-ne… Ca-the-ri-ne… Cat… Cat… —dijo.

—Te llamas Catherine y eres un gatito[48] —sonrió Odell para ocultar su agitación, satisfecho de sí mismo por la agudeza de su respuesta.

La chica sacudió vigorosamente la cabeza, primero indicando que sí, luego que no, mientras se señalaba con un amplio gesto.

—Cat… Cat… —dijo.

—Tu nombre es Catherine y te llaman Cat. Ella asintió con la cabeza y murmuró:

—Sí, sí… —alegremente. Charlaron un rato y según pasaban los minutos la muchacha pareció calmarse. Sorprendido, Odell advirtió que él también se había tranquilizado. El habla de la muchacha era menos confusa. Myron le preguntó dónde vivía y ella señaló la calle con un ademán desenvuelto y murmuró el nombre de uno de los barrios de la ciudad. Le preguntó si tenía padres y hermanos o hermanas. Ella dijo que sí. Nunca tomaba iniciativas, excepto la desesperada y evidente invitación de su rostro, sus ojos y su carne, pero respondía gustosa a sus preguntas, como agradeciendo la oportunidad de hablar. No, su familia no sabía dónde estaba, aunque ya debían haber advertido su falta y tal vez anduvieran buscándola para llevarla a casa y castigarla. No la querían. Ninguno era amable con ella.

—Comprendo —dijo Odell a media voz. Se identificaba con ella, con sus recuerdos, con su abismo de soledad y falta de cariño. Pero lo que la muchacha deseaba, insistiendo una y otra vez, le puso nervioso y triste, pues desde luego no quería verse envuelto en una situación que para él era perfectamente inocente. Repitió lo del día anterior, había venido para buscar un amigo que la quisiera e hiciera el amor con ella. Pero esta vez consiguió sacarle que la idea de ir allí no era suya, aunque sí la del amor, y que fueron unos «amables soldados» quienes le indicaron dónde tenía que acudir. Myron le preguntó si no tenía ya un novio en su barrio o quizá en el ejército. Ella sacudió la cabeza negativamente y se puso muy triste.

—¿Sabes algo de los hombres, de hacer el amor? —preguntó Odell con voz temblorosa.

La chica ciñó los brazos a su propio cuerpo, abrazándose, balanceándose, cerró los ojos y juntó los labios como para besar.

Odell alargó tembloroso la mano, pero en aquel preciso instante oyó un alboroto de voces en la calle y el resonar contra el pavimento de botas claveteadas. Se precipitó hacia la puerta atemorizado. Dos soldados se dirigían al dispensario agarrados por los hombros, borrachos, haciendo eses y cantando: «… un repiquetear… ay, ay, ¿qué será…? Fofa y gordita… como una gatita…».

Odell volvió a la habitación agitado.

—¡Viene gente, tienes que irte! ¡Vete a casa! —gritó.

Cat asintió con la cabeza mientras sonreía. Myron oyó a los

hombres y presa de pánico agarró a la muchacha y liento rápido, confuso, buscando dónde esconderse.

—¡Ven aquí, pronto! —le ordenó tomando su húmeda mano.

Pero era demasiado tarde. Los soldados habían entrado y les vieron.

—¡Eh, pero si tienes un plan, muchacho! —dijo uno de ellos mirando malicioso a Odell y a la chica—. ¡No es gran cosa, pero seguro que vale! ¿Dónde dan estos enchufes?

—Tú trata a éste —dijo el otro soldado señalando a Odell y su compañero—. A mí que me trate ésta.

Cat sonrió. Odell se interpuso entre ella y los soldados. Señaló la puerta abierta de uno de los cuartos, donde había paquetes con equipo esterilizado y un servicio de lavabo, retrete y ducha.

—¡Vosotros dos entrad ahí y preparaos! —ordenó con más energía y decisión de lo habitual—. ¡Y cerrad la puerta!

Con gran sorpresa suya, uno de los soldados murmuró:

—Sí, sí, cabo, no se sulfure. Sólo estábamos bromeando.

Entraron en el cuarto, cerrando la puerta, y pudieron escuchar sus risotadas y bromas conforme se desnudaban.

Odell agarró a la chica y la condujo a otro cuarto. Ella se aferró a su mano con fuerza y le siguió sin rechistar. Era una habitación cualquiera de un hospital, iluminada por un globo blanco, con una cama metálica, un par de sillas y una mesa, bandejas con equipo profiláctico y algunos instrumentos quirúrgicos, tijeras, bisturíes…

—Espera aquí y estáte quieta —le susurró.

Y de repente se dio cuenta: ¿qué estaba haciendo?, en pleno trabajo, ¿por qué no la echaba…?

—Si dices una palabra o sales antes dé que yo te lo ordene, llamo a la policía, ¿comprendes?, a los PM.

Puso un dedo en sus labios para dar más énfasis a lo secreto de aquel juego y ella le imitó. Era tan dócil, tan necesitada. Estaba enferma, como él. Pero ¿podría verla desnuda, revivir las imágenes de la época en que todo empezó a ponérsele mal?

—¿Quieres uno de esos soldados? —le preguntó de repente.

Desaparecería su temor… si podía ver cómo era, quizá… la iniciación que necesitaba.

La chica negó vigorosamente con la cabeza, sacudiendo su cabello contra el rostro y los hombros.

—A ti… ¡Mahh-run…! ¡Mahh-run! —dijo, excitada.

Extendió el brazo intentando acariciarle. Era tan alta como él y fuerte. Tuvo que hacer un esfuerzo para librarse de su abrazo, no sin que antes ella le diera un beso en la mejilla con sus labios húmedos, y el contacto de la mujer, su calor y su aliento viscoso le hicieron estremecerse.

—Muy bien… pero debes estarte callada —farfulló en voz baja tapándole la boca con la mano. Ella le mordió la palma con un fulgor salvaje en sus pupilas.

—¡Estáte quieta, por Dios! O tendremos jaleo —dijo retirando la mano—. Volveré en cuanto termine con esos dos.

Salió cerrando la puerta tras él. El corazón parecía que iba a estallarle, veía turbio, se creyó a punto de desvanecerse. Respiró profundamente para calmarse. La puerta del cuarto de los dos soldados estaba abierta.

—¡Oiga, cabo!, no es que quiera meterle prisa, pero tenemos que volver —dijo uno de elfos.

—Sí, lo siento —respondió Odell—. Tuve que echar a esa chica. Es la segunda vez que viene a buscar líos.

—¡Ande, cabo! ¿Si quiere un polvo por qué no la complace? ¡Puedo echárselo yo, si lo desea! No tengo inconveniente.

Los dos hombres estaban de pie, desnudos, junto a la puerta del cuarto, apoyándose el uno en el otro. A pesar de su agitación, de la repentina turbiedad de sus ojos, Odell consiguió ayudarles a que se administraran el tratamiento por sí mismos. Pero esta vez se sintió asqueado de todo el proceso y estuvo a punto de vomitar.

Después se marcharon… Quedó solo en el dispensario… Y tras la puerta, aquella extraña muchacha, aguardándole. Presa de gran excitación, se encaminó al cuarto, aunque ahora más tranquilo, intentando pensar y razonar. Fue a la puerta principal y echó la llave: «¡Al diablo con los soldados, que se vayan a otro sitio o que se les pudran los huevos y se les caigan!». Entró en el cuarto… Tuvo que contenerse para no gritar. La palpitación dolorosa del bajo vientre se agudizó violentamente. ¡Se había desnudado y estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en la pared, sujetando sus enormes senos con las manos y los carnosos muslos entreabiertos mostrando ante el terror de Odell un espeso vértice de pelo oscuro —no sabía que las mujeres tenían tanto pelo ahí—

surcado por los llamativos, extraños y húmedos labios que daban entrada a Dios sabe qué! Lo abarcó todo en una sola mirada, rápida, absorbente:

—¡Vístete, vístete y lárgate! —estalló. Se sentía enfermo y asqueado. Era repugnante. La carne blanca y fofa llena de marcas, de cardenales y manchas, sin duda resultado de palizas y malos tratos.

La chica se movió, pero no parecía dispuesta a vestirse y marcharse. Un movimiento incitante de seducción y súplica. Odell agarró una silla, la corrió contra la puerta y se dejó caer pesadamente en ella.

—¿Te gusto, Mahh-run…? —murmuró ella acariciándose—. ¡Ven aquí… ama a Cat…!

Su sonrisa le resultaba ahora horrorosa.

—Lo siento… Mejor será que te vayas… Vete a casa —chilló, apretando las piernas para contener la angustia de su vientre.

Cat se levantó de la cama y avanzó hacia él quitando una mano de su pecho y haciéndole un gesto de invitación.

—Mahh-run tiene miedo —dijo riendo—. Cat no tiene miedo… Hacer el amor a Cat… Por favor, ama a Cat… Nadie nunca, Mahh-run.

Balbuceaba extrañas palabras: amor, hacer el amor, que estaba seguro ni ella misma entendía.

—Por favor, vete, no puedo ayudarte.

Se acercó a él con la respiración agitada, un reflejo animal en sus pupilas y el rostro contraído. Odell se levantó para protegerse derribando la silla, aplastándose contra la puerta, y cuando ella extendió la mano y agarró su sexo con fuerza diciendo burlona: «Entonces eres un mariquita», el terror y la furia de su dolorosa infancia estallaron de nuevo en su cerebro y volvió a sentir el latigazo, el agudo mordisco en su bajo vientre, y volvió a contemplar la mirada salvaje y rebosante de felicidad de una mujer que le pegaba, y… golpeó apartando la mano de Catherine —¡déjame!—, la carne blanda donde su puño golpea y rebota… Y a partir de aquel instante, cuanto sucediera en el dispensario de Glasgow explotó en su cerebro, rojo y negro, y no lo recordaba.

Le encontraron en el cuartel acurrucado en su cama. No pudo contar lo que había ocurrido…

—Y… Y… esos… humm… «fundidos»… esos lapsus, Myron, ¿ocurrían a menudo? —preguntó Osterman inclinándose hacia delante. Sabía que tales cosas suceden, que pueden ser ciertas, pero en sus años de investigador casi nunca había creído en ellas. Eran una excusa demasiado fácil; un turbio truco médico-legal para alegar inocencia.

Odell, aún ausente, agitado por los recuerdos y las cosas terribles que se había visto casi obligado a contar, miraba fijamente al hombre vestido de paisano y por último pareció entender la pregunta.

—¿Hay algún informe en que conste que hayan sucedido anteriormente? ¿Alguna ficha médica…? ¿Algún informe policíaco? —insistió Osterman.

Odell le miró indignado.

—Yo no estoy fichado.

—De acuerdo, Myron, cálmate. No quise decir nada malo con eso, muchacho. Si quieres que te ayude, tengo que hacerte tales preguntas. ¿De acuerdo?

—Lo siento, señor —dijo Odell, relajándose.

—¿Antes de Glasgow, te sucedió alguna vez?

—Aquí, hace dos semanas, durante el entrenamiento. El capitán Reisman lo sabe —miró hacia Reisman para que corrobara su afirmación—, me dijo que me volví loco y ciego por unos instantes. Estaba luchando con Archer Maggot, uno de los muchachos… Practicábamos el judo, como el capitán nos enseña. Maggot se puso duro cuando no debía y creo que se lo devolví… sólo que no sabía lo que estaba haciendo, hasta que el capitán me volvió a la realidad.

Osterman miró a Reisman para que lo confirmara y el capitán asintió con la cabeza. Apenas había intervenido desde que comenzó el interrogatorio. No era preciso. Se mantenía al margen para evitar que su voz o su presencia entorpecieran el estilo comprensivo de Osterman y el fluir de los recuerdos de Odell.

—¿Y cuando eras un niño… en casa, con tus padres, en el colegio? —preguntó Osterman.

—No he tenido padres. Me crié en un orfelinato, nunca supe quiénes fueron. Nadie lo pudo saber. Dijeron que me habían encontrado en la escalinata de la institución, metido en una caja de cartón, una noche. Era un bebé, pero no pudieron precisar mi edad.

—¿Y de dónde tomaste el nombre?

—No sé, me lo pusieron allí. Creo que era el de un anciano sacerdote que murió poco antes de que yo llegara. Por eso me lo pusieron, creo. Supongo que esperaban que yo también fuese cura. Tal vez debí serlo.

—¿Te gustaba aquel sitio?

—Sí, supongo, estaba bien.

Lo odiaba; ¿por qué mentía, entonces? De repente se decidió: «¡Al diablo…!, diré a este hombre toda la verdad, ¿por qué no?». De todas formas ya no iba a hacerle daño.

—Lo odiaba. Nadie me quería. Siempre estaban metiéndose conmigo. Fui muy delgado y me pegaban por cualquier cosa, era débil. Me pegaban los profesores y los otros chicos. Las monjas y los curas no eran mejores. Solían ser muy severos. Creo que jamás tuve un amigo en aquel maldito lugar, ni siquiera en la iglesia… ni siquiera Dios…

Envuelto en sus recuerdos, el relato fluía veloz. No le interrumpieron.

—¿Sabe lo que solían decirme aquellos chicos? No todos eran huérfanos de verdad, como yo —dijo con un cierto tono de ridículo orgullo—, algunos tenían padres que eran demasiado pobres o no querían tomarse la molestia de preocuparse por ellos. Otros procedían de lo que se llamaban hogares rotos. Algunos sólo contaban con el padre o la madre, pero no podían mantenerlos. Incluso los huérfanos tenían algún pariente, o al menos sabían quiénes eran, de dónde procedían, y su nombre. Yo en cambio no tuve nada, ni nadie. Era el único chico de aquel maldito lugar que ni siquiera sabía dónde nació. Tal vez no era católico, no lo sé. ¿Sabe lo que solían decirme…? Para que vea qué clase de chicos eran… me perseguían y se burlaban, gritando que yo era marica y que llegué allí porque un vagabundo que pasó ante la Reina de los Ángeles… así se llamaba el sitio… se masturbó frente a la puerta y que minutos más tarde, decían, aparecí yo arrastrándome por los peldaños de la escalinata. ¿Sabe cuánto tiempo creí esa historia? —exclamó Odell levantando bruscamente el tono de voz, cediendo a la angustia, martirizado por sus recuerdos—, la creí durante años, aun sin saber Jo que significaba la palabra masturbarse, ¿puede usted creerme, señor? —preguntó a Osterman.

—Clara, muchacho. A veces hay cosas muy duras para un niño. Pero no puedes pasarte el resto de tu vida atormentado por una cosa así o permitir que te arruine. ¿Esos lapsus te ocurrieron cuando eras niño?

—No.

—Y de mayor, ¿cuando saliste del colegio, antes de ingresar en el ejército?

—Sí… quizá dos o tres veces, cuando me enfurecía por algo o con alguien en el orfelinato. Era como si hubiera estado lejos o inconsciente, pero volvía en seguida en mí… jamás pegué a nadie… no sé, tal vez me pegaran y por eso no puedo recordar.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Quince, dieciséis, diecisiete, no se Ni siquiera ahora sé la edad que tengo, ni cuándo es mi cumpleaños. Por la forma en que me encontraron en la escalinata, ya sabe, jamás estuvieron seguros.

—¿Tuviste anteriormente algún problema?

—No.

—¿Seguro? Cosas de críos, ¿eh, Myron…? Sabes a lo que me refiero. No creo que exista ningún muchacho que no se haya metido en un lío un par de veces en su vida. ¿Y con chicas…? Ya es bastante lío, ¿verdad, capitán? —preguntó Osterman haciendo un guiño a Reisman.

—Jamás salí con chicas —contestó Odell con gran sinceridad—. No conozco a ninguna.

—Debías ser un muchacho muy bueno por entonces, ¿eh? ¿Cuál fue tu peor castigo? Me refiero a antes de entrar en el ejército.

Odell quería decirlo, pero se sentía avergonzado.

—No pude ser *boy-scout* —dijo eludiendo la verdadera pregunta de Osterman.

—Eso es serio, ¿eh? —bromeó el policía. Odell se encogió de hombros y sonrió pensando que se había zafado de la pregunta.

—¿Por qué, por qué no pudiste seguir siendo *boy-scout*, Myron? —insistió Osterman.

Odell miró lleno de pánico por unos instantes y se agitó molesto en su silla. ¿Qué tenía aquello que ver con Glasgow y su problema actual? Tal vez mucho… En todo caso, él no lo sabía.

—Me cogieron espiando a una de las inspectoras cuando se desdijo de repente y continuó inmediatamente como queriendo

disculparse. Todos lo hacían… especialmente con aquélla. Era la más joven y la más guapa. Yo me atreví una noche. Los chicos, decían que ella se daba cuenta de que la observaban por la ventanilla o por el ojo de la cerradura y que le gustaba.

Conforme hablaba empezó a sentir de nuevo el dolor en el bajo vientre y apretaba los muslos con violencia. Su voz se alzó frenética.

—¡Seguro que le gustaba! Me pilló en la puerta. ¿Sabe lo que me hizo aquella loca? ¿Sabe lo que me hizo aquella maldita loca? Me metió en su cuarto y me hizo quitarme los pantalones y los calzoncillos. Y se quedó allí de pie ante mí, desnuda… y cogió mi cinturón y me desmayé de dolor. Por eso me echaron de los *boy-scouts*. Ese fue el castigo. Dijeron que yo era un sucio. Estuve en el hospital casi dos semanas. Y todavía tengo las cicatrices… ahí… ya sabe —dijo señalando avergonzado su bajo vientre y su trasero—. Cuando hablo de esto me duele.

—¡Caramba!, eso es muy duro, muchacho —dijo Osterman con calculada simpatía—. Lo que hiciste estaba mal, ahora lo sabes, pero no debió pegarte de esa forma. Eso no está bien. Hay que suponer que a ella tampoco le funcionaba la cabeza.

—Eso digo yo —asintió Odell amargamente—. Cuando volví del hospital, ya no estaba. La habían echado. Pero aún me castigaron después de lo que me hizo. Todos se enteraron. Las vigilantas, los curas, las monjas, los chicos… Y nadie me ayudó a olvidarlo jamás. ¡Ni hablar! ¡Nunca volví a acercarme a una mujer! Hasta que aquella chica vino al preventorio de Glasgow…

—¿La mataste, Myron? —preguntó Osterman.

Odell le miró espantado e incrédulo. Sus ojos fueron del policía a Reisman una y otra vez.

—¡Me están engañando!, eso es, ¡intenta engañarme! —gritó de repente al borde de la histeria.

—¡Nadie intenta engañarte, Odell! —le cortó Reisman, irritado—. ¡Déjate de tonterías, ya eres un hombre, no un crío! Contesta a la pregunta.

—Soy inocente —susurró Odell sin mirarlos.

Reisman intervino en la conversación sin advertir las señas frenéticas de que se callara que le hacia Osterman.

—¡La muchacha fue encontrada desnuda y con un bisturí

clavado en el sexo y cortes en la garganta, los pechos y el vientre! ¡Tus huellas dactilares y las de la chica eran las únicas visibles, Odell! ¿Cómo diablos puedes explicarlo?

—¡Igual que lo expliqué en el estúpido juicio militar! ¡Yo usaba aquellos instrumentos! Era» mi trabajo, a veces dábamos los primeros auxilios cuando había un accidente o un caso de urgencia. ¡Claro que estaban mis huellas, tenían que estar…! ¡Pero las de la chica, no!

—¡Si luchó contigo por el bisturí, tenían que estar! —dijo Reisman incapaz de contener un nuevo tono de desdén en su voz. Escuchar a Odell… discutir con Odell… preocuparse por Odell… le hacía sentirse más sucio que la más abyecta basura… y en momentos tales le odiaba—. ¡Si murió intentando sacarse el bisturí, tenían que estar!

En la habitación se hizo un gran silencio.

—¿Es así como sucedió, Myron? —preguntó Osterman, amable.

Odell miró a los dos hombres.

—¡Dios mío, ayúdame, no sé… no me acuerdo… no puede ser… no puede ser… es horrible! —su mirada era sincera, suplicante—. ¿Puedo marcharme, mi capitán? No me encuentro bien.

—De acuerdo, Odell. Puedes irte —dijo Reisman, resignándose —. Preséntate al sargento Morgan y dile que pueden empezar a comer sin mí. Que no me molesten a menos que se trate de algo urgente. Y recuerda lo que te dije: Tienes que cerrar la boca. Haremos lo posible por ayudarte como te habíamos prometido.

También Odell parecía resignado, resignado con su destino.

—Claro, mi capitán. Comprendo —dijo en voz baja. Se volvió hacia Osterman—. Gracias, señor… por hablar conmigo.

Cuando estuvieron a solas, Reisman se sentó en el borde del catre.

—¿Qué piensas?

—Creo que él mismo se ha confesado al insistir tantas veces en que no lo hizo —replicó Osterman, cogiendo una gruesa carpeta de encima de la mesa—. Lo mismo que me enseñaste aquí… el sumario del juicio… la confesión que hizo después.

—Entonces, ¿crees que no vale la pena investigarlo?

—He trabajado en casos de violadores. Casos típicos… suicidios que parecen asesinatos… estupros grotescos en los que la chica o

sus familiares merecían ir a la cárcel en lugar del chico. En la investigación salen a relucir muchas cosas que tratamos de poner en claro. Algunas veces es imposible, naturalmente. ¿Tienes mucho interés por el muchacho? De acuerdo. A veces por carambola se consiguen aclarar muchas cosas…

Reisman le interrumpió.

—No es que crea necesariamente en su inocencia. Puede ser inocente. Y si lo es, quiero que lo saquen de aquí rápido, antes de que sea demasiado tarde. Si es culpable… quiero que lo sepa, mejor dicho, que lo recuerde. Que se enfrente a ello cara a cara como un hombre.

—Me parece que lo que pides es un médico de la cabeza, Johnny, no un policía —sugirió Osterman—. Uno de esos sicólogos o siquiatras o como se llamen.

—Tal vez —dijo Reisman—. Pero ahora lo que tengo es un buen policía.

Se sentía reacio a decirle que aquel «mocoso» de Londres era precisamente un sicólogo y había estado ahondando en el problema, de la misma forma que tampoco estaba dispuesto a revelar a Stuart Kinder que se había sincerado con León Osterman.

El policía se levantó de la silla y fue hacia la ventana. Permaneció de pie mirando hacia el exterior, mascando su cigarro apagado.

—Te acuerdas de lo que es tener miedo, ¿eh». Johnny? ¿Verte metido en un gran jaleo como cuando eras muchacho en Chicago? Eso es lo que sientes por éstos, ¿no?

—Jamás me han faltado complicaciones, Sarge. Han sido mi vida desde la última vez que me viste. Y el miedo lo he sentido más veces de las que soy capaz de acordarme.

Osterman se volvió de la ventana parar mirarle a la cara.

—Lo dices como en broma, Johnny, pero en realidad hablas en serio, ¿no?

Reisman le miró fríamente. ¿Por qué era tan difícil decir simplemente si y luego explicar? Se encogió de hombros.

—Sí, lo recuerdo —respondió. Y el mero hecho de decirlo pareció disminuir la enorme presión que le agobiaba, dando paso a una riada de recuerdos—. ¿Y tú? ¿Lo recuerdas todo?

—Naturalmente, como si fuera ayer —asintió Osterman

moviendo la cabeza—. Fue en el verano de 1930. ¿Qué edad tenías, diecisiete, dieciocho…?

—Dieciséis.

Reisman encendió un nuevo cigarrillo y comenzó a pasear… Era su último año en la escuela. Después, tal vez la Universidad, si se decidía por alguna carrera y encontraba el medio de pagársela. Su padre le consiguió un trabajo por horas durante el verano como lavacoches y ayudante de mecánico en un garaje. «Siempre es bueno conocer un oficio, incluso si vas a ser estudiante», había dicho Aaron mirándole con orgullo.

—Te observé desde que entraste en la comisaria —dijo Osterman. Seguía en pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y el cigarro en la boca—. Conocía a tu padre un poco y te había visto algunas veces con él. En seguida comprendí que estabas en un aprieto. Te noté rígido y asustado, parecías no haber pegado ojo en toda la noche, tal vez habías llorado.

—Si, estaba asustado. Pero la rabia era más fuerte que el miedo… Fue lo que me impulsó a ir, creo —dijo Reisman despacio—. También hubo lágrimas, lágrimas de vergüenza y de rabia de mí mismo, lágrimas de dolor por la muerte del viejo Tanner…

… En el barrio todos le conocían. Un viejo amable y bonachón que tenía una pastelería en Kedzie Avenue. No era exactamente lo que se llama un tugurio para apuestas; sin embargo, se podía jugar a los «números»[49]: un *nickel*, un *dime*, los *quarters*[50] eran ya apuestas de altura. Johnny Reisman jamás comprendió cómo funcionaba aquello, cómo se ganaba, por qué confiar a un tipo los pocos centavos ganados con tanta dificultad; ¿cómo se ganaba? ¿Por los resultados de las carreras de caballos? ¿Por la bolsa? ¿Por la lotería…? Jamás lo supo, o si Tanner o cualquier otro sacaban un número por las buenas y decían que ése era el premiado. En ocasiones, aunque raras, su padre jugaba; solía decir que alguna vez les llegaría la buena racha.

«Jacob, hijo mío, hazme un favor, ¿quieres? Ve a la tienda de Tanner y apuéstame un *nickel* a un número. Tengo una corazonada. Si quieres tentar la suerte, que sea un *dime*. Apuesta tú también, un *nickel*, quién sabe, a lo mejor entre tú y tu viejo logramos sacar lo suficiente para mandarte a la Universidad», le dijo en aquella ocasión, cuando salía del trabajo.

—No pienses que te lo estoy reprochando, muchacho, nada de eso —dijo Osterman, quitándose el puro de la boca—. Tenías razones suficientes para estar asustado. Era preciso tener riñones para ir allí y contármelo todo, como tú hiciste.

—¿Riñones?, ¡mierda! —arguyó Reisman, irritado—. Si los hubiera tenido en el momento preciso, el viejo Tanner estaría vivo.

—¿Sigues reprochándotelo, después de tantos años? ¡Es una tontería! —exclamó Osterman, al comprender repentinamente—. Te repito que hacían falta muchos huevos para hacer lo que hiciste: ir a la poli y denunciar por el asesinato del viejo a aquellos tres *gangsters*…

Estaba sentado en la barra bebiendo una soda y charlando con el viejo… No había nadie más en la tienda. Los tres hampones entraron. El rostro de Tanner se llenó de terror. Uno de ellos cerró la puerta y corrió las cortinillas. Los otros dos se acercaron, lentos, al mostrador. Johnny no los conocía, pero identificó los trajes llamativos, los ademanes agresivos: *gangsters*. Pensó que se trataba de un atraco, hasta que uno de ellos alargó el brazo por encima del mostrador cogiendo a Tanner por la garganta: «Te dijimos que nadie organiza los números aquí más que nosotros». Le abofeteaba. El muchacho reaccionó instintivamente gracias a la dureza adquirida en cientos de peleas entre muchachos, peleas callejeras, en la escuela, en el barrio, en la enorme y superpoblada ciudad… Yid, Wop, Kike, Guinea, Yewboy, Gingo, Polack, Heinie, Spic, Nigger…![51] y también a la dureza emocional que la ambivalencia de su mundo familiar le proporcionara:

—¡Eh, dejadle en paz! —gritó.

Agarró el brazo del matón para que soltara al viejo. Un golpe le alcanzó por detrás haciéndole caer del taburete. Le dolía el rostro. Otro se le echó encima levantándole por el pelo:

—Fuera, largo, crío —dijo, burlón—, te conviene. ¡No estuviste aquí!, ¿comprendido? No nos conoces, no te conocemos, ¿entendido?

Tras el mostrador estaban aporreando al viejo metódicamente. Tanner suplicaba y gritaba:

—¡Corre, Johnny, llama a la policía, llama a la policía! Golpeó a ciegas la mano que le atenazaba por los cabellos. El hampón le soltó y le dio con el revés de la mano. Cayó hacia atrás y oyó una voz

burlona:

—Conque gallito, ¿eh? ¿Quieres pelea? A ver si luchas contra esto. —Iba a lanzarse contra el tipo, pero se quedó paralizado. La pistola automática apuntaba a su corazón. El terror le heló la sangre en las venas—. ¡No, no dispares! —suplicó una voz, la suya, una voz de adolescente. Con una risotada el hombre apoyó el cañón de la pistola en el vientre del muchacho haciéndole retroceder hasta la puerta. Tanner seguía chillando, le llevaban a la trastienda.

—¡Corre, Johnny, corre. Llama a la policía, llama a la policía! El tipo cambió la pistola apoyándola ahora en la cabeza del muchacho. El contacto helado sobre la piel le produjo un nuevo espanto, tuvo náuseas.

—Ocúpate de tus asuntos, ¿entiendes, chico? —vociferó el *gangster*—, una palabra a la poli y muerto. Ahora largo de aquí y cierra el pico. Ni una palabra a nadie, ni ahora ni nunca. Ni a tu padre, ni a tu madre, ni a tus amigos, ni a la poli. En cuanto abras la boca te encuentras esto.

La pistola se agitó ante sus ojos desorbitados, amenazadora. Abrieron la puerta, le retorcieron brutalmente el brazo hacia atrás y salió impulsado por una patada justo en la rabadilla. Aún oyó los gritos del viejo mientras corría, corría, corría…

—Hui, Sarge, y le mataron —susurró Reisman, cesando en sus angustiosos paseos y deteniéndose ante Osterman. Le miró fijamente, casi suplicante, contraído el rostro por el tormento de los recuerdos recién evocados—. No fui a pedir ayuda y golpearon al viejo hasta matarle. Mi padre estaba e el funeral mientras yo hablaba contigo en la comisaría. Yo tenía que haber ido, pero no pude, la vergüenza…

—¿Vergüenza de qué? —interrumpió Osterman—. Si hubieras hecho otra cosa tu padre en lugar de asistir al funeral de Tanner habría ido al tuyo.

—Desde entonces he asistido miles de veces a mi propio funeral, sargento —dijo Reisman, ácidamente—. Sólo que estoy vivo. Es el castigo de los cobardes.

—¿Qué dices de cobardía, Johnny? ¿Fuiste un cobarde cuando viniste a contármelo todo a la comisaría? ¡Qué bobada! —gritó Osterman, dando con el dedo en el pecho de Reisman para acentuar sus apalabras.

—Pero ya era tarde. El viejo había muerto —concluyó Reisman, iniciando de nuevo sus paseos por la habitación.

—No pudiste hacer nada, Johnny, créeme —insistió Osterman—. Cuando aquellos matones te arrojaron de la tienda ya era demasiado tarde. Lo que le hicieron a Tanner en los primeros minutos fue lo que le mató. No habrías podido hacer nada por él, aunque hubieras llevado allí a toda la policía de Chicago. Cuando poco después le encontró su esposa y nos llamó ya estaba agonizando. Tardó un poco más en morir, eso es todo.

Pero Johnny Reisman no había sabido que agonizaba. Corrió aterrado… no dijo nada a su padre al llegar a casa, incluso mintió diciendo que Tanner tenía la tienda cerrada… mintió diciendo que no le pasaba nada, no, cuando Aaron le preguntó si se sentía malo le sucedía algo… pensando en ir a su tío Pete en busca de ayuda… Pete era un duro, él sabría que hacer…, Luego recordó la amenaza: si lo decía a alguien… y tuvo miedo por sí mismo, y secundariamente por tío Pete e incluso pensó que tal vez su tío hiciera cosas como aquéllas. Descartó la idea por absurda. Su tío no era como aquellos hampones. A la mañana siguiente Aaron le mostró la noticia en el periódico, ilustrándola con los insultos de rigor en inglés y en *yiddish* hacia los responsables. Para ocultar la agitación que se apoderó de él, Johnny añadió unos, cuantos insultos en italiano. Tanner había sido encontrado en estado comatoso en su tienda… Estaba en el hospital, no podía hablar, gravísimo.

—¿Cómo no iba a estar la tienda cerrada? —dijo Aaron inocentemente sin relacionar en absoluto a su hijo con el suceso que estaba leyendo.

A Johnny le costó gran esfuerzo disimular su turbación y más tarde, cuando su padre se hubo marchado, rompió a llorar y se sintió muy mal. Durante todo el día estuvo agonizando Tanner, y cada minuto fue una agonía también para Johnny Reisman, deseando que el Viejo viviera, se recobrara, declarara él mismo a la policía lo que sucedió, si quería, y librándole a él de responsabilidades…, pero una parte de su yo, recóndita, cruel y siniestra, era consciente en aquello. Al día siguiente los titulares anunciaban la muerte del anciano. Aaron al salir de casa dijo que iba a pedir permiso en el trabajo para asistir al sepelio. Acosado por

el terror, el pesar y la rabia, Johnny Reisman fue a la comisaría…

—Si Tanner hubiera vivido, tal vez no me hubiera presentado jamás en la comisaría —dijo Reisman.

—Tal vez. A lo mejor tampoco hubiera hablado Tanner por temor, Pero tú lo hiciste, Johnny, y eso es lo que cuenta —dijo Osterman. Pasó por delante de él hacia la silla y volvió a encender el cigarro—. Siempre me he alegrado de que hablaras conmigo, y no con ninguno de los sangre de horchata de la comisaría. Salí inmediatamente, en cuanto me dijiste de qué se trataba, ¿recuerdas? Y fuimos directos a la tienda de Tanner para comprobar si me decías la verdad. No es que creyera que me estabas mintiendo, pero ya sabes que a veces gente histérica o enferma cree tener alguna información importante, incluso algunos intentan tapar lo que ellos mismos han hecho, y tú estabas bastante nervioso y asustado y por eso quise comprobar tu historia cuidadosamente. No dije nada a nadie, ni siquiera al policía que estaba de guardia ante la tienda. Fue una magnifica idea tal y como se desarrollaron los acontecimientos. No sé, quizás estuviera tratando de protegerte o buscaba hacerme el héroe solucionando yo solo todo el asunto. Ni siquiera después redacté un parte, a Dios gracias, porque así no hubo nada que pudiera relacionarte con el caso Tanner ni con lo que sucedió más tarde.

Osterman hizo una pausa y dio una profunda chupada al cigarro, esperando hasta que Reisman dio la vuelta y fue hacia él en su paseo.

—Supongo que ahora vas a decirme que también al día siguiente fuiste un cobarde, cuando manejaste aquel «cañón», ¿eh? —preguntó suavemente.

Reisman se inclinó sobre la mesa y apagó la colilla en el bote.

—Todo fue parte de lo mismo. Me cagaba de miedo —murmuró chamuscándose los dedos al aplastar el cigarrillo…

El miedo había sido su eterno compañero. Sintiéndolo, casi palpándolo en torno suyo desde el momento en que tomó una decisión… Miedo en la comisaría, y cuando acompañó al detective al lugar del crimen para hacer una reconstrucción y mientras describía a los agresores, y al volver a la comisaría nervioso, lanzando miradas furtivas a las caras de los peatones, a la gente que holgazaneaba en los portales y en los callejones, respondiendo a las

muecas de Osterman que señalaba a los que se parecían a los asesinos… y después él solo, completamente solo…

—Ten cuidado, muchacho —había dicho el policía—. Si ves a esos tipos por ahí dímelo. Estaré a la espera.

Y Johnny se encontró de nuevo en la calle, solo con sus temores. Y eso era lo peor. No fue a trabajar. Se marchó al cine para perderse, para olvidar, metiéndose en las emociones de aquellos seres de la pantalla. Al salir era ya de noche y no había conseguido olvidar. El miedo volvió a invadirle en la puerta del cine y le acompañó hasta casa manteniéndole cauteloso, a la expectativa, dispuesto a saltar, extraordinariamente sensible a las miradas, los ruidos y los movimientos. El pistolero le cerró el paso en un cruce que conducía al terraplén del elevado, entre edificios. Era el mismo que le agrediera en la tienda de Tanner. Si hubiera disparado entonces, Johnny habría dejado de existir. Pero su pistola siguió enfundada. El tipo quería darle unas cuantas antes de disparar, quería jugar con él, enseñar al muchacho Con quién se las había gastado, lo que iba a hacerle y por qué. Al principio sintió un terror absoluto —no lo negaba— que le arrebató todo rastro de fuerza. El matón le arrastró hasta el pasadizo tapándole la boca con la mano, insultándole por haber ido a la policía. Pero Johnny comprendió la inutilidad del terror y conforme el hombre le pegaba con saña, el dolor creciente de los golpes, el fantasma acusador de Tanner, el punzante recuerdo de su cobardía… le fueron infundiendo serenidad junto con sus más primitivos impulsos de supervivencia. Se revolvió contra el *gángster* hecho una furia. El otro, sorprendido, cayó hacia atrás mientras tanteaba bajo la chaqueta para sacar la pistola, con la cara y el cuerpo al descubierto ante aquel inesperado ataque de rabia histérica. Chocó contra el muro de una casa y resbaló hasta el suelo, la pistola se deslizó de sus manos… Johnny, como el rayo, se apoderó de ella tembloroso y apuntó… Escuchó un grito, un grito terrible: ¡Nooo…! al tiempo que el estrecho callejón se inundaba de fragor y luces: un metro que pasaba al otro lado del terraplén sobre sus cabezas. El contacto del arma en su mano era emocionante. Supremo e increíble poder reflejado en el pánico cerval de la cara del *gángster*. Ya no sentía temor, pena, simpatía ni antipatía por aquel hombre. Sólo una imperiosa necesidad de venganza, venganza de Tanner, y el sereno convencimiento, casi

tranquilo, de que tenía que destruir a su atacante. Ahogada por el fragor del tren apenas oyó la detonación. Disparó, disparó una y otra vez, más y más, consciente de lo que hacía, exaltado. Sólo cesó al advertir que el arma estaba vacía y que sobre el lugar planeaba ahora un pavoroso silencio… Lentamente se acercó al cuerpo acribillado y sangrante. Lo miró con detenimiento en la oscuridad, para que su imagen le quedara grabada en el cerebro. Tiró la pistola y huyó… con un sollozo agónico y horrible de conciencia…

—Así que tenías miedo, ¿y qué? Vaya cosa —dijo Osterman—. ¡Cómo no ibas a estar asustado! No se mata a un hombre todos los días. Yo nunca me he visto obligado a hacerlo, a Dios gracias, pero hasta un policía se pone nervioso.

—No me refiero a eso —dijo Reisman como distante… Desde entonces ya había aprendido… ya no le ponía nervioso… luchó y mató de todas las formas, con todos los estilos, en todas las partes de la tierra… cada vez era más fácil—. No entiendes, sargento. No me vi obligado a matarlo, ¡quise hacerlo!

—No, Johnny. Tuviste que hacerlo. Tampoco puedes reprocharte eso —insistió Osterman—. Se trataba de ti o de él… un accidente, como dijo tu padre cuando me llamó para que fuera corriendo a vuestra casa.

—Es algo que jamás comprendí bien —dijo Reisman sentándose de nuevo en el catre—. ¿Por qué me encubriste haciendo que mi padre se quedara en casa y te jurara no decir ni una palabra? Arrastrándome a aquel maldito callejón donde eché las triplas mientras tú huroneabas por allí con la pistola y el cadáver. Luego me llevaste a los muelles y a la mañana siguiente estaba cargando carbón en un barco de mineral del lago Michigan. No es que me queje, Sarge —dijo Reisman sarcástico levantando la mano—. Después de todo son las clásicas experiencias por las que uno tiene que pasar para ir madurando y haciéndose hombre y…

—Te lo debía —interrumpió Osterman encogiéndose de hombros y contemplando la ceniza del puro sin levantar la vista—. Además no fue para tanto: un hijo de puta muerto, que es lo que se merecía… Hasta ahorraste a los contribuyentes el gasto de ejecutarlo. A los otros dos los pillamos por casualidad. Fuiste un buen muchacho. Hiciste algo estupendo y pudiste verte en un lío de dos maneras: lío menor con la policía, la ley, las investigaciones y

todo eso… y lío mayor con la banda aquella. Como te dije antes… no se hizo mal a nadie procediendo como yo hice.

—Pero corriste un riesgo. Pudiste verte en un jaleo serio.

—Supongo que sí —dijo Osterman levantándose pesadamente y yendo hacia la ventana de nuevo.

—¿Por qué me lo debías? —insistió Reisman.

—Culpabilidad —murmuró Osterman mirando hacia el recinto del campamento—, igual que esos muchachos, igual que tú —se volvió para mirar a Reisman a la cara—. Pero la mía fue culpabilidad de la estupidez. Lo que te ocurrió fue por mi culpa… aquel hampón pudo matarte. Sólo tus riñones… tal vez algo de suerte, quizá también… algo de Dios, ¿quién sabe?, fue lo que hizo que te lo cargaras y vivieras para contarlo. No debí dejarte marchar solo cuando viniste y me contaste lo de los asesinos de Tanner. Debí ponerte en un hotel bajo, custodia, o haberte puesto día y noche un vigilante que te protegiera. Debí prevenir que en cuanto empezase a buscar a aquellos tipos, les darían la alarma y te buscarían. A lo mejor nos vieron juntos por la calle. ¿Quién sabe? Así que tú diste la cara… y yo di la mía. Por lo que tu padre me dice… por lo que veo aquí… no has cambiado mucho. Sigues dándola, ¿eh, Johnny?

—¿Tú no?

—Claro, ¿por qué no? Es la alegría de la vida —dijo Osterman sonriente—. Bueno, ¿qué tienes de comer en este antro? Tengo hambre.

—Como raciones K con los presos.

—¡Coño! ¿Y si vienes al pueblo conmigo?

—No puedo. Tengo una guardia después.

—Bueno, nos diremos adiós ahora. ¿De acuerdo, muchacho? —dijo Osterman dándole la mano—. Haré lo que pueda por Odell y estaré a la escucha. Me agrada ayudar… pero será por cuenta propia, estrictamente personal. Nada oficial.

Reisman le estrechó la mano calurosamente. Le gustaba León Osterman. Ahora, al fin, podía decir que lo conocía, y que era un gran tipo.

—Así lo espero, Sarge —dijo—. No puede ser oficial; si no, ya haría rato que te hubiera echado de aquí.

24

El capitán Stuart Kinder regresó al campamento el jueves 23 de marzo. Durante dos días se dedicó a adoctrinar a los presos con vehementes charlas, propaganda, folletos morales y películas tituladas: «¿Por qué luchamos?», combinadas con el programa normal de entrenamientos, intentaba situarlos en el esquema mental apropiado para el sábado por la mañana, día en que Reisman les entregaría la munición para el tiro. Exceptuando los graciosos de costumbre cuando Kinder aludió sin darse cuenta a la madre, Dios y la Patria, los hombres mostraron particular atención y gran interés por los temas, aunque Reisman sospechaba que más por lo que tenían de pasatiempo y ruptura del tedio y la dureza del horario que por los encomiables esfuerzos de Kinder.

Si ya no existía aquella amenaza del principio, aquel pánico enconado, aquella frustración, al menos, creía Reisman, en muchos de los hombres, había llegado el momento de provocarla, canalizada y dirigida, metiéndosela en la cabeza, para que siguiera dando coherencia a las etapas finales del entrenamiento.

El viernes por la noche, después de la cena, Reisman dividió a los presos en dos patrullas y asignó a cada grupo una misión específica y diferentes objetivos en lugares también distintos de la finca. Ahora ya habían recorrido la propiedad pulgada a pulgada, innumerables veces, de noche y de día, y eran capaces de recordar exactamente cualquier detalle, contorno u obstáculo del terreno y seguramente podrían hacer la marcha y el reconocimiento con los ojos vendados.

Víctor Franko, para su propia sorpresa y la de los demás, fue designado para mandar uno de los grupos; Ken Sawyer el otro. Las patrullas salieron del campamento con un intervalo de quince minutos. Ambas teman órdenes de avanzar en silencio y evitar a la otra exactamente como si fueran el enemigo en la guerra. Sin

embargo, Reisman había planeado sobre el mapa unas líneas de marcha que se cruzaban en ciertos puntos. Salían solos por primera vez. Solos los presos. Sin guardianes.

Stuart Kinder, observando fuera de la alambrada con Reisman a los presos que desaparecían en la negrura de la noche, sintió una enorme ansiedad por aquella misión nocturna, su oportunidad y la eficacia de su propio trabajo en los últimos días.

—¿De verdad consideras esto prudente? —susurró.

Reisman lanzó una ojeada a su reloj, luego a Kinder en traje de faena y con ametralladora. Ahora parecía estar más cómodo.

—Tienen dos horas por ahí solos —dijo Reisman—, tiempo suficiente para maquinar cualquier cosa que tengan en la cabeza para mañana.

—¿Por qué dejarles entonces…? —preguntó Kinder incrédulo—. No querrás que lo hagan, ¿no?

—No, claro…, pero no se sabe. Digamos en todo caso que es mi propia versión del *test* de fidelidad que me mencionaste, Stu.

—Estoy aplicándolo —explicó Kinder apresuradamente—, es bastante difícil y sólo tendrá carácter experimental, pero…

—Tenemos que darles suficiente cuerda para que ellos mismos se ahorquen —dijo Reisman fríamente—. Toda la labor que hemos realizado con ellos puede estar equivocada. Todo lo que les hemos enseñado, lo que hemos hecho juntos puede ser una farsa, y las tres semanas de entrenamiento venirse abajo… o algo peor. ¿Pero qué otra forma tenemos de averiguar que nuestro trabajo marcha? ¿Preferirías que nos echaran sus sucias manos encima mañana, si es lo que tienen metido en la cabeza, o cuando les lancemos sobre los *krauts* para la misión?

—Mañana —contestó Kinder débilmente.

Volvieron juntos al barracón y Reisman dio un ligero golpe en el cañón del arma de Kinder y advirtió:

—Asegúrate de que sabes utilizar esto en caso necesario.

Kinder experimentó entonces la aguda y terrible realidad de todo aquel asunto, como hasta entonces no había sentido.

Víctor Franko condujo a la patrulla directamente al polígono de tiro que habían construido aquella misma mañana. Estaba situado al otro extremo de la finca, aprovechando una depresión natural del terreno en el acantilado. La luz de la luna iluminaba los pozos de

tiro, los caballetes y los sacos terreros tras los que se resguardarían los encargados de contabilizar los disparos. Napoleón White, Archer Maggot, Roscoe Lever, Myron Odell y Luis Jiménez eran los integrantes del grupo.

—Diez minutos de descanso —dijo Franko—; podéis fumar si queréis, pero vamos a hacerlo como soldados de verdad, esconded las cerillas y las colillas para que nadie las vea.

—Vaya —murmuró Lever— ¿quién demonios crees que eres para decimos lo que debemos hacer, imbécil?

—¿Quieres pasarte toda la noche andando por esta jodía finca, estúpido? —replicó Franko—. ¿O prefieres sentarte y tomártelo con tranquilidad hasta que sea hora de volver? Si cerramos el pico Reisman no advertirá la diferencia.

—¿Qué diablos hacemos aquí, Franko? —arriesgó Napoleón recostándose contra un talud. Había visto el mapa, y la línea de marcha que trazó Reisman para la patrulla rodeaba aquella zona.

—Mira, White —replicó Franko—, me importa un rábano si fuiste oficial o no. Ya no lo eres. Ahora eres uno más. Cuando el cabrón del capitán te dio el mando yo te obedecí, hice lo que mandabas y no dije esta boca es mía, ¿no?

—Más o menos —contestó Napoleón. Cuando Franko le hacía la pelota, trataba de congraciarse con él, le llamaba Nappy; ahora le decía White.

—Haz tú lo mismo —ordenó Franko petulante.

—Muy *Okay* bien, muchacho, muy bien —murmuró Archer Maggot. Le hubiera gustado añadir: «Estúpido «taño», no ves que no es como nosotros. ¿No tienes ojos…?». Pero estaba escarmentado y sabía que su fanatismo no le conducía a nada con los demás, era contraproducente. Se contuvo.

—Tú te callas, sureño, no necesito ayuda —exclamó Franko.

Napoleón ignoraba por completo a Maggot, pues acabó descubriendo que era la mejor forma de tratarle. Se rió de Franko haciendo desde su posición tumbada un enfático saludo y un «sí, mi general». Se sentía vejado porque Reisman confiara el mando de la patrulla a Franko. Aunque se lo había dado a todos, Napoleón había sido encargado con más frecuencia últimamente y en cierto modo, aunque sabía que no tema derecho alguno, lo esperaba. Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió ocultándose con el casco. Si

Franko quería que se quedaran allí toda la noche, a él no le importaba. Estaba cumpliendo órdenes. Si Reisman llegaba a descubrirlo, Franko se la cargaría, sería la última vez que le encargaba algo, salvo limpiar letrinas.

Sin embargo, Víctor Franko no pretendía tan sólo estarse allí sentado. Quería hablar sobre el día siguiente. Les dejó que se sentaran en corro, descansando, bromeando y fumando, mientras intentaba elaborar mentalmente los detalles de su plan y la forma de preguntárselo a aquellos tipos…

No muy lejos de allí, Samson Posey iba de explorador de la patrulla de líen Sawyer. Oyó las voces, avanzó a paso de lobo hacia donde provenían y regresó para informar que la patrulla de Franko estaba sentada en el polígono de tiro. Despertó la curiosidad de Sawyer y de los restantes hombres del grupo: Calvin Smith, Glenn Gilpin, Vernon Pinkley y Joe Wladislaw.

—A ver cuánto podemos acércanos sin que se den cuenta —murmuró Sawyer. Se sentía a gusto como jefe de patrulla. Agradecía a Reisman las oportunidades que le daba para demostrar su competencia y experimentación en ciertas fases del entrenamiento. Y los muchachos, incluso los reacios y los malditos fanfarrones que siempre actuaban en plan «duro», parecían respetarle y obedecerle sin rechistar porque era el único de ellos que había combatido.

Sus hombres se desplegaron rápidos y silenciosos por los matorrales, siguiendo las indicaciones que Sawyer les hacía con la mano para que guardaran las distancias y se situaran en torno al perímetro montuoso donde estaba enclavado el campo de tiro. Fueron tomando posiciones hasta que pudieron ver y oír sin ser descubiertos.

—Tengo un plan para mañana —dijo Víctor Franko.

—Explícate, ¿qué quieres decir? —replicó Luis Jiménez suspicaz.

—Mañana nos traen aquí y nos dan munición de verdad —dijo Franko despacio. Su rostro se volvió escrutándolos uno por uno. Mantenía la ametralladora sujeta con ambas manos, como si fuera una ofrenda—. Somos doce contra nueve…

—Diez. El otro capitán ha venido —le recordó Lever aproximándose.

—Nueve, diez, que más da. Tres de nosotros podemos

encargarnos de los guardianes y quitarlos de en medio —dijo Franko. Un estremecimiento recorrió al grupo. Advirtió que le escuchaban tensos, ya no estaban descansando espatarrados.

Myron Odell abrió la boca para protestar, pero no le salieron las palabras. Los débiles sentimientos de camaradería que durante aquellas semanas había empezado a sentir hacia los otros se disiparon ante el nuevo temor. Y entonces se recostó guardando silencio.

—Mierda, en tu puta vida has tenido idea de lp que estás hablando, Franko —dijo Maggot sarcástico.

—Entonces ¿por qué me escuchas con tanta atención, sureño? —replicó Franko.

—Tratas de meternos en complicaciones, muchacho, creo que más vale que te calles —dijo Jiménez.

—No, déjale hablar, Luis —replicó Napoleónr—. Oigamos lo que tiene que decir. Estoy seguro de que será muy brillante.

—Lo primero: que no se lo esperan —comenzó Franko.

—Lo primero que te equivocas —cortó Napoleón—. ¿Crees que Reisman es tan estúpido como tú?

—Por Cristo, Nappy, escúchame ¿quieres? —dijo Franko con voz más suplicante que autoritaria.

—Eso es, muchacho —intervino Maggot—; déjale hablar hasta que se seque.

—Les sorprendemos… les liquidamos y nadie sabrá lo que pasó, porque nadie viene por aquí jamás —continuó Franko.

—Quieres decir matarlos —exclamó Odell incrédulo.

—Exacto, ¿qué diablos crees que digo, Pope?

—Pero tienen ametralladoras. Dispararán, nos matarán —protestó Odell.

—Si caemos sobre ellos por sorpresa, no —replicó Franko. Golpeó afectuosamente su arma y una sonrisa iluminó su ceñudo rostro—. Cuatrocientos cincuenta disparos por minuto. Es lo que nos dijo el Gran Hombre, ¿no?

—Pero sólo treinta por peine —recordó Napoleón.

—Tres veces más de lo que yo necesito… tres balas para cada uno… Alcance máximo: mil seiscientas yardas… Efectivo: doscientas yardas… Aprendí bien mis lecciones, ¿verdad? Pero voy a estar situado mucho más cerca del hijo de puta ese.

—Ya os dije que sería brillantísimo —se burló Napoleón.

—Deja de pincharle, demonios —gruñó Lever volviéndose a Napoleón—. Escúchale.

—De acuerdo —dijo Napoleón, resignado—, sorprendemos a los diez que vigilan cada uno de nuestros movimientos. Los matamos a todos. ¿Y luego, qué más?

—Los enterramos ahí —dijo Franko señalando los fosos de tiro —. Y si no fuera demasiado complicado los cogería y los metería en las zanjas de las letrinas. Ahí es donde irá Morgan.

—¿Y después, Franko…?, piénsalo bien —dijo Lever jugueteando nervioso con el seguro de su arma arriba y abajo.

—Como digo, nadie viene jamás por el campamento. Tengo un plan… desde luego… pero tendremos tiempo de sobra para actuar y planear las cosas mejor aún. Si hieren a alguno, podemos curarle.

—Claro, Franko, qué bonito sería verte actuar de enfermera conmigo con un balazo en el culo… ¡qué delicia!

—¿Y después del funeral, qué hacemos? —preguntó Napoleón—. ¿Cuál es tu plan maravilloso? ¿Nadar hacia los alemanes?

—Nos escondemos en la casa hasta el anochecer. Nos encargamos de la mujer y…

—La matamos, supongo —lanzó Napoleón.

—¿Qué ocurre, muchacho? ¿No tienes cojones para hacerlo? —preguntó Maggot.

—¡Cojones! —explotó Napoleón escupiendo en el suelo a los pies de Maggot—. Esos son tus cobardes cojones de violador.

Maggot se abalanzó hacia él, pero Franko le retuvo por el brazo y le obligó a echarse. Lever, interesado por el plan, ayudó a sujetarle.

—Eso es. La matamos y cogemos lo necesario para huir —continuó Franko—. Por la noche nos largamos… con todas las armas, municiones y comida que podamos. No a la carretera, sino a la playa. Buscamos una barca y cruzamos el Canal o vamos a alguna isla… tal vez a Irlanda. Allí no están en guerra.

Napoleón se sorprendió de que Franko supiera aquel detalle.

—Es lo que se dice un plan bien elaborado —dijo sonriendo.

—No está mal, ¿tienes tú uno mejor? —dijo Lever agresivo.

—Sí, continuar jugando a los soldaditos —replicó Napoleón en tono de burla. Agarró la metralleta—. Me apuesto a que mañana no

la tendremos. Me juego lo que queráis a que Reisman las recoge y volvemos al M-1. Disparos sencillos… ocho balas por peine… ¿Qué crees que podemos hacer con eso, Franko?

—No importa —vociferó Franko—. ¿Estáis conmigo o no?

Miraron expectantes a Napoleón esperando una respuesta. Todos, incluso Archer Maggot.

—Tú actúas primero, matón —dijo White— y de forma que todos te veamos… Entonces, tal vez esté contigo.

Ken Sawyer hubiera deseado descubrirse y gritarles algo, pero no sabía el qué. Se deslizó rápido de su escondite y fue de uno a otro de los hombres apostados indicándoles que le siguieran. Fuera de la escucha del grupo de Franko, de nuevo en la ruta de su marcha, dio el alto y preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Quieren matar al capitán —dijo Samson sacudiendo la cabeza.

—No todos. A mí me parece que sólo Franko. No es buena persona, no es bueno —declaró Calvin Smith con voz apagada—. Jesús dijo: No matarás. Lo escribió San Mateo.

—Guárdatelo para la iglesia, demonios —interrumpió Sawyer—. ¿Qué hacemos? ¿Se lo decimos al capitán?

—No puedes hacer eso —dijo Gilpin—. A mí tampoco me gusta, pero nadie se chiva de otro.

—Le colgarían —dijo Joe Wladislaw nervioso—. Tal vez a todos por escucharle.

—¿Entonces, qué diablos hacemos? —preguntó Sawyer. Sabía lo que él haría si llegaba el caso. Se contuvo porque le daba miedo decirlo—. ¿Queréis volver allí y decirles que estamos con ellos? ¡Es una locura! —exclamó.

—Yo sugiero que cerremos el pico y lo olvidemos —dijo Gilpin—. Veremos qué ocurre mañana. No sabemos si están decididos. Lo único que escuchamos fue a Franko despotricando.

Todos se miraron desconfiados. Ya no era cuestión de nosotros, sino de yo. Víctor Franko acababa de introducir un nuevo elemento en la posible cohesión del grupo, y nadie estaba dispuesto a confiarse a los demás.

El capitán Stuart Kinder estaba tan nervioso que no podía afeitarse aquella mañana, por temor a cortarse. Estaba irritado y se

imaginaba con tal mal aspecto como los presos. Antes de salir del campamento, Reisman le entregó, igual que a los guardianes, seis peines más para la metralleta, y les explicó su colocación y las reglas a seguir en el polígono de tiro en caso de que todo fuera bien y en caso de alarma. Se pusieron en marcha. Los presos cargaron con la munición además de los pesados macutos de campaña. El amanecer era despejado, soplaba un ligero viento que prometía un día de sol. No obstante, Kinder captaba un estado de tensión, ansiedad más que expectación —superior a la suya— en los movimientos automáticos y el silencio que envolvía al grupo como una especie de halo ahuyentando el murmullo habitual entre los hombres y los PM. Sus ojos no se apartaban de los dos presos cuya vigilancia le habían asignado. En contra de las normas de seguridad, llevaba la metralleta cargada y montada, igual que los guardianes, como si avanzaran por una zona del frente con peligro inmediato de ser atacados.

Ya en el polígono, Reisman dejó el grupo a la entrada del largo y estrecho valle y efectuó un rápido reconocimiento del área. Huroneó a ambos lados del montículo, dentro y fuera de las zanjas, alrededor de los pozos, los taludes y los blancos, buscando cualquier señal alarmante, cualquier indicación que pudiera haber sido dejada la noche anterior. Nada encontró excepto colillas aplastadas junto a los pozos que le indicaron que los presos habían estado allí, a pesar de que ninguna de las dos patrullas tenía indicado el lugar en su ruta.

Los hombres aguardaban en silencio, formados, mirándose unos a otros y a los guardianes y al capitán conforme se acercaba a ellos. Las cajas de munición estaban amontonadas y vigiladas a cierta distancia. El sargento primero Morgan esperaba con desgana las órdenes.

—Inspección de armas —le ordenó Reisman.

Los presos llevaban las metralletas que habían utilizado los últimos días. Aunque pensó iniciar los ejercicios de tiro con el rifle, lo que hubiera estado más de acuerdo con el reglamento, cambió de idea y les dejó la metralleta para fortalecerles y hacer mayor la tentación con la superior potencia de disparo del arma.

Recorrió la fila inspeccionando la recámara y el cañón, y el rostro de cada uno conforme les devolvía el arma. Ninguno

mantuvo la mirada, miraban a un lado o tras él. Víctor Franko agarraba con tanta fuerza su metralleta que Reisman tuvo que tirar tres veces hasta conseguir que la soltara correctamente. Al devolverle el arma a Odell se le escurrió de las manos y hubiera caído al suelo a no ser porque Reisman la recogió. Todos los hombres permanecían inesperadamente tensos e inquietos. No podía decir si era por la excitación del tiro o por cualquiera otra causa. Reisman, sin embargo, decidió darles alguna precaución real.

—Los guardianes dispararán primero —anunció—. Os enseñarán la velocidad y exactitud con que esta arma permite dar en el blanco. Tirarán contra una silueta a cincuenta yardas. Es una distancia bastante más considerable que la que estamos ahora de vosotros. White, Gilpin, Jiménez, Wladislaw, Pinkley y Odell, venid conmigo. Pondremos los blancos y nos cubriremos. El capitán Kinder actuará como oficial de seguridad y observará desde su posición tras la línea de fuego si alguien en los pozos está en peligro. El sargento Bowren mandará la línea de fuego. A su orden de disparar seguirá un toque de silbato como señal para que sea ejecutada. El alto el fuego será precedido de una serie de toques largos y fuertes de silbato que darán el sargento Bowren y el capitán Kinder. No salgáis de los parapetos para marcar o cambiar los blancos hasta que se os ordene después del alto el fuego. Si apreciáis vuestros culos más vale que mordáis el polvo mientras vuelan las balas. Los restantes… Franko, Lever, Maggot, Sawyer, Fosey y Smith…, formados tras la línea de fuego con el sargento Morgan. Y observad atentamente.

Con los de los blancos y un PM, Reisman penetró en el polígono de tiro. No poseía ninguno de los cachivaches prescritos por el reglamento para el ejercicio con metralleta: muñecos controlados por cuerdas que se mueven y ocultan, pero bastaba para sus propósitos con el espacio suficiente para una fila de cuatro tiradores. Los blancos serían fijos, alternándose burdas siluetas, inclinadas, arrodilladas y de pie con dianas tipo A, *standard* para tiro de rifle. La distancia de tiro variaría hasta doscientas yardas.

Tras uno de los taludes de arena donde se resguardaba con dos de los presos y el capitán Reisman, Myron Odell se esforzaba en escuchar las órdenes del sargento Bowren… ¡Atentos a la derecha, atentos a la izquierda…! Oyó la orden de fuego, el sonido del silbato y después el fragor de las detonaciones. Tembló sintiendo

una necesidad incontrolable de levantarse y echar a correr. Aplastó la cara contra la arena, la levantó y sus ojos miraron a uno y a otro lado histéricamente.

Reisman, junto a él, se apresuró a decir:

—¿Qué sucede? No nos van a dar, aquí estamos seguros.

—Es mi primera experiencia, señor.

—No lo es. Recuerda el día del acantilado.

—Era diferente, mi capitán.

—¿Nunca has hecho un supuesto táctico en los Estados Unidos?

—No señor, ni siquiera he disparado un arma. No hicimos esa clase de entrenamientos —gritó Odell con voz temblorosa.

El *staccato* de las armas cesó. El silencio fue tan sorprendente como lo había sido el fragor. El silbato del sargento Bowren sonaba con claridad. Las ráfagas no habían durado más de un minuto.

—No ha sido tan terrible, ¿eh, Myron? —dijo Reisman.

—No, no señor —replicó Odell ablandado por el pánico.

—¿Crees que podrás acostumbrarte?

—Sí, señor, creo que sí.

—Si se hace a menudo llega a gustarle a uno.

—Claro, mi capitán —dijo Odell, nervioso—. Y asé que tengo que acostumbrarme.

Reisman levantó la cabeza, miró por encima del talud y se puso en pie. Los cuatro guardianes que acababan de disparar tenían sus metralletas cargadas con nuevos peines, montadas y apuntadas hacia el cielo. A su alrededor, desparramados, los casquillos de los seis peines que acababan de disparar. El aire olía a pólvora.

—Muy bien, fuera de los pozos. Vamos a ver los blancos —ordenó Reisman—. Morgan, traiga el grupo aquí y veamos qué ha quedado de esos chismes.

Muy poco. Víctor Franko miró asombrado las siluetas destrozadas, horadadas, hechas trizas por los mortales impactos del «45» que morían en el talud de detrás. Palpó los jirones de cartón, recorrió con los dedos las profundas muescas y agujeros de los gruesos postes y sintió un escalofrío de terror como si estuviera tocando su propio cadáver.

Reisman pensó que no era necesario repetir la demostración con el resto de los guardianes. La advertencia estaba clara.

—¡Franko, White, Sawyer, Odell… a la línea de tiro! —ordenó.

Reagrupó a los otros colocando seis en los pozos y dos observando tras la línea—. Los PM en sus puestos. Bowren, Kinder y Morgan situados en sus respectivos lugares. Se colocaron nuevos blancos. Los encargados de registrar los impactos se resguardaron. Reisman recorrió la línea de tiro —Odell, Sawyer, Franko y White en ese orden de izquierda a derecha— y les fue entregando dos peines.

—Uno en el bolsillo, otro en la mano. No carguéis hasta que os lo ordene. —Luego les dio la espalda y echó a andar hacia el centro del polígono. Se volvió a ellos al llegar al primer grupo de blancos. Descolgó su ametralladora del hombro y se la colocó en la cintura apuntando al suelo. Los accidentes suelen ocurrir y él no quería provocarlos… Les estaba tentando al límite y en tales momentos volvía a sentir aquel aturdimiento especial, aquel pánico que le aguzaba los sentidos y tensaba los músculos para actuar.

El capitán Stuart Kinder, a diez yardas a la izquierda de los tiradores, permanecía con la mirada fija, como fascinado, no en los hombres sino en los fosos, ávido de seguridad. La escena parecía desfilar a cámara lenta ante sus ojos.

El sargento primero Cari Morgan, a diez yardas a la derecha de los tiradores, maldecía en silencio a Reisman mientras con su ametralladora apuntaba a la espalda de los presos. No quería jaleos. Estaba lo suficientemente cerca de sus armas como para ser herido o muerto si se volvían. Pero si ocurría algo —y aquel hijo de puta fanfarrón lo estaba buscando— esperaba que uno de ellos matara a Reisman y que ese uno fuera Franko para así poder colgarle.

¡El sargento! Clyde Bowren recorrió lentamente la fila de tiro, situándose por último casi al borde del terreno de disparo, mirando atento a los hombres, escrutando sus rostros, los movimientos de sus manos y cuerpos, temiendo tener que matar alguno en los próximos segundos.

—Cargad y montad vuestras armas… y mantenedlas apuntadas al cielo —ordenó Reisman.

Metal chocando contra metal. El chasquido de los cartuchos al penetrar en la recámara. Resonar de los cerrojos al ser corridos y montados.

Transpiraban. Las manos de Víctor Franko transpiraban. Pese a la brisa, el sudor inundó su frente. Sus ojos se llenaron de rabia y frustración. La figura de Reisman se nublaba en la lejanía como

envuelta en un vaho confuso mientras hablaba.

—¡Vais a disparar esos dos peines más que nada para acostumbraros al pulso del arma! Podéis disparar rápido o lento, a vuestro gusto. Más adelante le tomaréis el tacto al gatillo de tal forma que a cada presión disparéis una bala y deis en el blanco. Si se encasquilla el arma, extraed rápidamente el peine, levantad la mano y mantened el cañón hacia abajo. El capitán Kinder y el sargento Bowren ordenarán en seguida alto el fuego con el silbato y os ayudarán. Seguid mis instrucciones al pie de la letra.

Franko se pasó la mano libre por la frente y los ojos, limpiándose el sudor. Vio a Reisman volver de nuevo la espalda y dirigirse lentamente hacia uno de los refugios de sacos terreros. Franko giró su cabeza, un giro apenas perceptible. Vio a Morgan a un lado, frente a él… Morgan y Kinder a su espalda… Los PM desplegados al fondo, a los lados, en los taludes que dominaban el polígono…, todos apuntándole con sus armas.

Reisman ya no estaba. Había desaparecido en uno de los pozos. El sargento Bowren tomó el mando, retrocedió a la altura, de la fila de tiradores y empezó a dar órdenes.

—¡Atentos a la derecha, atentos a la izquierda…, listos en la línea de tiro…, terreno despejado…! ¡Fuego!

El sonido penetrante, húmedo y súbito del silbato de Bowren llenó el aire… Después, el silencio. Nadie disparó. Los tiradores estaban inmóviles.

Víctor Franko temblaba, incapaz de distinguir el blanco, incapaz de levantar el seguro y pulsar el gatillo. Miró a Sawyer… a Odell… a Napoleón… Sintió sus ojos aunque no le miraban…, vio sus cuerpos que se volvían ligeramente hacia él.

—¡Fuego!, gilipollas, hijos de puta, ¡fuego! —aulló Bowren.

El temblor cesó. El pulgar de Franko levantó el seguro, apretó el gatillo y el miedo y la frustración desaparecieron cuando el arma se agitó y retrocedió entre sus manos, mientras la ráfaga de balas iba a clavarse en una de las siluetas de cartón. El peine se vació en segundos. Advirtió el silencio —el suyo y el de los otros— antes de darse cuenta que había gastado la munición. Respiraba agitado, como si estuviera físicamente agotado, y sin embargo, una ráfaga de alivio, que poco a poco se transformaba en placer, en alegría, empezó a recorrerle. Giró la cabeza hacia los otros… Sawyer, Odell,

Napoleón: todos le miraban… Hacia Bowren, Kinder, Morgan y los PM… y deseó que Reisman estuviera visible… y sonrió por todos. Ya habría otra ocasión de ajustar cuentas, otra ocasión de libertad. Pero aquello era por el momento suficiente poder. Una válvula de escape.

Despacio, intencionadamente, consciente de que a cada movimiento que efectuaba era observado, Franko extrajo y arrojó el peine vacío, sacó el otro del bolsillo, lo metió, apoyó el arma en su hombro y con disparos cortos, certeros y apuntando cuidadosamente, empezó a jugar con los blancos.

25

En los días y noches que pasaron juntos practicando en el polígono de tiro, Reisman llegó a admitir que la Inmunda Docena merecía un nuevo grado de confianza. Era un ejercicio de nervios…, pero pronto advirtió que, para los hombres, el tiro al blanco era tanto un placer como una necesidad militar.

Para muchos, un elemento de hombría, orgullo y revalorización. Para Myron Odell significaba confianza en una habilidad nueva. Al principio se mostró tímido e inexperto, pero pronto aprendió el manejo de la metralleta, el rifle, la carabina y la pistola automática del «45», con casi la misma fría eficacia de los otros. Y aunque Reisman temía las prácticas con granada —no tanto por un posible ataque de los presos sino por la tendencia en tipos como Odell al atropellarse y matarse a sí mismo y a los demás— cuando empezaron a lanzarlas, Myron las manejó con idéntico temor y desconfianza que el resto de la pandilla.

En cierta medida el capitán comenzó a suavizarse con sus hombres. De vez en cuando les daba un desayuno caliente en el barracón con los guardianes y con más frecuencia noches de recreo.

Víctor Franko, al saber que poseía el poder de vida y muerte sobre los demás, cada vez que le entregaban la munición, se sentía más igual a Reisman y ya no temblaba al jugar a las damas con el sargento Morgan. Experimentó el placer y el inmenso júbilo de ganarle una vez y tuvo el coraje de negarse a la revancha pese a los gruñidos de Morgan.

Los aficionados a las cartas tuvieron barajas nuevas y en vez de balas jugaron con dinero de un palé que trajo el capitán Kinder, entre otros juegos y lecturas recreativas.

Samson Posey sacrificó su máxima afición entregándose de lleno a la lectura, a la escritura y los manuales de aritmética. Kinder quiso asesorarle, pero Reisman le pidió que no lo hiciera, y obtuvo

el resultado que buscaba: Napoleón y después Odell, al ver las dificultades de Samson, empezaron a turnarse para ayudarle.

—Están a punto para la próxima fase —dijo Reisman a Kinder a mitad de la semana.

Estaban en la oficina, tras la guardia nocturna, después del toque de silencio. Conforme hablaba, Reisman señaló un calendario.

—Desearía que consiguieras órdenes del escalafón más alto posible, para el coronel Everett Dasher Breed, diciéndole que estaremos en su base el lunes 3 de abril por la mañana, para comenzar el entrenamiento de paracaidismo. Podría hacerlo a través de mis conductos reglamentarios del OSS, pero prefiero evitarlo si vas tú a Londres y lo tramitas personalmente. Además —añadió sonriendo—, estoy seguro de que conoces más generales que yo.

Se sorprendió ante la respuesta algo glacial de Kinder.

—Ojalá me sintiera tan optimista como tú respecto al progreso de los hombres. No me refiero al físico, Dios sabe que has hecho con ellos maravillas, John.

—Entonces, ¿qué es lo que no va? ¿No fue tu contagioso optimismo y entusiasmo lo que movilizó todo esto?

—Sí…, pero esperaba cambios más profundos en ellos a estas alturas, y no ha sido así —explicó Kinder. Durante los últimos días estuvo calibrando las aptitudes de los presos hacia los nazis, conforme le pidió Reisman, utilizando una combinación de asociaciones de palabras y entrevistas personales. Su respuesta era el informe sucinto de los resultados obtenidos: «El enemigo para la mayoría de ellos temo que casi siempre sea el ejército de los Estados Unidos como los PM, Morgan, Bowren, tú o yo o cualquier otra forma de jerarquía o autoridad… Para algunos, incluso el mundo, o un misterioso e indefinido ellos… tanto como Hitler, Mussolini, nazis, fascistas, Wehrmacht, SS y Gestapo. Así es, pese a la oportunidad que les brinda el ejército, lo que has hecho por ellos, mis charlas, las películas, la propaganda y los folletos patrióticos —dijo moviendo la cabeza—. Para la mayoría la guerra contra los alemanes carece de sentido. En su interior continúan manteniendo su guerra privada. Posey, Jiménez, Maggot y Franko, por ejemplo…, han vivido en mundos personales tan estrechos, tan limitados, que su pensamiento difícilmente puede abarcar,

emocional o intelectualmente, acontecimientos tan graves como los que nos rodean. Afirman que no tienen nada contra los alemanes… aunque Posey, por suerte para nosotros, alienta la esperanza de convertirse en un gran guerrero. Maggot y Lever presentan incluso rasgos de admiración hacia los nazis. White tiene su propia causa y sigue demasiado ciego para poder ver otra. Smith perora su júbilo de poder expiar sus pecados, pero no está seguro aún de su compromiso, ni de si es un deseo del Señor. Lo; demás sienten en diverso grado que están obligados a ir a la guerra y nada tan nebuloso como una cruzada. Sólo Sawyer tiene un sentido concreto sobre los alemanes como enemigos, y aun así, supongo que es un residuo latente de sus campañas sanitarias».

Sin embargo, todo esto no desesperaba a Reisman tanto como a Kinder.

—Ahora ya no importa mucho —dijo—, pueden cambiar… tal vez no cambien jamás.

Los conocía, se sentía uno de ellos —Kinder jamás los conocería así— y para sus hombres el enemigo sería el primero que viniera contra ellos, el primero que se les opusiera.

—Siguen estando listos para la próxima fase —repitió—. Quiero que las órdenes para el coronel Breed sean muy claras. Toma nota, ¿quieres, Stu? Que despliegue la alfombra roja en honor nuestro. No lo redactes así, desde luego, pero que la idea se le meta bien en la cabeza. Que interrumpa cualquier programa en curso y ponga a nuestra disposición todo el equipo de salto necesario, aviones y profesores con carácter urgentísimo. Más aún, él y sus oficiales deben limitarse a sus tareas y no hacer preguntas a mis hombres ni sobre ellos, a excepción de las pertinentes al entrenamiento. Quedará obligado a consultarme, a mí o a mis subalternos, en todo lo referente a disciplina o conducta de mi personal.

—¿No es pasarse de la raya? —dijo Kinder, levantando la vista de sus cuadernos—. Quiero decir que se trata de un coronel con mando y tú eres un capitán. ¿No podría redactarse en tono más diplomático?

—Con ese pájaro, no. Con él tendremos jaleo.

—¿Qué es lo que sucedió en Italia? Me lo mencionaste en Marston Tyne al decirme que llevarías a su campamento a los hombres.

Reisman hizo un gesto de disgusto al recordar el incidente con Breed en Italia. Su rencor desapareció hacía tiempo, pero dudaba que hubiera sucedido lo mismo con el del coronel.

—Por aquel entonces era mayor —dijo—; él y sus muchachos, la élite, acababan de saltar y salvarnos la cabeza de puente que habíamos establecido en el norte de Salerno. Salían de un duro combate. Una de las cosas que puedo decir en su favor es que el puñetero es un buen soldado, aunque no de mi estilo. Ganó una estrella de plata y un corazón púrpura por aquella ocasión. Cuando me topé con él estaba en plena actividad pese a su brazo en cabestrillo. En realidad, eso es lo malo de él, que no sabe descansar y jamás dejará a nadie en la estacada si está en su mano ayudarle.

Relató a Kinder el resto de la historia: cómo atravesó las líneas alemanas, vestido de paisano y haciéndose pasar por italiano para enlazar con la vanguardia americana y dar su informe sobre el número de enemigos y sus movimientos. Parte de un pueblo del que acababan de arrojar a los alemanes volvía a la vida y Reisman se detuvo para comer algo y beber un trago en una *trattoria* que estaba abierta en medio de aquellos escombros. El local estaba lleno de paracaidistas que aprovechaban el momentáneo reposo en el combate, alegres de seguir vivos, comprando el poco alimento que había y vino, aceptando, agradecidos y joviales, la hospitalidad de la población y especialmente de las mujeres que acudieron a ver a los libertadores americanos. Reisman se sentó entre ellos, para divertirse, sin revelar aún su identidad y conversando en un fingidamente trabajoso inglés.

Poco después llegó el mayor Everett Dasher Breed, quien despejó el local autoritariamente, ordenando a sus tropas que se retiraran al *vivac* instalado en las afueras del pueblo.

En pocos minutos Reisman quedó solo en la *trattoria* y se atrevió a decir:

—¿Por qué diablos no deja a los muchachos divertirse, mayor? Mañana pueden estar muertos, ¿sabe?

—¿Quién es usted? —preguntó Breed. Reisman se identificó y pidió un *jeep*.

—Tengo un informe y quiero alcanzar la costa sin tardanza.

Pero Breed le arrestó. Suspicaz y enojado, puso en duda la identidad de Reisman y la historia de su llegada allí. Durante las

horas que le tuvo bajo arresto le acusó de ser espía nazi, desertor americano e incluso fascista italiano. Finalmente, el Mando Supremo confirmó la identidad de Reisman. Breed se ganó una hermosa bronca por teléfono de algún capitoste por retenerle y obstaculizar tan vital información. Se le ordenó diera a Reisman su propio *jeep*, conductor y escolta armada hasta destino. Aquello se le clavó en el alma, especialmente cuando Reisman, al marchar, se lo reprochó en términos correctísimos y el mayor tuvo que admitir que no podía replicarle.

—Yo evitaría un incidente con él —dijo Kinder—. Olvida el pasado, muéstrate amable y amistoso; incluso si es necesario, juega con su vanidad.

—¿Por qué? ¿Porque ahora es coronel?

—No. Porque el Proyecto Amnistía debe pasar lo más desapercibido posible y el coronel Breed me huele a lío, como tú dices.

Kinder marchó a Londres por la mañana y Reisman se sintió de nuevo aliviado por su ausencia. No se llamaba a engaño sobre la aceptación por parte de los presos de la disciplina y la eficacia conseguida por el entrenamiento respecto al objetivo final de la misión e incluso respecto a la última fase de los ejercicios. Les fue muy fácil en Marston Tyne, bajo la sombra amenazadora de la horca o de largas condenas, decir ¡sí, haré lo que sea! Pero ahora, ante la realidad, ¿cuántos retrocederían en el salto en paracaídas? No era cosa fácil para una persona desentrenada y Reisman sobreestimó sin duda la situación desde el punto de vista físico y mental por lo que se refiere a premios y estímulos para lo que les aguardaba.

Con aquellos hombres, pensaba que las cosas físicas eran más importantes y efectivas, aunque probablemente también más intensas y agobiantes. Barajaba una idea práctica, aunque nada ortodoxa, muy suya, pero estaba reflexionando demasiado antes de hacerla realidad. Sabía que previa la tensión, el peligro y la incertidumbre del período de entrenamiento de paracaidismo, tenía que salir una noche del campamento. Hacía más de dos semanas que no había visto a Tess, aunque le telefoneó semanalmente como le prometiera.

Se incorporó un poco en la cama, inclinándose por encima de

Tess hacia la mesilla para coger el tabaco y el encendedor. Su vientre tocó la cálida y firme carne de ella y se dejó caer sobre el estómago de la muchacha, pensando estúpidamente que debería poder hacerse algo con los ombligos. Luego se dio cuenta de cuánto tiempo hacía que no pensaba en nada, y sintió lo grotesco de aquella simplicidad sin freno.

—¿Te hago daño? —preguntó.

—No. Nunca —contestó ella. Rodeó su espalda con las manos abrazándole—. Me gusta sentir tu peso sobre mí —dijo.

Su cuarto de nuevo, bañado por la tibieza de un buen fuego. Se sentía en paz, relajado, pleno, sin conflictos ni inhibiciones, sin la tensión ni los incidentes de las últimas semanas y las venideras. No había llegado a ella esta noche solapadamente, sino con tal determinación y un porte tan serio, que Tess le tomó el pelo y le pidió una sonrisa como si fuera un niño. Pero se sentía culpable, no tanto por ella como por los hombres que había dejado en el campamento sin libertad para hacer lo que él estaba haciendo, aunque sabía cuánto lo necesitaban.

—¿Fumas? —preguntó Reisman—. Nunca te he visto.

—No, pero me gustaría probar —dijo Tess. Se incorporó cogiéndole el cigarrillo de la boca para ponerlo en la suya. Aspiró echando grandes nubes de humo hasta que se le metió en los ojos, se atragantó y empezó a toser—. Más vale que mire —dijo sofocada, devolviéndoselo. Le pidió que hiciera anillos. Reía. Los dos estaban sentados en la cama mientras él iba lanzándoselos a su nariz, a sus labios, a sus pechos. Volvieron a tumbarse cuando él acabó de fumar y Reisman la acogió tiernamente en el hueco de su hombro. Y ahora el recuerdo de los otros se levantaba para torturarle, o burlarse, no estaba seguro, como sombras de seres ya muertos.

No había pensado solicitar consejo a Tess ni a nadie, pero de repente se encontró diciendo:

—¿Crees que estaría mal si intentara llevar a unos hombres que viven una existencia brutal y solitaria, algo como tú? —continuó rapidísimo sin darle tiempo a contestar, consciente de que requería una explicación—. Son los hombres con quienes trabajo. Estando aquí, contigo me he dado cuenta de lo que les falta… para fortalecerse… para ayudarles a sentirse hombres de nuevo. Ahora no se sienten así, y es preciso que recuperen su virilidad para que

puedan cumplir su misión.

—Claro. Supongo que un hombre jamás se siente completo si no tiene una mujer —susurró Tess—. Lo he oído tantas veces… y ahora lo sé por ti —giró la cabeza y apretó los labios contra el cuello de Reisman.

—No sera muy bonito —continuó el capitán— porque no es precisamente esto lo que tengo pensado. No habría tiempo para ello tal y como lo hacemos nosotros. Además, no pueden salir a buscar a nadie. Pero es algo que estoy convencido que necesitan… una mujer… que haga el juego de que le gustan y trate de satisfacerles.

;-Todas las otras cosas del hombre son secundarias ante la relación con la mujer, ¿verdad? —la muchacha dijo esto orgullosa, agresiva, sabiendo a ciencia cierta lo que significaba para él—. Desde luego es una relación artificial, una lástima…, pero existe ese algo estrictamente físico que permite a un hombre sentirse como tal, supongo.

—Iría contra todas las normas.

Tess levantó la cabeza.

—Si te refieres a cómo las infringimos nosotros, no creo que importe demasiado.

—No… el reglamento militar… el Código, ya sabes.

—Si no les hiere, si les ayuda… si no hiere a las mujeres, igual que esto no me hiere a mí… si les hace bien, como tú a mí… ¿qué hay de malo en ello? —rodeó con el brazo el pecho de Reisman, apretándose contra su cuerpo—. Te amo, John. Creo que te gusto. Puede que los dos muramos mañana… hoy, ¿qué pierde el mundo? Nada. Pero qué gran pérdida para nosotros si no tuviésemos esto.

Cierta vez en Macao, antes de la guerra —¿o fue en un burdel del Caribe?—, Reisman pensó que sería magnífico dejar el mar —después de todo había que trabajar duro y no escaseaban los peligros— y abrir una buena casa de putas, agradable, suya, probando y volviendo a probar personalmente a las fulanas y sentir cómo la vida venía a él en vez de salir a buscarla. Pensó que era el sueño dorado de todos los gallitos en un punto determinado de sus vidas. Al evocarlo ahora, en el barracón de Stokes Manor aquel domingo por la noche, pensó que era un planteamiento similar al que condujera a Archer Maggot a su actual situación. Y, sin embargo, ahora era él quien planeaba aquella loca idea.

En cuanto regresó al campamento el sábado por la mañana, Reisman dio al sargento Clyde Bowren dinero, enviándole solo a una misión especial para cuyo cumplimiento tenía que pasar toda la noche fuera y no regresar hasta el domingo a última hora.

—Tiene que ser alguien que viva a más de cincuenta millas de aquí y no conozca la zona —le instruyó.

Luego, intentando bromear, aunque los dos se daban cuenta de la gravedad de lo que estaban haciendo, añadió:

—Trae alguien de referencias impecables… alguien que tú mismo hayas probado y dado el visto bueno.

Ala mañana siguiente empezaba su «combate» con el coronel Everett Dasher Breed, y Reisman evocó una vez más la famosa discusión sobre mujeres y soldados que tuvo en Italia cuando fue prisionero temporal del mayor. Consiguió sacarle realmente de quicio cuando le sugirió, después de que Breed expulsara a las tropas de la *trattoria* y le arrestara, que lo que el mayor necesitaba de verdad para mejorar su disposición de alma y cuerpo era una buena noche en la cama con una mujer.

—¡Seas quien seas, muchacho —explotó el mayor—, eres un bastardo insolente con un cerebro maligno! Yo tengo una mujer, pero en la vida del soldado no hay lugar para tal cosa. Tiene que ser un esfuerzo total. Ha sido un esfuerzo total. Para eso me he entrenado durante toda mi vida y cuando partimos a la guerra, ese mismo día supe sin ninguna duda que debía consagrar mi vida, mis ideas a la pureza que se basta a sí misma; es hermosa y alimenta la fortaleza del hombre. Ese tipo de cosas ya no tienen cabida en mí. Y si eres un capitán americano, como dices, muchacho, tampoco deberían tenerla en ti.

—¿Qué piensa su esposa de tan repentina conversión monástica? —dijo Reisman.

—Nada de monasticismo. Celibato. ¿Es eso lo que quieres decir? —preguntó Breed.

—Sí.

—Debiera señalarte que no es cosa que te incumba…, pero no lo haré —dijo Breed con desdén—. Que te sirva de ejemplo para enriquecer tu formación. Mi esposa y yo nos divorciamos no hace mucho. Lo que haga desde entonces no me interesa. Tengo entendido que ha encontrado su propia fuente de felicidad en otra

parte.

—¿Y usted ha encontrado la suya en la guerra?

—Sí.

—Su filosofía al respecto es probablemente única, mayor —dijo Reisman.

—Creo que mis ideas son conocidas en gran parte por mis colegas superiores e inferiores —dijo Breed. Su voz tenía un innegable tono de orgullo y sus ojos estaban iluminados por un resplandor abstracto y fanático—. Aunque no tengo la evidencia para fundamentar mi suposición. No me mezclo en la vida privada e ideas de los demás mientras cumplan en su trabajo como, yo cumplo con el mío, y mis hombres lo hacen —esto último lo dijo con vehemencia y orgullo—. Pero no crea que soy el único en mantener tales teorías. Recuerdo que un famoso sicólogo militar, el doctor Stanley Hall, escribió: «Entre todas las ocupaciones humanas, la guerra, por su naturaleza emotiva y dura, hace no sólo posible, sino imperativo para su supremo éxito, el más alto grado de castidad».

—¡Ja! Intente contarle eso al ejército —replicó Reisman, burlón, en aquel maloliente y revuelto puesto de mando—. No cabe duda de que hemos hecho lecturas muy diferentes, mayor. ¿Conoce usted al general ruso Aleksei Nikolievich Puropatkin? Era más que un realista. Tuvo la perspicacia de observar que la víspera de una gran batalla que podía ser decisiva para sus soldados, muchos se quejaban de dolorosas erecciones que había que reducir con drogas. Mi sicólogo de cabecera —ahora no recuerdo su nombre— opinaba que ante la muerte se acentúan la necesidad de vida y procreación.

Reisman, al recordarlo, rió sordamente. Ridículo. Para la Inmunda Docena era algo más que eso.

Al caer la tarde, Bowren trajo a la mujer. Venía con los ojos vendados, ligeramente bebida y alegre ante el juego al que se había prestado. La condujo discretamente a la oficina del barracón. Reisman había ordenado el cuarto, guardando todos los papeles en el escritorio y quitando cuanto pudiera dar una pista del lugar o fuera una tentación para los hombres. Las cortinas, totalmente corridas, impedían el paso de la luz. Reisman no quería verla ni dejarse ver, ni ver los rostros de los hombres ni que ellos vieran el suyo. El sargento primero Morgan fue enviado en el camión, lejos

del campamento, a una misión imaginaria, pues Reisman no deseaba verle rondar por allí aquella noche de placer. Los demás guardianes estaban apostados en el interior del recinto para que no pudieran adivinar lo que sucedía en la oficina del capitán.

Bowren salió de la oficina y dijo que la mujer, una prostituta que cogió en Plymouth, estaba lista y deseando empezar la fiesta.

—Lo habría hecho gratis cuando le dije que había doce tipos hambrientos, doce héroes, de regreso de una peligrosa misión entre los nazis…, que ni siquiera tuvieron tiempo de bañarse y afeitarse, y que pensábamos que era la mejor forma para que se apartaran de sus horribles recuerdos.

Los mismos presos aún no sabían nada. Cenaron bien y Reisman les anunció bruscamente que por la mañana saldrían de Stokes Manor para comenzar el entrenamiento de paracaidismo. Luego, con el pretexto de que necesitarían mucho descanso para los días que se avecinaban, les ordenó acostarse inmediatamente. Hubo murmullos, más bien una atmósfera de nervios y tensión. Dudaba de que alguno estuviera aún despierto en su tienda.

El primero fue Odell. Reisman se sentó en la mesa, casi en la penumbra, junto a la cocina del barracón, lo más lejos posible de la oficina. Bowren salió, quedándose entre la entrada del barracón y la del recinto por si su presencia era necesaria.

Reisman sabía que el juego era arriesgado con Odell, pero ¡Cristo!, con todos lo era. No podía saber cómo actuaría Odell, si sería amable, si se asustaría, echándolo todo a perder, o no haría nada en absoluto.

—¿Cómo te sientes antes del salto, Myron? —preguntó Reisman.

El rostro de Odell daba pena. Bajo la espesa barba y la suciedad, en la penumbra, Reisman pudo advertir el terror de su mirada.

—No vamos a saltar mañana en serio, ¿verdad? Nos enseñarán primero… —preguntó.

—No. Por supuesto que no saltaréis mañana —añadió Reisman, rápidamente—. Haremos una semana de preparación. Cuando subáis a bordo, Myron —dijo en tono apaciguador—, te prometo que estaréis dispuestos, si no deseándolo.

—Claro, mi capitán. ¿Qué quería usted?

—Tienes una visita en mi cuarto. No debes decir una palabra a nadie sobre quién es ni lo que hagas, ni siquiera a tu compañero de

tienda, ¿comprendido?

El rostro de Odell se iluminó y sus gafas reflejaron una chispa de luz al volver la cabeza hacia la oficina, y luego hacia Reisman.

—¿Ha vuelto? —dijo—. ¿El hombre que iba a ayudarme? ¿Ha encontrado algo importante?

—No. No es eso. Es alguien que puede ayudarte de una manera muy distinta. Hay un reloj encima de la mesa allí dentro. No puedes quedarte más de quince minutos. Adelante y cierra la puerta al entrar.

Apenas cerró la puerta tras sí cuando reapareció, rojo y temblando.

—Lo siento, mi capitán. No puedo —dijo, dirigiéndose a la salida.

—¡Odell, ven aquí!

Volvió despacio, con el rostro descompuesto como si hubiera visto un fantasma.

—No está bien que me haga una cosa así —murmuró. Reisman advirtió un tono de ira que le agradaba.

—Eres un hombre, ¿no?

—¡Sí, soy un hombre! —replicó Odell—. ¡Disparo sus armas…, aprendo a saltar…, hago lo que debo…, pero esto no! —Reisman le alcanzó una cajita.

—Botiquín de profilaxis. ¿O prefieres ayudar a los demás cuando vayan saliendo? Eres un experto en ello, ¿no?

La ira creció en Odell y las palabras se le estrangulaban en la garganta.

—¡Que se Jodan, mi capitán! ¡No soy el mamporrero de nadie ni lo volveré a ser! —dio medía vuelta y salió del barracón. Reisman lo dejó marchar.

Trajeron a Víctor Franko.

—¿Te gustaría darte una ducha y afeitarte? —preguntó Reisman.

—¿Para qué? —preguntó Franko, suspicaz.

—Hay una mujer ahí —dijo Reisman, señalando la oficina—. Una especie de regalo por ser buen chico. Te encontraría más atractivo si te lavaras y olieras bien.

Franko se quedó boquiabierto.

—Bromea usted, capitán —dijo ronco.

—No. Compruébalo tú mismo… Pero una vez que abras esa

puerta tienes que entrar y sólo puedes quedarte quince minutos. ¡Quién sabe, a lo mejor no le gustas así de guarro y con ese olor!…

Franko, dudando, se dirigió a la oficina, abrió la puerta y la cerró tras sí. La cabeza le daba vueltas. ¡Aquel cabrón de capitán! La piel desnuda y blanca resaltaba a la luz como bajo un reflector. Buscó su cara, sus ojos, para darse confianza. Más una mujer que una muchacha, unos treinta, nada fea, un poquitín fondona…, pero eso era mejor… «¡Oh, mira esas tetas, mira esas tetas!», se la quedó mirando —tumbada con las piernas abiertas e incitante en la cama—, y fue incapaz de moverse.

—¡Vaya pinta! —le sonrió.

Franko la miró avergonzado, rozando con los dedos los rebeldes pelos de su barba.

—¿Tú también tienes miedo de mí, querido?

Estaba algo bebida, pensó Franko. Junto al reloj, que ya marcaba un minuto y medio del tiempo concedido, había una botella de whisky que miró con avidez.

—Vamos, echa un trago —dijo la mujer, señalando la botella—, si tan difícil soy de tomar a pelo.

—No, señora, nada de eso —consiguió decir. Alargó la mano temblorosa y bebió lentamente—. ¿Quiere usted también, señora?

—¡Dios, no! Ya he bebido suficiente. Vamos, quítate los pantalones. Está pagado.

Reisman tuvo que ordenar a Bowren que entrara a sacarle. Estuvo más tiempo del señalado. Al cruzar el barracón abrochándose los pantalones, parecía turbado y dócil como un niño.

Los demás entraron de uno en uno, y la mayoría estuvo los quince minutos completos. Luego salían confusos, murmurando palabras en voz baja. Reisman iba entregándoles los estuches de profilaxis, advirtiéndoles que los emplearan de verdad y no dijeran palabra sobre el recreo de aquella noche.

Jiménez no estaba avergonzado en absoluto.

—¡Dios, hum, Dios, capitán, qué tío es usted! —dijo alegre—. ¡Ya no necesito paracaídas! —y luego, pasando al español—: ¡Me he corrido dos veces en diez minutos! ¿Qué le parece, eh?

Calvin Ezra Smith salió confuso de la oficina y se dirigió a Reisman acusador. Sabía de memoria todos los versículos que condenan lo que acababa de hacer —y lo había hecho refocilándose

como una bestia— y ahora, lleno de remordimiento, necesitaba echar la culpa a alguien.

—¿Qué pasa, Smith? —preguntó Reisman—. ¿No te sientes ahora mejor?

—No —musitó negando con la cabeza. «Vendrá el día —pensó mirando fija y extrañamente a Reisman— que cualquiera que mate a otro pensará que lo hace en servicio de Dios…». Esto es San Juan, alcachuete…, San Juan 16-11… —y tembló ante lo terrible del pensamiento.

Otros dos no tocaron a la mujer. Samson Posey salió de la habitación tan pronto como entró.

—Tengo mujer —dijo impasible, saliendo del barracón.

Napoleón White salió hecho una furia.

—¿Qué le hace pensar que voy a tocar esa… basura? —gritó—. ¡Tráigame una mujer negra!

Archer Maggot fue el último. Jiménez regresó a la tienda canturreando repetidamente: «¡Dios, Dios…!», y Maggot trató sin éxito de sonsacarle lo que pasaba. Se asomó por la tienda de vez en cuando y vio a los hombres ir y venir. Finalmente, Bowren le llamó.

En la oficina del capitán no podía dar crédito a sus ojos. Había un poco de whisky en la botella y lo tomó para calmarse y no correrse en seguida, porque sólo de verla se corría. Entonces le asaltó una idea: *¡El sucio negro!*

—Ese hijo de puta negro no ha estado aquí dentro, ¿verdad? —preguntó.

La mujer rió.

—Entró y salió tan de prisa de la habitación que apenas lo vi. ¡Cuernos, querido, estoy segura de que me habría gustado que se quedara! Me he acostado con muchos tipos como él. La tienen muy grande, ¿sabes?, y, además, la manejan muy bien. ¡Vamos, soldado! —bromeó—. Vamos a ver la tuya. Hazme pasar un buen rato, querido, ni siquiera estoy cachonda.

Maggot se le echó encima, abofeteándola, aullando:

—¡Querida de negros, puta de negros, piojosa, guarra jodía!

La mujer gritó fuerte, gritó continuamente, y lo último que Maggot vio fue a Bowren echándose sobre él, arrastrándole con el brazo retorcido a la espalda.

—¡Nunca aprenderás!, ¿verdad? Estúpido hijo de puta —musitó

Bowren mientras le sacaba del barracón.

Cuando la mujer se marchó con Bowren en el *jeep*, Reisman entró despacio en la habitación, contemplándola: la botella vacía, el vaso sucio, la colcha húmeda, manchada y arrugada, que olía a hombres y a la mujer. Sintió un repentino asco, aunque no se arrepentía de lo hecho. Habían tenido lo que necesitaban. Para algunos fue un bien. Rompió las sábanas y la colcha, cogió la botella y el vaso y salió del barracón para tirarlo todo a la basura y quemarlo.

IV

KRIEGSSPIEL[52]

26

Víctor Franko se sintió a gusto conduciendo. Sus manos y brazos se aferraban al volante del camión. Como un placer sensual advertía la vibración del potente motor recorrerle el cuerpo. Tenía un agudo sentido del control, la velocidad y la dirección. Cómodo, casi feliz: una mujer y un trago la noche anterior, y ahora estaba fuera, en la carretera, aquel amanecer límpido. Después de cuatro semanas en el asqueroso campamento le producía un regusto de libertad. Si las cosas marchaban bien no le importaría nada seguir la misión. Pero, de vez en cuando, al mirar a través del parabrisas al capitán y al negro en el *jeep* de cabeza, sentía ganas de apretar a fondo el acelerador y aplastar al capitán y, ¡qué diablos!, también al negro ese, que estaba resultando demasiado listo.

Franko se preguntaba si Bowren, a su lado y con el arma dispuesta, le mataría si intentaba aplastar el *jeep* o, por el contrario, le dejaría hacer, temiendo que ambos se mataran con el resto de los muchachos y los PM de atrás. Si lo mataría al volante. Se rió en silencio de la paradoja, y moderando la marcha salió de la carretera principal siguiendo al *jeep*, que se adentraba por un camino polvoriento hacia un puesto de PM y una verja, al otro lado de la cual se veía una gran base del ejército con tiendas, barracones de madera y otros edificios que ocupaban una extensa área y un aeródromo más al fondo.

Frenó el camión a pocos pies del *jeep*, observó a Reisman devolver el saludo y recibir indicaciones del centinela y más tarde el capitán le hizo señas de continuar. La carretera sin asfaltar pasaba por entre edificios y tiendas de campaña, almacenes de material camuflados, municiones, parques de vehículos y camiones y hombres, en parejas, solos, en grupos, por pelotones y compañías. Al pasar los vehículos levantaban nubes de polvo. Con el rabillo del ojo, Franko vio algo descomunal e impresionante en el campo.

Levantó la cabeza y sintió un vuelco en el corazón que congeló sus anteriores sensaciones de bienestar. Era una torre, una estructura de acero de cien pies de altura con cuatro brazos que sobresalían en la cúspide. Los soldados se ejercitaban al pie de ella, otros miraban, y, de repente, Franko vio a un hombre caer descolgándose de uno de los brazos de la torre, agitándose como indefenso en el extremo de un paracaídas. Y pensó que iba a pagar caro todo el placer de la noche anterior y más aún el haber salido de la prisión.

El *jeep* aminoró la marcha y Reisman indicó alto levantando una mano. Franko le vio saltar a tierra y venir hasta ellos corriendo.

—¡Todos fuera del camión, un minuto!

Presos y guardianes se apearon agrupándose en torno a Reisman.

—Echad una ojeada a eso —dijo señalando la torre—; es la parte divertida. Os suben con un arnés y el descenso es sin control. Cuando alcancéis esa fase estaréis capacitados para actuar por vosotros mismos. Después, saltar del avión os será mucho más fácil.

Los ojos de Franko se desorbitaron, fascinado al ver al hombre que en aquellos momentos era ascendido lentamente a la cúspide de la torre. Roscoe Lever se acercó y le dijo:

—Muchacho, ahí te cuelgan, y bien alto.

Lever lo dijo en broma, sólo por desahogar su propio miedo, pero la idea de saltar le revolvía el estómago.

Franko observó al hombre en la torre, oyó un altavoz que preguntaba: ¿Listo? Vio el anillo metálico que sujetaba el paracaídas elevarse unos pies más y luego el hombre descendió repentinamente, en caída libre al principio, antes de que el hongo se hinchara. Volvió la vista apartándose de los guardianes y presos, y se apoyó en él camión esforzándose por no vomitar el desayuno.

Dos pelotones de paracaidistas marcialmente uniformados estaban en formación de parada a ambos lados de la carretera que daba entrada a la gran estructura con aspecto de silo, que era el edificio principal de la base. Al pasar por allí, Reisman los observó con curiosidad, pensando si no estaría organizándose alguna ceremonia. A un lado de la carretera, oculta en parte por el pelotón, había una banda. Empezaron a tocar en el momento en que Reisman vio al coronel Everett Dasher Breed salir del edificio dirigiéndose hacia el *jeep*. El coronel emanaba autoridad y rudeza.

A distancia sus ojos despedían un intenso fulgor. Inmenso, envuelto en un halo de fuerza y competencia, la seguridad de su jerarquía y su experiencia, y el innegable magnetismo que exhalaba de su persona, señalándole como un líder, sus ojos parecían decir: «¿Cuál es tu puesto en el esquema, jovencito, cómo te manejas en el mundo?».

Reisman saltó del *jeep* e hizo su saludo, que le fue inmediatamente devuelto. Por encima de la estruendosa música militar, el coronel dijo:

—Bien venido a mi «manor», capitán. Esperaba que algún día volvería a caer bajo mí mando.

Una sonrisa de suficiencia iluminaba su rostro, como si acabara de «zamparse» una división entera de *krauts* como desayuno. Entre otras cosas, Reisman se preguntó la razón del empleo por parte del coronel de la palabra «manor» refiriéndose a la base.

—¿Dónde está el general? —preguntó Breed—. Por el tono de urgencia y las órdenes que he recibido, me figuré que le acompañarían uno o dos al menos. Me gustaría que pasara revista a mis tropas, si lo desea, por supuesto.

Reisman no sabía de qué hablaba aquel cabrito, pero si quería jugar y deseaba un general, él estaba dispuesto a suministrárselo.

—El general está en el camión, mi coronel —respondió Reisman —, viaja de incógnito en este asunto y creí que ya había recibido usted información en este sentido junto con las órdenes.

Breed pareció dudar también, como si se viera obligado a desdecirse.

—¿El general qué? —preguntó.

—Exacto, señor —replicó el capitán, atento—, el general qué, así puede llamársele. No tiene otra identidad, salvo el número, como el resto de mi grupo. Tiene que ser así… secreto…, como señalan sus órdenes, mi coronel. Muy amable por su parte al organizar este recibimiento, pero torpe al señalarnos cuando pretendíamos pasar desapercibidos. Si espera usted un minuto, volveré al camión y hablaré con él.

Breed se erizó, enrojeciendo de ira, pero no dijo palabra cuando Reisman se alejó. Al llegar a la trasera del vehículo, el capitán levantó la lona, bajó la trampilla de madera y se introdujo en el heterogéneo grupo de PM y presos. De los uniformes les había sido

arrancado todo distintivo de arma y graduación. Vestían idéntico uniforme de faena, con casco y botas flamantes y crujientes de salto. Iban armados con carabinas descargadas. Los PM ocultaban la munición. La única diferencia entre presos y guardianes era que los hombres de la Inmunda Docena estaban barbudos y apestaban.

—Sawyer, ¿te gustaría hacer de general? —preguntó Reisman.

Los hombres rieron. Archer Maggot dijo:

—¿Qué es toda esa orquesta, capitán, vamos a desfilar?

Sawyer contestó:

—Claro que sí, mi capitán, ¿qué tengo que hacer?

—Mantenerte tieso y serio como un cabrón y haz lo que quieras… Si quieres «fardar»…, hazlo con estilo y autoridad, como siempre hacen esos cabrones. Yo formaré a estos puñeteros barbudos detrás. Vosotros, PM, os metéis en filas uno entre cada hombre. Sawyer, ahí fuera hay un mierda de coronel. Cuando te lance el saludo se lo devuelves. Si te presenta la mano no le haces caso y no te dignes hablarle. Mírale a él y a sus tropas con desdén. Eres mejor que él y sois mejores que sus soldados… ¿entendido… todos vosotros? Lo único que tienes que hacer, Sawyer, es pasar de largo ante ese pelotón y desaparecer dentro del edificio. Nosotros te seguimos y luego me dejas a mí.

La música cesó. Los paracaidistas, vestidos con uniforme clase A, de aspecto inmejorable y eficaz, recibieron la orden de ¡atención!, dada por un oficial. Reisman dio un vistazo a los paracaidistas y deseó que doce de ellos —doce escogidos al azar— fueran suyos, pues harían el trabajo encomendado perfectamente, aunque como cualquier soldado conocieran el miedo. Cumplirían su cometido con celo, orgullo y convicción, sin temor a que desertaran, se mataran entre si o asesinaran a su jefe.

Ken Sawyer desempeñó su absurdo papel con increíble maestría. El coronel Breed le hizo el saludo, él lo devolvió con hauteur [53] y pasó hierático frente a las tropas, con Reisman, los PM y la Inmunda Docena arrastrándose con grotesco apresuramiento tras él. Una vez dentro del amplio edificio, algunos prorrumpieron en carcajadas incontenibles. Luis Jiménez le palmeó la espalda:

—Hombre, has hecho muy bien de general.

Reisman les mandó guardar silencio. Ni Breed ni ninguno de sus hombres habían entrado aún en el edificio.

—Echad un vistazo —dijo Reisman. El techo de la nave, grande como un hangar, estaba rodeado de balcones y lleno de arneses de paracaídas, cables, sogas y útiles de entrenamiento—. Ha sido vuestra última carcajada —dijo Reisman, agorero—, esta noche ninguno de vosotros tendrá fuerzas ni para llorar. Hasta ahora todo han sido cosas de *boy-scouts*. Ahora veréis lo que es bueno.

En aquel momento llegó un teniente de paracaidistas que se acercó a Reisman.

—El coronel Breed desearía ahora verle en su despacho, señor. Al otro extremo del edificio.

En realidad, se trataba de un barracón semicilíndrico anexo al edificio de entrenamiento. Reisman fue escoltado a través de la antesala y rápidamente se encontró ante una puerta cuyo letrero decía: Coronel Everett Dasher Breed. Comandancia. Su acompañante llamó y Breed dijo: «Adelante». Reisman entró solo. Decidió actuar serio, frío y formal como si el gracioso incidente de la recepción no hubiese ocurrido. Se cuadró ante el escritorio de Breed, saludó y permaneció en posición de firmes.

—Se presenta el capitán John Reisman, señor, acompañado de una dotación de veinte hombres para comenzar el entrenamiento de paracaidismo.

—Descanso, capitan —dijo Breed, reclinándose en su sillón y poniendo las piernas en una esquina de la mesa.

Reisman le observó con detenimiento, recordando a aquel hombre. Sus botas de asalto no eran mera baladronada o «public relations», sino herramientas de su oficio, de cuero fino flexibilizado por el uso, y limpias como espejos. En su pecho, sobre una fila de cintas de campaña y condecoraciones, se veía la insignia de plata de paracaidista. Tendría unos cuarenta años, calculó Reisman. Su pelo, muy corto, era negro y gris; probablemente la guerra hizo brotar las canas. Reisman había visto personas cuyo color de pelo y rasgos faciales cambiaban con la edad en cuestión de días. La cara de Breed tenía arrugas y daba la impresión de estar expuesta siempre al sol y al aire. Ahora mantenía una expresión entre humorística y rabiosa mirando a Reisman como si fuera un raro espécimen.

—Ese tipo mugriento, ¿es de verdad un general o intenta usted darme el pego?

—También en Italia pensó usted que le daba el pego, ¿no?

—Según veo, sigue usted sin haber aprendido modales ni cortesía militar.

—Mi coronel, usted me pidió que le presentara al general y lo hice. Es cuanto puedo decirle. No estoy autorizado a divulgar la identidad y organización de ninguno de esos hombres. Tales son mis órdenes y, según tengo entendido, las suyas. Y si las lee usted cuidadosamente, señor, observará que no estoy bajo su mando, como indicó durante la fiestecita que nos había organizado ahí fuera.

—A juzgar por las órdenes, pensé que traería usted un regimiento. ¿Qué demonios pretenden acaparando a todos mis instructores, equipo y aviones?

—Para que vea lo bueno que soy —dijo Reisman, relajándose y sonriendo—, puede usted quedarse con casi todos, mi coronel. Igualmente, puedo indicarle ahora mismo lo que en realidad necesito.

—Me conmueve su gesto, capitán —dijo Breed, explotando—. Si no tuviera usted amigos en las altas esferas, sean quienes sean, en un minuto echaba a usted y a su grupo de blandos de esta base. Como usted sabe, esto no es un centro oficial de entrenamiento. Es mío. Lo construí para mi regimiento y tuve que regatear por cada trozo de madera y de acero, tuve que regatear el equipo a quien lo necesitaba más que yo.

—Es muy encomiable, mi coronel, tiene usted una base muy bonita —dijo Reisman en broma—, pero yo la necesito ahora más que usted.

Breed continuó haciendo caso omiso de la última frase de Reisman.

—Esta Unidad ha sido muy baqueteada en África, Sicilia e Italia, capitán. Los supervivientes son fuertes y decididos, me seguirían hasta el infierno si se lo pidiera. No nos entregaban el equipo apropiado de repuesto en la escuela de Fort Benning, y, además, las entregas eran tardías. Mis oficiales y yo recorrimos toda Gran Bretaña recogiendo el mejor material que pudimos encontrar, nos lo transfirieron y nos entrenamos… a nuestro modo. En ocasiones, otro regimiento o división solicita utilizar nuestras instalaciones, pero observando siempre las reglas de cortesía, capitán. Nunca me han ordenado dejar el campo libre a un grupo extraño, y tan seguro

como el infierno que no me gusta nada.

—Servimos en el mismo ejército, coronel —dijo Reisman.

—De momento, no tengo evidencia alguna de tal afirmación, capitán. ¿Quién diablos son esos hombres y qué se trae usted entre manos? —Sabe que no puedo revelárselo.

—Y otra cosa, Reisman —añadió Breed, airado—. La mayoría están puercos, malolientes, sin lavar. ¿Qué demonios de unidad manda usted? Yo dirijo un puesto limpio, en forma y eficiente. Mis hombres se afeitan, se bañan, se cortan el pelo y se arreglan, llevan equipo y uniformes impecables. ¿Cómo cree que voy a explicarles que permito la entrada a su grupo y que estén como les dé la gana? En mi opinión son una calamidad para el ejército…, si es que pertenecen a él.

—Mi coronel… Usted es el comandante. No tiene por qué darles explicaciones. Yo soy el comandante de mi grupo y no tengo por qué darle a usted ninguna explicación. Mis órdenes son traerlos aquí, entrenarlos, calificarlos como paracaidistas y largarme. Me gustaría empezar al momento…, naturalmente con su permiso, mi coronel.

Breed le sonrió, pero no era una sonrisa amistosa.

—Reisman, me gustaría tenerle en mi unidad, en diez segundos le degradaría a soldado raso.

—En estos momentos, mi coronel, tal vez se lo agradecería. ¿Puedo proceder al esbozo de mis planes y peticiones?

—Claro, adelante, capitán —murmuró Breed, disgustado—, cuanto antes comience, antes nos veremos libres de usted.

Reisman expuso cómo quería dirigir el entrenamiento durante dos semanas, combinando elementos del método americano que se enseñaba en Fort Benning, Georgia —que él mismo había iniciado, pero jamás llegó a concluir—, con elementos del sistema británico, particularmente la rapidez, tal como se seguía en Ringway, donde él realizara su propio entrenamiento.

—Yo conduciré el entrenamiento de mi grupo y haré personalmente las demostraciones —explicó Reisman—. Sólo necesitaré uno o dos de sus instructores… del grado que usted pueda, no tiene mucha importancia. Quiero que pongan atención en que mis muchachos sigan escrupulosamente las instrucciones y deseo que participen en forma personal en el entrenamiento cuando

sea necesario. Mientras permanezcamos aquí estarán a mi mando y bajo mis órdenes exclusivamente.

—¿Qué le induce a usted a creer que está en condiciones de entrenar, Reisman? Ni siquiera veo sus distintivos dé paracaidista.

—No tiene usted que preocuparse por ello, mi coronel —contestó Reisman, sonriente—, queda invitado a asistir a las clases y observar cuando tenga tiempo. En Benning tiene uno cinco semanas para aprender el oficio. Yo dispongo de dos para enseñar a esos muchachos lo básico y calificarlos con cinco saltos…, y quiero que les den la insignia al finalizar. Si considera que no están preparados cuando acabemos, me lo dice usted y podemos discutir a partir de eso. Algunos son sólo observadores, pero doce tienen que aprender a saltar les asuste o no.

—Entonces, corra, capitán —ordenó Breed, fríamente. Se levantó de su sillón y señaló la puerta—, y que Dios le ampare si no sabe usted su cometido. Le enviaré a la cámara de tortura un teniente y un sargento para que le ayuden. Entiendo que tengo su permiso para usar los servicios que usted no utilice en ciertos momentos…, mis C-47, por ejemplo. Si no le importa, sacaré a mis tropas de vez en cuando para que se refresquen saltando durante su estancia aquí como huésped nuestro.

—Será un placer, mi coronel. Enviaré un informe al SHAEF elogiando su colaboración. Así quedaremos en paz por la otra vez.

Reisman se dirigía ya hacia la puerta cuando Breed le retuvo diciendo, insidioso:

—A propósito, capitán Reisman, he sido informado de sus recientes actividades en esta zona de vez en cuando. Lady Margot Strathallan es amiga mía. Se me ha quejado en repetidas ocasiones del uso que usted hace de Stokes Manor. Desgraciadamente, poco pude averiguar, salvo que había sido usted autorizado para ello y nada se podía hacer. Cuando me instalé aquí con mi regimiento, tuve la misma idea: encontrar un lugar en el campo para plantar mi cuartel general y vivir como un *squire*. Supe que había varios lugares así por los alrededores y que estaban vacíos. Pero cuando se lo propuse a lady Margot y se negó, acepté su respuesta y desde entonces somos muy buenos amigos.

—Qué bien —dijo Reisman—, ayuda a las relaciones angloamericanas, pero cuando llegó usted en busca de su cuartel

general de barón, ¿tenía autorización del SHAEF?

—Lo hacía por cuenta propia —dijo Breed, impertinente—. Si hubiera encontrado un lugar agradable, lo habría sugerido por conducto reglamentario. Usted sabe que no instalamos nuestras tropas en casas particulares sin permiso, capitán. ¿Qué cree que somos?, ¿nazis?

—No llevo en modo alguno la vida de un *squire*, mi coronel. Y tengo autorización del SHAEF y del padre de miss Strathallan, propietario de la finca. Tengo una misión que cumplir y trato de hacerla sin injerencias.

—¿Y cuál es esa misión, si puede saberse?

—No estoy autorizado a revelarla.

—Tal vez esté autorizado para explicarme por qué lady Margot me telefoneó anoche muy molesta. Paseaba cerca de un bosque donde creo está el campamento de usted y dice que oyó a una mujer gritando. Le respondí que era bastante improbable, para tranquilizarla, desde luego, aunque no tuviera yo la misma seguridad. ¿Terna usted una mujer en su secretísima e inexpugnable fortaleza anoche, capitán?

Réisman mantuvo la mirada de los ojos claros del coronel sin pestañear.

—Seguramente sería uno de mis hombres sometido a tortura, señor —replicó.

En el edificio de entrenamiento, amplio y de techo alto, que los paracaidistas llamaban la sala de tortura, Reisman explicaba al teniente y al sargento que le asignó Breed los pormenores del entrenamiento y, a su vez, fue puesto al corriente de lo referente a equipo y servicios de salto en la nave y en toda la base. Al otro extremo, el sargento Morgan y Bowren entrenaban a los presos haciendo gimnasia.

—Tenéis que poner atención y preocuparos por los barbudos —decía Reisman—. Son un grupo experimental y hay que meterlos en cintura. Los demás ya se las arreglar. Algunos seguirán el programa en parte, otros no. Y tal vez uno o dos lo sigan completo. Ninguno tiene nombre, rango, número de matrícula ni arma o cuerpo. Los identificaremos mediante números y contestarán por números. Si veis a alguno de los barbudos haciendo el vago, me lo decís, yo os daré luz verde para que le metáis mano. Yo impondré la disciplina

con el resto si fuera necesario. ¿Está claro?

—¡Sí, señor! —le contestaron.

—Muy bien, comencemos —dijo Reisman.

Estaba en una plataforma elevada con los dos instructores al lado. Presos y guardianes andaban mezclados. Además de las cifras individuales de identificación, Reisman había dividido a los veinte hombres en tres grupos. El grupo X era la Inmunda Docena; el grupo Y, el sargento Morgan y tres PM; el grupo Z, el sargento Bowren y otros tres PM. Los grupos Z e Y se turnarían en ciertas fases del programa, especialmente al principio, para dar buena impresión, pero cualquiera de los guardianes podía, si así se lo manifestaba a Reisman, darse de baja si no se juzgaba capaz de seguir adelante, en cuyo caso permanecería como mero observador, tomando notas del cursillo y del comportamiento de los presos, además de abrir bien los ojos para vigilarlos si intentaban lesionarse o fugarse.

—El trabajo tendrá cuatro fases —resonó en la nave la voz de Reisman—. La primera será preparación física y acostumbrarse a entrar y salir del arnés, y levantaros al caer. La segunda constará de una serie de salidas y saltos controlados desde esta plataforma, aprendiendo a dirigir y gobernar el paracaídas en condiciones de vuelo simulado —señaló los arneses, suspendidos de cables en las altas plataformas que caían oblicuamente hacia unos postes clavados en una especie de pozos rellenos de serrín—. Durante la segunda fase empezaremos a practicar el doblado del paracaídas y lo seguiremos practicando hasta el final. Los paracaídas en los saltos reales irán plegados por vosotros mismos, así que más vale que lo aprendáis bien. La tercera fase será en la torre que vimos al llegar; aprenderéis ciertos trucos y cómo salvaros si os encontráis en mala situación. En la cuarta fase volaréis y saltaréis sobre un objetivo. Habrá cuatro saltos de día y uno nocturno. ¿Alguno tiene alguna pregunta?

Estaba convencido de que tenían cientos, pero nadie habló. Reisman continuó:

—Repito. Son cuatro fases. Miles y miles de soldados han hecho este mismo entrenamiento y lo han realizado sin herirse, aprendiendo perfectamente la técnica del paracaidismo. En condiciones normales, una persona puede repetir una determinada

fase si le suspenden y desea intentarlo otra vez. Pero nosotros no tenemos tiempo. Si hacéis el vago en la primera fase, os arriesgáis a mataros en la segunda… Pero nadie puede quedarse atrás. ¡Ya sabéis la alternativa que os queda si no seguís adelante!

Tras las duras jornadas de entrenamiento en Stokes Manor, Napoleón creía estar en buena forma física, pero Reisman y aquella especie de robots en camiseta que ahora le ayudaban, les sometieron durante el primer día a un llamado programa de acondicionamiento físico que parecía minuciosamente planeado para destrozar más que para entrenar. Pasos ligeros por los caminos de la base y campo a través que les hacían echar el bofe, sin descanso, sin otra razón aparente que derrumbar a los hombres, hacerles levantar y volver a empezar. Napoleón advirtió con alegría que los primeros en caer al suelo eran los PM y avanzaba murmurando obscenidades a los guardianes que alternaban la carrera a pie con el *jeep* para seguir el ritmo de la Inmunda Docena.

Entre curvas hacían gimnasia durante cuarenta y cinco minutos sin tregua, en un pozo de arena en donde la pesadez de huesos y músculos parecía cuadruplicarse. Napoleón veía a los muchachos derrumbarse de bruces en la arena, completamente agotados; sólo alzaban la cabeza para respirar cuando el pie del entrenador les sacudía. Pocos PM tomaban parte en esta fase del juego; desde luego, no el culón y tripudo sargento Morgan; Bowren, en cambio, sí, y estaba a la altura del entrenamiento, superando en ocasiones a los presos. Napoleón empezó a sentir un gran respeto por él, pues sabía que no estaba obligado a someterse a todo aquel trajín.

Por todas partes parecía haber sogas para trepar, aunque ninguna tan alta y terrible como la que Reisman les hizo escalar en el acantilado el primer día. Napoleón miraba frecuentemente a Samson Posey cuando no se sentía con fuerzas para hacer un movimiento; la vista del incansable gigante le daba energías para continuar. Lo único gracioso de la jornada fue cuando les entregaron los «indian clubs»[54] para los ejercicios. Los aparatos cansan los brazos hasta llorar, dejan las manos húmedas y temblorosas, los dedos sin fuerzas. Tocios conocían el nombre menos Samson Posey.

Reisman tenía razón: todo lo anterior fue un juego de *boy-scouts*, pensó Napoleón mientras regresaban por la noche al campamento.

Estaba tan cansado que dijo a Reisman que no creía prudente intentar conducir el *jeep*. El capitán se puso al volante. Napoleón fue relegado al montón de carne del camión y el poderoso y despierto Samson Posey tuvo el privilegio de acompañar al comandante. Víctor Franko entregó también con gran alivio el volante a uno de los guardianes y se colocó detrás.

Iban serios, silenciosos, agotados, muchos de ellos dormidos en posturas retorcidas, apretados unos contra otros. Napoleón no tenía fuerzas ni para llorar.

El segundo día fue igual, pero alternaron con la práctica de lo que llamaban «nido de salto». Por toda la gran nave de entrenamiento había plataformas de hasta quince pies de altura. Reisman les condujo por las escaleras, les hizo arrodillarse en las plataformas y repitieron una y otra vez la salida del avión y el salto. Si dudaban —como sucedió en algunos— los empujaba. Aterrizaban, según la altura de la plataforma, sobre esterillas, serrín o piedras, mientras un instructor les esperaba vociferando:

—¡Piernas juntas! ¡Doblad las rodillas! ¡Voltead, malditos, voltead!

En la cámara de tortura entraron y salieron del arnés de un paracaídas innumerables veces hasta que lo hicieron a ojos cerrados, como si se tratara de ponerse los pantalones. Luego se columpiaron en elevadores colgados de un sistema de poleas y cables para obtener la impresión de vuelo. Era duro para los brazos y hombros y más aún para los testículos si no sabían acoplarse las correas bien.

Una vez por la mañana y otra por la tarde, Reisman les permitía ir al lavabo, siempre unos cuantos guardianes y presos al mismo tiempo. Eran elegantes comparados con las trincheras del campamento. Joe Wladislaw se sorprendió confortablemente instalado en una auténtica taza de retrete. Cuando se disponía a salir, la puerta se le cerró en las narices y sintió dos pares de brazos que le agarraban por detrás.

Wladyslaw se volvió. Dos fornidos paracaidistas, un cabo y un soldado de primera en uniforme clase A, con condecoraciones y cintas, le sujetaban.

—¿Qué diablos hacéis? —gritó, intentando soltarse.

Le arrastraron al otro extremo del retrete.

—Tranquilo, amigo —dijo el cabo, sonriendo—, sólo queremos hacerte unas preguntas.

Le arrinconaron contra la pared, manteniéndolo sujeto.

En el cerebro de Wladislaw cristalizó la idea de no decir ni palabra y tratar de escapar de allí. Le olía a una trampa, una treta de Reisman.

—Claro —dijo Wladislaw, relajando la tensión de sus brazos y sonriendo tranquilo—, quitadme las zarpas. ¿De qué queréis hablar?

—Déjale —dijo el cabo.

En cuanto le quitaron las manos, Wladislaw se les echó encima. Los dos puños dirigidos simultáneamente a las mandíbulas, pero el primero lo esquivó y sintió un golpe en los riñones que le hizo caer sin respiración. Comprendió que no se enfrentaba con dos aficionados. Mientras recobraba la respiración, el soldado de primera ya estaba sobre él y le retorcía el brazo en la espalda, obligándole a levantarse. Pero Reisman le había enseñado cómo deshacerse de aquella llave y en cuanto recobró el aliento pasó su pierna izquierda por entre las del soldado golpeándole con fuerza en el plexo solar. El paracaidista gritó soltándole el brazo. En los segundos de pelea que siguieron, cuando el cabo se levantó para ir sobre él, Joe Wladislaw se sorprendió al comprobar que empezaba a tomarle gusto. Finalmente consiguieron arrojarle al suelo, inmovilizado de brazos y piernas.

—Bueno, cerdo, hijo de puta, habla. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? —ladró el cabo.

—Número seis —susurró Wladislaw. Se rebullía intentando zafarse, moviendo los dedos, los pies, apretando la rabadilla contra el suelo para demostrarles que no se había rajado, por si se trataba de una trampa del capitán.

—Ese no es tu nombre, dinos tu nombre —exigía el cabo.

—Número seis.

—Muy listo, lo haremos a nuestra manera.

Puso el brazo de Wladislaw paralelo al costado y ordenó al soldado que lo sujetara. Con la mano libre el cabo desabotonó la chaquetilla de Wladislaw y al no encontrar lo que buscaba, agarró el ribete del cuello de la camisa de Joe, volviéndolo.

—¿Dónde diablos están tus iniciales, soldado? —preguntó furibundo—. ¿No eres del ejército?

Wladislaw levantó la cabeza unas pulgadas y escupió en la cara al cabo. A continuación se dedicó a lanzar los más selectos ultrajes de su mejor léxico de alcantarilla contra él y el ejército.

La ira se apoderó del cabo, que golpeó a Wladislaw.

—Sucio, hijo de puta, quiero tu nombre, grado, número de matrícula y unidad.

A cada palabra le daba un golpe.

Cuando el cabo empezó a pegarle le quedó la mano izquierda libre y Wladislaw la empleó convenientemente. Sus dedos tantearon y encontró el sitio al momento. Y se hundieron en la base del cuello, justo encima de la clavícula, y retorciendo con todas sus ganas, tan consciente de lo que hacía que podía ver a Reisman haciendo la demostración identificando el golpe, deletreándolo: opresión del nervio subclavicular.

El cabo aulló agónico y cayó de espaldas encima del otro paracaidista.

En aquel momento, Wladislaw se incorporó veloz y echó a correr hacia la puerta de los lavabos.

El capitán había advertido la ausencia de Wladislaw y estaba a punto de mandar al sargento Morgan a buscarle cuando Joe se incorporó corriendo al grupo.

—¿Qué diablos te ha sucedido? —gruñó Reisman, mirando la ropa revuelta y la cara magullada del preso—. ¿Te has pegado?

Wladislaw dudó un momento y luego replicó mordaz:

—Bien lo sabe usted, mi capitán.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Usted envió a esos tipos tras de mí, ¿no? —preguntó Wladislaw con alguna vacilación.

—¿Qué tipos? —contestó Reisman.

De repente comprendió. Tomó a Wladislaw del brazo llevándole aparte, e hizo que le contara el incidente.

—¿No les dijiste nada, verdad? —preguntó en seguida.

—Cuernos, no —respondió Wladislaw, indignado—. Pensé que me estaba usted probando. Ya había empezado a tomarle gusto a la cosa cuando corté.

—Muy bien, vuelve con los demás —ordenó Reisman. Después, pensando, consciente de que debía decirle algo, gritó—: Un momento, Joe.

Puso la mano en el hombro de Wladislaw y dijo:

—Has hecho muy bien. Díselo a los demás. Cuéntalo. Diles que estén en guardia y que griten pidiendo ayuda si es necesario. No fue cosa mía… Te lo aseguro. Debí imaginármelo.

Sin embargo, decidió no decir palabra al coronel Everett Dasher Breed, ni hacer nada por el momento.

El miércoles 5 de abril, tercer día del entrenamiento, pasaron a la segunda parte. Iban rápido, aunque no en exceso. Reisman conocía a gente que hizo el cursillo completo en cuatro o cinco días cuando las misiones eran muy urgentes.

Odell se movía con prudencia junto al borde de la plataforma, justo a cuarenta pies del suelo de la cámara de tortura. Temblaba, el estómago le daba vueltas y sentía necesidad de ir al retrete. Observó al primero saltar por la puerta simulada del avión, caer unos veinticinco pies, rebotar en el arnés y los tirantes y deslizarse por el cable inclinado y la polea hacia el montón de serrín en el otro extremo de la nave.

Era como un patíbulo. Odell estaba contento de no haber sido el primero en temblar en la puerta y mostrar ante todos su cobardía. Pero la espera era casi peor, viendo a los demás saltar, viendo a algunos negarse, aferrados al marco de la puerta, mientras Reisman les golpeaba en las piernas, convincente, burlón o amenazador, o teniendo que empujarles finalmente. Cuando le llegó el turno, Odell estaba inundado de sudor. Desorbitado de pánico, sus dedos resbalaban sobre el arnés, incapaz de ajustarlo correctamente.

—¿Qué cono te pasa, Mike? —murmuró Reisman a su oído, intentando hablarle lo más discretamente posible—. Ya han saltado nueve muchachos, algunos tan asustados como tú, y siguen vivos y sin un rasguño. Por Jesucristo, déjame ayudarte, ¿quieres? —dijo, comprobando correas y hebillas para asegurarse de que Odell las tenía bien colocadas y no le estrangularían o le castigarían en el descenso.

Odell avanzó como en una niebla, con los músculos y nervios laxos, dejando que Reisman le colocara en posición en el marco de la puerta. Sintió una palmada en su pierna: ¡Salta! Transcurrieron unos segundos más, completamente relajado, y por último el empujón de Reisman en el culo. Un saco de patatas, un peso muerto sin cerebro, ni músculos, ni nervios que le sujetaran y recordaran lo

que tenía que hacer. Volaba. Repentinamente, las correas del arnés le oprimieron el vientre y las axilas y gritó y volvió a la vida justo cuando aterrizaba en el pozo de arena, con las manos y los pies por delante para protegerse. El pulgar y el meñique de un pie le dolían mucho. Se los había torcido, pero no era nada. Al fin era capaz de subir y saltar cuantas veces fuera necesario, y hacerlo bien.

Aquella noche, tras una cena caliente, Reisman reunió a presos y guardianes en el barracón para celebrar una charla informal.

—Me recuerdan que mañana es Viernes Santo —dijo deferente—, si alguno de los guardianes quiere ir a misa en la escuela de paracaidismo, puede hacerlo; tengo una lista de los servicios católicos y protestantes. Podéis asistir por turnos, para que nadie se pueda ir —sus ojos miraron a los demás—. En cuanto a vosotros…, no hay razón alguna que les impida ir, si queréis. Personalmente, me agradaría. Es un buen momento en vuestras vidas para pensar en algo más serio que uno mismo. No me importa daros un breve descanso, es legal, pero el que piense ir a la iglesia por el mero hecho de hacer el vago, se lo puede ir quitando de la cabeza. ¿Quién quiere ir?

Le sorprendió que todos levantaran la mano, menos Samson Posey.

—Muy bien —dijo Reisman—, por supuesto, por la mañana, antes de salir, os ducharéis y afeitaréis. No quiero que ninguno de vosotros se mezcle con los demás hombres de la base. Sabéis lo que le sucedió a Wladislaw hace unos días.

Pero las manos empezaron a descender lentamente. Primero una, luego otra, y otra, conforme los hombres se iban mirando.

—Al diablo —dijo Víctor Franko hablando por todos.

—Muy bien, mejor aún. Mañana subiremos a la torre, como estaba programado. Os aconsejo que recéis un poco por vosotros mismos esta noche.

27

Los dedos de Víctor Franko estaban anquilosados y no respondían cuando él y los demás ataban el paracaídas de Reisman a la anilla que lo elevaría a doscientos cincuenta pies en la torre. Dio un pliegue extra al dosel de seda y le sorprendió el cuidado y la preocupación que se tomaba. Se apartó cuando los dos instructores recorrieron el círculo comprobando sus trabajos.

Llegaba un *jeep*. Reisman vio al coronel Breed apearse y avanzar hacia él. En toda la semana no se había dejado ver. Se conoce que, pensó, ha llegado el momento de hacer acto de presencia o de incordiar.

—¿Ha subido ya alguien, capitán? —preguntó.

—No. Voy a comprobar el viento —respondió Reisman. Breed se metió un dedo en la boca y lo expuso al aire conforme miraba a los cuatro brazos de la torre.

—Creo que ha escogido el mejor —dijo.

—Eso es lo que voy a comprobar, mi coronel —miró hacia otro lado—. ¡Ízame! —ordenó a uno de los instructores.

Zumbó el motor. El cabestrante empezó a enrollar el cable de acero y Reisman ascendió. Al pie de la torre, con la cabeza hacia atrás y los ojos fijos en el cuerpo balanceante de Reisman, que subía, estaba Franko. Advirtió que se había quedado solo. Los demás acababan de apartarse de la torre para conseguir mejores puestos de observación. Franko corrió hacia uno de los grupos y de buenas a primeras se encontró con aquel coronel gilipollas.

Arriba, en la torre, Reisman contempló la amplia vista de la base, el aeródromo, las lejanas granjas y las carreteras. Aquella fase del entrenamiento le desagradaba, cautivo de aquella maldita garra de acero, sin control hasta que el mecanismo eléctrico le soltara, y ni siquiera eso le tranquilizaba. No se lo había dicho a nadie, pero jamás había saltado anteriormente en un chisme semejante. Cuanto

sabía de su funcionamiento era por los manuales o se lo había «sacado» a los instructores con sutiles preguntas. Cuando él aprendió paracaidismo, no pasó por aquella fase de entrenamiento. Tuvieron que saltar por las buenas. El anillo se detuvo. Reisman colgaba en el vacío.

—¿Está listo, capitán? —bramó el altavoz. Era la voz del coronel Breed.

—Adelante —gritó Reisman. Si levantaba el brazo derecho, el viento le alejaría de la torre. Si no, tendría que empezar a tirar de los elevadores rápido o se exponía a algo peor. Pero no sucedió nada. Reisman siguió balanceándose. Miró al suelo. Era una altura considerable sin paracaídas. Oyó la voz de Breed de nuevo, en el momento en que empezaba a pensar si se habrían estropeado los mandos.

—¡Chille, capitán! —retumbaba el altavoz—. Tiene que gritar fuerte.

Victor Franko, junto al coronel, se preguntó qué querría el muy hijo de puta. Él oyó la voz de Reisman clara y alta.

—Apriete la maldita palanca —gritó Reisman, furioso.

Breed no la soltó aún.

—Espero que conozca usted de verdad el uso de este chisme, Reisman —dijo con una especie de arrullo por el micrófono—. Pase lo que pase, no se asuste, amigo, y cuando aterrice, dé un pequeño volteo. No intente incorporarse a lo héroe. Se partirá las piernas. Si está listo, podemos continuar. Dé usted la señal, capitán, cuando crea que está preparado para intentarlo. No hay prisa; si cree que es preferible acostumbrarse observando desde lo alto, puede hacerlo. A veces sucede así.

Reisman apretó los dientes, enfurecido. Empezaban a dolerle los brazos y las piernas de estar colgado. Gritó hacia abajo lo más fuerte que pudo:

—Estoy preparado, adelante —y se contuvo de añadir un taco.

Sintió la anilla ascender unos diez pies y luego cayó. El paracaídas se abrió a unos doscientos pies. Vio con alivio que el viento le empujaba lejos de la estructura mecánica de la torre, como una araña de acero. Aterrizó suavemente, con las piernas dobladas, volteó y se incorporó, recogiendo las cuerdas y la seda a unas cincuenta yardas de la torre y algo más lejos del grupo del coronel

Breed. Se encaminó hacia él.

—El viento está bien —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Incluso a esta distancia podía contemplar la sonrisa cínica que Breed exhibiera como el primer día en la recepción con la banda—. No habrá problemas, ¿a quién le toca?

El sargento Bowren corrió hacia él para liberarle del arnés y del paracaídas.

—A mí, capitán.

—¿Me oíste cuando estaba arriba, Clyde? —preguntó Reisman, señalando con el dedo.

—A la primera, señor.

—¡Es lo que pensaba! Reúne a los hombres al pie de la torre, voy en seguida.

Bowren dio la orden y añadió:

—A paso ligero.

El coronel Breed y un instructor se encontraron de pronto solos ante el micrófono de observación. Reisman se les unió.

—Vaya a la torre con los demás —ordenó al instructor.

El hombre vaciló, mirando a Breed.

—Haz lo que te dice el capitán —murmuró el coronel.

El micrófono difundía el diálogo por toda el área. Reisman pasó la mano por delante de Breed y cerró la llave de los altavoces.

—No quiero ponerle en evidencia ante sus hombres como usted ha hecho conmigo, mi coronel —dijo en tono neutro.

Reisman le miraba a la cara, sin pestañear, las piernas abiertas, ligeramente inclinado, como dispuesto a la pelea. Breed, serio y en guardia, mantuvo la mirada.

—Coronel Everett Dasher Breed —dijo Reisman como si estuviera citando un acto de heroísmo—, además de ser un caballero, soldado y oficial de primera, es usted un perfecto soplapollas. Se lo advierto, coronel —continuó sin levantar la voz—, si vuelve a intentar algo parecido, le van a volar esas águilas de las hombreras.

Breed sonrió.

—¿Se da usted cuenta, capitán, de que puedo arrestarle y someterlo a juicio militar por insubordinación?

—Inténtelo, coronel, y se juega usted el puesto —dijo Reisman, tranquilo—; le pondrán a usted a ladrar en un despacho en el

último rincón del Pentágono. —Reisman no estaba seguro de si podría, aunque en la excitación del momento pensó que sí. Hasta ahora le concedieron cuanto solicitó para la Operación Amnistía—. Su graduación no significa nada para mí, ni para el trabajo que estamos haciendo. Cualquier cosa que haga usted por impedirlo será conocida por el alto mando antes de que acabe el día y motivo suficiente para su inmediato relevo —adelantó la mano hacia el interruptor del micrófono—. Si lo desea, mi coronel, conecto el altavoz y se lo vuelvo a repetir para que tenga testigos para su juicio militar.

—No hace falta que se ponga duro, Reisman —se apresuró a decir Breed. Ya no sonreía, su rostro estaba lívido, aunque sin revelar emoción alguna—. Por un momento me ha hecho usted gracia, pero ya basta. Me limitaré a sumar este incidente a nuestra factura particular y algún día estoy seguro que le pasaré la cuenta definitiva.

Dio media vuelta con aire marcial y a grandes zancadas se encaminó al *jeep*. Reisman sintió una ola de alivio.

Le tocaba subir a la torre a Victor Franko. El sargento Bowren acababa de hacerlo y ya descendía, flotando perfectamente. Aterrizó radiante. Franko observó a Napoleón y a Samson, ambos nerviosos cuando les izaron, pese a haberse presentado voluntarios. Los dos baladronearon un poco, haciendo muecas como chiquillos cuando salieron del arnés después de aterrizar, ganándose el respeto de Franko por haber subido a la maldita torre y salir con vida de la empresa. Le tocaba su turno y estaba muerto de miedo. El sargento primero Cari Morgan estaba en medio del grupo colgando el paracaídas de la anilla de elevación, y Franko luchó por apartar de sí la idea de que en realidad estaba atando un nudo alrededor de su cuello y que toda aquella historia no era más que una artimaña para colgarle.

Tuvo que ir al retrete y sintió náuseas, temiendo empezar a devolver sobre todo el grupo.

—¿Preparado, Vic? —dijo Reisman, sonriéndole tranquilizador. Franko se preguntó por qué diablos era tan amable de repente… Nunca le llamaba Vic… Tal vez una o dos veces.

—Sí…, claro, mi capitán…, claro —contestó con la voz quebrada.

—Piensa sólo en el aterrizaje, nada más —continuó Reisman—. Hazlo por tiempos… Pies juntos…, flexión de rodillas…, golpe suave…, volteo y arriba echando el aire. La brisa es buena. Esta primera vez no hay que pensar en nada más que en el aterrizaje. Cuando estés en lo alto, habla fuerte y claro.

—Sí…, claro…, claro —dijo Franko de nuevo. Y de repente, comenzó a ascender. Le invadió el pánico y sabía que tenía que contenerlo, tenía que dominarse o jodería el salto; olvidando cómo aterrizar, podía herirse. Herirse… ¿por qué no? De repente tuvo una sola idea, calmar las lágrimas que pugnaban por salir y meditar sobre lo que iba a hacer. Si se lesionaba sería un héroe herido en el entrenamiento, no tendría que efectuar la misión, ni siquiera concluir los ejercicios de paracaidismo y correr el riesgo de morir al lanzarse del avión. Herirse…, aún recordaba: para colgarle a uno, tenía que estar sano.

—¡Avisa cuando estés preparado, Franko! —retumbó la voz de Reisman por el altavoz. El cable se detuvo. Sin darse cuenta, había llegado arriba. Dio una ojeada. ¡Qué vista, Dios mío, qué vista! No estaba mal. No, si el descenso era tan fácil como la subida. Las conferencias, películas y demostraciones pasaron por su cerebro. Sabía cómo manejar el equipo…, cómo guiar…

—¡Adelante! —gritó.

El súbito descenso le puso el corazón en la boca. Casi chilló pensando en que debía sentirse eso mismo al ser ahorcado. Luego oyó el deslizarse de la seda y el plum del paracaídas al llenarse de aire. Descendió suavemente. Lanzó una ojeada al blanco dosel sobre su cabeza. Iba muy bien… Se alejaba de la torre. Tiró de los elevadores para comprobarlos, gobernándose hacia el pie de la torre… Sabía cómo hacerlo…, cómo simular…, tal vez una mala torcedura…, o una fractura o algún rasguño que pareciera más feo de lo que era… Y vio el suelo aproximarse rápido…, demasiado, y el grupo uniformado que escapaba bajo él y la terrible mirada de incredulidad de Morgan… Franko intentó volver a elevarse, pero cayó sobre él, golpeándole con piernas, espalda y cabeza. Quedó inconsciente en el suelo…

Myron Odell se inclinó sobre Franko y murmuró:

—¡Oh, Dios mío! ¿Está muerto?

Se había estado superando, preparándose, convenciéndose de

que tenía que hacerlo, sintiéndose reconfortado con cada muchacho que flotaba suavemente y diciéndose que era magnífico, ¡y ahora aquello!

Reisman dejó al aturdido sargento Morgan, ya incorporado, y preguntó a Odell:

—Demonios, hombre, ¿no lo sabes tú? Eres sanitario, ¿no? —se alegró de que Breed no estuviera presente.

Franko gruñía y abría los ojos. Odell y Lever escrutaban atentamente su rostro. Los otros se agolpaban alrededor, preocupados. Alguien le tocaba las piernas, preguntando:

—¿Se las ha roto?

Él las levantó. No, no estaban rotas. Le dolía todo, la cabeza le daba vueltas y tenía un chichón, pero no parecía haber fractura alguna. Reisman se le acercó, enfadado, después de ayudar a levantar al sargento Morgan.

—Pero ¿qué coño intentabas? —preguntó Reisman—. De los trucos más disparatados que he visto, éste se lleva la palma; debería dejar que el sargento te sacudiera, Franko.

Morgan, apoyado en el sargento Bowren y un PM, no parecía en condiciones para sacudir a nadie, pero trató de inclinarse hacia Franko.

—¿Intentabas matarme? —bramó—, no lo habrás hecho aposta, ¿eh, hijo de puta?

Reisman se interpuso, dando la cara a Franko. El sargento Bowren y el PM apartaron levemente a Morgan.

—¡Excúsate…! Dile que lo lamentas —le susurró Reisman a Franko.

—¿Lo lamento? —repitió Franko. Se sentía más fuerte, orgulloso de haber saltado desde la torre a la que el verdugo no había subido. Esquivó a Reisman en su camino y escupió—: ¡Una mierda lo siento! ¿Qué hacía ese cabrón en mi camino?

Roscoe Lever era el próximo. Luego, Ken Sawyer. A continuación, Myron Odell, que de nuevo sentía el temor de rajarse, de quedar en público como un cobarde, lo cual le preocupaba más que lastimarse o matarse en el salto. Si se hubiera prestado voluntario al principio como Nappy y Gran Jefe, ya habría bajado. Pero aún había dos delante de él, según los había colocado Bowren, y cuanto más esperaba y miraba, cuanto más deseaba saltar, más le

acosaba la duda de su eficacia, los temores a un desastre, la cobardía.

Reisman llegó con un nuevo paracaídas y un arnés.

—¿Quién va ahora?

Roscoe Lever retrocedió. No quería ir. Podría uno herirse…, matarse, aunque no fuera un salto desde avión. El espectáculo de Franko le había afectado. No quería tomar parte. No tenía por qué. Él no era carne para el verdugo, como Franko, Sawyer, Odell y los otros. Le importaba un pito que le mandasen a prisión.

—Ves tú —murmuró a Sawyer.

—¡Vamos, Lever! —gritó Reisman.

—No voy.

—¿Cómo que no?

—Digo que no, mi capitán. En serio —replicó Lever, nervioso. Retrocedió intentando salir del grupo.

Ken Sawyer dio un paso adelante.

—A mí no me importa adelantarme a esta gallina, mi capitán.

—Vuelve a tu sitio. ¡Lever, ven aquí! —ordenó Reisman.

Odell contemplaba la discusión con creciente angustia, adelantándose casi involuntariamente. El miedo público de Lever le absolvía del suyo propio, sustituyéndolo por un agudo sentido del coraje ciego.

—¿Qué pasa, Roscoe? ¿Asustado? —dijo Reisman, fríamente.

Lever se volvió, enfurecido.

—No, no estoy asustado.

—Eres un cobarde y no mereces estar aquí. Esta noche te llevarán a…

—Déjeme saltar a mí, capitán —fue casi un grito de Odell. Se había adelantado a los demás, aferrándose al arnés—. Déjeme ahora, por favor.

Reisman le miró asombrado y advirtió su lucha interior.

—De acuerdo, vale —señaló a Roscoe Lever—, tú eres el próximo, gallina. Odell te va a enseñar cómo se hace.

Ajustaron el paracaídas a la anilla y Reisman gritó:

—Bien. Despejen el sitio.

Vio la mirada de Odell, su forzada tranquilidad, y le preocupó. El muchacho estaba rígido de terror y no debía permitirle subir así. Se le acercó amable y sin que los demás le oyeran, dijo:

—Escúchame, Mike. El día no puede ser mejor. No mires hacia abajo. Cierra los ojos y echa un sueñecito, si quieres. Piensa que vas en ascensor. Te despertaré cuando llegues arriba. Das un vistazo y luego gritas fuerte y claro. Te gustará. Te lo prometo. Te podría aconsejar durante todo el descenso, pero no lo necesitas. El viento es bueno. Tu paracaídas se abrirá sin que te enteres… y flotarás suavemente. Yo te diré cuándo tienes que preparar las piernas para aterrizar. Eso es todo lo que tienes que pensar: el aterrizaje. El paracaídas no importa. Sólo el aterrizaje… Piernas juntas… Rodillas dobladas…, voltear… y levantarse expulsando el aire.

Odell asintió con la cabeza. Cerró los ojos para no ver al capitán, a los demás, a nada de cuanto le rodeaba.

—Ahora, de prisa, súbame ya.

Sintió cómo le elevaban. Colgaba recordando sólo las últimas palabras del capitán…, los ojos aún cerrados, pretendiendo estar dormido. De repente, el cable paró con un tirón que le hizo balancearse en el arnés. Con los ojos aún cerrados, gritó:

—¡Apriete la jodía palanca! —y cayó… Abrió los ojos pensando que sería su última visión, mirando hacia abajo, que era lo que le preocupaba. Vio el campo, las figuras uniformadas corriendo para recibirle, el paracaídas se abrió, bajaba despacio. Pensó mirar hacia arriba para ver lo bonito que era, pero oyó la voz del capitán por el altavoz:

—Bien…, vas muy bien. Ciento cincuenta…, cien… Bajas estupendamente, mira hacia abajo…, calcula la distancia…, cincuenta pies…, piernas juntas…, así, veinte pies, piernas juntas…, dobla las rodillas…, ¡voltea!

Se levantó de un salto, agarrando las cuerdas, recogiéndolas, expulsando el aire. Se sentía diez pies más alto. Y cuando volvió a paso ligero hacia la torré, no pudo evitar lanzar una mirada triunfal a Roscoe, que la captó y avanzó de mala gana para subir.

El sargento Clyde Bowren se levantó antes de salir el sol el domingo de Resurrección. Iba duchado, afeitado, y vestía uniforme de clase A, dispuesto para ir a la iglesia cuando le tocasen diana. Deseaba rezar. No le complacía mucho ir con aquellos chicos, pero Reisman le había dicho que llevara a un grupo al campo de paracaidismo y Morgan el otro. Después del toque de fajina para el desayuno, escuchó al capitán anunciar a los presos:

—Sabéis qué día es hoy…

Bowren se preguntó si alguno lo sabría realmente. Sentían, como él…, aquello de resurrección y esperanza en que jamás había pensado con anterioridad…, algunos tal vez sí, lo necesitaban más que él… Si existía la condenación, ellos estaban condenados y aquél era su purgatorio… Compartirlo con ellos, guiarlos a Dios sabe qué, le estaba haciendo reflexionar bastante.

—Habéis sido invitados por los capellanes del campo a asistir a misa, si lo deseáis —continuó Reisman—. Los que quieran comulgar pueden ir con el primer turno y dejar el desayuno para después. Todos os habéis portado bien estas últimas semanas y confío en que lo hagáis así y sigáis las instrucciones de cada grupo. Como jefe vuestro os exhorto a que vayáis. Los que no quieran, tendrán un día libre aquí en casa. Hoy no habrá entrenamientos. Que levanten la mano los que deseen ir.

Todos lo hicieron. Posey la levantó el último, despacio, al ver que se quedaba solo.

Bowren no se lo esperaba y menos aún pensando que suponía rechazar un día de vagancia. Pensó si tal vez era porque mañana iba a ser su primer salto de verdad y deseaban ponerse en paz con Dios. Oraciones propicias, en el momento oportuno dentro de su habitual esquema de conducta para protegerse.

—Por supuesto, tendréis que bañaros y afeitaros —dijo Reisman.

Todos bajaron las manos.

—Como queráis.

Para Reisman era un problema. Los PM querían ir, tanto por deshacerse de los presos, como por tener tiempo Ubre, sospechaba. Podía dividir a los guardianes en dos grupos, como pensó hacer si la Inmunda Docena hubiera deseado acudir a los oficios. Pero de repente pensó que era la ocasión ideal para encontrarse a solas con ellos durante un buen espacio de tiempo. Doce contra uno: dulce tentación. Al fin y al cabo, en las misiones estarían solos o dirigidos por él, que es lo que deseaba, a pesar de lo que el mayor Armbruster le dijo de no salir durante algún tiempo.

Llamó aparte a los dos sargentos, diciéndoles que podían llevarse a todos los. PM a la iglesia ahora mismo, si querían.

—No tengáis prisa por regresar, que se tomen el día libre. Se lo han ganado. Id a la ciudad o dad un buen paseo en coche. Regresad

antes de las 24.00 para dormir.

—¿Y usted, capitán?

—Yo me quedo aquí.

Aquello no le iba a Bowren. Cuando los guardianes subían al camión, miró a Reisman solo ante la puerta de la oficina.

—Llévalos tú —murmuró a Morgan, volviéndose decidido hacia donde estaba el capitán.

—¿Qué sucede? —preguntó Reisman.

—No voy —dijo Bowren—. No puede usted quedar solo con esos tipos.

—Claro que sí. Ya los tenemos muy tranquilos, márchate. No hay por qué preocuparse.

Conocía a Bowren y su deseo de ir a la iglesia aquella mañana. Le haría bien.

Pero el sargento insistió casi enfadado:

—No tengo por qué ir si no quiero, capitán.

—De acuerdo, Clyde. Pasa y vamos a desayunar. No puedo ordenarte ir a la iglesia, creo que lo dicen las ordenanzas.

La mayoría de los presos, cuando vieron que iba en serio, se volvieron a dormir. Más tarde, tras un suntuoso y pausado desayuno preparado por Jiménez, merodearon en grupos por el barracón y el recinto, charlando, discutiendo, leyendo, jugando a las damas y a las cartas o mirando en silencio hacia el bosque a través de la alambrada, el bosque libre que verdeaba con la primavera. Ninguno manifestó deseos de utilizar el equipo de atletismo que trajo Kinder, y Reisman no podía reprochárselo. Tuvo a Bowren entre el barracón y el patio para que se dejase ver y charlara con unos y otros. El sargento llevaba las armas cargadas y montadas. Reisman, por primera vez, iba desarmado.

Napoleón lo advirtió. Acababa de instalar su saco fuera de la tienda, tumbándose a leer al sol, cuando llegó Reisman.

—Parece desnudo, mi capitán. ¿No está usted llevando demasiado lejos su deseo de confianza?

—No creo —dijo Reisman, agachándose junto a él y ofreciéndole un pitillo. Napoleón se sentó, cogió uno y Reisman le dio fuego—. ¿Crees que necesito un arma para protegerme de ti? —preguntó.

—No, creo que no —dijo Napoleón en tono serio, lanzando una bocanada de humo.

—Ya discutimos hace unas semanas el problema de la confianza —continuó Reisman—. Te dije que volveríamos a hablar. ¿Qué piensas ahora? —preguntó, señalando con la cabeza al resto del recinto.

Napoleón no soslayó la pregunta. Ignoraba la misión para la cual les estaba entrenando el capitán, pero no dudaba que había realizado un buen trabajo, casi imposible, y sentía hacia él una gran simpatía.

—Ahora…, algo más… creo —contestó—; están más duros, pero con mayor unidad y menos idioteces. En cierto modo, pienso que podemos ser bastante eficientes.

—Pero ¿y la confianza…, la independencia…, la fe que permita dejaros cumplir una misión importante y peligrosa sin apuntaros con un fusil?

—Depende de la misión, mi capitán. ¿De qué se trata?

—Aún no, Nappy.

—¿Cuándo?

—Depende de vosotros…, de ellos…, de lo que hagáis en los próximos días. ¿Cómo te sientes pensando en mañana? ¿Nervioso?

—Claro, ¿quién no? —dijo Napoleón con una mueca—. Flotar en el cielo no es el estado natural del hombre. Es cosa de pájaros y ángeles, y yo no soy ni lo uno ni lo otro.

Además, no había visto ningún otro negro entre los paracaidistas y se juró hacerlo, y hacerlo bien. Por supuesto, estaba asustado, pero aquel acicate era más fuerte que su miedo.

Reisman fue a levantarse. Napoleón no quería que se fuera.

—Tenía usted razón sobre esto, ¿sabe? —dijo, mostrando «Los siete pilares de la sabiduría», de Lawrence, que cogiera en la biblioteca de aquella inglesa hacía unas semanas—. Temo que lo admiro ahora tanto como cuando era muchacho. Quizá más. Ahora, hombre, le admiro más. Hay una gran belleza y una enorme fuerza en su libro. Ahora comprendo cuanto me dijo de una experiencia turbadora cuando lo leyó en España. No está escrito precisamente para impulsar a un hombre a ir a la guerra. En ciertos pasajes más bien es lo contrario… Creo —pasó rápidamente las páginas atrás—. Escuche esto —continuó—: «para el hombre instintivo cualquier creencia compartida por tres o cuatro constituye una milagrosa justificación para la comodidad personal y la propia vida. Para el

racional, las guerras de supremacía nacional fueron una impostura religiosa indigna de sacrificio: la lucha, el acto de pelear, no encerraba para él ningún premio intrínseco. Consideraba a la vida de una forma tan deliberadamente personal que para él no existían circunstancias capaces de justificar que un hombre pusiera la mano sobre su semejante, si bien la muerte del hombre fue el último acto de su voluntad libre, el medio, la gracia salvadora insoportablemente dolorosa».

Napoleón contempló el rostro de Reisman para ver si había asimilado el sentido del párrafo:

—¿Verdad que no es nada apropiado para leer antes de entrar en batalla, capitán? —comentó—. Decididamente, no es el tipo de ves-allí-y— lucha, que a nuestro amigo el sicólogo le gustaría verme tragar.

—No, creo que no —dijo Reisman sonriendo—, pero pienso que ya eres mayorcito para que te afecte.

Napoleón no iba a dejarlo acabar.

—El hombre instintivo…, el hombre irracional…, ése soy yo —declaró—, es lo que me impulsó al acto que me ha traído aquí con usted y con ellos. El hombre racional…, se me antoja que es usted precisamente la quintaesencia justa del tipo. ¿Cómo justifica usted su pasado, su futuro, la sangre y el coraje, su dedicación a una carrera en busca de gloría?

Reisman se preguntó si se estaba burlando de él.

—El hombre racional, amigo, no nace en ese estado —dijo—, si es suficientemente desgraciado para alcanzarlo… y yo aún no he llegado. Sólo lo consigue tras años de dominar sus instintos. ¿Has roto «El negro y el narciso»?

—No. Lo estoy leyendo.

—Bien, progresas hacia el hombre racional —dijo sarcástico, levantándose—. Pero no vayas demasiado lejos… Recuerda que aún tenemos que matar algunos nazis. ¿Qué te parece el libro?

—Lo detesto y me gusta —dijo Napoleón apasionadamente—. Hay momentos en que envidio esa «fuerza negra del negro» sobre sus compañeros de barco. Esperaba que los condujera a su destino y que de algún modo se superase a sí mismo, sanara y volviera a nacer.

—Pero no lo hace y te disgusta —intervino Reisman.

—¡Diablos, no! ¡No es eso! Lo odio porque como héroe válido, considerando la forma en que los hombres se comportan en este sentido, es una sanguijuela, despreciable en sus lamentos. Pero… cuando muere… cuando al final muere…, casi tuve un suspiro de alivio, ¡el mundo tiembla a su alrededor! Su presencia en él no habrá pasado desapercibida y, por Dios, no la olvidarían.

—¿Y eso te gustó?

—Sí —dijo Napoleón, desafiante.

—Entonces, ¿has dejado a otro el libro?

—No. Está en mi tienda. Odell tiene la «Historia» de Toynbee y «Winnie the Pooh». Sawyer los poemas de Kipling. Pero el «Negro» está en mi tienda —y de repente, dándose cuenta, no pudo evitar el romper a reír arrastrando a Reisman.

—Más vale que me lo prestes si aún está entero —dijo el capitán.

Napoleón entró en la tienda y sacó el libro.

Reisman lo tomó, comenzando a hojearlo.

—Déjame el que estás leyendo, cuando lo acabes —dijo volviendo la espalda—. No me gustaría que Odell lo leyera…, especialmente el pasaje que me acabas de leer. Ya tiene bastante llena de dudas la cabeza.

León Osterman se presentó aquel día, ya tarde. Telefoneó primero desde Stokesmouth.

—Aquí el conejo de pascua, muchacho, ¿te hago una visita?

A Reisman le encantó oír la conocida voz con el fuerte acento de Chicago.

—Claro. Hoy no hacemos nada. ¿Algo nuevo en lo de Odell? —preguntó apresuradamente.

—Voy ahora mismo y te lo explico en unos minutos —contestó Osterman.

Reisman sacó a los hombres del barracón y encargó al sargento Bowren que los mantuviera en el recinto por un rato. Estuvo tentado de dejar a Odell con él en la oficina, pero cambió de idea. Sería prematuro, tal vez cruel, ya que Osterman no le había dado ninguna esperanza por teléfono.

Esta vez el policía llegó de uniforme.

—Para demostrarte que estoy de verdad en el ejército —dijo, riendo—. Te he traído algo para celebrarlo —sacó de una bolsa de

papel una botella de whisky escocés—, no he traído vasos.

Reisman salió, regresando al instante con uno.

—¿Quién no bebe? —preguntó Osterman.

—Estoy de servicio, Sarge —contestó Reisman, lamentándose—. A mis muchachos no les gustaría el olor. Estamos sólo dos guardando el fuerte de momento. Pero, por favor… bebe.

Osterman metió la botella en la bolsa.

—Bueno, ponía por ahí… un regalo de Pascua. Guárdala para una ocasión. No me gusta beber solo.

—Me traes noticias de Odell… supongo.

—Nada bueno… nada malo —dijo Osterman—. Sólo el informe de mis averiguaciones, para que no creas que lo olvidé. Por lo que se refiere a la chica, Odell dijo la verdad. Una lástima, en realidad intentó matarse ella misma varías veces… y eso jamás se dijo durante el juicio.

Reisman saltó ante la posibilidad.

—Entonces pudo suicidarse en el dispensario, cuando él no sólo la rechazó sino que le pegó, ¿verdad?

—Tal vez. Al menos ahora tenemos una base para creer que pudo suceder así. ¡Pero pruébalo!

—¿Cómo?

—No hay forma. La chica está muerta y enterrada. Cuando aún el asunto estaba fresco, la evidencia indicó homicidio. He estado en Glasgow. Hablé con los PM y los del CID y los guardianes ingleses que intervinieron en el caso. Hasta hablé con la familia. Se mostraron muy poco dispuestos a colaborar. Para ellos, Odell mató a la chica. Y me costó mucho que llegaran a admitir los intentos de suicidio de ella.

—¿Por qué no cooperan? ¿Qué diablos tienen que perder?

—Pues, pueden intentar poner pleito al ejército por daños… No sé, hay planteamientos muy fáciles… daños… indemnización. Si se tratara de estupro sin más, tendríamos mayores posibilidades. A veces una chica está casada y putea. Cuando la agarran o le zumban, chilla que la han querido violar. Pero el homicidio es algo más serio.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Imaginarnos por el momento que no fue un suicidio. Lo dejaremos como última hipótesis, ya que nos es imposible probarlo,

y trabajaremos como si fuera un caso de homicidio. Si Odell no lo hizo… y en el papel el caso está fallado en contra suya… entonces buscaremos al presunto culpable. Me siento inclinado a creer que antes del juicio la investigación no se llevó a cabo con suficiente rigor, con toda seguridad porque tenían esa confesión de la que luego se retractó. Si Odell no mató a la chica, al menos la dejó allí después de una paliza, tal vez sin sentido. Admitió que la había pegado. De acuerdo… pierde el sentido de la realidad, abre la puerta, sale del dispensario y vuelve de alguna forma al cuartel. La puerta queda abierta, la chica sigue allí, entra alguien…

—¿Quién?

—Uno de los sanitarios… —contestó Osterman, encogiéndose de hombros—, alguien que había sido tratado allí con anterioridad o quería asistencia…, alguien que había estado jodiendo aquella noche por el barrio. Encontrarlo es un trabajo ímprobo. Lo sé porque lo he intentado. Los dos soldados que vieron a Odell con la muchacha están *okay*. Declararon en el juicio y yo hablé con ellos. Sus versiones coinciden. También hablé con un sanitario que trabajó allí y se acuerda de Odell. Su versión concuerda. Algunos sanitarios, incluido el que encontró el cadáver, han sido trasladados. Encontrarlos va a llevar tiempo… especialmente considerando que todo esto es oficioso. Si quieres hacerlo por conducto reglamentario podemos reunirlos a todos y volver a empezar. Interrogar a todos los puteros que fueron tratados allí… y tal vez a los que no lo fueron.

—No puedo hacerlo oficialmente —dijo Reisman, amargo.

—Entonces continuaré como hasta ahora. ¿De acuerdo, Johnny?, solo que debes comprender que va a llevarme mucho más tiempo… y tal vez no tengamos suficiente… ya sabes, antes de que el muchacho haga lo que tiene que hacer.

—Me estás haciendo un gran favor, Sarge —dijo Reisman, calurosamente—. Salga o no… te lo agradezco… y lo único que puedo darte a cambio es las gracias.

—¡Bahhhhh, al diablo con eso! —dijo Osterman, burlón. Levantó una mano apartándola turbado—. Hay algo más que me gustaría hacer. Llevarle al sitio donde sucedió. Dejarle contemplar el lugar… que intente revivir los hechos. Tal vez podamos decir si realmente perdía la noción de las cosas… no sé. En ocasiones, el volver a ver

una habitación, una persona o un objeto, sentir la atmósfera de un sitio determinado, puede hacer que un tipo se abra… recuerde… puede hacerle hablar.

—Ahora pareces un sicólogo más que un policía —dijo Reisman—, pero es una buena idea, si tuviera el valor de realizarla —miró por la ventana buscando a Odell; no lo vio—. Pero todavía no… esta semana, no, todavía no —continuó, agudo—. Es extraño… al principio temí que el muchacho se matara o se acobardara antes de llegar a la fase actual. Ahora no quiero detenerle. Ha cambiado. Es más fuerte. Sigue asustado, pero se acostumbra a vivir con ese sentimiento de miedo, controlándolo y utilizándolo… Ha desarrollado una decisión, casi una dedicación, que antes no tenía. Si hace bien su primer salto… si no se acobarda… se hará aún más fuerte. Nadie es el mismo después de saltar… en cierto modo es como el combate. Al final de la semana tendrá algo, una envergadura humana… tal vez un poco de presunción… desprecio… algo con que enfrentarse a la verdad si es culpable.

28

Era un buen día para volar y saltar. El sábado estuvieron plegando sus paracaídas cuidadosamente, y ahora, vestidos con uniformes nuevos de salto y casco, no les quedaba más que subir y saltar o acobardarse. En la pista, al subir a bordo del C-47 nadie dudó, excepto el sargento primero Morgan.

—Yo no sé nada de volar, mi capitán —dijo tímidamente en la portezuela del avión en el momento de subir.

—No le he pedido que lo pilote, sargento —contestó Reisman, cruel. Observó que Morgan estaba muy asustado y quería reprochárselo ante todo—. Sólo quiero que usted y dos PM de su dotación se sienten ahí y echen un ojo a los hombres cuando yo salte. Uno de los instructores hará de jefe de salto. El sargento Bowren saltará el último y quiero que usted vigile el comportamiento de los muchachos.

—No tengo paga de vuelo —replicó Morgan—, no tengo por qué volar.

Reisman le ordenó subir al avión y Morgan se negó. El capitán pensó lo divertido que sería presentar a unos cuantos de la Inmunda Docena como testigos en un juicio militar para degradar al verdugo. Los presos, igual que los guardianes, asistían muy animados al diálogo. Pidió tres voluntarios entre los PM y contempló cómo subían a bordo. Luego dijo a Morgan:

—Anoto esto en su historial y puede que influya en que le quede muy poco tiempo de llevar esos galones. Vaya al camión con el resto de sus hombres y conduzca hacia la zona de salto.

Morgan intentó sofocar su odio contra Reisman.

Sabía que en las últimas semanas había perdido muchos puntos ante todos como símbolo de terror y respeto. En realidad, se daba cuenta de que se había ganado cierto desprecio y ridículo. Saludó, intentó dar una réplica a la orden, pero su voz salió en tono

obsequioso.

—Sí, señor… pero yo…

—No hay peros… vaya usted.

Samson Posey vio al capitán y se acercó a él. Aunque se presento primero como voluntario, le habían colocado el penúltimo en la salto, antes del sargento Bowren. El capitán le miró a los ojos, vio su decisión y sonrió.

—De ti no tengo que preocuparme, ¿verdad, Gran Jefe?

—*Okay*, mi capitán —contestó Samson. Seguiría a aquel hombre que le había enseñado el arte de ser soldado… más aún… aquel hombre que le había devuelto su orgullo.

El capitán fue de uno a otro diciendo palabras de ánimo hasta que se colocó en su sitio.

—En pie —ordenó el jefe de salto—. Enganchen.

Samson ciñó su estabilizador al cable horizontal.

—Comprueben el equipo.

Los dedos y ojos de Samson palparon y escrutaron el equipo del compañero de delante, examinaron cuidadosamente su propio arnés y el paracaídas supletorio del pecho y sintió a sus espaldas cómo el sargento Bowren le comprobaba el suyo.

—Notifiquen equipo comprobado —dijo el jefe de salto.

Bowren primero, luego Samson y así sucesivamente por números, fueron respondiendo en voz alta que el equipo estaba en orden. Samson contemplaba las dos lucecitas sobre la puerta abierta. Se encendió la roja. Se aproximaban a la zona de salto.

—¡En la puerta! —ordenó el instructor.

Samson vio al capitán colocarse, volverse con una sonrisa y el típico signo de los pulgares hacia arriba. El jefe de salto gritó:

—¡Preparado!

Luz verde. El instructor palmeó la pierna de Reisman gritando ¡salte! y el capitán se lanzó al vacío.

Samson deseó poder verle, observar el paracaídas abriéndose, el suave descenso. Esta vez iban a saltar de uno en uno bastante separados. El avión viró para volver a la zona dé salto.

Samson se dio cuenta, maravillado, de que Myron, el asustadizo, el cruce de conejo y coyote, estaba ahora valerosamente ante la puerta.

—¡Salte! —y Myron lo hizo sin protestar.

Conforme el avión viraba una y otra vez, volviendo a la zona de salto, Samson se acercaba a la portezuela. Sus labios susurraron una plegaría a *Inusakats*. Sintió la palma en la pierna, el grito ¡salta!, su cuerpo contestó… y de repente todo era cierto: caía del cielo como un águila sobre su presa, oyó un *crak*, como el del viejo rifle de Yucca en el alto cañón de las montañas Ute y se sintió detenido en su carrera, interrumpido en su vuelo, como un toro cazado a lazo… Con una sonrisa de extremo placer, contempló el paracaídas abierto que le hacía flotar suave y tranquilo hacia la tierra y supo que la vieja profecía de Billy «Tres Piernas», las viejas premoniciones del águila y el avión y el ejército se habían cumplido aquel día.

En el suelo, el sargento Morgan contemplaba la primera figura caer del avión y sabiendo que era Reisman deseó que continuara con la misma vertiginosidad hasta el suelo. Pero el blanco paracaídas se abrió. Después a cada vuelta del C-47 un nuevo hongo se abría en el cielo y otro y otro.

—Es bonito, ¿verdad? —dijo una voz profunda a sus espaldas.

—Puede —masculló Morgan. Se volvió quedando perplejo al ver al coronel de paracaidistas, sonrojándose por haberle contestado así —. Lo siento, señor —se disculpó—, sí, claro que es un hermoso espectáculo.

—¿Forma parte de este grupo, soldado? —preguntó el coronel amable.

—Sí, señor —replicó.

Por un momento se preguntó por qué no le llamaba sargento, hasta que recordó que ninguno de ellos llevaba insignias ni galones.

—Coronel Breed —dijo el otro extendiendo la mano con una sonrisa.

Morgan se la estrechó encantado, sorprendido de la amabilidad de un tipo como el coronel.

—Morgan, señor, sargento primero Cari Morgan —dijo automáticamente.

—¿No es usted de caballería, verdad? —insistió Breed escrutándole y sin soltarle la mano.

—No, señor, yo… —de repente tuvo miedo al oírse hablar y advirtió que contra las órdenes e instrucciones de Reisman acababa de revelar su nombre. Se soltó la mano casi con rudeza e intentó salir del atolladero—. No, señor… no soy nada, señor… estoy sólo

de observador, mi coronel, para mi unidad.

—¿Qué unidad, sargento Morgan?

Morgan se quedó parado, mirando al coronel sin saber qué responder.

—Lo… siento —balbució—, no puedo…

—Está bien, sargento —interrumpió Breed, algo más autoritario y tajante—, me hago cargo. Gracias.

Morgan se encontró ridículo saludando al coronel conforme éste se alejó rápidamente, y casi le rozó, en dirección a la zona de aterrizaje.

Cerca del punto de aterrizaje, Reisman empaquetaba su paracaídas bajo el brazo. Contempló a Odell tomar tierra por tiempos. Sus ojos se alzaron buscando a los otros. Se sintió orgulloso conforme el cielo se iba llenando con sus hombres. La voz del instructor comentaba por el altavoz corrigiendo y animando a cada uno.

Reisman corrió hacia Odell y señaló hacia arriba excitado:

—¿Otra vez?

—¡Hoy no, mi capitán! —suspiró Odell, aún agitado—. ¡Dios mío, fue magnífico!

Reisman le dio una palmada en la espalda.

—¡Lo has hecho, Myron, y muy bien! —exclamó con júbilo y se dirigió hacia los demás, felicitando, bromeando, mientras repartía apretones de manos y palmadas en el hombro a todos.

Pocos tomaron tierra correctamente. Se restregaban las magulladuras, se daban masajes en los tobillos torcidos y los hombros contusionados. Victor Franko se masajeaba la rodilla murmurando obscenidades. Reisman simuló darle una patada en la pierna dolorida y Franko rodó veloz, apartándose. Se encontró de pie antes de darse cuenta de que en realidad no tenía deseos de hacerse el herido y que le iba a servir de muy poco.

Algunos como Roscoe Lever parecían hundidos; otros como White y Maggot, gallitos y triunfantes; unos pocos empavorecidos como bajo los efectos de un fuerte shock. Pero en general teman una llama de orgullo en sus pupilas como jamás la tuvieron anteriormente.

Bowren llegó ayudando a andar a Samson Posey. Posey cojeaba como un delantero centro en lunes por la mañana. Era el resultado

de haber intentado tomar tierra de pie, aunque se lo habían prohibido.

—¿Qué tal allí arriba, Clyde? —preguntó Reisman.

—Jamás lo hubiera creído —dijo Bowren, sonriendo ampliamente, desahogándose de la emoción que sentía—. El jefe de salto no tuvo que empujar a ninguno. Todos saltaron a la primera.

—¿Estarás en forma mañana para saltar, Posey? —preguntó Reisman.

—Completamente, mi capitán —dijo Samson quitando su mano del hombro del sargento y alejándose a la pata coja.

—Muy bien, re únalos y volvamos a la escuela —atronó la voz de Reisman—, aún no sois expertos. Tenéis mucho que aprender.

Comentando y haciendo chistes sobre su actuación, los hombres se dirigieron hacia los vehículos en un grupo alegre y desordenado. Reisman se sorprendió al ver al coronel Breed.

Cuando llegaron a su altura el capitán ordenó:

—¡Vista a la derecha, saluden! —pilló a los hombres de sorpresa y salió un tanto ridículo. Precisamente lo que Reisman deseaba.

Bréed devolvió de mala gana el saludo, tieso como una vela, y se quedó allí en silencio escrutando a los hombres conforme subían a los vehículos. Finalmente, Reisman pasó ante él sin hacerle caso y se puso al volante del *jeep*. Breed, para que todos pudieran oírle, hizo un comentario en voz alta:

—Es el grupo más desmadejado que he visto en mi vida, capitán.

Reisman puso el motor en marcha y replicó desafiante:

—De eso se trata precisamente, mi coronel.

Pero cuando se alejó en el *jeep* pudo observar en el coronel una sonrisa de satisfacción que le preocupó.

En los tres días siguientes efectuaron tres saltos más. Aprendieron a atar armas, granadas y mochilas pesadas, de forma que no las perdieran o se mataran. Tuvieron charlas y films sobre la técnica del paracaidismo: cómo no ahogarse si se cae en el agua, cómo evitar ser arrastrado por el viento, o qué hacer en caso de quedar colgado de un árbol. Además continuaron la insoportable gimnasia, marchas a paso ligero de noche y de día y los turnos de guardia en el campamento que les robaban lo mejor del sueño.

Cuando Reisman, años atrás, hizo sus cursos de entrenamiento, hubo detalles humorísticos. Humor para paliar la seriedad de las

acciones mortales que la mayoría de los candidatos efectuarían en las líneas enemigas, humor que forma parte del miedo y el heroísmo de los hombres entregados a semejante tarea. Pero ahora no había humor. Todos los ocupantes de Stokes Manor iban y volvían de la escuela rendidos y silenciosos. Desde el amanecer hasta la noche efectuaban un trabajo riguroso, duro, sólo suavizado por el sentimiento de competencia y orgullo que los presos habían adquirido.

El jueves, el capitán Stuart Kinder, llamado por Reisman, fue testigo del cuarto salto.

—Magnífico —exclamó a un Morgan ceñudo y a seis PM aburridos. Reisman había subido a bordo acompañado sólo de Bowren en esta ocasión, y aunque Kinder tenía horribles visiones de una revuelta de presos que redujera a sus superiores y a la tripulación y volara hacia otro lugar, encontró magnífico que la confianza hubiera llegado a tal punto. Atónito, vio catorce hombres saltando del avión en vuelo bajo, una columna uniforme, uno tras otro en una sola pasada. Deseó haber tenido suficiente ánimo para seguir el entrenamiento y poder haber saltado con ellos. Parecía tan fácil, tan maravilloso.

Pero el viernes por la noche, ya no le pareció tan sencillo. Con un temor que iba en aumento, Kinder contempló la zona de aterrizaje bajo una tormenta infernal. Estaba con Morgan y los seis PM. Había un entrenador en los altavoces, un coche de socorro y una ambulancia.

Destellos fugaces de una baliza, como una burla para los alemanes capaces de arriesgarse en tales condiciones atmosféricas, señalaban la zona de toma de tierra. Los ojos y oídos de Kinder intentaban localizar en la oscuridad y la lluvia al C-47.

Era el salto de calificación. Poco antes, cuando el tiempo comenzó a empeorar, Kinder preguntó a Reisman si estaba decidido a hacerles saltar.

—Claro, ¿por qué no?

—¿No es peligroso? —replicó Kinder.

—También lo son las balas y los *flack*[55] y el resto de lo que te disparan cuando haces una misión. Fíjate, fíjate en todo atentamente esta noche, Stu —dijo Reisman—, para eso te he hecho llamar… y luego vas a Londres y dices a tus amigos que estamos

preparados.

Kinder vio el poderoso y lento C-47 iluminado por un relámpago antes de percibir el ruido de los motores. Se alegró de no haber sido tan loco como para haber seguido el cursillo y saltar con los presos. Otro fogonazo iluminó el cielo y el racimo de blancos paracaídas que descendían. Instantes después comprobó con alivio que algunos hombres iban tomando tierra ilesos.

Corrió hacia los paracaidistas que se juntaban en torno a Reisman y le oyó gritar sobre la tormenta:

—Esto fue lo peor. En adelante, podéis hacer lo que sea.

—¿Qué diablos dice? —bramó una voz profunda, retadora. Una figura tiesa, de gran talla, que Kinder no había visto antes, surgió repentinamente de la oscuridad tras la baliza indicadora. Las águilas del impermeable brillaban a la pálida luz.

—Un salto con lluvia es como sobre una almohada. El aire es muy denso —dijo el coronel Breed—. Debería usted saberlo, Reisman.

Reisman se sentía con demasiado buen humor para discutir.

—Cinco saltos, mi coronel. Ya son paracaidistas. ¿Quiere usted un desfile con banda mañana en la entrega o prefiere damos las alas esta noche?

—Puede usted comprarlas en cualquier PX, capitán, si tiene valor para hacerlo. Por lo que a mí respecta, podía usted y su puerca tripulación saltar cien veces. Hasta que no averigüe quiénes son ustedes no llevarán las alas en esta base —con las últimas palabras volvió a desaparecer en la oscuridad con la misma rapidez que surgiera.

Reisman miró los rostros empapados de los presos, gozosos momentos antes y ahora heridos y resentidos como niños.

—¿Qué tripa se le ha roto? —preguntó Napoleón.

—No le gustamos —contestó Reisman, sonriendo.

—Que le den por el culo —musitó Franko, haciendo en la oscuridad el gesto italiano con el brazo—, yo tampoco le trago.

Volvieron a los vehículos en silencio, desaparecida la alegría anterior. Kinder, aún sorprendido por la discusión, preguntó:

—¿Breed?

Reisman asintió con la cabeza.

—¿Quién demonios se cree que es? —estalló Kinder, enfurecido

—. No había motivos para que nos hiciera eso.

La inesperada explosión de Stuart Kinder produjo una sonrisa a Reisman. Le satisfizo ver que también Kinder se comprometía emocionalmente con la Inmunda Docena.

El sábado por la mañana, después de que Kinder salió para Londres, Reisman entregó dinero al sargento Bowren para comprar las alas de paracaidista para él y sus hombres y traer otra puta al anochecer. Luego telefoneó al mayor Armbruster a la oficina del OSS de Baker Street.

Habían tenido poco contacto desde el principio de la Operación Amnistía y deseaba poder decirle con toda confianza:

—Estamos listos para la fase operacional, Max. Kinder está en camino para informar a las altas esferas.

—Estupendo, John —respondió Armbruster, entusiasmado—. ¿No tienes ya reservas con ellos?

—No —mintió Reisman. Siempre había reservas, pero estaba dispuesto a hacerles frente—. Bueno, ¿me dices ya el misterioso e impenetrable secreto? —preguntó.

—Aún no tengo La más ligera noción sobre el trabajo —dijo el mayor—. Kinder es nuestro oficial de enlace con cualquiera que sean los proyectos del SHAEF. Está muy contento contigo. Me he enterado, y así lo ha dicho a sus colaboradores, que has estado algo duro con cierto coronel. En tu lugar, yo me suavizaría, John. No deseamos que se entrometa en lo que no le importa, y por tratarse de él es aún más conveniente. A menos que no sea absolutamente necesario.

—Ya que lo mencionas, Max, debo decirte que… temo que el coronel intente algo que no debe —dijo Reisman—; no soltará la presa tan fácilmente. Ya sabes, él y yo jamás nos hemos llevado muy bien. Pero, al diablo, salvo uno o dos saltos de refresco, si aún tenemos tiempo, nuestro entrenamiento en la base ha finalizado. Haz lo que puedas, Max, por favor. Entérate de lo que puedas, aunque sea una vaga idea de lo que van a hacer y dónde, para darme una pista. Yo he cumplido mi parte, ahora te toca a ti. Mis muchachos están en forma e impacientes, pero no sé cuánto tiempo podré mantenerlos así sin decirles de qué se trata. Yo también me siento inquieto.

—¿Quieres dejarlo y dedicarte a otra cosa? —preguntó el mayor.

Reisman sabía que se lo preguntaba por simple deferencia y sin malicia alguna, pero se sorprendió.

—No —contestó rápido. Ahora tal idea era inconcebible.

Colgó, pero la perspectiva de tener que esperar a Kinder para saber a qué atenerse, sin un objetivo concreto e inmediato, y con el riesgo de que tal estado de espíritu se transformase en dejadez y letargo entre los presos, le preocupaba. Era el 15 de abril, y si según los crecientes rumores, la invasión tenía lugar en mayo, le inquietaba el escaso tiempo disponible para conocer la misión y organizar un nuevo programa de entrenamiento específico. Además, existía la corrosiva inquietud por la parte que él mismo desempeñaría en ella.

Sintiéndose nervioso, condujo a los hombres al campo de tiro para que durante unas horas volvieran a oír las detonaciones y el olor de los disparos.

En la mansión, tras el silencio de semanas, el estruendo de las detonaciones sobresaltó a lady Margot Strathallan. El perro comenzó a ladrar furiosamente hasta que su ama le mandó callar dándole un manotazo en el lomo que le hizo ocultarse avergonzado debajo de la cama.

Telefoneó al coronel Breed.

—Vuelven a disparar —susurró—, pensé que le interesaría saberlo.

El coronel le dio las gracias y tras un rato de conversación colgó. Pensó que había estado bastante seco con ella. Desde luego con mayor sequedad que la tarde anterior, cuando le telefoneó para exponerle una idea que dijo interesaría a ambos. Le resultó algo embarazoso hablar de ello, pero la cosa es que había pensado aún más en las sospechas que ella le transmitiera sobre la estancia de una mujer por la noche en el campamento de Reisman. Si era cierta, y, había seguido el coronel, ahora tenía mayor convicción de que lo era, pensaba que el incidente con bastante probabilidad se repetiría, tal vez aquel mismo fin de semana. Si ella podía, por supuesto, comprobar el hecho y estaba dispuesta a testimoniárselo a él y a las autoridades competentes, confiaba en que Reisman y sus hombres serían severamente castigados, y como es lógico expulsados, lo que tenía entendido era su más acuciante deseo y en consecuencia el suyo propio.

Margot inspeccionó el campamento hacía una semana a petición del coronel Breed, quien le aseguró que el capitán y sus hombres estaban alejados. Ella dejó en casa a «Sigismund» y, por el día, se aproximó al campamento como un piel roja, cosa que hacía frecuente mente de noche, aunque jamás se había acercado tanto. Recorrió todo el campamento por fuera, sobresaltándose al menor ruido; se quedó petrificada en una especie de nauseabunda fascinación junto a la zanja de los excrementos y por poco cayó en otra en el bosque. Pero le fue imposible penetrar en el barracón y el recinto porque la puerta estaba cerrada y todo rodeado de alambre de espinos. Se alegró de ello; era una excusa, ya que en realidad estaba totalmente asustada. Después informó al coronel de que el lugar, con su doble alambrada, puertas y torretas de siniestro aspecto, más le pareció una prisión que un campo de entrenamiento.

Margot se sentó en su puesto de observación ante la ventana de uno de los cuartos de arriba desde la que dominaba la puerta principal y el terreno que los vehículos cruzaban para llegar al campamento. Más tarde, al anochecer, tal vez se armaría de valor para ir al bosque, para aproximarse más, pero tendría que ir sin «Sigismund», pues podía echar a correr y a ladrar dando la alarma.

El sargento primero Morgan se paseaba en la oscuridad de su puesto de guardia del tejado del barracón. Se sentía frustrado y lleno de odio.

Cuanto más avanzaba el entrenamiento, más se le escapaban de la mano los presos. Por el contrario Reisman aumentaba su influencia sobre ellos y el maldito capitán Kinder también. Y ahora aquellos golfos estaban arrogantes, se pavoneaban, sacaban el pecho, ostentaban las alas de paracaidista. Morgan se preguntaba si había quedado en toda Inglaterra alguien a quien colgar.

Pero aún podía suceder algo que se los devolviese. Conocía el sucio asunto que estaba ocurriendo en aquel preciso momento bajo sus pies, la chica que tenían allí abajo, y oyó que también había sucedido la noche en que el hijo de puta del capitán le envió fuera hacia dos semanas con un extraño encargo. Esta vez el propio Reisman lo había anunciado, como si se tratara de la comida o algo así, diciéndoles que debían lavarse y afeitarse las barbas para gustar a la marrana aquella y celebrar que ahora eran importantes.

Pero ninguno quiso asearse. Casi fue una burla a Reisman, y Morgan hubiera querido reír. Aquel estúpido negro llegó a decir —allí, delante de todos, en voz alta— que no quería una blanca; y el gigante indio, que él estaba casado y no quería líos. ¿Dónde se creía que estaba el muy imbécil? Y aquel cuatro ojos maricón, a quien llamaban Pope el Inocente, dijo que tampoco quería una mujer. De todas formas, allí abajo estaban nueve de ellos tirándosela uno por uno, tal vez alguno de los guardianes y el cabrón de Bowren, que se quedaba en el campamento sus noches libres, mendigando un galón. Y tal vez el maldito capitán iba a meterla también. No era mejor que los demás.

Morgan se agachó de repente y miró hacia el lindero del bosque. Le había parecido ver moverse algo. Levantó nervioso su metralleta y apuntó despacio. Allí estaba de nuevo, yendo rápido de un árbol a otro. Era una mujer que trataba de acercarse al claro entre el bosque y la entrada. Consiguió atravesar el claro y se detuvo ante la misma puerta. La dueña de la mansión, la que vieron semanas antes paseando con el perro. Morgan bajó el arma y la puso a un lado. Observó a la mujer pararse indecisa, escuchando atenta los sonidos del campamento y mirando fijamente al barracón como si pretendiese ver su interior. Después, al oír una carcajada grosera e impúdica de la puta dentro, y una risa masculina, la mujer se volvió aterrorizada y desapareció.

Morgan se incorporó, respirando agitadamente, como si fuera él quien corría o el que estaba en el barracón. Decidió no informar a Reisman de cuanto había visto.

El domingo por la mañana, como Reisman advirtiera que los presos querían hacer el vago e incluso que se les concediera el día libre, ya que no les había anunciado ningún ejercicio, nada sobre su destino, nada de ra—ra-ra-vamos-allá-a-luchar, los levantó de las tiendas antes de lo acostumbrado y a la salida del sol los tenía fuera del campamento de un lado a otro de la finca en una marcha forzada con mochila completa, armas y municiones que duró cinco horas. Volvieron al campamento para comer.

Lo más alentador para Reisman fue que ninguno encontró anormal que Morgan y los PM se quedaran durmiendo y el único representante ¿te la unidad fuera Bowren, que les acompañó.

La llamada de Stuart Kinder aquella tarde sorprendió a Reisman

explicando a los presos el manejo de explosivos. Dejó en el suelo la granada de plástico que acababa de montar, con detonador, fusible, tela y unos trozos de metal y clavos. Estaba armada y la dejó con cuidado.

—Que nadie se mueva —dijo—, quedaos en vuestros puestos. Vuelvo en seguida.

Kinder le llamaba desde la oficina de Max Armbruster en Baker Street.

—Estamos en marcha, John. Mañana a las 09.00 reunión aquí.

Cuando colgó, Reisman tenía ganas de reír figurándose la expresión severa que habría adoptado Kinder para acompañar al tono de su voz. Luego, recordando la granada, fue hacia la ventana. Los hombres seguían inmóviles en sus puestos, casi sin respirar. Les había dicho que había que tener mucho cuidado con una granada, porque el más mínimo golpe o contacto podía hacerla estallar. No les advirtió que previamente era necesario quitar la cinta del seguro.

29

Al inclinarse sobre el gran mapa que Dentón acababa de extender, Reisman sintió la fuerte excitación que ya le era familiar. Estaban en el amplio salón del OSS en Baker Street, donde hacía más de siete semanas se reunieron para iniciar el Proyecto Amnistía. Además de Dentón, que dirigía la reunión, se encontraban presentes el mayor Armbruster y el capitán Kinder.

El coronel señaló el mapa con un amplio gesto.

—Como pueden ver, los Servicios de Inteligencia aliados han trabajado bien. Este es el orden alemán de batalla, según las informaciones recibidas hasta este momento.

Reisman sentía el mismo temblor de impaciencia que le acometía antes de que cada misión le fuera revelada, reducida a su lugar concreto sobre el mapa, sobre el calendario, sobre el cronómetro. Una mezcla de temor y al mismo tiempo alegría al conocer algo que todo el mundo ignora. El mapa abarcaba el sur de Inglaterra, el Canal de la Mancha y la parte oeste del continente, desde Holanda a la frontera española. Estaban señaladas las posiciones de docenas de divisiones nazis: divisiones de reserva para consolidar la defensa de la costa, infantería, *panzers* y paracaidistas.

Sufrió una decepción cuando Dentón dijo:

—No puedo revelarles el área exacta de la invasión por razones de seguridad. Ni la fecha porque la ignoro. Por ahora creo que aún no está concretada y que ni el alto mando la conoce. Lo que puedo decir es el papel que desempeñará el grupo del capitán Reisman… La Inmunda Docena, según tengo entendido que la llaman. Y, a propósito, Reisman, eso no puede permitirse por mucho tiempo. No pueden ir por ahí con esa facha. Tengo entendido que sólo el olor les descubre.

—No irán —comentó Reisman secamente, lanzando una mirada

aviesa a Kinder—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—¿Sobre qué?… Aún no hemos empezado.

—La respuesta es previa, mi coronel. ¿Depende el éxito de la invasión del de nuestro objetivo?

Dentón miró a Reisman dudando si hablaba en serio.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Reduciría en algo la capacidad de su grupo si fuera ése el caso, capitán?

—La aumentaría —contestó Reisman despacio—. La oportunidad de ser importantes, de ser héroes, aumentaría su eficacia. Estoy convencido.

—La sicología corresponde al departamento del capitán Kinder, no al suyo —comentó Dentón mordaz—. ¿No pensará usted que el SHAEF está completamente loco, no? Sus misiones pueden ser de vital importancia para el éxito general, dependen por completo de cómo las ejecuten… Igual que las misiones del resto de las unidades e individuos de Operaciones Especiales y el cometido de/la quinta columna francesa. Pero si fallan, si no la cumplen, no afecta demasiado al resto.

Reisman permaneció silencioso esperando que Dentón continuara, considerando divertido que el dar coba a hombres que habían sido la hez del ejército americano era un gran paso adelante.

El coronel Dentón volvió al mapa.

—Hay casi sesenta divisiones enemigas identificadas y marcadas con alfileres. La mitad de ellas estacionadas ya en esta zona norte de la costa o a pocas horas. Sin embargo, hemos averiguado que un gran porcentaje de las tropas de ocupación alemanas en Francia son prisioneros extranjeros obligados por los nazis a combatir a su lado. Rusos, polacos, checos, e incluso sus aliados los italianos. Han sido asignados a todo tipo de unidades de servicio e incluso tropas de choque en primera línea. No obstante, muchos de ellos son simplemente tropas de ocupación secundarias utilizadas para remplazar o sustituir divisiones nazis destruidas. Entre estas tropas extranjeras hay muchos que sirven contra su voluntad y tenemos un terreno muy propicio para nuestros planes.

»El plan es el siguiente. Dos días antes de la invasión sus hombres serán parachutados en ciertos puntos de la costa, vistiendo uniformes y con identidades, armas y equipo iguales al de esas tropas que han creado los alemanes. Llevarán hojas de ruta y

órdenes de transferencia que les permitirán moverse sin tener que quedar en ninguna unidad fija. Su misión consiste en infiltrarse en las líneas enemigas y volar cuanto se les presente: matar al personal enemigo y a los colaboracionistas, destruir almacenes, vehículos, sabotear carreteras, trenes y puentes. Hacer todo lo que pueda crear confusión, minar la moral enemiga, disminuir su eficacia y sembrar el terror.

Reisman casi no podía creer lo que estaba escuchando. Era heroico, sí, no cabía duda. ¿Pero con qué objeto? Le parecía un gesto suicida sin valor táctico concreto. En su opinión semejante objetivo tenía ciertas posibilidades de ser ejecutado con éxito por un grupo muy experto, entrenadísimo de estrategas y lingüistas y no por los doce convictos que él había preparado.

—Mi coronel —interrumpió casi cayéndose de la silla—, mis hombres no están preparados para una cosa así.

—Escúcheme hasta el final antes de hacer sus comentarios, capitán —cortó Dentón—. Ya sé que tiene sus propias opiniones. ¿Es usted el experto en guerrillas, no? El mejor que tenemos, según me han dicho. Es la razón por la que se le eligió a usted para esto. En el tiempo que le queda enseñe a sus hombres todo el bonito asunto… todo lo que sepa. Tengo entendido que hasta la fecha ha realizado usted un trabajo bastante adecuado.

Reisman se dejó caer de nuevo en la silla, pero Dentón le hizo sentirse amargo de nuevo al continuar:

—Habíamos pensado lanzarles por separado, pero después consideramos que era mejor que vayan por parejas para ayudarse mutuamente. Me imagino que aún tendrá usted manzanas podridas entre las sanas… algunos de menos confianza que otros. Yo juntaría uno bueno con uno malo, un débil y un fuerte, un tonto y un listo.

Reisman no podía contenerse. Era peor de lo que había pensado. En un grupo dirigido por él podían cumplir con éxito una misión táctica con probabilidades de salir vivos, al menos, algunos, pero solos, por parejas, jamás. Para hombres como aquéllos era una clara invitación a rendirse y salvar el pellejo. Si intentaban llevar a cabo lo que el coronel acababa de explicarle, tenían muy pocas probabilidades.

De repente, dijo absurdamente:

—¿Qué sugiere usted, coronel Dentón, cuando los malos son

también los listos?

—Bien, usted conoce su grupo. Trabaje lo mejor que pueda —continuó Dentón, sin captar el sarcasmo. Luego siguió—: Respecto al problema del idioma, y por supuesto no se nos escapa que existe, ¿tiene usted hombres que hablen alguno de esos idiomas? No necesariamente con facilidad, aunque sería de desear, pero lo suficiente para imitarlo si hace falta.

—Sí —dijo Reisman con rapidez. Contaba por lo menos con italiano y español, y Napoleón había estudiado en el colegio francés y alemán. Tal vez Wladislaw supiera suficiente polaco. Y además de las lenguas que él mismo hablaba corrientemente, sabía algo de otras muchas.

—En un punto —dijo Dentón— tenemos gran variedad de libros sencillos de conversación en tales idiomas que le ayudarán. Sugiero que aprendan algo de alemán. El hecho de que lo chapurreen reforzará su identidad como nativos de países aliados o invadidos por lo nazis.

Sólo entonces advirtió la imposibilidad con Napoleón y Posey.

—¿Sabe usted que uno de mis hombres es negro y otro indio de la tribu Ute? ¿Cómo voy a hacerlos pasar por alemanes o europeos?

—Líbrese de ellos —dijo, el coronel glacialmente—, sustitúyalos en el tiempo que le queda. Hay por lo menos dos o tres semanas…, tal vez más.

—¡Sustituirlos! —exclamó Reisman, incrédulo.

—Sí, sustitúyalos —repitió Dentón, irascible— ¿si no son apropiados para la misión, por qué no? En el ejército nadie es imprescindible, Reisman. Debe usted tenerlo bien presente, respecto a usted mismo también.

Con la angustia de que eso mismo podía decirse más suavemente, la voz de Reisman dijo:

—No puedo hacerlo, mi coronel, no puedo. No lo haré. Ya sabe cuál es la alternativa que les queda a mis hombres. Hice un trato con ellos…, todos somos parte de ese trato y no podemos volvemos atrás. Lo arreglaré de alguna forma. ¿Por qué no pueden ir uniformados como soldados americanos? Así si son capturados no se les ejecutará como espías.

Un silencio glacial roto por Dentón:

—No habría mucha diferencia. Hitler ha ordenado que todo

paracaidista sea ejecutado sumariamente, con uniforme o sin él. ¿Por qué esa consideración humanitaria con ellos? ¿Qué le importan a usted esos hombres? ¿Qué significan para usted? Además, si me permite continuar la conferencia, capitán, le diré que si fueran con uniforme americano echarían por tierra nuestro propósito. En lo posible han de continuar con los alemanes durante la retirada y seguir su trabajo.

—Partirán a la muerte —murmuró Reisman.

—¿Cómo dice, capitán? —preguntó Dentón.

—En otras palabras, no quieren volvernos a ver. Eso no es un plan. Es una ejecución, mi coronel.

—¡Capitán Reisman! —tronó Dentón—. Está usted yendo demasiado lejos conmigo.

El mayor Armbruster se volvió hacia Reisman y dijo tranquilo:

—Cálmate, John. Ya sabes que el coronel está con nosotros. Todos trabajamos juntos.

—¿Y yo dónde entro? —continuó Reisman—. ¿Dónde y cuándo voy y los controlo?

—Usted no va, capitán —replicó el coronel Dentón con toda intención—. Nadie dijo que iría. Usted los entrena, señala los puntos de lanzamiento y los ve saltar, eso es todo.

Era lo que Reisman veía venir y temía más que nada… Decidió que no lo aceptaría, que iría con ellos. ¿Cómo iba a lanzar a sus hombres si él no les acompañaba? El resto de la conferencia permaneció en silencio, inquieto, echando miradas, pero sin hacer comentario alguno.

Acabó pronto. El coronel Dentón, con un breve «buenos días, caballeros» y una curiosa mirada de simpatía a Reisman salió de la habitación, dejándoles miles de pequeños detalles por resolver.

Cansado, Reisman se levantó de la silla acercándose al mapa. Lo miró, lo tocó con dedos temblorosos como si fuera a romperlo y se volvió furioso a Stuart Kinder.

—¿Qué parte ha tomado usted en esta locura, capitán? —preguntó—. ¿Por qué no lo hace usted mismo? ¿Tiene miedo?

Kinder le miraba espantado. Armsbruster reaccionó con enfado.

—Basta, John. No hay necesidad de convertirlo en un ataque personal.

—Debes una excusa al capitán Kinder —Armbruster recordó que

Kinder le había dicho antes de transferir a Reisman el Proyecto Amnistía que el hombre adecuado tenía que estar compuesto por igualdad de brutalidad y compasión. Sin embargo, jamás imaginó que Reisman se comprometiera emocionalmente con sus hombres hasta ese extremo.

—Déjelo, mayor —dijo Kinder, encarándose con Reisman sin titubear—, esto es tan tuyo como mío, John, y respecto al miedo…, sí, desde luego que lo tengo. ¿Cómo crees que iría a la guerra si nuestros papeles estuvieran invertidos? ¿Si yo tuviera que hacer tu trabajo y tú el mío? En la guerra moderna tiene que haber puestos que se adapten a la personalidad y capacidad del individuo, no sólo de la situación. Algunos desean ardientemente la acción…, otros no…, pero eso no significa que sean cobardes.

—Lo siento, Stu. No tenía derecho a decir eso —se disculpó Reisman.

—La elección de las misiones nunca fue responsabilidad mía. Yo estoy tan desconsolado por ella como tú —dijo Kinder, afectuoso—. En principio, todo esto no era para mí más que un experimento para ver si podíamos formar y entrenar a un grupo así. Pero cuando insististe con tanta vehemencia para que fijaran inmediatamente la misión…, cuando comprobé personalmente lo que habías hecho…, entonces fui yo mismo el que insistí. La apresuré por ellos y por ti, tal y como me pediste. Pero créeme, yo no sabía de qué se trataba.

—Entonces nunca hubo una misión, desde el principio —acusó Reisman.

—Yo sabía sobre ello tanto como tú. Creo que nunca hubo mucho más de lo que ahora nos han dicho.

—El oficio origen de todo, John —recordó el mayor Armbruster —, decía simplemente que tenían que ser enviados en secreto a Europa, al continente, antes de la invasión para causar estragos en la maquinaria de guerra nazi. Y es lo que tenemos, ¿no?

—Entonces, tienes que conseguir algo más, Max —dijo Reisman apasionado— y tengo que ir con ellos. En grupo pueden hacerlo, por separado están perdidos.

—Estoy de acuerdo con él, mayor —añadió Kinder—. Es la clásica situación en que el total es mayor que la suma de sus partes.

—Me atengo a lo que haya —dijo el mayor—. Yo también recibo órdenes, John. A Dios gracias, no dirijo la guerra. Mi trabajo

consiste en darte lo que necesitas y ayudarte a preparar la misión que Dentón acaba de esbozar.

—¡Entonces, haz algo! ¡Algo! A ti te escucharán en la sede —dijo Reisman. De repente recordó—. ¿Y Rosedale? ¿Recuerdas Rosedale? Me teníais buscando personal cuando salió esto. ¿Lo acabaste? ¿Qué era, en realidad, Rosedale?

—Un rumor —dijo Armbruster—. Decidimos que era muy arriesgado continuar. No pudimos reunir el equipo apropiado sobre la base de un simple rumor.

—¿Qué era?

El mayor recorrió el mapa y señaló:

—¿Conoces Rennes?

—En Bretaña —dijo Reisman—, junto a un río…, el Vilaine. He pasado por allí varias veces, pero no lo conozco. ¿Qué hay allí?

—Es lo que no sabemos —dijo Armbruster—; sabemos que es un centro ferroviario importante y cruce de carreteras. La fuerza aérea lo bombardea con regularidad. Pero se dice que un grupo de generales y altos mandos del 7.º ejército alemán se reúnen en un *cháteau* de vez en cuando para trabajar sobre el mapa: *Kriegsspiels*, juegos de guerra, supuestos, combinándolos con el descanso y algunas diversiones de carácter más íntimo.

Una nueva excitación invadió a Reisman.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Tiene que ser eso!

—Pero, John —replicó el mayor—, no podemos enviar allí a un grupo basándonos en un simple rumor.

—Pero ¿y si es verdad? —insistió Reisman—. ¡Qué oportunidad sorprenderlo!

—Si alguna vez tuviéramos la certeza de que estaban allí —musitó Armbruster mirando al mapa—, estoy seguro de que el SHAEF enviaría a un grupo selecto…, no al tuyo, John. O a la aviación. ¿Cómo vamos a saber si están allí cuando tus hombres lleguen? La Wehrmacht no va a programar un *Kriegsspiel* a nuestra conveniencia.

—Nunca te he pedido nada, Max —dijo Reisman pausadamente —. Siempre he hecho tus sucios trabajos y bastante bien. Ahora quiero algo, lo quiero con tal deseo que sería capaz de robarlo si fuera necesario. Entérate, Max. Ponte en contacto con la Resistencia. Trae a alguien que conozca el lugar y que sepa lo que

pasa allí. Ya lo has hecho otras veces. Sigue la pista del rumor hasta su origen. Hazlo por mí, Max —imploró—, porque tal y como están ahora las cosas, lo único que los cerebros grises han cambiado es el método de ejecución y yo soy el verdugo.

Se hizo un gran silencio en la habitación. Armbruster dudaba.

—¿Qué piensa usted, capitán? —dijo, dirigiéndose a Kinder.

Kinder no deseaba contestar. Hizo un gesto desesperado. No deseaba contestar, principalmente porque no quería sentirse responsable de las consecuencias, ni siquiera de una mínima parte. Tal como estaban las cosas, los presos irían… y que Dios les ayudara. Su destino, fuera cual fuera, sería seguramente mejor que lo había sido hasta ahora. Pero esto otro, si había algo de cierto en ello…, aquel loco de Reisman se enfurecía y Kinder quería evitarlo.

—No sé, señor —contestó finalmente—, en realidad, no es mi especialidad. No me juzgo con experiencia para pronunciarme.

Armbruster asintió resignado con la cabeza.

—Muy bien, John. Lo miraré —dijo despacio—; mientras tanto, sigue las órdenes y prepara a los hombres para los objetivos que ha indicado Dentón. Te mandaré inmediatamente todo…, uniformes alemanes, armas, tarjetas de identidad, órdenes, manuales de conversación… todo. Y, por favor, que se afeiten y laven los cabrones esos —concluyó agriamente.

Reisman le sonrió.

—Gracias, Max —dijo—, lo harán… cuando deban.

Aún no era mediodía cuando Reisman abandonó Baker Street y se sumergió en el ruido y la agitación del tráfico londinense. Kinder le había invitado a comer en el club de oficiales, pero él rechazó el ofrecimiento, diciéndose que deseaba reunirse inmediatamente con sus hombres. Desde una cabina, telefoneó a las oficinas del CID en que trabajaba León Osterman. Se daba cuenta, ahora más que nunca, de que tenía que arreglar de una vez la cuestión de la inocencia o culpabilidad de Myron Odell. Pero Osterman no se encontraba en las oficinas y su sentimiento de inutilidad y aprensión con que:: saliera de la conferencia aumentó al saber que el detective había marchado repentinamente a Escocia para resolver un caso y estaría ausente dos semanas.

Durante el largo camino desde Londres hacia el sur del país, ese sentimiento le atenazaba. Además, le urgía el deseo de volver al

campamento rápidamente y entregarse a organizar el nuevo, intenso y casi desesperado programa de entrenamiento que estaba ya esbozando *in mente*. Cuando llegó al cruce de Somerset donde debía doblar hacia Devonshire y Stoker Manor, sintió la necesidad de un auxilio personal y viró hacia el norte, hacia Marston Tyne y Tess Symmons, dándose a sí mismo la excusa de que en el campamento no le esperaban hasta por la mañana.

Paseó de la mano con Tess. La tarde, el viento primaveral y el crepúsculo. Ella le condujo alegre por los prados y el campo. Le llevó a una colina y detrás, en una pradera, le dijo emocionada:

—Aquí…, aquí lo encontré.

—¿El qué? ¿Un tesoro? ¿Las joyas de la corona? —contestó él, tratando a pesar de su depresión de unirse al buen humor de la muchacha.

—Algo mejor —dijo ella, señalando—, la primavera. Te dije que te la guardaría.

Reisman recordó y levantó el pie para ver si podía plantarlo sobre doce margaritas.

—No —gritó ella, agachándose y cubriendo con sus brazos la mata de flores—, por favor, no las pises.

—No, claro que no; qué tonto soy —dijo él.

La ayudó a levantarse. El suelo estaba verde y jugoso, pero frío ahora que el sol se había ocultado. Estaban solos y la besó. Si no hubiera hecho fresco, se hubiese dejado caer con ella sobre la hierba y habría perdido el control.

Tess le miró a los ojos según la tenía sujeta.

—Quieres hacer el amor conmigo, ahora, ¿verdad? —preguntó. Él asintió con la cabeza, casi turbado.

—Sí.

Anduvieron apresuradamente por un camino que conducía al Bulcher's Arans.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó Tess de repente, sujetándole.

—¿Qué pasa?

Ella señaló un pájaro ruidoso sobre una rama.

—Es una urraca. Levanta la mano y haz el signo de la cruz en el pecho —dijo—; si no, trae mala suerte. —¡Qué tontería!

—Sí, pero quiero —dijo ella—, y si no lo haces tengo yo que hacer algo por ti —se volvió y escupió tres veces sobre su hombro

izquierdo.

—¿Ya vale? —preguntó él.

—Sí.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—La señora Culver. Sabe muchas cosas de ésas. Dice que la urraca fue el único pájaro que no quiso entrar en el arca de Noé. Se posó sola en el tejado del arca, cotorreando sobre el mundo inundado.

—¿Sola? ¿No había una pareja de cada para continuar la especie?

—Hum… —musitó ella—, supongo que tienes razón, jamás lo pensé. Bueno, tal vez fue la hembra la que entró y el macho el que se quedó fuera. Pero la señora Culver dice que un pájaro tan desafiante y rebelde debe ser considerado de mala suerte.

—Eso soy yo —dijo Reisman, sonriendo—, igualito, menos en lo de la mala suerte. ¡Yo la tengo muy buena! ¿Sabes? —se volvió saludando con el sombrero a la urraca e hizo el signo de la cruz sobre el pecho—. Después de todo me gusta el animalito.

El coronel Everett Dasher Breed «volaba» furioso, el martes por la mañana, hacia Stokes Manor. Sentado junto al conductor del camión, llevando atrás una escuadra de sus paracaidistas en secreto.

El sargento Morgan fue la clave. Con el nombre y la graduación, pudo averiguarlo todo. ¡Un verdugo! ¡Un sucio verdugo! Y al descubrir que el 5 de marzo, Morgan, el verdugo, había sido transferido de la prisión de Marston Tyne con un destacamento de guardianes y presos, el coronel Breed estaba casi seguro del resto.

—¡Eran presos! ¡Y Reisman su guardián! ¡Con todos aquellos aires y pretensiones era su guardián!

Aumentando su rabia, estaba la llamada suplicante de lady Margot diciéndole que había habido una puta en el campamento de Reisman. Contra todas las reglas de la propiedad, contra todas las ordenanzas militares y a pesar de la advertencia llena de tacto de Breed.

Cuando atravesó la verja no se preocupó de detenerse en la casa. Ordenó al conductor seguir por el campo hacia el bosque. Lady Margot debería llegar y permanecería en el edificio siguiendo sus instrucciones. Dieron tumbos sorteando los árboles, y de repente, en el claro, se encontraron ante la alambrada de espinos, el barracón y

las torre tas tal como lady Strathallan lo había descrito. ¡Una prisión! Ahora no tenía duda alguna. Y Dios sabe los modales de los hombres que había allí dentro libres de contaminarlo todo, de perjudicar a lady Margot.

El camión se detuvo ante el barracón. Breed saltó a tierra y lanzó una mirada al conjunto. No había necesidad de desplegar la escuadra. No le daría a Reisman la satisfacción de hacerlo parecer una operación militar. Se dirigió hacia la puerta de la alambrada con sus hombres tras él en grupo.

—¡Alto, no se muevan!

Breed miró hacia arriba y vio en el tejado del barracón a un soldado apuntándoles con una metralleta.

—¿Me lo cargo, mi coronel? —preguntó uno de los soldados cogiendo el fusil.

—No seas burro —replicó Breed, mirándole desdeñosamente—, no hay que hacer disparos…, y nada de fuerza hasta que yo lo ordene.

El sargento Bowren seguía apuntando a Breed, a quien había reconocido.

—Esta es una zona reservada, señor, y no tiene derecho a estar aquí —dijo.

—¿Dónde está el oficial jefe? —preguntó Breed.

—No está aquí, mi coronel.

—¡Maldita sea! ¿Quién le sustituye, soldado?

Bowren iba a decir el sargento Morgan, pero se contuvo a tiempo y dijo:

—Uno de nosotros, mi coronel.

—Bueno, diablo, no se quede ahí mirando estúpidamente, soldado. Que salga.

Bowren descendió del barracón y penetró en el recinto. El sargento Morgan y algunos PM y presos estaban dando paseos mientras Reisman regresaba. Al advertir que algo ocurría fuera se dirigieron hacia él.

—Es ese cabrón de coronel de paracaidistas, sargento —dijo Bowren a Morgan—, quiere hablar con el oficial encargado. Creo que es usted.

—Quédese aquí con ellos —dijo Morgan, señalando con el pulgar hacia atrás.

—No, voy con usted —replicó Bowren.

Atravesaron el barracón yendo hacia la puerta donde Breed esperaba impaciente. Su presencia preocupó a Morgan. Se sintió culpable cuando el coronel le miró con una sonrisa burlona y dijo:

—Sargento Morgan, me alegro de ver aquí a alguien que sabe lo que se trae entre manos. ¡Abra la puerta!

El verdugo dudaba.

—No podemos dejar pasar a nadie —insistió Bowren.

—¿Ve usted estas águilas en mi hombrera, soldado? —dijo Breed, avasallador—. Abra la maldita puerta, Morgan, o será usted soldado rasó antes de que anochezca.

La amenaza hizo efecto en Morgan. Antes de que Bowren pudiera impedirlo abrió la puerta. Bowren retrocedió parándose ante la entrada del barracón y apuntando con su arma a Breed y sus tropas.

—¡No me asusta usted, coronel —gritó—, el primero que lo intente, prueba esto!

Breed se dirigió hacia él sonriendo, y el dedo del sargento Bowren tembló en el gatillo, pero no pudo decidirse a apretarlo. Breed se puso frente al cañón y lo apartó con la mano, mirando al frente como si no existiera.

—Ya sabía yo que no lo haría, soldado —dijo. Dos de los paracaidistas sujetaron a Bowren desarmándole, y el resto atravesó el barracón hacia el recinto, donde el coronel Breed ordenó a presos y guardianes formar por separado.

Napoleón no acababa de entender lo que sucedía hasta que el coronel mandó firmes y dijo:

—Uno de mis hombres recorrerá la fila ante vosotros. Tenéis que decirle el nombre, graduación, número y unidad.

—No abráis la boca —susurró Napoleón al que estaba a su lado —, no le digáis nada, es un truco de Reisman.

—No creo, Nappy —respondió Wladislaw—, dos de esos tipos son los que me atacaron en la base.

—Que les den por el culo —replicó Napoleón—, esto huele a truco de Reisman. Corre la voz, idiota. El que abra el pico se la carga. ¡Que lo sé yo, amigo!

—¡Silencio! —gritó el coronel Breed acercándose al grupo—, ¿es que no sabéis guardar silencio en formación?

Pero Wladislaw ya había pasado la alarma y cuando los paracaidistas recorrieron las filas con papel y lápiz pidiendo la identidad, todos respondieron con un número.

El coronel Breed se llevó a cada uno aparte, interrogándolos personalmente. Utilizó todos los recursos, desde la coba hasta la intimidación por los galones, pero sin éxito. A Napoleón le pareció un espectáculo muy divertido.

Finalmente, Breed señaló al sargento primero Morgan:

—Usted, venga conmigo —y lo llevó al otro extremo del recinto, lejos de los demás—. Quiero que me diga el nombre y datos de cada uno de esos, Morgan. Y la naturaleza y objetivo concreto de su entrenamiento.

Morgan estaba asustado e hizo cuanto pudo por salir del aprieto.

—Yo no sé nada, mi coronel —balbuceó.

—¿Qué teme usted, sargento? —dijo Breed, lisonjero—. ¿Tiene miedo de Reisman? Sólo es capitán. Le está hablando un coronel.

—Lo sé, señor. No tengo miedo de él.

—Entonces, ¿tiene miedo de perder los galones? ¿No es eso, Morgan?

—No tengo miedo de nada.

—En ese caso, sargento, tendré especial placer en revelar a su capitán Reisman que fue usted quien nos abrió el campamento y que su estupidez al divulgar su nombre y graduación hace unos días fue lo que me permitió averiguar que estos hombres son convictos y guardianes de la prisión de Marston Tyne y usted el verdugo.

—No…, por favor, mi coronel…, no lo haga —tartamudeó Morgan.

—Entonces, hable.

—Es lo que usted dice, señor. Venimos de Marston Tyne, eso es todo.

—¿Qué hacen aquí?

—Se entrenan… sólo, señor.

—¡Eso ya lo sé, idiota! ¿Para qué se entrenan?

—No lo sé. De verdad, mi coronel.

—¿Es para la invasión o algo así? ¡Habla, maldición, Morgan, o te degradaré!

—No sé, señor. Si lo supiera, se lo diría. De verdad… Tiene que creerme.

—¿Y la puta, Morgan? Supongo que tampoco sabes nada. ¿No se trajo aquí una puta para el placer de esos cerdos?

—No fue cosa mía, mi coronel —protestó Morgan—, no me gustó la idea y no tuve nada que ver.

—Pero ellos sí, ¡y varias veces!

—Sí. Dos, creo.

—¿Y Reisman?

—No sé nada.

—¿Para qué os entrenan, Morgan? —insistió Breed.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Ni siquiera Reisman. Alguna misión especial, creo.

—¿En la invasión? —preguntó Breed, incrédulo.

Una ola de indignación invadió al coronel.

—¡Una locura! —exclamó con voz temblorosa— una locura increíble. ¡Unos presos! ¡La escoria! —perdía el control de sí mismo—. ¿Son los presos…, los sucios, verdad, Morgan? ¿La Inmunda Docena? ¿Cómo se puede permitir? ¿Cómo se les consiente que vayan así? ¿Tienen algo que ver con la misión?

—No creo, señor —contestó Morgan—, un día decidieron por las buenas que no se lavaban ni afeitaban, eso es todo.

—¿Y el comandante se lo permitió?

—Sí, señor. No pareció importarle.

—Pues van a afeitarse y bañarse antes de que nos vayamos, sargento, aun que tenga que hacerlo yo uno por uno.

Breed llamó al paracaidista que había intentado tomar la identidad de los presos.

—Sus nombres, Morgan. Dé a este soldado los nombres y número de todos…, presos y guardianes —dijo—. Quiero sus nombres, graduación, número de matrícula y unidad. ¿Me entiende, sargento?

—Yo no sé todo eso, mi coronel.

—Pues diga a este hombre lo que sepa —ordenó Breed con una voz de furia contenida—, y cuando acabe, quiero una declaración suya sobre la puta…, ¡y firmada!

30

Reisman avanzaba sigiloso por el sendero del bosque alrededor del campamento, desenrollando los cables de las cargas explosivas. Ahora estaba en su elemento, feliz.

Actuaba rápido, impulsado por el sonido de la voz del coronel Breed, amenazando a sus hombres a lo lejos. Llevó los cables hasta el barracón y subió la escalera para poder observar desde la claraboya sin que le viesen.

En el recinto, Napoleón White empezaba a cansarse del coronel Breed, que se estaba pasando de la raya. Continuaba creyendo que era una treta de Reisman para probarlos y desmoralizarlos. Breed mandó recorrer la fila a un paracaidista, arrancándoles las alas que todos llevaban orgullosos. Cogió una en alto y dijo:

—Esta es una insignia de honor, ¡no tenéis derecho a llevarla! ¡La envilecéis con vuestro contacto! ¡Insultáis a los valientes que la ennoblecen con sus hazañas!

—¡Mierda! —murmuró Franko.

—¡Tú! —tronó Breed, señalándole con un dedo tembloroso—. ¡Sal de la fila!

Franko salió arrastrando los pies, asustado.

—Vas a hacer una demostración para el resto de esa basura sobre el procedimiento correcto de lavarse y afeitarse.

Franko se puso rígido.

—¿Te lavas y afeitas? —preguntó Breed.

—No, señor. No lo haré.

—Entonces será por las malas. ¡Afeitadle en seco! —ordenó el coronel.

A la orden de Breed, dos paracaidistas sujetaron a Franko por los brazos y piernas. Un tercero le quitó el caso, agarró su cabello y le puso una bayoneta en el pescuezo.

Una rabia incontenible sacudió a Napoleón. No tenía simpatía

alguna por Franko, pero aquello era demasiado. Si el coronel se salía con la suya, él y los demás irían detrás. El mismo Reisman, que contaba con mayores razones, no se había atrevido a hacerlo. Se abalanzó contra los que sujetaban a Franko.

—Quitadle las manos de encima.

En aquel instante, dos tremendas explosiones sacudieron el campamento; Napoleón se lanzó al suelo junto a Franko. Levantó la cabeza y vio a los demás cuerpo a tierra, incluido el coronel. La tercera explosión le hizo morder de nuevo el polvo.

Desde el barracón se oyó la voz de Reisman ordenando:

—¡Que nadie se mueva!

El coronel empezó a incorporarse.

—¿Es usted, Reisman?

—Exacto, coronel. Levántese despacio y avance con cuidado hacia mí.

Napoleón vio cómo algunos paracaidistas empezaban a moverse, apuntando sus fusiles hacia el barracón, inciertos sobre el lugar en que se ocultaba Reisman, una ráfaga de ametralladora le reveló junto al alero del tejado, pero las balas que se clavaron detrás de todos indicaron que, efectivamente, los tenía a raya. Sólo Breed siguió moviéndose desdeñoso. Napoleón temblaba de emoción y de algo de miedo.

—¡No se mueva, coronel! —ordenó Reisman—, y diga a sus muchachos que dejen las armas.

Breed le miró con una mezcla de sorpresa y miedo.

—¿Está usted loco?

—Exacto, estoy loco. Y usted está traspasando el área de máxima seguridad y puede recibir una bala…, sin sentimiento por mi parte. Ordéneles tirar las armas.

Breed dudaba. Sabía que Reisman dispararía en caso necesario y no estaba dispuesto a exponerse estúpidamente. Pero no necesitaba dar la orden. Los paracaidistas depusieron por sí mismos las armas.

—Clyde…, Nappy…, ¡recoged la chatarra!

Napoleón se movió rápido llenando los brazos de fusiles. El propio Bowren arrebató al coronel su «45».

—Pase usted al barracón, coronel…, solo —dijo Reisman desde el tejado.

Cuando llegó Breed, abría Reisman ya la puerta. Con la acción

se había disipado su furor.

—¡Cómo se preocupan sus muchachos por usted, coronel! —dijo, sarcástico.

—Es una de las compensaciones por un buen mando, capitán. Dudo mucho que inspire la misma lealtad a sus puercos.

Reisman le condujo hasta la oficina y cerró la puerta.

—Ahora dígame las razones de esta chiquillada. ¿Qué se le ha perdido aquí? —preguntó con toda calma. Estaba sentado en el catre para poder ver el recinto y señaló a Breed la silla del escritorio.

—No necesita seguir ocultándolo, Reisman —continuó Breed de pie—, ya sé lo que son.

—¿Qué son, coronel?

—Presidiarios de Marston Tyne. Y al ser Morgan el verdugo su ayudante, me imagino que de los peores. Asesinos, violadores, ladrones. ¿Cómo se ha atrevido usted a mezclar semejante desecho con mi regimiento?

—Son soldados del ejército de los Estados Unidos, coronel. Voluntarios alistados en un experimento secreto de entrenamiento.

—¿Cree usted que me voy a tragar eso, capitán?

—Más vale que se lo trague, coronel, y se guarde cualquier cosa que haya podido imaginar, si en algo aprecia su puesto.

—¿Me está amenazando?

—Sí. Preferiría denunciarle por esta aventurilla o por ordenar a dos de sus muchachos selectos atacar a uno de mis hombres en la base con objeto de tratar de obtener información secreta. Puede constituir un delito de horca, ¿sabe?

—¡Cómo se atreve! —explotó Breed—. ¡No merece usted el mando! ¿Cómo se atreve usted a exponer a lady Margot al contacto con esta basura? ¿Trajo usted una mujer aquí, Reisman?

—Chismes de loca.

—No sólo tengo el testimonio de lady Margot, capitán, sino también el de uno de sus hombres… y lo utilizaré para buscarle un juicio militar.

—¿De quién? —preguntó Reisman.

—Una fuente de información incuestionable, capitán. Su verdugo… El sargento primero Cari Morgan.

—¿Le contó a usted también el resto?

—Se limitó a confirmar lo que yo ya sabía.

—¿Cómo se enteró usted?

—Eso es asunto mío. Quiero saber qué es lo que hacen exactamente usted y sus presidiarios.

—Lo que hacemos aquí, coronel, no es asunto suyo.

—Sí que lo es, Reisman, sí que lo es —dijo Breed, glacial—. Al margen de su insultante comportamiento hacia lady Margot y de poner en peligro su seguridad…, dejando a un lado las mujerzuelas que trae aquí, motivo más que suficiente para un juicio militar…, es un asunto que, desde luego, me concierne. Es obvio que está usted preparando una misión de paracaidismo para la invasión. Quiero saber cuál es. ¡Exijo saberla! ¿Piensa usted que voy a permitir que usted y esa banda de criminales hagan algo que pueda afectar no ya a la seguridad y el éxito de mi regimiento…, sino de toda la operación? ¡Qué locura! ¡Qué estupidez imperdonable!

—Está usted insultando a la inteligencia de sus oficiales superiores, coronel, y mostrando una grave falta de respeto —dijo Reisman, burlón— eso basta para un juicio militar.

—Sería negligencia por mi parte, hacia mis hombres, hacia el ejército, hacia mí mismo, si no redujera esto a su justo valor —declaró Breed—. Supongo que lo preferirá usted a llevar a cabo ninguna de esas ridículas acusaciones contra mí. Su posición es insostenible, puedo contraatacar.

Reisman se levantó dirigiéndose hacia Breed.

—Al parecer, hemos llegado a un empate, ¿no? ¿Le gusta a usted apostar, coronel?

—¿Apostar por quién?

—Por usted y sus paracaidistas.

—Cuando quiera, capitán.

—Muy bien. ¿Desea usted jueguecitos como los de hoy? Vamos a hacer uno deportivamente. Unas maniobras. Mis muchachos contra los suyos.

—Si ganamos, cierra usted la boca y borrón y cuenta nueva. Si perdemos, mi programa experimental en el Stokes Manor está acabado.

Era una puñalada en la oscuridad, pero para alivio de Reisman, Breed mordió el anzuelo con ganas.

—Por descontado que me gustaría más que un supuesto militar.

¿Tiene un mapa de la región?

Reisman cogió uno de la mesa. El coronel lo desplegó y-se sentó en la silla.

—No es necesario organizar unas maniobras, hay unas programadas para el 3 de mayo cerca de Slappton Sands —dijo, señalando y marcando con un lápiz—; un batallón de mi regimiento defenderá un perímetro determinado y fijo desde aquí hasta aquí. Arréglese a través del conducto reglamentario para incorporarse a las maniobras. En un punto de esta zona estará mi puesto de mando. Tómelo o destrúyalo y queda usted libre.

Breed se marchó con su escuadra, dejando tras de sí la tensión y la desconfianza. Reisman aguardó en la oficina hasta que Bowren volvió, asegurando que habían despejado el terreno.

—¿Cómo consiguió entrar, Clyde?

—Poniendo su tripa contra esto —dijo Bowren, señalando el cañón de su metralleta—. Tal vez no sea mi tipo de trabajo, capitán… Jamás he matado a un hombre…, y, tenga o no razón, no me gustaría hacerlo de esa manera cuando llegue la hora.

—Morgan le contó lo de las mujeres, ¿lo sabía?

—No, señor —respondió Bowren. Continuó vacilante, porque el viejo principio de no delatar a un compañero le detenía—; pero el coronel le reconoció cuando llegó a la puerta, señor…, le saludó como a un amigo.

Salieron al recinto. Hasta los PM parecían afectados y serios. El sargento Morgan tenía el mismo aire asustado que antes tuvo Myron Odell. Napoleón White dijo, medio sarcástico, medio admirativo:

—Como el 7 o de Caballería en las películas, capitán. Cuando estábamos a punto de ser escalpelados.

Reisman asintió con la cabeza. Vio que el verdugo intentaba escurrirse entre el grupo.

—Morgan, forme a los hombres y a los PM en grupos separados —ordenó. Ya no podía llamarle sargento.

Reisman fue de hombre en hombre encomiándoles su actitud ante la amenaza, excusándose por haber tardado tanto. Hizo lo mismo con los PM, excepto con Morgan. Le ordenó salir de la formación y ponerse de cara a los demás.

—¡Entregúeme sus armas!

Como el verdugo dudara en entregarle la metralleta, Reisman se la arrebató agarrándola por el cañón y colgándosela del hombro. Adelantó una mano a la cintura de Morgan.

—Esto también —bramó.

Para desatar la funda del pesado «45» apretó tanto el cinturón que el tripudo sargento gruñó:

—¿Qué significa esto, capitán? —preguntó Morgan, desconfiado.

—Una antigua y honrosa tradición militar. Imagínese que está en una parada de verdad y que se oye redoblar el tambor.

Reisman se volvió hacia los hombres:

—El verdugo nos deja hoy. Antes de hacerlo tiene algo que decir.

Morgan le miró confuso.

—No voy a ir a ninguna parte. ¿Qué quiere decir, capitán?

—Vendiste tu alma por esos galones, Morgan —dijo Reisman—, traicionaste a tus hombres y serías capaz de colgar a tu madre para conservarlos. Diles quién permitió al coronel y a sus paracaidistas entrar aquí a organizar el follón.

—No pude evitarlo. Abusó de su graduación —protestó Morgan.

—A ellos no les asustó su graduación —dijo Reisman—; dijiste quiénes eran al coronel…, contra mis órdenes, contra todas las advertencias que hice.

—Me engañó… Sólo le dije mi nombre. Ayúdeme…, no dije nada más —tartamudeó Morgan.

—Además, eres estúpido. Y tu estupidez, tu traición, tu cobardía, bastarán para el juicio militar. Ahora mismo sales de aquí hacia Marston Tyne bajo custodia. Haré todo lo que pueda para acusarte, llevarte a juicio y verte condenado según los artículos pertinentes del Código militar…, y asegurar que nunca más sales de la categoría de preso. ¡Coge tus cosas y fuera de mi vista!

Morgan miró en torno suyo, frenético… A Bowren, a los PM, a los presos. Sus expresiones iban desde el desprecio al triunfo y la alegría. Fue arrastrando los pies hacia el barracón. En la puerta se volvió:

—Usted recibirá lo suyo, capitán —dijo, desafiante.

Una hora después, Reisman contemplaba al sargento Bowren y a los seis PM conducir a Morgan, taciturno, bajo escolta, a la trasera del camión. Bowren llevaba una carta para el teniente coronel

Tarbell, comandante de la prisión de Marston Tyne, detallando los cargos contra Morgan y pidiendo se le pusiera en una celda hasta que pudiera convocarse un juicio militar. Todos los guardianes, excepto Bowren, llevaban su equipo completo, pues mientras escribía el pliego de cargos para transferir a Morgan, Reisman pensó que la inmunda Docena no necesitaba guardianes ya, y que, a partir de ahora, cuantas menos personas tuvieran acceso a lo que iba a hacer, mejor. A Bowren le dio a elegir: podía volver al campamento si lo deseaba o quedarse en la guarnición de Marston Tyne.

—Volveré, capitán —dijo, sin vacilar.

—Pasen al barracón, caballeros, es de ustedes —dijo Reisman a los presos.

Entraron como niños, llenos de excitación, discutiendo cuáles eran las mejores camas —todos los catres eran iguales—, decidiendo quién iba a dormir cerca de quién, descubriendo aquellos lujos ahora suyos, posesionándose del barracón que ellos mismos construyeron. Reisman les concedió unos minutos, luego los reunió al fondo del cuarto. Se sentaron en los bancos en silencio.

Los contempló un instante ordenando sus pensamientos.

—Os lo habéis ganado. En mi opinión ya no sois presos…, sino soldados. Pero ese imbécil de coronel al que acabamos de echar de aquí quiere que volváis a Marston Tyne y echar por tierra la oportunidad que se os concedió.

Explicó la amenaza de Breed. Les contó lo de las maniobras y el trato que había hecho, provocando una serie de apretones y entusiasmos entre ellos.

—Yo me las entenderé con ese hijo de puta —murmuró Franko.

—Claro que sí, capitán —dijo Archer Maggot. Parecía un perro olfateando su próxima pelea—, ese coronel no tenía por qué meter aquí las narices.

—Por lo que entiendo, tenemos que lograr un objetivo —intervino Gilpin.

Myron Odell lo resumió prácticamente con toda convicción:

—De todas formas necesitábamos práctica real. Reisman comprobó satisfecho que en cierto modo tenía que estar agradecido al coronel Everett Dasher Breed. Con sus intervenciones les había prestado un buen servicio, provocando ese *esprit* o ese odio de *nosotros* contra *ellos*, además de proporcionarle la oportunidad de

ganarse esa lealtad que Breed despreciara.

Napoleón le hizo volver a la cruel realidad.

—¿Qué hay de la invasión, capitán? ¿No va siendo hora de que nos diga antes que nada qué es lo que esperan de nosotros?

Los hombres se inclinaron furiosos, temerosos, para escuchar las palabras de Reisman. Habían estado haciendo conjeturas entre ellos desde el principio.

Pero Reisman no tenía intención por el momento de hablar de los objetivos.

—Si no demostráis vuestra valía en las maniobras, no habrá nada —contestó.

Desplegó en la mesa el mapa que el coronel Breed marcara y se lo señaló.

—En un punto de esta zona está vuestro objetivo. Tenéis una sola tarea: localizar y tomar o destruir el puesto de mando del coronel. Lo haréis solos. Yo os ayudaré en los preparativos. Os conseguiré lo que necesitéis para realizarlo. Pero no tomaré parte en la operación. Tenéis que demostrar, a vosotros mismos, a Breed, al ejército… y a mí, que podéis hacerlo solos.

—¿Tenemos que saltar? —preguntó Wladislaw.

—Lo dejo a vuestra elección. Depende del plan que hagáis. Empezad a pensar.

—Juego de niños —dijo Napoleón. Se había vuelto más agudo al ver la renuncia a participar de Reisman—. Es como un juego —recordaba las grandes maniobras en Louisiana, cuando le sucedió el incidente, y su memoria se inflamó.

—Una mierda, juego de niños —protestó Luis Jiménez—; recuerdo unas maniobras en los Estados Unidos, en mi unidad les zumbó a dos tíos la artillería.

—¿Los mató? —preguntó Odell, nervioso.

—Naa…, una contusión solamente. Salieron del hospital tan frescos.

—No te preocupes, Myron —dijo Calvin Ezra Smith—, cuando haya una barrera de fuego real basta con mantenerse apartado.

—No me preocupo —insistió Odell—, es que no sé nada de eso. ¿Cómo es? Quiero decir, ¿cómo se sabe si estás muerto o te han hecho prisionero? ¿Cómo se sabe quién gana y el puesto de mando ese que tenemos que tomar?

—Los árbitros, diablos —dijo Napoleón.

Miró hacia Reisman, vacilante, y éste le hizo señas para continuar.

—Ellos marcan las bajas y determinan el terreno perdido o ganado, basándose en las fuerzas, posición y poder de fuego de los contendientes en cada acción parcial…, a veces hasta a nivel de patrulla.

Hablaba con autoridad, como si tuviera el mando, y se sentía feliz viendo que los demás escuchaban atentos, hasta Archet Maggot con su típica expresión medio burlona. El maldito capitán acababa de destacarle una vez más. Napoleón lo sabía y le gustaba.

—¿Por qué no intentas trazar un plan de ataque? —lanzó Reisman.

—Teóricamente no es difícil —dijo Napoleón—, lo único que tenemos que hacer es llegar hasta el objetivo sin que nos descubran…, evitar con» tacto con el enemigo y no hacer disparos inútiles que descubran nuestra posición en la zona y perjudiquen la misión…, y no intentar matar o capturar tropas enemigas hasta que alcancemos las posiciones para el asalto. Teóricamente también, es imposible.

—Entonces no es un juego de niños —observó Reisman, seco.

Napoleón se encogió de hombros.

—¿Cuántos de vosotros habéis participado en supuestos tácticos? —preguntó Reisman.

Algunos contestaron afirmativamente, y Reisman explicó cómo era el asunto a los que no habían intervenido. Cada bando llevaba unas cintas de colores diferentes en los cascos y un distintivo en el hombro…; los árbitros, observadores neutrales y sus vehículos, estaban señalados también…; además había correos especiales y ambulancias para posibles accidentes.

—Las reglas son: nada de contacto físico entre las unidades enemigas ni cuerpo a cuerpo —concluyó Reisman.

Archer Maggot añadió, sarcástico:

—¿Quién dice que vamos a seguir las reglas?

—Nadie —replicó Reisman, sorprendiéndole—, pero eso no significa que vayas a matar a nadie ni a dinamitar nada. Los disparos son simulados o con cartuchos de fogueo…, excepto, probablemente, la artillería y algunas cargas de dinamita que

tirarán de vez en cuando para darle un aspecto más real. Os proporcionarán la información referente a este simulacro, pero en términos generales ésas son las reglas y procedimientos.

—¿Quiere usted decir que no vamos a seguirlas? —preguntó Napoleón.

—Creo que habrá que recurrir a un engaño —sugirió Reisman—. Como dijiste, es una misión imposible… Con mayor razón en un simulacro, en que no veréis palpablemente ningún signo de daño que causéis al enemigo en el combate, por mucho valor que derrochéis. Además, en un encuentro normal entre unidades os superan en número y armamento. Tenéis que ser más astutos que ellos…, hacer algo que no esperen.

—¿Como qué? —preguntó Napoleón.

—Es su fiesta, caballeros, empiecen a pensar —dijo Reisman.

A Roscoe Lever le estaba rondando una idea. A él le había salido bien en docenas de robos a mano armada…, excepto la última vez. Dudaba, no quería presentarse voluntario a nada de Reisman, no quería compartir nada. Temía que fuese demasiado estúpido…, pero le ganó el incentivo, el deseo de intentarlo otra vez.

—Podríamos disfrazarnos —murmuró.

—¿Cómo diablos ibais a disfrazaros? —rió el capitán—. Breed y sus paracaidistas os conocen…, conocen vuestra pista, vuestro olor precisamente.

Se miraron unos a otros las barbas, el cabello desgreñado, la ropa mugrienta. Victor Franko no quería decirlo. No le gustaba echarse atrás en algo que habían decidido en común por instigación suya. Pero se daba cuenta de lo que esta sugiriendo el capitán. Todos se daban cuenta. Parecían aguardar una señal de Franko.

Samson Posey supo de qué se trataba. Habló pausadamente, con firme resolución, agarrándose los ralos pelos de su barba:

—Yo me limpiaré…, afeitar cara…, pero pelo largo a manera india.

—Con eso basta, Posey —dijo Reisman, veloz—. En tu caso, incluso hay un precedente bíblico. ¿Y vosotros? Muchachos: podéis odiar a Breed, al ejército o a mí si queréis —les arengó con voz amable—, podéis odiar lo que os plazca o maldecir lo que os trajo aquí…, pero, pese a ello, se presenta, la ocasión de demostrar a Breed y a sus hombres y a todo el ejército que sois mejores soldados

que ellos. Haced el trabajo por diversión, para practicar, y entonces podremos continuar y hacer una misión de verdad entre los nazis, porque esos hijos de puta fueron la causa de que vinierais aquí.

—Creo que debernos afeitarnos —dijo Sawyer, dirigiéndose a todos. A él personalmente le alegraba la oportunidad de ser soldado de nuevo—; si no, no tendremos ninguna probabilidad… en las maniobras y en el objetivo de verdad.

—No tenéis que hacerlo aún —dijo Reisman—, porque volveremos a la escuela de paracaidismo para un salto de refresco y no quiero que os lo noten. Pero si os ducháis, os afeitáis y os cambiáis esos harapos la noche antes de las maniobras, creo que podremos elaborar juntos un plan para tomar vuestro objetivo.

Napoleón se encogió de hombros aceptando, ¿qué importaba ya?

—Por mi parte, de acuerdo —dijo.

Victor Franko esperó oír más opiniones en sentido afirmativo, pues quería que fuera eso y no su propia decisión o la de Reisman la que decidiera el asunto. Finalmente dijo:

—*Okay*, lo haremos.

En los días que siguieron, desarrollaron planes y tácticas para el supuesto, poniendo en ello gran interés y entusiasmo. Kinder les envió mapas aéreos de la zona de maniobras, señalando relieves topográficos, edificaciones, *bunkers* y emplazamientos. Quiso venir personalmente para colaborar en el entrenamiento, pero Reisman le pidió que no lo hiciera, pues deseaba que actuara de observador neutral en las maniobras.

Con un mínimo de protestas, Napoleón White y Ken Sawyer fueron reconocidos como jefes por su conocimiento y experiencia. En la cota que Breed indicó señalaron dos edificios y un *bunker* como posible puesto de mando. Con mantas, tierras, ramas y otros materiales recogidos en torno al campamento, Napoleón les enseñó a construir rápidamente señales de referencia de los puntos claves de la acción. Se hizo una figura para cada uno, y sus supuestos movimientos en diversas situaciones teóricas. Experimentaron una y otra vez y, finalmente, dispusieron un plan. No exigía saltar en paracaídas y se basaba en un engaño tan descarado que alegró el corazón de Reisman.

Cuando llegaron las cajas que enviaba el mayor Armbruster con

los uniformes alemanes, armas y documentos, Reisman seguía sin decidirse a hablar a los hombres de las misiones. Por ahora, sólo Bowren lo sabía. No obstante, enseñó a los hombres a manejar las armas con la misma pericia con que utilizaban las americanas, explicándoles que era parte de su entrenamiento. Y empezó a instruirles también en la brutal táctica de la guerrilla: matar sigilosamente, vivir en el campo al aire libre, plantar cargas y minas simuladas, volar puentes, trenes y edificios y todos los trucos de sabotaje más eficaces a veces que las cargas y los explosivos.

No llegaron a comprender muy bien por qué les hacía aprender alemán, pero obedecieron e intentaron aprender. A cada uno de ellos se les entregó un manual de conversación. Napoleón cogió a seis y Reisman a otros seis, y trabajaban durante un par de horas diarias. A Posey las extrañas frases que le enseñaban le suponían idéntico trabajo que la lectura y la escritura en inglés de los manuales del ejército. Durante algunos ejercicios, Reisman les hablaba en alemán, insistiendo en que ellos hicieran lo mismo. Salvo en el caso de Napoleón, la respuesta más frecuente era: *Ich verstehe nicht*[56].

A últimos de abril, Reisman recibió dos cartas. Una de León Osterman, desde Escocia. Se excusaba por no haberle escrito antes y haber interrumpido el caso Odell durante cierto tiempo. Le habían confiado un nuevo trabajo que le iba a entretener más de lo que pensaba; no obstante, prometía volver y dedicar tiempo a Odell hasta mediados de mayo.

Hacía varias semanas que Odell no había vuelto a dar la lata con su inocencia y Reisman no le dijo nada de la carta. Sólo esperaba que Osterman pudiera volver a tiempo para dedicar un esfuerzo final al caso Odell antes de que la Inmunda Docena fuera parachutada sobre Francia.

La segunda carta era algo más decepcionante y enojosa. Una carta personal del comandante de Marston Tyne con cierto tono irónico velado.

«Querido capitán Reisman:

He estado considerando este asunto durante varios días; le comunico mi decisión tras un serio examen de los diversos

aspectos del caso. Siento no poder conducir al sargento Morgan ante un tribunal militar, sobre la base que usted aduce, ni tenerlo bajo custodia, como me indica. Creo que mi decisión redunda en bien del servicio y que usted mostrará su conformidad.

He interrogado al sargento Morgan exhaustivamente y creo que, dados ciertos acontecimientos que éste afirma ocurrieron durante su destino en el campamento, y teniendo en cuenta la coerción de que alega haber sido víctima, en el momento del atentado, por parte de un respetable oficial superior que nos supera a ambos en graduación, los cargos de que usted le acusa deben ser considerados bajo una perspectiva más benévola.

Le ruego, igualmente, que comprenda, Reisman, que Morgan es un miembro permanente y necesario para mi mando. Sus galones le fueron entregados de acuerdo con la función que tiene que cumplir. Como es muy posible que sea llamado a desempeñar de nuevo sus funciones en un futuro próximo, considero que es necesario hacer cuanto sea posible, en interés del ejército y del esfuerzo de guerra, por evitar que el presente asunto pase a mayores, e insisto en que el sargento Morgan continúe en su actual categoría indefinidamente.

Suyo affmo.,

Simón R. Tarbell. 0-2473629
Teniente Coronel
jefe de la Prisión Militar».

Reisman dobló y guardó la carta en un cajón.

Comprendía demasiado bien. Nada podía hacer. El verdugo seguiría aguardando a la Inmunda Docena y a otros como ellos en Marston Tyne.

Hubo una llamada del mayor Armbruster el domingo por la tarde, tres días antes del supuesto táctico. Reisman condujo de noche, y le esperaban impacientes, cuando llegó a Baker Street, Armbruster, Dentón, Kinder y un hombrecillo extraño, vestido de paisano, de aspecto nervioso.

Dentón dijo, refunfuñando:

—No es usted partidario de seguir las órdenes ni dejar a los demás que sigan las suyas, ¿verdad, capitán?

—No, señor. Dudo mucho que ninguno de nosotros lo seamos…, ¿no cree?

—No, creo que no —miró a Armbruster de reojo, no sin cierta simpatía—. A petición de usted, Max se dedicó a continuar estudiando un asunto para el que mucho me temo que no estemos preparados. El caso es que hemos puesto en marcha ciertos engranajes y ya no nos podemos detener.

Presentó al civil:

—Monsieur Le Maire, hasta ayer por la mañana uno de los guardas del *cháteau* de la Vilaine, en Rennes.

Un hombrecillo delgado, tieso, vestido con ropas campesinas. Parecía no haber comido desde hacía tiempo y estaba muy fatigado.

—Monsieur Le Maire nos ha confirmado lo que hasta ahora sólo eran rumores inciertos —dijo Dentón—: el *cháteau* de la Vilaine sirve de centro de unión a los generales del 7.º ejército alemán, sus criados, sus amigos civiles y sus amiguitas. Al parecer, el *cháteau* es, en parte, escuela de cartografía de los *Kriegsspiels* y conferencias; en parte, hotel y centro de recreo y, en parte, casa de putas. Según *monsieur* Le Maire, los *Kriegsspiels* suelen hacerse durante una o dos noches la primera semana de cada mes. En todo caso es una fecha aleatoria que no podemos prever, ni supeditar a ella la invasión. Pero tal vez tengamos suerte, capitán…, se lo advierto, está usted bajo la más severa restricción de no comunicar una palabra de esto a nadie: el día D está previsto para la primera semana de junio…, y lo que aumenta el interés de esta situación es que el lugar será Normandía, el sector exacto en que aguarda el 7.º ejército alemán.

Reisman era presa de una total inquietud. Empezó a hablar, pero el coronel le indicó que guardara silencio.

—Escuche a *monsieur* Le Maire antes de decir nada, capitán. Le Maire hablaba una mezcla de inglés y francés. Stuart Kinder tomaba notas y dibujaba diagramas y borradores en un esquema detallado del castillo, el interior y los alrededores. No era un castillo grande y famoso por la historia y la tradición. Los alemanes hacían lo posible por mantenerlo en secreto. En general, estaba guardado por tropas extranjeras del ejército de ocupación, pero cuando se reunían los

altos oficiales, los elementos de choque de la unidad regular más próxima —la 5ª división de paracaidistas— montaban la guardia. Era el indicio de que los generales se encontraban allí, ya que sus idas y venidas se mantenían bastante en secreto. Algunos llegaban en coche, otros en barco por el río. En el garaje siempre había cierto número de *limousines* en perfecto estado y algunas lanchas rápidas en un embarcadero comunicado con el edificio por un pasaje subterráneo.

—¡Qué decorado, qué gran oportunidad!

—No es un bombón, John. No tiene mayores probabilidades que lo otro —comentó Armbruster.

—Pero tiene más «miga», más sentido. ¡Piénsalo…, la escoria del ejército americano contra la élite del fango nazi!

—Nadie ha dicho nada semejante aún, capitán —declaró el coronel Dentón, impasible—. Hace dos semanas me acusaba usted de enviar a sus hombres a la muerte…, que es lo que, después de todo, merecen la mayoría de ellos. En Rennes estarán solos a cien millas en vanguardia de las tropas de desembarco y en la práctica a la misma distancia de la primera unidad aérea. ¿Qué diferencia hay?

Reisman no ignoraba que Dentón tenía razón. Aquello también podía ser suicida, pero…

—En Rennes, coronel, pueden ir juntos y pueden hacer una trabajo eficaz —dijo pausadamente—, atacarán un objetivo importante e intentarán abrirse paso luchando hasta nuestras tropas. Quién sabe… si los generales que están allí pueden ser el objetivo principal del día. Sembrar el desconcierto en sus comunicaciones y cadena de mando.

—¿Y si no están?

—Podemos preparar un segundo objetivo antes de salir. Tal vez el ferrocarril. Max dijo que era un importante centro ferroviario y de carreteras. Eso significa que lo utilizarán como nudo del movimiento de tropas hacia la línea de frente de la invasión; podemos golpearles allí.

Dentón reflexionó unos instantes.

—Mi cometido no es darles una oportunidad de ser héroes ni de salvar el pellejo, capitán. Es mucho más importante. Este golpe es de gran trascendencia, y lo más importante, tal vez, son sus

hombres.

—¿Por qué diablos me ha convocado si no tenía intención de dárnoslo?

—¿Quién me asegura que sus hombres poseen la suficiente experiencia para confiar en ellos? —replicó Dentón—. Si decidimos seguir adelante con esto tal vez tengamos que reunir un grupo escogido de voluntarios en el poco tiempo que nos queda.

Reisman tenía preparada la respuesta.

—Venga usted mismo a comprobarlo, mi coronel —dijo retador y confiado—. La Inmunda Docena participará en un pequeño *Kriegsspiels* el miércoles. El capitán Kinder asistirá como observador neutral. Me agradaría enormemente que usted y el mayor Armbruster estuvieran presentes también.

—De acuerdo. Hasta entonces no tomaremos decisión alguna —dijo Dentón.

31

Reisman permanecía junto a una ventana contemplando las grises colinas y escuchando el fragor de la artillería. En la sala del cuartel general del director del supuesto táctico todo era murmullo de conversaciones y órdenes transmitidas por radio.

El sargento Bowren, también con el casco y la banda verde de observador neutral, se dirigió hacia Reisman desde la maqueta gigante instalada en el centro de la habitación, donde observaba a los marcadores mover las piezas de acuerdo con las posiciones que se iban ocupando.

—El puesto de mando de Breed está en el *bunker* que señalaron los muchachos. Las fuerzas rojas van a montar una barrera de artillería real a las 08.55 —dijo con ansiedad—, dos baterías, tres minutos con fuego cruzado de C7 y P5.

Reisman miró el mapa de la pared. El fuego combinado estaba en un otero a trescientas yardas al sur del *bunker*. Para efectuar su planeado *rendez-vous*, algunos de sus hombres tenían que reptar colinas y descender hacia la maleza que bordeaba un arroyo.

—Tienen tiempo de sobra para pasar —dijo Reisman, comprobando la hora—, se lo advertirán los árbitros antes del ataque.

Por la ventana vio llegar a Stuart Kinder conduciendo el coche que había traído a Dentón y a Armbruster desde Londres. Una bandera verde, símbolo de observadores neutrales, ondeaba en una de las aletas laterales del vehículo.

Reisman recibió a Kinder en la puerta.

—¿Qué tal? ¿Se despliegan bien? —preguntó.

—Sí. Ya han logrado infiltrarse. ¡No sé cómo lo conseguiste, John! —exclamó, entusiasmado—. Tienen un aspecto estupendo. Me costó trabajo reconocer a algunos.

Su cometido consistió en conducir a los recién afeitados y

limpios muchachos a las compañías que se les habían asignado. Armbruster iba con Napoleón White y le acompañaría durante toda la maniobra. Dentón estaba en el puesto de mando de Breed como oficial observador.

—Esperemos que Breed tenga el mismo problema —comentó Reisman.

En el punto del *rendez-vous*, Napoleón miraba con impaciencia hacia el desolado otero castigado sin cesar durante meses por las prácticas de artillería. Agazapados junto a él en la maleza se encontraban Jiménez, Franko, Pinkley y el mayor Armbruster. Según las reglas, estaba marcado en el mapa que llevaba Napoleón, la colina se consideraba fuera del terreno de avance y nadie estaba autorizado a franquearla. Pero Odell, Smith, Wladislaw y Lever tenían que pasar por allí para escapar al control de sus unidades. El mayor Armbruster miró sorprendido y preocupado ante la explicación que Napoleón le daba de aquel alto, pero no hizo comentarios ni crítica alguna.

Ambos llevaban un reloj, un mapa y una brújula, para que el plan no sufriera modificaciones. Pero Napoleón tenía el mando.

—Las 08.45 —dijo Napoleón.

—¡Cristo, vámonos de aquí! —susurró Franko.

—¡Que nos zumban, muchacho! —dijo Jiménez con una sonrisa maligna.

—Tal vez pasen después de la barrera de fuego real —dijo Napoleón—, no podemos continuar sin ellos. Esperemos que la artillería no se equivoque al abrir fuego.

Se oyó el silbido de los primeros obuses por encima de ellos en el instante en que cuatro figuras llegaban corriendo a la cima del otero. Avanzaban veloces, a saltos, tirándose a tierra, de cráter en cráter, guareciéndose tras las matas y árboles, conforme llovían los obuses. Luego se levantaron y echaron de nuevo a correr a través de la zona de fuego, colina abajo. Lograron atravesarla.

Myron Odell se lanzó tras la maleza junto a Napoleón, temblando excitado.

—¡Qué hijos de puta! —dijo, y advirtiendo la presencia del mayor, añadió tartamudeando—: ¡Oh, perdón, señor!

—No te preocupes, hijo —dijo el mayor—, te cayó muy cerca.

Armbruster esperaba que la presencia de aquellos hombres le

desagradaría, pero no fue así. Por el contrario, estaba absorto en lo que realizaban. Prometía salirse de lo corriente, aunque no acababa de entenderlo del todo. Reisman les había equipado como los grupos de guerrillas o de guarnición. A primera vista, con sus trajes de faena, sin distintivo, eran suficientemente anónimos para pasar por tropas regulares. Llevaban fusil, balas de fogueo y granadas falsas. Jiménez arrastraba un BAR para apoyar la operación. Pero en sus mochilas llevaban una metralleta desmontada, e iban repletos de cargas de dinamita. Oculta, llevaban una pistola del calibre 22, con silenciador, y varios tipos de detonadores I ffl de relojería enviados por Armbruster desde el OSS.

Napoleón gritó, para hacerse oír sobre el fragor de la artillería:

—¿Y las casas?

—La mía estaba vacía —dijo Wladislaw.

Lever se arrastró hacia él.

—En la mía encontré a algunos tipos con los cascos y banderas rojas, pero no parecían paracaidistas.

Napoleón apartó unas ramas y señaló por encima del arroyo hacia un edificio chato a lo lejos.

—En ese *bunker* debe ser —dijo—. ¡Adelante!

A lo lejos se divisaban confusas figurillas entrar y salir, motocicletas que partían a todo gas por la carretera de este a oeste, algunos camiones, *jeeps* y coches blindados, aparcados en un camino paralelo junto al edificio. Emplazados en posición defensiva había cañones antitanques y morteros con sus servidores. Napoleón estaba seguro de que había ametralladoras ocultas para barrer las dos carreteras y los alrededores del *bunker*. Le extrañó que no hubiera alambradas frente al arroyo, pero, indudablemente, no esperaban que nadie llegara por el lado de la colina.

—¿Cómo estar seguros? ¿Y si no es? —dijo Franko.

—Entonces repetiremos el número en todos los edificios del perímetro que señaló Breed, hasta encontrarlo —replicó Napoleón —. Poneos ahora la insignia roja.

Sacaron las cintas rojas de las mochilas cambiándolas por las azules que llevaban. El mayor Armbruster miró asombrado. Lo que hacían era completamente ilegal según las normas de las maniobras. Estuvo tentado de hablar, pero no lo hizo.

La artillería dejó de disparar.

—Vamos a reunimos con los otros —dijo Napoleón. En el repentino silencio su voz sonó extrañamente áspera.

Avanzaron en dirección oeste a lo largo del banco, ocultándose hasta que estuvieron fuera del alcance de la vista del *bunker*, cruzaron el arroyo y se dirigieron al cruce de carreteras para reunirse con los demás.

El grupo de Sawyer aguardaba ya con el *jeep* robado y una ametralladora pesada cubierta con una lona en la trasera. Pusieron las insignias verdes de observadores neutrales. Sawyer estaba hurgando en el motor como si se hubiera estropeado. Lucía las insignias de mayor.

Franko tiró de una de las hojas doradas:

—Esta es una insignia de honor —recitó haciendo una pobre imitación del coronel Breed—, no tiene derecho a llevarla! Ins…

—Corta, hombre —dijo Jiménez, dándole con el codo para advertirle la presencia de Armbruster.

Sawyer cogió la otra hoja guardándosela en el bolsillo.

—Igual que las gané las pierdo —dijo burlón, volviendo a conectar el cable que había soltado y bajando el capó.

—¿Qué tal fue? —preguntó Napoleón, mirando siempre los campos y la carretera. No se veía un alma, pero sabía que no por mucho tiempo. El *bunker* estaba a media milla y ahora se encontraban en la carretera que conducía a él.

—No puede ser más fácil —contestó Sawyer—. Como dijo el capitán, la mayoría de la gente cree lo que ve…, hasta el enemigo…, y confían demasiado en sí mismos.

Posey y él mostraron órdenes falsificadas para coger el *jeep* de un parque de las fuerzas azules. En un punto determinado, se habían unido a Maggot y Gilpin con la ametralladora. Para cruzar las líneas enemigas sobre un puente vigilado —en teoría bombardeado—, se cambiaron los cascos y las bandas por el verde neutral, y él se puso las insignias de mayor para dar más peso a la farsa.

—Vamos a dividirnos otra vez, señor —dijo Napoleón a Armbruster—, ¿quiere ir en el *jeep* o se queda conmigo?

—¿Dónde será la acción clave?

—Será divertida en los dos extremos… y si sale —dijo Napoleón —, nosotros llegaremos en el momento crítico.

—Me quedo con ustedes —dijo Armbruster.

Sawyer, Posey y Gilpin se pusieron las cintas rojas y cambiaron la bandera del *jeep*. Napoleón y Sawyer sincronizaron sus relojes.

—Te doy una hora para la ambulancia —dijo Napoleón—; si no estás aquí, supondré que Breed os ha cazado e improvisaré algo. Déjame esos distintivos de mayor, ya no los necesitas.

Sawyer conducía con cuidado mirando el cuentakilómetros. Ningún vehículo se cruzó con ellos y esperaba que continuase así. Después de milla y cuarto de marcha, se hizo a un lado y mandó a Gilpin de patrulla a pie. Desapareció a paso ligero en la curva, regresando a los pocos minutos.

—Dos curvas más. A este lado de la segunda hay una zanja apropiada. Es bastante profunda. No podrán ver lo que pasa, pero oirán la explosión y verán el humo.

Cuando llegaron al sitio, Gilpin les hizo detenerse. Sawyer colocó el *jeep* con el morro hacia la zanja. Gilpin clavó la bayoneta en la rueda trasera y el aire se escapó con un silbido.

—¡Qué pinchazo tan horrible! —dijo orgulloso. Desgarró un poco sus ropas y luego los demás se revolcaron por la carretera, tiznándose la cara y las manos.

—Diablos, me estaba acostumbrando a la limpieza —murmuró Sawyer—. Dame tu casco y tu chaquetilla, Gran Jefe, vamos a tostarlos un poco para que parezca mejor. —Cogió el bidón de gasolina del *jeep* y lo puso junto al caso y la ropa de Samson—. Muy bien, adentro.

El *jeep* cayó a la zanja de costado. Odell empezó a enrollar gasa en el cráneo, brazos y pecho de Samson. Gilpin bajó a la zanja y perforó varias veces con la bayoneta un bidón de gasolina, hasta que brotó un chorro. Sawyer hizo un reguero hasta la carretera e impregnó el casco de Samson y la chaquetilla.

—Cubrios —gritó. Encendió una cerilla y la aplicó al reguero de gasolina. Echó a correr, tirándose cuerpo a tierra junto a los otros.

El fuego progresó por el reguero llegando al depósito del *jeep*, que explotó estrepitosamente. Esperaron diez segundos. Sawyer saltó y apagó el fuego del casco y la chaquetilla, pasándoselos a Odell.

—Bájaselos a la zanja, rápido. Empieza a quejarte, Gran Jefe, estás gravemente herido.

Sawyer y Gilpin permanecieron junto a la pira del *jeep* hasta que el humo se les pegó. Subieron a la carretera y comenzaron a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Llamaron la atención de Breed en seguida. La explosión y la columna de humo hizo salir a los servidores de la ametralladora de su escondite y provocaron cierta actividad fuera del *bunker*. Un *jeep* de los que había aparcados se dirigió hacia ellos. Gilpin lo bloqueó para dar más tiempo a Odell con las vendas. Sawyer corrió hacia Breed a la puerta del *bunker*, gritando:

—¡Llamen a una ambulancia! ¡Llamen a una ambulancia…!

El coronel le agarró.

—¿Qué pasa, soldado?

—Un accidente, señor…, un mal accidente… Reventó una rueda y caímos a una zanja. Uno de mis compañeros está muy mal. ¡Llame a una ambulancia, por favor, señor!

Breed ladró unas órdenes a un operador de radio en el interior del *bunker*. Luego preguntó a Sawyer la identidad y unidad a que pertenecía y qué demonios estaban haciendo en su zona. Sawyer contó que estaban eludiendo la batería de la barrera al sur de su posición y que se perdieron al dar un rodeo.

—A Dios gracias elude usted mejor que conduce, soldado —murmuró Breed—; apártese de aquí, traeremos a ese hombre. Despeje en cuanto llegue la ambulancia.

—Sí, señor… Gracias, señor —dijo Sawyer.

Unos paracaidistas traían a Samson en una camilla y lo dejaron en el suelo, en una esquina del *bunker*. Se quejaba y Odell se inclinó sobre él.

—¡No le toquéis, diablos! Fui sanitario y sé cómo es esto. No lo toquéis hasta que le llevemos al hospital.

Quitó solicito las botas a Samson y a escondidas puso detonadores de relojería en su interior, antes de colocarlas bajo la mesa de la radio. Sawyer y Gilpin se paseaban por el *bunker* con expresión afanosa. Se quitaron las mochilas, llenas de cargas de dinamita, y las repartieron estratégicamente. Sawyer creyó ver a un oficial observándole con demasiado interés, pero el hombre, un coronel con el distintivo verde de observador neutral, se puso a discutir inmediatamente con uno de los árbitros de las maniobras.

En un cruce de carreteras al oeste del *bunker*, Napoleón vio la

ambulancia dirigirse hacia ellos. Salieron de su escondite con la ametralladora y bloquearon el camino. Napoleón llevaba las insignias de mayor.

—Un accidente allá arriba, señor —gritó el conductor confuso al ver la graduación de Napoleón—, tengo que pasar.

—Lo siento, soldado, de aquí no pasa —replicó Napoleón con voz firme.

Un teniente del cuerpo médico se asomó por el otro lado.

—Hay un hombre gravemente herido, pidieron ayuda por radio. Soy médico —dijo, rápido—, tenemos autorización para cruzar las líneas y las barreras.

—Lo siento, teniente. Son ustedes nuestros prisioneros —dijo Napoleón—; nos dieron aviso de detener a una patrulla azul que intentaba atravesar con un grupo como el suyo.

—¡Truco! ¡Santo Dios, mayor! ¿No conoce las reglas? —explotó el médico—. Hay un accidente allí arriba… Tal vez un hombre agonizante, qué sé yo —miró en torno suyo buscando ayuda y al descubrir a Armbruster con los distintivos de observador neutral se dirigió a él—. Explíqueselo, señor, por favor —dijo con ansiedad.

—No soy más que un observador, teniente —explicó Armbruster —, no un árbitro. No puedo intervenir ni precisar las reglas.

Ahora ya sabía lo que estaban haciendo; iba contra todas las reglas, pero sentía curiosidad por ver hasta dónde eran capaces de llegar.

—¡Fuera de la ambulancia! —ordenó Napoleón—, conduciremos nosotros y lo comprobaremos. Si tenéis razón, os traeremos al herido rápidamente.

—Usted carga con la responsabilidad —murmuró el médico, serio, bajando de la ambulancia junto con el conductor.

—Coged la ametralladora, no me fío de éstos —dijo Napoleón.

Cogieron la ametralladora instalándola en la trasera. Invitaron al mayor Armbruster a entrar. Victor Franko se puso al volante, a su lado Wladislaw sacó su metralleta de la mochila y empezó a montarla. Conforme avanzaban por la carretera, Armbruster vio hacer lo mismo a los demás y cambiar su casco y cintas, esta vez por el verde neutral.

—Realmente no es ningún partido de *cricket*, ¿eh?

—Hemos aprendido métodos diferentes —contestó Napoleón,

bromeando. Las cosas iban saliendo muy bien y deseaba acabar.

Calvin Ezra Smith quiso que aquel oficial supiera que él también lo aprobaba.

—No está bien… Eso es lo que quiere decir, no está bien. Esto nos va a llevar al sitio de donde venimos. Jeremías interpelaba así a los pecadores. «¿Robaréis, mataréis, cometeréis adulterio y juraréis en vano?». Sabéis lo que hemos hecho y lo que vamos a hacer… y no hay redención, no la hay… haciendo lo que el capitán nos pide… engañando de esta manera… nos llevará por el camino del…

—Cierra el pico, santurrón, hijo de puta —dijo Franko.

Ken Sawyer oyó llegar la ambulancia y la vio aparcar de espaldas a la puerta. Quitó las gafas de los ojos de Samson y le puso un fusil en lª mano. Franko y Wladislaw abrieron de par en par las puertas de la ambulancia bloqueando la entrada. Napoleón saltó del interior, tras él quedaron dos hombres cubriendo el interior del *bunker* con la ametralladora.

—¡Coronel Breed! —gritó Napoleón.

Breed se volvió como un rayo, derramando el café que acababa de servirle un ordenanza. Su rostro lleno de ira por el sonoro grito. Su mirada se llenó de asombro al ver aquel oficial de color avanzando hacia él, y al contemplar los extraños soldados con la ametralladora bloqueando la puerta. Finalmente, una sensación de rabia cuando Napoleón dijo:

—El capitán Reisman le manda sus saludos. ¿Qué prefiere, ser capturado o destruido?

En el cuartel general del director del supuesto táctico, Reisman oyó la señal de radio del árbitro del puesto de mando de Breed.

—¡Lo consiguieron! —gritó y casi se puso a bailar con Stuart Kinder.

Pero un minuto más tarde la radio qué había señalado como destruida volvió a transmitir:

—Anulen el último mensaje… repetimos… anulen el último mensaje…

Aguardaron una hora angustiosa, pero al no tener señales de la acción de la Inmunda Docena, ni informe alguno de que hubieran tenido un accidente, Reisman, Kinder y Bowren cogieron el coche y atravesaron las líneas. El ataque de las fuerzas azules contra la zona de Breed estaba en pleno apogeo y fueron bloqueados en un cruce

de carreteras por un suboficial extremadamente suspicaz que les dijo.

—Ese truco ya lo han utilizado hoy.

Finalmente, al recibir órdenes del puesto de mando, les permitió pasar.

Les condujeron directamente al coronel Breed. Estaba inclinado sobre un mapa con un grupo de subordinados. Ni la Inmunda Docena, ni Dentón ni Armbruster se encontraban en *el bunker*.

—Espero que hará usted honor a nuestro acuerdo inmediatamente, capitán —dijo Breed sin casi levantar la cabeza del mapa—, y pondrá fin a su experimento… sea cual sea.

—¿Dónde están mis hombres? —preguntó Reisman—. Sé que tomaron esta posición. Lo oí por radio.

—¡Qué dice usted! —estalló Breed—, lo que hicieron fue una flagrante violación de todas las reglas.

—Mi coronel, esos hombres y lo que van a hacer está fuera de las reglas —contestó Reisman—, han sido instruidos para luchar sucio, duro y ganar. ¿Destruyeron o no su puesto de mando?

—Le sugiero que escuche al arbitro, capitán —dijo Breed, imperturbable.

—¿Dónde están mis hombres? —volvió a preguntar Reisman.

—Ahí detrás, en un camión… custodiados como merecen.

Kinder y Bowren salieron para comprobarlo. Breed condujo a Reisman ante el teniente coronel encargado del arbitraje de la zona, que en aquellos momentos se encontraba ante la radio, transmitiendo el movimiento de tropas.

—El capitán Reisman —dijo Breed—, es el comandante de esos estúpidos que irrumpieron aquí antes.

El árbitro miró a Reisman con desdén.

—¿Qué diablos esperaba usted conseguir con semejante estupidez, capitán?

—Este puesto de mando.

—¡Es absurdo! —replicó el árbitro despreciativo—. Admito que por un instante nos sorprendieron… incluso transmití al director…, pero en cuanto el coronel Breed me indicó…

—¿Tomaron esta posición, sí o no, señor?

—Por supuesto que no. Esto no es ningún juego de niños, capitán, es un asunto serio. ¡Cambiar de bando a conveniencia,

hacerse pasar por neutrales, secuestrar una ambulancia… y no digamos de la destrucción de propiedades del Gobierno, por la que probablemente rendirá usted cuentas!

—¿Había observadores presentes?

—Están fuera interrogando a su grupo —dijo Breed—, nunca habían visto una cosa igual.

Reisman se dirigió a la puerta. Breed le siguió rápidamente.

—Debe usted evacuar la finca de lady Margot inmediatamente. En caso contrario presentaré hoy mi informe. Y lo haré llegar hasta el SHAEF si es necesario. Le hundiré a usted… y a ellos.

Reisman se encogió de hombros.

—Necesitaré algún tiempo, mi coronel… Unas dos semanas para hacer el traslado y arreglar el terreno como prometí a miss Strathallan.

—Muy bien… dos semanas —dijo Breed con brusquedad.

Reisman salió del *bunker* y encontró a sus hombres. El ultimátum no le importaba. No tenía intención de cumplirlo. No había ganado ni perdido. Para él, había ganado o al menos se tendría que recurrir a un arbitraje. Ahora le interesaba más la reacción de Dentón y Armbruster que la opinión del árbitro. Estaban esperándole acompañados de Stuart Kinder. Permanecían en un camión abierto custodiado por un destacamento de paracaidistas que les miraban con curiosidad. El sargento Bowren charlaba con ellos animadamente. Reisman se unió al grupo de oficiales.

—Fue una proeza, capitán —dijo el coronel Dentón.

—Astuta, pero perfecta —comentó Armbruster con un gesto burlón.

—¿No es lo que exige la misión de Rennes, Max? —luego, dirigiéndose a Dentón—: No fue una proeza, mi coronel. Fue un plan minuciosamente elaborado y ejecutado con toda eficacia. Pero no ha servido de nada. El árbitro no lo admite.

—¡Al diablo con él! —replicó Dentón, para sorpresa de Reisman —, qué importa, quítese la mosca de la oreja. La misión de Rennes es para ellos.

La ira y la tensión de Reisman cedieron, dando paso a un gran alivio. Pero advirtió que Dentón había dicho *ellos*, no *suya*.

—¿Y yo?

Dentón vaciló, mirando a los demás.

—Empiece a preparar el plan de ataque —dijo.

—Ya lo hice, mi coronel —respondió—, ¿por qué no nos reunimos todos en Stokes Manor y lo discutimos? Puedo arreglar el transporte de los hombres desde aquí.

—De acuerdo —dijo Dertton.

Reisman se dirigió hacia el camión y oyó que Napoleón decía:

—Aquí llega otra vez el 7.º de caballería.

En la oficina del campamento, detalló el plan a los tres oficiales: el pian que había estado dando vueltas en su cabeza desde la reunión con *monsieur* Le Maire en Londres.

—El engaño es la única probabilidad. Una especie de combinación de la técnica de guerrillas que usted indicó al principio y el tipo de maniobras que ha visto hoy. Un asalto directo jamás saldría bien por el limitado poder de fuego que podemos desplazar… y pondría en guardia a los generales, si están allí, y les permitiría la fuga. Tenemos que entrar en el edificio sigilosamente y sorprenderlos. En principio contamos con los uniformes alemanes y el armamento que nos envió usted, y mis hombres han estado aprendiendo alemán. Confío en ello.

—¿Y su muchacho de color? El indio puede pasar, pero él no —dijo el mayor Armbruster.

—No puedo dejar ninguno al verdugo —dijo Reisman—, ya lo arreglaremos. ¿Aún tiene usted al francés aquí, verdad?

—Sí. Sería arriesgado hacerle volver ahora… para él y para nosotros. Puede usted verle cuando quiera.

—Stu…, me gustaría que trabajaras con él. Ya sabemos lo suficiente para empezar y tú tienes esos esquemas que hicimos del castillo. Quisiera que los convirtieras en una maqueta, réplica exacta del edificio y sus alrededores. Que lo reconozcan con avión, que tomen fotos… y quiero mapas también. Interroga sin descanso a *monsieur* Le Maire, que trabaje con los maquetistas. Que te hable de todas las carreteras, colinas, zanjas, árboles y matas que recuerde… y los puntos exactos en que los *krauts* tienen sus defensas, armamento y poder. Luego, lo mismo con el interior del edificio… la corriente eléctrica, teléfono y otras comunicaciones… y que la maqueta tenga la distribución de habitaciones lo más exacta posible según recuerde. Cuando hayas conseguido todo eso,

empieza con los moradores. Quién viene y por qué, habitaciones que suelen ocupar… alemanes y franceses… hombres y mujeres… que se haga una ficha de cada uno de ellos.

—No creo que un portero tenga tanta información —comentó Dentón.

—He conocido gente que sabe más de lo que cree, mi coronel. Los alemanes hacen cosas, hablan… nuestros amigos observan y escuchan. La servidumbre, los obreros y hasta los colaboracionistas y las putas. Le Maire habrá oído y observado muchas cosas que pueden parecerle insignificantes, pero que para nosotros resulten de valor inestimable.

—¿Y nuestros amigos…? ¿Las personas que como Le Maire trabajan allí y pueden inocentemente morir en un ataque por sorpresa? —preguntó Armbruster.

—Intente algo a través de la BBC. Un mensaje de evacuación lo menos sospechoso posible. Se envían todos los días a la Resistencia. Estoy seguro que tiene usted uno para el día D. Podemos intentarlo…, pero no podemos ser muy explícitos.

—No va a ser bonito, John —dijo Armbruster—, muy diferente ha todo cuanto has hecho hasta ahora. Seguro que habrá personal civil, mujeres, supongo, según Le Maire. Tal vez las esposas… por supuesto, las queridas y los simpatizantes.

—Eso será un incentivo para este grupo —dijo Dentón.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Reisman.

—Recuerdo que hace meses, cuando nos reunimos por primera vez para discutir un trabajo sucio, yo no tenía una idea clara, créame…, pero no pienso que tal pormenor les preocupe tanto como un grupo normal. Más bien imagino que les gustará.

—No están más sedientos de sangre que el resto de nosotros, mi coronel —dijo Reisman, mordaz—. Tienen el mismo temor, deseos y odios. Tal vez hayan caído más bajo, pero harán lo que tengan que hacer y matarán a quien les ataque o se les interponga.

El sargento Bowren entretenía a los hombres en el barracón para que no oyeran la conferencia que se estaba desarrollando en la oficina. Pero notaban que algo estaba ocurriendo. Cuando los tres oficiales se marcharon, Reisman abrió la botella de whisky que León Osterman le regaló y sirvió un trago a todos. Con inesperada educación, aguardaron a que él mismo se sirviera.

Reisman levantó su brazo para brindar y miró al grupo.

—Os felicito. Habéis estado muy bien.

Napoleón levantó el suyo en alto y respondió:

—*¡Ave Caesar, morituri te salutant!*

—¿Qué diablos quiere decir eso? —preguntó Archer Maggot.

Reisman chocó su vaso con el de Napoleón.

—¡Salve, César, los que van a morir te saludan! Era lo que decían los gladiadores romanos al salir al circo. ¿No lo sabía, verdad, *mister* Maggot?

—¡Diablos, no! —respondió muy orgulloso—, ¡son ustedes muy listos eh, mi capitán!

Napoleón se dirigió a Maggot sin apartar los ojos de Reisman.

—Te lo traduzco, chalao; quiere decir esto: Creo que nos hemos ganado el derecho a morir de una forma más decente que la decretada con anterioridad.

—¡Bebed! —dijo Reisman y su voz sonó como una orden. Bebió saboreando el licor con la lengua y dejándolo correr lentamente por su garganta. La mayoría lo tomaron ávidamente de un solo trago.

—¿Qué les parece, caballeros, cargarse a un grupito de generales, ustedes solos? —preguntó Reisman.

Victor Franko sintió el agradable calorcillo en el estómago. Iba a limpiarse los labios con la mano, pero para no desperdiciarlo se pasó la lengua.

—¿Suyos o nuestros? —cacareó.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Reisman. No pensaba realmente que la hubiera.

Franko se encogió de hombros y sintiéndose a gusto y fuerte dijo con toda sinceridad:

—No.

Algunos rieron nerviosamente y Reisman se preguntó cuántos pensaban así. Tal como Stuart Kinder le dijera semanas atrás. Ahora buscaba las palabras concretas… palabras juiciosas, inspiradas, optimistas… Luego pensó: ¡al diablo!, y se lo dijo crudamente.

—Saltaremos sobre Francia el día antes de la invasión. En avanzadilla. Alejados de los demás. Nuestra misión consiste en entrar en un castillo donde puede que un grupo de generales nos espere con un montón de amigos y de colaboradores suyos. Nuestra obligación es matarlos… no herirlos, ni hacerlos prisioneros…

asegurarnos de que están muertos. Llevaremos un uniforme alemán, y armas y papeles también alemanes. ¿Qué le parece, *mister* White?

Napoleón se quedó de piedra y Reisman vio que las reacciones de los otros, por la forma en que le miraban, iban desde la simple aceptación hasta el disgusto más patente. Samson Posey y Calvin Ezra Smith, que sólo habían hecho el gesto de beber, vaciaron su vaso de un trago.

Reisman quiso echar aceite:

—La misión que se nos encomienda es de vital importancia para la invasión. Como os dije al venir aquí, hay tropas que darían un ojo de la cara por ella. Nada de cuanto hayáis hecho en vuestras vidas contará como esto. Nada de lo que hagáis lo igualará. El lugar exacto donde caeremos y el día seguirán por ahora secretos. Pero desde este momento os concedo el derecho de hacer cuantas preguntas, sugerencias y críticas creáis necesarias durante las próximas semanas de preparación, sobre la base de lo que os acabo de decir. Contribuid de acuerdo con vuestra experiencia y habilidades. Tenéis que empezar a pensar por vosotros mismos, por los demás… y por mí. La palabra clave es engaño. Todo lo que pensemos, planeemos y hagamos en nuestro ataque debe ir encaminado a convencer al enemigo de que somos lo que no somos… hasta acercarnos lo suficiente para matar.

Archer Maggot levantó la mano y Reisman le hizo un signo con la cabeza.

—Capitán, ¿cómo va a pasar éste por un *heinie*?[57] —dijo señalando con el pulgar a Napoleón.

—De noche todos los gatos son pardos, sureño. Es una misión nocturna. Lo arreglaremos de una forma u otra. ¿Te molesta mucho?

—¡Diablos, no! —dijo Maggot encogiéndose de hombros—, me preocupo por mí, no por él, no quiero que me los corten por su culpa.

—Tienes suerte de ir con él, Maggot. Tiene una ventaja sobre todos los otros. El *sprechens* mejor *Deutsch y parlez vous* mejor *franqais* del que tú has sido capaz de aprender. Aún no hablas bien ni el inglés.

Las risas de los demás disiparon la tensión. Napoleón escuchó el diálogo sin ofenderse, porque también él había considerado el

problema. Encontraba algo sospechoso el plan. Era demasiado sofisticado en su concepción, dudoso en la ejecución… la palabra le hizo estremecerse… con semejante grupo. De momento lo aceptaba… con el tiempo ya vería en qué iba a consistir exactamente.

A Víctor Franko le agradaba el plan tal cual era. Había que hacerlo en uniforme alemán. Podría engañar a los otros… o perderse… o matarlos si era necesario… y entregarse a los alemanes. Tumbarse el resto de la guerra y ganara quien ganara estaría seguro, vivo y sería un héroe.

—Si alguno quiere echarse atrás, puede hacerlo ahora —dijo Reisman, pausadamente—, ya conocéis la otra alternativa. Yo no puedo hacer nada. Pero sois voluntarios, no lo olvidéis. No tenéis porqué ir si no lo deseáis.

—¿No es un poco tarde para eso, capitán? —dijo Napoleón.

—No. Aún podéis elegir… al margen de las consecuencias —dijo Reisman a todos—, pero os advierto… al que intente echarse atrás una vez allí, lo mato.

El silencio glacial fue roto por Victor Franko:

—¡Cuernos, capitán, ninguno queremos volvernos atrás, lo haremos!

Nadie habló. Parecían estar de acuerdo.

—Muy bien… consultadlo con la almohada. Soñad con ello. Empezaremos a trabajar mañana —dijo Reisman.

32

La semana siguiente, Stuart Kinder trajo la maqueta del *cháteau* y los mapas. La maqueta era una bella construcción con secciones desmontables que instalaron sobre una mesa en el barracón. Todo lo que pudo ser captado en los reconocimientos aéreos y los detalles que añadiera *monsieur* Le Maire habían sido minuciosamente reproducidos. Incluso las lanchas en el río pintado, dos lanchas rápidas en el embarcadero, y camiones y coches «Mercedes» en el aparcamiento tras las tapias del patio. Estaban señaladas las defensas y puestos de vigilancia con réplicas de todas las piezas de gran calibre.

El edificio principal tenía veintitrés habitaciones, una de ellas era el gran salón de conferencias donde se efectuaban los *Kriegsspiels*. En el sótano estaba el centro de comunicaciones con un radiotransmisor. Había cierto número de pabellones y pasillos. Muñecos, masculinos y femeninos, civiles y militares en uniforme nazi y americano, iban dentro de unas cajitas como soldados de plomo.

Kinder esperaba encontrar a los hombres de nuevo sin afeitar. Pero desde las maniobras se habían afeitado y duchado a diario sin replicar. Había acabado la Inmunda Docena. Pero Kinder no podía evitar el pensamiento de que su nueva imagen era peor. Durante sus horas de entrenamiento con sus uniformes nazis, algunos se pasaban el rato andando a paso de oca como niños y diciéndose unos a otros: «*Heil*, Hitler!». Todo ello le daba cierto escalofrío.

—¿Sabes lo que tienes con este grupo? —dijo a Reisman—: la mentalidad perfecta del nazi… adolescentes delincuentes crónicos.

—Eso es muy serio —murmuró Reisman distraídamente. Estaba más interesado en observar al sargento Bowren, que entrenaba a los hombres según el manual militar alemán. Aunque Bowren era técnicamente ajeno a la misión, Reisman depositó en él su confianza

y participaba en todas las fases del entrenamiento y conferencias sobre la misión. Los hombres habían empezado a dirigirse a él en broma llamándole *Unteroffizier* y a Reisman *henr Hauptmann*[58].

Kinder insistió:

—Por ejemplo, Franko… No había motivos para que se maleara…, si excluimos familia apiñada, malos olores, calles sucias y amigos del vecindario.

—No soy ajeno a ese decorado —dijo Reisman, cáustico, prestando suma atención a Kinder—, pero no lo veo como causa o efecto. Es una explicación demasiado fácil. La conocida fábula de la rosa que crece en un muladar demuestra lo contrario.

—No es fácil decirlo. He aprendido mucho sobre Franko, pero aún ignoro qué es lo que le atormenta. Contó con todas las buenas influencias necesarias: padre, madre, hermanos y hermanas que iban al colegio, a la iglesia, trabajaban…

—Tal vez vio películas perniciosas —dijo Reisman, frívolo.

—No creas que es una idea tan descabellada —replicó Kinder—, un *gángster* heroico interpretado por un ídolo de Hollywood… la identificación con los sufrimientos de un joven de tez morena, camino de la silla eléctrica, con todo el mundo en contra.

—¿Y Napoleón White? Ese no encaja tan bien en tu fórmula nazi.

—En cierto modo sí; sufre un grave complejo de inferioridad que le predispone a cualquier cosa… como la mayoría de los alemanes después de la primera guerra mundial… e incluso en estos momentos. Su complejo de inferioridad es un fallo por adaptarse al mundo que le rodea. Y el crimen que cometió es un gesto de adolescente.

—¡Gesto de adolescente…! ¡Narices! —dijo Reisman, vulgar—. Fue un acto de adulto, razonado y premeditado. Tiene que serlo. Si no, ¿cómo justificas lo que hacemos aquí?, ¿lo que vamos a hacer?, ¿el sentido de la invasión y de la guerra? Fue un acto de venganza y purificación.

Se volvió. No deseaba seguir aquella conversación. Estaba molesto y ordenó al sargento Bowren llevar a los hombres al barracón. Cuando Kinder marchó a Londres quedó más tranquilo.

—¿Qué pinta tiene un general *kraut*? —preguntó Victor Franko, mientras observaba la maqueta del *cháteau* de La Vilaine.

Estaban colocando figuritas en diversas posiciones, estudiando la aproximación al objetivo y los movimientos en el interior del edificio.

Reisman hizo una descripción de las barras rojas y las doradas hojas de roble del cuello, las charreteras doradas de las hombreras, la raya roja en el pantalón verde-gris.

—A lo mejor encontráis a uno en pelotas en la cama con una tía —y añadió chistoso— con la cruz de hierro… y un svástica tatuada en el pito. No les pidas tarjetas de identidad, Franko, mata al que se interponga lo más sigilosa y rápidamente que puedas. Con el cuchillo o estrangulándolo si es posible… Llevaremos las «22» con silenciador. Cuando la mierda empiece a oler y sepan que estamos allí, usaremos la chatarra pesada.

—¿Cuántos generales habrá? —preguntó Maggot.

—Ocho… diez… solo uno… tal vez ninguno. No lo sabremos hasta estar allí.

—¿Y las mujeres, señor? —preguntó Odell.

—Ninguna debe dar la alarma —dijo Reisman, eludiendo una respuesta directa—, cada uno cubrirá varias habitaciones del *cháteau*. El objetivo son los generales. Tenemos que movernos con sigilo y sin que nos descubran el mayor tiempo posible. No se hacen prisioneros.

Odell sintió cómo se esfumaba la fuerza adquirida en aquellas semanas. Su corazón latía apresuradamente, las palmas de las manos se le humedecieron, y le subió del estómago una náusea. Había llegado por fin: le pedían hacer una cosa por la que le sentenciaron a la horca y era inocente. Querían que matara. Tal vez a una mujer. No, no lo haría…, no podría hacerlo. «¡Soy inocente!», gritó para sí.

Tumbados en sus catres en la oscuridad, oyeron a Bowren tocar silencio en el tejado. Una suave noche de mayo. Las últimas notas señalaron, como cada noche, el instante de los sueños del pasado y el futuro, el momento de los recuerdos, de la esperanza, del temor. Solos consigo mismos, juntos, lejos de la vista y el oído del capitán y el sargento.

—¡Eh, Gran Jefe…! ¿Has entendido todo lo que nos han dicho? ¿Vas a cortar la cabellera a uno de esos generales? —musitó Franko volviéndose a Samson.

Del vecino catre no llegó respuesta alguna. Posey estaba turbado con la idea de la nueva misión. Una cosa era ir como un guerrero…, luchar valerosamente, matar o ser muerto por el enemigo…, buscar a sus jefes con el cuchillo o el rifle, con los puños incluso, pues comprendía su maldad… pero arrastrarse como serpientes de noche y matar una mujer sólo para hacerla callar… Estaba preocupado, no lo esperaba. Sin embargo, tenía la respuesta, ¿no?, ¿no se decía que en los viejos tiempos los más valientes guerreros no eran los que arrancaban en la batalla la cabellera al enemigo, sino los que raptaban y mataban a sus mujeres e hijos, pues significaba que entraron en el campamento enemigo, donde su fuerza era mayor? ¡Se había vuelto demasiado parecido a los blancos…! Debía olvidar aquello, no tenía que sentirlo en su corazón ni en su cerebro… La preocupación no es para el guerrero, le hace perder hombría.

Victor Franko volvió a hablar en el silencio:

—Tal vez coja a uno…, tal vez no.

Samson se revolvió indignado.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo mis ideas, Gran Jefe, lo pensaré, no te apures, ¿quién sabe?

Un cuchillo en la garganta de un general, poner una pistola en su vientre y gritarle: «¡Sálveme, quieren colgarme!».

—Eh, Loui… me he puesto cachondo pensando en las chicas de los *heinie* —murmuró Arches Maggot—, ¿sabes lo que haré si cojo a una…? Me la voy a joder hasta rabiar antes de matarla… y si es francesita lo mismo.

—Ten cuidado… te la cortará —contestó Luis Jiménez, bromeando.

—Mira, yo he combatido y sé lo que es, Nappy —susurró Ken Sawyer—, no se ataca un sitio y se piensa que todo va a ir sobre ruedas. Hay que cubrirse. Hay que tener prevista una salida de escape. El capitán sólo ha hablado de ir.

Al otro lado del catre de Napoleón, Joe Wladislaw habló en voz baja:

—Algunos muchachos y yo comentábamos lo mismo, Nappy. Todavía no han dicho ni media palabra de cómo regresaremos.

—¿Qué puede importar? —dijo Napoleón, bruscamente—, a lo mejor no entra en el plan. Tal vez piensan que es preferible que nos cojan los alemanes.

—Pero ¿y el capitán? —protestó Ken Sawyer.

—Quizá se crea inmortal… tal Vez desee suicidarse… yo qué sé. Tenemos tiempo. Dejadle que lo prepare. Cada día nos cuenta más detalles.

Reisman no estaba satisfecho con el entrenamiento. Reunirse en tomo a la maqueta del *cháteau* de La Vilaine en el barracón y mover las figuritas de acuerdo con el plan, no era suficiente. Una noche, recogió los libros y los juegos prestados por Margot Strathallan y los repartió entre los hombres. Les había ordenado vestir uniforme alemán y equipo de combate.

—Tenéis que entrar en la casa sin despertar a la mujer que vive allí y colocar esos objetos en la biblioteca. Nappy conoce la habitación.

—¿Y el perro? —preguntó Gilpin.

—Es un perro alemán… Supongo que te arrancará la cabeza si te coge —dijo Reisman—, pero es preferible a ser cogido por los nazis, ¿no? —de repente se sintió molesto por el recuerdo del día que estuvo a punto de perder el dominio y disparar contra el animal—. No os dejéis coger… y no le hiráis… ¡Es una orden! Posey puede dominarle si se os echa encima.

—¿Cómo entramos? —preguntó Calvin Ezra Smit.

—Es cosa vuestra. Como podáis… con tal de que la dueña de la casa no os pille.

—No se preocupe… yo les abriré paso como es debido… —dijo Roscoe Lever con satisfacción—. Es cosa hecha.

—No toques a la mujer, Lever —advirtió Reisman—. Eso vale para todos vosotros. Estáis demasiado cerca del premio para echarlo todo a perder porque a alguno se le ponga tiesa.

—¡Diablos, capitán, no voy a intentar nada de eso! —replicó Lever. La imagen de la muchacha de la joyería de Birmingham cruzó rápida su mente. Maldijo en silencio.

—Ya lo hiciste una vez. Por eso estás aquí —respondió Reisman.

Cuando salieron Lever tenía expresión de enfadado. Pero Reisman pensó que la advertencia había bastado. Todos le vigilarían y se vigilarían unos a otros.

Reisman dijo:

—Nappy…, tráeme el segundo volumen de la Historia de Toynbee… para probarme que subiste allí y que no lo tiraste al canal.

Reisman y Bowren aguardaron. Los hombres regresaron al cabo de una hora. Napoleón entregó ásperamente el libro a Reisman.

—Pensaba que habíamos aprendido a confiar mutuamente, capitán —dijo disgustado.

—Yo sí —replicó Reisman—, pero no por eso voy a descuidarme. ¿Cómo entrasteis?

—Fue fácil. Roscoe forzó la cerradura de la puerta. Yo entré, hice la faena y salí. Los demás se quedaron esperando fuera.

—¿Y el perro?

—Armó algo de jaleo arriba… nos debió oler… ladrando y arañando una puerta, pero no bajó.

—Mañana por la noche vuelves con ellos —dijo Reisman—, quiero un boceto de la distribución de la casa. Y que cada uno que entre me traiga un objeto de una habitación distinta para demostrar que estuvo allí.

Lady Margot Strathallan se revolvió inquieta en su lecho. El perro había empezado a gruñir otra vez, sacándola del ligero sueño, que permitía a su imaginación vagar sin reposo. Oía ruidos como creyó la noche anterior cuando se acurrucó en su cama, tras la puerta cerrada con llave, incapaz de abrirla para que «Sigismund» descubriera lo que provocara su ira… diciéndose que no era más que pura imaginación provocada por la soledad y el miedo, y no queriendo comprobarlo… Tal vez un íncubo que venía a destruirla para que no fuera digna de su lejano amante.

El perro ladró con fuerza golpeando la puerta con sus patas. Le mandó callar en un susurro, intentó calmarle para poder distinguir los ruidos nocturnos. Se levantó desesperada de la cama y encendió una lámpara. Se agazapó Junto al animal tras la puerta y pasó sus brazos desnudos por el cuello del perro apretándole el morro para obligarle a guardar silencio.

Oía pasos, movimientos rápidos. ¿Pero quién? ¿Los americanos… aquellos soldados sucios, barbudos y siniestros… su capitán? No era posible… cómo se iban a atrever. El coronel le

había dicho que se marcharían, que el entrenamiento había acabado, dentro de unos días ya no estarían allí. ¡No se atreverían a asaltarla! Carreras, susurros, abrir y cerrar de puertas.

El miedo dio paso a la indignación. Soltó al perro, que se lanzó contra la puerta arañándola. Ella la abrió incapaz de seguir por más tiempo presa de tal incertidumbre. El *doberman* salió disparado con un gruñido feroz. Se oían los pasos a la izquierda, en el pasillo débilmente iluminado de abajo. El perro se dirigió hacia allí. Margot creyó percibir una sombra a su derecha. Se volvió… una fugaz apariencia… algo… un uniforme y un casco que no eran americanos sino el espectro conocido… el íncubo conjurado por sus deseos. Un nudo en su garganta. Terror y gozo: un vértigo la envolvía…

—¿«Sigismund»? —dijo a la sombra con voz débil. Se dirigió hacia la oscuridad… abrió puertas de las habitaciones oscuras, silenciosas.

»¿“Sigismund”, eres tú, “Sigismund”…? —oyó al perro ladrar abajo, el golpe de la puerta de entrada que acalló el ladrido y después volvió a oírlo más débil, distante.

Se había quedado fuera. Alguien había abierto la puerta y el perro estaba fuera. Sola… atacada, indefensa… en una casa asaltada…, el terror le invadió de nuevo. Se lanzó escaleras abajo… abrió la gran puerta de par en par y se hundió en la noche gritando:

—¡«Sigismund»! ¡«Sigismund»!

Samson Posey se movía ágilmente. Por un instante pensó que la mujer iba a descubrirlo. Los otros, con sus torpes movimientos, hacían demasiado ruido. Pero él salió del cuarto en que se escondía, acercándose sigiloso al dormitorio. Le atrajo la lámpara encendida en la mesilla de noche. Había libros y pensaba coger uno de ellos cuando vio la foto. La cogió contemplándola con curiosidad a la luz de la lámpara. Salió apresuradamente de la habitación ocultándola bajo su guerrera.

Fuera de la casa se reunió con los otros. Todos llevaban un objeto. Al volver al campamento siguieron oyendo los ladridos del perro y a la mujer llamándolo.

Glen Gilpin apenas podía contener la risa al relatar a Reisman cómo él y Myron Odell engañaron al perno atrayéndolo fuera de la

casa.

—Con aquellos dientes afilados a punto de morderle el culo al pobre Pope… ¡qué juerga…! —y cómo volvieron a entrar en la casa dejando al animal fuera, mientras otros dos en el exterior le engañaban según lo convenido, atrayéndole lejos del edificio, haciéndole ir de uno a otro hasta que los dos consiguieron entrar otra vez, robar algo y añadir algunos detalles al plano de la casa que ahora entregaron a Reisman.

Pusieron sobre una mesa los objetos robados. Un montón heterogéneo. Objetos de arte, plata, porcelana, jarrones, cuadros, libros y ropa.

—General alemán —dijo Posey orgulloso mostrando la foto enmarcada.

Reisman la cogió y la observó pensativo. Era la fotografía de un joven bien parecido en uniforme de teniente de las SS. Leyó la dedicatoria en alemán y la firma —Sigismund— y automáticamente lanzó en su interior una sarta de insultos contra *lady* Margot Strathallan.

—No, Posey. No es un general —murmuró—, pero es casi peor.

Aquél era el punto débil de ella…, como él tenía el suyo, como todos ellos lo teman.

Estaban desayunando cuando Reisman escuchó el ruido del motor de un vehículo. El sargento Bowren abrió la puerta y exclamó:

—Tenemos lío, mi capitán. Es el coronel Breed… y la dueña del Manor.

Reisman echó una rápida mirada a su alrededor. Los hombres vestían el traje de faena corriente. Los uniformes y las armas alemanas no estaban a la vista. La maqueta del castillo estaba cubierta.

—Continuad el desayuno —ordenó—. Clyde, ábreles la puerta y condúceles a mi oficina.

Margot estaba sin arreglar, despeinada. Su rostro reflejaba ansiedad y parecía necesitar apoyarse en el quicio:

—Pase usted, lady Margot, por favor —dijo Reisman amable.

—Sigismund —musitó ella con voz ronca.

—¿Su perro?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—No viene por el perro —interrumpió Breed—, ya hablaremos de ello luego. Quiero saber por qué no ha levantado usted el campamento aún, Reisman. Recuerda perfectamente que sus dos semanas acaban hoy.

Reisman cerró la puerta y se volvió hacia ellos.

—No nos vamos a marchar, mi coronel… al menos por ahora.

—Luego nunca tuvo intención de cumplir su promesa —dijo Breed acusador.

—No, señor.

—Debí figurármelo. Un hombre de su ralea no tiene palabra. Aunque sea lo último que haga en el ejército, voy a procurar que le instruyan juicio militar y que sus asesinos vuelvan a la cárcel de donde salieron —estalló el coronel—. A lady Margot le han sido robados ciertos objetos la noche pasada. ¿Dónde están?

Reisman abrió el cajón inferior de la mesa colocando uno por uno los objetos sobre el catre. Breed le contemplaba con mirada torva e incrédula.

—Pensaba devolvérselos esta noche de la misma manera que fueron tomados. Era un ejercicio, mi coronel —dijo Reisman finalmente mientras sacaba la fotografía—. Encontramos más de lo que esperábamos —dijo pasando el retrato a Breed—; creo que debe usted decir quién es al coronel —dijo a Margot.

Ella atrancó la foto de las manos de Breed cuando ya éste había leído con ojos asombrados la dedicatoria.

—¡Sigismund! —sollozó ella, apretando la foto contra su pecho.

—Es un oficial alemán —dijo Breed—. ¿Quién es, Margot?

—Mi amante —sonrió ella.

—Su amante —repitió Breed con voz ronca—. ¡Dios mío!

—Sigismund le regaló a usted su tocayo, ¿verdad? —dijo Reisman.

—¡Oh, sí…! y el chaquetón que a usted le gustó tanto… hace años, en Alemania. Fui al colegio…, me enamoré de él y de las cosas maravillosas que hacían. ¿Ha estado usted en Alemania, capitán? Un país magnífico. Entonces era cachorro y me costó mucho traérmelo, pero mi padre lo arregló todo… solo… solo… —sollozó apretando la foto contra su pecho y se deslizó sobre el catre —. Cinco años… y he sido buena… muy buena… he esperado… y ahora… ¡Dios mío!, van ustedes a perseguirle… no le hagan daño…

por favor, no le maten.

El coronel Breed se levantó de su silla y fue hacia ella. La contempló unos instantes, dio media vuelta y salió de la habitación. Reisman le siguió. Los hombres en las mesas les miraban con maligna curiosidad, pues no habían podido por menos que oír la conversación y se miraban interrogantes.

—Os dije que siguierais comiendo —dijo Reisman—. Sargento, entre usted con la señorita hasta que yo vuelva.

Afuera, el coronel se inclinaba sobre su coche respirando profundamente el aire fresco de la mañana como si hubieran querido estrangularle.

—Este lugar… esta prisión —murmuró mirando con asco al campamento—. Maldito sea, usted… y ella… y sus hombres… por mezclarme de esta manera… por haberme hecho perder los estribos.

—Usted mismo se mezcló, mi coronel —dijo Reisman—, porque no acepta el hecho de que es humano como los demás.

Breed se le quedó mirando.

—Estaba usted completamente equivocado respecto a *lady* Margot. ¿Por qué no puede estarlo también respecto a mis hombres? Se les ha dado una oportunidad de redimirse, mi coronel… con honor… el precio, que usted exige… tal vez con gloría… quizá mueran. Nadie tiene derecho ¡arrebatarles esa oportunidad.

Breed dijo secamente.

—Muy bien —no era ni derrota ni resignación por su parte— no informaré… a nadie… de nada —vaciló unos instantes y preguntó —: ¿Qué hará usted de *lady* Margot?

—Nada —dijo Reisman… y pensó que Breed ya no quería intervenir, que se lavaba las manos de toda responsabilidad dejándosela a él—. Me cuidaré de que llegue bien a su casa. No creo que represente peligro, real alguno para nosotros… quieto decir desde el punto de vista de la seguridad. Su padre nos habría advertido. No nos hubiera permitido instalarnos… ni a ella permanecer aquí todos estos años.

Breed sonrió.

—Eso sí que es bueno, ¡eh, capitán!, después de todo tampoco usted es infalible… Con su fetichismo de la seguridad y trae usted a

sus hombres a Stolees Manor exponiendo sus secretos a una mujer enamorada de un oficial nazi —comenzó a entrar en el coche, se volvió y preguntó—: ¿Cree usted que se sobrepondrá?

—Seguro. Por ahora lo ha hecho. Probablemente vivirá más que nosotros y con salud, mi coronel.

Breed miró el cielo azul sobre el Canal de la Mancha.

—Buen tiempo para la invasión —dijo—, ya no puede tardar. En cierto modo simplifica las cosas, ¿verdad, Reisman? —Subió al coche y se alejó.

33

Osterman telefoneó finalmente desde Londres el 20 de mayo.

—¿Dónde has estado, Sarge? —preguntó Reisman, curioso—. Nos habría dado tiempo de ir a Berlín.

—Me figuré que no habríais ido a ningún sitio.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, siempre estoy por ahí! Oigo cosas —dijo Osterman—; mira, muchacho, siento haber tardado tanto. A partir de ahora estoy a tu disposición. Durante mi estancia en Escocia pasé por el dispensario ese en Glasgow otra vez y pregunté a unos cuantos sobre lo de Odell. Nada… no arrojaron ninguna luz. Sólo se me ocurre una cosa. Lo que te dije: llevar allí al muchacho. Tal vez sirva de algo, tal vez no.

Reisman miró el calendario. Les iba a venir muy justo el tiempo.

—¿Qué te parece el viernes 26? —preguntó.

El viaje hacia Glasgow fue lento, lento y con numerosas paradas provocadas por los trenes con tropa y equipo que circulaban en dirección sur. Odell dispuso de mucho tiempo para reflexionar sobre lo que sucedió, lo que era ahora y lo que tenía que hacer Miraba fascinado a los trenes a través de la ventanilla, pensando que iba contra una poderosa y continua corriente.

El capitán y su amigo el sargento Osterman —Odell ya sabía que era un agente del CID— iban sentados frente a él. Leían periódicos y revistas y él lo intentaba también; dormitaban, charlaban en voz baja, pero a él no le decían casi nada. Sabía adónde iba y lo que esperaban de él, estaban haciendo lo imposible por ayudarle, aunque el único resultado fuera conseguirle la tranquilidad espiritual. Estaba convencido de que nadie en el ejército tenía un capitán tan estupendo como Reisman.

El agente del CID le recogió aquella mañana en el campamento,

el capitán estaba fuera. Odell se sintió sucio, pequeño y criminal cuando al subir al vagón le puso las esposas a pesar de su uniforme nuevo, las relucientes botas de paracaidista y las alas sobre el pecho. Al bajar del vagón en la estación de Marston Tyne el acercarse tanto a la prisión le sobrecogió y le habían entrado deseos de echar a correr. Osterman le soltó una de las esposas poniéndosela él mismo, y pese a la gabardina que echó por encima cubriéndolas Odell se sintió terriblemente preocupado porque la gente Ip advertía. Se reunieron con el capitán en Marston Tyne, donde al parecer éste había pasado la noche. Reisman miró la gabardina y dijo que no era necesario. Odell se inundó de agradecimiento.

Se preguntaba que cómo sería volver de nuevo a la libertad, qué haría si estuviera libre, si pudiera elegir. Envidiaba a aquellos extraños que viajaban en el departamento con ellos —hombres y mujeres, militares y civiles que subieron y bajaron durante todo el trayecto— y le alegraba que el capitán decidiera que sería más corto hacer el viaje en tren. Le agradaba volver a estar con gente, charlar con ellos o conjeturar en silencio sus vidas o sentimientos al tiempo que probaba la ambivalente mezcla de orgullo y angustia de que no le conocieran, que no supieran ni pudiera decirles lo que había hecho, lo que había realizado en aquellos últimos meses, la agonía que iba a atravesar, la mezcla de esperanza, frustración y temor, la misión que en breve emprendería si el resultado de este viaje no cambiaba su destino ofreciendo al capitán, el policía y el ejército suficiente base para creer en su inocencia.

Su estado de ánimo fluctuaba asombrosamente entre Gloucester y Liverpool. Una joven madre y sus dos pequeños entraron en el compartimento y Odell se puso muy nervioso cuando ella se sentó junto a él. Su olor, el contacto involuntario provocado por el movimiento del tren, la terrible conciencia de la proximidad. Sudaba, se sentía encerrado en el compartimento y le asaltaban pequeñas náuseas.

La mujer era sencilla, sus ropas oscuras y sólidas, muy bien llevadas, cepilladas y planchadas para el viaje. Los niños —y aquello también constituía para Odell envidia, admiración y dolor— llevaban pantalón corto azul marino, camisas blancas y corbatitas rojas. Ella sostenía sus gorros azules en el regazo con el bolso y

otros cachivaches de viaje. Con las piernas juntas, en una posición incómoda para no molestar a Odell.

Los niños facilitaron las cosas, y al cabo de un rato se sintió menos incómodo. Eran habladores, despiertos, estaban excitados por el viaje. El mayor, de unos siete años, cansado de permanecer quieto, leyendo, se levantó e intentó abrirse paso entre su madre y las otras piernas en el estrecho espacio hacia la ventanilla. Se detuvo frente a Odell, le miró y le sonrió.

—Hola, ¿eres yanqui?

—Sí —dijo Odell sonriéndole.

El niño se acercó, miró las alas de paracaidista y preguntó:

—¿Qué es eso?

Su madre se inclinó obligando a Odell a apartarse.

—No molestes, David. Deja en paz a este caballero —sonrió a Odell.

—No se preocupe, señora —dijo turbado. Miró a Reisman buscando su aprobación y vio que asentía.

El niño tocaba la insignia.

—Es un emblema de paracaidista —dijo Odell.

—Mi papá es marino. Está muy lejos luchando contra los *boches* —dijo el niño, serio—. Nuestra casa fue bombardeada. Cuéntame cosas de América.

Se escurrió en el asiento entre su madre y Odell, y a través del niño, Myron inició rápidamente una conversación con la madre. Era tímida, pero muy agradable, y la forma en que le miraba y le hablaba —una especie de admiración por ser soldado americano y agradecimiento por la amabilidad hacia su hijo— hizo a Odell sentirse hombre y disipó el resto del nerviosismo con su proximidad. Su corazón se volcó en la charla.

Cuando la joven madre y los niños bajaron, ella ofreció su mano a Odell, diciéndole: «Dios le bendiga» y el calor y la espontaneidad de aquel acto le hizo un nudo en la garganta. Sintió la vieja necesidad de marcharse, de ir tras ella. Cuando salió le dejó una horrible soledad, una espantosa nostalgia.

Ya solo, volvía a pensar en lo que había hecho, lo que era ahora y lo que tenía que hacer. Le preocupaba lo que había escrito en el sobre que el sargento Osterman entregó al capitán en la estación de Marston Tyne…

—… Bowren dijo que lo dejaron ayer en el correo por medio de un motorista, así que seguramente tiene importancia…

Reisman lo había leído rápidamente mientras Odell intentaba comprender por los gestos de su rostro el contenido. Sentía que aquello le concernía y deseaba saberlo. Quedó muy decepcionado cuando Reisman dijo:

—¡Esto está prácticamente en el bote!

Llegaron a Glasgow de noche. Odell sentía aumentar su terrible angustia. ¿Por qué le traían allí? ¿Por qué jugaban con él igual que Kinder con sus artimañas sicológicas? ¿Qué esperaban que recordase? Ya les habia contado todo… a la Policía Militar, en el juicio, al capitán Reisman, a la policía civil…, era inocente.

Tras una cena rápida, tomaron un taxi en la estación. Odell dio las señas y se apearon una manzana antes de la clínica venérea.

—Es la hora punta —dijo ácidamente mientras avanzaban por la calle y veían al personal entrar y salir.

—Ya sabes lo que queremos que hagas… por qué te dejamos entrar solo… —dijo Reisman.

—Sí, señor… creo que sí, señor —respondió Odell angustiado—; quieren que entre y mire… e intente reconstruir en mi cerebro lo que sucedió aquella noche. ¿Cuánto tiempo me tomo?

Osterman contestó a la pregunta.

—Quince… veinte minutos… hasta que te acostumbres al sitio. Deja que regresen tus recuerdos. Luego sales y hablaremos. Odell dudaba. Una vez más miró a Reisman.

—Adelante, Mike —dijo el capitán—. Hacen falta ríñones para enfrentarse con algo así otra vez… quizá más que para saltar en paracaídas… o para combatir. ¿Vas a intentarlo, verdad?

Odell respiró hondo como queriendo crecer. Le agradaba que el capitán le llamara Mike. El nombre de Myron jamás le gustó. Por la razón que fuera.

—Sí, claro que sí —dijo y cruzó la calle decidido. El corazón le danzaba apresuradamente como queriendo saltar del pecho. Cuando entró en la antesala del dispensario y cerró la puerta apenas podía mirar. El sanitario de servicio asomó la cabeza por uno de los cuartos de las cabinas de tratamiento, lanzó una rápida mirada y le dijo que se sentara a esperar. Odell se alegró de serle desconocido.

Sus ojos recorrieron rápidos la habitación hasta detenerse en la

puerta del cuarto en que ocultara a la horrible chica aquella. Se sobresaltó al ver abrirse la puerta. Un soldado cruzó la antesala y salió de la clínica. Odell se levantó como sonámbulo dirigiéndose al umbral de la habitación, tocó las paredes blancas, la cama metálica donde la muchacha se tendió desnuda, la mesa con equipo profiláctico, el botiquín con medicamentos, las vendas, las tijeras quirúrgicas y los bisturíes.

Tembloroso, sudando, yerto, volvió la espalda y salió por el pasillo hacia la puerta trasera. Sus dedos agarraron con temor la pesada barra, la levantó y se fundió con la oscuridad del callejón. Conforme escapaba por las callejas llenas de niebla, supo que aquello era lo que tenía que hacer, lo que intentaba hacer. Se sentía contento por haberse atrevido, lleno de alegría, fuerte.

En la carretera hacia Edimburgo hizo auto-stop para ir hacia el este en un camión-tanque de gasolina de las fuerzas aéreas. Ignoraba por qué iba hacia el este… para hacer lo que debía… pero tenía que salir de Glasgow… ser libre por cierto tiempo para hacer lo que debía, para pensar, sin cadenas. Londres…, pero estaba demasiado lejos. Evocó a la mujer del tren, tan amable, que parecía tan sola. Si supiese sus señas acudiría a ella. ¿Dónde acude uno? ¿Cómo se inicia una persona como él? Le daba vergüenza preguntarle al conductor del camión.

En Coadbridge se bajó y continuó hacia el sur. No sabía por qué hacia el sur… Lo único, por si le seguían; tenía que cambiar de dirección. Despistarles, encontrar un puerto donde refugiarse; reposar, hacer lo que debía. Estuvo en la carretera toda la noche del viernes y parte del sábado. Lanark, Moffat, Carlisle, ligeramente hacia el sur, sin rumbo, pero en realidad siguiendo una dirección. No comió ni descansó aunque estaba hambriento y molido. La circulación era intensa. Vehículos militares. Siempre cogían a un GI, sobre todo si marchaba hacia el sur. Penrith, Lancaster.

En Stafford había PM en la carretera ordenando el tráfico y saltó de la trasera del camión de municiones, atravesando el campo. Sabía que era vulnerable, que podían pedir el carnet de identidad y el pase de pernoctar en cualquier puesto de control y él no lo tenía. El sábado por la noche anduvo hacia Birmingham, atento a las patrullas de PM y policía, y de repente decidió que era allí donde debía quedarse. Preguntó a un civil la dirección del club americano

de tropa más próximo.

Era un local espacioso, abarrotado de cientos de soldados que cruzaban el *hall*, buscando una cama en los dormitorios, una maquinilla de afeitar, una ducha, un sitio para leer y escribir, una distracción, una cita, una guía. Odell aguardó en el *hall*. Iba a proporcionarse una identidad. Lo temerario de la idea le abrumaba.

Pensó que tendría que escoger un paracaidista para que sus botas nuevas y sus insignias no estuvieran fuera de lugar, contradiciendo la tarjeta y el pase. Pero no podía aguardar mucho. Tenía que hacerlo antes de perder su nervio, antes de que le descubrieran. Se fijó en un soldado que con un grupo de artilleros llevando sacos de viaje buscaba un catre y estaba diciendo a la chica de información que quería ducharse, afeitarse y dejar sus cosas antes de salir a la ciudad. El paracaidista era más o menos de su talla y peso, se parecía algo a él y aparentemente no tenía graduación.

Odell le siguió hasta las duchas y empezó a desvestirse para disimular, mientras miraba dónde iba colgando sus ropas el soldado. Esperó hasta que él y sus amigos desaparecieron bajo la humeante ducha y actuó con rapidez.

No comprobó la cartera hasta que estuvo en la calle alejándose a toda prisa del *jeep*. Se sentía culpable, aunque extrañamente satisfecho; la necesidad engendraba la acción. Era un soldado raso. Además de la tarjeta y el pase había dinero en la cartera y Odell se detuvo en un restaurante e hizo su primera comida desde la noche anterior en Glasgow. Qué bien se estaba allí sentado pidiendo comida y bebida y siendo servido. Poco faltó para que se lanzara hacia la puerta cuando vio aparecer a la patrulla y empezaron a pedir la documentación. Pero se contuvo, y aunque uno de los PM le dijo que no podía llevar botas y alas siendo artillero, replicó temerario:

—Tengo derecho. Hice el entrenamiento. Estoy calificado. Puedo llevarlas. Me trasladaron cuando me hirieron. Demonios, he estado en el cuerpo médico también —dijo señalando la insignia de su viejo gorro.

Cuando le preguntaron por qué no llevaba ningún distintivo de condecoración habiendo combatido ya, les contestó:

—Porque soy modesto.

Los papeles robados estaban en orden y le dejaron en paz. Pudo acabar de cenar. Se daba cuenta de que jamás se hubiera atrevido a echarle tanta cara sin el entrenamiento con Reisman. Pensando en él, pensando en los compañeros, se sintió culpable, se preguntaba qué harían. Después se obligó a no seguir pensando en ello.

De nuevo en la calle paró un taxi. Recordaba aue en el cuartel siempre decían que si quieres encontrar una mujer en una ciudad desconocida tienes que preguntar al taxista. En realidad conocía tipos que lo hicieron dentro de un taxi en Londres, pero Odell se sentía incapaz.

Odell hizo sonar su voz fuerte y confiada.

—¿Dónde se pasa bien en esta ciudad, Mac?[59] ¿Dónde va un tío a divertirse?

—Tenemos clubs, teatros y cines, y todo eso. ¿Es lo que buscas?

—Para empezar, desde luego. Llévame a un club nocturno donde haya diversión… y chicas.

Por el camino iba componiendo sus frases: «¡Eh, Mac!, ¿dónde se pueda echar un… donde se encuentra una… una gallinita… como los otros muchachos? ¡Dios mío! ¡Dónde encontrar una mujer que me ayude!». Pero todo lo que dijo fue un nervioso:

—Señor… ¿dónde cree que puedo encontrar una mujer? Ya sabe…

El taxista se volvió ligeramente y le hizo una mueca.

—¿Por qué no, lo dijiste antes, yanqui? Ahora te cuesta una libra.

Odell se inclinó y dio el dinero. El taxista se metió por una bocacalle del animado y bullicioso barrio.

—Hay unas cuantas maduritas que puedo indicarte —dijo el taxista animado y metiéndose en situación— y también jovencitas —añadió, riendo—. ¿Cómo te gustan, yanqui? Pequeñas… altas… delgadas… llenitas… pelirrojas…, morenas…, me temo que no conozco a ninguna rubia.

Odell se alegró de que el taxi estuviera oscuro y el conductor no pudiera ver su rostro.

—Una algo mayor, creo —dijo vacilante… y luego muy seguro —, no…, joven no —musitó de tal forma que el taxista apenas pudo oírle—, una que no sea guapa, pero agradable… amable…

Una que le ayudara a hacer lo que debía, para saber por fin lo

que le devoraba el bajo vientre… para poder vivir… morir… Ahora no podía enfrentarse con la muerte sin saber… sin experimentar…

El taxista tomó una curva en la oscuridad.

—Conozco una —dijo—, una estupenda, ya mayor…, no mucho. ¿Cuánto dinero llevas?

Odell le dio todo lo que llevaba menos un billete de una libra. Podía robar más si lo necesitaba después. El taxista cogió algo y le devolvió el resto.

—Con esto tendrá más que de sobras. Espera aquí.

Desapareció en una casa de pisos baratos; durante la espera, Odell luchó contra el deseo de huir. El taxista regresó y abrió la portezuela.

—Ya esta arreglado, yanqui. Te espera. Segundo piso, puerta del fondo. Una buena chica… amable como tu propia madre, con perdón.

La mujer abrió la puerta de par en par, mirando con curiosidad desde el interior de la habitación iluminada hacia el oscuro pasillo.

—Pasa, yanqui —dijo sonriente.

A Dios gracias estaba vestida, pensó Odell al penetrar vacilante en el piso. A Dios gracias estaban solos, no era público… no era uno de esos sucios burdeles con mujeres tumbadas… pianistas y borrachos… donde todo el mundo sabe a qué va y lo que vas a hacer.

Ella se volvió después de cerrar la puerta y le miró indecisa. El corazón de Odell latía impetuosamente. El dolor de su bajo vientre aumentaba. Sus ojos recorrieron el mobiliario barato, el suelo, las lámparas, el techo, el dibujo de las paredes empapeladas del cuarto de estar y se esforzó en pensar en aquellos objetos.

—Dame el gorro —dijo ella aproximándose.

Odell inició un movimiento de retroceso, sintió darle vueltas la cabeza y pensó ir hacia la puerta. Le costó un gran esfuerzo permanecer allí y dejar de temblar. Ella recogió el gorro húmedo de entre sus manos sudorosas. Emanaba un suave perfume. Su rostro era sencillo, algo relleno, pero la piel era tersa. Parecía recién maquillada. Era una mujer de treinta y tantos, pensó.

—Soy la señora Barnes… pero llámame Nora —dijo jovial—, y tú ¿cómo te llamas, yanqui?

—Myr…, Mike Odell —dijo con voz ronca, demasiado tarde para

pronunciar el nombre de la tarjeta de identidad robada. Pensó si existía un señor Barnes y dónde estaba.

La siguió con la vista cuando se dirigía a dejar el gorro sobre el aparador. Tenía grandes pechos y eso le agradaba. Era ancha de caderas y con buen culo. Aguantó la respiración pensando en ello, bajo el vestido barato de algodón.

La mujer regresó diciendo que estaba a punto de salir cuando su amigo le avisó que tenía un guapo yanqui que buscaba compañía…

—Es un bonito nombre… Mike Odell. Suena a irlandés. ¿Eres irlandés, Mike?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —dijo ella soltando una carcajada.

—No, señora. No conocí a mis padres, sabe usted. Es sólo un nombre. En realidad no sé quién soy. Además mi verdadero nombre es Myron.

—Myron —replicó ella con musicalidad alargando las vocales y pronunciando las consonantes con fuerza—. Es un nombre muy bonito. Me gusta.

El rostro de Odell se iluminó. Empezaba a sentirse casi tranquilo y gusto cuando ella sacudió la cabeza y dijo:

—Ni padre ni madre… pobre muchacho. Y aquí estás luchando por tu país… y el nuestro. ¡Qué valiente debes ser! —se le acercó besándole en la mejilla—. Bueno, Nora te hará feliz si es eso lo que deseas —le agarró de la mano conduciéndole hacia otra habitación —. Verás cómo lo he puesto. Estoy segura de que te gustará. Y tenemos toda la noche para nosotros. No tendré que entrar y salir… y te aseguro que no tenía ninguna gana de una noche de ésas, Myron.

Odell se detuvo haciéndole volverse y mirarle dudosa.

—¿Salgo a comprar algo, señora Barnes? ¿Una botella de whisky… o algo de comer?

Ella sonrió. Odell se dio cuenta de que observaba su nerviosismo y le agradeció que no hiciera comentario alguno.

—Llámame Nora, Myron, no señora Barnes. Es sólo un nombre… como el tuyo. No significa nada. Ya he cenado, gracias. Pero si quieres beber algo, tengo un poco de brandy. No hace falta que salgas. ¿Te parece?

—¡Oh, sí!, gracias… me gusta.

Odell se sentó en una silla, nervioso y rígido, aparentando tranquilidad cuando ella llegó con el vaso y el licor. Tragó la primera copa rápido. La mujer sonrió volviendo a servirle.

—Bebe otra —dijo, y cuando él levantó el vaso le puso los dedos en la boca— despacio… hay tiempo… no te emborraches ahora, Myron. —Guiñó un ojo, dejó la botella sobre la mesa y se sentó en otra silla. Él bebió un sorbo y agarró el vaso con firmeza contemplándolo fijamente para no mirar a la mujer. El calor del primer trago le llegó al estómago, le recorrió los miembros tranquilizándole, miró a la mujer y ella le sonrió. «Es muy amable», pensó.

—Háblame de ti, si te parece, Myron. Muchos prefieren hablar un poco antes… Está bien. Otros prefieren más que nada charlar… Tampoco me importa —sonrió con franqueza—, algunos incluso me dicen que les recuerdo a su madre. ¿Tú qué piensas, Myron? ¿Verdad que está feo decirle eso a una chica?

—Oh, sí… no, quiero decir… yo nunca le diría eso —dijo Odell precipitadamente.

Ella se recostó tarareando una melodía y tamborileó con los dedos en el brazo del sillón. Odell dio otro sorbo, la miró a los ojos, volvió a mirar el vaso y empezó a hablar con gran esfuerzo, en voz baja, obligándola a inclinarse para entenderle.

—Tiene que comprender, señora Barnes… Nora. Es algo que debo hacer… No soy lo que cree. No puedo decírselo… Soy virgen —estalló—, yo no sé, no puedo…

—Bueno…, bueno, Myron, está bien —dijo ella acercándose. Se arrodilló, le puso las manos en las piernas y le miró a la cara—. Yo también lo fui, ¿sabes?

Él temblaba a su contacto, sintió de nuevo el dolor en el bajo vientre y para combatir la angustia, el terror que le atenazaba, la vergüenza, lo desconocido, el pasado, el futuro, su muerte, se aferró desesperadamente a los actos de valor que realizó en los últimos meses…, aquel mismo día. Se tocó el emblema de paracaidista en el pecho.

—¿Eres paracaidista de verdad? —preguntó algo temerosa.

—Sí —dijo Odell con orgullo.

—Entonces no creo que haya nada en el mundo que te asuste —dijo ella mostrándole admiración, una admiración que le

reconfortaba—; ya verás cómo lo haces muy bien. Estoy segura, Myron —le tomó de la mano—; ahora ven. Coge tu bebida, ven que te voy a enseñar la mejor parte de mi piso. Ya verás qué bonito… muy confortable.

La siguió; le conducía como a un niño de la mano. Eso le gustaba. Junto a la cama había una lamparita. Apenas miró la habitación, pero dijo con voz temblorosa:

—Sí, es muy bonito —y se apresuró a volver al cuarto de estar con el corazón latiendo desbocado; se dejó caer en la silla y vació su vaso de un sorbo.

Ella le contempló desde la puerta del dormitorio con gran decepción.

—¿No te gusto? —preguntó.

Y repentinamente, en un segundo terrible, recordó a la idiota del dispensario… Oyó su voz: «Catherine… Catherine… Cat… Cat… ¿Te gusto, Maha-run…? Ven aquí… ama a Cat… Tienes miedo, Maha-rum…» y se agitó, retorció, cerró los ojos y al abrirlos volvió a ver a la mujer en la puerta del dormitorio…

—Oh, sí… sí, mucho —dijo con voz fuerte librándose del fantasma.

La mujer sonrió y se acercó.

—No, por favor… no… quédese ahí… sólo quiero mirar… mirarla… sin ropa —dijo agitado.

—¿Nada más?

—No sé.

—Bueno, hijito…, no tengo mucho que mostrar si es eso lo que quieres —dijo con frialdad.

—Sí, sí que tiene —dijo Odell con repentina decisión, aterrado al pensar que no le dejaría verla desnuda—. Es usted muy hermosa… muy hermosa.

—Muy bien —murmuró ella casi con timidez.

Desapareció en el dormitorio y Odell sintió deseos de correr tras ella. «¡No, ahí donde pueda verla…! ¡Tengo que verla y saber cómo es una mujer!». Pero ella regresó inmediatamente, se había quitado el vestido. Estaba de pie en la puerta, en bragas, inclinándose para quitarse las medias, sin mirarle, como si no estuviera allí; eso le ayudaba. Le gustaba así, mientras no le tocara y le aumentara el dolor de su sexo, que ardía como burlándose.

Observó detalladamente, veloz, con deleite, culpable, las piernas, las rodillas, los muslos blancos, los brazos desnudos, los hombros, el cuello, los pechos grandes y sujetos. Entonces ella volvió a desaparecer en el dormitorio, dejándole tembloroso, concediéndole un descanso. La oyó quitarse una prenda, el chasquido contra la piel, el crujir de la cama al sentarse y levantarse, y allí estaba de nuevo en el umbral con las bragas bajas, en las caderas, con las manos a la espalda intentando desabrocharse el sostén.

Odell apartó la vista y apretó sus piernas con fuerza, volvió a mirar y quedó sin respiración al ver los blancos pechos colgantes. Ella le miró y bajó la vista avergonzada.

—Bien, mírame, quiero que lo hagas, ¿te gusto ahora?

No a su cara, sino a los círculos oscuros de los pezones, tratando de ver si eran duros y puntiagudos como decían los puteros del cuartel. No podía apreciarse. Se levantó temblando.

—Quédate ahí… por favor —rogó avanzando hacia ella.

¡Oh, Dios, los pezones, qué ganas tenía de metérselos en la boca! Se inclinó, rozó la piel con los labios, restregó sus mejillas contra ella, cariñoso, con un gemido, sepultó su cara en la fresca mole de carne, continuó hacia abajo, y entonces ella dándose cuenta de lo que él deseaba, le metió el pezón en la boca.

Él se aferró a ella. Le parecieron años de felicidad inefable, aunque seguramente fueron sólo segundos. La mano, en su pelo, apretándole con fuerza contra ella. La sintió musitar algo amable y amoroso en su oído mientras le conducía al dormitorio dejándose caer en la cama. Luego le quitó las gafas. «Me haces daño», explicó. Él entonces se dijo que tenía que dominar la situación para que hiciera las cosas como a él le gustaba o todo se vendría al suelo, escaparía a su control.

Se apartó de ella receloso.

—Dame mis gafas.

—Para esto no las necesitas, hijito.

—Sí, quiero mirarte, no puedo verte sin ellas —se las volvió a poner y preguntó—: ¿crees que estoy ridículo?

—No, Myron… claro que no. Eres muy guapo.

La bendijo de nuevo por su comprensión y su amabilidad, por hacer lo que él deseaba. No le reprochaba que le llamara hijito —se

lo había llamado dos veces ya—, aunque le desagradaba, pero no quería ofenderla, no quería estropear la cosa, desconfiaba de sí mismo bajo los efectos del resentimiento y la ira. Levantó la pantalla de la lamparita para que la luz iluminara el cuerpo de la mujer.

—¿Qué haces? —preguntó ella angustiada.

—Quiero verte bien. Quítate eso.

Ella levantó sus caderas y deslizó las bragas entre las piernas. Y tras las candilejas, como un auditorio —no teatral—, con la señora Nora Barnes la estrella-madre-novia-maestra-veladora-puta-esposa de sus sueños y pesadillas, Myron Odell contuvo la respiración y escrutó maravillado con culpabilidad voraz y gozosa, con la sangre hirviéndole, la desnudez total y terrible de la mujer.

Cuando hubo examinado a distancia cada pulgada de aquel cuerpo, cada montículo y hoyuelo, cada orificio, cada secreto, el conocimiento y la fuerza de que había nacido de una mujer como aquélla le invadieron y supo que estaba bien que ahora volviera allí/allí de donde había salido ahora podía ver lo que nunca viera y se sentía tan feliz que casi no le importaba pensar que tal vez muriera.

Se acercó todavía vestido, se inclinó sobre ella en la cama, tocando la carne tibia aquí y allá, recorriendo con movimientos suaves, maravillados, curiosos, amasando las redondeces de aquel cuerpo, sus partes planas, sus hoyos, y pasó sus dedos cuidadosamente, con inseguridad, por los orificios y los secretos, mientras ella se retorcía y se le acercaba para apartársele seguidamente, convulsa y gimiendo de placer…

—¡Oh, Dios mío, eres maravilloso, hijito… Myron… me haces olvidarlo…, soy yo quien tengo que darte placer…, sigue!

Odell sintió un poder enorme, un dominio inesperado sobre ella; ella era la que le deseaba —y no al revés como siempre—; estaba inundado de júbilo.

—¡Desnúdate, Myron! —murmuró ella—, ahora… por favor… desnúdate.

La mujer advirtió su temor y controlándose con gran esfuerzo, le cogió las manos, le besó los dedos y le preguntó:

—¿Qué temes, Myron? Estoy limpia… no estoy enferma.

Odell se sentó en la cama apretando con fuerza los muslos,

sacudió angustiado la cabeza, dejándole que le acariciara las manos, pasándoselas por los pechos de nuevo.

—Te dan miedo las mujeres; no temas, Myron, tú eres fuerte, valiente, bueno —se incorporó y le empujó suavemente hacia abajo, contra la almohada, hablándole en un susurro, tranquilizándole, recorriéndole el rostro y el cuello con los dedos. Se inclinó y le besó en los labios, le metió la lengua en la boca, buscando la suya, acariciándole el paladar, las encías, y ahora era él quien gemía de placer como ella antes; agarró los grandes pechos que colgaban sobre él y encontró seguridad, dicha, poniéndose uno en la boca, mientras los dedos de ella se ocupaban del uniforme.

Le desnudaba, oh Dios mió, le estaba desnudando. Y, sin embargo, era suave, amable, tierna y cuidadosa como una madre.

—Relájate —murmuró ella con la respiración agitada al tiempo que le quitaba los pantalones—, déjame hacerlo todo —sus hábiles dedos eran como una caricia—. ¡Oh, Dios mío, qué maravilla! —exclamó inclinándose y besándole el sexo.

—Me duele, me duele horriblemente —dijo Odell anhelante.

Ella contempló su rostro angustiado, sus ojos cerrados, los puños en tensión.

—¿El qué?

—Ahí, ahí —dijo él señalando— me duele mucho… no puedo… me hirieron una vez.

—¿En la guerra? —preguntó ella con súbita compasión.

—No… mucho antes… cuando era niño. El médico me dijo que eran cosas de mi cabeza, pero no lo es. Duele… no puedo… lo siento, Nora… no puedo.

Tras sus párpados cerrados, su conciencia, mezcla de temor y sufrimiento, la oyó responder suave, arrullando:

—No, muchacho, muchacho, no pienses en eso… yo lo haré todo… ya verás qué bien… soy muy buena… te gustará…

El domingo a media mañana ya había avanzado cincuenta millas al sur hacia Gloucester. La iglesia en que entró (aquello también formaba parte de su plan para prepararse para cualquier eventualidad) era el anticlímax del lugar que visitara la noche anterior. Una bella iglesia antigua. Sentado solo en un banco de atrás, entre dos misas, contempló las piedras, las maderas, las imágenes, y el propio Jesús, allá arriba en su cruz. La música suave

del órgano y el olor dulce, la paz del lugar penetrando en su carne, en sus huesos, en sus nervios, porque aquella mañana era terriblemente feliz y amaba la vida. Un estado de ánimo, mezcla de obediencia, agradecimiento y autosatisfacción. Revivió complacido y satisfecho, minuciosamente, lo que había sucedido, no, lo que él, él mismo había provocado y se repitió a sí miaño, innumerables veces, como una letanía: he jodido, he jodido, he jodido.

Pidió un sacerdote que le confesara…

—Padre, déme su absolución, pues he pecado —musitó con voz rutinaria y una alegría nada reprimida, lanzándose a una descripción orgullosa de lo que hiciera la noche anterior…— y no sólo una vez, señor, digo padre…, aunque ya de por sí fue más de lo que yo creía me iba a conceder. Y no me castigó, no; me recompensó. Yo deseaba la lujuria. Sí… cedí complaciente… saboreé los placeres carnales… y fue como yo he oído contar que era la imposición de manos de Jesús… y aquel dolor terrible… aquel terrible dolor físico… en mis partes… no sólo el dolor… sino también la angustia de años… desaparecieron por completo, señor…, padre… Quiero decir que de repente me liberé y fui un hombre… dormí como un bebé… como dicen que duerme un bebé, aunque no lo sé porque nunca conocí a mis padres y no creo que jamás durmiera así. Cuando me desperté y me di cuenta de lo que había hecho, dónde estaba, ella seguía allí y el dolor había desaparecido… y quise volverlo a hacer, y en aquel mismo momento, allí mismo lo volví a hacer… y esta vez a sabiendas de cómo se hacía…, lo hice virilmente…, y a ella le gustó, padre, a mí también…, y después, me sentí tranquilo y muy a gusto. Y después otra vez. ¡Tres veces en una roche, padre! Y luego le di el resto de mi dinero… Es que, señor, en realidad no eran míos… otro pecado… sé que pequé… pero me vi obligado y eso no lo sabe usted, porque es otra historia y no se la puedo contar… ni siquiera a usted… Todo el dinero que le di, porque fue tan buena conmigo, y ella no quería aceptarlo, y la obligué porque donde yo voy a ir no necesitaré dinero y, como dije, de todas formas no era mío, me quedé con una libra… y quiero darla a la iglesia, padre… quiero ponerla en la bandeja de la colecta porque no voy a necesitarla, y quiero que sea mi ofrenda… y no he comido hoy… he estado viajando desde el amanecer, y no comí porque tenía que confesar y

comulgar, porque quizá sea la última vez que lo haga. Y otra cosa, padre… mire, soy inocente… ahora sé que soy inocente… puede que a usted le suene tonto que un tipo le confiese que es inocente, y ni siquiera puedo decirle de qué soy inocente… pero, sabe, todo este tiempo han estado diciendo que era culpable y que hice algo muy malo, y nunca estuve seguro por culpa de esos «desvanecimientos» cuando no sé lo que me pasa… y tuve uno la vez esa que dicen que soy culpable, pero no creo que pudiera hacer una cosa tan horrible, y seguí diciéndoles que era inocente, pero nadie me creía…, pero ahora sí que estoy seguro porque hice eso anoche y fue tan estupendo y maravilloso, aunque usted diga que es pecado, padre… y no perdí el sentido, ni hice mal a Nora… y no veo por qué tengo que haberlo hecho la otra vez como dicen ellos… y hay más, padre… mucho más… tardaría días en confesarme… años… no sé… desde que era niño… no he ido a misa… no me he confesado… y eso es todo, padre, porque tengo que marcharme; si no, será peor… si lo que tengo que hacer para evitarlo…

Odell oyó un suspiro profundo de comprensión tras la rejilla… una pregunta amable sobre si se sentía bien… preocupación por su salud física, mental y espiritual…, y un consejo firme, pero lleno de tacto, de que consultara con un médico inmediatamente o con su comandante…

—Me encuentro bien, padre… muy bien. Sí, señor, hablaré con mi comandante como dice usted… le veré en cuanto llegue. ¿Pero cuál es mi penitencia… para poder comulgar? Hace mucho tiempo, padre, siento un gran deseo. Lo necesito. Tal vez no volveré a tener ocasión.

Le sorprendió la levedad de la penitencia: cinco padrenuestros y cinco avemarías. La voz tras la rejilla comenzó a murmurar:

—… que nuestro Señor Jesucristo te absuelva…

Odell comenzó el acto de contrición con toda su alma.

—… Dios mío, me pesa profundamente haberte ofendido, y aborrezco de mis pecados porque temo perder el cielo y temo las penas del infierno».

Cumplió la penitencia. Aguardó la misa, comulgó y tras depositar su última libra en la bandeja salió a la carretera otra vez hacia el sur.

Durante todo el día y parte de la noche anduvo impulsado por

algo más fuerte que él, corrió, hizo auto-stop. A todo lo largo del trayecto cruzaban los interminables convoyes de auto-camiones color caqui, llenos de soldados, cañones, municiones y combustible, en dirección sur, hacia la costa inglesa.

Los campos llenos, no de verdor sino de masas inmensas, los almacenes militares camuflados; y a lo largo de las carreteras, millas y millas de tanques camuflados y artillería pesada, armamento, remolques y cajas de municiones. Rugientes, poderosos, amenazadores, acelerando la marcha, surgiendo como torrentes. Y Odell quería formar parte de ese torrente, en la vanguardia, junto al capitán Reisman y la Inmunda Docena. Inocente o no, ya no le importaba. No quería quedar al margen de la mayor acción que estaba produciéndose, o a punto de producirse, en su vida en la tierra.

34

A Reisman no le gustó nada ver llegar a Stuart Kinder al campamento el lunes por la mañana. Tenía metido en la cabeza la idea de que si Kinder permanecía alejado hasta que hubieran salido todo iría bien. Sin embargo, supo que Kinder venía desde Londres para conducirles fuera de Stokes Manor y no hubo forma de disuadirle. El despacho que León Osterman le entregara en la estación de Marston Tyne era de Kinder, previniéndole a él y a la Inmunda Docena. Tenían que estar preparados para abandonar Stokes Manor el miércoles 31 de mayo, completamente equipados para la misión, y acampar en la base del coronel Breed.

Transcurrió media hora en el barracón observando el plan de ataque de Reisman y los presos con la maqueta del *cháteau* de La Vilaine antes de que Kinder advirtiera un cierto tono ácido fuera de lo normal en la voz de Reisman. Por último, cayó en la cuenta, sólo había once personas.

—¿Dónde está Myron Odell? —preguntó con ansiedad.

Los hombres le miraron con un silencio glacial. Sabían que Odell estaba fuera, pero no sabían el porqué, cómo ni dónde. Reisman no les había comunicado nada. Muchos sospechaban lo peor —que había sido devuelto a la prisión para ejecutarle, aunque no comprendían el motivo; otros pensaban que se había fugado, cosa difícil de creer y que les volvía locos— advirtiendo que tuvo el valor de hacer lo que ellos no habían hecho, dejándoles además en la estacada en el último momento.

Reisman condujo a Kinder a la oficina, cerró la puerta y empezó a contarle lo sucedido. Le habló de León Osterman, del viaje a Glasgow sin autorización, de la espera de media hora en la calle, frente a la clínica, antes de entrar y descubrir que *Odell* se había escapado por la puerta trasera.

Osterman echó a correr por el callejón gritando furioso:

—¡Hijo de perra! Se ha largado. ¡Desagradecido! Voy a dar la alarma inmediatamente. Los PM, el CID, la policía local, Scotland Yard… no tardarán ni dos horas en encontrarlo —*y se* abalanzó al teléfono de la clínica, pero Reisman le contuvo.

Kinder exclamó:

—¡Dios mío! ¿flor qué? Esto puede comprometer y echar abajo todo el plan… Meses de trabajo. ¿Qué piensas hacer, John?

—Nada. Osterman continúa buscándole por su cuenta. Hablo con él a diario. Ni rastro… En eso podemos admirar al buen cabrito —dijo con un rastro de orgullo—. Cualquier trámite oficial hubiera levantado un revuelo. Después de todo, somos en cierta medida cómplices de su fuga. Si se sabe, tal vez destruya la operación. La búsqueda ha de hacerse discretamente… Sin que se sepa. Y si hay alguien capaz de hacerlo así, es Osterman.

—¿Y si no lo encontramos? —preguntó Kinder—. Tengo que dar parte, John. No podemos dejarle por ahí suelto. Sabe demasiado.

—No tienes por qué dar parte a nadie, Stu —insistió Reisman—; no comprendo por qué se ha escapado…, pero no voy a permitir que deshaga la Operación Amnistía. Sería el fin. ¿Quién sabe? Tal vez se aterrorizó por lo que nos espera… Tal vez fuera realmente inocente y trató de evadirse para probárselo a sí mismo… A lo mejor se dio cuenta en el dispensario de que era culpable o tal vez lo sabía de antemano y estuvo esperando una oportunidad de fuga.

—No, él cree sinceramente en su inocencia —dijo Kinder—, no puede haberme engañado. Imposible con el tiempo que le he dedicado, hablando con él… haciéndole *tests* —sacudió la cabeza incrédulo—, de todo el grupo es el último en quien hubiera pensado que intentaría escaparse.

—Tal vez… —dijo Reisman, pensativo. Pero lo que no dijo fue que durante aquellos días había sentido un curioso alivio culpable o inocente. Myron Odell acababa de asumir su destino y en lo sucesivo lo guiaría a voluntad.

Estaban desmontando las alambradas, al final de la mañana, cuando Reisman oyó gritar a Bowren desde el tejado del barracón. El sargento había vuelto a ponerse las armas y a montar guardia desde que Reisman regresara el sábado por la mañana y le contara lo de Odell.

El sargento estaba apuntando con la metralleta a algo que

avanzaba por el bosque hacia el barracón. Reisman y Kinder dieron la vuelta corriendo para ver de qué se trataba. A Reisman le dio un vuelco el corazón.

—Hijo de… Mira —exclamó.

Cuando Kinder recobró el uso normal de sus mandíbulas, murmuró:

—La vuelta del hijo pródigo.

Exhausto, despeinado, sucio, allí estaba Myron Odell parado, con las manos en la nuca obedeciendo a la orden de Bowren, pero con una mirada triunfante. Reisman le cacheó y sólo encontró la cartera robada.

—Me gustaría devolvérsela a su dueño, señor —dijo Odell tímido.

Reisman se la entregó a Kinder y preguntó:

—¿Cómo has vuelto, Myron?

Odell dejó caer los brazos, y se acarició la cara contusionada.

—No sé, mi capitán… porque quise, tenía que hacerlo, supongo.

—¿Por qué?

Odell sostuvo la mirada de Reisman.

—Aquí he encontrado algo que nunca tuve —dijo pausadamente —; me lo dio usted… respeto… orgullo… tal vez valor. Confió en mí… no quise perder esa confianza.

Ahora fue Reisman quien apartó la vista turbado.

—¿Encontraste algo allí… de ti… de lo que sucedió?

Odell negó con la cabeza.

—No. Sigo creyendo que soy inocente, capitán… pero ya no importa.

Kinder se le quedó mirando incrédulo.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta aquí desde Glasgow? —preguntó—. Además de los PM hay dos mil agentes del contraespionaje acordonando el sur de Inglaterra.

Odell hizo una mueca restregándose las magulladuras de la cara. Advirtieron que llevaba una mano herida o una costra de sangre reseca y los nudillos contusionados.

—Ya lo sé, señor. Me topé con una pareja esta madrugada junto a una de esas concentraciones de tropas con alambradas cerca de Taunton. Espero no haberles herido gravemente. Sólo para ponerlos fuera de combate y poder robarles el *jeep*. Lo dejé cerca de

Stokesmouth y vine campo a través —mostró su mano herida a Reisman—. Tenía razón, mi capitán. Duele usar el puño. La próxima vez me acordaré —dijo golpeándose el antebrazo con el borde de la mano sana.

Yendo hacia el barracón, Reisman dejó que Kinder se les adelantara y llevó aparte a Odell un momento.

—¿Conseguiste joder, muchacho?

Odell le miró fanfarrón.

—Condenadamente bien, capitán.

El campamento quedó desmontado recuperando casi todo el material, incluso los clavos cuando fue posible.

—Estamos en guerra, sabéis —les decía Reisman paternal mientras borraba las huellas de su estancia en la finca.

Kinder intentó facilitárselo.

—Realmente no hay necesidad —dijo a Reisman—. Cuando las cosas amainen traeré una escuadra para que lo arreglen.

—Haremos lo que podamos, y tú te encargas del resto, se lo prometí a lady Margot —explicó Reisman. Pero también deseaba mantener a los hombres ocupados aquellos últimos días.

—¿Has tenido mucho contacto con ella? —preguntó abiertamente Kinder señalando hacia la casa.

—No… no es muy sociable —contestó Reisman eludiendo el tópico.

Pero sabía que Margot estaba vigilando sus últimas actividades en la finca y se preguntaba si se alegraría de su marcha y estaría furiosa por el infierno que pronto iba a desencadenarse al otro lado del Canal.

Kinder se encargó personalmente de la maqueta desmontada del *cháteau* de La Vilaine. La llevaría al aeródromo en su coche para tenerla a mano en posibles reuniones y explicaciones de última hora. Después se la llevaría a Londres.

Volvieron a dormir en tiendas de campaña y los más duros al aire libre, envueltos en mantas. Las alambradas, las torres y el barracón se convirtieron en montones de alambre, madera y postes sacados de la finca por el *jeep* en viajes sucesivos. Quedaron junto a la carretera en espera de ser recogidos más tarde.

Pero la madera del cadalso portátil, cumplido su doble propósito de servir a la construcción del campamento y como símbolo de

terror para los presos, aquellos postes y tablones y vigas y la siniestra cuerda arrollada en tomo suyo… quedaron apilados en el centro del claro.

Cuando acabaron el resto de los trabajos, rellenar las zanjas de las letrinas y los blancos, el polígono de tiro, recogiendo cuantos cartuchos les fue posible, Reisman reunió a los hombres en torno al cadalso.

—Franko —exclamó seguro de que el maldito se sobresaltaría como si hubiera hecho algo malo. Reisman encendió su mechero, se lo entregó y señalándole el montón le dijo—: ¡Quémalo!

El miércoles 31 de mayo, el sargento Bowren dejó las provisiones que les sobraron ante la puerta de lady Margot. Pulsó el timbre, oyeron los ladridos del perro. Reisman vio moverse algo en una ventana de arriba y supo que les observaba alejarse por el camino principal. Saltó del *jeep* y retrocedió para cerrar la verja. Glenn Gilpin le aguardaba junto al poste de teléfonos al que había enrollado el cable.

—¿Funciona aún? —preguntó Reisman.

Gilpin asintió entregándole el aparato de campaña y corrió a reunirse con los demás, Reisman pidió la comunicación y tardó unos minutos en conseguir hablar con Tess en el Butcher's Arms, en Marston Tyne. Te dijo que iba a estar fuera por algún tiempo y que no podría ponerse en contacto con él.

—Ya se lo he dicho a un amigo… León Osterman, él cuidará de ti.

—No necesito que me cuiden —protestó—, tengo a mi tío y a la señora Culver… Pero me encantará verle de todas formas para hablar de ti. Te amo. Piensa en mí… Donde vayas… hagas lo que hagas… piensa en mí cuando estés solo, cansado, cuando las cosas vayan mal. Cuenta con mi amor.

Tú igual —dijo con voz profunda—, té amo… eres muy importante para mí.

Colgó, cogió el cuchillo de la funda de su bota y cortó el cable.

Levantaron un campamento en el aeródromo de la base, cerca del hangar en que su C-47 aguardaba, con un escuadrón de paracaidistas de Breed que iban a Normandía. Reisman y la Inmunda Docena llevaban el traje de campaña y armas americanas. Pero en mochilas aparte iban los uniformes y armamento alemán

que utilizarían para la misión. Llevaban también minas, explosivos, municiones y armas pesadas para ser lanzadas con paracaídas.

El tiempo era ideal. Por la mañana llegaron el mayor Armbruster y el coronel Dentón en una avioneta desde Londres para celebrar una última reunión.

—Será el lunes cinco de junio —dijo Dentón después de devolver el saludo a Reisman y a Kinder. Se le notaba cierta emoción en la voz.

Hablaron en voz baja junto a la avioneta. El piloto se había ido a descansar un par de horas. Reisman observaba a la Inmunda Docena, fuera del hangar, merodeando junto a las tiendas, limpiando el armamento, afilando los cuchillos, pero con el oído en la conversación de los oficiales.

—Despegarán el domingo por la noche, mucho antes que la vanguardia aérea para que tengan tiempo suficiente de llegar a Rennes —continuó el coronel—. Deberán alcanzar el objetivo exactamente cuando ellos estén despegando de Inglaterra. Si hay contraorden recibirá usted un mensaje en clave, *Bowsprint*, que significará que hay un retraso de veinticuatro horas. Si hay un retraso mayor, mucho me temo que será de dos semanas o más a causa de las mareas. Tendrán que replantear toda la operación, Además será muy difícil mantener a la gente concentrada como sardinas durante tanto tiempo. Por ahora las previsiones meteorológicas son buenas, esperemos que continúen así.

El mayor Armbruster dio a Reisman detalles suplementarios. La fuerza aérea desencadenaría un bombardeo sobre el nudo ferroviario de Rennes desde el este, para cubrir el acercamiento de la Inmunda Docena por el oeste.

—Eso elimina el segundo objetivo que sugeriste si el *Kriesgsspiel* no está reunido —dijo el mayor—. No os acerquéis a la zona de bombardeo.

Reisman señaló en el mapa que estudiaban el cuartel general de la quinta división paracaidista alemana.

—Podemos acercamos ahí y cargarnos a esos tipos caso de que en el *cháteau* no estén esperándonos los generales.

—Eso es lo que no tiene usted que hacer… ni antes ni después, John —dijo el coronel Dentón bruscamente—; advierto que tiene usted cierta predilección por este tipo de cosas… como hizo en

Mattarone el invierno pasado. Haga el trabajo previsto si los generales están allí… y luego saque a sus hombres. Y, más importante aún, salga usted mismo.

—No hay segundo objetivo, John —dijo el mayor Armbruster—. Si descubres que los generales no están, regresa inmediatamente.

—Cargados con todo lo que llevamos.

—Entiérralo… destrúyelo… lo que sea. Conserva exclusivamente lo que necesitas para defenderte. Ya sé que será difícil, pero evita cualquier contacto innecesario con el enemigo —miró a Reisman con angustia—, esta vez no podremos echarte una mano. ¿Cuál es tu plan?

—Hay varías maneras —dijo Reisman—, la mejor es dividirse, unos por el río hasta Bretaña utilizando una de sus lanchas. Otro grupo en una de sus hermosas *limousines* a todo gas hacia nuestras avanzadillas. O tal vez intentar subir a uno de sus trenes de tropa hacia el frente.

—¿Te das cuenta de que todos andarán detrás de vosotros? —dijo Armbruster—. Los nazis… La Resistencia francesa dispara contra todo el que lleva uniforme alemán… Y los nuestros cuando os acerquéis… y desde el aire. Tal vez más valiera que intentaseis deshaceros del uniforme antes de regresar… y tratar de uniros a los maquis y esperar hasta que los aliados liberen la zona.

—Lo decidiré sobre la marcha, Max. Depende de lo que suceda en el *cháteau*. De todas maneras tendremos que abrimos paso luchando.

—¿Y el muchacho de color y el indio? —preguntó Dentón—. Ya sé que operarán ustedes de noche, pero ¿cómo van a simular cara a cara con los nazis que forman parte de sus tropas?

—Ese es mi principal cometido, coronel… el engaño. White y Posey quieren aprovechar su oportunidad y correr el riesgo. White es mi mejor hombre, y puede hablar francés y alemán por los codos en caso necesario. En cuanto a Posey le voy a enseñar a usted algo.

Reisman llamó a Samson y el indio vino a paso ligero hacia el grupo de oficiales. Se cuadró marcialmente.

—¿Qué les dices a los alemanes si es que tienes que hablar con ellos? —preguntó Reisman.

Dentón y Armbruster escucharon asustados mientras Samson chapurreaba en alemán:

—Soy un tártaro de Siberia… los rusos me obligaron a luchar con ellos… fui capturado… ahora soy soldado alemán… odio a José Stalin.

A continuación soltó una parrafada en un lenguaje ininteligible para los oficiales.

—¿Qué idioma es ése? —preguntó el coronel Dentón.

—Ute —explicó Reisman—, para los *krauts* igual puede ser siberiano. No notaran la diferencia.

Stuart Kinder montó la maqueta del *cháteau* de La Vilaine en la trasera de un camión para que la Inmunda Docena hiciera una demostración de su ataque ante Armbruster y Dentón. Bajo la lona hacía calor y estaban apiñados en la oscuridad. Cada uno utilizó su linterna para iluminar y explicar su parte en el ataque.

Reisman comenzó.

—Nos infiltraremos aquí, a una milla del *cháteau*. La parte que da al campo está jalonada de barreras y puestos de control como éste, pero el de este punto es el más débil… dos guardianes aburridos en un puesto muy alejado.

El coronel Dentón y el mayor Armbruster se fueron absorbiendo paso a paso en el plan. Una vez expuesto, cuando los oficiales volvieron a estar solos a la luz del sol, Dentón hizo una observación:

—No estoy muy seguro de desear que el *Kriegsspiels* esté en marcha.

—¿Qué quiere decir? ¿No aprueba el plan? —preguntó Reisman.

—Brillante… pero ahora comprendo por qué tenía usted que ir con ellos. Es usted el señuelo. Dígame, *herr oberst*[60], ¿ha hecho usted el papel de oficial alemán anteriormente?

Reisman juntó los talones con marcialidad y levantó el brazo al estilo nazi.

—A veces… pero nunca con tan alta graduación.

—Y mientras usted esté dentro del castillo con el cuello estirado, ¿quién cuidará de que su Inmunda Docena no se largue?… O el que vaya con usted… ¿cómo se llama… el *ersatz mayor*?[61]

—Sawyer.

—Eso… ¿Quién evitará que le traicione?

—Sawyer es un buen soldado, señor. Tiene varios meses de combate en Italia antes de que se metiera en líos. Confío en él. Confío en casi todos, no completamente… pero casi. Lo bastante

para inclinar la balanza en nuestro favor.

Antes de subir a la avioneta con el coronel Dentón, el mayor Armbruster apretó la mano de Reisman deseándole buena suerte.

—Te tendré el baño preparado —murmuró en voz baja, consciente de que cuanto dijera en aquel momento era vano, inútil, fuera de lugar. Había tenido cientos de despedidas como aquélla, pero jamás se acostumbraba. Con la mano libre buscó en el bolsillo de su pantalón una cajita que entregó a Reisman.

—Ya sé que no lo utilizarás…, pero por si os echan el guante antes de que cumpláis la misión —tartamudeó.

Reisman abrió la caja, vio las píldoras de cianuro.

—Este grupo, no, Max. Serían capaces de matarse entre sí, o a su jefe… pero no a sí mismos —y se las devolvió.

Por la tarde, mientras el sargento Bowren y el capitán Kinder se sentaban con ellos en el suelo en el semicírculo formado por las tiendas, Reisman les comunicó la hora y el lugar. Les dijo el nombre del castillo y de la ciudad más próxima, mostrándoles en el mapa la enorme distancia a que estarían del resto del ejército.

Víctor Franko volvió a meditar en las ventajas de hacerse prisionero de los alemanes en un campo de concentración. Sus ojos devoraron el mapa de Europa, los símbolos de las fuerzas enemigas y su despliegue.

Joe Wladislaw esperó a que el capitán finalizara y dijera el acostumbrado: «¿Alguna pregunta?», para alzar nerviosamente la mano y decir:

—Sí… ¿Cómo volvemos? No soy el único que quiere saberlo, capitán. Todos hemos hablado de ello… y creo que ya va siendo hora.

—A las 00,45 aproximadamente del cinco de junio —dijo Reisman impasible—, tras completar vuestro cometido y reuniros conmigo en el garaje del *cháteau* de La Vilaine, se os dirá la ruta de huida.

—Ya, mi capitán —empezó a protestar Roscoe Lever—, pero y si usted no…

—Si no estoy allí… si no consigo llegar —dijo Reisman acabando la frase— entonces tendréis que hacerlo por vuestra cuenta… sin que nadie os diga cómo, cuándo ni por qué. Podéis vivir en el campo y de los alemanes. Podéis atacarlos cuanto os

plazca. Por gusto y para sacar provecho… o porque os salga de las narices. Pero no te preocupes, Lever… pienso estar allí y entero.

—La búsqueda de la gloría —dijo Napoleón, mordaz, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran.

Reisman no se dio por enterado.

—Os aconsejo que escribáis ahora si queréis. El capitán Kinder os entregará papel y echará las cartas al correo después de nuestra salida. Cuidado con lo que decís. Tienen que pasar por la censura antes de enviarse.

Reisman escribió a su padre.

Largos párrafos, afectuosos, evocando sus días juntos y su cariño actual, el mismo de entonces. Releyó la carta de febrero para decirle lo que a Aaron le gustaría. Y escribió vaga y levemente sobre la guerra y su participación en ella. Pero no pudo evitar insertar una amable reprimenda y una pequeña lección de historia antes de finalizar su carta.

«No te metas con los *shwartzes*[62], papá, para usar tu propia y baja expresión. Llegaron allí antes que tú. El primer colono de lo que más larde habría de ser Chicago llegó cuando aún era una colonia salvaje en territorio indio. Era un negro llamado Point Sable. Desde entonces se han arrancado muchas cabelleras y se ha luchado mucho allí y en el resto del mundo. Créeme, papá, no merece la pena».

Cuando acabó la carta a su padre, Reisman escribió a Tess y luego a León. Por la tarde, cuando los hombres fueron entregando sus cartas, vio que Samson Posey había escrito penosamente, pero con orgullo, una carta a su mujer, su primera carta. Napoleón, una a la familia y a un amigo de New York. También escribieron Luis Jiménez, (Cendal B. Sawyer y Glenn Gilpin. El contenido era diferente, pero el tono idéntico: soledad, nostalgia, recuerdos *y…, por si no vuelvo*.

Víctor Franko, Archer Maggot, Roscoe Lever y Myron Odell no escribieron.

Samson Posey soñó aquella noche con la Danza del Sol. Sabía lo que significaba. Era una señal. Si estuviera en su país tendría que

presentarse voluntario para bailar e intentar con todas sus energías encontrar poder.

El sol se levantó fuerte aquella mañana y él pensó que pronto, tal vez dentro de un mes, se celebraría la Danza del Sol en Towaoc y en Ignacio. De repente le vino a la cabeza como una inspiración, que en aquel grupo eran doce, igual que los postes necesarios para formar el corral de la Danza, y los doce discípulos de Cristo, aunque no sabía el porqué ni el origen de que tuvieran que ser doce postes. Todo aquello estaba confusamente mezclado en la religión ute y a veces era difícil decir qué era ute, español, de otras tribus, americano… con tantos misioneros y hombres santos. Incluso aquel árbol en forma de horca que colocaban en el centro del corral, representando al Creador de los Humanos, decían que era Dios, o Jesús o las dos cosas. Todo cambiaba cada vez más en la forma de hacer la Danza del Sol y otras ceremonias, desde que él era niño.

Samson fue al capitán, le dijo lo que deseaba y le pidió algunos materiales.

—¡Un abanico de plumas de cola de águila! ¡Un silbato de hueso de águila! ¡Ramas de sauce recién cortadas, un tambor, pintura roja, negra, amarilla! ¿Está bromeando, John?

—No, lo dice totalmente en serio. Creí que lo comprenderías mejor que nadie. Para él es muy importante, y creo que deberíamos concederle la oportunidad de adquirir la fuerza o paz que necesita.

—Las pinturas puedo conseguirlas fácilmente…, y el tambor —dijo Kinder mirando la lista que Reisman le acababa de entregar—, ¡pero lo demás…!

—Improvísalo. Dijo que no importaba demasiado y se hará cargo. Con tal que haga lo posible, su dios comprenderá.

Reisman vio a los capellanes que se acercaban en un camión y salió hacia su encuentro. Él y Kinder estuvieron sentados aparte del círculo observando con gran interés la ceremonia.

—Hemos oído que usted y sus hombres estaban aquí acampados —dijo uno de los capellanes después de las presentaciones. Eran de la base aérea y cada uno de distinta confesión— y pensamos que tal vez pudiéramos ayudarles…, hablarles…, rezar. Tal vez más tarde nos sea imposible. Tenemos nuestros propios muchachos.

—Ahora no. No quiero interrumpir esto —dijo Reisman.

Los capellanes se quedaron atónitos ante lo que veían sus ojos. Los hombres para quienes venían a ejercer su ministerio estaban sentados en un círculo en medio de los aviones. En el centro había un poste parecido a un crucifijo, excepto que los brazos estaban clavados en diagonal y tenía aspecto de Y. Estaba pintado con tres anchas bandas, rojo-negro-rojo. En medio del círculo, un indio gigantesco desnudo hasta la cintura y con el rostro pintado se movía como en trance, con los ojos clavados en la Y. Llevaba en la boca un silbato, con el que lanzaba agudas notas al compás de un tambor que tocaba un soldado negro. En una mano mantenía un puñado de plumas con las que abanicaba de vez en cuando a los hombres que formaban el círculo y a él mismo con movimientos rituales. Algunos parecían incómodos, aburridos, casi enfadados con la ceremonia, aunque el del tambor lo hacía con sumo gusto.

—¿Danza guerrera? —preguntó un capellán.

—La Danza del Sol. Es parte de la religión de Posey. Tuvimos que improvisar un poco para ayudarle. El sargento Bowren y los otros hombres representan los postes principales de la Danza del Sol. Las plumas son de pollo en vez de águila y el silbato de la policía militar y no de hueso de águila.

—Doce. ¿Por qué doce? ¿Qué significado tiene? —preguntó uno de los capellanes, curioso.

—Es la costumbre del pueblo de Posey, padre —explicó Kinder. Se lo había preguntado a Samson antes de empezar, intentando sonsacarle detalles y simbolismos—. Ya sé lo que está usted pensando…, los apóstoles…, aunque está algo confuso.

—Quería que yo hiciera de Creador de los Humanos —dijo Reisman—, me parece que no tengo las cualidades exigidas. Pusimos ese poste en mi lugar. Se parece al árbol en forma de horca que usan en las ceremonias.

—¿Cuánto va a durar esto?

El tono del capellán era amable, benévolo sin ser condescendiente ni tampoco aprobador. Habían ido aproximándose al círculo de absortos por la escena con un interés más que profesional.

—Lo ignoro —contestó Reisman—. Posey dice que a veces se tarda días en saber si hace efecto…, y acaba de empezar.

Los capellanes contemplaron un rato y luego se marcharon

diciendo que volverían.

Samson bailó todo el día dos de junio y la mañana del tres. Era un indio de nuevo y se sentía fuerte. Llevaba el pelo largo colocado en dos trenzas como los cuernos de un toro y anudado con cintas rojas. No probó bebida ni alimento, aunque en su país se le hubiera permitido descansar algo y beber un poco de agua. Oró, se abrió para recibir poder, el mismo poder que Billy «Tres Piernas» recibiera, y que le hizo andar aquel día en la Danza del Oso después de su viaje al hospital del hombre blanco. Los doctores blancos no pudieron ayudarle, pero la Danza del Sol sí. Billy «Tres Piernas» recibió el poder cuando estaba allí sentado, escuchando, mirando y orando, y era abanicado por el abanico de plumas del maestro de la danza. Entonces saltó de repente y agarró el viejo bastón y echó a andar. Después de aquello, Billy «Tres Piernas» tuvo más poder que nadie.

Mientras bailaba, Samson advirtió que durante la noche los demás iban dejando sus puestos en el círculo para dormir. Pero le gustó que clavaran los fusiles con la bayoneta en el suelo para marcar los doce postes del corral y que por la mañana volvieran.

Era una mañana gris, y el tiempo empeoró. Empezó a llover y el viento aumentó. Poco después caía agua como si fueran las tormentas de invierno. Samson bailó y oró para que cesasen, pero no sirvió de nada. Las pinturas de su rostro le caían en churretones por el pecho desnudo, manchándole los pantalones y los pies. El suelo se hacía barro, el silbato y el sonido del tambor se perdían en el fragor de la tormenta. Los demás se guarecieron en las tiendas y el capitán les dejó. Samson siguió bailando. Quería poder no sólo para él, sino también para aquellos hombres con quienes iba a ir a luchar y para el capitán.

Algunos se burlaban. No el capitán, ni el sargento, ni el otro oficial, ni muchos de ellos; sólo algunos. Oía sus cuchicheos, sentía la lluvia azotarle, fina como un cuchillo, temblaba de frío. Con la amargura de la derrota, paró, finalmente, avergonzado.

Solitario, se sentó junto al poste bajo el aguacero, preguntándose por qué no salió bien. Había visto que durante la Danza del Sol, cuando alguna vez aparecieron las nubes de tormenta, los que tenían poder las rompían haciéndolas desaparecer. Pero aquí no. Tal vez porque todo le era desfavorable. Sin el águila, sin la tierra y

el espíritu del pueblo, tampoco pintura rojo-ocre del cañón de Mancos, ni collar de conchas y cuentas sobre el pecho, ni ropas de ute, ni ramas de sauce recién cortadas, ni cantores, ni danzantes, ni los que relatan historias; sólo él. Tenía todo en contra.

O tal vez no valía de nada. Quizá Billy fue curado en el hospital blanco y los había engañado a todos. Samson ya lo había pensado. Pero en aquel momento, sentado bajo la tormenta, el trueno le penetró y recordó que cuando llega el primer trueno de primavera, su abuelo solía decirle que se levantara y se estirara para crecer… Al menos, eso había salido bien y significaba que había poder y que hay cosas que pueden dominarse.

Exhausto, calado hasta los huesos, hambriento, se arrastró hacia su tienda. Se puso ropa seca y caliente, engulló sus raciones, sumiéndose en un sueño profundo e inquieto.

4 de junio. El tiempo seguía igual, tal vez peor. Reisman recibió el mensaje secreto aplazando la misión veinticuatro horas. Una galerna azotaba el Canal de la Mancha, las costas de la invasión en Francia, afectando al interior del continente. Había reunido a los hombres en la trasera de un camión y les estaba comunicando el retraso cuando se oyó un golpe en la trampilla y uno de los capellanes asomó la cabeza por entre la lona.

—Estamos libres si queréis asistir a misa —anunció sin preámbulo.

—Muy bien —asintió Reisman. Esta vez casi le agradecía la interrupción, pues había empezado a notar la angustia aumentando en su rostro, también Kinder y Bowren, y tal vez aquello los calmara—. Sugiero que recéis para que el tiempo mejore y podamos largarnos.

Empezaron a saltar del camión cuando un grito les detuvo:

—¡Capitán!

Era Samson Posey con los músculos del rostro tensos:

—¿Quiere que tormenta acabe?

—Ese es el asunto, Posey —contestó Reisman.

Samson se enderezó, aunque con cuidado, para no sacar la cabeza por la lona.

—Puedo parar la lluvia —declaró, y continuó al ver las caras de desdén de algunos y temiendo que el capitán no le dejara—, yo soy de un sitio muy seco…, y cuando viene la lluvia, a veces, es

demasiada y tenemos que pararla. Lo he visto y sé cómo se hace.

Archer Maggot soltó un taco a pesar de la presencia del capellán.

—Cono, Gran Jefe…, creo que has metido la pata y que trajiste la lluvia con tu jodida Danza del Sol.

—No te burles —dijo el capitán Kinder, enfadado—, sean cuales sean sus creencias…, si tiene alguna…, no te burles.

Reisman musitó un sordo «gracias» por la intervención y dijo:

—Claro que sí, Posey, ¡adelante! ¿Qué necesitas?

—Palo…, así de largo —explicó Samson, excitado, señalando con las manos—, pintura roja… Nada más. Si he recibido poder de la Danza del Sol…, incluso poco…, la lluvia se irá.

Después de afilar el palo, Samson se arrastró a su tienda, donde había escondido el resto de las pinturas que el capitán Kinder le trajo. Pintó el palo, se desnudó de nuevo hasta la cintura y salió. A veinte yardas de la tienda, enterró el palo hondo en el barro. Se sentó cerca, dejando que la fuerza de la tormenta le penetrara, y oró.

Por la mañana aún seguía allí, imperturbable ante los elementos. Le ofrecieron comida y café caliente, pero lo rechazó. Por la tarde aún seguía lloviendo, cuando llegó un mensajero empapado bajo la lluvia y entregó a Reisman un telegrama. El capitán temía un nuevo aplazamiento de la misión o tal vez su anulación. Lo leyó dirigiéndose adonde estaba el indio.

—Ya puedes dejarlo, Posey. Ha hecho efecto.

Samson levantó su rostro hacia la lluvia y miró a Reisman, desconcertado.

—Sigue lloviendo, maldita… —murmuró furioso.

—Tal vez aún, Gran Jefe…, pero no después, que es lo que importa. Créeme…, hicieras lo que hicieras, ha surtido efecto. El hombre del tiempo dice que estará despejado esta noche sobre nuestro objetivo…, despejado para el ejército en las playas mañana. Saldremos.

A la hora de subir al avión había dejado de llover en el aeródromo y todos los hombres siguieron el ejemplo de Reisman, felicitando a Posey, que estaba orgulloso. Aunque ya era tarde, según el horario de verano británico, era de día.

El sargento Clyde Bowren apretó la mano de Reisman. Tenía que

tomar el camión y presentarse en Marston Tyne, y aquella idea le desesperaba.

—Ha sido una experiencia impresionante, señor —dijo—. Gracias por sacarme de aquella vida aburrida —vaciló un instante como si quisiera decir algo—. Voy a dar un último vistazo a los hombres, mi capitán…, para comprobar que lo llevan todo.

Reisman le vio trotar hacia el grupo que plegaba paracaídas y juntaba los equipos, y se volvió hacia Stuart Kinder.

—Te hago una apuesta, Stu, a que eres mayor antes de que regresemos.

Kinder quería también bromear, pero no tenía ánimos, le era imposible. Muy serio, deseó suerte a Reisman.

—Estaré en Londres…, esperando angustiado —dijo torpemente.

Ninguno de los dos hombres vio a Bowren rodear la zona donde estaba la Inmunda Docena, ninguno le vio tampoco subir al avión las mochilas, paracaídas y armas extras que tenía ocultas, esperando que se le presentara la ocasión.

Reisman podía ver ahora un gran tráfico de camiones y *jeeps* por todo el aeródromo y las unidades aéreas que empezaban a concentrarse junto a sus aparatos. El día anterior, uno de los capellanes le dijo, sintiéndose algo culpable, que el coronel Breed, al enterarse de que la Inmunda Docena iba a despegar antes que los demás, quiso saber qué es lo que iba a hacer el grupo de Reisman. «Está muy interesado, le dijo el capellán, por saber si van con las avanzadillas». En realidad, afirmó que prefería condenarse al infierno antes que ir sobre las huellas que marcaran sus hombres.

Reisman se sonrió por la intransigencia del coronel y dijo:

—No…, puede usted asegurarle que no vamos con las avanzadillas. Tenemos otras cosas que hacer —pensó que, al menos, le debía aquello.

Cuando ya llevaban un rato volando, Reisman se dirigió a la carlinga para hablar con el piloto de la ruta y la hora de llegada. Encontró allí al sargento Bowren contemplando fascinado el trabajo de los aviadores.

—No puedes venir —gritó Reisman sobre el ruido de los motores —, tienes que largarte ahora mismo.

—Creo que estamos sobre el Canal, mi capitán, ¿quiere que vuelva a nado?

—Esto no es el domingo de Ramos, Clyde; al final de este viaje nos esperan asesinos con armas.

—Asesinos con armas lleva usted ahí, mi capitán, y tengo el presentimiento de que necesitará ayuda. Además, he trabajado tanto como esos hijos de puta y me jodería que pensaran que no puedo hacer lo que ellos.

Cuando el avión cambió de rumbo hacia la costa de Bretaña, atravesando el Canal de la Mancha, dirigiéndose al oeste de la península, de Cotentin, para evitar el tráfico masivo de aquella noche, Reisman, Bowren y la Inmunda Docena se quitaron las mochilas y los paracaídas y efectuaron un cambio rápido. Sustituyeron los uniformes americanos y las armas y volvieron a colocarse sus mochilas.

Reisman estaba asustado. Lo sentía en el estómago y en la garganta. Pero no le sorprendía ni le molestaba. Siempre estaba así antes de entrar en acción. Bowren también tenía miedo, Reisman se lo leyó en los ojos, pero la Inmunda Docena mostraba una extraña tranquilidad que asombró al Reisman. Les había hecho pasar por tantos entrenamientos, físicos, mentales, emocionales, que le extrañaba ahora que la realidad supusiese para ellos un alivio.

El jefe de salto se inclinó hacia Reisman.

—Más vale que vayan ensillando, capitán. Ya falta poco —el cambio de uniformes ya era demasiado, no pudo contener su curiosidad— ¿qué demonios habéis hecho para merecer un trabajo como éste? —preguntó al grupo.

—No es lo que hemos hecho…, es que los trabajos lo merecen.

Luz roja sobre la puerta. Reisman ordenó enganchar. Aunque no le gustaba, aquella vez tenía que saltar el último para asegurarse que todos saltaban. Bowren se adelantó cogido a la guía de la barra. Reisman recorrió la fila comprobando equipos, apretando manos, brazos, hombros y diciendo a todos: «¡Dios os bendiga!». Lo otro que les dijo fue: «Más vale que estéis allí donde debéis y enteros cuando yo llegue».

Enganchó él mismo. Comprobó su propio equipo y el de al lado. El piloto disminuyó las revoluciones de los motores para silenciar la aproximación a la zona de lanzamiento. A continuación oyeron las explosiones lejanas. Comenzaba el *raid* sobre el nudo ferroviario

para distraer la atención de los alemanes. Se encendió la luz verde. Reisman se acercó a la puerta y se lanzó tras sus hombres. El jefe de salto tiró después los paracaídas con la carga.

35

Temblaba dentro del armario del dormitorio de la *suite* que le habían encomendado vigilar. Las habitaciones estaban oscuras y desiertas cuando él penetró en el *cháteau*. El armario contenía un uniforme alemán y varías prendas femeninas. A Odell le parecía imposible encontrarse allí en espera de ejecutar lo que antes más le horrorizaba.

Sabía que en diferentes lugares del inmenso edificio y los alrededores, los otros acababan de alcanzar sus posiciones sin incidentes, ya que no oyó ruido que le indicara lo contrarío. El capitán y Sawyer, en sus respectivos papeles de coronel y mayor nazis, consiguieron pasar el puesto de guardia de la puerta principal con sus falsas credenciales y el fluido alemán de Reisman.

Les indicaron alojamiento y recorrieron el edificio con toda impunidad, abriendo habitaciones y ventanas para dar paso a Odell, el sargento Bowren y los demás. Sabía dónde se encontraba en aquel momento cada uno de ellos, y lo que tenían que efectuar los que estaban apostados en el exterior. La señal de ataque serían las explosiones de las cargas de relojería que el mayor Sawyer depositó dentro de sus carteras, en la sala de *Kriegsspiels* y en el centro de transmisiones, y una carga que Glenn Gilpin tenía que haber colocado ya en la antena del tejado para que explotara a las 00.15, coincidiendo, con la toma de tierra de los primeros paracaidistas en Normandía. Podía también adelantarse si escuchaba disparos, lo cual significaría que les habían descubierto. En ambos casos, Odell tenía que irrumpir en las habitaciones, matar al que se encontrara en ellas y en los pasillos, en su camino hacia la salida, y replegarse al garaje donde Reisman les conduciría. Si estaba Obligado a matar a alguien antes de la señal, debería hacerlo silenciosamente.

Tenía el cuchillo en la mano dispuesto, pensando compadecido y horrorizado en la primera sangre que iba a derramar. No esperó que

le tocara a él y menos de aquella forma. Pero Maggot y Posey, Lever y Jiménez se prestaron voluntarios, dos para cada soldado, mientras el capitán y Sawyer engañaban a los alemanes andando tranquilamente por la carretera. En la oscuridad del armario, Odell veía él rostro horrorizado de los dos cadáveres de los centinelas apuñalados y estrangulados en la barrera a media milla del *cháteau*, y que habían escondido entre las matas. El rostro de los presos tenía un rictus de violencia, desprecio y placer salvaje por su crimen.

—Son paracaidistas de la quinta división. Hay un *Kriegsspiel* programado —dijo el capitán con alegría, levantando la vista de los cadáveres que habían dado la clave—. Los generales están al llegar o han llegado ya.

Pinkley y Smith se dirigieron hacia el río, uno al lado este del *cháteau*, el otro al oeste, hacia el embarcadero. El resto se dividió en dos grupos: la escuadra de Napoleón, en la que iba Odell, para plantar minas, trampas y cepos en los accesos del castillo para que cayeran los refuerzos nazis que intentaran aproximarse al *cháteau* cuando estallara la batalla. El sargento Bowren les ayudó, acomodándose en el engranaje de ataque que también conocía. El segundo grupo, *herr* Oberst Reisman, *herr* Major Sawyer, Einfacher Soldaten Posey, Franko y Wladislaw, se dirigió rápido a las puertas de madera que obstruían el paso hacia el garaje del patio. Odell no lo presenció, pero cuando él y los demás habían concluido su trabajo fuera de las tapias y alcanzaron las puertas de madera, los dos centinelas que dieron a Reisman el quién vive: *Wer da! Zeigen Sie mir Ihren Ausweise!*, ante la imperiosa petición del capitán para entrar, estaban ya muertos por certeros disparos a quemarropa en la cabeza con los «22» con silenciador de Franko y Wladislaw, que los reemplazaron como centinelas.

Napoleón White escrutó desde la escalinata de un edificio anexo —el cuerpo de guardia—, a través de la —ventana, observando a los soldados que jugaban a las cartas. Sabía que el relevo de guardia no llegaba hasta las 02.00, y se sintió extrañamente seguro, relajado, a mil leguas de lo que estaba sucediendo. En aquel momento, Pinkley y Smith debían haber matado a los dos centinelas del embarcadero. Smith, sin duda, discutiendo consigo mismo si lo que hacía era servicio de Dios o del diablo. No hubo alarma y Napoleón supuso que ya habrían estropeado silenciosamente una de

las lanchas, preparándola de tal forma que sólo pudiera ser puesta en marcha conectando unos cables. Smith estaría ya ajustado junto al grupo electrógeno para averiarlo cuando Reisman cortara la toma de energía exterior en el sótano del castillo. Pinkley ya habría probablemente entrado en el pasadizo subterráneo entre el embarcadero y el edificio principal. Armado con ametralladora, fusil y granadas, podía mantener a raya a un ejército y detener a cualquiera que intentase escapar por el río.

Inesperadamente, oyó pasos en la escalinata mecánica. No había dónde esconderse. Se separó de la ventana y de la puerta, y se inclinó sobre la barandilla, mirando hacia el patio-garaje. Agarró nerviosamente el silenciador del «22», temblándole los músculos, esperando no tener que usarlo prematuramente. A su espalda le saludó una voz en alemán, él contestó estableciéndose un corto diálogo antes de que el soldado penetrara en el cuerpo de guardia. Napoleón quitó su mano sudorosa de la pistola y respiró hondo. Había salido bien. En la oscuridad, el soldado no pudo verle la cara y las manos.

Napoleón oyó un ruido en la puerta del garaje. Vio a Franko en el guardabarros, cruzó veloz. Observó al general y sus ayudantes cruzar el patio y entrar en el edificio. Volvió a la ventana. Contempló a los jugadores de cartas. Eran blancos, nazis, pero sabía que iba a ser difícil matarlos. Ya no experimentaba el odio punzante que le poseyera cuando Reisman le sacó del ala de condenados a muerte de Marston Tyne. Pensó en la oración del esclavo negro liberado, que su padre le enseñara cuando niño: «Señor, aún no somos lo que queremos ser; no somos lo que debemos ser, ni somos lo que vamos a ser; pero gracias, Señor, por no ser lo que éramos».

Roscoe Lever aguardaba oculto tras las cortinas de uno de los dormitorios del segundo piso. Tenía una cuerda atada a la cintura listo para descolgarse por la ventana, si las cosas se ponían feas. Una criada entró en la habitación. Él la vio, pero la muchacha no advirtió nada. Se paseó nerviosa, mirando el reloj, como dispuesta a marcharse. Lever empezó a sudar y a temblar. Pensó en la mujer inerme de la joyería de Birmingham. Tenía el mismo sentimiento de poder sobre ésta. Miró a su reloj y a la mujer una y otra vez. Faltaba poco…, eran las 23.50. Se acercaba la hora…, pero si le herían o le mataban…

Se aproximó a ella cuando iba a abrir la puerta. Ya se había puesto el abrigo y llevaba un bolso de tela fuertemente agarrado. Miraba nerviosamente al pasillo, como si se dispusiera a echar a correr o a hacer algo indebido. Lever la agarró, ahogando su grito tapándole la boca con la mano, y en un chapurreo de francés y alemán la imploró, la amenazó, la suplicó. Ella se debatía como se lucha contra un alemán que intenta violar. Rogó en francés y en torpe alemán que la dejara marchar, que se lo contaría al oficial, que volvería con él otra noche si la dejaba marcharse. Lever no entendió nada. La arrastró a la cama echándose encima. No vio la mano de la chica hurgar nerviosamente en el bolso, buscando unas tijeras que le clavó en el pecho.

Roscoe Lever murió barbotando en un estertor que a-a de los suyos, que no era un *kraut*, que era amer…

En su puesto, a poca distancia del castillo, Samson Posey miraba con orgullo el reloj que el capitán le había dado. Era medianoche, las 24.00, como había aprendido a decir, y sabía que se acercaba el momento. Estaba solo, lo cual le alegraba porque tenía dudas de que el capitán y los demás aprobaran su nueva indumentaria. Se había despojado del feo uniforme alemán poniéndose las botas y los pantalones de faena americanos. Estaba desnudo de cintura para arriba, con el pelo largo en trenzas, sin sombrero, y con el rostro pintado para la guerra de negro y amarillo. Tenía la ametralladora pesada que recogió en el puesto de la carretera con suficiente munición, armas ligeras y granadas para contener cualquier vehículo o tropas nazis que intentaran avanzar hacia el castillo. Estaba preparado y deseando entrar en batalla.

Myron Odell oyó entrar gente en la sala de estar de la *suite*. Oyó hablar y reír: un hombre y una mujer. Oyó los pasos en el dormitorio aproximándose al armario. Sintió aflojársele el intestino involuntariamente y con un tremendo esfuerzo muscular lo contuvo. La puerta del armario acababa de abrirse. Tembloroso, hundió el cuchillo en el vientre de una mujer joven y atractiva.

La miró horrorizado, paralizado, empuñando el arma, la sangre brotando y salpicándole, y entonces recordó… la otra vez. «La muchacha desnuda, su dolor, su ira ciega, el armario quirúrgico, el bisturí, el horrible plaf al hundirse en su cuerpo, la sangre…», y

gritó:

—¡Soy culpable…!'¡Dios mío, soy culpable! —y echó a correr perseguido por los demonios, gritando histérico, preso del placer por la sangre.

En el cuarto de afuera vio la silueta de un oficial alemán con un arma en la mano. Oyó la detonación, sintió el plomo atravesarle el hombro al tirarse al suelo, y se incorporó disparando su metralleta «Schmeisser». Echó a correr por el pasillo, con el cuchillo ensangrentado en una mano y disparando la «Schmeisser» con la otra. Gritaba:

—¡Soy culpable! ¡Soy culpable! ¡Soy culpable!

36

CUARTEL GENERAL
DEPARTAMENTO DE GUERRA SICOLÓGICA
OFICINA DE SERVICIOS ESTRATÉGICOS
BASE DEL REINO UNIDO
TEATRO DE OPERACIONES EUROPEO,
EJÉRCITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

A. P. O. - 400
15 de junio de 1944

Referencia: Sumario e interpretación de los informes del Servicio de Inteligencia recibidos hasta la fecha referentes al personal y objetivos del Proyecto Amnistía.

Al. Comandante General, SHAEF, ETOUSA, A. P. O 400.
Copia n.º 2 al coronel Francis Dentón, O. S. S., ETOUSA, A. P. O. 400. Copia n.º 3 al mayor Max Armbruster, O. S. S. ETOUSA, A. P. O. 400. Copia n.º 4 retenida por el mayor Stuart Kinder, P. W. D. y O. S. S., ETOUSA, A.P.O. 400.

Clasificación: Alto Secreto.

Había sido cumplido el proyecto y habiendo transcurrido tiempo suficiente para evaluar parcialmente el éxito de la misión que encerraba, se redacta el presente informe:

Fuentes del servicio de Inteligencia Militar.

A.-La primera fuente es Bowren, Clyde, ASN 20467050, sargento, CMP. Su relato fue recogido por la 62 división, 1.ª de Control de Bajas, en Carentan, Normandía, Francia,

aproximadamente a las 16.00 horas del 14 de Junio. El sargento fue encontrado, gravemente herido y semiinconsciente, en la mañana del día anterior, aproximadamente a las 08.00, por las patrullas avanzadas de la 1.ª división que cortaban las líneas enemigas al norte de St. Lo, e identificado inadvertidamente como prisionero de guerra alemán. En el momento de hacer su declaración a un oficial de la 1.ª división G2, el sargento Bowren no estaba en pleno uso de sus facultades y lucidez a causa de las heridas y los diversos medicamentos que para su cura se le administraron. («Nota referente al sargento Bowren»: figura como ausente sin permiso de su unidad, el 51 centro disciplinario de Marston Tyne, Somerset, Inglaterra. No obstante, el abajo firmante desea exponer que, conociendo personalmente el historial y carácter del sargento Bowren, no se trata de una salida sin pase corriente, y que deba o tenga que ser tratado, según el reglamento, con acción disciplinaría y Juicio militar. Por el contrario, el abajo firmante recomienda que se ascienda inmediatamente al sargento Bowren a sargento mayor, trasladándosele a la jurisdicción del Departamento de Guerra Sicológica, Oficina de Servicios Estratégicos; que se le conceda la apropiada condecoración en recompensa a la heroica acción a que se presentó voluntario; y que sea reintegrado al Servicio permanente al Departamento de Guerra Sicológica, Oficina de Servicios Estratégicos en Londres, a la mayor brevedad posible, de acuerdo con la convalecencia de sus heridas).

B.-Otra fuente de información, secundaria, pero altamente apreciable —o al menos parcial y temporalmente en confirmación de uno de los aspectos primordiales de este informe: la supervivencia del comandante del Proyecto Amnistía, capitán John Reisman—, se infiere de dos mensajes personales un tanto crípticos (copias anexas) y en una lista de bajas confirmada (copias anexas), encontradas en el bolsillo del uniforme del sargento Bowren cuando fue transportado a las líneas aliadas. Uno de los mensajes va dirigido al capitán (*sic*). Stuart Kinder y dice lo siguiente: «¿Qué es lo que dijo Napoleón en la batalla de Tolón?». El

otro mensaje va dirigido al mayor Max Armbruster y dice: «Tenme la bañera limpia y el agua caliente, Maxito».

C.-Otras fuentes adicionales de información son los agentes de la Resistencia francesa y ciertos mensajes alemanes captados.

2.º Bajas.

Las fuentes informativas a este respecto comprenden la lista del capitán Reisman confirmada, el informe oral del sargento Bowren, informaciones de la Resistencia francesa y la presunción, basada en el lapso de tiempo transcurrido entre la fecha de la misión, 5 de junio de 1944, y la de este informe, sin que los participantes en ella se hayan personado ante control aliado.

a) Muertos: Odell, Myron; Lever, Roscoe K.; Smith, Calvin Ezra; Gelpin, Glenn; Franko, Victor.

b) Heridos: Bowren. Clyde; White, Napoleón; Jiménez, Luis.

c) Desaparecidos en acción; Posey, Samson; Sawyer, Kendall B.; Wladislaw, Joseph; Pinkley, Vernon; Maggot, Archer; Jiménez Luis (confirmado también como herido); White, Napoleón (confirmado también como herido); Reisman, John {probablemente herido).

3.º Evaluación de la misión.

A.-Objetivo: Tomar por sorpresa y matar un número no determinado de generales y oficiales superiores del 7.º ejército alemán, posiblemente reunidos en el *cháteau* de La Vilaine, Rennes, Francia, durante la noche del 5 al 6 de junio de 1944, para un *Kriegsspieb* El momento del ataque fue decidido, para mayor efecto, entre las horas que precedieron al aterrizaje dé los primeros paracaidistas aliados en Normandía, sin confirmación definitiva del Servicio de Inteligencia aliado de que el personal enemigo se encontrara en el edificio/

B.-Planes y entrenamiento: Magníficamente planeado y realizado bajo la dirección del capitán Reisman, como el abajo firmante tuvo constantemente oportunidad de apreciar entre el 26 de febrero de 1944 y el 5 de junio de 1944.

C.-Personal: Pese a los insuperables obstáculos que

presentaba el carácter, pasado e inexperiencia del personal del Proyecto Amnistía —la llamada Inmunda Docena—, compuesto por doce reclusos convictos en juicio militar y condenados a pena de muerte o a largas penas de prisión por estupro, asalto a mano armada y otros delitos de violencia, el abajo firmante expresa su más reflexionada opinión de que un grupo de soldados más normal, e incluso superior, no hubiera con toda seguridad sido tan idóneo ni realizado su cometido tan diligentemente y adaptado a él en tales circunstancias.

D.-Parte de combate de la misión: Se confeccionará un informe separado en detalle tan pronto como el sargento Bowren esté lo suficientemente recuperado, o en cuanto el personal que actualmente figura como desaparecido en acción regrese a control aliado. Los incidentes y detalles que a continuación se enumeran, se basan casi exclusivamente en el informe oral dado a las G 2, 1.ª división, por el sargento Bowren el 14 de junio de 1944, y en la colaboración parcial de algunos puntos, deducida de una comunicación de la Resistencia francesa, así como en mensajes captados e interceptados al enemigo por el Servicio de Inteligencia.

1.º La entrada en el terreno y edificio del *cháteau*, alcanzando las posiciones previamente asignadas antes del momento del ataque —las 00.15 del 6 de junio de 1944—, se efectuó con todo éxito, en secreto, de acuerdo con lo previsto. Bajas conocidas del enemigo durante esta fase de la operación: seis muertos. El momento del ataque ocurrió, no obstante, con unos diez minutos de antelación sobre el horario previsto, aunque, en apariencia, sin efectos perjudiciales al objetivo de la misión. El sargento Bowren explica en su informe lo que oyó en una conversación entre el capitán Reisman y Luis Jiménez, cuando los supervivientes de la lucha dentro del edificio regresaron al punto de unión con el capitán en el garaje antes de emprender la retirada. El capitán Reisman preguntó por el paradero de Myron Odell, ex sanitario, de quien se precisaba para vendar las heridas del sargento Bowren y de Napoleón White. Jiménez contestó: «Ha muerto, capitán. Se volvió loco. Él inició este jodío (*sic*)

asunto. Le oí correr a lo largo del vestíbulo gritando: ¡Soy culpable! ¡Soy culpable!».

2.º Hay que conjeturar, pues, que Odell fue descubierto en su escondite por el personal enemigo antes de la hora H y el minuto M, y viéndose obligado a defenderse con medios ruidosos, como se le había ordenado y entrenado para semejante eventualidad, ya que fue su explosión la que, aparentemente, desencadenó la lucha dentro del edificio principal y dependencias anejas. (Nota referente a Myron Odell: durante los meses en que el abajo firmante le conoció trabajó con él, Odell no cesó de insistir sobre su inocencia en el asesinato por el que fue sometido a juicio militar. Ahora es posible inferir, si el relato de Jiménez es exacto, que algo de profunda importancia sicológica le ocurriría durante el combate, o inmediatamente antes de él, que le revelara por fin que era, efectivamente, culpable del crimen por el que estaba condenado).

3.º Referente al objetivo de la misión —eliminar a cierto número de personal enemigo importante—, hay que señalar que aunque el capitán Reisman y sus hombres, según las previsiones y el plan trazado, se encontraron en el lugar exacto, en el momento exacto, y pese a que había programado un *Kriegsspiel*, el sargento Bowren informa que, durante la hora que precedió al combate, el capitán Reisman, moviéndose con entera libertad por el castillo, bajo su identidad de coronel de infantería nazi, pudo enterarse de que el juego de guerra en la sala de reuniones del castillo estaba en realidad programado para las 10.00 del día siguiente 6 de junio de 1944. La invasión aliada impediría su celebración, pero para el grupo del capitán Reisman era imposible esperar tanto tiempo. Aunque el núcleo principal de generales enemigos no llegaría hasta por la mañana, y sólo algunos permanecieron en el *cháteau* aquella noche, era demasiado tarde para que el capitán Reisman alterase su plan de ataque.

4.º También mirando el objetivo de la misión —la eliminación de cierto número de personal enemigo importante—, se sabe que los generales Stumpffeld y

Volkmann cedieron el mando el 5 de junio de 1944 para asistir al *Kriegsspiel* de Rennes, y que jamás regresaron. Otros, como los generales Hellmuth y Von Stollwitz, se sabe que estuvieron allí, y otros regresaron a mitad de camino al percatarse de la actividad aliada. Puede inferirse que, al menos, Stumpffeld y Volkmann fueron muertos en el *cháteau*, y que en este aspecto la misión fue un éxito.

5.º Un incidente relatado confidencialmente al sargento Bowren por Vernon Pinkley en el momento de la cita en el garaje, parece confirmar que, al menos, un general fue muerto al intentar escapar hacia el río. La posición asignada a Pinkley era el pasaje subterráneo entre el *cháteau* y el embarcadero, para impedir al personal enemigo alcanzar las lanchas rápidas que, previamente, habían sido averiadas, y escapar por el río por otros medios. Pinkley dijo al sargento Bowren que, poco después del comienzo del fuego, oyó en la oscuridad del túnel pasos precipitados que se dirigían hacia allí. Llevaban faroles y linternas, y Pinkley pudo disparar despacio y con habilidad. Fueron cayendo apilados, unos encima de otros, y al cabo de unos segundos, Pinkley dijo que oyó correr hacia él gritando en inglés y alemán: «¡General…, general…, alto!», y estuvo a punto de disparar hasta que reconoció la voz de Victor Franko y lo confirmó iluminándolo con una linterna. Pinkley se le acercó rápidamente, pues Franko no tenía por qué encontrarse en el túnel, y se inclinó sobre el cuerpo de uno de los oficiales muertos, iluminándole con la linterna. Pinkley iluminó aún cuatro cadáveres más: dos oficiales y dos soldados. Dijo al sargento Bowren que en aquel momento Franko le gritó enfurecido: «¡Le has matado, hijo de puta!», y que él —Pinkley— examinó entonces el uniforme y dijo: «Caramba, qué tío… me he cargado a un general. ¿Qué querías que hiciese?… ¿Llevármelo a casa como recuerdo?». Pinkley dijo que ambos respiraban entrecortadamente, excitados por el combate, aunque en aquel instante se hallaban solos oyéndose disparos a lo lejos y que entonces, mirando a Franko, suspicaz, le preguntó: «¿Qué diablos le gritabas antes? ¿Qué querías?». Parece que Franko respondió: «Tú,

imbécil patoso, era nuestro medio de escape», tal vez el único», a lo que Pinkley dijo haber replicado, apretando su arma contra el vientre de Franko y diciéndole: «No lo intentes, Vic. Te lo advierto… o no sales vivo».

6.º El mencionado incidente, que parece confirmar la muerte de un general alemán, evidencia también por desgracia la parte negativa de este informe, que más abajo será sometida a un examen más minucioso al relatar la acción y muerte de Victor Franko. No obstante, es conveniente pasar antes a los detalles suministrados por el sargento Bowren sobre las otras bajas.

Calvin Ezra Smith: el sargento Bowren dice que Gilpin voló satisfactoriamente la antena del tejado, segundos después de comenzar el tiroteo. Informa que él y el capitán Reisman vieron el cuerpo de Gilpin mientras el capitán ayudaba al sargento a llegar a través del patio hacia una *limousine* del garaje. Bowren había sido herido en ambas piernas por disparos de armas ligeras, y no podía andar. Al parecer, Gilpin estuvo disparando desde el tejado sobre las tropas enemigas, y mientras descendía por una cuerda recibió una ráfaga de ametralladora estrellándose contra el suelo del patio.

Roscoe Lever: el sargento Bowren indica que en los primeros momentos del combate, antes de ser herido, conforme recorría el *cháteau* buscando generales nazis, descubrió el cadáver de Lever sobre una cama, con unas tijeras comunes clavadas en el pecho. Puesto que parece improbable que un soldado o un oficial alemán hiciera uso de semejante arma, sólo pueden formularse conjeturas de lo que exactamente ocurriera a Lever y de quién le mató.

Napoleón White: según el sargento Bowren, cuando él y el capitán Reisman llegaron al garaje, White y otros ya estaban esperándoles. White sangraba abundantemente por un costado, pero podía andar. Los supervivientes enemigos del Interior del edificio no habían salido aún en su persecución y las tropas de refresco aún no habían llegado. Aunque había poco tiempo que perder, el capitán Reisman insistió en esperar a los heridos antes de dividir el grupo para

la fuga. Ordenó a Kendall Sawyer, Joseph Wladislaw, Archer Maggot y Luis Jiménez formar un perímetro defensivo, mientras él mismo —Reisman— cuidaba a los heridos, instalándolos en una *limousine*. Aproximadamente en aquel momento llegaron Vemon Pinkley y Victor Franko. Samson Posey seguía a poca distancia del *cháteau* en espera de ser recogido de un punto dé defensa para unirse a los demás en la retirada, o contener a las tropas nazis de refuerzo que pudieran aparecer. Respecto al cometido que Napoleón White efectuó y durante el cual fue herido, el sargento Bowren recuerda una conversación entre White y el capitán Reisman, mientras éste le administraba sulfamida en polvo y le ponía una compresa en la herida. El capitán señaló con la cabeza el cuerpo de guardia que White había cubierto y le felicitó: «Ha hecho usted un buen trabajo ahí, teniente (*sic*). No he visto salir a nadie. Está tranquilísimo». Al parecer, White replicó, despectivo: «Sí, un buen trabajo…, un magnífico trabajo. Pero sabe una cosa, capitán…, otra vez he vuelto a matar por mis propias razones, no por las de usted. Esos jodíos (*sic*) nazis me miraron cuando entré y empezaron a gritar: */Schwarzer, Schwarzer!*[63]…, y entonces sí que les agarré, y bien».

Luis Jiménez: el sargento Bowren recuerda que el capitán ordenó a Jiménez, Sawyer, Pinkley y Wladislaw dirigirse hacia el embarcadero para huir por el río, cuando llegó hasta ellos ruido de disparos y fogonazos desde la posición de Posey, tras las tapias. Mientras los tres últimos se dirigían hacia la lancha rápida, Jiménez, sin recibir ninguna orden, echó a correr para reunirse con Posey y apoyarle en la retirada. El sargento Bowren iba instalado con White y Franko en el asiento trasero del coche, el capitán Reisman al volante, y Maggot a su lado, al arrancar del garaje hacia la posición de Posey, constantemente acribillada e iluminada por los disparos enemigos. Durante una de tales explosiones se vio a Jiménez abalanzarse y caer cerca de Posey, luego levantarse y avanzar de nuevo con dificultad, en cuclillas, cojeando como herido en una pierna.

Samson Posey: aun teniendo en cuenta el estado del

sargento Bowren cuando hizo su informe oral en la G-2, 1 división, el 14 de junio de 1944, un relato sobre Posey en aquel momento es vivido y asombroso y arroja mayor honor aún sobre los servicios prestados. Los hombres del coche sólo pudieron lanzar rápidas ojeadas, pero les pareció ver que Posey, miembro de la tribu india Ute, decidió desvestirse y pintarse como un guerrero al estilo de su tribu. (Nota: El abajo firmante le había entregado pinturas y plumas para uso personal religioso, a petición de su jefe inmediato, el 2 de junio de 1944, conservando probablemente parte de este material en su mochila cuando fue parachutado). Se vio a Posey disparar furioso con una ametralladora pesada capturada al enemigo, y al mismo tiempo lanzar granadas con gran puntería. Pudo verse a numerosas tropas nazis y vehículos aproximarse. Debido a la compacta concentración enemiga y a su capacidad de fuego, el capitán Reisman se vio imposibilitado de acercarse con el coche a Posey, arriesgándose a perder e) vehículo. Aguardó a que Posey y Jiménez regresaran hacia ellos y él y los hombres del coche, incluidos los heridos, apoyaron con fuego de metralleta, pistola y carabina la retirada. Los alemanes parecían, aparentemente, no haberse percatado de su presencia, ya que no se vio fuego de réplica partiendo hacia aquella dirección. Al contrario, el enemigo parecía, según él sargento Bowren, concentrar sus esfuerzos contra la posición clara de Posey. Se vio a Jiménez alcanzarla, hablarle y señalarle la línea de retirada hacia el vehículo parado. En aquel momento, viose a Posey apartar a Jiménez a un lado, saltar fuera de la posición y entablar un cuerpo a cuerpo con dos alemanes que se habían aproximado por el flanco izquierdo. Se vio a Jiménez reincorporarse y continuar el fuego con la ametralladora. Napoleón White, pese a su herida, comenzó a salir del coche para acudir en ayuda de Posey. El capitán Reisman le contuvo. El sargento Bowren recuerda haber oído decir al capitán: «No, déjale, ¡aunque viviera cien años no volvería a tener un momento como éste!».

Víctor Franko: la acción y muerte de Víctor Franko supone, desgraciadamente, la única nota negativa en

contraste con la total lealtad demostrada por la llamada Inmunda Docena en el cumplimiento de su deber. El sargento Bowren dice que dio la vuelta sobre la carretera en dirección contraría a las tropas nazis aproximándose en dirección de Posey. A los pocos momentos, no obstante, los faros iluminaron una fuerte barrera enemiga en la carretera. Franko, presa del pánico —o posiblemente ya lo había venido intentando—, gritó al capitán para que detuviera el vehículo y se rindiera a los alemanes. El capitán, según el sargento Bowren, aceleró a la máxima velocidad para intentar atravesar la barricada de madera. En esto, el sargento Bowren oyó a Franko lanzar una sarta de obscenidades y le vio colocar su pistola contra la nuca del capitán. El sargento Bowren, que tenía su automática «45» lista para usarla contra el enemigo, efectuó dos disparos sobre Franko en el preciso momento en que los soldados de la barrera advertían que el vehículo no se disponía a parar y comenzaban a disparar contra él. El cuerpo de Franko cayó del vehículo en el momento de la colisión con la barrera, quedando sobre el camino.

E. — Resumen de actividades de los supervivientes y toma de contactos con el enemigo y civiles franceses amigos durante el período del 6 de junio de 1944 al 13 de junio de 1944 y siguientes:

1º Es una fase en que debemos esperar que el sargento Bowren entregue un informe detallado por separado que pueda confrontarse con los de la resistencia y servicio de contraespionaje, y asimismo con los informes de personal de la Operación Amnistía, que aunque actualmente figuran como desaparecidos en acción puedan llegar en último momento ante control aliado.

2º Referente a las actividades de sus tres compañeros durante esta fase y su posible paradero, el sargento Bowren ha dado pocos detalles, debido al empeoramiento experimentado en su estado físico y a la semiinconsciencia en que se hallaba durante aquellos días. No obstante, está casi seguro que continuaron utilizando la *limousine* capturada al enemigo, como medio de transporte hacia las fuerzas en

avance en Normandía, aunque durante muchas horas les fue imposible rodar debido a los frecuentes bombardeos aliados para perturbar el tráfico enemigo o el peligro de ser descubiertos. Cree que hubo una serie de breves tiroteos y que vio al capitán Reisman con el cuello y el brazo izquierdo vendados. También cree casi seguro que el capitán efectuó algunos contactos fructíferos con la población civil francesa amistosa, a quien reveló sus identidades, y que durante uno de esos contactos les ofrecieron alimento y refugio. Se ordenó a Archer Maggot quedarse cuidando de Napoleón White hasta que el área fuese liberada por las tropas aliadas. El sargento Bowren dijo en su informe a la G-2, 1.ª división, que cree que el capitán Reisman estaba tan obsesionado con la obligación de conducirle sano y salvo que, posiblemente, pensó que lo efectuarían mejor si se apartaban de Maggot y White, quienes no se llevaban muy bien entre sí.

3.º El sargento Bowren informa que la última vez que vio al capitán Reisman fue en la granja a unas millas de S. Ló, donde fue encontrado por tropas americanas. El capitán Reisman sabía, sin lugar a dudas, que las tropas alemanas se habían batido en retirada en aquella zona, y que los soldados americanos tardarían pocos minutos en llegar. En realidad, es bastante probable que los oyera llegar. El sargento Bowren recuerda al capitán instándole a que despertara de su estado de semiinconsciencia y diciéndole: «Clyde, ya hemos llegado. Vuelvo atrás a ver cómo les ha ido a los otros». Cuando Bowren fue recogido, el capitán se había marchado.

4.º Recomendaciones:

A.— El abajo firmante recomienda que no vuelva a planearse ningún proyecto similar a la Operación Amnistía. Si se desea hará una explicación detallada sobre este punto de vista.

B.— El abajo firmante recomienda que todos los historiales relativos a los doce soldados americanos conocidos por la Inmunda Docena sean corregidos a tenor de lo que antecede, para que conste que fueron reintegrados a su anterior graduación en servicio activo el 5 de junio de 1944.

Stuart Kinder, 0-42280485 Mayor P. W. D., O. S. S.

E. M. NATHANSON (Yonkers, Nueva York, 1928-5 de abril de 2016) fue un novelista estadounidense. Escribió la novela *Doce del patíbulo*, publicada en 1965 y que se hizo famosa a raíz de la adaptación cinematográfica que en 1967 realizó Robert Aldrich. Además de esta novela publicó *Caballeros de la Cruz* y *Una sucia guerra distante*.

Notas

[1] A. P. O.: Air Post Office: Servicio Postal Militar libre de franqueo (N. del T.). <<

[2] ETOUSA: European Theatre Operations USA. (N. del T.). <<

[3] O. S. S.: Office Strategic Services. (N. del T.). <<

[4] Economato militar americano de artículos libres de impuestos. (N. del T.). <<

[5] En castellano en el original. (N. del T.). <<

[6] *Crazy Jerry*: literalmente, Jerry el loco. Nombre despectivo aplicado por los ingleses, durante la Primera Guerra Mundial, a los alemanes, aludiendo al Kaiser Guillermo II. Por extensión se denominaron así, en la Segunda Guerra Mundial, las bombas alemanas. (N. del T.). <<

[7] En alemán en el original. Literalmente, hombre del pueblo. Denominación de los miembros de las comunidades judías europeas. (N. del T.). <<

[8] *Lit Screw*: tuerca. Epíteto del argot de prisiones de EE. UU. aplicado peyorativamente a los guardianes. (N. del T.). <<

[9] SHAEF; Cuartel General Supremo de las Fuer/as Expedicionarias Aliadas (N. del T.). < <

[10] En *yiddish*, aniversario. (N. del T.). < <

[11] En *yiddish*, hombre de raza no judía. (N. del T.). <<

[12] En *yiddish*, mujer no judía casada con un judío. (N del T.). <<

[13] En alemán, negros. (N. del T.). <<

[14] En *yiddish*, circuncidado. (N. del T.). <<

[15] Imagen del dios brahamánico Krisna, que cuando era sacado en procesión, tos fieles «B arrojaban bajo las ruedas de su carro para ser aplastados. (N. del T.). <<

[16] Italiano en sentido despectivo. (N. del T.). <<

[17] Literal *reb*: denominación dejos sureños en la Guerra de Secesión. (N. del T.). < <

[18] *Office of Contract Settlement*: Centro Selectivo para Oficiales Procedentes de la universidad. (N. del T.). <<

[19] Jugada inicial del rugby americano. (N. del T.). <<

[20] *Touch down*: tanto en el rugby. (N. del T.). <<

[21] *Huddle*: círculo que forman los jugadores para darse instrucciones. (N. del T.). <<

[22] *Scrimmage*: línea de saque. (N. del T.). <<

[23] *Hike*: posición del jugador que se inclina para hacer el pase inicial. (N. del T.). <<

[24] Greenwich Village: Barrio Latino bohemio de Nueva York. (N. del T.). < <

[25] En francés en el original (N. del T.). <<

[26] En francés en el original. (N. del T.). < <

[27] En español en el origina). (N. del T.). <<

[28] C. I.: coeficiente de inteligente. (N. del T.). <<

[29] En francés en e) original (N. del T.). < <

[30] Negro, en sentido despectivo. (N. del T.). <<

[31] Secta filosófica y religiosa india fundada por Vardhamana, llamado «el Victorioso», en el siglo VI a. de J. C. que admite la metempsicosis. (N. del T.). <<

[32] Literalmente, *big black nigger cat*: juego de palabras intraducibles *black*: negro, y *nigger*: negro, pero con matiz peyorativo. (N. del T.). <<

[33] *Pink*: rosado, en inglés. (N. del T.). <<

[34] *Cracker*: blanco pobre que habita las zonas apartadas de los centros urbanos en los estados de Georgia y Florida. (N. del T.). <<

[35] Tranquilo, «Segismundo». < <

[36] Le obedece bien. < <

[37] ¿Habla alemán? (Nota» del Traductor). < <

[38] *Off limits*: demarcación prohibida a las tropas. (N. del T.). <<

[39] Mujer. (N. del T.). <<

[40] Charlas de café; en alemán en el original. (N. del T.). <<

[41] *Tematic Aperception Test*. (N. del T.). < <

[42] En español en el original. (N. del T.). <<

[43] Jardín de infancia. En alemán en el original. (N. del T.). <<

[44] Las frases en cursiva de este diálogo están en español en el original. (N. del T.). < <

[45] Juego inglés. (N, del T.). <<

[46] Repuesto; en alemán en el original. (N. del T.). <<

[47] Prohibido: en alemán en el original. (N. del T.). <<

[48] Juego de palabras; «cat», en inglés, gato. (N. del T.). <<

[49] Lotería clandestina que se puso en boga durante la depresión. (N. del T.). <<

[50] *Nickel*: cinco centavos; dime: moneda de plata de quince centavos; *quarters*: moneda de plata de veinticinco centavos, un cuarto de dolar. (N. del T.). <<

[51] Despectivos para los emigrantes. (N. del T.). <<

[52] En alemán en el original. Literalmente, «juego de fuerza». (N. del T.). <<

[53] En francés en el original. Literalmente, altivez. (N. del T.). <<

[54] Mazos de hacer gimnasia. (N. del T.). <<

[55] Abreviatura del término alemán *Fliegcahivehkanáne*, que significa cañón antiaéreo. (N. del T.). < <

[56] No comprendo. En alemán en el original (N. del T.). <<

[57] Nombre que se daba a los alemanes. (N. del T.). <<

[58] Suboficial y capitán, respectivamente, en el ejército alemán (N. del T.). < <

[59] Apelativo que se da a los escoceses. (N. del T.). <<

[60] Coronel. (N. del T.). <<

[61] Falso mayor, en alemán en el original (N. del T.). <<

[62] En *yiddish*, negros. (N. del T.). < <

[63] Negro; en alemán en el original (N. del T.). <<